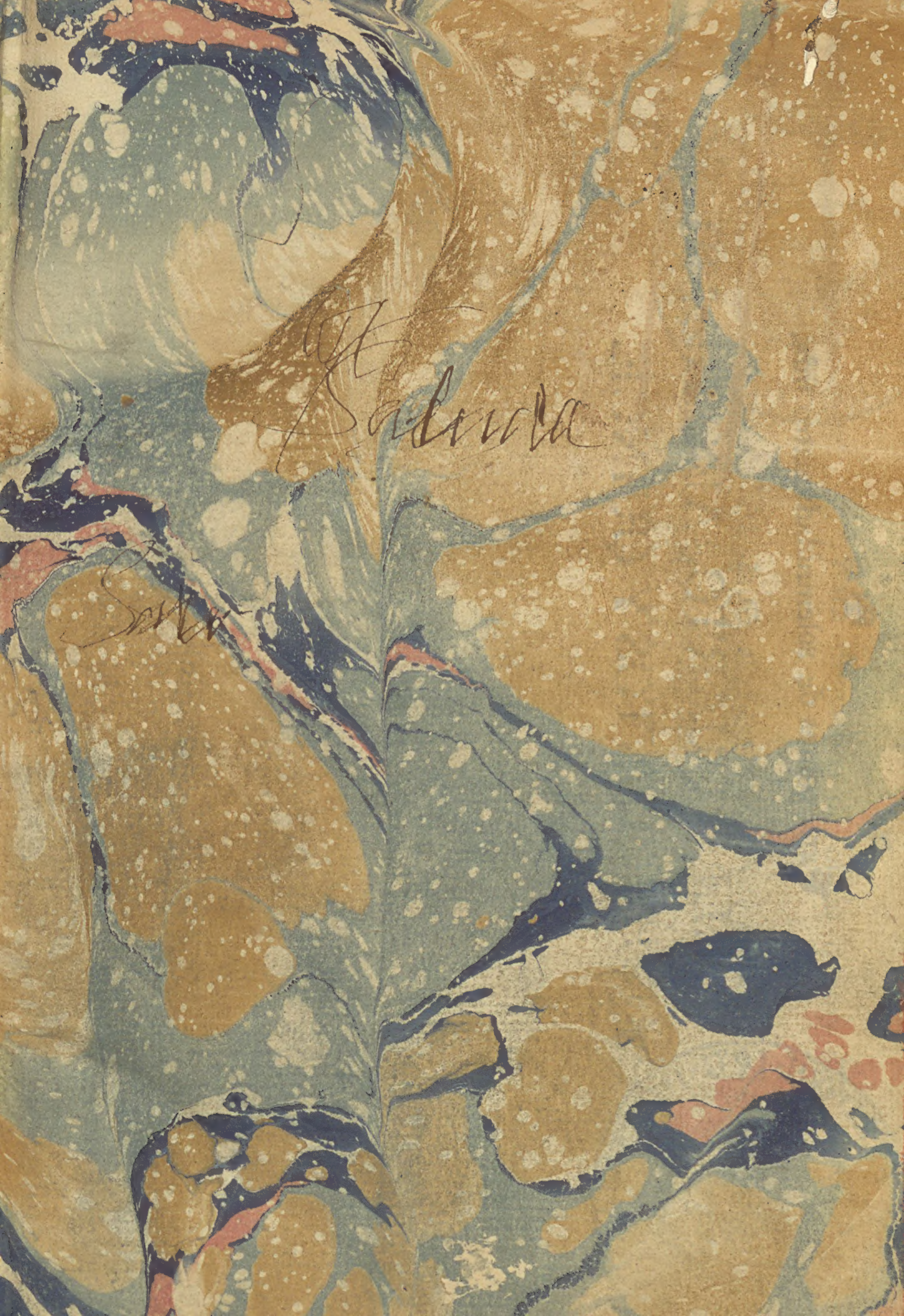


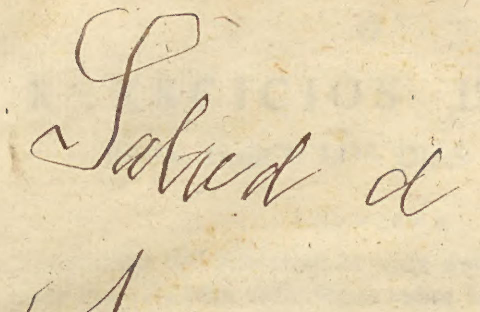




16

Est. 69 (257)

n° 100



AÑO CRISTIANO

Ó

EXERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

ENERO.



AÑO CRISTIANO

Ó

EXERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

CONTIENE

la explicacion del misterio; la vida del santo correspondiente á cada dia; algunas reflexîones sobre la epístola; una meditacion despues del evangelio de la misa, y algunos exercicios prácticos de devocion, ó propósitos adaptables á todo género de personas.

ESCRITO EN FRANCES

POR EL PADRE JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesus;

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR EL PADRE JOSE FRANCISCO DE ISLA,
de la misma Compañía,

Y ADICIONADO

con las vidas y festividades de los santos nacionales y extrangeros, que celebra la Iglesia de España, puestas en sus respectivos lugares, y la traduccion de las epístolas y evangelios, que suprimió el P. Isla, por los RR. PP. Fr. Pedro Centeno y Fr. Juan Fernandez de Roxas, del orden de san Agustin, presentados en sagrada teología, &c.

ENERO.



MADRID MDCCCXVIII.
IMPRENTA DE LA COMPAÑÍA.
POR SU REGENTE D. JUAN JOSÉ SIGUENZA Y VERA.



LA REAL COMPAÑÍA

DE IMPRESORES Y LIBREROS DEL REYNO

AL QUE LEYERE.

Esta obra, que tanto deseó la piedad de los fieles, emprendida por tantas plumas, y desempeñada solo con acierto por la del sábio P. Croisset, es el monumento mayor de su sabiduría y de su celo religioso. Ninguno que la haya leido, dexará de reconocer su mérito, ponderando su valor, encareciendo su utilidad y elogiando su método, su viveza, su eficacia, y sobre todo la oportunidad y el lleno de su extraordinario, aunque al mismo tiempo natural y piadosísimo pensamiento.

Luego que se publicó en Francia, desde el año de 1712 en adelante las naciones extrangeras solicitaron con ansia hacerla suya, traduciéndola á sus respectivas lenguas; y en España no faltaron varones insignes que quisieron dedicarse á trasladarla ántes que lo executase el P. Isla, cuyo nombre siempre será oido con respeto en España y fuera de élla.

Cuando éste puso en execucion su intento, no dexó á la publicacion del primer tomo de dar una idea de la obra cual correspondia para animar la piedad de

los fieles á la adquisicion de un compendio de toda la vida espiritual ó cristiana, con el cual no quedase cosa alguna que desear á la devocion ni al exercicio de la virtud religiosa; y esta idea la dió con una advertencia, que aunque se ha suprimido en la edicion anterior, hemos creido oportuno trasladar aquí, con la seguridad de que el Público agradecerá este cuidado.

"Hay, dice, gran número de excelentes obras de »devocion para todos los dias del año; pero mucho »tiempo há que se desea úna donde se encuentre uni- »do lo que se halla separado en tantos libros. Este es »el fin que se pretende en la obra presente.

»La vida del Santo correspondiente á cada dia, ó »un discurso dogmático, histórico y moral sobre el »misterio que se solemniza; la epístola que se lee en »la misa con algunas reflexîones; una breve medita- »cion sobre el evangelio, y algunas devotas aspira- »ciones sacadas de la Escritura para fomentar entre »dia la devocion del espíritu, con algunos exercicios »ó actos prácticos de piedad, que nosotros llamamos »propósitos, propios á todo género de personas, y »que deben ser como el fruto de las meditaciones; á »esto se reduce todo el cuerpo de la obra.

»Una historia demasiadamente larga fastidia y »cansa; la demasiadamente breve, ni agrada ni ins- »truye. El estilo conciso y lleno es el de moda ó del »gusto de este siglo, en que todos quieren saberlo »todo sin leer mucho. Este estilo medio es el que se ha »procurado seguir; pero por mas que se haya solici- »tado la concision, no siempre ha podido ser igual en »las vidas de aquellos ilustres héroes cristianos que »fueron la admiracion de su siglo. Con todo eso, la »historia mas dilatada apenas ocupará un breve cuar-

»to de hora de lectura, aun no omitiéndose hecho »alguno que merezca la curiosidad del lector.

»Nada se dice en las vidas de los santos que no se »haya sacado de las mejores fuentes. Hanse tenido »presentes los autores de mejor nota: se ha usado de »las luces de los críticos mas sábios; y si algunas ve»ces se defiere á la tradicion antigua y venerable, to»cante á hechos que no se hallan en la historia, siem»pre ha sido en virtud de razones sólidas que autori»zaban los sucesos.

»Aunque se repiten muchas veces en el año las »mismas epístolas y los mismos evangelios, se ha pro»curado que sean siempre diferentes, así las reflexîo»nes, como la materia de la meditacion, y aun se ha »hecho particular estudio de que las muchas notas his»toriales que se añaden sobre una misma epístola, »sean tambien distintas. No es fácil agotar el in»exhausto manantial del moral del cristianismo.

»Nunca son mas útiles los exercicios de piedad »que cuando están bien ordenados entre sí con union »y con método. Por eso se ha tenido atencion á que »todos los que corresponden á cada dia, se dirijan á »un fin particular. Ni la materia de la meditacion se »saca siempre precisamente del evangelio del dia, »porque muchas veces se funda en aquellas virtudes »que fueron como características del santo cuya vida »se escribe; pero las reflexîones y los exercicios prác»ticos siempre convienen á la meditacion que se acaba »de hacer, y se proporcionan á la estacion ó tiempo »del año en que se está.

»Síguese por lo general, como ley inviolable, al »Misal romano. Pero no obstante, ha parecido que »en los dias en que la Iglesia hace el oficio de feria,

»se podia escribir la historia ó vida de algun santo, »de quien se haga mencion en el Martirologio roma»no, ó proponer algunas reflexîones morales sobre »asuntos que sean propios del tiempo, escogiéndose »entonces epístola y evangelio particulares, con cuya »diligencia en el discurso del año se viene á recorrer »casi todo el Testamento nuevo.

»Y porque la Iglesia una vez al mes hace el ofi»cio de difuntos, se hallarán tambien todos los meses »los exercicios de un dia dedicados á las santas almas »que están penando en el purgatorio. Siendo tan salu»dables las oraciones por los muertos, y siendo tan »provechoso el pensamiento de la muerte, es razon »que se hagan frecuentemente lugar entre estos exer»cicios de piedad.

»Por lo comun las prácticas, exercicios de devo»cion ó propósitos, se acostumbran prescribir muy »lacónicamente y con modo demasiadamente seco. En »esta obra ha parecido mejor prescribirlas con estilo »menos descarnado. Las reglas para vivir bien que »van acompañadas con el raciocinio, agradan mas y »encuentran menos estorbos para corregir las cos»tumbres.

»Sin embargo del particular estudio que se ha »puesto en evitar toda repeticion, hay en la religion »cristiana ciertas verdades y ciertos puntos de moral, »que son menester traerlos á la memoria muchas ve»ces. Este género de repeticiones hacen el mismo efec»to en la razon que las segundas pinceladas en el lien»zo; estampan mas los colores, y les añaden viveza. »Hay tambien ciertas materias en que los mismos pen»samientos repetidos, ó se leen con nuevo gusto, ó »producen nuevo efecto.

»Comprenderánse tambien en esta obra los mis-»mos exercicios para todas las Dominicas del año, »para todos los dias de Cuaresma, y para todas las »fiestas movibles, porque la piedad de los fieles no »tiene menos necesidad de ser auxîliada en estos san-»tos dias que en todos los demas."

Aunque hoy quisiéramos decir mas acerca de la excelencia y utilidad del Año cristiano del P. Croisset, nada añadiríamos á tan meditada y feliz advertencia; pero aún hay otras cosas de que creemos deber instruir al lector. Cuando la Compañía hizo la adquisicion de esta obra, trató de completar su traduccion, y de aumentarla con todo lo que echase de menos en élla el lector español; y para esto le sirvió de guia lo que tambien dixo el P. Isla en otro de sus prólogos ó advertencias, en que se explicó de este modo. "Así »en este volúmen (el primero) como en los siguien-»tes se refieren las vidas de muchos santos, de quie-»nes no se reza en la Iglesia de España, y ni aun »apenas se tiene noticia de éllos. Consiguientemente »se omiten las vidas de algunos, aunque pocos, de los »que acá celebramos. Esto me hizo dudar por algun »tiempo, si en lugar de las primeras vidas, que para »nosotros se pueden llamar extravagantes, escribiria »las segundas; pero habiéndolo pensado mejor, y »consultádolo con sugetos de buen voto, pareció »mas conveniente seguir en todo al original de nues-»tro autor, á excepcion de tal cual vida por razon »particular; porque sobre tenerse bastante noticia de »las vidas, digámoslo así, nacionales, y de aquellas »que anualmente solemnizamos, la misma ignorancia »de las ótras es incentivo á la curiosidad, y puede »conducir para extender la devocion."

No satisfecha la Compañía de la especie de disculpa que envuelven estas expresiones, consultó á sugetos del mayor mérito, que desde luego afirmaron que el carecer el Año cristiano de las vidas y festividades que celebra la Iglesia de España, era un verdadero defecto, que no podia disimular ningun hombre sensato, mayormente cuando era una equivocacion notoria el afirmar que el número de vidas y festividades que faltaba era muy corto. Ademas de esto se oía en boca de todos la queja de una falta tan grave en la opinion comun, sin que calmase el piadoso deseo de los fieles la supuesta bastante noticia de las vidas de los santos nacionales, ó solemnizados en nuestra Iglesia, porque querian ver estampados los heróicos actos de su virtud con otra puntualidad que la que se tiene comunmente.

Por tanto, la Compañía no pensó mas que en el remedio, y trató inmediatamente de satisfacer á los deseos del Público, sin detenerse en gastos, ni en cuanto pudiese contribuir para lograr este fin. Consultó al efecto á hombres de la mayor ciencia y prudencia en materias eclesiásticas; y oido su voto, puso por obra sus designios. Los RR. PP. Fr. Pedro Centeno y Fr. Juan Fernandez de Roxas, del órden de san Agustin, sugetos en quienes la voz pública reconocia las suficientes cualidades para desempeñar la empresa baxo el mismo método observado por el P. Croisset, se encargaron de élla; y en efecto, el primero escribió algunas vidas del primer tomo, y por sus indisposiciones concluyó el segundo las restantes, que se publicaron en cinco tomos en los años de 94 y 95 siguientes, como suplemento ó adiciones á la obra principal.

Por entonces no pudo tomarse otra medida mas acertada en beneficio de los que tenian ya el Año cristiano; pero habiendo pensado la Compañía en hacer otra edicion, extendió su solicitud á dar la obra completa en un todo, poniendo las vidas y festividades añadidas en sus dias y lugares respectivos; y la traduccion de las epístolas y evangelios que el P. Isla habia omitido tambien, precisado por las circunstancias del tiempo en que escribió.

Esta traduccion ha sido executada igualmente por el R. P. Fr. Juan Fernandez de Roxas, con lo que el Público puede conocer la atencion y esmero que ha merecido á la Compañía el pensamiento de llenar los deseos de los fieles en la edicion de una obra tan justamente apreciada y tan generalmente apetecida.

Faltaba todavía á la traduccion del P. Isla la parte de las Dominicas, dias de Cuaresma, fiestas movibles, y vida de nuestro Señor Jesucristo y su santísima Madre; y la misma Compañía encargó su traduccion en el año de 1772 al doctor don Joaquin Castellot, capellan doctoral de S. M. en su real capilla de la Encarnacion de Madrid, que la hizo con el acierto que todo el mundo ha reconocido en su lectura, y que ha manifestado en el anhelo con que se ha buscado igualmente que la obra principal.

En la edicion que anunciamos se dará tambien esta parte completa con la traduccion de la epístola y evangelio, con lo cual la obra entera se compondrá de diez y ocho tomos en cuarto, doce de los dias del año; cinco de Dominicas, dias de Cuaresma y fiestas movibles, y uno de las vidas de nuestro Señor Jesucristo y su santísima Madre.

Sobre lo que queda dicho solo resta indicar que la

Compañía, mas atenta á proporcionar al Público un servicio de tanta trascendencia, que á sus propios intereses, no ha omitido medio ni gasto alguno en la empresa, procurando la mayor correccion en el texto, como asímismo haberse puesto en esta edicion el mayor cuidado en su correccion y hermosura tipográfica, al paso que se propone la comodidad de los que quieran comprar la obra; aspirando solo á que el Público reconozca que si tal vez no ha logrado servirle perfectamente en todo, no ha sido por falta de buscar medios, ni de proporcionar los caudales suficientes, sino por aquella inevitable miseria de la humanidad que suele hacer con frecuencia que aun las obras mas esmeradas del hombre no estén exêntas de defectos, y manifiesten por sí mismas que son obras de tan frágil mano.

DIA PRIMERO.

La Circuncision de nuestro Señor Jesucristo.

El misterio de la Circuncision de nuestro Señor Jesucristo se puede llamar el gran misterio de sus humillaciones, la primitiva prenda de nuestra salvacion, la consumacion de la ley antigua, y como las arras ó el primer sello del nuevo Testamento.

Habiendo Dios escogido para sí un pueblo entre todas las naciones del mundo, ordenó que fuese la circuncision el distintivo que le diferenciase de todas. *Todos los hijos varones que tuviéreis*, dixo Dios á Abraham (*a*), *serán circuncidados: y esta circuncision será la señal de la alianza que hay entre mí y vosotros.* Como este era el carácter singular del pueblo, que descendiendo de Abraham, estaba destinado para heredero de las bendiciones prometidas á su posteridad, era menester que Jesucristo fuese marcado con este sello, como aquel en quien habia de ser bendita esta descendencia, para mostrar que era hijo de Abraham, de cuyo linage estaba profetizado y prometido que habia de nacer el Mesías.

Sujetóse el Hijo de Dios voluntariamente á esta ley de humillacion, aunque por ningun título estaba obligado á élla. Habíase ordenado la circuncision como remedio para purificar la carne del pecado original; y la de Jesucristo estaba limpia de toda mancha. Pero como se cargó del empleo de Salvador de los hombres, fue menester, dice san Agustin, que se cargase tambien con la marca de pecador, para que pudiese tambien cargar sobre sus espaldas la pena correspondiente al pecado.

Para desempeñar perfectamente el título de Salvador, prosigue el mismo santo Padre, era menester un Justo, en

A

(*a*) *Gen.* 17.

quien por una parte se complaciese Dios infinitamente, y á quien por ótra pudiese tratar como pecador, á fin de hallar en sus trabajos, y en sus merecimientos una plena satisfaccion, proporcionada á la magestad de la Divinidad ofendida, y al rigor de su justicia.

Hasta que se perfeccionó este misterio no habia habido en el mundo propiamente Jesus, ó Salvador, que fuese hostia de propiciacion por nuestros pecados. Ni en aquel divino Niño encontraba Dios cosa que no sirviese de objeto á sus divinas complacencias. Circuncidóse, y luego que aquel querido hijo se dexó ver con apariencia de pecador, unió en su persona las dos calidades necesarias para Salvador del mundo; porque sin dexar de ser hijo querido, fue tambien la víctima que pedia el mismo Dios. Por eso no tomó el nombre de Salvador hasta el dia de su circuncision, y este fue, hablando en rigor, el dia en que echándose á cuestas la carga de nuestros pecados, hizo solemne obligacion de satisfacer por éllos. Vida pobre y obscura, vida laboriosa y humillada, oprobios, suplicios y muerte de cruz, todo fue efecto de la dura obligacion que contraxo en este misterio. Nada padeció en su pasion, ni durante el curso de su vida, que no hubiese aceptado libremente en su circuncision.

Las demas humillaciones del Salvador fuéron en cierta manera ilustres, por la brillantez de algun milagro: la presente careció de todo esplendor que la ilustrase; porque en élla tomó la señal, la confusion y el remedio del pecado. Es verdad que semejante humillacion en el verdadero Hijo de Dios fue tan asombrosa, como lo pudiera ser el mayor de todos los prodigios.

Desde este dia se puede decir propiamente que comenzó la redencion del mundo, y que Jesucristo tomó posesion de su empleo de Salvador, haciendo las primeras funciones de tal por la primera efusion de sangre. ¡O qué poderoso motivo de amor y de reconocimiento son estas primicias de sus dolores! ¿Qué sería de nosotros si no hubiéramos logrado tan dulce Salvador? ¿Pero qué será de nosotros si no nos aprovechamos de todo lo que este divino Salvador padeció para salvarnos?

Muchas razones alegan los santos Padres para que el Hijo de Dios quisiese sujetarse á la ley de la circuncision.

Primera: quiso, dice san Epifanio, quitar á los judíos el aparente pretexto que tendrian para no reconocerle, si fuera incircunciso. Segunda: era la circuncision de institucion divina, y no pretendia dispensarse de élla el Salvador. Tercera: quiso convencer con esta dolorosa ceremonia, dice santo Tomás, que era hombre verdadero: contra el error de los maniquéos, que solo le concedian un cuerpo fantástico y aparente: contra los apolinaristas, que le atribuían uno espiritual y substancial á la misma divinidad: contra los valentinianos, que defendian que el cuerpo de Cristo era de materia celeste. Cuarta: quiso dar exemplo de perfecta obediencia á la ley en todas las circunstancias que ésta prescribia. Quinta: quiso, dice el Apóstol, cargarse él mismo con el yugo de aquella ley, que venia á abolir, poniendo fin á todas las cerémonias legales, al mismo tiempo que él las observaba; porque con aquel acto de religion él solo daba mas gloria que le podian dar todos los hombres juntos, por la mas exâcta observancia de la ley hasta el fin de todos los siglos.

Es muy probable que el Salvador del mundo fué circuncidado en Bethlen, y, segun san Epifanio, en el mismo portal donde nació. La ley nada determinaba, ni en órden al lugar, ni en órden al ministerio de aquella operacion. Hízose al octavo dia de su nacimiento, segun lo ordenaba la misma ley; porque habiendo venido el Salvador del mundo para cumplir la ley y los profetas, y para llenar perfectamente todas las obligaciones de la Religion, quiso observar esta ley hasta en las mas menudas circunstancias.

Acostumbraban entonces los judíos no poner nombre á los hijos hasta el dia de su circuncision. No era precepto expreso de Dios sino estilo inconcuso, fundado acaso en el exemplo de Abram, á quien Dios mudó este nombre en el de Abraham el dia en que le mandó se circuncidase. Por otra parte parecia puesto en razon, que para dar al niño aquel nombre, por donde habia de ser conocido en el pueblo de Dios, se aguardase al dia en que habia de ser incorporado en el mismo pueblo por medio del sacramento instituido de Dios para este efecto. Y es verosímil, que por la misma razon nosotros tambien ponemos nombre á los niños en el Bautismo, por cuyo medio se hacen miembros del cuerpo místico de Jesucristo, y son parte

del verdadero pueblo de Dios, pasando á ser hijos de la santa Iglesia.

Recibió el Hijo de Dios el nombre de *Jesus* en el dia de la circuncision, como el ángel se lo habia prevenido á la santísima Vírgen, antes que le concibiese en sus entrañas (*a*). *Parirás un hijo á quien pondrás por nombre JESUS; porque salvará á su pueblo, y le librará de sus pecados.*

¡O mi Dios, y cuántos misterios se encierran en este solo misterio! ¡Qué lecciones tan importantes nos da! ¡Qué ardor, qué ansia la de Jesucristo por cumplir todas las obligaciones de la Religion! ¡Con qué exâctitud obedeció á la ley! ¿Pudo anticiparse mas á darnos las mayores muestras de amor? ¿Pudiéramos nosotros lograr otro Salvador mas digno de todo nuestro corazon, mas acreedor á todos nuestros respetos? ¿Podíamos nunca tener exemplar, ni modelo mas perfecto? ¡O Dios mio, y cuánto condena esta exâcta obediencia de Jesucristo aquellas demasiadas indulgencias, aquellas vanas interpretaciones de la ley, aquellas frívolas dispensas con que pretendemos exîmirnos de élla! ¡Cuánto confunde nuestro orgullo esta anticipada humillacion del Salvador! ¡Qué remedio tan poderoso serían estas primicias de sus dolores para curar las delicadezas de nuestro amor propio, si nos embebiéramos bien en el espíritu de este misterio.

Acabóse en Jesucristo la circuncision antigua, porque él mismo vino á establecer la nueva; pero no nos dexó, dice el Apóstol, una circuncision exterior de la carne: *In expoliatione corporis carnis*, sino una circuncision interior del corazon, que se hace con el fervor del espíritu (*b*): *Circumcisio cordis in spiritu.* Sin esta circuncision del corazon, es decir, sin cortar los deseos inquietos y vanos, los deseos mundanos y desordenados, los deseos inmoderados é ilícitos, que nacen dentro del corazon, que le estragan y corrompen; en fin, sin aquella mortificacion generosa y perseverante de nuestras pasiones, vanamente nos preciamos de discípulos de Cristo, solo porque exteriormente estamos, por decirlo así, marcados con su sello.

(*a*) *Matth.* 1. (*b*) *Colos.* 2.

Esta interior reforma del corazon humano es la que llama san Pablo propiamente la circuncision de la ley de gracia, cuando dice que nosotros los que servimos á Dios somos hoy la misma circuncision (*a*): *Nos enim sumus circumcisio, qui spiritu servimus Deo.* Es la vida cristiana una vida de circuncision y de cruz. Por mas que lo resista el amor propio; por mas que la carne repugne, no se puede reconocer el verdadero cristiano sino por este sello. Quien no tiene este espíritu de mortificacion interior, debe ser reputado, por decirlo así, como incircunciso.

Es de notar que la fiesta de este dia, antiquísima en la Iglesia por la devocion que siempre tuvieron los fieles á este misterio, se celebra ya con título de la octava de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, ya con el de la Circuncision, y ya con el de la fiesta particular de la santísima Virgen.

En el Sacramentario romano el papa san Gregorio junta la memoria de la circuncision de Jesucristo con la octava de su Natividad, y con la solemnidad de la santísima Virgen su madre. La Iglesia con el mismo espíritu parece que tambien celebra hoy estas tres solemnidades en el oficio y en la misa del dia; porque el introito, el gradual y el ofertorio son de la octava de la Natividad; la epístola y el evangelio son del misterio de la Circuncision; y las oraciones son en honor de la santísima Virgen, que habiendo tenido tanta parte en estos misterios, no era razon quedase olvidada en la solemnidad de este dia.

Fue singular disposicion de la divina Providencia, que siendo el dia de hoy el primero del año civil, segun el modo de computar de los romanos, que daban entonces la ley á todo el Universo, fuese tambien el primero del año cristiano.

Acostumbraban los gentiles por una especie de antigua supersticion celebrar con toda suerte de desórdenes el primer dia de enero en honor del dios Jano y de la diosa de las Estrenas; pero habiendo sido santificado este dia por el Salvador del mundo con las primicias de su sangre, no perdonó la Iglesia medio ni arbitrio alguno

(*a*) *Philip.* 3.

para mover á los fieles á santificarle con piedad verdaderamente cristiana, aboliendo la memoria de las profanidades gentílicas con la modestia edificativa, y con los exercicios de penitencia y de devocion, en que desea se empleen todos sus hijos.

Habiéndose introducido poco á poco, aun entre los cristianos, los regocijos profanos de las kalendas de enero, encendieron el zelo de los santos Padres contra la fiesta de las Estrenas; y en los primeros siglos de la Iglesia introduxeron en élla el ayuno de los tres dias últimos del año, y de los tres primeros del siguiente, como se lee en el canon diez y siete del segundo concilio Turonense. Pero destruido despues enteramente el Paganismo, la misma Iglesia tuvo por mas conveniente quitar el ayuno universal en todo el tiempo que hay desde la Natividad hasta la Epifanía, reputándole por tiempo pascual (*a*): *Omni die festivitates sunt.* Y se contentó con inspirar á los fieles un grande horror de las costumbres paganas, exhortándolos á santificar el primer dia del año, y los siguientes con extraordinaria edificacion y piedad.

¿Se podrá ver sin lágrimas (exclama el célebre Faustino, lamentando las extravagancias de los paganos de su tiempo), se podrá ver sin lágrimas á esos mentecatos corriendo de calle en calle desde los primeros dias del año disfrazados con máscaras ridículas de todo género de figuras, dar brincos de alegría, porque se ven transformados en fieras y en los mas viles animales? *In istis diebus miseri homines sumunt formas adulteras; alii vestiuntur pellibus pecudum, gaudentes et exultantes, si taliter se in ferinas species transformaverit.* Este es el verdadero origen de las fiestas del Carnaval, y estos fueron los primeros autores de las máscaras.

Horrorízate, continúa este Padre, horrorízate de los escandalosos desórdenes, que muchos cristianos no se avergüenzan de imitar: *Quas adhuc plures in populo observare non erubescunt.* No quiere Dios que jamas manches tus ojos con la vista de las extravagancias y de las locuras de esos insensatos: *Ut oculi vestri, videndo luxuriam stultorum hominum, polluantur.* El cristiano, que

(*a*) *Conc. Turon. can.* 17.

tiene algun pudor, nunca debe ser testigo de estos espectáculos.

Predicando san Agustin contra los excesos que se cometian en aquellos primeros dias, mirándolos como reliquias del Paganismo; ¿es posible, decia, que sigais las mismas costumbres, y que cometais los mismos excesos que los paganos, vosotros que haceis profesion de ser cristianos (a)? ¿*Quomodo aliud credis, aliud speras, aliud amas*? ¿Cómo se compone vuestra religion con vuestras costumbres? ¿Cómo se ajustan esas diversiones con vuestra fe y con vuestra esperanza? Hermanos mios, si de hoy en adelante quereis proceder como cristianos, esta debe ser vuestra conducta: *Dant illi strenas? date vos eleemosynas*: Los gentiles, á título de estrenas, hacen hoy regalos supersticiosos; pues haced vosotros limosnas caritativas. *Advocântur illi cantationibus luxuriarum? advocâte vos sermonibus Scripturarum.* ¿Concurren éllos á sus festines, convidados de las músicas peligrosas, de las voces alhagüeñas y de los cantares provocativos? Juntaos vosotros en vuestras casas á conversaciones piadosas, ó cuando menos, honestas. *Currunt illi ad theatrum? Vos ad ecclesiam.* ¿Corren éllos á las plazas, á los teatros? Corred vosotros á las iglesias. *Inebriantur illi? Vos jejunate.* Entréganse éllos á la embriaguez, á los excesos en banquetes desreglados? Santificad vosotros el primer dia del año con el ayuno. *Si hodiè non potestis jejunare, saltem cum sobrietate prandete.* Y cuando por la solemnidad del dia os parezca que no es razon ayunar; por lo menos que reyne la sobriedad en vuestras mesas, y procurad dar en todo buen exemplo por medio de una cristiana modestia.

La misa de este dia es del misterio, y la oracion es la que se sigue.

Deus, qui salutis æternæ, B. Mariæ virginitate fœcunda, humano generi præmia præstitisti: tribue, quæsumus, ut ipsam pro nobis intercedere sentiamus, per quam meruimus Auctorem vitæ suscipe-

Dios, que comunicaste la salvacion eterna á todo el género humano, por la fecunda virginidad de la bienaventurada virgen Maria; suplicámoste nos concedas, que experimentemos en nuestras necesidades cuán poderosa es

(a) Serm. 17.

re Dóminum nostrum Jesum Christum Filium tuum; qui tecum vivit et regnat, in unitâte Spíritus sancti, Deus per ómnia secula seculôrum. Amen.

para con vos la intercesion de aquella, por quien recibimos al Autor de la vida nuestro Señor Jesucristo, que como Dios verdadero vive y reyna contigo, y con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

La epístola es del apóstol san Pablo, sacada del cap. 2. de su carta á Tito.

Charissime: Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus homiñibus, erudiens nos, ut abnegantes impietatem, et secularia desideria, sobrie, et juste, et pie vivamus in hoc seculo, expectantes beatam spem, et aventum gloriæ magni Dei, et Salvatoris nostri Jesu Christi: qui dedit semeptipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum. Hæc loquere, et exhortare in Christo Jesu Domino nostro.

Carísimo: La gracia de Dios nuestro Salvador se manifestó á todos los hombres, enseñándonos, que renunciando á la impiedad y á los deseos mundanos, vivamos en este siglo con templanza, con justicia y con piedad, aguardando la bienaventurada esperanza, y la venida de la gloria del gran Dios, y nuestro Salvador Jesucristo, el cual se entregó por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo digno del zelo de las buenas obras. Esto has de hablar y persuadir en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

»Estando san Pablo en Nicópolis, ciudad de la Tra»cia á la entrada de Macedonia, escribió esta carta á »su amado discípulo Tito, á quien habia hecho obispo de »Creta ú de Candia; encomendándole el cuidado de aque»lla iglesia, y fue ácia el año 66 de Cristo.

REFLEXIONES.

La gracia del Salvador se manifestó á todos los hombres. ¡Gran consuelo! Saber por boca del mismo Apóstol, que ninguno de los hombres fue exceptuado de esta gracia. *Aparecióse para nuestra instruccion.* A la verdad toda la vida de Jesucristo, propiamente hablando, no fue mas que una leccion continuada. Ella nos enseña á re-

nunciar la impiedad y las relaxaciones del siglo: élla nos enseña á vivir con templanza, segun la justicia, y con piedad. Estas tres virtudes comprehenden en sí otras muchas. Cumplimos con lo que debemos á Dios por medio de una piedad humilde y sincéra; con lo que debemos al próximo, siguiendo las leyes de la justicia; con lo que nos debemos á nosotros mismos, moderando nuestro amor propio, y domando nuestras pasiones. Sobre estos solos principios se forma el verdadero cristiano. Renunciando á los desórdenes del siglo, á las máxîmas y al espíritu del mundo, se forma el cristiano verdadero; no hay otro medio. Esta es la primera obligacion que contraximos en el bautismo, ¿y es esta la obligacion que desempeñamos con mayor exâctitud? Aquellas personas mundanas, aquellas víctimas de la profanidad, del interes, de la ambicion, ¿renunciaron las vanidades del siglo? ¿Viven por ventura segun las leyes de la templanza, de la justicia y de la piedad? ¿Pueden decir con verdad que esperan la bienaventuranza eterna, que este es el fin de su esperanza? ¿Pero en quién fundarán esta esperanza? ¿Será acaso en Jesucristo como Salvador, ó como Juez? ¿Pero será en Jesucristo como Salvador, cuando no quieren seguir sus leyes, cuando deshonrán su religion, cuando menosprecian sus máxîmas? ¿Será en Jesucristo como Juez? Mas consultemos, exâminemos bien, si somos parte de aquel pueblo puro y perfecto, que es el objeto de sus complacencias, de aquel pueblo á quien mira como á la mejor obra de sus divinas manos, que debe ser su gloria, su corona y su alegría. ¿Honramos por ventura á Jesucristo con unas costumbres tan poco cristianas? *Predicad estas cosas.* Ciertamente no sería menester mas para convertirnos, si nosotros mismos no pusiéramos tantos estorbos á nuestra conversion. ¡O qué materia tan abundante de reflexîones! ¡Quiera Dios que no lo sea tambien de penetrantes remordimientos!

El evangelio es del capítulo 2. de san Lucas.

In illo tempore: Postquàm consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer: vocatum est nomen ejus Jesus, quod voca-

En aquel tiempo: Despues de cumplidos los ocho dias para circuncidar al Niño, pusiéronle el nombre de Jesus, como le habia

tum est ab angelo priusquàm in utero conciperetur.

llamado el ángel, antes de ser concebido en el vientre.

MEDITACION

SOBRE EL MISTERIO DE LA CIRCUNCISION.

PUNTO PRIMERO.

Considera, qué caro costó á Jesucristo el empleo de Salvador de los hombres. Un nacimiento pobre, una vida laboriosa y humillada; lágrimas de infinito precio, no bastaron, ó no se contentó con éllas para adquirir el título de nuestro Salvador. Quiso que nuestra salvacion fuese de mas alto precio. Habia de comprarla con su muerte, y no recibió el nombre de Jesus hasta que derramó las primicias de su sangre; y esta primera efusion no fue mas que una como prenda de otra redencion mas abundante.

¡O mi dulce Jesus, y cuánto os cuesta el haberme amado tanto! ¿Pero qué ventaja sacais Vos de un empleo tan gravoso? En vuestra voluntad estuvo aceptar, ó no aceptar la muerte, sin perder nada de vuestra infinita gloria; no ignorábais Vos que íbais á obligar á inumerables ingratos; pero el inmenso amor que nos teníais prevaleció sobre todo. ¿No seré yo sensible alguna vez á una caridad tan benéfica? ¡Qué caro os cuesta, mi dulce Jesus, el empleo de Redentor, y el derecho, por decirlo así, de hacerme bien! ¡Qué amor debo profesar á un Salvador tan benigno! ¿Y cuál ha sido hasta aqui mi reconocimiento?

No hay cosa mas opuesta á la magestad, y á la santidad divina que la humillacion que se funda en el pecado. Por todo pasa el Hijo de Dios cuando se trata de salvarnos: cargándose hoy con la marca de pecador, se carga tambien con toda la confusion que trae consigo. Compadecido de nuestra desgracia, prefiere la ignominia de la muerte, y muerte de cruz, á una vida dulce y tranquila. En esto se empeña por medio de su circuncision. Ninguna otra víctima de inferior precio bastaria para borrar el pecado del mundo; esto es lo que cuesta nuestra sal-

vacion. Concibamos por aquí lo que valen nuestras almas. Ciertamente era menester amar mucho á los hombres, para quererlos salvar á tanta costa.

¡O mi buen Jesus, qué dolor, qué confusion es la mia, por haber correspondido tan mal hasta aquí á una ternura tan prodigiosa! Apenas habeis nacido, cuando ya me mostrais el exceso de vuestro amor por la efusion de vuestra inocente sangre; y véisme aquí á mí quizá en el fin de mis dias, que habiendo sido tan gran pecador, acaso no os he correspondido con una sola lágrima. Pues á lo menos, Señor, dignaos de recibir lo que me restare de vida, que yo os la sacrifico toda desde este mismo momento.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, que es cierto que el Hijo de Dios vino al mundo para salvar á los hombres. Esto es así; ¿pero no es de temer á vista de nuestras costumbres, que tambien haya venido para perder y para condenar á muchos? ¿No es cosa admirable, que costando tanto á Jesucristo el ser nuestro Salvador, queramos que nada nos cueste á nosotros el salvarnos? A él solo el nombre de Salvador le cuesta efusion de sangre; ¿y cuántas lágrimas nos ha costado á nosotros el nombre y la realidad de pecadores? La apariencia, la sombra sola del pecado bastó para que el Padre Eterno no perdonase al Santo de los santos. Y estando nosotros manchados con tantas culpas, ¿vivimos como si no tuviéramos que temer? Aunque Jesucristo fue invariablemente el objeto de las complacencias de su Padre, con todo eso luego que consintió en parecer pecador; ¿con qué rigor le trató? ¿y á qué vida tan trabajosa no se condenó él mismo? ¡Cosa extraña! Nosotros somos verdaderamente pecadores, y en medio de eso queremos vivir entregados á la delicadeza y al regalo. ¿Cuándo ha de llegar el tiempo en que nuestra penitencia corresponda á nuestras culpas?

No quiso salvarnos nuestro Salvador sino derramando sangre. Pues desengañémonos, que tampoco nos salvarémos jamas, sino haciendo penitencia. Formémonos el sistema de conciencia que se nos antojare, nuestra religion nunca tendrá mas que una moral y una misma regla. Los santos no tuvieron otro evangelio que nosotros: ¿y segui-

mos nosotros las mismas máxîmas que siguieron éllos? Convienen todos en que la diferencia es enorme; ¿pues qué razon habrá para esperar la misma recompensa? ¿Por caminos tan opuestos se llegará jamas á un mismo término? ¡Error enorme! querer salvarse por medio de una vida, que deshonra y persigue al Salvador.

¡Ah mi buen Jesus! Es mucho lo que yo os he costado para que me dexeis perder. Conozco, Señor, mis descaminos, y Vos mismo veis con qué dolor los detesto. Vos me ofreceis en este dia las primicias de vuestra sangre, y yo no puedo ofreceros sino un corazon usado ya, y desgastado por el amor de las criaturas; pero Vos podeis hacer de él un corazon nuevo con vuestra gracia, y un corazon abrasado con el fuego de vuestro amor. Hoy doy principio al año nuevo, y hoy tambien estoy resuelto á dar principio á una nueva vida. Pues Vos sois Salvador mio, haced que desde este instante me dedique á trabajar eficazmente en el negocio de mi salvacion.

JACULATORIAS.

Ego autem in Domino gaudebo, et exaltabo in Deo Jesu meo. Habac. 3.

Yo me alegraré en el Señor, y saltaré de alegría en Jesus mi Salvador.

Jesu, esto mihi Jesu, salva me. Aug.

Jesus, sed para mí Jesus, y salvadme.

PROPOSITOS.

Es muy puesto en razon emplearme todo este primer dia del año en el servicio de Dios. Debénsele sin duda las primicias del año nuevo. No dexes de confesarte, y de comulgar con particular fervor en un dia tan solemne. Asiste á los divinos oficios; visita á Jesucristo en los hospitales, y no dexes de dar tus estrenas, ó tu aguinaldo á los pobres. Escoge hoy un santo, que sea tu especial protector por todo el año, determinando alguna oracion ó algun obsequio que le hagas cada dia; y pasa lo que restare del presente en exercicios de piedad y en buenas obras.

2 Muchas almas devotas practican la utilísima devo-

cion de consagrar á Dios la última y la primera hora de cada año, estando en oracion desde las once hasta la una de la noche en la víspera de la Circuncision. Allí podemos repasar, como lo aconseja el profeta Isaías, todos los años pasados y perdidos en la amargura de nuestro corazon, suplicando fervorosamente al Señor, que nos dé gracia para aprovecharnos mejor del que comienza. Este fin y este principio del año empleado tan santamente, no puede menos de producirnos mil bendiciones del cielo.

Aquellas personas que no pudieren vacar á estos piadosos exercicios por la noche, podrán madrugar mas de lo ordinario por la mañana, adelantándose á bendecir al Señor desde que comienza á rayar el dia, que todo debe consagrársele con particular fervor. Rezarán tambien la letanía de la Vírgen por la mañana al fin de la misa, y por la tarde cuando hagan la estacion y visita del Sacramento. En levantándose rezarán el salmo 62. *Deus Deus meus, ad te de luce vigilo*; y es admirable devocion rezarle todas las mañanas al tiempo de vestirse, por ser muy oportuno para aquel tiempo.

DIA SEGUNDO.

San Macario de Alexandría.

San Macario, de quien hoy hace mencion el Martirologio romano, nació en Alexandría, capital de la inferior Egipto, al principio del cuarto siglo. Su nacimiento fue tan humilde, y sus padres tan pobres, que se vió obligado á pasar los primeros años en servicio de un panadero.

A los treinta años de su edad, movido de un fervoroso deseo de ser santo, se fué á sepultar en un espantoso desierto. Los primeros exercicios de su soledad pasaron por prodigios de abstinencia. Por espacio de siete años no comió mas que yerbas crudas. Los tres años siguientes se contentó con cuatro ó cinco onzas de pan al dia, y nunca durmió mas que dos horas.

En tiempo de cuaresma doblaba sus austeridades. Una

de éllas la pasó enteramente sin echarse, ni sentarse, haciendo siempre oracion de pie ó de rodillas; y por un milagro bien singular no comia ni bebia sino el domingo. No hubo hombre mas ingenioso en mortificar sus sentidos, y en hacerlos padecer.

Habiendo pisado un dia cierto insecto que le mordió, aunque executó esta accion sin libertad, con el primer movimiento del dolor, le tuvo muy grande de esta que le pareció demasiada delicadeza, y se condenó á pasar seis meses en un desierto de Scitia, inhabitable por la multitud de insectos y de sabandijas, que ahuyentaban de él aun á las mismas fieras.

Con estas mismas armas venció tambien al demonio de la impureza; porque atormentado de los estímulos de la carne, se metió por otros seis meses en un barranco, infestado de abispas, cuyos aguijones eran tan penetrantes, que pasaban la piel de un jabalí. Salió de allí tan desfigurado, que no se le podia conocer sino por la voz, y el enemigo quedó tan corrido, que nunca volvió á tentarle en la misma especie.

En medio de tan excesivas penitencias le parecia que era nada lo que hacia para salvarse. Lleno de baxísimos sentimientos de sí mismo, resolvió ir á buscar á otros solitarios para aprender de éllos las virtudes que á su parecer le faltaban. Tanta verdad es que la humildad fue siempre la virtud universal de todos los santos.

Fue pues Macario al célebre desierto de Tabenas para aprovecharse de los exemplos de tantos religiosos que florecian en él, cuya reputacion se habia extendido por todo el mundo. Pero aunque se disfrazó en trage de un pobre oficial, san Pacomio le conoció; y no pudiendo sufrir nuestro Santo las honras que le hacian en aquella soledad, fué á buscar un asilo á su humildad en los desiertos de Nitria. Pero no estuvo allí mucho tiempo; porque informado el Patriarca de Alexandría de su eminente virtud, le ordenó de presbítero por mas que se resistió á ser elevado á esta sagrada dignidad.

Luego que se vió revestido de tan superior carácter, solo pensó en hacer una vida mas penitente y mas perfecta. Dexó los desiertos conocidos, y se fué á sepultar en una de las mas horribles soledades de la Libia, que se

llamó despues el yermo de las Celdas, por las muchas que fabricaron en él los innumerables que concurrieron de todas partes.

Aunque el deseo de nuestro Santo era vivir solitario y desconocido, fue preciso rendirse á los ruegos de sus nuevos discípulos, que queriendo imitar sus exemplos, tenian tambien necesidad de sus exhôrtaciones. Ni el órden de presbítero le permitia tener ocioso el sagrado ministerio que con él habia recibido; y así, trabajando en su propia perfeccion, se dexó persuadir á trabajar tambien en la de los próximos. Pero las atenciones del zelo en nada disminuyeron las de sus penitencias. Eran siempre eficaces sus sermones, porque iban acompañados con sus exemplos. Ocupaba todo el tiempo en oracion, en exercicios de caridad y en obras manuales.

Nunca dexó de hacer oracion cien veces entre dia, y casi toda la noche; de manera, que se podia decir que su vida era una oracion continuada. En cierta ocasion pasó dos dias enteros con sus noches sin perder de vista á Dios un solo momento, y sin padecer la mas mínima distraccion.

En medio de tener nuestro Santo tan mortificados los sentidos, y de luchar perpetuamente contra los movimientos del corazon, permitió Dios, para purificarle mas, que fuese molestado la mayor parte de su vida con diferentes géneros de tentaciones. Eran las mas frecuentes unos violentos deseos de penitencias excesivas, grandes ansias de exercitarse en buenas obras, que no le convenian, y continuos impulsos de emprender viages de devocion, que no le eran necesarios; pero en todas estas tentaciones quedó siempre avergonzado el tentador.

Fatigado un dia de estos deseos importunos, se echó á cuestas un costal lleno de arena, y anduvo cargado con él por todo el desierto. Preguntado por uno de sus discípulos, ¿por qué se cansaba inútilmente de aquella manera? respondió: *Por atormentar á quien me atormenta, y por contentar el hipo que tengo de hacer viages.* Esta accion tan generosa desarmó al enemigo; y dándose Dios por satisfecho de la humildad y de la paciencia de su siervo, le restituyó luego la paz del corazon, y le concedió tan grande imperio sobre los demonios, que bastaba a-

cudir á Macario para librarse de todas las tentaciones.

Sobre todo, tuvo don particular para descubrir y para vencer la malicia y los artificios del tentador. Refiere Paladio, que habiéndole consultado un dia sobre los pensamientos que se le habian ofrecido de dexar la oracion, á causa de las contínuas distracciones que padecia en élla: *Guárdate bien*, le respondió el Santo, *de dexarte vencer de una tentacion tan peligrosa; ántes bien cuando sean mas importunas las distracciones, entonces has de alargar la oracion un poco mas, y has de responder al enemigo, que si no sabes orar, por lo menos sabrás estarte en tu oratorio.* Este consejo tan saludable produxo luego su efecto.

Lo mismo le sucedia con casi todas las palabras que articulaba. Pasando un dia el rio Nilo en compañía de dos coroneles del exército del Emperador, le dixo uno de éllos: ¡ *Dichosos vosotros los monges, que así os burlais del mundo!* Respondióle el Santo: ¡ *Y desventurados vosotros los cortesanos, porque no veis que el mundo se burla de vosotros!* Fueron tan eficaces estas palabras, que aquel oficial renunció luego su empleo, retiróse del mundo, y se hizo religioso.

A la eminente virtud de nuestro Santo parece que solo le faltaba tener alguna parte en la cruel persecucion que por aquel tiempo hacian los arrianos á la Iglesia; pero presto le hizo Dios esta merced. San Macario, invencible defensor de la divinidad de Jesucristo, fue desterrado por el emperador Valente á una isla, cuyos habitadores todos eran paganos; pero apenas llegó á élla el glorioso confesor de Cristo, cuando se hizo cristiana toda la isla; lo que obligó á los arrianos á volverle á enviar á su primera soledad. Allí, consumido al rigor de sus penitencias, admirado por sus eminentes virtudes, y dotado del don de profecía y de milagros, murió colmado de merecimientos el año de 405, á los noventa y nueve de su edad.

La misa es en honor de san Esteban protomártir, cuya octava celebra hoy la santa Iglesia; y la oracion es la que se sigue.

Omnipotens sempiterne Deus, qui primitias Martyrum in Beati Levitæ Stephani sanguine dedicasti; tribue, quæsumus, ut pro nobis intercessor existat, qui pro suis etiam persecutoribus exoravit Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum, qui tecum vivit, et regnat...

Todo poderoso y sempiterno Dios, que consagraste las primicias de los mártires con la sangre del bienaventurado levita san Esteban; suplicámoste nos concedas, que interceda por nosotros aquel que intercedió por sus mismos enemigos á nuesto Señor Jesucristo, hijo tuyo, que vive y reyna por los siglos de los siglos.

La epístola es de los Actos de los Apóstoles, cap. 6. y 7.

In diebus illis: Stephanus plenus gratia, et fortitudine, faciebat prodigia, et signa magna in populo. Surrexerunt autem quidam de synagoga, quæ appellatur Libertinorum, et Cyrenensium, et Alexandrinorum: et eorum qui erant à Cilicia, et Asia disputantes cum Stephano: et non poterant resistere sapientiæ, et spiritui, qui loquebatur. Audientes autem hæc, dissecabantur cordibus suis, et stridebant dentibus in eum. Cum autem esset Stephanus plenus Spiritu sancto, intendens in cœlum, vidit gloriam Dei, et Jesum stantem à dextris virtutis Dei. Exclamantes autem voce magnâ, continuérunt aures suas, et impetum fecerunt unanimiter in eum. Et ejicientes eum extra civitatem, lapidabant: et testes deposuerunt vestimenta sua secus pedes adolescentis, qui vocabatur Saulus. Et lapidabant Stephanum invocantem, et dicentem: Domine Jesu, suscipe

En aquellos dias: Esteban, lleno de gracia y fortaleza, obraba prodigios, y grandes maravillas en el pueblo. Mas se levantaron algunos de la sinagoga, llamada de los Libertinos, de los de Cirene y Alexandría, y de los de Cilicia y Asia á disputar con Esteban; y no podian resistir á la sabiduría y al espíritu con que hablaba. Pero al oir sus razones reventaban de ira en su interior, y rechinaban los dientes contra él. Mas Esteban, que estaba lleno del Espíritu santo, fixando los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesus que estaba en pie á la diestra de Dios. Y dixo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre, que está en pie á la diestra de Dios. Pero éllos, clamando á grandes voces, se taparon los oidos, y se arrojaron todos á él. Y echándolo fuera de la ciudad, lo apedreaban: y los testigos dexaron sus vestidos á los pies de un joven, que se llamaba Sáulo. Y apedreaban á Esteban, que oraba y decia: Señor, Jesus,

spiritum meum. Positis autem genibus, clamavit voce magna, dicens: Domine, ne statuas illis hoc peccatum. Et cum hoc dixisset, obdormivit in Domino.

recibe mi espíritu; y puesto de rodillas, exclamó diciendo en alta voz: Señor, no les imputeis este pecado. Y dicho esto, durmió en el Señor.

NOTA.

»Llámase Actos de los Apóstoles el libro que compu-»so san Lucas, donde se refieren los hechos de los Após-»les, y de los primeros discípulos de Jesucristo desde la »Ascension del Salvador hasta el primer viage que hizo »el Apóstol á Roma, que fue por los años de Jesucristo »de 62.

REFLEXIONES.

Jamás falta el ánimo á quien quiere. No solo esto, pero siempre tiene mucha fuerza el que es fiel á la gracia. No hay que atribuir nuestra flaqueza y nuestra cobardía sino á nuestra ninguna resistencia. Los santos no tuvieron ni menos estorbos, ni menos poderosos enemigos que nosotros; pero fueron mas perseverantes en la oracion, mas fieles á la gracia, y tuvieron mayor confianza en Dios.

¡Qué maravillas no haria cada uno de nosotros en su estado, si solamente siguiera las inspiraciones del Espíritu santo; si la gracia fuera el móvil de todas sus acciones; si no tuvieran otro principio que la mayor gloria de Dios! Pero es muy poco lo que hacemos; porque tenemos demasiada parte en todo lo que obramos.

Es cosa verdaderamente admirable que tanta diversidad, tanto número de gentes hubiesen conspirado contra san Esteban; pero nunca la muchedumbre se declaró por la piedad. Mas, ¿y qué puede esta misma muchedumbre contra la virtud verdadera? Envidias, celos, calumnias, autoridad, tarde ó temprano, todo cede á la prudencia cristiana, aunque no todo se rinda. Empléense en buen hora todos los artificios para desacreditar, para deslucir, para oprimir á los justos; no se les tocará en el pelo de la ropa, porque estan contados por el Señor todos los cabellos de su cabeza. La mas fea malicia solo conseguirá rabiar élla de despique, arrojar espumarajos, y dar diente

con diente de pura cólera. Fue apedreado san Esteban, es verdad; ¿pero qué importa, si al mismo tiempo estaba viendo los cielos abiertos; si logró tener á Jesucristo por testigo de su combate; si estaba mirando en la gloria al mismo Dios que iba á ser la recompensa de sus trabajos? ¿Se puede por ventura decir que se pierde la vida cuando se da á tan alto precio? Ah! y cuánta verdad es que un volver los ojos ácia el cielo es capaz de extinguir todo el fuego de la persecucion mas sangrienta! Nunca está lejos Jesucristo de los que combaten por él. Y quien combate á vista de tan generoso dueño, ¿qué tendrá que temer? Fácilmente se perdonan las injurias cuando se tiene presente á Jesucristo.

El evangelio es del cap. 23. de san Mateo.

In illo tempore: Dicebat Jesus turbis Judæorum, et principibus Sacerdotum: Ecce ego mitto ad vos prophetas, et sapientes, et scribas, et ex illis occidetis, et crucifigetis: et ex eis flagellabitis in synagogis vestris, et persequemini de civitate in civitatem: ut veniat super vos omnis sanguis justus, qui effusus est super terram à sanguine Abel justi usque ad sanguinem Zachariæ, filii Barachiæ, quem occidistis inter templum et altare. Amen dico vobis: venient hæc omnia super generationem istam. Jerusalem, Jerusalem, quæ occidis Prophetas, et lapidas eos, qui ad te missi sunt, quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas, et noluisti? Ecce relinquetur vobis domus vestra deserta. Dico enim vobis, non me videbitis amodò, donec dicatis: Benedictus qui venit in nomine Domini.

En aquel tiempo: Decia Jesus á los escribas y fariseos: Ved que envio á vosotros profetas, y sabios y doctores, y de éllos mataréis y crucificaréis, y de éllos azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, á quien matásteis entre el templo y altar. En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generacion. Jerusalen, Jerusalen, que matas á los profetas, y apedreas á los que te son enviados, ¿cuantas veces quise reunir tus hijos al modo que la gallina reune sus pollos debaxo de las alas, y no quisiste? He aquí, que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo, que no me veréis desde ahora, hasta que digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

MEDITACION.

Sobre la renovacion del año.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuántos comienzan este año nuevo con perfecta salud en la flor de su edad, que les promete una larga série de años, y con todo eso no llegarán al fin del presente.

Ninguno murió el año pasado que no esperase vivir en el dia de año nuevo. ¿Hemos acaso conocido á muchos que pensasen morir en el año que murieron? Dios cuenta nuestros dias muy de otra manera que nosotros los contamos. Cogiólos la muerte de improviso; porque, ¿cuándo ha practicado la atencion de enviar á nadie recado? Alguno piensa hoy en conseguir un empleo, en edificar una casa, en lograr una rica herencia, que dentro de ocho ó diez meses no tendrá mas que una mortaja, un atahud, y una sepultura. ¡O mi Dios, y qué dignos de compasion, qué desdichados son los que únicamente se apacientan de quimeras!

¿Cuántos de aquellos á quienes hoy, á la entrada del año nuevo se les saluda con la ceremonia y con el cumplimiento de desearlos un buen año, estarán acaso en la víspera de su muerte? Traigamos á la memoria todos aquellos conocidos nuestros que murieron en el año precedente. Ah! que tambien á éstos se les hicieron los mismos cumplimientos; tambien recibieron las mismas salutaciones; y con todo eso, ¿de qué le sirvieron? Las que nosotros recibimos hoy quizá no serán mas eficaces. No hay año bueno, sino es año santo; no hay dias buenos, si son dias vacíos. ¿Qué ventaja es vivir mucho, si no se vive mejor?

Comparemos nuestra vida con la de los santos; sus excesivas austeridades, su fervor, sus trabajos, su retiro con nuestra vida mundana, delicada, tumultuosa; y concluyamos, que pues tenemos las mismas obligaciones, teniendo el mismo evangelio, lograrémos tambien la mis-

ma suerte. ¿Pero podrémos discurrir de esta manera, á menos que no se nos trastorne del todo el entendimiento y la razon?

Muchos años ha que estamos haciendo grandes proyectos de conversion; pero ¿cuál será nuestra desgracia si morimos sin habernos convertido, sin haber hecho aquella confesion, aquella restitucion, aquella reforma? Es muy necesario que entre la penitencia y la muerte haya algun intervalo, algun espacio de tiempo. Y si este año no es el de mi conversion, ¿qué motivo podré tener para creer que me convertiré el año que viene? Pocos murieron el año pasado que no pensasen alguna vez convertirse en el presente. Ah! que quizá se podrá decir de mí otro tanto el año que sigue.

No, Dios mio, no, no serviré yo de materia de compasion y de meditacion á los que me sobrevivieren. Lleno de confianza en vuestra misericordia, y con el socorro de vuestra gracia, pretendo que este segundo dia del año sea el primero de mi conversion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, que el entrar en otro año nuevo es una gracia muy especial; pero el abusar de este beneficio será una gran desdicha. Y el arrepentimiento será mucho mayor cuando estan bien prevenidas las funestas consecuencias de esta infelicidad, y cuando se comprehende bien de cuánta importancia es no abusar de esta gracia.

Si en el momento en que he de parecer ante el tribunal de Dios se me restituyera al estado en que hoy me hallo; si se me concediera entonces otro año para aplicarme al negocio de mi salvacion; ¡ó Dios, y qué milagro! Hoy tengo en mi mano todas las ventajas que podia esperar de este prodigio; ¿pues por qué no me aprovecharé de éllas?

Ello es cierto que tengo de entrar en un año, del cual no he de salir. ¿Quién me puede asegurar que no es este aquel año crítico que ha de decidir mi suerte eterna? Y si lo fuere, ¿estoy bien prevenido? Y si no lo estoy, ¿en qué fundo mi serenidad? ¿Obro con prudencia en arriesgarlo todo? ¿Puedo perder tiempo en negocio de tanta impor-

tancia? Hoy me concede Dios tiempo para apaciguar su ira, ¿será prudencia dilatar esta reconciliacion para otro tiempo?

Jerusalen, *Jerusalen*, *¿cuántas veces quise Yo congregar tus hijos*, *como la gallina junta todos sus polluelos debaxo de las alas*, *y tú no quisiste*? Mi Dios, ¿quién tendrá valor para sufrir en la hora de la muerte una reconvencion tan vergonzosa y tan justa?

¿Cuántos años te concedí, dice el Señor, para que trabajases en el negocio de tu salvacion? ¿Cuántas veces, durante el largo curso de estos años, quise convertirte, quise ponerte al abrigo contra el rigor de mi justicia, y no quisiste tú? *Et noluisti.* ¿Cuántas veces te solicité, y aun te estreché en estas mismas meditaciones para que reformases tus costumbres, para que abrazases el partido de la devocion, para que mudases de vida? Esas secretas inspiraciones, esos espantos interiores, esos vivos remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada, voces mias eran, y tú no las quisiste dar oidos: *Et noluisti.* Pues *ecce relinquetur domus vestra deserta*: Ves aquí, que esa tu casa, ese cuerpo que ha servido de habitacion á esa ingrata alma, quedará desierto: *Ecce sto ad ostium*, *et pulso*: Diez años, veinte años, treinta años ha que estoy llamando inútilmente á la puerta de tu corazon, y no has querido abrirme; pues ves aquí que me retiro, y que estás en vísperas de perderte para siempre.

Y qué, Señor, ¿será posible que la gracia que me haceis de concederme todavía algunos dias, solo ha de servir para hacer mayor mi desdicha por mi perseverancia en mis maldades, y que todavía he de dilatar mi conversion para este año? No, mi Dios, no quiero yo hacer mas resistencia á vuestra gracia; vos me concedeis este año únicamente para que me convierta; pues yo me quiero convertir sin dilacion, sin reserva. Acabad, Padre de las misericordias, la obra que habeis comenzado. No quiero diferir un momento el entregarme á vos enteramente.

JACULATORIAS.

Dixi, *nunc cœpi*: *hæc mutatio dexteræ Excelsi.* Salm. 76.

Esto es hecho; ya yo lo he prometido; ahora comienzo, y reconozco que esta gran mudanza es obra del Todopoderoso.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isai. 38.

Yo quiero, Señor, con el socorro de vuestra gracia, que este año repare todas las quiebras de los años precedentes. Voy á repasar estos años en la amargura de mi corazon, exâminando lo mal que he usado de éllos.

PROPOSITOS.

Exâmina y anota con cuidado los vicios ó las inclinaciones principales de que debes reformarte; determina los medios de que te has de valer para esta reforma, y comunica sin perder tiempo con tu confesor el plan de vida que piensas seguir en adelante. No dilates un punto poner en práctica una instruccion tan saludable; porque en este particular es muy nociva cualquiera dilacion.

2. Haz en este dia con especial fervor la oracion y los demas exercicios espirituales. Oye misa con tal devocion, con tal respeto, que sea como fruto y como prueba de la nueva reformacion; y siendo muy conveniente comenzar siempre este género de conversiones por algun acto géneroso, por algun sacrificio, mira si has recibido algun disgusto de alguna persona, si te han ofendido en algo, y con la ocasion del año nuevo practíca con élla alguna atencion, ó anticípate á ir á visitarla. Guárdate bien de detenerte en puntillos sobre la igualdad ó desigualdad de la sangre, y mucho menos sobre la calidad del agravio. Nuestra religion condena todas esas quisquillosas delicadezas, y siempre hay un mérito singular, y una verdadera grandeza de alma de todo lo que se hace por amor de Dios.

3. El exemplo de san Esteban, cuya octava celebra hoy la santa Iglesia, puede alentarnos á practicar esta accion. Son inútiles los proyectos de conversion y de reforma sino se desciende á cosas particulares, y si desde luego no se comienzan á poner en execucion estos proyectos.

DIA TERCERO.

Santa Genovefa vírgen.

Santa Genovefa, á quien escogió por su patrona la ciudad de París, nació en una aldegüela, llamada Nanterra, á dos leguas del mismo París, ácia el año de 422. Su padre se llamó Severo, y su madre Geroncia, ámbos de condicion muy mediana, pero honrados y distinguidos por su piedad.

Casi desde la cuna previno Dios á la Santa niña con sus dulces bendiciones; porque su modestia, su prudencia y su devocion parecieron extraordinarias, aun en los mas tiernos años de su infancia.

Pasó por Nanterra san Germán, obispo de Auxerre, yendo de camino á Inglaterra para combatir los errores de Pelagio; y concurriendo todo el pueblo á recibir su bendicion, el santo Prelado, ilustrado de superior luz, descubrió aquel tesoro escondido; y distinguiendo entre la muchedumbre á la niña Genovefa, de edad á la sazon de siete á ocho años, la habló en particular. Admirado de su piedad y de sus respuestas, la exhortó á consagrarse enteramente á Dios, y á no admitir otro esposo que á Jesucristo. La niña, que ya tenia sentimientos muy superiores á su edad, le respondió que nunca habia tenido otro pensamiento sino ser toda de Dios, y abrazar la profesion de las vírgenes cristianas; y san Germán, para confirmarla en esta resolucion, la dió una medalla de cobre, donde estaba grabada la señal de la santa cruz, como en arras de la fidelidad que habia ofrecido á Jesucristo, su celestial esposo; de lo cual hizo Genovefa tanta estimacion, que toda la vida la traxo colgada al cuello.

Crecia con la edad la virtud de Genovefa, y era cada dia mas vivo su amor á Jesucristo. Un dia de fiesta, yendo su madre á la iglesia, quiso obligarla á que se quedase en casa. Era sumamente rendida; pero creyó que no se oponia á la obediencia el representar á su madre que la per-

mitiese ir tambien á hacer oracion; añadiéndola, que siendo esposa de Jesucristo, parecia tener algun derecho, y aun alguna mayor obligacion á cortejarle en su iglesia. Estaba la madre de mal humor, y ofendida de lo que debiera edificarse, la dió una bofetada, mandándola que no la acompañase. Castigó Dios al punto un arrebatamiento tan poco cristiano, y quedó ciega la madre, y no recobró la vista hasta que se lavó los ojos con un poco de agua, sobre la cual rogó á la hija que hiciese la señal de la cruz.

Luego que Genovefa llegó á edad correspondiente, se consagró á Dios con voto solemne, y comenzó, segun la práctica que tenian en aquel tiempo las vírgenes consagradas, á alimentarse de legumbres, á beber agua solamente, y á traer continuo cilicio. Dormia sobre la dura tierra, pasando en oracion las noches que precedian al domingo, al jueves, y á los dias en que habia de comulgar.

Habiendo muerto sus padres, se fue á París, donde la recogió su madrina, y allí pasó una vida humilde y obscura en el exercicio de una austerísima penitencia, y de perpetua oracion.

Por este tiempo le asaltó una enfermedad tan extraordinaria, acompañada de tan crueles dolores, que la tuvieron por muerta, habiendo estado tres dias sin sentido. Sirvióse Dios de aquella especie de éxtasis para descubrirla muchos misterios, y para darla á entender lo mucho que habia de hacer y padecer por su amor en lo restante de su vida. Hizo confianza de esto, no sin alguna facilidad, á algunas personas indiscretas, y de aquí se la originaron nuevos motivos para exercitar la paciencia.

Comenzóse á murmurar de su retiro, á censurar su modo de vida, y á notar de imprudentes y extravagantes sus exercicios de mortificacion y de piedad. Probó Dios por algunos años la virtud de su sierva con el fuego de la mas viva persecucion, hasta que volviendo san Germán de su viage de Inglaterra, confundió á todos sus envidiosos, haciendo justicia á la virtud de nuestra Santa.

Pero no duró mucho la serenidad. Esparcióse en París una voz falsa de que los hunos se acercaban para destruir la ciudad; ausentáronse todos, y queriendo la santa doncella consolarlos, asegurando ser falso el rumor, se le-

vantó contra élla, por esta obra de caridad, la mas cruel persecucion, y estuvo á pique de que la quemasen como hechicera y maga. Hallábase san Germán en Italia cerca del emperador Valentiniano cuando tuvo noticia del peligro en que se hallaba la Santa. Inútilmente trabajó por libertarla; despachó luego á París al arcediano de Auxerre, y el mismo arcediano estuvo á peligro de ser maltratado por aquel furioso pueblo. Solamente se deliberaba sobre el género de suplicio con que se la habia de castigar, y muchos habian opinado ya que fuese entregada á las llamas, cuando Dios mudó de repente los corazones de todos.

La dulzura, la humildad, la paciencia, la inalterable tranquilidad que mostró la Santa en medio de tan gran riesgo, hicieron abrir los ojos á sus perseguidores; reconocieron su inocencia, y condenando éllos mismos su propia pasion, desde allí adelante convirtieron el ódio en veneracion de Genovefa.

Pero la Santa no se aprovechó de la quietud que comenzaba á gozar sino para aumentar los exercicios de su piedad y de sus penitencias. No comia mas que dos veces á la semana, el jueves y el domingo, y fue menester precepto expreso del obispo para obligarla á usar de un poco de leche en su mayor ancianidad.

Una virtud tan eminente no podia dexar de resonar en las partes mas remotas. San Simeon Stylita se encomendaba en sus oraciones desde lo mas retirado de Siria, y el nombre de Genovefa se hizo célebre casi en todo el ámbito del mundo.

Pasó los Alpes y el Ródano Atila, rey de los hunos. Iba á echarse sobre París, cuando la Santa salió de su retiro, y exhortó al pueblo á que apaciguase la cólera de Dios con oraciones, ayunos y penitencias. Hallábase la ciudad entregada á estos devotos exercicios cuando se tuvo noticia de que el exército de los bárbaros se habia retirado; y los parisienses atribuyeron este milagro á las oraciones de santa Genovefa.

Sitiaba Merovéo á París, y estaba reducida la ciudad á las últimas extremidades. Compadecida Genovefa de la extrema miseria en que se hallaba el pueblo por razon de la hambre, fue hasta Arci del Atuve, y llegó á Troya, don-

de juntando cantidad de trigo, se puso á la frente del comboy, y por medio de este socorro libertó á toda la ciudad.

Esta magnánima caridad, acompañada de muchos milagros, dió nuevo lustre á sus virtudes, haciéndose venerar aun de los mismos gentiles. Chilpérico, padre de Clodovéo, estimaba tanto á nuestra Santa, que nunca se atrevió á negarla cosa alguna que le pidiese. A instancias suyas emprendió este príncipe edificar aquella suntuosa iglesia, que consagró en nombre de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y con el tiempo fue dedicada á la misma santa Genovefa, como lo está hoy dia.

Aunque era tan ardiente su celo y caridad con el próximo, no por eso perdia nada de su recogimiento interior; y en medio del tumulto y de la muchedumbre estaba tan recogida como si se hallára en la soledad del desierto. Todos los años se encerraba extraordinariamente desde la Epifanía hasta Pascua, en cuyo tiempo de nadie se dexaba ver, tratando únicamente con las vírgenes que se habian puesto debaxo de su direccion.

El amor y la devocion á la santísima Vírgen parecia la primera de todas sus virtudes; y ésta era la que mas principalmente encomendaba á sus hijas, y á cuantas personas trataba.

Hallándose dotada del don de milagros y de profecía, respetada de los príncipes y de los prelados, y en singular veneracion de todo el pueblo, estaba tan llena de una profunda humildad, que tuvo mas que padecer en los honores que la tributaban, que en las crueles persecuciones con que la habian exercitado. En fin, adornada de tantos dones sobrenaturales, y colmada de merecimientos, murió en París á los 89 años de su edad el dia 3 de enero del año de 512 tan santamente como habia vivido.

Fue llevado su cuerpo con grande pompa á la iglesia de los santos Apóstoles, que se miraba como obra suya, y hoy tiene el título de la misma Santa. Conocióse muy desde luego cuán poderosa era para con Dios su intercesion; y creciendo cada dia la devocion del pueblo, san Eloy se ofreció á trabajar de su mano la magnífica urna en que estan depositadas sus reliquias, la cual se colocó despues de la irrupcion de los normandos detras del altar

mayor, donde se conserva, y se venera al presente.

El año de 887 vinieron los normandos á sitiar á París, y entonces fue la primera vez que se sacó en procesion la urna de santa Genovefa, á cuya intercesion se atribuyó con mucha razon el levantamiento del sitio al mismo tiempo que el enemigo se disponia para dar el asalto.

En 1129 una enfermedad llamada de los Ardientes, porque era una especie de erisipela, acompañada de una ardiente calentura, que quitó la vida á innumerables personas, desolaba á todo París: baxóse la urna de santa Genovefa; y apenas se dexó ver al pie de la montaña, cuando cesó la epidemia, y catorce mil enfermos que habia en la ciudad cobraron repentinamente la salud.

Habiendo venido á Francia el año siguiente el papa Inocencio II., despues de haberse informado exâctamente de un hecho tan milagroso, ordenó que todos los años se celebrase la memoria en accion de gracias de tan singular prodigio con el título *del milagro de los Ardientes*. La devocion del pueblo con la Santa no se ha entibiado con el tiempo, y cada dia se experimentan los efectos de su proteccion, así en las calamidades públicas, como en las necesidades particulares.

La misa de este dia es en honra de san Juan apóstol y evangelista, cuya octava celebra hoy la santa Iglesia; y la oracion es como se sigue.

Ecclesiam tuam, Domine, benignus illustra: ut beati Joannis Apostoli tui, et Evangelistæ illuminata doctrinis, ad dona perveniat sempiterna: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ilustrad, Señor, benignamente á vuestra Iglesia, para que alumbrada con la doctrina de vuestro apóstol y evangelista san Juan, llegue en fin á participar de vuestra eterna gloria.

La epístola es del cap. 15. del libro del Eclesiástico.

Qui timet Deum, faciet bona: et qui continens est justitiæ, apprehendet illam, et obviavit illi quasi mater honorificata, et quasi mulier à virginitate suscipiet

El que teme á Dios, obrará bien; y el que sigue la justicia, la poseerá, y le saldrá al encuentro como una madre venerable. Lo alimentará con pan de vida, y de

illum. Cibavit illum pane vitæ et intellectus, et aqua sapientiæ salutaris potavit illum: et firmabitur in illo, et non flectetur: et continebit illum, et non confundetur: et exaltabit illum apud proximos suos, et in medio Ecclesiæ aperuit os ejus, et adimplebit illum spiritu sapientiæ et intellectus, et stola gloriæ vestiet illum. Jucunditatem et exultationem thesaurizabit super illum, et nomine æterno hæreditabit illum Dominus Deus noster.

inteligencia, y le dará de beber del agua de la sabiduría saludable: y se establecerá en él; y no se doblará: y lo sostendrá, y no será confundido, y lo exâltará entre los suyos, y en medio de la congregacion le abrirá la boca, y le llenará de espíritu de sabiduría é inteligencia, y le vestirá una estola de gloria. Pondrá en él un tesoro de gozo y alegría, y le dará por herencia un nombre inmortal el Señor nuestro Dios.

NOTA.

»Salomon compuso un libro, que intituló *de la Sabi-* »*duría*, y la Iglesia da el mismo nombre á otro, que se lla- »ma *el Eclesiástico*; es decir, *libro que predica*, porque »está lleno de sentencias y de preceptos muy convenien- »tes para arreglar las costumbres. Compuso este libro un »santo profeta, llamado Jesus, hijo de Sirach.

REFLEXIONES.

El que teme á Dios no se contenta con huir el mal, que esto no tanto sería temer á Dios, como temer la pena y el castigo; aliéntase tambien á hacer el bien, porque el temor filial, cual debe ser el de Dios, quiere agradarle, y por consiguiente solicita hacer lo que le agrada. La prudencia, ó por mejor decir la verdadera sabiduría, es inseparable de toda virtud cristiana. Tenga uno en buena hora todo el ingenio imaginable, sin esta guia no dará paso que no sea un precipicio; por el contrario, el mas moderado entendimiento, dotado de mucha piedad, pocas veces dexará de caminar con acierto.

Desengañémonos, que no hay otra verdadera sabiduría sino la de la salvacion eterna. La sabiduría del mundo es una necedad enmascarada, es una sabiduría insensata. Quien yerra en los principios, ¿cómo puede acertar en lo demas? Algun dia conocerán esos sabios de prespectiva, aunque lo conocerán muy tarde, que anduvieron

errados y descaminados. *Ergo erravimus nos insensati.*

La verdadera sabiduría consiste en no equivocar el fin, y en acertar con los medios. Y pregunto: ¿son por ventura de este carácter esos discretones del mundo? No tienen pues que aspirar á esta verdadera gloria, ni crean que la sabiduría cristiana se halla en los sabios del siglo. Con toda verdad se puede decir, que no hay rectitud, no hay bondad, no hay entendimiento sino en los buenos cristianos; éllos solos son los sábios verdaderos; éllos sí que logran la alegría, la quietud, y aun la felicidad de esta vida. Mientras viven son respetados, y esta gloria los acompaña hasta la sepultura. Es la estimacion un tributo que se debe á la virtud. Ninguno se exîme de pagarle. Aun los mismos que la persiguen, la respetan. No puede separarse la verdadera gloria de la verdadera piedad. ¡Buen Dios! ¿Qué inmortalidad puede esperar el que se condena?

El evangelio es del cap. 21. de san Juan.

In illo tempore: Dixit Jesus Petro: Sequere me. Conversus Petrus, vidit illum discipulum, quem diligebat Jesus, sequentem: qui et recubuit in cœna super pectus ejus, et dixit: Domine, quis est qui tradet te? Hunc ergo cum vidisset Petrus, dixit Jesu, Domine, hic autem quid? dicit ei Jesus: Sic eum volo manere, donec veniam, quid ad te? Tu me sequere. Exiit ergo sermo iste inter fratres quod discipulus iste non moritur. Et non dixit Jesus: Non moritur; sed, Sic eum volo manere, donec veniam, quid ad te? Hic est discipulus ille, qui testimonium perhibet de his, et scripsit hæc, et scimus quia verum est testimonium ejus.

En aquel tiempo dixo Jesus á Pedro: Sígueme: Volviéndose Pedro, vió que le seguia aquel discípulo á quien amaba Jesus, y que estuvo mientras la cena recostado en su pecho, y le dixo: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Pedro, pues, habiéndole visto, dixo á Jesus: Señor, ¿qué ha de ser de éste? Dícele Jesus: Quiero que permanezca así hasta que yo venga; ¿que te importa? Tú sígueme. Divulgóse, pues, esta respuesta entre los hermanos, de que aquel discípulo no moriria; y no le dixo Jesus que no moriria, sino: Quiero que permanezca así hasta que yo venga, ¿qué te importa? Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y las escribió: y sabemos que su testimonio es verdadero.

MEDITACION.

Que toda dilacion de la conversion es perniciosa.

PUNTO PRIMERO.

Considera qué gran desgracia es morir sin haberse convertido; pues la misma es poco mas ó menos, hablando por lo comun, el dilatar la conversion. Mientras solo se piensa en convertirse, ninguno se convierte.

Al presente no tengo gana de convertirme; ¿pero la tendré otro dia? No quiero convertirme hoy, ¿acaso querré mañana? ¿Quién me puede prometer, ni quien me puede asegurar que llegaré á mañana? ¡Gran locura, confiar la salvacion á lo mas incierto de la vida! Estar persuadido á que es menester convertirse, confesar que no se quisiera morir sin haberse convertido, y no convertirse al instante, y merecer no convertirse jamás.

Al presente no tienes fuerzas para romper esos lazos. ¿Y los romperás mas fácilmente cuando se hayan multiplicado mas? ¿Y tendrás mayores fuerzas cuando tambien las tenga mayores la costumbre?

Dices que ahora no tienes tiempo. ¿Y cuándo llegará el caso de que le tengas? ¿Por qué no será el tiempo de tu conversion el tiempo presente? ¿Por ventura, te ha dado Dios este año nuevo para que no te conviertas hasta el año que viene? ¿Qué es lo que ahora te embaraza convertirte? Y dime, ¿ese estorbo, ese embarazo vale tanto como tu conversion, como tu salvacion eterna? O que no tengo tiempo. ¡Escusa verdaderamente miserable! ¿Pues ignoramos por ventura que si nosotros mismos no nos tomamos el tiempo, ni el mundo, ni los amigos, ni los negocios no nos le concederán jamás?

¡O que ceguedad tan digna de compasion! Con la mayor seguridad caminamos á la muerte sobre la peligrosa esperanza de un tiempo de preparacion, que puede ser no lleguemos á ver nunca.

¡Ah Señor! Si el año pasado hubiera sido el último de mi vida, como lo fue de tantos ótros; ¿qué sería ahora de mí?

Estoy en el principio de éste, incierto si le acabaré; pero no incierto si me convertiré, pues con el auxílio de vuestra gracia estoy bien resuelto á no diferir mi conversion ni un solo dia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que rehusar convertirse en el tiempo presente, es decir que todavía no se ha ofendido á Dios bastantemente, que es menester estar todavía un poco mas tiempo en su desgracia. Querer convertirse algun dia, y no querer que sea hoy, es querer disponer segun nuestro capricho del tiempo, de los tesoros, de los méritos, y hasta de la misma gracia de Jesucristo; es querer dar reglas á la sabiduría divina, sujetar la providencia á nuestro humor, y hacerla esclava de nuestras mismas pasiones. ¡Qué impiedad! ¡qué extravagancia! ¿Y habrá todavía valor para decir: yo me quiero convertir, pero será allá para otro tiempo; quiero entregarme á la devocion, pero allá mas adelante? ¿Comprendes por ventura el verdadero, el ridículo sentido de una proposicion tan poco cristiana?

¿Temo acaso que me convierta demasiadamente temprano, si es que me convierto este año? ¿Recelo quizá, que si comienzo desde luego á amar á Dios, me ha de quedar demasiado tiempo para amarle? Pasóse ya al tiempo mas florido de mi edad. Ya no me resta mas que una porcion de vida gastada, usada y roida en el servicio del mundo. ¡Y con todo eso no delibero! ¡Aún me resisto á dar á Dios estas miserables reliquias! Ciertamente es menester hacer bien poco caso de la amistad de Dios para tratarle de esa manera.

Ay! ¡y qué dolor en la hora de la muerte cuando llegue á pensar que yo fui aquel discípulo á quien Jesus amaba, y que no quiso amar á Jesus! Sí, Jesus me amaba cuando interiormente me llamaba á que mudase de vida; Jesus me amaba cuando me concedia aquellos bellos dias, aquellos largos años para que hiciese penitencia; Jesus me amaba cuando me convidaba con su gracia al principio de este año; Jesus me amaba cuando me ponia á la vista la inocencia, la penitencia, la caridad, y todos los exemplos de virtud de santa Genovefa y de tantos otros santos. Reflexiones sólidas, meditaciones efica-

ces, discursos concluyentes; todas eran pruebas sensibles del amor que Dios me profesaba; pero todo fué inútil para mí, porque no me dió la gana de convertirme. ¡O Dios, qué cruel remordimiento!

Muérame, Señor, ahora en vuestro amor, si he de vivir algun tiempo sin amaros. Vos me amais, y todo me convence de vuestra ternura. Esto es hecho; desde este mismo instante comienzo nueva vida, con esperanza de que todo os ha de acreditar mi eterno amor, mi perfecta conversion perpetuamente.

JACULATORIAS.

Dixi, nunc cœpi: hæc mutatio dexteræ Excelsi. Psalm. 6.

Yo comencé tarde á amaros, Señor; mas ya doy principio, y confieso ser ahora de vuestro excelso brazo esta mi conversion.

Juravi, et statui custodire judicia justitiæ tuæ. Psalmo 118.

Resuelto estoy, y así lo he prometido, á guardar en adelante vuestros santos mandamientos.

PROPOSITOS.

Lee delante de un Crucifixo los propósitos que hiciste ayer, y el nuevo plan de vida que te propusiste. Mira si hay que añadir; nota los embarazos que pueden ofrecerse, y dexa tambien anotados los medios de que te has de servir para vencerlos. En esto es absolutamente necesario proceder con especificacion y con menudencia. Las resoluciones indeterminadas, vagas y genéricas solo sirven para adormecer los remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada: y lisonjean y engañan con la esperanza de una conversion futura, pero jamas convierten.

2 Comienza haciendo á Dios algun corto sacrificio, ya sea contradiciendo tu propia voluntad y tu amor propio en ciertas cosas; ya sea mortificando tus sentidos en muchas ocasiones; ya sea privándote de lo que mas te gusta y te divierte. Nada sirven los grandes proyectos de conversion, sino se reducen á la obra. Todas las lecciones de moral son prácticas. No es rico el que solo sabe con-

tar grandes cantidades, sino el que es dueño de las cantidades que cuenta. De la misma manera es menester que las obras acrediten lo que cada uno quiere ser, y lo que es efectivamente.

DIA CUARTO.

San Simeon Stylita.

La vida de san Simeon Stylita está llena de hechos tan extraordinarios y tan maravillosos, que debe mirarse como una especie de prodigio para la admiracion, antes que como exemplar ó modelo para la imitacion. Quiso el Señor manifestar en élla lo que es capaz de hacer una alma generosa cuando la aníma su espíritu, y la da aliento su gracia; y al mismo tiempo quiso confundir nuestra delicadeza, poniéndonos á la vista una penitencia tan excesiva, y autorizada con milagros, condenando tambien nuestro amor propio, y el cobarde tiento con que nos tratamos.

San Simeon, llamado *Stylita*, por la columna en que pasó la mayor parte de su vida, nació en la villa de Sisan ácia los confines de la Cilesia y la Siria, cerca de los años de 392. Su padre fue pastor, y Simeon pasó los primeros años de su edad apacentando ganado.

Hallándose un dia en la iglesia cuando tenia solo trece años, oyó leer aquellas palabras del evangelio: *Bienaventarados los que lloran.* Preguntó á un buen viejo el significado que tenian; instruyóle éste de la facilidad que lograban los que se entregaban á una vida retirada y penitente, teniendo sin cesar delante de los ojos á Jesucristo crucificado; y el niño Simeon se sintió luego tan movido y tan ansioso de seguir aquel divino modelo, que al instante mismo se fue á esconder en el desierto mas cercano, donde pasó siete dias enteros sin comer ni beber, llorando y orando de dia y de noche, postrado sobre la tierra. Despues de este primer ensayo fue á echarse á los pies de un gran siervo de Dios llamado Heliodoro, abad

de un monasterio vecino, que persuadido de su resolucion y de sus lágrimas, le recibió entre los monges.

Apenas se vió Simeon en la compañía de aquellos fervorosos religiosos, cuando á todos los excedió en ayunos, en vigilias y en todo género de austeridades, repartiendo entre los pobres el poco pan y legumbres que le daban á él, y pasando muchas veces de un domingo á otro sin comer bocado.

Ingenioso ya en macerar su delicado cuerpo, se apretó tan estrechamente á la cintura una cuerda de palma, que introduciéndosele en la carne al cabo de diez dias, el mal olor que despedia la llaga podrida, descubrió aquel nuevo género de penitencia con espanto y con horror de cuantos fueron testigos de élla. No se le pudo cortar la cuerda sin grandes y terribles dolores; y la llaga tardó en curarse dos meses, con tanto asombro de los monges, que pidieron al abad despidiese aquel mancebo, cuyos exemplos los confundian, sin hallarse con fuerzas para imitarlos. Retiróse Simeon á otro desierto que no estaba distante; y encontrando en él un pozo seco, le escogió por celda. La noche siguiente vió el abad en sueños á muchos hombres vestidos de blanco que cercaban el monasterio, y pedian con amenazas al santo Simeon, á quien tan indignamente habia echado del convento. Luego que despertó Heliodoro, envió los monges á buscarle por todos los desiertos vecinos, mandándoles que le traxesen al siervo de Dios; y les costó mucho trabajo reducirle á que dexase su querido pozo, temiendo siempre que no le habian de permitir hacer una vida tan austéra y tan penitente como deseaba.

Tres años estuvo Simeon en el monasterio; pero no pudiendo sufrir la distincion y el respeto con que le trataban, obtuvo en fin licencia para retirarse á otra soledad mas escondida. Aquí estuvo otros tres años como sepultado en una cueva arruinada cerca de Telanisa, expuesto á todos los rigores de los temporales.

Aquí fue donde deseoso de imitar mas perfectamente el ayuno del Salvador del mundo, pasó una cuaresma entera sin probar bocado. Vino á verle un sacerdote el dia de pascua, y hallándole casi al espirar, le dió la sagrada comunion, con cuyo divino alimento recobró lue-

go todas sus fuerzas. Lleno entonces de confianza en aquel Señor que habia hecho esta maravilla, resolvió pasar en adelante todas las cuaresmas con la misma prodigiosa abstinencia; y Teodoro asegura, que ya habia pasado veinte y ocho de esta manera cuando él lo estaba escribiendo.

Siendo tan asombrosas estas austeridades, todavía le parecian á Simeon muy ligeras siempre que ponia los ojos en Jesucristo crucificado. Retiróse á la cumbre de una elevada montaña; hizo un breve círculo, que cercó de cal y canto, donde estuvo mucho tiempo sin techo y sin abrigo, expuesto á todas las inclemencias; y para quitarse la libertad de traspasar aquellos estrechos límites, se echó al pie una cadena de hierro de veinte codos de largo. Desaprobó esta singularidad aquel insigne hombre Melecio; y habiendo venido á visitar á Simeon, le dió á entender que debia aprisionarle en la soledad la suave cadena del amor de Jesucristo, y no la dura de hierro. No fue menester mas para que al instante se la mandase limar; porque la verdadera virtud nunca está pagada del propio juicio.

En vano procuraba sepultarse vivo entre las mas ásperas rocas; en vano solicitaba huir á los montes mas encumbrados por vivir desconocido. Esparcióse su fama por todo el universo mundo, y se vió presto cercado de innumerable multitud de todo género de gentes, atraidas del olor de su virtud y del eco de sus milagros. El deseo de huir de esta muchedumbre, que interrumpia su oracion, fue el principal motivo que tuvo para la extraña resolucion de ponerse sobre la columna.

La primera, sobre la cual pasó algunos años, solo tenia cuatro pies de alto. Pero como todavía le interrumpiese el ruido de los que concurrian á verle, levantó ótra de doce codos, y sobre élla se mantuvo diez ó doce años. Aún aquí no estaba tan recogido como queria, y erigió la tercera columna de veinte y dos codos en alto, sobre la cual se conservó cerca de catorce años. Pero queriendo huir mas y mas de la tierra hasta perderla de vista, hizo levantar otra de cuarenta y dos codos de altura, en la que se conservó todo lo restante de su vida. La extremidad ó plano superior de estas columnas no tenia

mas que cuatro pies de diámetro, bordeado de una especie de apoyo ó parapeto, que llegaba á la cintura. No tenia espacio para echarse, ni podia estar en postura que no fuese muy incómoda, ó de rodillas, ó en pie, ó recostado sobre el borde. ¿Qué dirán ahora de su delicadeza aquellas gentes que pasan los dias de la vida en la sensualidad y en el regalo?

Pareció tan extraordinario á todo el mundo este género de vida, que se movieron contra el Santo muchas persecuciones. No puede haber virtud sobresaliente sin que pase por grandes pruebas. Únos oían con desprecio aquella austeridad singular, ótros la miraban con indignacion, tratando al Santo de un insigne embustero; muchos le censuraban de vano y de soberbio. Hasta los solitarios de Egipto se dexaron preocupar contra él; y teniéndole por hombre que pretendia hacerse estimar, y dexar fama de sí por aquella singularidad, estuvieron casi resueltos á tratarle como á excomulgado.

Pero antes de llegar á este extremo, les pareció conveniente hacer una buena prueba. Despacharon á un solitario para que le intimase de órden de los superiores, que al punto se baxase de la columna, y viniese adonde estaban los demas. Previnieron al que llevaba este órden que si en oyéndole Simeon hacia resistencia, era señal de que no le gobernaba el espíritu de Dios, y que entonces le hiciese baxar, aunque fuese con violencia; pero que al contrario, si obedecia sin réplica, no podian dudar que su vocacion era de buen espíritu, y que en tal caso se le dexase vivir en paz. Apenas el solitario significó al Santo el órden de los superiores, cuando al momento, sin replicar, y sin dar la mas leve muestra ó señal de repugnancia, iba á baxar de la columna. Esta pronta obediencia calmó enteramente las dudas, y quedaron todos convencidos de su eminente virtud. Consoláronse y admiráronse los superiores, y le dexaron proseguir libremente sobre la columna.

Desde élla, como desde un altar, se sacrificaba á Dios con oraciones, con genuflexîones y con penitencias sin número. Desde élla predicaba eficazmente dos ó tres veces al dia al innumerable gentío que concurria de todas partes á oirle, y se juntaba al rededor de la columna.

Sus sermones eran siempre de la penitencia y del desprecio del mundo, seguidos todos de asombrosas conversiones. Antonio, discípulo de Simeon, refiere que un insigne pecador llamado Antíoco murió de contricion al pie de la columna. Los sarracenos, los persas, los etíopes, y otras muchas naciones idólatras venian en tropas á pedir el bautismo despues de haber visto ó de haber oido al Santo.

Veranio, rey de Persia, y la reyna su muger, dieron público testimonio de lo mucho que le veneraban. Los príncipes árabes le respetaron; y los emperadores cristianos acúdian á él en las necesidades públicas del Estado y de la Iglesia. Todos estos honores no alteraron su humildad. Es verdad, que el Señor tuvo cuidado de mantenerle en élla por medio de fuertes pruebas, permitiendo que fuese casi continuamente exercitado con violentas tentaciones, para conservarle siempre mas humilde y mas vigilante sobre sí mismo; y en cierta ocasion permitió el mismo Señor qúe estuviese casi á pique de caer en el lazo que le armó el demonio.

Transformóse en ángel de luz este enemigo de la salvacion de los hombres, y quiso persuadir á nuestro Santo, que ya no gustaba Dios de aquel género de vida, y que queria le sirviese en otra parte. Pero haciendo la señal de la cruz, desapareció el fantasma, y el Santo descubrió entonces el lazo; pero pareciéndole que se habia dexado llevar algun tanto de la ilusion, para hacer penitencia por su demasiada credulidad, se condenó á tener un pie levantado toda la vida. Esta postura tan penosa, sobreviniendo despues el frio del invierno, le abrió una grande úlcera en la pierna, que le causaba intensísimos dolores; pero tenia gran cuidado de recoger los gusanos que se le caian, y volver á ponerlos en la llaga.

Asegura Teodoreto que casi era su único alimento la divina Eucaristía, que recibia de ocho en ocho dias, pasando las cuaresmas enteras sin tomar otro bocado, y casi todo el año sin comer ni beber.

En medio de una vida tan extraordinariamente dura, que se podia llamar un martirio continuado, ó un milagro de penitencia, se admiraba siempre aquella afabilidad, aquella igualdad de humor, aquella dulzura inalte-

rable, que hacen el carácter de la verdadera virtud, y que no contribuyeron poco á la conversion de tantos pueblos.

Jamas permitió que muger alguna entrase dentro de la clausura de su ermita, esto es, en el recinto del muro que cercaba su columna; y costó la vida á una dama, que por curiosidad, ó por imprudente devocion, quiso violar esta ley. Disfrazóse en hombre; pero apenas puso el pie dentro de la puerta, cuando espiró.

Finalmente sintió que se iba acercando su fin este gran Santo, célebre por tantos milagros, dotado del don de profecía, colmado de merecimientos, y consumado por un martirio tan largo de penitencia; y redoblando entonces su fervor, se inclinó para hacer oracion, segun su costumbre, en cuya postura entregó su alma al Criador por los años de 462, teniendo 69 de edad, y habiendo pasado 47 sobre diferentes columnas.

Su discípulo Antonio estuvo tres dias sin conocer que habia muerto, creyendo siempre que estaba en oracion. Luego que se esparció esta noticia, el patriarca de Antioquía, acompañado de seis obispos, de los oficiales del Emperador, y un infinito concurso de todo género de gentes, acudió al lugar donde habia muerto el Santo. Los obispos baxaron el santo cuerpo, y le colocaron al pie del altar que estaba enfrente de la columna, y en el cual se le decia misa cuando vivo. Fue menester que seis mil hombres de las tropas del Emperador fuesen escoltando este precioso tesoro, que se llevó á Antioquía como en pompa, y como en triunfo. En el camino hizo una multitud de milagros. Quiso el emperador Leon que sus reliquias fuesen conducidas á Constantinopla; pero al cabo desistió de su empeño, rindiéndose á las instantes súplicas de los vecinos de Antioquía. Edificóse luego en aquella patriarcal una magnífica iglesia en honor del Santo, donde fueron continuados los milagros, y creciendo la devocion de los pueblos. El Martirologio romano no hace memoria de san Simeon hasta el dia 5 de enero; pero se adelanta hoy el compendio de su vida, porque mañana se ha de hablar de la vigilia de la Epifanía.

La misa es en honra de los santos Inocentes, cuya octava celebra hoy la santa Iglesia; y la oracion es la que se sigue.

Deus, cujus hodiernâ die præconium Innocentes martyres non loquendo, sed moriendo confessi sunt: omnia in nobis vitiorum mala mortifica, ut fidem tuam quam lingua nostra loquitur, etiam moribus vita fateatur: Per Dominum nostrum...

Dios y Señor, cuya gloria confesaron hoy los santos mártires Inocentes, no con sus palabras, sino con su muerte y con su sangre; haced que mueran en nosotros todas las pasiones y todos los vicios, para que aquella fe que confesamos con la boca, la confiese tambien nuestra vida con las costumbres: Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reyna...

La epístola es del cap. 14. del Apocalypsi de san Juan.

Et vidi: et ecce Agnus stabat supra montem Sion, et cum eo centum quadraginta quatuor millia habentes nomen ejus, et nomen Patris ejus scriptum in frontibus suis. Et audivi vocem de cœlo, tanquam vocem aquarum multarum, et tanquam vocem tonitrui magni: et vocem, quam audivit, sicut citharædorum citharizantium in citharis suis. Et cantabant quasi canticum novum ante sedem, et ante quatuor animalia, et seniores: et nemo poterat dicere canticum nisi illa centum quadraginta quatuor millia, qui empti sunt de terra. Hi sunt, qui cum mulieribus non sunt coinquinati: Virgines enim sunt. Hi sequuntur Agnum quocumque ierit. Hi empti sunt ex hominibus primitiæ Deo, et Agno, et in ore eorum non est

Vi (dice san Juan) al Cordero que estaba en pie sobre el monte Sion, y con él, á ciento cuarenta y cuatro mil personas que tenian su nombre, y el nombre de su Padre escrito en sus frentes. Y oí una voz del cielo, como el ruido de muchas aguas, y como el estallido de un gran trueno. Y la voz que oí, era como de músicos que tañian sus arpas. Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro animales, y los ancianos, y ninguno podia cantar este cántico, sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil, que fueron rescatados de la tierra. Estos son los que no se mancharon con mugeres; porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero donde quiera que fuere. Estos han sido comprados de entre los hombres, para ser las primicias de Dios y del Cordero: y en su boca no

inventum mendacium: sine macula enim sunt ante thronum Dei.

se halló la mentira; porque estan sin mancha ante el trono de Dios.

NOTA.

»*El libro del Apocalypsi* es el libro de las revelacio»nes que tuvo san Juan evangelista en la isla de Path»mos, que está en el Archipiélago, adonde le habia des»terrado el emperador Domiciano. Tuvo muchas visiones, »que debaxo de diferentes figuras le representaban lo que »habia de suceder á la Iglesia en los siglos venideros. Todo lo que se contiene en este libro es misterioso y profético.

REFLEXIONES.

Solamente en la elevacion del monte, donde el ayre es siempre puro, se ve al Cordero inmaculado, y en su compañía aquella multitud de almas escogidas, que no se avergonzaron del evangelio, y pisando generosamente todos los respetos humanos, hicieron gloriosa vanidad de servirle, llevando escrito su nombre en la misma frente á vista de todo el mundo. Una virtud mediana, una alma tibia y cobarde no pierde jamas de vista á la tierra, y así solo ve al Cordero muy de léjos. No basta tener su nombre en la boca; es menester llevarle estampado en la frente. Muchos temen hacer una declaracion tan pública, porque despues es menester sostenerla con una conducta irreprehensible. Es menester parecer cristiano; pero tambien es menester que cada uno sea lo que parece. Nuestras costumbres y nuestras operaciones han de decir mudamente la religion que profesamos.

¡Qué gran don es la virginidad! ¡Qué excelentes son sus méritos! ¡Qué grandes los privilegios que goza! Solamente las vírgenes siguen al Cordero á cualquiera parte donde vaya; éllas solas estan cerca de su persona; éllas solas, digamoslo así, componen su corte. Como la virginidad es el estado mas perfecto, el mas excelente, cualquier favor señalado, cualquier gracia distinguida parece que se reserva para las almas que la profesan. Quiso

Dios que el sacrificio de las vírgenes en la persona de los santos Inocentes consagrase, por decirlo así, las primicias de la redencion. Ciertamente Dios no se complace sino en las almas puras: éllas tienen el privilegio de conocerle mas perfectamente en esta vida, y de ser mas distinguidas en la ótra. Para conservarse delante del trono de Dios, es menester no tener mancha.

El evangelio es del cap. 2. de san Matéo.

In illo tempore: Angelus Domini apparuit in somnis Joseph, dicens: Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi. Futurum est enim, ut Herodes quærat puerum ad perdendum eum. Qui consurgens accepit puerum, et matrem ejus nocte, et secessit in Ægyptum: et erat ibi usque ad obitum Herodis, ut adimpleretur quod dictum est à Domino per Prophetam dicentem: Ex Ægypto vocavit filium meum. Tunc Herodes videns quoniam illusus esset à Magis, iratus est valde, et mittens occidit omnes pueros, qui erant in Bethlehem, et omnibus finibus ejus, à bimatu et infra, secundum tempus, quod exquisierat à Magis. Tunc adimpletum est quod dictum est per Jeremiam Prophetam dicentem: Vox in Rama audita est, ploratus et ululatus multus, Rachel plorans filios suos, et noluit consolari, quia non sunt.

En aquel tiempo: El angel del Señor se apareció en sueños á José, y le dixo: Levántate, y toma al niño y á su madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise. El cual, levantándose, tomó al niño, y á su madre de noche, y se retiró á Egipto, y estaba allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo que dixo el Señor por el Profeta, que dice: Llamé á mi hijo del Egipto. Entonces Herodes, viéndose burlado por los Magos, se irritó sobremanera, é hizo matar á todos los niños que habia en Belen, y en todos sus contornos, de dos años, y de ahí abaxo, conforme al tiempo que habia averiguado de los Magos. Entonces se cumplió lo que estaba dicho por el profeta Jeremías: oyóse en Rama una voz, mucho llanto y gemidos: Rachel, que llora á sus hijos, y no quiso consolarse, porque no exísten.

MEDITACION.

De la estrecha necesidad que todos tenemos de convertirnos.

PUNTO PRIMERO.

Considera si quisieras morir en la disposicion en que te hallas, con los defectos que tienes, y con los remordimientos de conciencia que te punzan. ¿Pues para qué dilatas á otro tiempo esta indispensable reforma?

¡Cosa estraña! Todos convienen en que tienen necesidad de convertirse. Pásanse las reflexîones, las meditaciones en conocer los defectos, los vicios que nos dominan; y despues de dos años, de seis años, de diez años que se ha hecho esta revista, que se ha hecho esta confesion, todavía la conversion, la reforma de las costumbres se está por hacer.

Si creemos que tenemos necesidad de convertirnos algun dia, ¿qué razon tenemos para no convertirnos el dia de hoy? ¿Tememos acaso convertirnos muy temprano? ¡Pero ah! que aunque lo hiciéramos hoy, siempre tendríamos el dolor de haberlo hecho muy tarde.

Eres jóven, eres mozo. ¿Y por ventura Dios nos pide únicamente los años, los dias de la vejez? Eres rico, estas en empleo, eres hombre distinguido. ¿Luego es menester vivir en pecado? ¿Luego es menester proseguir en ofender á Dios? ¿Luego es menester menospreciar su gracia? Causan horror estas consecuencias. ¿Pero de que otra manera se razona, se discurre cuando se dilata la conversion con tan frívolos pretextos? ¡Tú no te quieres convertir hoy! Pues tampoco te convertiras mañana. Cuanto mas adelante vayas, tendrás que vencer mayores dificultades. Si hoy te dominan las pasiones, el interes y los respetos humanos, mañana te tiranizarán. No hay que perder tiempo; porque todo se puede temer cuando se pierde el tiempo y no se aprovecha la gracia; cuando se resiste á estas reflexîones, á estas inspiraciones apretantes, de que quizá está pendiente tu eterna salvacion.

¿Señor, si serán de esta consecuencia las que yo siento en este instante? Si lo son, y las desprecio, ¡desdichado

de mí! Ya es tiempo que se acaben mis irresoluciones: esto es hecho; quiero ser vuestro, mi Dios, quiero ser vuestro sin reserva. Ya no mas medios deseos, ya no mas vanos pretextos, ya no mas peligrosas dilaciones.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, que hay circunstancias favorables, hay ciertos modos felices en orden á la salvacion, los cuales importa mucho aprovecharlos bien, y es muy peligroso despreciarlos. ¿Quién nos ha dicho que no es el dia de hoy ese dia crítico? Dios llama, Dios solicita, Dios aprieta con voces interiores. ¡O, que es mucho de temer cuando Dios calla!

¡Qué ocasion mas favorable para la conversion de Herodes, qué momento mas feliz que el arribo de los Magos! ¡Qué dicha la de este Rey, si de buena fe hubiera querido buscar á su Dios y á su Salvador, que le advirtió de su venida, y le convidó para que fuese á visitarle! Tuvo Herodes pensamiento de hacerlo; no cesó la gracia de solicitarle interiormente. Este fue el momento crítico de su salvacion. ¿Y esta misma meditacion no será acaso para alguno este crítico momento? Resistió Herodes á la gracia; despertósele el temor, la ambicion, los vanos zelos de estado; revolviéronsele todas las pasiones; ¡y á qué excesos de impiedad, de furor y crueldad no precipitaron á este tirano! ¡O qué desdicha es hacer á la gracia resistencia!

Demasiado tiempo ha, Señor, que yo resisto á las que Vos me dispensais benignamente; eternamente sea bendita vuestra misericordia, porque habeis querido aguardarme hasta este dia. Conozco que tengo necesidad de reformar mis costumbres, de vencer mis pasiones, de arreglar mi vida segun vuestras máxîmas. Sea siempre, Señor, vuestra gracia mas abundante, porque pretendo no dilatar mi conversion ni un solo dia.

JACULATORIAS.

Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum. Psalmo 56.

Mi corazon está preparado, Dios mio, mi corazon está preparado á hacer vuestra divina voluntad.

Diligam te Domine fortitudo mea. Psalm. 17. Sí, mi Dios y mi Señor, yo os amaré en adelante; yo os amaré, siendo Vos mi fortaleza, espero amaros por toda la eternidad, á pesar de mi enemigo el demonio.

PROPOSITOS.

Inútilmente se concluye la necesidad de enmendarse, si la vida no acredita prácticamente la enmienda. Exâmina sériamente, y con un espíritu verdaderamente cristiano todo lo reprehensible que hay en tí, todo lo que necesita reformarse. ¿No hay alguna mala costumbre? ¿No hay alguna ocasion próxîma ó remota? Ese espíritu altanero; ese genio impaciente; ese humor colérico; esa habitual delicadeza en el comer, en el vestir, y en todo lo que se hace; esa negligencia voluntaria en el cumplimiento de las obligaciones del estado ú del empleo; esa falta de devocion, y aun de respeto en los exercicios mas sagrados de la religion; esa indevocion diaria que casi ha pasado ya á naturaleza; sobrados materiales ofrecen para una gran reforma. Señala dos ó tres defectos de éstos, escogiendo los mas capitales; y no dexes pasar este dia sin haber puesto en práctica lo que hubieres determinado.

2 Acude hoy á la iglesia, asiste al santo sacrificio de la misa, haz tus exercicios espirituales con tanta modestia, con tanto fervor, con tanta devocion, que sean como pruebas efectivas de la sinceridad de tus propósitos. Muestra en todas ocasiones aquella dulzura, aquella modestia cristiana de la cual nos dió Jesucristo tan bellas, tan concluyentes y tan expresivas lecciones. Y para nutrir, para fomentar esta buena voluntad, este nuevo fervor, repite muchas veces entre dia las palabras del profeta: Mi corazon está preparado, Señor, mi corazon está preparado, *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* Psalmo 56.

DIA QUINTO.

La vigilia de la Epifanía.

Celebra hoy la Iglesia el oficio, y hace como la fiesta de la Epifanía, para disponer los fieles con un modo particular á la celebracion de este gran misterio, y para darles con esta festividad preparatoria una idea mas alta de la solemnidad de mañana.

Lo que singularmente hizo mas célebre en la Iglesia esta vigilia fue el bautismo de los catecúmenos, cuya ceremonia se hacia esta noche en el Oriente con mayor pompa, y con mas solemne aparato, que se executaba en el Occidente la vigilia de pascua de Pentecostés. Encendíase esta noche un gran número de lámparas, de velas y de hachas, el pueblo la pasaba toda en la iglesia, dedicados á exercicios de leccion y de oracion.

Habiéndose mudado la costumbre de las vigilias nocturnas, se trasladó esta fiesta al dia precedente, con el oficio, y con parte de las ceremonias. Dispensóse en el ayuno, que siempre servia de preparacion á las mayores solemnidades, en atencion á que este dia estaba comprendido entre Navidad y Reyes, cuyo tiempo se consideraba como una fiesta continuada: *Inter natale Domini, et Epiphaniam omni die festivitates sunt*, dice el concilio Turonense, porque el ayuno siempre debe ir acompañado de luto, y de tristeza, y la fiesta estaba pidiendo de justicia gala y alegría.

No contribuía poco á esta misma solemnidad la bendicion de las aguas que llaman *saludables*, la cual se hacia tal noche como ésta para bautizar á los catecúmenos. Y es que la Iglesia, siguiendo una tradicion antiquísima, siempre hacia memoria del bautismo de Jesucristo en el mismo dia de la Epifanía.

San Juan Crisóstomo dice en un sermon, que los fieles de su tiempo, aun los que ya estaban bautizados, tenian la devocion de lavarse con estas aguas, como santificadas por la bendicion de la Iglesia, y de llevarlas á sus

casas. A la media noche de esta solemne fiesta, dice este padre, todos los fieles, despues de haberse lavado con las aguas saludables, que por la bendicion de la Iglesia estan como revestidas de la virtud de aquellas que consagró con el bautismo el Salvador del mundo, las llevan á sus casas, y las guardan dos y tres años; conservándose tan claras y tan puras como si acabaran de salir de la fuente: *Biennio, et triennio sæpe, quæ hodie fuit hausta, incorrupta, et recens permanet, ac post tantum temporis cum iis quæ fuerunt à fontibus eductæ certant.*

Aunque los orientales incurrieron despues en una infinidad de errores, y casi todos estan divididos por el cisma y por la heregía, se observa que casi todos han conservado esta ceremonia. Cada territorio bendice el rio que le baña con largas oraciones y preces; y despues concurre un inmenso gentío de todas condiciones y estados á meterse en él, como para renovar su bautismo en memoria del de Jesucristo. Esta ceremonia se observó tambien por algun tiempo en las iglesias de Africa, como lo prueba el milagro que hizo san Eugenio, obispo de Cartago, curando á un ciego la vigilia de la Epifanía, durante la bendicion de las aguas bautismales, en presencia de todo el pueblo, que asistia á los solemnes oficios de la noche.

La Iglesia latina no siguió la misma costumbre, teniendo por mas conveniente practicar la ceremonia de bendecir las aguas bautismales en la vigilia de Pascua, y de Pentecostés; pero con todo eso celebró siempre la vigilia de la Epifanía con tanta solemnidad, que aun en las vísperas del dia precedente hace memoria de élla, como de fiesta muy particular.

Aunque por justos motivos suprimió la Iglesia el estilo de pasar en oracion las noches de las vigilias, llamadas así, porque en éllas se velaba y no se dormia, preparándose los fieles de esta manera para celebrar la fiesta del dia subsiguiente, no por esto los dispensó de esta preparacion. Con este espíritu quiere que se ayune en las mas de las vigilias; y aunque en la de hoy dispensa el ayuno por la razon que llevamos insinuada, no es su ánimo dispensar en las otras buenas obras que deben acompañarle; antes desea que esta mortificacion se supla

con el exercicio de una devocion mas fervorosa.

Es error pensar que las fiestas no son mas que dias de descanso, y es mayor error imaginarlas como dias que se deben dedicar á profanas diversiones. Césase en éllas, es verdad, de toda obra servil; pero es únicamente para que nos entreguemos con mayor desembarazo á las sagradas, las que inmediatamente se dirigen al mayor b en de nuestras almas. Los dias de fiesta son dias de alegría, no lo niego; pero de una alegría toda espiritual y toda santa.

Tambien es cierto que en los primitivos tiempos de la Iglesia se estilaban muchos festines y convites en los dias de fiesta. ¿Pero qué convites, y qué festines? Aquellos, dice Tertuliano, en que reynaba la frugalidad, se servia la templanza, y se hacia ostentacion de la piedad; festines que instituia la caridad, y alentaba la religion para contraponerlos á los escandalosos excesos de los paganos. Su mayor aparato era la modestia; llamábanse *caridades*, porque todo el gasto que se hacia era principalmente en obsequio de los pobres. *Vocatur Agape*, *id*, *quod penes Græcos dilectio est*, *quatumcumque sumptibus constet*, *lucrum est*, *pietatis nomine*, *facere sumptum*; *siquidem inopes quoque refrigerio isto juvamus*: Los gastos que se hacen en obsequio de la caridad no son gastos, que son lucros; empléanse aquéllos no tanto en el regalo de los ricos, como en el refrigerio de los pobres. Así se explica Tertuliano. Y pregunto: ¿pudiera explicarse así, si hablara de los festines y de los convites que en los dias de fiesta se suelen hacer en nuestros tiempos?

Cada dia se ve, que todo lo que es conforme á la inclinacion de nuestros sentidos, por santo que sea en su primitiva institucion, presto degenera en reprehensibles excesos. Aquellos convites de la caridad y de la religion, degeneraron ya en banquetes de la vanidad, y no pocas veces del desorden. Hácense grandes gastos para contentar la gula de los ricos, no para satisfacer la necesidad de los pobres. ¿Y cuántas veces, á costa del sudor, y aun del crédito de los pobres, banquetean tiranamente los ricos? Entre los fieles no debiera haber convite en que no fuesen los pobres los primeros convidados.

Es probable que la costumbre de echar rey en este dia

sea muy antigua, y tambien muy loable en su principio. Quizá se introduciria para que en cada casa, en cada familia hubiese uno que con el nombre de rey, á imitacion de los Magos, se esmerase en adorar y reverenciar el dia de mañana á Jesucristo. Hace verísimil esta conjetura el no descubrirse rastro de supersticion en esta costumbre, y el contar que siempre la practicaron las familias mas piadosas y arregladas. Pero el tiempo todo lo vicia, siendo cierto que las costumbres mas honestas y mas santas degeneran en reprehensibles excesos, pasando á ser usos ilícitos y licenciosos por la depravada corrupcion del corazon humano.

La misa de hoy es de la vigilia de la Epifanía, y la oracion es la siguiente.

Omnipotens sempiterne Deus, dirige actus nostros in beneplacito tuo: ut in nomine dilecti Filii tui mereamur bonis operibus abundare: Qui tecum vivit, et regnat...

Todo poderoso y sempiterno Dios, dirigid todas nuestras acciones segun la regla de vuestra divina voluntad; para que en el nombre, y por los merecimentos de vuestro querido Hijo Jesucristo, podamos producir en abundancia frutos saludables de buenas obras: por el mismo Señor nuestro Jesucristo, que contigo vive y reyna...

La epístola es del cap. 4. de san Pablo á los gálatas.

Fratres: Quanto tempore hæres parvulus est, nihil differt á servo, cum sit dominus omnium: sed sub tutoribus, et actoribus est usque ad præfinitum tempus à Patre: ita et nos, cum essemus parvuli, sub elementis mundi eramus servientes. At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum factum ex muliere, factum sub lege, ut eos, qui sub lege erant, redímeret, ut adoptionem filiorum reciperemus. Quo-

Hermanos: Mientras que el heredero es párvulo, en nada se diferencia de un esclavo, siendo el señor de todo; sino que está baxo los tutores y curadores hasta el tiempo determinado por su padre. Así tambien nosotros, cuando éramos niños, estábamos sujetos á los primeros rudimentos del mundo. Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios á su Hijo, hecho de una muger, sujeto á la ley, para que redimiese

niam autem estis filii misit Deus Spiritum filii sui in corda vestra clamantem: Abba, Pater. Itaque jam non est servus, sed filius. Quod si filius, et hæres per Deum.

á los que estaban baxo la ley, para que recibiésemos la adopcion de hijos. Mas como sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: Abba (esto es) Padre. Así pues, ya no es clavo, sino hijo. Y si es hijo, es tambien heredero de Dios por Cristo.

NOTA.

»Los gálatas, á quienes escribia san Pablo, eran de »un pueblo del Asia menor. Habíalos convertido este »santo Apóstol; pero fueron despues otros falsos docto»res, que pretendieron engañarlos, persuadiéndolos de»bian sujetarse á la ley de la circuncision, y á las otras »ceremonias que ordenaba la ley de Moyses. Para que »no cayesen en este error los escribió san Pablo desde »Éfeso la carta de donde se ha sacado esta epístola, y la »escribió el año 56 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

¡Qué poco conocemos las grandes ventajas que gozamos en la ley de gracia! Los judíos recibieron las promesas, nosotros recogerémos los frutos. ¡Gran lástima será que no estimemos el precio! Como hijos adoptivos de Dios, como coherederos de Jesucristo y herederos de Dios mismo. ¿Se comprende esta gran dicha cuando se siente tan poco el perder tan rica herencia? ¿Somos hijos de Dios, y hacemos punto, hacemos vanidad de portarnos como tales? ¿Amamos á Dios, honramos á Dios como si fuera nuestro Padre?

Libres estamos ya de las duras observancias de la ley antigua; en nuestra mano está disfrutar las dulzuras de la nueva. En élla derrama sus dones el Espíritu santo; en élla se dexan sentir las bendiciones del cielo; en élla todo es auxîlios, todo es gracias. Consideremos qué dicha la de ser hijos de Dios, amados de su Espíritu, poder recurrir á él á todas horas, y en todas nuestras necesidades poder llamarle *Padre* á boca llena. ¡O que gran motivo para alentar la confianza! Por irritado que esté como Señor, como Dios, y como Juez, al fin es siempre nuestro Pa-

dre. Nuestras costumbres, nuestras máxîmas y nuestra conducta nos acreditan de hijos suyos.

La augusta cualidad de hijos de Dios prevalece á todas las demas; todas las hunde, todas las sorbe. Ser de familia ilustre, ennoblecida por las heróycas hazañas, por los elevados empleos, por el mérito de los antepasados; ocupar un puesto muy distinguido en la monarquía; ser favorecido de un gran príncipe; ser oficial en el exército; ser ministro de los primeros tribunales; poseer grandes bienes, sobresalir en el ingenio, en el saber, en la elocuencia; estar lleno de títulos pomposos, de magníficos dictados; todos estos son nombres grandes, pero grandes vanidades; nombres vacíos, que nada significan á la hora de la muerte. ¿Qué consuelo, qué confianza, qué prerogativa dan á un moribundo en aquella última hora? ¿Qué estimacion añaden á las cenizas en la sepultura? La cualidad de hijos de Dios es la única que se respeta aun en la otra vida; este es el único título que nos da derecho á la felicidad eterna, á aquella gloria que con nada se obscurece, que no puede borrar la misma muerte. Esta es aquella nobleza, que jamas se desluce; esta aquella cualidad, aquella excelencia, en la cual fundan su mérito los mismos ángeles. El nacimiento humilde, la condicion obscura, el oficio vil, la pobreza, la riqueza, los talentos, las prosperidades, los bienes de fortuna, todo aflige á los que el mundo desprecia. ¡Pero qué agravio se hacen á sí mismos en quejarse de su suerte! No de otra manera, que si un príncipe heredero persuntivo de la corona se afligiese por no ser ministro de un consejo ó gobernador de una plaza. Esos pobrecitos tienen la eminente cualidad de ser hijos adoptivos de Dios; poco conocen la verdadera grandeza, poca idea tienen de la nobleza verdadera los que no hacen mas estimacion de esta eminente cualidad, que de todas las vanidades humanas. *Amados mios*, decia el evangelista san Juan, *ahora somos hijos de Dios; y lo que despues serémos, ahora no se ve. Mirad qué grande amor nos ha mostrado el Padre celestial, pues tenemos el nombre de hijos de Dios, y verdaderamente lo somos.* Ut filii Dei nominêmur, et simus. *Joan.* 3.

El evangelio es del cap. 2. de san Mateo.

In illo tempore: Defúncto Heróde, ecce Angelus Domini apparuit in somnis Joseph in Ægypto, dicens: Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et vade in Israel: defuncti sunt enim, qui quærebant animam pueri. Qui consurgens, accepit puerum, et matrem ejus, et venit in terram Israel. Audiens autem quod Archelaus regnaret in Judæa pro Herode patre suo, timuit illò ire: et admonitus in somnis, secessit in partes Galilææ. Et veniens habitavit in civitate, quæ vocatur Nazareth: ut adimpleretur quod dictum est per Prophetam: Quoniam Nazaræus vocabitur.

En aquel tiempo, muerto Herodes, he aquí que el ángel del Señor se apareció en sueños á José en el Egipto, diciéndole: Levántate, y toma al niño y á su madre, y vuelve á la tierra de Israel: porque ya murieron los que buscan al niño para matarle. Levantándose pues, tomó al niño y á su madre, y vino á la tierra de Israel. Pero oyendo que Archêlao reynaba en Judea, por su padre Herodes, temió ir allá: y avisado en sueños, se retiró á Galilea. Y vino á habitar en una ciudad que se llamaba Nazareth, para que se cumpliese lo que dixeron los Profetas: Será llamado Nazareno.

MEDITACION.

Del modo de disponerse para celebrar las fiestas grandes.

PUNTO PRIMERO.

Considera los cuidados que se emplean, los gastos que se hacen, y el tiempo que se gasta en las prevenciones para una fiesta profana; el corazon, el ingenio, el bolsillo, todo se pone en movimiento, todo se ocupa, todo se consume. Llega el dia de la fiesta; qué atencion á que todo esté prevenido, qué ansia de brillar, qué empeño en sobresalir, qué miedo de no dar gusto, de no quedar con lucimiento. Mi Dios ¡hay las mismas ansias, empléanse los mismos cuidados, hácense las mismas prevenciones para celebrar nuestros mayores misterios! ¿Qué disposiciones se practícan para celebrar una fiesta de religion?

No nos pide Dios tanto. Un corazon puro, una fe viva, una devocion tierna, estas son las únicas y las verdaderas disposiciones. Un culto, que se contenta con me-

ra s exterioridades, mas es hazañería con verdadero acto de religion. Quiere Dios ser adorado en espíritu y en verdad; este es el fin principal á que se dirige la celebridad de nuestras fiestas. Porque, ¿á qué fin renovar todos los años los misterios de nuestra religion; traernos tan frecuentemente á la memoria los beneficios que debemos al Salvador, sino para avivar nuestra fe y para excitar nuestro reconocimiento? ¿A qué fin ese cesar de todas obras serviles, sino para ocuparnos enteramente en las divinas? Son nuestras fiestas solemnidades de religion; ¿será bien hacerlas puramente mundanas y profanas? Quiere Dios ser honrado en éllas con sacrificios, que nazcan del corazon, con públicos homenages; ¿y se contentará con esas apariciones, á manera de relámpago, con esas entradas y salidas en la iglesia en que tiene mas parte la costumbre, y el ir adonde van todos, que la devocion ni la piedad?

Celébrase mañana la memoria de la adoracion de los Magos. Todos debemos tambien adorar á Jesucristo. ¿Presentarémonos en su presencia con el corazon manchado, y con las manos vacías? ¡Qué indecencia aparecer delante de Jesucristo sin el adorno de su librea! ¡Qué indignidad ponernos á su vista en dia tan grande sin la debida preparacion!

¡Mi Dios, y qué poco concepto he formado yo hasta ahora de la santidad, de la magestad de mi religion, pues he aplicado tan poco, tan ningun cuidado á santificar las mayores fiestas de élla! Sea prueba de mi arrepentimiento la sincéra confesion que hago de mi descuido; resuelto estoy á encomendar desde de este dia un desórden tan digno de corregirse.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que debe escandalizarnos, pero no debe admirarnos, que los dias mas solemnes del año sean los menos santificados, y sean tambien los mas vacíos. Porque, ¿cuál es nuestra preparacion para celebrar las mayores solemnidades?

Las vigilias, que solo se instituyeron para purificar por medio de la penitencia, de la oracion y del recogimiento un corazon que debe ser presentado al Señor, se han convertido en dias de distraccion y de tumulto. Los

negocios, el mundo, la vanidad ocupan todo el tiempo. ¿Estílase otra disposicion para las fiestas? Como el demonio es tan sagaz, se anticipa á hacerse dueño de las primicias, sabiendo bien, que el fruto que se podia sacar en estos dias solemnes, depende en gran parte de las vigilias.

No volvio Cristo á Judea hasta que murió el tirano Herodes. Mientras reynen en el corazon humano las pasiones, no hay que esperar que Dios se aposente en él. ¿Queremos volver á encontrar á nuestro Salvador en estos dias de bendicion? Pues trabajemos desde la víspera en quitar la vida, en hacer morir á todos los enemigos que le tienen retirado. Bastó que el hijo de Herodes reynase en Judea para obligar al Salvador á no detenerse en élla. Reynará el Señor de asiento en una alma, llenarála de bendiciones y de dulzuras en abundancia, particularmente en estos dias grandes, como estén desterrados de élla todos sus enemigos. Sin esto podrá visitarla alguna vez; pero será una visita pasagera.

¿Quiérese gustar de Dios en estos dias solemnes? Pues empléense santamente las vigilias. Si estos son dias de penitencia y de recogimiento, los dias siguientes serán dias de fiesta para el alma. Por eso antiguamente se pasaban en la iglesia todas las noches que precedian á las festividades mas solemnes. Ya que ahora no hagamos tanto, dediquemos por lo menos algunas horas del dia precedente á la oracion y al recogimiento. ¿Somos por ventura menos cristianos que nuestros padres y nuestros abuelos? ¿Pues por qué serémos menos zelosos y menos devotos?

Dios mio, uno y otro lo espero de vuestra misericordia; y pues me habeis hecho la gracia de darme á conocer y detestar el error en que he vivido hasta aquí, descuidado de una preparacion tan necesaria; disponed, que al cuidado que desde hoy en adelante he de aplicar para celebrar con devocion las fiestas de la Iglesia, corresponda el solemnizarlas segun el espíritu de vuestra divina intencion, logrando de esa manera, que estos dias grandes sean para mí dias de bendicion y de salud.

JACULATORIAS.

Hodiè scietis quia veniet Dominus, et mane videbitis gloriam ejus. Exod. 16.

Hoy sabrás que ha de venir el Señor, y mañana te manifestará su gloria.

Præparate corda vestra Domino, et servite ei soli: Cras solemnitas Domini est. 1. Reg. 7. Exod. 32.

Disponed vuestros corazones para servir al Señor, y servidle á él unicamente, porque mañana es el dia de su solemnidad.

PROPOSITOS.

Fuera del recogimiento interior, y del espíritu de retiro que has de procurar observar este dia, dispon tus negocios de manera que te pueda quedar libre una parte de la tarde para prepararte á tan grande solemnidad. Si se puede será muy conveniente confesarse desde la víspera; porque ninguna preparacion es mas eficaz, ni contribuye tanto al recogimieuto. A lo memos, cuando esto no se pueda, se debe hoy disponer la confesion para mañana. Asiste á las vísperas solemnes de esta tarde, y pasa una buena parte de élla en la iglesia, empleándola en oracion y en exercicios de piedad, ya que no está en estilo pasar la noche, como antiguamente.

2 Retírate á casa á buena hora para dar algo de mas tiempo á la leccion espiritual. Despues de cenar junta los hijos y la familia; has que se lea la historia del misterio de mañana; explícalos la devocion con que deben celebrarle, y exhórtalos á que confiesen y comulgen, y á que asistan con devocion á la misa mayor y á los divinos oficios. ¡Qué abundantes bendiciones derramaria el Señor en todas las familias, si los amos y padres de éllas se aplicáran con mas desvelo al cuidado de la salvacion de los que Dios ha confiado á su direccion y gobierno! Por medio de estos exercicios, y por la fidelidad en cumplir exáctamente semejantes devociones, llegan las almas á la santidad, como á cada uno se lo enseñará bien presto su experiencia.

DIA SEXTO.

La Epifanía, por otro nombre los Reyes.

La Epifanía, que significa aparicion ó manifestacion del Salvador en el mundo, siempre fue reputada por una de las fiestas mas célebres y mas solemnes en la Iglesia de Dios, ya sea por los tres misterios que se comprenden en esta solemnidad, ya sea porque se considere como fiesta peculiar de la vocacion de los gentiles á la fe.

Tres misterios se celebran en una sola fiesta, por ser tradicion antiquísima que sucedieron en un mismo dia, aunque en un mismo año; la adoracion de los Reyes, el bautismo de Cristo por san Juan, y el primer milagro que hizo Jesucristo en las bodas de Caná de Galilea. Esta palabra griega *Epifanía*, que significa aparicion ó manifestacion, conviene perfectamente á todos tres misterios. Manifestóse el Señor á los Magos cuando por medio de la estrella milagrosa le vinieron á reconocer por su Rey, por su Dios, por su Salvador, y de todo el género humano. Manifestóse su divinidad en el Bautismo por medio de aquella voz del cielo que la declaró, y se manifestó su omnipotencia en el primer milagro que hizo. Por haber sido estos los principales medios de que Dios se valió para manifestar en la tierra la gloria de su hijo, los comprende todos la santa Iglesia en el nombre de Epifanía, aunque sola la adoracion de los Reyes es como el principal objeto del oficio de la misa, y de la solemnidad presente.

Es muy propable que en el mismo punto en que los ángeles estaban anunciando á los pastores el nacimiento del Mesías en Judea, la nueva estrella le anunciaba tambien en el Oriente. Fue sin duda observada de otros muchos, porque su extraordinario resplandor y la irregularidad de su curso la hacia distinguir entre todas las demas; pero solamente los Magos, ilustrados de lumbre superior, conocie-

ron lo que significaba aquel fenómeno; y ni un momento dudaron en ir á buscar al que anunciaba la estrella.

Los orientales llamaban magos á sus doctores, como los hebreos los llamaban escribas, los egipcios profetas, los griegos filósofos, los latinos sabios; y esta palabra *mago* en lengua persa tambien significa sacerdote. En todas estas partes los respetaban sumamente los pueblos, teniéndolos como por depositarios de la ciencia y de la religion. La Iglesia da el nombre de reyes á estos tres hombres ilustres, fundada en aquellas palabras de David: *Los reyes de Tharsis y de las islas; los reyes de Arábia y de Sabá vendrán á ofrecerle dones* en prendas de su veneracion, de su fidelidad y de su obediencia. Tambien se funda en una tradicion tan antigua, que no es facil encontrarla princip[illegible], hallándose pinturas antiquísimas, que los representan [illegible]rsonas coronadas con todas las insignias de la magesta[illegible] Añádese á esto el testimonio de los padres mas célebres de la Iglesia, como Tertuliano, san Cipriano, san Hilario, san Basilio, san Juan Christóstomo, san Isidoro, el Venerable Beda, Teofilato, y otros muchos. Es cierto que las naciones orientales, cuando los reynos eran electivos, escogian reyes entre los filósofos; y si eran hereditarios, procuraban instruir en las ciencias á los príncipes, de manera que pudiesen merecer el título de sabios. Así lo observa Platon tratando de la educacion de los príncipes de Persia; añadiendo, que sobre todo la astronomía era estimada como la ciencia mas digna de los soberanos.

Habiendo, pues, observado estos tres monarcas, á quienes algunos llaman Gaspar, Baltasar, y Melchor, el dia 25 de diciembre una estrella mas brillante que las ordinarias, juzgaron que era aquella estrella de Jacob, anunciada por el profeta Balán (cuyas profecías tenian bien estudiadas) como señal de un rey que habia de nacer para salud de todo el género humano. Alumbrados al mismo tiempo con una luz interior, por la cual conocieron que aquel astro los serviria de guia para encontrar al Mesías, tomaron el camino de Judea donde sabian por la tradicion que habia de nacer aquel rey tan deseado de todas la naciones. El Evangelista solamente nos previene que vinieron del Oriente, esto es, de un pais

exterior humilde, la augusta magestad, y la suprema dignidad de aquel Dios niño hecho hombre.

Llenos de fe y de respeto se postraron en su presencia, y le adoraron como á Señor del cielo y tierra, y como á Salvador de los hombres; y segun la costumbre de su pais de no presentarse nunca ante los grandes con las manos vacías, le ofrecieron de los géneros mas preciosos y mas estimados que llevaba su tierra, oro, incienso y mirra. Entónces se cumplió á la letra la profecía de David, hablando del Mesías: *Los reyes de la India, de la Arábia y de Sabá vendrán á ofrecerle dones en testimonio de su fidelidad y de su obediencia.*

Pensaban los santos Reyes volverse por Jerusalen; pero el ángel del Señor se les apareció en sueños, y les advirtió que se volviesen por otro camino, y que por ningun caso se dexasen ver de Herodes, cuyos artificios descubrieron entónces, conociendo la malignidad de sus perversos intentos.

Cosa extraña ¡Que los extrangeros vengan de paises tan distantes á adorar al Salvador del mundo, y que no le conozcan los judíos cuando acaba de nacer en medio de éllos! ¿Podian tener indicios mas claros de su venida? ¿Pero de qué sirve la luz á los que son voluntariamente ciegos? ¿Quién tendrá la culpa de que Herodes no lograse la misma dicha que los Magos? Envíale Dios tres príncipes extrangeros para que le anuncien el nacimiento del Salvador del mundo en Judea; sus mismos doctores le instruyen con toda claridad del lugar en que ha de nacer el Mesías. ¿Pero qué efecto producen todas estas instrucciones, todas estas gracias en un corazon ambicioso, irreligioso é impío? La turbacion, el engaño y la crueldad. Un corazon puro, un corazon religioso apenas ve la estrella cuando se pone en camino para adorar al que anuncia. Una alma mundana, un hipócrita hace servir la religion á su política, á su ambicion y á su insaciable avaricia.

¡O cuánta verdad es, que á Dios se le encuentra siempre que se le busca de buena fe! Si no hubiere estrella, no por eso falta socorro, no por eso falta guia; todo depende de la rectitud de nuestras intenciones, y de la sinceridad del corazon. La malicia de éste es la única que

apaga, que inutiliza la luz de la gracia. En vano brilla ésta si se cierran los ojos á su resplandor. El pais de los gustos nunca lo fué de la virtud. Apenas se retiraron los Magos de la corte de aquel impío Monarca, cuando volvieron á descubrir la estrella que se les habia ocultado. Pocas veces se dilata largo tiempo la vuelta de la devocion sensible. No basta ponerse en camino; es menester ir adelante; es menester no parar hasta llegar al término. Pero nunca nos pongamos delante de Dios con las manos vacías. La caridad, la piedad, la mortificacion son dones muy de su gusto; el corazon contrito y humillado siempre es bien recibido.

En la opinion mas comun de los expositores y padre los Magos llegaron á Belen trece dias despues que habia nacido el Salvador. Este tiempo bastaba para que viniesen de la Arábia; y por otra parte, si se hubieran detenido mucho mas, es cierto que no hubieran encontrado al Señor en el portalillo de Belen. Es verdad que Herodes hizo degollar á todos los niños que no pasasen de dos años, segun el tiempo que se habia informado de los Magos; pero esto solo prueba, que viendo Herodes como no venian, los tuvo por unos hombres simples, ligeros é ilusos, que avergonzados de no haber encontrado al que venian buscando desde tierras tan distantes, no se habian atrevido á volver á la córte; y llegando despues á su noticia las maravillas que habian sucedido en el templo, con ocasion de aquel niño, que se decia ser el Mesías, entró en un cruel furor, que le movió á mandar pasar á cuchillo todos los niños de dos años abaxo, que habian nacido en Belen y en sus cercanías, por no dexar con vida al que le habian anunciado los Magos, sin declararle el preciso tiempo de su nacimiento.

Casi todos los padres de los primeros siglos son de opinion que la estrella era un astro nuevo, cuyo resplandor, como dice san Ignacio martir, excedia al de todos los demas, criado por Dios únicamente para el ministerio de anunciar á los hombres el nacimiento del Rey de los cielos.

En fin es tradicion constante, de la cual no hay razon alguna para desviarnos, que aquellas primicias de la gentilidad, que vinieron á adorar al verdadero Dios, eran

verdaderamente reyes, esto es, príncipes soberanos de una ó de muchas ciudades, como eran los de Pentápolis, á quienes venció y deshizo el santo Patriarca Abraham.

Los mas célebres padres de la Iglesia fuéron de sentir, que el bautismo del Hijo de Dios, el milagro de la conversion del agua en vino, y la adoracion de los Magos acaecieron en un mismo dia; esto es, el dia 6 de enero, aunque en años diferentes. En virtud de esto la santa Iglesia une estos tres misterios en una misma fiesta, haciendo una como triple Epifanía, que quiere decir triple manifestacion, celebrando el dia en que se manifestó Cristo á los Magos por medio de una estrella; el dia en que se manifestó á san Juan por el testimonio de su Eterno Padre; el dia en que se manifestó á sus discípulos por el primero de sus milagros. Por esta triple solemnidad fué tan célebre esta fiesta desde los primeros siglos de la Iglesia, que hallándose tal dia como éste en Viena de Francia Juliano Apóstata el año de 361, no se atrevió dexar de asistir á los divinos oficios; y el emperador Valente, aunque era arriano, estando en Cesaréa de Capadocia el dia de la Epifanía, le pareció preciso concurrir á la misa mayor con todos los católicos, creyendo que si dexaba de hacerlo sería sumamente odiado, y le tendrian por impío. Pero nosotros nos contentamos con hablar el dia de hoy de la adoracion de los Reyes, reservando para los dos dias siguientes el hablar de los otros misterios.

Por lo que toca á los reyes, que tuvieron la dicha de adorar al Salvador, y de ofrecerle sus dones, fácilmente se dexa discurrir la abundancia de gracias y de dones sobrenaturales con que serian correspondidos; con qué fe tan viva, con qué caridad tan ardiente, con qué zelo tan puro y tan generoso se volverian á sus casas, donde despues de haber anunciado las maravillas de que ellos mismos habian sido testigos, merecieron morir con la muerte de los santos. Y ciertamente con una gracia y una vocacion tan singular, con una fidelidad tan generosa y tan exâcta, no podian dexar de conseguir tan feliz suerte. Así lo cree la misma santa Iglesia, y por eso permite el culto público que se les rinde.

Asegúrase que las reliquias de estos primeros héroes del cristianismo fueron primeramente transformadas de Persia á Constantinopla por el zelo y por la piedad de santa Elena; que despues en tiempo del emperador Emanuel se trasladaron á Milan, donde se mantuvieron 670 años, segun Galesino, hasta que finalmente, cuando esta ciudad fué tomada y saqueada por Federico Baba-roja el año de 1163, fueron trasladadas á Colonia, donde se conservan el dia de hoy con singular veneracion.

La misa de este dia es del misterio, y la oracion es la que se sigue.

Deus, qui hodierna die Unigenitum tuum Gentibus stella duce revelasti; concede propitius, ut qui jam te ex fide cognovimus, usque ad contemplandam speciem tuæ celsitudinis perducamur: Per eumdem Dominum nostrum ...

O Dios, que en este dia hicísteis conocer y adorar á vuestro unigénito Hijo, de los gentiles, dándolos por guia una estrella, concedednos por vuestra bondad, que pues ya os conocemos por la fe, lleguemos hasta la contemplacion de vuestra gloria inefable; por el mismo Jesucristo nuestro Señor ...

La epístola es del cap. 60. de Isaías.

Surge illuminare, Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est. Quia ecce tenebræ operient terram, et caligo populos; super te autem orietur Dominus, et gloria ejus in te videbitur. Et ambulabunt gentes in lumine tuo, et reges in splendore ortus tui. Leva in circuitu oculos tuos et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi filii tui de longe venient: et filiæ tuæ de latere surgent. Tunc videbis, et afflues, et mirabitur, et dilatabitur cor tuum, quando conversa fuerit ad te multitudo maris, fortitudo Gentium venerit tibi: inundatio camelorum operiet te,

Levántate, Jerusalen, recibe la luz; porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubrian la tierra, y la obscuridad á los pueblos; mas sobre ti nacerá el Señor, y su gloria se manifestará en ti. Y caminarán las gentes con tu luz, y los reyes con la claridad de tu resplandor. Levanta al rededor tus ojos, y mira: todos los que ves congregados, han venido para tí: tus hijos han venido de lejos, y de tu lado se levantarán tus hijas. Entónces verás, y te hallarás abundante; se admirará y se ensanchará tu corazon cuando te vieres llena de las riquezas del mar, y venga á entre-

dromedarii Madiam, et Epha: omnes de Saba venient, aurum et thus deferentes, et laudem Domino annuntiantes.

garse á ti todo el poderío de las naciones. Serás inundada de una multitud de camellos, de dromedarios, de Madiam y Epha. Todos vendrán de Sabá á traerte oro é incienso, y á publicar las alabanzas del Señor.

NOTA.

»Isaías fué hijo de Amós, de sangre real, y el primero en el órden de los profetas. Comenzó á profetizar en »tiempo de Ocías, rey de Judá, ácia el año de la creacion »del mundo 3270, setecientos ú ochocientos años antes del »nacimento de Jesucristo, cuyo retrato y cuya historia »profética refiere con claridad y con precision. Continuó »en profetizar hasta el reynado de Manasés, que no pu»diendo sufrir las justas reprensiones de este santo Profeta, »le mandó serrar en dos partes con una sierra de madera. »Murió de edad de 130 años, pocos meses menos, segun la »opinion mas comun.

REFLEXIONES.

Muy ciego está el que no ve en la mitad del dia. Tal es la suerte de todos los que están fuera del gremio de la santa Iglesia. Que se viese con escasez, ó que nada se viese ántes de descubrirse el divino Sol de Justicia, no era maravilla; pero despues que amaneció el mas claro dia; despues que la luz de la fe iluminó todo el universo, despues que brilla en el mundo la gloria del Salvador, proseguir en un profundo sueño, en un fatal letargo; no abrir los ojos al golpe de tanta claridad, ó tenerlos medio abiertos; no dexarse persuadir de unas verdades tan grandes, no levantarse jamas del polvo, arrastrar siempre por la tierra, ¡qué estado mas lamentable, ni mas digno de temerse!

Fuera de la Iglesia católica todo es tinieblas, todo es error. ¡Qué dicha nacer y morir dentro del seno de la santa Iglesia! ¡Mi Dios, cuánto acreditan la verdad de nuestra religion, cuánto ensalzan vuestra gloria tantas naciones bárbaras y fieras, humilladas á los pies de Jesu-

Cristo, tantos monarcas rendidos á los abatimientos de la cruz! ¿Pero qué impresion hace en nosotros un motivo tan poderoso de credibilidad? ¿Corresponden nuestras costumbres á lo que creemos por la fe?

La Iglesia ha visto ya cumplido todo lo que se anuncia en esta profecía. Los pueblos vinieron desde lejos, puesto que vinieron desde lo muy profundo de la idolatría á abrazar la verdadera religion. ¡Qué alegría para la santa Iglesia al ver dentro de su reyno tanta multitud de escogidos! ¿Estamos nosotros comprendidos en el número de los que dan este motivo de gozo en la santa Iglesia? ¡Oráculo terrible! ¡Oráculo espantoso! Muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y serán colocados con Abraham, Isaac y Jacob en la mesa del reyno de los cielos, y los hijos del mismo reyno serán arrojados fuera. ¿A quién deberán éllos atribuir esta desgracia sino á su propia malicia? Quien no quiere reconocer á Dios por padre, ¿de qué se queja si no le trata como á hijo?

Levanta tus ojos, y mira al rededor de ti. Tantas personas de la misma edad, del mismo estado, de la misma profesion; que en medio de los mismos peligros, con las mismas pasiones, con los mismos enemigos, con los mismos obstáculos, hacen una vida cristiana, una vida exemplar, adoran á Dios en espíritu y en verdad, honran con sus costumbres nuestra religion, y condenan tan visible, tan concluyentemente tus desórdenes, tu vida tan licenciosa. ¿Qué tendrás que responder cuando te den en los ojos con unos exemplos tan convincentes contra tu cobardía, contra esa vida tan poco cristiana? ¿Qué salida, qué escusas, que justificacion? Fue violenta la tentacion. ¿Y quién es tu mayor tentador sino tú mismo? ¿Piensas que el enemigo comun perdonó á los otros, que los dexó en paz? Te engañas; pero velaron; pero acudieron á la oracion con mayor fervor que tú; pero fueron mas firmes, mas perseverantes en élla. No hay que acusar en nuestras caídas á nuestra flaqueza sino á nuestra mala voluntad. La gracia, que á nadie se niega, suple abundantemente lo que nos falta de fuerza. Huyamos el peligro, evitemos la ocasion, guardémonos contra los artificios, contra los lazos que nos arma el enemigo. No nos expongamos á sangre fria con plena deliberacion á esas concurrencias, á esas di-

versiones, donde todo es riesgo, donde todo es tentacion. ¡Cosa extraña, exponerse á todos los golpes del enemigo, y quejarse despues de salir herido y maltratado!

El evangelio es del cap. 2. de san Mateo.

Cum natus esset Jesus in Bethlehem Juda in diebus Herodis regis, ecce Magi ab Oriente venerunt Jerosolymam, dicentes: Ubi est, qui natus est Rex Judæorum? vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. Audiens autem Herodes rex, turbatus est, et omnis Jerosolyma cum illo. Et congregans omnes principes Sacerdotum, et scribas populi, sciscitabatur ab eis ubi Christus nasceretur. At illi dixerunt ei: In Bethlehem Juda. Sic enim scriptum est per Prophetam. Et tu, Bethlehem, terra Juda, nequaquam minima est in principibus Juda: ex te enim exiet dux, qui regat populum meum Israel. Tunc Herodes clam vocatis Magis, diligenter didicit ab eis tempus stellæ, quæ apparuit eis: et mittens illos in Bethlehem, dixit: Ite, et interrogate diligenter de puero: et cum inveneritis, renuntiate mihi, ut et ego veniens adorem eum. Qui cum audissent regem, abierunt; et ecce stella, quam viderant in Oriente, antecedebat eos, usque dum veniens staret supra ubi erat puer. Videntes autem stellam, gavisi sunt gaudio magno valde. Et intrantes domum, invenerunt puerum cum Maria matre ejus; et procidentes, adora-

Habiendo nacido Jesus en Belen de Judá, reynando Herodes, he aquí, que vinieron del Oriente los Magos á Jerusalen, diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Porque hemos visto una estrella suya en el Oriente, y venimos á adorarle. Oyendo esto el rey Herodes, se turbó, y toda Jerusalen con él. Y juntando á todos los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas del pueblo, les preguntaba dónde habia de nacer Cristo. Y éllos le dixeron: En Belen de Judá; porque así está escrito por el Profeta: y tú, Belen, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá; porque saldrá de ti el capitan que gobierna á Israel mi pueblo. Entonces Herodes, llamando en secreto á los Magos, les preguntó con cuidado el tiempo en que se les habia aparecido la estrella; y enviándoles á Belen, les dixo: Id, é informaos exâctamente acerca de ese niño; y cuando le halláreis, avisádmelo, para ir yo tambien á adorarle. Y éllos en oyendo al Rey, se fueron, y al mismo tiempo la estrella que habian visto en el Oriente iba delante de éllos, hasta que llegando á donde estaba el niño, se paró. Mas viendo la estrella, se llenaron de sumo gozo. Y entrando en la casa, hallaron al niño con su

verunt eum: et apertis thesauris suis, obtulerunt ei munera, aurum, thus, et myrrham. Et responso accepto in somnis ne redirent ad Herodem, per aliam viam reversi sunt in regionem suam.

madre María; y postrándose, le adoraron. Y abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso, y mirra. Y avisados en sueños de que no volviesen á Herodes, tomando otro camino, se volvieron á su tierra.

MEDITACION.

De la adoracion de los Magos.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuáles fueron los sentimientos de gozo, de admiracion, de amor y de respeto en aquellos santos Reyes cuando habiendo llegado á Belen, vieron que no se habian engañado, y que no habian salido falsas sus conjeturas. Encuéntrase á Dios siempre que se le busca; ¡y qué consuelo es hallarle despues de haberle buscado!

¿Cuántos verían la misma estrella, y tendrian el mismo pensamiento que los Magos, y no tuvieron el mismo valor, ni la misma docilidad? Por eso fue muy diferente su suerte. Esas mismas gracias que nosotros menospreciamos, esas mismas saludables inspiraciones que nosotros resistimos, quizá, y sin quizá, ganarán para Dios á muchas almas fieles. ¡Qué desdicha haber sido indóciles á éllas! Y algun dia, ¡qué dolor! ¡qué desesperacion!

¿Cuántos mirarian con una falsa compasion la credulidad de los piadosos Monarcas? ¿Cuántos se reirian de su sencilléz? ¿Cuántos la tratarian de facilidad y de ligereza? ¿Qué zumba, qué burla no se haria en sus cortes, y aun en las extrangeras de su jornada? Pero cuando los Magos hallaron lo que buscaban, ¿se arrepentirian de haber sido tan prontos á seguir la voz de Dios? ¿Se avergonzarian de su candor? ¿Se quejarian de las fatigas, de los trabajos del camino? Infiere de aquí los sentimientos que tendrian á la hora de la muerte. Entonces, ¡qué dulce cosa será haber seguido la estrella! Ah, ¡y qué diferencia tan espantosa entre Herodes, y los santos Reyes!

Pero, ¿cuál fue el exceso de su gozo cuando advirtieron

aquel divino Salvador, en el cual, alumbrados con superior luz, reconocieron que habitaba corporalmente toda la plenitud de la divinidad? Penetrados de los mas vivos sentimientos de religion, ¡con qué profundo respeto, con qué devocion se postrarian en su presencia! ¿Es parecida nuestra devocion, nuestra piedad á la de los reyes Magos? Y sin embargo el mismo Jesucristo que éllos tenemos nosotros realmente presente en el Sacramento.

¡Ah, dulce Jesus mio, y qué poco me he aprovechado hasta ahora de vuestra divina presencia! ¿Adónde estaba mi fe cuando os he tenido tan poco respeto? ¿O adónde estaba mi respeto cuando os creia presente por la fe? Lloro, Señor, lloro íntimamente mi ceguedad, y mi adoracion comienza desde hoy á reparar mi irreverencia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué agradable fue al Salvador del mundo esta adoracion de los Magos. ¿Con qué fe derramaron el corazon en su presencia? ¡Mi Dios! una fe viva es muy elocuente; un corazon franco y rendido es mucho de vuestro divino agrado.

Fueron sin duda preciosos los dones que ofrecieron, pero en los ojos de Dios su devocion, su caridad fue la mas preciosa. El corazon es el que da estimacion á nuestras liberalidades: sin él no aprecia el Señor nuestras ofrendas. No nos presentemos jamas delante de Dios con las manos vacías, ofrezcámosle liberalmente lo que no nos pide, y estarémos mas prontos á no negarle lo que expresamente nos demanda. ¿Cuántos rinden á Dios un vano culto, porque su corazon está muy distante de su Magestad?

¡Pero con qué favores, con qué dones sobrenaturales no enriqueció el Salvador el alma de aquellos primeros fieles! De manera que Dios recompensa lo mismo que él nos da; ¡y aun así nos cuesta trabajo el dar nosotros á Dios! ¡ó qué injusticia tan impía!

Tambien fueron objeto de su veneracion la santísima Vírgen y san José. Ninguno puede honrar al hijo, que no tenga amor y devocion á la madre. Mi Dios! ¡y qué gran dicha es hallaros! ¡Con qué felicidades se encuentra el alma que sínceramente os busca! No hay ya que ad-

mirarse de que no hubiese hecho fuerza á los Magos para dexar de reconocer por Dios al que veian en tan humilde figura, ni la obscuridad del lugar, ni la pobreza de las personas, porque la fe lo suplia todo. ¿Y qué es sino falta de fe nuestra insensibilidad á vista de nuestros mas sagrados misterios?

¡Ah mi dulce Salvador, qué lecciones tan importantes, qué exempos tan eficaces encuentro en vuestros primeros adoradores! ¡Es posible, que porque yo os puedo encontrar á menos costa, os busque con menos cuidado, os adore con menos respeto, y os rinda mi veneracion mas raras veces! Esto es lo que hasta aquí he practicado, y esto es lo que desde ahora comienzo á detestar íntimamente, resuelto á daros mas culto en adelante con mayor frecuencia, y á adoraros en espíritu y en verdad lo restante de mis dias.

JACULATORIAS.

Omnis terra adoret te, et psallat tibi. Salm. 65.

Adórete, Señor, y bendígate por siempre jamás toda la tierra.

Sedenti in throno, et Agno: benedictio, et honor, et gloria, et potestas in secula seculorum. Apoc. 5.

Bendicion, honra, gloria y poder por los siglos de los siglos al que está sentado en el trono, y al Cordero.

PROPOSITOS.

No dexes de rendir hoy tus respetos á Jesucristo, presente en nuestros altares; y escogiendo, si puede ser, la iglesia menos frecuentada, vé á adorarle con singular devocion, con fervor nuevo. Hazle tres visitas en horas diferentes, y acompaña cada adoracion con alguna especie de satisfaccion para reparar el olvido que se tiene de su Magestad, y las irreverencias que se cometen en su presencia. Procura que tu respeto, tu devocion y tu modestia sean pruebas de tu fe, y muestras de tu amor.

2. Acuérdate de no ponerte hoy delante de Jesucristo con las manos vacías. Nuestra oracion debe ir acompañada de nuestros dones. Fuera del corazon que le debes ofrecer, añade tambien algun otro presente en cada

visita. Ciertos actos de mortificacion y de virtud, ciertos pequeños sacrificios, que conviene determinar y prometer, no dexarán de ser bien recibidos. Una limosna podrá ser uno de los dones mas agradables. Y habiendo pocos lugares crecidos, donde no esté fundada la utilísima devocion de la adoracion perpétua del santísimo Sacramento, haz un piadoso empeño de alistarte en tan santa congregacion. Señala tu dia y tu hora de adoracion. No hay devocion mas útil, ni mas sólida; y así procura desempeñarla con perseverancia y con puntualidad. Si no estuviere introducida esta congregacion en el lugar donde vives, empeña toda tu autoridad y todo tu crédito en introducirla, y será una obra muy digna de tu católico celo. ¿Qué cosa mas fácil que persuadir á todos los parroquianos que pasen una hora cada mes, ó cada año delante del santísimo Sacramento? Será un manantial perenne de bendiciones para el pueblo, y tú tendrás grandísimo consuelo en haber contribuido á que Jesucristo sea adorado todas las horas del dia.

DIA SÉPTIMO.

Del bautismo de nuestro Señor Jesucristo, cuya memoria celebra la Iglesia el dia de la Epifanía.

Si este segundo dia de la octava cayere en domingo, se podrá leer lo que corresponda á la dominica infraoctava en el dia nueve, y trasladar para aquel dia lo que corresponde al presente.

El año décimoquinto del imperio de Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea por los romanos, reynando en Galilea como tetrarca, esto es, como príncipe feudatario de los mismos romanos, Herodes Antípa, hijo del otro Herodes, que mandó degollar los santos niños inocentes; Juan Bautista, inspirado del espíritu de Dios,

salió del desierto para predicar penitencia y para preparar los caminos del Señor, como precursor del Mesías. Andaba por las orillas del Jordan bautizando á los que concurrian á oirle, y exhortándolos á convertirse á Dios, haciendo penitencia de sus pecados.

Por este tiempo el Salvador del mundo, que desde que volvió de Egipto habia estado retirado, desconocido en Nazaret, lugar pequeño de Galilea, vino á Judea, siendo de edad de treinta años, y quiso ser bautizado de san Juan, como los otros, para santificar desde entonces las saludables aguas del bautismo de los cristianos, del cual era figura el bautismo de Juan, y para dar principio á su vida pública por este grande acto de humildad.

Cuando el Hijo de Dios se iba acercando al rio Jordan, alumbrado san Juan con una luz sobrenatural, conoció clara y distintamente que aquel hombre que venia á pedirle el bautismo era el Mesías, y que se certificaria mas en esto con las visibles señas que le daria el Espíritu santo despues de haberle bautizado. Es fácil considerar qué sentimientos de gozo, de admiracion, de respeto y de ternura inundarian entonces el corazon del Bautista: *¿Pues qué, Señor, vos venis á mí á ser bautizado, cuando yo debo ser bautizado de vos?* Así exclamó Juan al ver que el Salvador se iba acercando al Jordan. Respondióle el Señor, que era menester cumplir este misterio, y que queria comenzar su predicacion por este acto de humildad para confundir el orgullo del mundo; que los dos debian sujetarse á las órdenes de la divina sabiduría, cumpliendo éllos mismos toda la justicia, y desempeñando sus obligaciones. Al oir esto el Bautista calló, se rindió, y le bautizó sin réplica.

Apenas el Salvador habia recibido el bautismo, no bien habia salido de las aguas, cuando poniéndose en oracion á la orilla del mismo Jordan, quiso el Padre Eterno manifestar con un extraordinario prodigio cuán grata le habia sido su humildad. Abrióse repentinamente el cielo, y vió san Juan que el Espíritu santo baxaba visiblemente sobre él en figura de paloma, así como el dia de Pentecostes baxó despues sobre los apóstoles en lenguas de fuego, y al mismo tiempo oyó una voz del cielo, que decia (*a*):

(a) *Matth.* 3.

Este es mi Hijo querido, en el cual tengo yo todas mis delicias y todas mis complacencias. Nunca tarda mucho tiempo el premio de la humildad. Un afectuoso aniquilamiento de nosotros mismos, un conocimiento práctico de nuestra nada gana siempre el corazon de Dios. ¿Cuántos discretones del mundo mirarian el bautismo de san Juan como una devocion popular, como una exterioridad propia para entretener la piadosa credulidad del vulgo? Con todo eso Jesucristo no se desdeñó de mezclarse entre la muchedumbre, ni de adocenarse con el comun del pueblo en una devocion piadosa, en un acto de religion.

Bella leccion para aquellos personages de autoridad y de respeto, que imaginan se deslucirá su nobleza, se abatirá su dignidad si se muestran tan religiosos, tan devotos como la gente del pueblo. Todo lo que Dios nos manda, todo lo que es de su agrado honra mucho á cualquiera que lo practica; porque no hay título, no hay calidad mas honrada que la del siervo de Dios.

No es de admirar que el Espíritu santo escogiese aquel tiempo para baxar visiblemente sobre el Salvador del mundo en figura de paloma. Es el bautismo el sacramento que mas purifica el alma, y el Espíritu santo no descansa sino con las almas puras; ni Dios tiene sus delicias sino en el corazon humilde. ¿Cuándo ha de llegar el tiempo de que exemplo tan ilustre, lecciones tan importantes hagan alguna impresion en nuestro espíritu, y sirvan de remedio eficaz á nuestro orgullo?

Este oráculo tan claro, y este testimonio tan auténtico de la divinidad de Jesucristo se consideró tan glorioso á la religion católica, que en memoria suya se instituyó una fiesta particular en la Iglesia, siendo una de las mas solemnes que se celebraban en los primeros siglos. Llamábase entonces la fiesta de *Theophanía*, que quiere decir la manifestacion de la divinidad de Jesucristo, ó el dia en que Dios se mostró visiblemente á los hombres, por la venida del Espíritu santo sobre el Salvador, y por el testimonio sensible del Padre Eterno, que declaró tener en él su complacencia. Y como este bautismo sucedió en el dia 6 de enero, segun la tradicion mas antigua y testimonio de san Paulino, por eso se junta esta fiesta con la adoracion de los Reyes.

Nunca se habian visto con los ojos corporales san Juan y Jesucristo; pero con todo eso no dexaban de conocerse perfectamente. San Juan habia conocido al Salvador antes de nacer úno ni ótro cuando saltó de gozo en el vientre de su madre santa Isabél, á tiempo que el Salvador estaba en el vientre de su madre la santísima vírgen María.

San Agustin, san Juan Crisóstomo, san Gerónimo y otros padres de la Iglesia alegan muchas razones de congruencia para que el Salvador, que era la inocencia misma, y que venia á quitar los pecados del mundo, hubiese recibido el bautismo, instituido únicamente para los pecadores. Lo primero, para enseñar con su exemplo á que los demas le recibiesen, teniendo tanta necesidad. Lo segundo, para manifestar su humildad, cumpliendo, como él mismo lo dixo, toda justicia y virtud. Lo tercero, para autorizar con su aprobacion el bautismo de san Juan su precursor. Lo cuarto, para que el Espíritu santo, el Padre Eterno, y el mismo san Juan tuviese esta ocasion de dar el testimonio que dieron de su divinidad, y sirviese esto de disposicion á los pueblos para oir su doctrina, y para seguirle. Lo quinto, para santificar las aguas, preparándolas con su presencia, con su contacto y con la virtud secreta que las comunicó, que algun dia fuesen saludables á los demas, habilitándolas, como dicen san Hilario y san Ambrosio, para dar la remision de los pecados por medio del sacramento que habia de instituir antes de su muerte. Lo sexto, en fin, como añaden san Agustin y san Crisóstomo, para abolir con esta ceremonia el bautismo de los judíos, y establecer su propio bautismo, cuyo precepto impuso á todos algun tiempo despues.

Dice el evangelio que al salir del agua el Salvador vió rasgarse el cielo, y descender sobre su cabeza al Espíritu santo en figura de paloma. La materia de los cielos es incapaz de rasgarse ó de romperse, y así san Mateo, como san Marcos se explican en esta ocasion segun el vulgar modo de hablar. Es probable que aquel aparente rompimiento no fue separacion ó segregacion real y verdadera, sino una como súbita luz ó resplandor, que parecia salir del fondo del mismo cielo, á la manera que el relámpago ó el rayo parece que hienden al ayre, rompiendo por medio de la nube. Ni los santos padres, ni la venera-

ble antigüedad hallaron indecencia alguna en que el Espíritu santo se representase en figura de paloma, puesto que toda la Escritura está llena he semejantes representaciones, figuradas del Hijo de Dios, llamándole Leon de Juda, Gusanillo de Jacob, Cordero, Piedra angular, Águila, &c. La paloma que Noé despachó desde su arca para saber si las aguas del diluvio se habian retirado; en sentir de los santos padres fue símbolo de la paloma que apareció en el bautismo sobre la cabeza de nuestro Salvador. Es la paloma un animal dulce, inocente, benigno, casto, fecundo, amable, y por eso muy oportuna para representar los dones del Espíritu santo; es á saber, su bondad, su dulzura, su liberalidad, su fecundidad, &c. Añade san Justino mártir sobre la fe de una tradicion muy antigua, que en el momento en que Jesucristo entró en el Jordan se vió brillar un resplandeciente fuego sobre las mismas aguas, efecto sin duda del súbito resplandor que circundó entonces al Hijo de Dios, semejante al que le rodeó despues en el monte Tabór cuando se vió como embestido de una luminosa nube.

La Iglesia griega siempre celebró, y aun celebra el dia de hoy la fiesta de la Epifanía con una piadosa profusion de luminarias. Lo mismo practicó por mucho tiempo la Iglesia latina. Y de aquí sin duda debió de tener principio el estilo que se observa en algunas provincias de presentarse recíprocamente en este dia unas velas coloradas, que se llaman *las Candelas de los Reyes*; costumbres fundadas en la tradicion, que rara vez dexan de aludir á algun piadoso misterio. Observólas con loable candor la devocion de nuestros antepasados; y si con el tiempo degeneraron de aquella sencillez y de aquel mérito que tuvieron en su primera institucion, no por eso dexaron de ser plausibles y recomendables en su origen.

La misa es la misma que el dia de la Epifanía, y la oracion es la siguiente.

Deus, qui hodierna die Unigenitum tuum géntibus stella duce revelasti; concede propitius, ut qui jam te ex fide cognovimus, usque ad contemplandum speciem tuæ celsitudinis perducamur: Per eumdem Dominum nostum Jesum Christum...

O Dios, que en este dia hicísteis conocer y adorar á vuestro unigénito Hijo de los gentiles, dándolos por guia una estrella; concedeznos por vuestra bondad, que pues ya os conocemos por la fe, lleguemos hasta la contemplacion de vuestra gloria inefable: por el mismo Jesucristo nuestro Señor...

La epístola es del cap. 60. de Isaías, y la misma que ayer dia VI. fólio 63.

NOTA.

»Todo el capítulo de donde se ha sacado esta epísto-»la representa el estado triunfante de Jerusalen luego que »logró su salud; la multitud de reyes y pueblos que se la »rindieron de todas partes, y las riquezas de que fue co-»mo inundada. El Profeta, dice Teodoreto, se dirige y »habla de la Jerusalen terrestre, segun que representa la »Jerusalen celestial y la Iglesia de Jesucristo.

REFLEXIONES.

Entonces verás, y serás enriquecido; se admirará y se dilatará tu corazon. Hasta que nos hallemos en el cielo, en aquella celestial Jerusalen, en nuestra querida, en nuestra suspirada patria, no se verificarán estas dulces, estas alegres profecías. La tierra es para nosotros lugar de destierro y region de llanto.

Cubrióse de una profunda tristeza el semblante de los israelitas durante el tiempo de su cautiverio en la ciudad de Babilonia. Algunos vecinos de aquella populosa ciudad, movidos de compasion, procuraban consolarlos, exhortándolos á que desahogasen el ánimo, olvidando por algun tiempo sus trabajos y sus melancolías, y para eso continuamente los estaban importunando para que cantasen en Babilonia alguna de aquellas tonadillas que cantaban en su pais. Cantad aquí, los decian, como cantá-

bais en Jerusalen. ¿Por qué no os divertis vosotros como nos divertimos los demas? Estais lejos de vuestra tierra, es así; ¿pero qué os falta en la nuestra? ¿Cuántas diversiones, cuántos entretenimientos podeis hallar aquí, si los quereis gozar? Sois extrangeros, es verdad; pero la alegría es paisana de todo el mundo. Olvidad por algun tiempo esa patria, por la cual tanto suspirais, y lograd los buenos dias que logramos todos. En Babilonia hay diversiones; si las buscais, ya encontrareis en que aliviar vuestras penas, y en que descansar de vuestros cuidados. Hay juegos, hay conversaciones, hay espectáculos, hay convites; y todo puede contribuir á haceros mas llevadero vuestro destierro. Estais en tierra extraña; pero es tierra que produce flores, y en vuestra mano está cogerlas. Si quereis, fácilmente podeis convertir en dias de fiesta estos dias de cautividad y de destierro. Si el cielo no está tan sereno como el de vuestro pais, no por eso los placeres de Babilonia son menos agradables. Deponed esa seriedad incómoda y sombría, revestios de unas modales mas gratas, mas placenteras; cantad como cantamos nosotros; oigamos el metal de vuestra voz, ya que nosotros no os escaseamos las nuestras.

¡Qué responderian los fieles israelitas á unas solicitaciones tan tentadoras, á todas aquellas razones de conveniencia y de gusto! ¡*Quomodo cantabimus in terra aliena*! ¡Infelices de nosotros! ¿Cómo quereis que cantemos en tierra extraña, y desterrados? ¿Cómo es posible alegrarnos, hallándonos tan distantes de nuestra querida patria? No son decentes para nosotros vuestras diversiones, ni es razon que tengamos parte, ni tomemos gusto á vuestras fiestas. Vosotros que no servis al Señor á quien nosotros servimos; vosotros que no esperais mejor suerte, gozad cuanto quisiéreis de los gustos, de los placeres que se os presentan. Pero nosotros, que somos de otro pais; que esperamos cada hora el fin de nuestro destierro; que estamos continuamente suspirando por nuestra amada patria, no hallamos, ni podemos hallar en esta region mas que llanto y amargura, y nos reservamos para otros placeres mas sólidos; para otros gustos mas dulces. No cantarémos, no, nuestras canciones, sino en Jerusalén; no lograrémos, no, alegría verdadera, sino en aquella feliz, en aquella dichosa

mansion. Babilonia para nosotros es region de llanto; tendrémos un poco de paciencia, que ya se nos llegará el tiempo de trasladarnos al pais del regocijo. Así respondian los fieles israelitas á los infieles babilonios. ¿Y qué otro lenguage deberian observar los verdaderos cristianos? ¿Es por ventura el mundo pais menos forastero, lugar de menos destierro para éllos, que la Babilonia para los judíos? ¿Son decentes á los files las diversiones, las alegrías del mundo?

El evangelio es del cap. 2. de S. Mateo, y el mismo que ayer, por lo que se omite, fólio 66.

MEDITACION.

Que Jesucristo nunca parece mayor, que cuanto mas se humilla por nosotros.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nunca pareció Jesucristo tan grande, como es verdaderamente, sino en medio de sus mayores abatimientos. ¿Qué cosa de mayor humildad para todo un Dios, que verse reducido á las miserias y á la flaqueza de un niño? Pues el nacimiento de ese niño flaco y desconocido es el que anuncian los ángeles; ese niño es el que manifiesta un nuevo astro á las naciones extrañas; á ese niño tan pobre, y tan pobremente alojado, vienen á adorar los Reyes; á ese le reconocen por soberano suyo cuando le ofrecen sus dones, cuando le rinden respetos, cuando le tributan vasallage. ¿Qué monarca del mundo recibió jamas tanto honor en sus magníficos palacios? ¿Qué motivo humano, qué razon natural pudo influir en un suceso tan maravilloso, tan extraordinario? ¿No se descubrió aquí visiblemente la omnipotencia del dueño del Universo? ¿Dónde se hallará el carácter de una magestad suprema mas bien estampado? Brilla su divinidad entre las sombras de un obscuro nacimiento; ¿pero qué impresion hace en nosotros? ¿Reconocémosla? ¿Respetámosla? Consultemos nuestras ansias, nuestra devocion, nuestro rendimiento.

Fue sin duda bien abatida la muerte de Jesucristo; ¿pero dónde se descubrió mas su divinidad, que en el des-

precio de aquella muerte? Espira el Salvador, y toda la tierra se estremece; rinde en la cruz el último aliento, y reconócenle sus enemigos por verdadero Hijo de Dios, por Mesías verdadero. Muere en fin; y los mismos que no pudieron dudar habia muerto, le vieron resucitado. ¡O sabiduría de mi Dios, y qué admirable eres! Si el Salvador hubiera nacido entre la abundancia, entre la magnificencia, ¿qué maravilla sería que le cortejasen los grandes de la tierra? Pero que naciendo entre la obscuridad, entre la pobreza sea conocido por dueño del Universo, y que sea adorado por los príncipes mas religiosos, por los mas sábios del mundo, ¡qué prueba mas sensible ni mas ilustre de su divinidad!

¡O gran Dios, y qué poco caso hace del parecer de los sentidos una fe viva, una fe ardiente! ¡Qué maravillas no descubre en todos nuestros misterios! Necesariamente ha de ser muy débil, muy apagada nuestra fe cuando nada nos hace fuerza sino lo que entra por los ojos. ¡Pero ah, que nada nos debilita tanto la fe como el desórden de las costumbres!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el bautismo de Jesucristo no fue el menor de sus abatimientos, y aun puede ser que fuese uno de los mas sensibles. Es claro que solamente los pecadores tenian necesidad de aquella purificacion; ninguno la practicaba que no se reconociese culpable, y que no fuese reconocido por tal. Fuera de eso no parecia decente que el Salvador del mundo, el Mesías se hiciese como discípulo de san Juan Bautista. Sin embargo, ni se desdeña de mezclarse entre los pecadores, ni rehusa oir los sermones de su precursor, y recibir de sus manos el bautismo. ¿Qué accion mas abatida para el Salvador? Pero entonces puntualmente fue cuando á Jesucristo se le declaró, se le conoció públicamente por lo que era. El Bautista, sin haberle visto, le confesó por su Salvador, el Padre Eterno le publicó por su Hijo, el Espíritu santo baxó visiblemente sobre él en figura de paloma. Quizá no logró jamas testimonio mas auténtico, ni mas visible de su divinidad.

Adoremos los abatimientos de nuestro divino Salvador;

pero avergoncémonos, corrámonos, lloremos el horror con que nuestro orgullo ha mirado hasta aquí las humillaciones y los abatimientos. Solamente los réprobos se escandalizan de la humildad de Jesucristo. Un corazon puro, una alma fiel nunca descubre mejor la virtud de la divinidad, como dice el Apóstol, que en medio de la humillacion. Entre éllas fue Cristo reconocido por verdadero Hijo de Dios, y entre éllas tambien hemos de ser nosotros reconocidos por verdaderos discípulos de Cristo: *Aprended de mí*, nos dice el mismo Señor, *que soy manso y humilde de corazon.* ¿Me he aprovechado mucho de esta divina leccion? Es la humildad el carácter que distingue á los verdaderos cristianos; sin élla no hay virtud verdadera. ¡Mi Dios, y cuánto he gastado inútilmente, por no haber fundado sobre este sólido cimiento!

¡Ah Señor, y qué vanidad tan necia es la mia! He pecado, y no quiero parecer pecador. Testigo sois de mi arrepentimiento; haced que con el socorro de vuestra divina gracia sea sincéro. Muchas veces he sido humillado sin ser humilde. Ayudadme, Señor, para que sea humilde siempre que fuere humillado.

JACULATORIAS.

Magnus Dominus, et laudabilis nimis. Salm. 43.
Grande es el Señor, y digno de ser infinitamente alabado.

Tu es ipse Rex meus et Deus meus. Salm. 43.
Vos, Señor, sois mi Rey, y sois mi Dios.

PROPOSITOS.

Imponte una como ley de honrar la humillacion y la pobreza de Jesucristo en la persona de los pobres. No solamente los has de hablar con agrado y con apacibilidad, sino tambien con respeto. Es atencion muy digna de un cristiano el saludar siempre á los pobres. Positivamente nos declaró Jesucristo, que quien honra al pobre, á él le honra, y quien desprecia al pobre, á él le desprecia. Exâmina si tienes algun pariente necesitado, visítale, socórrele, consuélale, á lo menos con el cariño y con la visita, si no pudieres hacerlo de otra manera. Es vanidad muy sim-

ple, es pobreza de entendimiento, es ruindad, es vileza de corazon desconocer á un pariente ó á un amigo, porque se le ve en estado de pobre. Acuérdate que Jesucristo ennobleció la pobreza con su exemplo.

2 Muchos santos tenian la piadosa costumbre de dar gracias á Dios con alguna breve oracion siempre que les sucedia alguna humillacion, algun abatimiento. Hazle tú lo mismo, aunque no sea mas que una *Ave Maria*, con un *Laudate Dominum, omnes gentes*, con un *Gloria Patri*. Esta fidelidad, esta generosidad cristiana será origen de abundantes gracias. Apenas habrá cosa que mas contribuya á fabricar un corazon verdaderamente cristiano, que esta generosa, esta perfecta resignacion.



DIA OCTAVO.

Del primer milagro que hizo Cristo en las bodas de Caná, del cual hace mencion la Iglesia el dia de la Epifanía.

Si este dia cayere en domingo, se traslada como el precedente.

Para que el Hijo de Dios se manifestase en el mundo, no tenia necesidad de otra cosa mas que dexarse ver en él. Pero como la mayor parte de los hombres no aciertan á creer sino se ven cosas extraordinarias; y como el Señor predicaba á un pueblo material y grosero, á quien nada hacia impresion sino lo que entraba por los sentidos, quiso por su bondad acomodarse á su flaqueza, y juzgó que para convencerlos de la verdad de su doctrina, era menester hacer obras de estrépito y de ruido, descubriendo su divinidad por medio de milagros.

Apenas salió Cristo del desierto, donde habia estado retirado por espacio de cuarenta dias; no bien comenzaba á darse á conocer en el mundo, cuando fue convida-

do á unas bodas en Caná, lugar corto en la provincia de Galilea. Asitió tambien á éllas su santísima madre, y los discípulos, que ya entonces le seguian, y eran no mas que cuatro ó cinco. Sin duda nos quiso dar á entender en aquella concurrencia, que no solo se encuentra á Dios en el retiro, sino que tambien se le puede hallar en las funciones y en los convites del mundo cuando nos llama á éllos la caridad, la necesidad ó la atencion cortesana.

Sentóse en la mesa la madre junto al hijo, y como la caridad, mas que algun otro motivo humano, la habia llevado al convite, reparó ácia el fin de la comida que se habia acabado el vino. Resolvió remediar esta falta sin meter ruido. Volvióse á Jesus, persuadida que bastaba representarle la necesidad para que hiciese el milagro, y se contentó con decirle sencillamente: *No tienen vino.* La respuesta del hijo pudo parecerla algo seca, si no hubiera penetrado bien el misterio y el sentido: *¿Muger, qué te va á ti en eso? Yo haré lo que conviene, y lo haré á su tiempo.* No le replicó María; pero llamó á los sirvientes, y en voz baxa los previno que hiciesen cuanto les mandase.

Habia en la misma pieza seis grandes vasijas de piedra prevenidas para las purificaciones que estilaban mucho los judíos, especialmente en las funciones y convites grandes. Cada vasija hacia dos ó tres medidas, que corresponden á ochenta azumbres. Apenas habia acabado la santísima Vírgen de hacer aquella prevencion á los sirvientes, cuando les dixo Cristo: *Llenad esas vasijas de agua.* Hiciéronlo así, llenándolas hasta rebosar; y añadió entonces el Salvador: *Llevad ahora de beber al archîtriclino*, ó al mayordomo del festin. Ordinariamente hacia este oficio uno de los sacerdotes, de cuya incumbencia era dar órden en todas las cosas, y cuidar que todo se hiciese con gravedad y con modestia. Gustó éste la bebida, y llamando aparte al novio, que andaba de mesa en mesa dando providencias para que nada faltase, y se sirviese la comida con órden y con puntualidad, le dixo sonriéndose: ¿Qué es esto? ¿Qué chasco nos has dado? Otros sirven el mejor vino al principio de la mesa, y cuando los convidados estan hartos de beber

sacan el peor. Tú has seguido otra moda muy contraria; sacaste el vino mas ordinario al principio, y reservaste el mas generoso para los postres. Probaron el nuevo vino los convidados, y todos le graduaron de excelente. Exâminóse á los criados, y unánimemente contestaron que éllos habian llenado de agua las vasijas; con que todos quedaron igualmente convencidos y admirados del milagro. Este fue el principio de las maravillas con que manifestó el Salvador su gloria y su poder; lo que no contribuyó poco á confirmar en la fe á sus discípulos.

¡Qué dichosos serian los matrimonios si se hallara Cristo en todas las bodas! ¡Qué cristianos los festines, las comidas, los saraos si el Hijo de Dios fuera convidado á éllos! Nada nos faltára en nuestras necesidades, como no nos faltára la confianza, y tuviéramos á Dios presente en éllas.

El primer milagro que hizo el Salvador fue á peticion de su santísima Madre, y aun parece que por su respeto anticipó el tiempo de ostentar sus maravillas. Dichosos los que logran la proteccion de madre tan poderosa. Todas las gracias se derivan de Jesucristo como de su orígen; pero la Vírgen tiene gran parte en la distribucion de todas. ¡Qué consuelo para los que son verdaderamente devotos de esta Señora! Dos cosas principalmente concurrieron á este milagro: la intercesion de la Vírgen, y la rendida obediencia de los sirvientes. ¿Querémos que la madre se empeñe en nuestro favor con su hijo? Pues seamos siervos obedientes y fieles. En vano se implora la proteccion de la madre, si se hace profesion de ofender y desobedecer al hijo.

Necesítase vino, y Cristo manda que se traiga agua. La obediencia para ser perfecta ha de ser ciega. Tantos discursos carnales, tanta prudencia humana esterilizan la devocion, y destruyen aquella docilidad religiosa de que habla el Salvador, y élla sola caracteriza los verdaderos discípulos de Cristo. Obedezcamos á Dios puntualmente, no nos metamos en inquirir lo que despues sucederá. Dios sabe siempre conseguir sus fines, y nuestros fines no deben ser otros que los de Dios. Haz siempre lo que te dice, y harás siempre lo que debes.

Si los asistentes á la mesa hubieran sido menos dó-

ciles, acaso Cristo no hubiera estado tan benéfico. Contentémonos con representar á Dios nuestras necesidades espirituales y corporales con resignacion, con humildad y con confianza. Interesemos siempre en nuestro favor á la santísima Vírgen por medio de una devocion tierna y sólida; y estemos seguros que el Señor proveerá á todo cuando lo juzgáre á propósito para nuestra salvacion y para su gloria. Muchas veces hace como que no nos oye, y es para probarnos y para despacharnos mejor.

Échase agua en las vasijas, y las vasijas se encuentran llenas de vino. Dexemos obrar á la Providencia, y hallarémos nuestra cuenta. No pocas veces desconcertamos su orden y su economía en orden á nosotros por querer tener demasiada parte en los sucesos. Quisiéramos, por decirlo así, ser los únicos artífices de nuestra fortuna. Desengañémonos, que nuestros alcances son muy débiles, son muy limitados, y no pueden sernos muy útiles. Rindámonos á las órdenes de la Providencia; no pongamos estorbos á los designios de Dios; tengamos una firmísima confianza en su bondad y en su misericordia; en fin, dexémonos gobernar, que el Señor cuidará de todo.

Por testimonio de san Epifánio se sabe indubitablemente, que la fiesta de este primer milagro se celebraba en el cuarto siglo el dia seis de enero. No era esto suponer, como nota san Agustin, que en este mismo dia se habia celebrado el milagro, sino que la Iglesia celebraba su memoria en este dia, en que juntaban las tres principales manifestaciones de la gloria y de la divinidad de Jesucristo debaxo de un solo nombre de Epifanía. Porque, como añade el mismo Padre, aunque en estos tres misterios las opiniones sean diversas, nuestra fe y nuestra devocion es una misma: (*a*) *Una tamen sanctæ devotionis est fides: in omnibus Dei filius creditur, in omnibus festivitas est vera.* Que las manifestaciones hubiesen sucedido en el dia en que la Iglesia las celebra, que hubiesen concurrido en dias diferentes, siempre es el mismo Cristo el que es honrado por éllas, siempre es la misma festividad la que se solemniza, siempre es la misma divinidad la que se reconoce y se adora: *In omnibus festivitas est vera.*

(a) *Aug. Serm. de Temp.*

El mismo san Epifánio refiere un prodigio bien extraordinario, asegurándonos que sucedia en su tiempo. Dice que en el dia de la Epifanía se veian muchas fuentes, y aun algunos rios, cuya agua ó se convertia en vino, ó á lo menos tomaba el gusto y el color de este licor. Certifica que él mismo probó el vino de una de estas fuentes, que estaba en Cibira, pueblo del Asia menor. Añade que otros aseguraban secedia lo mismo en no sé que parte del Nilo. Sería imprudencia, y aun pecaria en temeridad, poner en duda la verdad de un hecho, que depone un hombre tan santo, como testigo ocular ó experimental, y tantos hombres grandes confirmaron despues.

Puédese añadir al culto de esta fiesta la veneracion con que se guardan las hidrias ó vasijas que sirvieron de instrumentos al milagro. Es muy verosímil que por esta circunstancia las hubiesen conservado cuidadosamente, fuese por curiosidad ó por devocion. Quiérese decir que los príncipes del Occidente las encontraron en Palestina en tiempo de las Cruzadas, y que traxeron algunas á Europa. Muéstranse cuatro en París, Puí, Tongres y Colonia. No hay razon para negar que sean las mismas que sirvieron en las bodas de Caná; porque es cierto que vinieron de Judea, que son de la misma figura, y que tenian el mismo destino que las que sirvieron al milagro.

La misa, la oracion y la epístola son las mismas que el dia de Reyes, folio 63.

NOTA.

„Como Dios habia escogido al profeta Isaías para ser, „por decirlo así, el especial profeta de Jesucristo, por lo „que profetizó tan claramente su maravillosa concepcion, „su nacimiento, y las circunstancias de su vida, de su pa„sion y de su muerte, le previno su Magestad con sus mas „dulces bendiciones desde el vientre de su madre, siendo „él mismo figura del Mesías.

REFLEXIONES.

Cubriráse la tierra de tinieblas, y los pueblos de una densa obscuridad. Demasiadamente se habia cumplido esta funesta profecía en las espesas tinieblas de la idolatría, que cubrian casi todo el Universo cuando nació el

Salvador. Este Sol de justicia disipó aquellas horribles tinieblas y aquella noche obscura por medio de su claridad. ¿Pero con cuánta razon se podrá decir, no ya de los gentiles, sino de los cristianos de nuestros tiempos, que muchos, y aun los mas, han apagado las luces de la fe, metiéndose voluntariamente en las tinieblas del espíritu y del corazon, por el desorden, por la corrupcion del uno y del otro? Desterráronse las supersticiones del paganismo; ¿pero qué importa, si ocuparon su lugar las perniciosas máxîmas del mundo? A la corrupcion de las costumbres presto se sigue la falta de religion. Un corazon desareglado llena el alma de espesísimas tinieblas. Toda heregía, todo cisma tuvo principio en algun desorden, en algun vicio. ¿Y no se podrá decir que las alegrías mundanas, las profanas diversiones se han hecho el dia de hoy como el ídolo de la mayor parte de los cristianos? Casi todos sus votos se consagran á esta especie de divinidad. No hay gusto, no hay inclinacion sino á sus fiestas, á sus sacrificios.

Ya no son las diversiones del mundo entretenimientos de la decencia y de la razon. Son exercicios de fatiga, en que las pasiones se burlan de nosotros, persuadiéndonos á su antojo todo cuanto las lisonjea. Ya no se busca la diversion para desahogo del ánimo; búscase para entretener la ociosidad, búscase como por ocupacion principal, segun las inclinaciones de un corazon inconstante, con el cual se juegan las mismas diversiones. Sigamos, si no, con la consideracion la vida lastimosa de la mayor parte de los mundanos, y veamos lo que nos representan.

Un contínuo enlace de juegos, de diversiones y de pasatiempos hace la mas séria, y casi la única ocupacion de las personas del mundo. No se divierten para vivir; viven para divertirse. Mírase con una especie de compasion á los que por genio, ó por ser algo mas cristianos, se muestran menos ansiosos de estos frívolos entretenimientos. Tiénese por desgraciado el que no es convidado á todas las fiestas, á todas las ocasiones de diversion. ¡Qué dolor! ¡Qué gran trabajo el no hallarse en todas las funciones! El cuidado de no saber cómo divertir, cómo ocupar una hora, inquieta y desasosiega. A la mesa sigue el paseo, al paseo el juego, al juego el bayle, al bayle la cama, á la cama una misa la mas breve, á la misa el men-

tidero, la conversacion, los corrillos, el tocador, las visitas mas inútiles, á éstas la mesa; y vuelve la misma rueda de los pasatiempos. ¿No es esta por lo comun la ocupacion de las personas del siglo? ¿No consiste su imaginaria felicidad en no tener sosiego en nada, y en estar en un continuo movimiento? ¡Mi Dios! ¿Esta es vida de un cristiano? Y sin embargo esta es la vida de muchos de los mas que se tienen por tales. Estos son aquellos entretenimientos honestos, aquellas diversiones inocentes, que segun se disculpan, y aun se santifican, falta poco para pretender que sean obras de virtud y meritorias. Esto en suma es decir que aquello que destruye la moral del evangelio, aquello que aniquila la vida cristiana, es el dia de hoy en el mundo la vida que se usa entre los cristianos. El israelita se confunde con el babilonio; las mismas diversiones, los mismos banquetes, las mismas costumbres, los mismos entretenimientos. Eso de combatir, eso de luchar, eso de vencerse, eso de mortificarse, es cuento; no se trata mas que de fomentar, de nutrir, de contentar las pasiones.

Una vida ociosa, una vida delicada es la que ha entrado á substituir aquella vida laboriosa, aquella vida penitente que Jesucristo quiere sea el carácter y el distintivo de sus hijos. La mitad del tiempo se pasa en vestirse, en componerse, en adornarse, en buscar modo de agradar á los demas; y la otra mitad en solicitar cada uno lo que á él mismo le agrada. ¿En qué escuela, Dios mio, habrán aprendido los cristianos estas lecciones de ociosidad y de delicadeza? ¿Quién los habrá enseñado á no tener otra ocupacion que la de divertirse, ni otro estudio que el de fruslerías y de vagatelas?

El evangelio es del cap. 2. *de san Mateo, y el mismo que el dia VI, folio 66.*

MEDITACION.

Del cuidado que tiene Dios de los que le sirven con fidelidad y confianza.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nada se puede temer cuando se entrega el corazon solamente á Dios, y se está siempre con Dios. ¿Puédese estar mejor que sirviendo á tan grande amo? Si este Señor toma de su cuenta nuestros intereses; si nos admite en el número de sus amigos, ¿quién nos podrá hacer daño? ¿Ni qué podrá faltar á quien tiene de su parte á Jesucristo? Si Dios está lleno de misericordia aun para con los pecadores, ¿qué bondad será la suya con los que le sirven de veras¿ ¿Qué ternura los profesará? La pobreza, las persecuciones, las enfermedades, las cruces, la misma muerte, todo sirve á quien sirve á Dios: *El Señor cuida de mí*, dice el Profeta, *y nada me faltará.*

Haz reflexîon á lo que pasó con los Magos. Buscan á Dios, y le buscan de buena fe. Está escondido Jesucristo: no importa; ni por eso dexan de hallarle. Ignoran el camino y el lugar de su nacimiento; y es criado un nuevo astro para que les sirva de guia. Forja el celoso Herodes malignos intentos contra éllos, y contra el niño que buscan para adorarle, y un ángel los previene que se vuelvan por otro camino. Si nosotros no experimentamos cada dia efectos sensibles de una providencia particular, es porque muchas veces nos falta la confianza y la pureza de intencion. No buscamos á Dios puramente, y contamos demasiado sobre nuestra prudencia y sobre nuestras medidas. Somos siervos poco fieles. Busquemos á Dios sin rodeos, sirvámosle sin artificio, amémosle sin reserva, nada neguemos á Dios, y experimentarémos los efectos de su providencia en la necesidad. Sirvamos á Dios con fidelidad, y le servirémos con confianza.

PUNTO SEGUNDO.

Considera con qué bondad provee el Señor las necesidades de todos los que le sirven. ¡Qué maravillas no hizo

en favor de su pueblo á la salida de Egipto! Todas fueron figuras de lo que está haciendo cada dia con sus fieles siervos. Pocos hay que en el discurso de su vida no hayan experimentado cien pequeños milagros de la divina Providencia. Seamos nosotros pueblo suyo, y experimentarémos que él es nuestro Dios.

¡Qué confusion, qué vergüenza la de los novios cuando se hallaron sin vino en la mesa! ¿Pero está en élla Jesucristo? ¿Asiste allí su santísima Madre? Pues no hay que temer. Aun cuando no piensan en la falta los interesados, piensa en élla la Señora. ¿Y qué hace? No mas que puramente representar á su hijo la necesidad: *No tienen vino.* Lo mismo practicaron las hermanas de Lázaro: *Señor, el que amas está enfermo.* Dios bien ve lo que nos falta, sin que sea menester advertírselo; pero quiere que se lo pidamos con confianza. ¿Cuántas veces alabó él mismo la fe de los que le pedian alguna gracia? No pocas veces tarda en socorrernos; hácese sordo, muéstrase duro á nuestras súplicas. No importa; tengamos confianza, empeñemos á su madre, hagamos todo lo que él nos dice, y bien presto acudirá su providencia á todo lo que nos falta.

Nuestros arbitrios humanos, nuestras medidas, nuestra aparente prudencia muchísimas veces solo sirven para desconcertar la economía de la providencia, y son obstáculos á los designios de Dios. Otros sirvientes menos dóciles quizá hubieran pensado que no era buen medio para tener vino llenar las vasijas de agua. Amemos á Dios, obedezcámosle, tengamos una tierna devocion con la santísima Vírgen, y siempre será eficaz nuestra confianza.

¡O mi Dios, y qué lastima se debe tener de los que os sirven mal, y os aman poco! El dolor que siento de haberos servido tan mal hasta aquí, sea, mi buen Jesus, sea fiador del deseo que tengo de amaros en adelante sin reserva. Vos, Señor, conoceis todas mis necesidades. Vírgen santa, dulcísima madre mia, mejor que yo sabeis lo que mas he menester. Ya me parece que mi confianza me está asegurando el socorro.

JACULATORIAS.

Dominus protector vitæ meæ, à quo trepidabo? Salm. 26.
Si el Señor es mi protector, ¿de qué, ni de quién temeré yo?

Dominus regit me, et nihil deerit. Salmo 22.
El Señor me gobierna, y nada me faltará.

PROPOSITOS.

Infórmate si en tu parroquia hay alguna familia honrada que esté en necesidad, ó algun pobre enfermo, y no dexes de socorrer sus necesidades espirituales y temporales, visitándole, consolándole con tus palabras y aliviándole con tus limosnas. Para alentarte y cumplir con tu obligacion en este punto, ten presente la caridad de Jesucristo al tiempo de exercitar la tuya. Acuérdate que cuando socorres al pobre, al mismo Cristo socorres: *De verdad os digo, que siempre que hiciéreis todas estas cosas con estos pequeñuelos que veis aquí, conmigo mismo lo haceis.* ¿Qué cosa mas clara ni mas precisa? Es decir, que hablando en todo rigor, cuando socorres á esa familia honrada, cuando visitas á ese pobre enfermo, no es el enfermo ni la familia, sino el mismo Cristo á quien das esa limosna, á quien haces ese servicio. ¡Y es posible que á vista de esto hay pobres entre los cristianos! ¡Es posible que hay personas abandonadas, olvidadas en sus necesidades, viviendo en medio de los fieles! Hé aquí una cosa que apenas es facil comprenderla. Jesucristo te pide esa limosna, y te la pide para sí mismo; ¿será menester otro motivo?

2 Exâmina si cuidas como debes de tus criados y de tu familia, si velas sobre sus costumbres y sobre su salvacion; y si les das tiempo y lugar para que éllos tambien atiendan á élla. ¿Tienes cuidado de que sirvan bien á Dios los que te sirven á ti? Si quieres que Dios te provea á ti en tus necesidades, provee tú en las suyas á los que te sirven; págalos exâctamente sus salarios, y haz lo mismo con todos los oficiales que trabajan para ti. No dexes pasar el dia sin haber cumplido con esta indispensable obligacion.

DIA NUEVE.

La Domínica infraoctava de la Epifanía.

En la octava de la Epifanía siempre concurre por precision un domingo, que no puede fixarse á dia del mes determinado, porque todos los años se muda. Por eso esta meditacion servirá para el dia en que concurriere el domingo, y las antecedentes se colocarán en los dias que las correspondieren.

Dice san Agustin en el sermon tercero del viernes despues de Pascua, que Cristo fue bautizado en domingo, que en domingo hizo el primer milagro; y nota el Santo, que en este primer dia de la semana hizo el Señor las mayores maravillas. Considera, dice Agustino, cuán digno de nuestra veneracion es este dia del Señor. En domingo fue criada la luz; en domingo pasaron los israelitas el mar Bermejo á pie enxuto; en domingo cayó la primera vez el maná para alimentar al pueblo en el desierto; en domingo fue bautizado el Salvador en el Jordan; en domingo convirtió el agua en vino en las bodas de Caná; en domingo hizo el milagro de los cinco panes, con que sustentó á los cinco mil hombres; en domingo resucitó; en domingo se apareció en medio de sus discípulos estando las puertas cerradas; en domingo baxó el Espíritu santo sobre los apóstoles; y en domingo será el dia del juicio universal, como todos lo esperamos.

Veis aquí sobrados títulos para que este dia del Señor sea venerable á todos los fieles. ¿Qué otras razones son menester para que todos le santifiquen? Es dia privilegiado; es dia en que cesa todo trabajo servil; pero no es este el único objeto de la ley. Para santificar este dia del Señor deben concurrir muchos actos positivos de piedad y de religion. Es el domingo por su institucion y sus misterios el dia mas santo y el mas respetable de todos los dias; ¿pero en estos tiempos, segun le pasa la mayor parte de los cristianos, es el que mas se santifica, y el que mas se respeta?

A este domingo que cae en la octava de los Reyes, llamaban los griegos *el domingo despues de las santas candelas*. La epístola que en él se canta es la misma que ya se cantaba antes de Carlo Magno. Es de san Pablo á los romanos, en que los exhorta á hacer de su cuerpo una hostia viva, santa y agradable á Dios por el exercicio de las virtudes cristianas; á guardarse de las máxîmas del mundo, á ser hombres espirituales, á reprimir todo sentimiento de orgullo y de vanidad, arreglando sus deseos y sus pensamientos á las máxîmas del evangelio; en fin, á mantenerse todos unidos por los vínculos de una mútua caridad, y á conservarse en el buen orden que manda la ley, esforzándose cada uno á cumplir con sus obligaciones.

El evangelio de la misa, que ya se cantaba tambien en el séptimo siglo, es el viage que hizo el niño Jesus á Jerusalen en tiempo de Pascua.

Su padre y su madre iban tres veces cada año á Jerusalen para cumplir lo que la ley ordenaba; es á saber, que todos los judíos que estuviesen en la Palestina, fuesen regularmente á Jerusalen en las tres fiestas principales del año, que eran la solemnidad de la Pascua, que se celebraba en memoria de la salida de Egipto y libertad del cautiverio de Faron; la de Pentecostes, que se solemnizaba en memoria de la ley que se dió á Moyses cincuenta dias despues de la salida de Egipto; y la fiesta de los Tabernáculos, llamada por otro nombre *Scenopégia*, instituida en memoria de haber habitado los israelitas debaxo de tabernáculos, ó de tiendas de campaña, mientras anduvieron por el desierto. Celébrase el dia 15 de septiembre que se llamaba *Tisri*, y duraba ocho dias, siendo el último el mas solemne de todos.

No se sabe de qué edad comenzó á ir á Jerusalen el niño Jesus, que no perdia ocasion de honrar á su padre y á su madre. Solo se sabe no sin admiracion, que no teniendo mas que doce años emprendió el viage desde Nazaret á Jerusalen, que por lo menos era camino de treinta leguas. Ya los romanos habian despojado del reyno al cruel y bárbaro Archêlao: con que juzgaron María y

José que no corria peligro el divino Infante, aunque fuese con éllos. Pero aunque no tenian ya que temer por parte de sus enemigos, no por eso les faltaron inquietudes y cuidados. Rara vez perdian de vista á su querido hijo, á quien tan tiernamente amaban; pero el niño, luego que se acabó la fiesta, y sus padres cumplieron con su devocion, se apartó de éllos sin hablarles palabra.

En igual de seguirlos cuando se volvian á Nazaret, se quedó en Jerusalen; y lo hizo tan secretamente, que no entraron en cuidado hasta despues de un dia de jornada. Esta aparente inadvertencia no fue olvido de un hijo que amaban mas que su alma; antes bien fue efecto del elevadísimo concepto que tenian formado de su sabiduría divina. Desde luego se persuadieron que se habria separado de éllos para mezclarse en la tropa de los demas caminantes, por motivos superiores que no les tocaba exáminar. Buscáronle ácia la noche entre los parientes, amigos y conocidos; y no hallando razon ni noticia de él, es facil considerar el cuidado y el dolor que penetraria sus amantes corazones.

Resolvieron volver inmediatamente á Jerusalen, persuadidos á que pues no estaba con éllos, le hallarian en el templo. Con efecto, al cabo de tres dias le encontraron en él, sentado entre un corrillo de doctores en una de las galerías ó corredores que volaban al rededor del mismo templo, donde solian juntarse los doctores de la ley. Allí estaba el divino niño enseñando á los maestros con lo que les preguntaba, con lo que les respondia, y con la modestia y humildad con que todo lo executaba. Oíalos, y los hacia preguntas como si tuviera necesidad de aprender. Cuando hablaba, á todos admiraba su prudencia, su eficacia, el acierto de sus respuestas y la solidez de sus discursos.

Sorprehendiéronse agradablemente san José, y la santísima Vírgen cuando le hallaron en una junta tan autorizada; y la madre, que le hablaba con alguna mayor libertad y confianza, le dixo con una queja amorosa: *Hijo mio, ¿cómo has hecho esto? ¿Pues no conocias que tu padre y yo te habíamos de andar buscando con mucho dolor y pena?* La respuesta de Jesus á esta amorosa queja no fue sin misterio; *¿Qué necesidad teníais de asustaros, ni tam-*

poco de andarme buscando? ¿No podíais conocer que naturalmente estaria ocupado en alguna cosa del servicio de mi Padre? Como si dixera: No tuviste razon para entrar en tanto cuidado acerca de mi persona, sabiendo, como sabeis, quién soy yo, cuál es el fin de mi venida, y la santidad de mi ministerio. No ignorais que debo ser el modelo de la perfeccion, y consiguientemente que debo hacer una vida toda nueva, toda consagrada á Dios, enteramente desprendida de la carne y sangre, una vida toda divina; que la gloria de mi Padre debe ser el único objeto de mis acciones, la única regla de mi conducta; y así en medio del amor y de los respetos con que os miro, todo debe ceder á sus órdenes y á su divina voluntad.

No replicaron palabra María y José, y conocieron que no habian comprendido el misterio cuando se afligieron tanto con su ausencia. Salió del templo el niño Jesus, y se vino con sus padres á Nazaret, donde vivió retirado y desconocido, sin que se sepa en particular cosa alguna de las grandes acciones de virtud que practicó. Solo quiso se supiese que profesó siempre una rendida obediencia á María y á José, para darnos á entender la excelencia de esta importante virtud, que comprende todas las demas. Es humilde, es mortificado, es piadoso, es constante el que es verdadero obediente.

Añade el evangelio que conforme iba creciendo en edad, iba tambien creciendo en gracia y en sabiduría. Es cierto que su alma infinitamente santa, infinitamente sabia por la union á la persona del Verbo, no podia crecer mas ni en sabiduría ni en gracia; pero quiso dar esta bella, esta importante leccion y documento á las personas que tratan de virtud, advirtiéndolas que cada dia deben ir aprovechando, adelantando y creciendo en gracia y en virtud delante de Dios y de los hombres; porque el conservarse siempre en una medianía, cuando cada dia son mayores los auxîlios, degenera presto en tibieza, de la cual se pasa á la costumbre; y en el camino del cielo el que no adelanta, anda ácia atras. Virtud que no hace progresos, es como árbol que no crece, y al cabo se seca.

No es maravilla que no se encuentre á Jesucristo entre la tropa, porque Dios no se halla entre el tumulto ni

entre la muchedumbre, á menos que el mismo Señor no nos meta entre élla: y aun entonces es menester que cada uno fabrique una especie de retiro ó de recogimiento interior, viviendo dentro de sí mismo si quiere gustar de Dios. Puramente por la mayor gloria de Dios dexó Cristo á sus padres para volverse al templo. ¿Es semejante el motivo que nos hace parecer tan raras veces, y siempre con tampoco respeto en nuestras iglesias? ¿Es la gloria de Dios la que se busca en aquellos proyectos ambiciosos, en aquellos juegos, en aquellas diversiones, en aquellas vanidades en que se suelen pasar los domingos, y los demas dias de fiesta? El Salvador bien claramente nos aleccionó con sus exemplos; nosotros no ignoramos lo que debemos hacer; ¡qué dolor, qué remordimiento padecerémos algun dia, por no haber hecho lo que debíamos!

La misa es de la dominica infraoctava de la Epifanía, y la oracion es la siguiente.

Vota, quæsumus, Domine, supplicantis populi cœlesti pietate prosequere: ut et quæ agenda sunt, videant; et ad implenda, quæ viderint, convalescant: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que recibas con tu acostumbrada piedad las oraciones y los deseos de tu pueblo, para que conozca lo que debe hacer para agradarte; y se aliente á executar lo que conociere. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de san Pablo á los romanos en el cap. 12.

Fratres: Obsecro vos per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, rationabile obsequium vestrum. Et nolite conformari huic seculo, sed reformamini in novitate sensus vestri: ut probetis quæ sit voluntas Dei, bona et beneplacens, et perfecta. Dico enim per gratiam quæ data est mihi, omnibus qui sunt inter

Hermanos: Y ruégoos por la misericordia de Dios, que le ofrezcais vuestros cuerpos como una hostia viva, santa, agradable: que es el culto racional que debeis darle. Y no querais conformaros con este siglo; antes bien reformaos, renovando vuestro espíritu, para que conozcais cuál sea la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, y lo que es perfecto. Digo, pues, á todos vosotros por la gra-

vos: Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem: Et unicuique sicut Deus divisit mensuram fidei. Sicut enim in uno corpore multa membra habemus, omnia autem membra non eundem actum habent: Ita multi unum corpus sumus in Christo, singuli autem alter alterius membra: in Christo Jesu Domino nostro.

cia que se me ha comunicado; que no querais saber mas que lo que conviene saber; sino que sepais con moderacion, conforme á la medida de la fe que Dios ha repartido á cada uno. Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y todos los miembros no tienen un mismo oficio, así tambien, aunque somos muchos, somos un solo cuerpo en Cristo; y todos somos recíprocamente miembros los unos de los otros, en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

»Hallándose el Apóstol en Corintho para pasar á Jerusalen, escribió esta carta á los romanos; esto es, principalmente á los gentiles convertidos, porque ya habia en Roma un grande número de cristianos, cuya fe era muy conocida en todo el mundo. Escribióse esta carta cerca del año 48 de Jesucristo; y aunque fue posterior á otras muchas, se la dió el primer lugar entre todas, ó por la importancia de sus instrucciones, ó en atencion á la ciudad de Roma, que siempre fue respetada como el centro de la religion.

REFLEXIONES.

Si nuestro cuerpo debe ser hostia viva, santa y agradable á Dios, ¿cuál debe de ser su pureza? Nada irrita tanto la ira de Dios como una víctima sucia y asquerosa. ¿Podremos ofrecer nuestros cuerpos á Dios sin vergüenza? ¿Es cristiano, es racional nuestro culto cuando le presentamos un cuerpo asquerosamente manchado por el pecado?

No os conformeis con este mundo, dice el Apóstol. No hay cosa mas opuesta al espíritu y á las máxîmas de Jesucristo, que las máximas y el espíritu del mundo. Conformarse con él, es renunciar la moral del evangelio, es seguir el espacioso camino que guia á la perdicion. ¿Y qué otro camino sigue la mayor parte de las personas del si-

glo? ¿A quién se procura imitar en el mundo? ¿Qué ley se sigue? ¿Qué máxîmas se aprenden? ¿Aquellas personas ambiciosas y vanas, aquellas almas terrenas y sensuales, aquellas víctimas de sus propias pasiones siguen por ventura la doctrina de Jesucristo? ¿Son de la misma religion que los santos? ¿Sirven á un mismo Señor, á un mismo Dios? ¿Y no hay sobrados motivos para hacer estas preguntas? ¿Y qué tendran que responder las personas mundanas á cualquiera que se las haga?

Reformaos, prosigue el Apóstol, *imbuyéndoos en máxîmas, en principios enteramente nuevos y contrarios á los que hasta aquí habeis seguido.* Digo: ¿y no será ya tiempo de hacerlo? ¿A qué queremos esperar para emprender esta reforma? ¿Podráse decir que la comenzamos muy temprano cuando ya debiera estar acabada? ¿Es posible que enteramente hemos de estar diciendo que tenemos necesidad de reformarnos, y que jamas hemos de dar una prueba de que estamos reformados? ¡O qué cosa tan terrible es morir solo con el plan, con el proyecto, con la idea de reforma!

Pero si creemos que no necesitamos de élla, el Apóstol nos desmiente, declarándonos que vivimos muy engañados si presumimos tan ventajosamente de nosotros mismos. ¡Ah! que esas pasiones tan vivas, ese amor propio tan dominante, esas imperfecciones tan groseras, esas caidas tan frecuentes no son el mayor elogio, ni la mayor recomendacion de nuestra virtud. ¡Ah! que deshonran mucho al cuerpo místico de Jesucristo, de quien nosotros somos miembros. Es la inocencia y la piedad en un cristiano lo que la razon en el hombre. No es consejo, que es precepto el que seamos absolutamente santos. Serlo mas, ó serlo menos, puede ser consejo; pero serlo absolutamente, es precepto riguroso.

El evangelio es del capítulo 2. de san Lucas.

Cum factus esset Jesus annorum duodecim, ascendentibus illis Jerosolymam secundum consuetudinem diei festi consummatisque diebus, cum redirent,

Siendo ya Jesus de doce años, subieron sus padres á Jerusalen, como lo acostumbraban en el tiempo de la solemnidad; y volviéndose despues de concluida la fiesta,

remansit puer Jesus in Jerusalem, et non cognoverunt parentes ejus. Existimantes autem illum esse in comitatu, venerunt iter diei, et requirebant eum inter cognatos et notos. Et non invenientes, regressi sunt in Jerusalem, requirentes eum. Et factum est, post triduum invenerunt illum in templo sedentem in medio doctorum, audientem illos, et interrogantem eos. Stupebant autem omnes, qui eum audiebant super prudentia, et responsis ejus. Et videntes admirati sunt. Et dixit mater ejus ad illum: Fili, quid fecisti nobis sic? ecce pater tuus, et ego dolentes quærebâmus te. Et ait ad illos: Quid est quòd me quærebatis? nesciebatis quia in his, quæ Patris mei sunt, oportet me esse? Et ipsi non intellexerunt verbum, quòd locutus est ad eos. Et descendit cum eis, et venit Nazareth: et erat subditis illis. Et mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo. Et Jesus proficiebat sapientiâ, et ætate, et gratiâ apud Deum, et homines.

se quedó el niño Jesus en Jerusalen, sin que lo advirtiesen sus padres. Y juzgando que vendria entre la comitiva, caminaron una jornada, y le buscaban entre sus parientes y conocidos. Mas no hallándole, se volvieron á Jerusalen á buscarle. Y sucedió, que despues de tres dias le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y todos los que le oian, se pasmaban de su sabiduría y de sus respuestas. Y viéndole sus padres se admiraron, y su madre le dixo: Hijo, ¿por qué has hecho esto con nosotros? hé aquí tu padre y yo te buscábamos llenos de dolor. Y les dixo: ¿Y por qué me buscábais? ¿no sabíais que debo emplearme en la obediencia de mi Padre? Mas éllos no entendieron lo que querian decir estas palabras. Y se fué con éllos, y llegó á Nazaret, y estaba sujeto á éllos. Y su madre conservaba en su corazon todas estas palabras. Y Jesus crecia en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.

MEDITACION.

Que Dios debe ser preferido á todo lo criado.

PUNTO PRIMERO.

Considera quién es Dios, qué ha hecho Dios por ti, qué merece Dios hagas tú por él; y juzga despues si hay alguna criatura que pueda disputar la preferencia al amor de Dios. Es Dios soberano criador, soberano dueño, que nos crió para sí, y no pudo criarnos para ótro. En sus

manos está nuestra vida; él es árbitro de nuestra suerte; debémosle todo lo que tenemos, todo lo que somos: es nuestro padre, nuestro juez, nuestro rey; de él pende nuestra felicidad, ó nuestra infelicidad eterna. ¿Qué te parece? ¿Este gran Dios merecerá ser preferido á todo lo criado? ¿Tendrémos otro dueño á quien contemplar, ni á quien temer mas que á él? Y con todo eso (¡cosa extraña!) parece que no hay otro á quien menos contemplemos, ni á quien menos temamos. Contemporízase no pocas veces con un pariente, con un amigo, y aun con un criado, de quien se espera conseguir alguna gracia, ó recibir algun servicio. Pero al ver la poca atencion que se tiene de agradar á Dios, al notar el ningun cuidado que suele dar el desagradarle, y aun el ofenderle, hay sobrada razon para decir que la mayor parte del tiempo no se hace mas caso de Dios que si no le hubiera.

Y no hay que pensar, que solamente hacen inclinar la balanza los puestos sobresalientes, las pasiones violentas, las fortunas grandes. ¿Cuántas veces una ligera inclinacion, un vilísimo interes, nuestro amor propio, un ridículo respeto humano logran esta preferencia, y pueden mas que nuestra obligacion? ¿Y con todo eso presumimos de hombres de razon y de religion? Bella prueba por cierto es de uno y de otro la conducta que tenemos en punto tan esencial ¡O mi Dios, y qué de veces he preferido yo mis gustos, mis intereses, mis amigos á todos vuestros preceptos! ¡Gran dolor! Verme en la triste precision de confesar esta verdad. ¿Pero qué importaría que yo la disimulase, si mi conciencia la publicaría á gritos? No, Señor, no puedo yo desmentirla; pero mientras élla me está acusando, mirad, oid, Señor, lo que os dice mi corazon.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué injusticia, y aun qué impiedad es preferir la criatura al Criador ¿Quién negará que el corazon exercita entonces una especie de idolatría? ¿Qué horror, qué indignacion no concebimos contra aquellos pérfidos, contra aquellos ingratos judíos, que prefirieron á Barrabás al Salvador del mundo? ¿Y qué otra cosa hacemos

nosotros? ¿Pero qué digo? Aún la hacemos mucho peor; pues conociéndole, y haciendo profesion de conocerle, le sacrificamos á un vil interés, á un respeto humano.

No hay sombra de razon que pueda jamas autorizar tan indigna preferencia. ¿Qué padres ha habido ni habrá mas amables ni mas respetables que María y que José? ¿Qué hijo ha habido, ni habrá que mas respetase ni amase mas á sus padres que el Salvador? Con todo eso luego que se atraviesa la gloria de Dios: luego que se trata de hacer la voluntad de su Padre celestial, no delibera un momento: sepárase de éllos, déxalos partir, y retírase al templo ¡O cuántos hijos desgraciados hay en el mundo por haber sacrificado su salvacion á los intereses de su casa, ó á la vana condescendencia con sus parientes! *¿No sabíais vosotros que yo debia emplearme en las cosas que tocan á mi Padre?* Esta es la generosa respuesta que debemos dar á esos tentadores peligrosos é importúnos, á esas solicitaciones artificiosas, á esas falsas ternuras de la carne y sangre, á todo lo que nos induce á preferir la criatura al Criador, el gusto á la obligacion, y el siervo al soberano dueño.

¿No sabíais vosotros? Con efecto este es uno de los primeros principios de nuestra religion. Aun la misma luz de la razon da á conocer la espantosa injusticia de esta indigna preferencia. Qué, ¡un Dios en concurrencia con una criatura! La fe, el entendimiento, la conciencia, todo clama, todo grita contra esta impiedad. Con todo eso ante nosotros se intenta esta causa; en el tribunal de nuestro corazon se litiga este pleyto; y por lo comun damos la sentencia contra Dios.

Señor, Señor, ¡y qué ingratos que somos! ¡Pero cuánta es vuestra infinita bondad en sufrir mi iniquidad y mi malicia! Mil veces os he pospuesto á las criaturas; millares de veces yo mismo me he preferido á Vos. Confieso mi maldad, detéstola, abomínola. De hoy en adelante ninguna cosa os disputará el lugar en mi corazon; no os haré el agravio de admitir otra concurrencia. Penas, ternuras, pérdida de bienes, complacencias, intereses, todo lo sacrificaré á vuestra voluntad, hasta mi propia vida. Vos sois el Dios de mi corazon, y mi corazon será desde este punto segun el corazon de Dios. Amen. Amen.

JACULATORIAS.

Omnia ossa mea dicent: Domine, ¿quis similis tibi?
Salm. 34.

Mi corazon, mi espíritu, mi alma, hasta mis mismos huesos de hoy en adelante dirán en su lenguage: ¡Ah Señor! ¿Y quién es semejante á Vos?

¿Quid mihi est in cœlo, et á te quid volui super terram?
¿Qué puedo yo desear en el cielo ni en la tierra fuera de Vos, Dios mio?

PROPOSITOS.

En todo tiempo debe Dios ser preferido á todas las cosas, pero con especialidad el domingo. Este es el dia del Señor, que eso quiere decir *Dies Dominica.* ¡Pues qué impiedad será hacer del dia del Señor dia de diversion ó de negocios! ¡Y qué delito preferir en semejante dia los intereses temporales á los deberes de la religion! Asiste hoy á los divinos oficios, y á la misa mayor con piedad y con edificacion, sin que te lo estorbe ningun embarazo, ningun negocio que pueda sobrevenir; respondiendo, que primero es Dios que todo; y en todas las ocasiones que ocurrieren en este dia, pórtate de manera, que visiblemente sea Dios preferido y servido antes que todas.

Toma media hora de tiempo para exâminar sériamente en qué cosas has dado hasta aquí mas frecuentemente la preferencia á las criaturas con perjuicio del Criador. Cuántas veces has dexado á Dios por los hombres; cuántas un interes temporal, una vana diversion, un respeto humano, una cobarde condescendencia te han impedido cumplir con las obligaciones de cristiano. Tenlo todo presente para acusarte de ello en la primera confesion; y sírvate esto mismo de materia de meditacion en esta noche, para que arrepentido verdaderamente de tu cobardía y de tu pasada infidelidad, pidas perdon á Jesucristo, prometiéndole que en adelante con el socorro de su divina gracia le preferirás á todo lo criado.

DIA DIEZ.

San Guillelmo, arzobispo de Bourges.

Fue san Guillelmo de la nobilísima casa de los antiguos condes de Nevers, y nació ácia la mitad del siglo duodécimo. Criáronle sus padres con el mayor cuidado en el temor santo de Dios; pero su bello natural y su inclinacion á la virtud facilitaron mas que todo el efecto de la buena educacion. Habíale prevenido Dios con todas las disposiciones de la naturaleza y de la gracia, que eran necesarias para los grandes designios á que le destinaba su amorosa providencia. Un ingenio vivo, sólido, eminente, capaz de todas las ciencias; un juicio perspicaz, claro y derecho; un corazon noble, generoso, dócil; unas modales gratas, apacibles, naturalmente políticas y cultas; un sumo horror al pecado, una sublime idea de Dios, y una inclinacion natural al retiro y á la vida interior.

Descubrió luego estas prendas en el niño Guillelmo Pedro el Ermitaño, tio suyo materno, arcediano de Soisons, hombre exemplar y sábio; y enamorado de éllas, se encargó él mismo de ser su maestro en los estudios. Hizo en éllos maravillosos progresos el discípulo, acreditando la enseñanza de tan insigne maestro: en poco tiempo fue mas sábio de lo que correspondia á sus años; pero todavía fue mas virtuoso y mas santo. Desde entonces aprendió á despreciar todas las grandes esperanzas que el mundo, su nacimiento y sus bellas prendas podian prometerle; y haciendo únicamente estimacion de los bienes eternos, se dedicó al estado eclesiástico. Apenas abrazó este estado cuando le hicieron canónigo, primero de la iglesia de Soisons, y despues de la de París. En úna y en ótra su modestia, su gravedad, su circunspeccion, su sabiduría y su vida exemplar fueron la admiracion de todos, y el modelo de los eclesiásticos.

Pero aunque el estado que acababa de abrazar era tan

santo, como le llamaba Dios á un grado de perfeccion tan eminente, le estaba siempre inspirando ardentísimos deseos de vida mas retirada. Cuando se consideraba en medio del mundo, rodeado de tantos peligros, se llenaba de temor. Las dignidades eclesiásticas le parecian títulos llenos de pesadumbre y de peligro, y los beneficios de mayor renta redes de mayores lazos. Todas sus ansias, todos sus suspiros eran por el desierto de Grandmont, de que se habia enamorado sumamente. Florecia en él con todo el rigor de la primitiva observancia el nuevo órden religioso que habia fundado san Esteban el año de 1076, haciéndose mas estimable el nuevo instituto por la vida austéra que practicaban los monges. Guillelmo renunció generosamente sus beneficios y prebendas con todas las grandes esperanzas que le prometian su sangre y sus insignes méritos; y cerrando los oidos á los engañosos halagos de la carne y sangre, pidió ser admitido en el monasterio. Recibiéronle como un don venido del cielo, y desde luego comenzó á portarse con tanta regularidad y tan singular edificacion, que admirado el abad de aquel prodigio de virtud, no se pudo contener sin alabarle en un concilio pleno á presencia del papa Inocencio III. y de todos los prelados y padres que habian concurrido á él.

Disponíase nuestro Santo para hacer su profesion en el monasterio de Grandmont, cuando el demonio, zeloso de los progresos que habia de hacer el nuevo instituto con un sugeto tan insigne, excitó en el monasterio tan furiosa y deshecha tempestad, que faltó poco para que pereciese en élla toda la órden. Introducido infelizmente el espíritu de division en aquella santa casa, presto obscureció su resplandor y su lustre. Empleó nuestro Santo toda su aplicacion, todo su desvelo, todo su crédito, toda su reputacion, todos cuantos medios le pudieron sugerir su sabiduría, su zelo y su industria para restituir á élla la paz y la union, que andaban desterradas; pero todo fue vano. Y viendo en fin que cada dia se enconaban mas los ánimos y los corazones, y que no podia reynar el espíritu de Dios donde no reynaba la paz, resolvió pasarse al órden del Cister, tan célebre por el gran número de santos que ya entonces contaba, y por

aquel espíritu de regularidad y de retiro que reynaba en todo su vigor, haciendo al órden Cisterciense uno de los mas florecientes de toda la Iglesia. Tomó el hábito en el monasterio de Pontiguy, donde hizo su profesion con el fervor que habia crecido todos los dias en su noviciado, y en poquísimo tiempo fue cabal modelo de la perfeccion religiosa.

No contento con haber dexado el mundo, quiso dexar hasta la memoria de él. La soledad perfeccionó su recogimiento interior; y hallando en el retiro todo el alimento que podia desear para nutrir el singular amor que profesaba á la oracion, no perdia de vista á Dios ni un solo instante. Su modestia, su devocion, su puntual asistencia á los divinos oficios alentaban á los menos fervorosos. Bastaba verle en el altar ó en el coro para moverse á recogimiento, y aun para experimentar la devocion sensible. En el sacrificio de la misa sentia siempre tanto fervor, que derramaba copiosas lágrimas hasta dexar humedecido el altar, confesando de sí mismo que se hallaba tan penetrado de ternura, de respeto y de reconocimiento al Salvador del mundo cuando le consideraba víctima incruenta inmolada en los altares, como si lo estuviera viendo con los ojos corporales crucificado en el Calvario.

Sus penitencias correspondian á su devocion. Aseguraba él mismo que le servian de verdadero tormento los alivios que era preciso conceder á la necesidad de la naturaleza. Tantas y tan eminentes virtudes llenaron de envidia y de inquietud al infierno. Puso en movimiento el demonio cuantas máquinas, cuantos artificios pudo discurrir para tentarle; pero en los exercicios de penitencia, de oracion y de humildad halló nuestro Santo todas las armas que habia menester para rebatir todos sus esfuerzos. Sobre todo la devocion á la santísima Vírgen fue el principal escudo que le sirvió para defenderse. Decia que despues de Jesucristo tenia colocada toda su confianza en la Madre de misericordia; y los auxílios que esta Señora le consiguió por toda la vida, le hicieron salir siempre victorioso del infierno junto.

La soledad era toda su delicia; pero se atendió menos á su inclinacion, que al gran concepto que se habia for-

mado de su prudencia y de su piedad. Hiciéronle abad de Fuente Juan, y despues de Chalís, donde servia de consuelo á la violencia que le habian hecho, precisándole á aceptar aquel cargo el horrible desierto donde estaba colocado el monasterio, y la esperanza de acabar sus dias en aquella soledad; pero Dios lo habia dispuesto de otra manera para su mayor gloria. Despues que por espacio de quince años fue modelo de abades santos, quiso el Señor que tambien fuese modelo de santos obispos.

Gobernaba Guillelmo sus monges con tanta dulzura y con tanta prudencia, que se hizo dueño de los corazones de todos. Vivia con sus súbditos como si fuera el menor de todos; con una humildad profunda, con una pureza de corazon y de espíritu inviolable, con una franqueza y una naturalidad indecible, con una abstinencia y una mortificacion de sentidos y pasiones general, y sin reserva; y lo que asombraba mas á todos, que en medio de tanta austeridad, la cual por lo comun se comunica al humor y al temperamento, haciéndole cetrino y melancólico, conservaba una contínua apacibilidad, un despejo y una habitual alegría, que saliéndole del corazon, se derramaba por el semblante, y se dexaba ver en todas sus acciones.

No pensaba en otra cosa que en santificarse á sí, y santificar á sus monges en la quietud y en la obscuridad de la vida monástica, cuando el año de 1200 vino á vacar la silla arzobispal de Bourges por muerte del arzobispo Henrique de Sully. Resolvió el clero de aquella Metrópoli hacer eleccion de un prelado que fuese digno de serlo por su virtud y por sus méritos personales. Florecia entonces el órden Cisterniense en hombres insignes, cuya santidad era la edificacion de todo el orbe cristiano. Esta misma multitud de sugetos en que escoger embarazaba la eleccion del clero. Recurrió á Odon, obispo de París, y hermano del arzobispo difunto, suplicándole viniese á asistirle con su direccion y consejo, para asegurar el acierto en negocio de tanta importancia. Luego que llegó el obispo de París, le propusieron al abad de Chalís, con otros muchos abades, todos de santidad conocida. Era Odon hombre de una gran prudencia y de una eminente virtud, y se tomó tiempo para consultarlo con Dios por

medio de la oracion y el ayuno. Al dia siguiente mandó escribir los nombres de todos los abades propuestos en cédulas separadas; y poniéndolas sobre el altar mientras celebraba el sacrificio de la misa, hizo á Dios aquella oracion de los apóstoles cuando se habia de llenar la plaza vacante en el sagrado colegio: *Vos, Señor, que conoceis los corazones de los hombres, dadnos á entender el que vos habeis escogido.* Declaróse la divina Providencia por nuestro Santo, y todos prorumpieron en demostraciones de alegría, rindiendo solemnes gracias al cielo.

Cuando llegó á los oidos de san Guillelmo la noticia de su eleccion, se afligió tanto, que resolvió evadirse, huyendo ocultamente. No fue posible lograrlo; pero tampoco lo fue el vencer su repugnancia. Viéndole inflexíble los diputados de la iglesia, hicieron recurso al general del Cister y al legado de la santa Sede. Mandáronselo en virtud de santa obediencia, y fue preciso obedecer; pero á todos se hizo visible lo mismo que lo estaba este sacrificio. Arrancóse con increible dolor de sus religiosos de Chalís, y fueron recíprocas las lágrimas de únos y de ótros. En Bourges fue recibido como un hombre enviado del cielo. Consagráronle, y en su consagracion se le comunicó sensiblemente la plenitud del sacerdocio. Revestido de él, entregó totalmente su aplicacion á imitar al soberano Pastor en toda su conducta. Al amor de la soledad sucedió el zelo por la salvacion de sus ovejas. Visitó su arzobispado con tanta caridad, que parecia iba pegando fuego en todas partes. Predicaba, enseñaba la doctrina, administraba los sacramentos, visitaba á los pobres en los hospitales, consolábalos, socorríalos; y haciéndose todo á todos, ganaba á todos para Jesucristo, sin que hubiese pecador tan obstinado que se resistiese á la eficacia de su zelo.

Ni su dignidad, ni sus inmensos trabajos le obligaron jamas á remitir en algo sus excesivas penitencias. Nunca dexó el hábito religioso, ni mucho menos el espíritu de monge. Observaba los ayunos de la regla con el mismo rigor que si estuviera en el claustro. No probó cosa de carne, aunque se servia en su mesa siempre que habia convidados. Su palacio estaba abierto para todos; solo

estaba cerrado para las mugeres, con las cuales nunca hablaba sino en caso muy preciso, y entonces en la iglesia. Calificábase de nímiamente rígida esta severidad; pero respondia siempre que un obispo nunca podia ser nímiamente rígido en esta materia. Habiendo sido arrestados ciertos diocesanos suyos por haber defendido los derechos de la Iglesia con mas zelo que prudencia, no perdonó á diligencia alguna con los jueces para que los diesen libertad; pero viendo que eran inútiles todos sus oficios, se puso á la puerta de la cárcel resuelto á no salir de allí hasta lograr el fin de sus caritativas instancias. Esta caridad ablandó el corazon de los jueces, y dieron libertad á los encarcelados.

Por muchas y graves ocupaciones que tuviese, jamas abrevió, ni mucho menos omitió ninguno de sus exercicios espirituales. Todos los dias tenia dedicadas algunas horas, que infaliblemente pasaba en un profundo recogimiento y retiro. Tenia siempre la muerte delante de los ojos; y acostumbraba decir que este pensamiento era un soberano remedio para todas las enfermedades del alma; siendo su mayor consuelo asistir á los moribundos. Su liberalidad con los pobres era una prueba concluyente de su desinteres; y repetia muchas veces, que no habia cosa mas indigna de un obispo que atesorar dinero. A los pobres los llamaba sus acreedores; y cuando repartia entre éllos casi todas sus rentas, decia con gracia: *Vamos poco á poco saliendo de trampas y de deudas.*

Pero en medio de una santidad tan eminente no se libró de aquellas pruebas con que suele Dios purificar la virtud de sus siervos. Padeció algunas persecuciones por parte de aquellos á quienes incomodaba su exâcta regularidad, porque era censura de su desreglada vida. Los ministros del rey Felipe Augusto exercitaron por algun tiempo su paciencia; pero triunfó de todo con la dulzura y con la humildad. Animado de un ardiente zelo por la gloria de Dios, se disponia á ir á combatir la heregía de los albigenses, cuando el cielo le dió á entender habia llegado el tiempo de recibir el glorioso premio de tantas otras victorias.

Hallóse muy indispuesto el dia de Reyes; mas no por eso dexó de predicar como lo acostumbraba. Dió prin-

cipio á su sermon por estas palabras: *Esta es la hora de salir del letargo en que hemos estado hasta aquí*; y al acabar el sermon, se despidió de su pueblo. Como todos estaban persuadidos á que se hallaba dotado del don de profecía, nadie dudó que pronosticaba su muerte. El dolor del auditorio se comunicó presto á toda la ciudad, donde fue general el llanto y la tristeza. Apenas se retiró el Santo á su casa cuando pidió que le administrasen los sacramentos, que recibió con singularísima devocion y con particular ternura. Pasó hasta el dia 10 en oracion casi contínua y en una íntima union con Dios, pronunciando sin cesar los dulcísimos nombres de Jesus y de María, en quienes tenia colocada toda su confianza. Aunque siempre habia dormido sobre un poco de paja, quiso tener el consuelo de morir sobre la ceniza y el cilicio. En fin, habiéndose querido esforzar á rezar los maytines del dia, al acabar el primer salmo rindió tranquilamente el espíritu al Criador el dia 10 de enero del año 1209.

Hizo su muerte en los corazones de todos el efecto que hace ordinariamente la muerte de los santos. Cada uno lloraba á su pastor, á su protector y á su padre. Todos querian besarle los pies, invocando su intercesion para con Dios, y refiriendo cada cual alguna maravilla ó milagro de su vida. Antes de morir mostró deseo de que su cuerpo fuese enterrado en su querido desierto de Chalís; pero toda la ciudad de Bourges se puso en armas para conservar este tesoro. Fue, pues, sepultado en la iglesia metropolitana de dicha ciudad, celebrándose sus funerales con tanta solemnidad y con tanto concurso de los pueblos comarcanos, que pudo parecer testimonio de que ya desde entonces le veneraba la ciudad como uno de sus patronos. La fama y la multitud de milagros obrados en su sepulcro movieron al arzobispo Girardo, sucesor de Guillelmo, á elevar de la tierra el santo cuerpo, ocho años despues de su muerte. Hiciéronse despues las informaciones en órden á su canonizacion por autoridad del papa Honorio III, y se celebró la ceremonia en Roma con el mayor aparato el dia 2 de julio de 1218, al noveno año de su dichoso tránsito, mandando el Papa por una bula que se celebrase su fiesta en la universal Iglesia.

Conserváronse sus reliquias en la catedral de Bourges hasta el año de 1562, en que los hugonotes, de quienes parece se valió el infierno para vengarse de los santos en sus preciosos despojos, quemaron el cuerpo de san Guillelmo con exêcrable impiedad, arrojando sus cenizas por el viento despues que tomaron y saquearon la ciudad. Su culto se ha perpetuado en Bourges y en otras partes, siendo reverenciado por uno de los santos protectores de Francia.

La misa es de la octava de la Epifanía, y la oracion es la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in Beati Guillelmi confessoris tui, atque pontificis solemnitate deferimus, et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Dad, Señor, oidos á las súplicas que os hacemos en la fiesta de vuestro confesor y pontífice san Guillelmo; y pues él os sirvió dignamente, libradnos por sus merecimientos de todos nuestros pecados: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 60. de Isaías, y es la misma que el dia VI. fólio 63.

NOTA.

»Las profecías de Isaías se pueden dividir en ocho »partes. La primera pertenece al reyno de Joathán, hi»jo de Ozías rey de Judá. La segunda comprende al »reyno de Acház. La tercera es contra Babilonia, los »filisteos, los moabitas, y contra Damasco, Samária y »Egipto. La cuarta es contra Cedar, la Arábia, Jerusalen »y toda la Judea. La quinta es sobre la guerra de Sena»cherib. La sexta es un discurso sobre la exîstencia de »Dios, y sobre la verdad de la religion de los hebreos. »La séptima trata mas particularmente del Mesías. La »octava tiene por objeto la venida del Mesías, la voca»cion de los gentiles, la reprobacion de los judíos y la »fundacion de la Iglesia.

REFLEXIONES.

Levántate, Jerusalen, y brilla con nuevo resplandor, porque ya ha venido tu luz. ¡Asombro es que aun despues de haber amanecido en el mundo el divino Sol de justicia, reynen todavía las tinieblas en el espíritu de tanto número de fieles! ¡Qué ceguedad mas lamentable, que ver en medio del cristianismo dias enteros destinados á diversiones poco cristianas, y que por un intolerable abuso que parece presume de lícito por la prescripcion, corra sin freno la licencia desde Reyes hasta el tiempo santo de Cuaresma!

Si entre las calumnias que los gentiles forjaron contra los cristianos se les hubiera ofrecido darles en cara con esta inconsecuencia; conviene á saber, que mientras nuestra religion condena el paganismo en todos sus puntos, imita sus desórdenes en muchos, que preciándose de un moral austéro, cuyas leyes ponen límites tan estrechos á las mas honestas diversiones, permite con todo eso los regocijos y las fiestas de los paganos; que unas veces severa, otras indulgente, segun las diversas ocurrencias de los tiempos, da licencia en ciertos dias para libertades y para las disoluciones que prohibe en ótros; ¿con qué indignacion, con qué enojo no se hubiera gritado desde luego contra esta reconvencion, tratándola de impostura, de embuste y de calumnia?

¡Qué mentira mas grosera, se diría entonces, qué mayor impostura, que acusar á la religion cristiana de desordenada en sus costumbres cuando en virtud de sus preceptos está condenado hasta el deseo, hasta el pensamiento del pecado! ¡Puede ignorarse cuánta es su delicadeza en punto de pureza de conciencia y limpieza de corazon! ¿Qué vicio se puede jactar de ser exceptuado ó de ser disimulado por élla? ¿Hay por ventura un solo instante en la vida que sea exênto de la práctica de la virtud, en que élla dispense la obligacion de servir á Dios y de conservarse en la inocencia?

De esta manera responderian confiada y animosamente los cristianos de la primitiva Iglesia; porque no les dolian prendas, ni se les podia dar en rostro con algun desórden. Jamas parecian en el circo; huían del teatro, de

los espectáculos y de los juegos públicos; no se les veía ni coronados de flores, ni vestidos de púrpura; reynaba una modestia inalterable en todos los estados; no reconocian ni edad ni tiempo, ni dias destinados para inmoderadas alegrías; sus diversiones siempre honestas, siempre puras, eran lecciones de virtud y de decencia; en sus convites sobresalia la frugalidad y la moderacion; en sus concurrencias, juntas y visitas iba delante la piedad; en fin, en todo tiempo y en toda ocasion eran cristianos. Estos sí que fácilmente confundirian la calumnia. Pero pregunto: ¿tendríamos nosotros el dia de hoy el mismo derecho y el mismo valor para rebatirla á vista de nuestra conducta tan poco cristiana, especialmente durante el Carnaval y en tiempo de Carnestolendas? ¿Qué retorsiones no nos harian? ¿Cómo nos argüirian con esos festines licenciosos, con esos bayles, con esas danzas, con esas máscaras, con las cuales los primeros cristianos daban en cara á los idólatras como muestras visibles, así de la corrupcion de sus costumbres, como de la falsedad de su religion?

¿Qué tendríamos que replicar, si los paganos nos dixeran que en tiempo de Carnaval hacíamos lo mismo que éllos hacian en sus fiestas Bacanales, los mismos excesos, los mismos festines, los mismos saraos, los mismos regocijos? Los desórdenes son públicos, la licencia no es menos desenfrenada. ¿Sería bien recibida la excusa de que en esas diversiones se observa alguna mayor moderacion; esto es, que los regocijos y las máscaras del Carnaval á lo sumo solo se pueden llamar reliquias del paganismo mitigado? Pero gracias al Señor, que aunque sean tan universales los abusos y la licencia de los malos cristianos, no puede perjudicar á la santidad de la religion, que en todo tiempo ha condenado, como la condena tambien el dia de hoy, esa profanidad, ese escandaloso desórden.

Adorado en casi todos los altares el enemigo comun de todo el género humano; orgulloso y fiero con el imperio universal de todos los corazones, se hacia consagrar los primeros dias del año con esa disolucion. Este, y no otro, es el principio que tuvo la escandalosa costumbre de los excesos del Carnaval.

¿Qué hombre de buen juicio se atreverá á autorizar esas licenciosas alegrías con el pretexto de que despues entra el tiempo de ayuno y de penitencia? ¿Habrá valor para decir que se condene toda la libertad á los sentidos, porque dentro de tres dias se ha de llorar esa libertad que se les ha concedido? ¿Que se entrega el corazon al esparcimiento y al desórden, porque se acerca el tiempo en que se ha de hacer penitencia de ese desórden y de ese esparcimiento? Llega la Cuaresma, en que es menester llorar los pecados; pues consolemos anticipadamente esas lágrimas futuras con todo género de divertimientos. Dentro de pocos dias obligará la Iglesia á todos sus hijos al ayuno; pues pertrechémonos contra ese ayuno con excesos, convites y comilonas, que lleguen á ser glotonerías.

Bien presto se nos convencerá desde los púlpitos, que todas esas fiestas del Carnaval son indignas del nombre cristiano; pues trabajemos ahora en merecer que entonces nos avergüencen. Mañana se nos predicará la penitencia; pues hagamos hoy todo lo posible para tener necesidad de élla.

Conócese, pálpase la ridiculez y la impiedad de este lastimoso discurso; ¿pues cuándo se confesará la indignidad de esa miserable conducta? Tendríase vergüenza de justificar así el Carnaval; y sin embargo esto es lo que quiere decir todo cuanto se alega para autorizar la costumbre. Pues qué, ¿el cristianismo es cosa de mogiganga, ó es á manera de vestido que se ha de mudar segun la diferencia de los tiempos? ¿Es cosa de farsa, es á modo de teatro, en que ha de haber diversas mutaciones, y se han de representar distintos y aun contrarios papeles? ¿Hoy disolutos, y aun casi malvados de apuesta, y mañana hipócritas por bien parecer? ¿Hoy entregados á las disoluciones de los gentiles, y mañana aparecer con una mascarilla de cristianos? Adorándose el mismo Dios, teniendo la misma ley, y siendo uno mismo el infierno en Carnaval y en Cuaresma; ¿qué razon hay para que en un tiempo se haga vanidad de ser impíos y disolutos, y en otro se haga ridícula ostentacion de parecer cristianos?

¿Es posible que una ceguedad tan grosera no haga fuerza á todo hombre de mediana razon? ¿Puede haber quien tenga alguna tintura, no digo ya de religion, sino

de sentido comun, que no se avergüence de hacer públicamente este género de farsa? ¿Sería creible, si no se viese cada dia, que tan frescamente se incurriese en este género de ilusiones? ¿Ignórase por ventura, que para ser verdaderamente cristiano es menester vivir siempre como tal? No quiere Dios nuestro corazon si no se le da para siempre. ¿Y creerás tú que llevará á bien que en tales y en tales dias le repartas entre Dios y el mundo? Si se confiesa que Dios merece ser servido en ciertos dias del año, ¿no será un desprecio intolerable el juzgar que en ótros se puede dexar de servirle?

Es artículo de fe, que el mundo es su irreconciliable enemigo: ¿y ha de haber tiempo en que un cristiano pueda entregarse sin vergüenza y atolondradamente á todos los pasatiempos del mundo? ¿A bayles, á saraos, á juegos excesivos, á entretenimientos poco cristianos, á máscaras, á desórdenes? ¿Ha de haber tiempo en que se crea ser lícito y permitido no amar mas que al mundo, y hacer como reputacion de servirle, cortejarle y de complacerle? ¿Habria quien tuviese valor para proferir una máxîma tan contraria á la fe y á la razon? Y en medio de eso, esta es la máxîma que hoy se sigue en el mundo. Tanta verdad es, que en dexándose de vivir cristianamente, se incurre en una insensatez y locura.

Y lo que apenas se pudiera creer, si no se palpara, es que un abuso tan irreligioso se halla no pocas veces autorizado por personas que tratan de devocion, que se precian de muy cristianas, y que con efecto en otros tiempos del año se portan con una vida bastantemente arreglada. Pero, mi Dios, ¿estas benignas interpretaciones de vuestra ley son muy conformes al espíritu de vuestro santo evangelio? ¡Ah, Señor, y qué ilusiones se encuentran en los sistemas de devocion que cada uno se forja á su modo! ¡Qué nulidades en esas vanas dispensas! ¡Qué horror causa mirar en la hora de la muerte el Carnaval con ojos cristianos!

El evangelio es del cap. 2. de san Mateo, y el mismo que el dia VI. fólio 66.

MEDITACION.

De la fidelidad á la gracia.

PUNTO PRIMERO.

Considera con qué prontitud, con qué fidelidad obedecieron los Magos la voz de la divina gracia, figurada por la estrella. *Vidimus stellam, et venimus.* Apenas se nos descubrió la estrella cuando al instante nos pusimos en camino. ¿Cuántas razones tenian para deliberar, para informarse, para asegurarse de la verdad del hecho? Pero cuando Dios habla, quiere ser prontamente obedecido. Tanta deliberacion cuando se trata de convertirse, es efectivamente no querer hacerlo. Luego que Marta dixo á su hermana María que el Señor la llamaba, al instante, al momento se levanta, y dexa á los que la estan consolando sin hablarles palabra. El que no parte al momento que ve la estrella, luego la pierde de vista, y al cabo no se mueve.

¿Cuánta multitud de gente veria la que anunció el nacimiento del Salvador? Pero en lugar de seguirla, se contentaron con admirar su resplandor, con observar su movimiento, con hablar de élla como filósofos, ó astrónomos. Solamente los Magos, sin detenerse á filosofar, se aplican á obedecerla; y queriendo acreditarse de mas dóciles que sabios, van derechos adonde élla los conduce, y encuentran felizmente lo que la misma les anuncia. ¿Cuántas veces ha brillado á nuestros ojos la estrella de la gracia? ¿Cuántas santas inspiraciones? ¿cuántos piadosos movimientos? ¿cuántas voces interiores? ¿Y nosotros? Hemos discurrido delicadamente sobre éllas, las hemos admirado; hemos deliberado mucho. ¿Pero concluir? Nada. Dios nos ha convidado, nos ha solicitado, nos ha estrechado mil veces á que le sigamos. ¿Y nosotros? Sin dar un paso, sin movimiento.

Al fin, Señor, ya es tiempo de que lo haga; ya quiero dexarme de mis imperfecciones, desviarme de mis malas costumbres, apartarme de todo cuanto desagrada á vuestros purísimos ojos. No os canseis vos de convidarme, haced que brille de nuevo vuestra gracia, que desde este punto resuelto estoy á seguirla.

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuántas dificultades se les representarian á estos santos Reyes para desviarlos de emprender aquel viage. El camino es largo y malo; la estacion áspera y cruda; no vemos urgencia que nos precise; tiempo tendrémos para emprender esta jornada con menos incomodidad; la estrella no habla solo con nosotros, que con todos habla, y no vemos que ótros se muevan, ni se inquieren. ¿No son unos discursos muy semejantes, unas quiméras muy parecidas las que aun el dia de hoy nos estorban el seguir las impresiones de la divina gracia? ¿Y qué? cuando se trata de obedecer la voz de Dios; de cumplir las obligaciones de cristiano; de ser feliz ó infeliz eternamente; de asegurar mi eterna salvacion, ¿me han de servir de embarazo el tiempo, el lugar, la edad, la condicion, los respetos humanos? Nada de esto nos detiene cuando se trata de un interes, de una ganancia, de un empleo, de conservar la vida; y solo cuando se trata de la bienaventuranza eterna, de la amistad de un Dios, de mi eterna felicidad, entonces todo me hace dificultad, todo me hace estorbo. ¿Cuántos prudentes á lo del mundo se burlarian entonces de la credulidad de los santos Reyes, tratándolos quizá de sencillos? ¿Pero el dia de hoy habrá quien los califique de muy fáciles, ó de nímiamente dóciles?

Encubrióseles la estrella por algun tiempo; mas no por eso quedaron sin auxîlios y socorros. Siempre hay libros espirituales y devotos, nunca falta la luz de los directores prudentes y celosos. En medio del tumulto, del bullicio del mundo son poco frecuentes, son muy raras las gracias extraordinarias y sensibles; debilítanse mucho cuando nos paramos dentro de él; pero en saliendo del bullicio y del tumulto, vuelve á descubrirse la estrella, y con élla elconsuelo y la alegría. ¡Dichosa el alma que es constantemente fiel á la gracia! ¡Qué consuelo haber sido mas fiel que ótros en seguir la estrella cuando se logra la dicha de haber encontrado á Jesucristo! Esta es la suerte de todos los que le buscan con valor, con constancia y con fidelidad.

No mireis, Señor, á mis pasadas ingratitudes; brille de nuevo la luz de vuestra gracia, que determinado estoy á no ser mas infiel á élla. Mandadme, Señor, cuanto fuere

de vuestro agrado, que pronto estoy con el socorro de vuestra gracia á cumplir exâctamente todo cuanto me mandáreis.

JACULATORIAS.

Loquere, Domine, quia audit servus tuus. 1. Reg.
Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.

Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdudare corda vestra. Salm. 94.
Si oyeres la voz del Señor, guárdate bien de obstinarte de no seguirla al momento.

PROPOSITOS.

Mucho tiempo ha que Dios te está solicitando, te está estrechando para que le hagas ese cierto sacrificio, para que dexes esa ocasion, para que reformes tus costumbres, y para que te arregles con cierto género de vida; y todo este tiempo ha que tú le estás resistiendo. Hoy se te descubre la estrella, que acaso se te ha encubierto todo el tiempo que has vivido tan ciego y tan empeñado en esa mala amistad. No dilates un momento hacer lo que Dios te manda; pon por escrito tu resolucion; no se pase este dia sin hacer este sacrificio; da principio á él inmolando la víctima que mas tienes en el corazon.

2. Socorre con limosna al primer pobre que hoy encontrares, y reserva algun tiempo para retirarte á alguna iglesia, y para renovar á los pies de Jesucristo el propósito que has hecho de serle fiel en adelante. Concibe un gran dolor de tu cobardía en el servicio de Dios, de haber perdido tantas gracias, malogrado tantos auxîlios; y acúsate particularmente de esto en la primera confesion.

DIA ONCE.

San Teodosio Cenobiarca, confesor.

San Teodosio, llamado Cenobiarca, ó cabeza del estado Cenobítico, porque juntó un gran número de religiosos que viviesen en comunidad dentro de un mismo monasterio, nació en una aldéa de Capadocia ácia el año de Jesucristo de 423. Fueron sus padres los mas ricos y mas distinguidos del lugar; pero se hacian respetar mas por su virtud, que por los bienes de fortuna. Tuvieron gran cuidado de la educacion de su hijo, criándole en el temor santo de Dios, y procurando sobre todo que las instrucciones fuesen acompañadas de los exemplos. De esta manera lograron el consuelo de ver los progresos que hacia el niño Teodosio en la ciencia de los santos, aun sin tener edad para instruirse en las ciencias naturales. No manejaba mas libros que los de su devocion, ni tomaba gusto en otro género de lectura. Su aplicacion al estudio de las sagradas letras le habilitó en la ciencia de la religion, y su piedad le disgustó tanto del mundo, que le dexó luego que llegó á conocerle. Abrazó el estado eclesiástico, y en poco tiempo fue director y padre espiritual de los mismos que le habian dado el ser y la educacion.

Despues de haber exercitado el oficio de lector en la iglesia por algun tiempo, se encendió en tan vivos deseos de la perfeccion, que resolvió dexarlo todo por Jesucristo, y retirarse á un desierto á pasar en él los dias de su vida, pero antes quiso instruirse mejor de la voluntad del Señor; y para descubrirla, tomó el partido de ir á visitar los lugares de la Tierra santa, y consultar de camino á los mas famosos solitarios, que asombraban entonces al mundo, y santificaban los desiertos. Habiendo, pues, dexado como otro Abraham su casa, su patria y sus parientes, tomó el camino de Jerusalen, y al pasar por las cercanías de Antiochía en Siria, se

le excitó un vivo deseo de ir á ver á san Simeon Stylita, que á la sazon vivia sobre una columna; y dexándose llevar de él, dobló el camino, y fue á pedirle su bendicion, su consejo y sus oraciones. Apenas le descubrió Simeon desde muy lejos, cuando ilustrado con superior luz, le comenzó á gritar: *Seas bien venido, Teodosio, siervo de Dios*: de que atónito y confuso nuestro Santo, solo correspondió con una profunda humillacion, pegando la cara con el polvo, y postrándose hasta el suelo. Mandóle el Santo solitario que se levantase, y le obligó á que subiese á la columna. Allí le abrazó tiernamente, descubrióle los designios que Dios tenia de él, exhortóle á corresponder con fidelidad, y le aconsejó que continuase su viage.

Despues que Teodesio desahogó en parte su devocion, y visitó los santos lugares, estuvo dudoso por algun tiempo si abrazaria el instituto de los solitarios, que viven solos, y separados unos de otros, ó el de los cenobitas, que viven muchos juntos en comunidad. Al fin prefirió esto segundo, pareciéndole mas seguro, y en cierta manera mas perfecto, por las continuas ocasiones que se ofrecen en la vida comun de quebrantar la propia voluntad, y de sufrirse con caridad los únos á los ótros. Púsose luego baxo la disciplina de un santo anciano, llamado Longino, hombre de gran magisterio de espíritu, que vivia en la torre de David entregado á exercicios de penitencia. Admirado el maestro de la virtud del discípulo, y sumamente prendado de élla, se consolaba con la esperanza de tenerle en su compañía hasta la muerte, cuando una virtuosa señora, llamada Icella, se le vino á pedir para encargarle el cuidado de una iglesia que acababa de edificar en honor de la santísima Vírgen. El sacrificio fue recíproco, no costando menos al santo anciano separarse de su querido compañero, que á nuestro Santo desviarse de su dulce compañía; pero hubo de rendirse en virtud de la ley que se habia impuesto de obedecer. No estuvo mucho tiempo en esta ocupacion; porque á la fama de su santidad concurrió tanta gente por verle y por consultarle, que dexó el empleo, y retirándose á un desierto vecino, se escondió en una gruta, donde era tradicion que los reyes Magos habian dormido cuando volvian de Belén á adorar al Salvador. Aquí soltó las rien-

das á su fervor, entregándose á la contemplacion, y á todos los rigores de la penitencia. Gastaba en oracion los dias y las noches, gustando en la íntima comunicacion con su Dios la dulzura y suavidad de los consuelos celestiales. Su ayuno era riguroso y perpétuo, sin usar otro alimento que algunas legumbres cocidas en agua ó algunas yerbas silvestres. Este régimen observó hasta la muerte, que fueron mas de treinta años, confesando que no era la menor de sus mortificaciones la precision de comer, tan mortificado tenia el apetito.

Ya no pensaba mas que en vivir desconocido y retirado en su desierto, creyendo que podia ser esta su vocacion, no obstante la resolucion primera; pero queria Dios que fuese util á muchos, y extendió tanto la reputacion de su virtud, que concurrió á la gruta una inumerable multitud de gente, pidiéndole con instancias que los tomase debaxo de su direccion. No podia resistirse á la voluntad de Dios tan descubierta el que habia hecho tan generoso sacrificio de la suya, ni podia negarse á los que únicamente le buscaban con el deseo de trabajar eficazmente en el importante negocio de su eterna salvacion; y así recibió luego á seis ó á siete, pareciéndole que podia limitarse á este reducido número.

La primera leccion que les dió, fue que tuviesen perpetuamente en la consideracion y en la memoria la imagen de la muerte; persuadido á que entre todos los exercicios de piedad que se pueden inventar para hacer grandes progresos en la virtud, y para domar las pasiones, el continuo pensamiento de la muerte es el mas eficaz de todos. Mandólos trabajar una especie de bóveda ó cementerio para el entierro comun; y luego que se concluyó la obra, les dixo con aquella gracia y con aquella apacibilidad que le hacian tan amable: *Hermanos, la sepultura ya está abierta; ahora falta quien haga la dedicacion.* Habia entre éllos un sacerdote llamado Basilio, que solamente suspiraba por la dicha de ver á Dios, y arrojándose intrépidamente á los pies de Teodosio, le dixo: *Yo, padre, la haré si me das licencia.* Conoció el Santo con luz del cielo lo que habia de suceder, y permitió que Basilio se metiese y se echase en la sepultura; mandó que le cantasen el oficio de difuntos, co-

mo se estila en el dia del entierro, en el noveno, y en el cabo de año, y al acabarse las oraciones de la Iglesia, por un milagro nada inferior al de la resurreccion de los muertos, Basilio sin calentura, sin accidente, sin indisposicion durmió en el sueño de los santos, y se fue á reposar en el Señor.

Este milagro, y otros muchos que se siguieron á él, hicieron tan famosa la pequeña y recien nacida comunidad de Teodosio, y fue tanto el número de los que concurrieron á ser discípulos suyos, que al fin se vió precisado á consentir que le edificasen un monasterio mas espacioso para mantenerlos mejor en la disciplina regular. Pero como se dudase del sitio en que se habia de edificar el monasterio, Teodosio acudió á su ordinario recurso de la oracion; al fin de élla tomó un incensario para ir á decir misa á la capilla, que estaba muy distante de su celda, cuando en medio del camino baxó del cielo una hermosa llama que dexó encendidos los carbones del incensario, y al punto se desvaneció; con cuya maravilla conoció el Santo ser aquel el sitio en que queria Dios se levantase el edificio. Desde entonces hizo ánimo de no despedir á ninguno de cuantos quisiesen dexar el mundo, y ponerse debaxo de su disciplina. Presto se halló con un prodigioso número de discípulos. Venian de todas partes del mundo personas de la mayor calidad, oficiales, ministros, caballeros particulares, señores de la primera distincion, hombres ricos, filósofos, sábios, doctores; movidos todos de un deseo sincéro de asegurar su eterna salvacion, que renunciándolo todo por Jesucristo, solo aspiraban á servir á este Señor debaxo de la disciplina y de la direccion del abad Teodosio.

Era sin duda una especie de maravilla ver tanta diversidad de naciones, de estados, de condiciones, de profesiones juntos todos en un mismo lugar, con tal union, con tal órden, con tal economía, y con tanta regularidad, que ciertamente no era el menos asombro de todos los milagros. Conforme iba creciendo el número de los discípulos, iba añadiendo el edificio del monasterio, y multiplicando las celdas. No se vió en el mundo monasterio mas basto ni mas numeroso. Parecia una ciudad

en el desierto, sin turbacion, sin tumulto, sin confusion. En él reynaba un eterno y maravilloso silencio; habia mas de mil monges, como si no hubiera una alma.

Para facilitar el oficio divino á los que hablaban diferentes lenguas; edificó cuatro iglesias principales dentro de las paredes del monasterio. Una para los de Asia, Europa y África, que entendian el griego: otra para los armenios, en cuyo número estaban comprendidos los persas y los árabes: otra para los besas, ó septentrionales, que hablaban de lengua esclavona y rútnica; y la cuarta en fin con grandes habitaciones separadas para los energúmenos, es decir, para todos aquellos, fuesen religiosos ó seglares, que por secreta disposicion de la divina Providencia estaban poseidos del demonio, que en aquellos tiempos eran inumerables. Todas estas iglesias estaban destinadas para cantar el oficio divino, segun las diferentes lenguas y naciones; pero no se celebraba en todas el sacrificio de la misa. Esto solo se hacia en la de los griegos, que era la mayor, y solamente en ésta se comulgaba. Cada dia se cantaban los salmos, y se hacia siete veces oracion en cada iglesia, segun la costumbre, que es lo que corresponde á las que llamamos horas canónicas en Occidente; y á la hora señalada todos concurrian á la iglesia mayor á oir misa, y hacer sus devociones.

Persuadido Teodosio á que la ociosidad es madre de todos los vicios, cuidaba que se emplease en el trabajo corporal todo el tiempo que sobraba de la oracion y demas exercicios espirituales. En este oficio manual se fabricaba todo lo necesario para los menesteres de la casa. Lleno del espíritu de Dios el santo Abad gobernaba aquella comunidad numerosa con tanta prudencia, con tanta dulzura, y con tanta destreza, que cada dia brillaba mas en élla la piedad y la disciplina religiosa, creciendo el fervor al paso que se iba aumentando el número de los monges. Severo consigo mismo reservaba únicamente la apacibilidad y la indulgencia para todos los demas. Su humildad, y sus modales siempre gratas, su temple constantemente sereno, y su semblante risueño, perpétuamente le ganaban el corazon y la confianza de todos sus súbditos. A los que se descuidaban en algo, los reprendia,

mas con exemplos, que con sus palabras; mas era modelo que superior de sus religiosos, á los cuales miraba como á hijos, y como á hermanos.

Su caridad con los enfermos, con los pobres y con los extraños en nada era inferior á la que tenia con sus discípulos. Su casa estaba abierta para todos en todos tiempos. Ademas de las enfermerías que habia dentro del monasterio para los monges, mandó hacer ótras para los enfermos de afuera, teniendo tambien sus hospederías para los pobres y para los peregrinos. Su fe y su confianza en Dios era verdaderamente eficaz y generosa. Asegurado Teodosio de la divina Providencia, recibia á todo el mundo con alegría, y á cada uno se le asistia con lo que habia menester en lo espiritual y corporal con tanto cuidado, y con tan buen órden, que se anticipaba el socorro á las mismas necesidades. Parece cosa increible, pero en realidad es verdadera; alguna vez se sirvieron en un solo dia mas de cien mesas para los forasteros. No podia sufrir que se atendiese á si habia ó no habia con qué socorrer á los que concurrian aun en tiempo de hambre. Verdad es que Dios le hizo experimentar mas de una vez que á una caridad perfecta, acompañada de una fe viva, nada puede faltarla.

En una hambre universal, que afligió todo el Oriente, concurrió al monasterio tan prodigioso número de pobres, que espantados los hospederos y limosneros les cerraron las puertas. Hízolas abrir Teodosio, mandando que se distribuyese á cada uno lo que hubiese menester; y por un milagro, de que fueron todos testigos, todos quedaron satisfechos, sin que la provision se disminuyese; conociéndose desde entonces que cuanto era mayor la liberalidad con que daba, era mas abundante lo mucho que recibia. En una Semana santa fue tanto el concurso de forasteros, que en la víspera de Pascua no quedó ni un solo pan en el monasterio. Viendo el Santo la inquietud que esto causaba en los que no tenian tanta confianza, los dixo con mucha bondad: *Cuidemos, hermanos, de prevenir el altar, y de disponernos para la comunion de mañana: que en lo demas Dios proveerá.* Con efecto aquella misma tarde llegó á la puerta del monasterio tan cuantiosa provision, que bastó para todos los monges hasta

la pascua de Pentecostés. Refiérese tambien que un hombre rico y muy piadoso, habiendo hecho grandes limosnas á todos los monasterios vecinos, se olvidó del de Teodosio. Propusieron al santo Abad los limosneros si le pareceria conveniente se hiciesen saber las necesidades de la casa á aquel hombre tan caritativo. De ningun modo, respondió el Santo, que eso sería faltar á la confianza en la divina Providencia. En aquel mismo dia se la premió Dios; porque habiendo llegado á la puerta del monasterio un hombre que llevaba grande provision de víveres para ótros, se quedaron inmobles las caballerías que conducian el comboy, sin ser posible hacerlas dar un paso adelante; y con señal tan manifiesta de la voluntad divina, dexó rico el convento de Teodosio para muchos dias.

Profesaban estrecha amistad san Sabas y nuestro Santo, y comunmente los llamaban los dos Apóstoles de los desiertos de Palestina. San Sabas gobernaba un gran número de solitarios en su Laura, y Teodosio un número mucho mayor de cenobitas en su convento. Movidos los hereges eutiquianos de la gran reputacion de nuestros Santos, no perdonaron á medio, diligencia ni artificio para ganar á su partido á dos hombres tan insignes. El emperador Anastasio, gran fautor de estos hereges, se valió de promesas y de amenazas para engañarlos; pero siempre los halló invencibles. Unidos indisolublemente para defender los intereses de Dios y de la Iglesia, se opusieron intrépidamente á la violencia del Emperador con un número casi infinito de religiosos y de solitarios. Aunque el carácter de los dos era la humildad y la dulzura, fueron siempre intrépidos é inflexîbles en defensa de la verdad. Creyó el Emperador que habia encontrado el secreto de ganar por lo menos á Teodosio. Envióle una suma de sesenta marcos de oro con el especioso pretexto de socorrer á los enfermos y á los pobres. Conoció Teodosio el artificio, y supo aprovecharse de él; tomó el dinero, y distribuyólo entre los necesitados. Juzgando el Emperador que ya le tenia ganado, le envió una fórmula de confesion eutiquiana, rogándole que la subscribiese. El Santo, en lugar de obedecer, convocó á todos sus monges, y los exhortó á defender la verdad á costa de

la vida. Escribió despues al Emperador con aquel celo, y con aquel valor que convenia á un hombre apostólico, declarándole que él y todos sus religiosos estaban dispuestos á perder mil veces la vida al rigor de los mayores tormentos, antes que separarse en un solo punto de la fe de la Iglesia. Admirado Anastasio de una libertad tan generosa, y tan no esperada, aunque le llegaba muy al alma, disimuló su resentimiento, afectando quedar edificado. Y así le volvió á escribir segunda carta en términos no solo templados, sino respetosos; pero sin embargo, poco tiempo despues expidió nuevos edictos contra la Iglesia, mandándolos obedecer y executar. Con esta noticia Teodosio, que no habia salido del desierto en cincuenta años, voló á Jerusalen á confirmar en la fe á muchos que titubeaban; y un dia en que toda la ciudad habia concurrido á la iglesia, subió al púlpito con licencia del obispo, y pronunció en alta voz estas palabras: *Si alguno no recibiere los cuatro sagrados concilios ecuménicos, como los cuatro santos evangelios, que sea anatematizado.* Una accion tan heróyca en un venerable anciano de noventa y cuatro años produxo todo el efecto que se podia desear. El mismo Dios la quiso autorizar con un milagro; porque al salir de la iglesia cierta pobre muger que adolecia de un cáncer mortal y pestilente, apenas tocó el hábito del Santo cuando quedó repentina y perfectamente buena. Corrió despues Teodosio otras muchas ciudades de Palestina predicando contra la heregía de los eutiquianos, y haciendo inutil el decreto del Emperador. Irritado este Príncipe del celo ardiente y eficaz de nuestro Santo, le desterró, mandando que en aquel mismo dia saliese á cumplir su destierro. Obedeció Teodosio, y partió con tanta alegria de verse desterrado por la fe, que confesó no haberla tenido igual en su vida. Pero habiéndosela quitado al infeliz Emperador un rayo poco tiempo despues, se restituyeron de su destierro los santos confesores de Cristo, y Teodosio volvió á su monasterio.

Puédese discurrir con qué gozo sería recibido de sus amados hijos, y cuál sería el recíproco consuelo de los hijos y del padre. Contaba el Santo á la sazon noventa y cinco años, y vivió despues otros once, sin experimentar decadencia en la razon ni en la virtud; antes al con-

trario úna y ótra cobraban nuevo vigor, conforme se iba acercando ácia el fin de la vida. No se practíca la mortificacion, la devocion, la piedad, y el fervor en la vejez si no se exercitan estas virtudes en la juventud. Jamas quiso dispensar en nada este santo anciano, ni en los exercicios de devocion, ni en los rigores de la penitencia. Nunca fue mas fervoroso que cuando ya pasaba de cien años. Á los ciento y cinco le envió Dios una enfermedad muy dolorosa, que le duró por un año, para purificar su virtud, y para exercitar su paciencia. En fin, viendo que se acercaba la hora del descanso eterno, despues de haber exhortado á todos sus hijos á la observancia de las reglas, y á la penitencia, habiendo recibido los santos sacramentos, entregó dulcemente el espíritu en manos de su Criador el dia 11 de octubre del año 529, á los ciento y seis de su edad, pasados casi todos en el retiro y en el desierto.

Luego que espiró, un hombre poseido del demonio, que muchas veces le habia suplicado en vida pidiese á Dios le librase de aquel trabajo, sin haberlo podido conseguir, se arrojó impetuosamente sobre el cadáver del Santo para abrazarle, y al momento le dexó el maligno espíritu.

Apenas tuvo noticia de su muerte el patriarca de Jerusalen, llamado Pedro, hombre célebre por su virtud, cuando vino á oficiar la misa del entierro, acompañado de muchos obispos, y de una multitud innumerable de religiosos y solitarios que concurrieron á los funerales. Enterróse en la caverna de los monges, donde por largo tiempo habia hecho una vida tan santa y tan penitente; y allí fue honrado despues por todos los fieles con singular veneracion.

La misa es de la octava de la Epifanía, y la oracion en honor del Santo es la siguiente.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Theodosii Abbatis commendet: ut, quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Domi-

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad Teodosio nos recomiende á vuestra divina Magestad, para que consigamos por su intercesion lo que

num nostrum Jesum Christum Filium tuum...	no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo...

La epístola es del cap. 60 *de Isaías, y es la misma que el dia VI, fólio* 63.

NOTA.

„Es constante tradicion de los hebreos, seguido de los „padres de la Iglesia, que Isaías murió asserrado al principio del reyno de Manasés, rey de Judá. La verdadera „causa de la indignacion de este impío Monarca fue la santa libertad con que el Profeta reprendia sus desórdenes. „San Justino y san Gerónimo afirman que la sierra con que „padeció este tormento fue de madera, para que fuese mas „prolongado y mas cruel su martirio.

REFLEXIONES.

Levanta los ojos, y mira al rededor de ti. Si el dia de hoy se levantaren los ojos, y se volvieren á lo que pasa en el mundo, ¿serán objetos cristianos todos los que se miren? Esa multitud de ociosos, esas bandadas de divertidos que en todos, ó en ciertos dias concurren á casas de conversacion, á las mesas de juego, á los banquetes y á las comilonas, á los festines y á los saraos, y á los bayles y á los juegos disolutos, á las diversiones mas peligrosas y mas profanas; ¡júntanse todos esos para serviros y para adoraros á vos, Dios de mi alma! ¡Escandaloso, extraño trastornamiento de la moral cristiana, aun por aquellos mismos que hacen profesion de élla! Se puede decir que las diversiones del Carnavál solo se diferencian de las que se usan en lo restante del año en que son mas frecuentes, y son menos cristianas. El tiempo de Carnavál en el concepto mas templado y mas comun se representa en la idea como un tiempo de disolucion y de desórden.

¿Pero qué pecado es, replican los mundanos, divertirse en este tiempo? ¿Pero qué mérito, replico yo, qué virtud comunica este tiempo á aquellas diversiones que son ilícitas en todos los demas tiempos?

Pregúntase, ¿qué pecado es divertisse en el Carnavál? Es lo mismo que preguntar, ¿qué pecado es renovar en

medio del cristianismo la mayor parte de las fiestas de los paganos? ¿Qué pecado es deshonrar la profesion de cristiano por los entretenimientos mas indignos? ¿Qué pecado es ser objeto de escándalo aun á los mismos infieles? ¿Qué pecado es disfrazarse para hacer cuanto á cada uno se le antoje sin vergüenza, y para exponerse á los mayores peligros sin temor? ¿Qué pecado es pasar una gran parte del dia en el juego, la mayor parte de la noche en el bayle; apacentar sus ojos de objetos lascivos y alhagüeños; no reconocer otro Dios, por decirlo así, que el placer, ni otro dueño que la pasion; mezclarse y confundirse entre una tropa de disolutos; los sentidos sin freno, el corazon sin custodia, el espíritu sin moderacion; no faltar á ningun entretenimiento, respirar continuamente un ayre contagioso, sin preservatívos; eternamente acompañado con la gente mas libre, mas desahogada de la ciudad ó del pueblo? Porque ¿qué otros sugetos son los que pueden componer durante el Carnavál esas asambleas, esas juntas, por la mayor parte nocturnas, y en todo tiempo descompuestas? ¿Hállanse en éllas los hombres maduros, los de juicio, los que estan reputados por buenos cristianos? ¡Qué admiracion causaria, qué escándalo si se viese en esas concurrencias una persona virtuosa y pia! ¿Á qué zumbas no se expondria, qué burla no se haria, cuánto se murmuraria de un religioso ó de un cristiano que hiciese profesion de devoto si se dexase ver en éllas? Esta es una razon muy plausible que da á conocer el carácter de las personas que las componen. ¿Y despues de todo se preguntará qué pecado es entregarse á las diversiones que se estilan en el Carnavál?

Yo pregunto por el contrario, ¿qué pecado no hay? ¿Qué inocencia habrá tan cauta, que pueda librarse de tanto lazo como se la arma? ¿Qué virtud tan intrépida, que pueda salir bien de entre tantos enemigos? ¿Con que el tiempo de Carnaval ha de ser un tiempo en que se entreguen los cristianos á todas las pasiones? ¿Un tiempo en que se expongan sin temor á todos los peligros? ¿Un tiempo en que se sacrifiquen públicamente á todos los vicios?

¿Pues qué, exclama un gran siervo de Dios, el cris-

tianísmo no es mas que una fantasma, no es mas que una quimera? El nombre de cristianos con que nos honramos, ese nombre que costó á Jesucristo tanta sangre, ¿es un nombre tan vil, tan despreciable que no le puede deshonrar ninguna accion por loca, por torpe, por indecente que sea? ¿Es posible que el estado en que nos hallamos de hijos adoptivos de Dios no nos obliga á alguna moderacion, á alguna decencia?

Se avergonzaria un príncipe de salir á un tablado haciendo papel de comediante; un ciudadano particular cree, y con razon, que hay diversiones indecentes á su estado; desacreditaríase, quedaria infame para siempre un religioso que se divirtiese en el Carnavál como lo hacen la mayor parte de los cristianos. ¡Y se persuade un cristiano que nada desdice de nombre tan grande, de nombre tan santo! ¿Serenamente creerá que puede holgarse como pudiera un pagano?

¡Qué ¿emplear una gran parte de la mañana ó de la tarde en vestirse, en adornarse, en componerse, en pintarse la cara para ir al sarao, á la visita, á armar lazos á la castidad de los hombres, á servir de tea al demonio con que encender el fuego de la luxuria (porque forjen ó fingan las mugeres los motivos que quisieren, no llevan otro fin en todo ese hipo de parecer bien), estar toda una noche expuestas á los ojos lascivos, á las libertades, á las desvergüenzas de cuanto joven disoluto hay en la ciudad; valerse de todo lo mas peligroso que hay en la naturaleza y en el arte para traer cada cual ácia sí los ojos de la gente joven, y para conquistar sus corazones; consumirse de envidia y de dolor si ven que ótras son mas atendidas, y llenarse de orgullo y de vanidad las que han sido mas reparadas; disfrazar el sexô y la persona para quitar á la gracia el pequeño socorro que la presta la persona, y el trage natural de cada uno; loquear de calle en calle, y de plaza en plaza á favor de una máscara de mogiganga; no contentarse con discursos inútiles y frívolos, desahogarse en palabras obscenas que escandalizan, y adelantarse á conversaciones tan puercas, que cubren el semblante de empacho y de rubor; de qué términos nos valdrémos para autorizar una licencia tan escandalosa?

¿El espíritu del mundo, la intemperancia en las comidas, los excesos en el juego, los desórdenes en los saraos, los espectáculos, los bayles provocativos son menos condenables en Carnavál que en Cuaresma? ? El vicio es menos vicio en un tiempo que en otro? ¿En qué capítulo, en qué lugar del evangelio se encuentra que hay ciertos dias del año en que el precepto de mortificarse, de evitar las ocasiones, de vivir como cristianos, de hacer vida exemplar y pura, de renunciar, de aborrecer con un santo horror las máxîmas del mundo obligue menos que en ótros?

Si un pagano despues de haber sido testigo en el Carnavál de esos espectáculos públicos, de esos saraos mundanos, de esas innumerables mesas de juego, de esos espléndidos y licenciosos banquetes, de esos bayles indecentes y provocativos, de toda esa mundanidad, de todo ese fausto que inspira la profanidad mas ingeniosa, entrase dos dias despues en nuestras iglesias, y viese á los pies de nuestros altares cubrir de ceniza aquellas mismas cabezas que pocas horas antes habia visto en la comedia y en el bayle, ¿qué pensaria? ¿qué diria?

Lo que diria y lo que pensaria no lo ignoramos nosotros; pues nosotros mismos pensamos lo que pensaria él. ¡Pero mi Dios! ¿es posible que siempre nos hemos de contentar con condenar aquello que estamos haciendo siempre? Vamos de buena fe: ¿no es hacer prácticamente burla de nuestra religion el estar dando al mundo continuamente estas escenas teatrales? ¿No es desacreditar con unas acciones tan desordenadas las ceremonias mas sacrosantas de nuestra religion? A los dias mas disolutos sucede una apariencia, un remedo, una mogigata de piedad; semejantes á aquellos pueblos agregados á Samária, que tan presto asirios y tan presto israelitas, despues de haber incensado á los ídolos iban á adorar al verdadero Dios.

Pero tendré que sufrir mil zumbas, que tolerar mil matracas si no concurro á los divertimientos del Carnavál, si me abstengo de juego, si me retiro del bayle, si no voy á donde van los demas. Está bien; pero dime, ¿y quiénes son los que te darán esa matraca, los que te harán esa burla? Dime mas; ¿sobre qué recaerá esa bur-

la y esa matraca? ¿sobre qué eres timorato, sobre qué te quieres salvar? ¿Y se ignora por ventura, que este género de burla en la estimacion de los hombres de juicio honra tanto á quien la padece, como desacredita á quien la hace? O Señor, ¿qué dirán? ¿Mas qué dirán? Dirán que no asistes á esas fiestas, porque piensas sériamente en ser lo que debes: porque tienes puesta la consideracion en la eternidad; porque no quieres ser loco, ni atolondrado, ni disoluto, ni impío; porque te has convertido de veras: dirán que abrazaste el partido de hacer una vida cristiana. Y díme: ¿ será gran delito el ser y parecer cristiano en medio del cristianismo?

¿Cuánto tuvo que padecer la incorrupta bondad del virtuoso Loth en medio de una ciudad tan universalmente estragada? ¿Qué burla no se hacia de su piedad, de su moderacion, de su retiro? ¿qué de quemazones no oía en las conversaciones? ¿qué sátiras no corrian contra él, qué apodos, qué invectivas, porque no se dexaba llevar de la corriente, y porque vivia con tanta pureza, con tanta inocencia de costumbres? Pero pregunto, ¿los que tan impiamente se burlaban del piadoso Loth, hablaban en el mismo tono cuando vieron baxar el fuego del cielo sobre éllos, sobre sus casas y sobre sus familias? ¿cuando el vengador de tantos delitos dexaba libre al justo, y le ponia en seguridad? Desengañémonos, que la burla y la zumba en materia de religion ninguna fuerza hace á un corazon recto y sincéro; solo espanta á los que se espantan de la virtud. Un entendimiento sólidamente cristiano conoce la ridiculez de esas insulsas chacotas, y sabe generosamente despreciarlas.

El evangelio es del cap. 2. de san Mateo, y el mismo que el dia VI, folio 66.

MEDITACION.

De la resistencia á la divina gracia.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuántos vieron la estrella. Descubrióse igualmente á todos, y pocos la siguieron. ¡Qué infelices fue-

ron los que no se aprovecharon de sus luces! La misma infelicidad padecen hoy los que resisten á la gracia.

Dios habla, Dios nos llama. Ilustraciones interiores, inspiraciones secretas, meditaciones eficaces, libros espirituales, enfermedades, accidentes; de todo se sirve Dios para hacernos entrar en el camino del cielo para convertirnos. Tiénense los ojos abiertos, admíranse, por decirlo así, estos sagrados fenómenos; pero en medio de eso se cierran los oidos á la voz de Dios.

Raras son las fiestas grandes, raras las entradas de año nuevo en que no hayamos descubierto alguna nueva estrella, en que no hayamos visto alguna nueva luz. Conócese, confiésase, créese; está la razon plenamente convencida de que es grande el atraso que se padece, que falta todavía largo camino que andar; que se han pasado años y mas años sin haber adelantado nada. Esta confesion, y este conocimiento estéril es el único fruto que produce esta gracia. Y sin embargo esa luz no brilló precisamente para alumbrar á los ojos; el fin principal de su resplandor fue para hacer impresion en los corazones. Era menester romper desde luego esta inclinacion, esos lazos; era menester ponerse al punto en camino; era menester seguir otra nueva senda con el año nuevo. Pero nada menos que eso. Conócense los descaminos, repréndese cada uno á sí mismo sus desórdenes; confiésase que todavía no se ha comenzado á servir á Dios de veras; se tiene á la vista la sepultura, camínase á largas jornadas á la muerte. Y en medio de eso los lazos subsisten, las pasiones echan mas hondas raices, los pecados se multiplican, sofócanse las gracias, y aquel pobre corazon se endurece. Pregunto: ¿no es esto lo que yo estoy experimentando en mí mismo?

¡Mi Dios, qué remordimientos! ¡qué dolor! No permitais, Señor, que se apaguen esas divinas luces; voy á seguir esta inspiracion; yo me rindo á vuestra gracia; no mas dilacion, no mas tardanza.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aquella divina estrella brilló por algun tiempo; pero despues desapareció, se ocultó á los ojos de los que no se resolvieron á seguirla.

Caminad, dice el Salvador, *mientras os alumbra la luz, no sea que despues os coja la noche, y os sorprendan las tinieblas.* Esas gracias sobrenaturales, esos piadosos impulsos se desvanecen despues que inútilmente nos solicitaron por algun tiempo. Consérvase la memoria de que alguna vez se tuvo el pensamiento, y aun el deseo de hacer bien; pero con efecto nada se hizo; como aquellos pueblos, que se acordaban de haber visto la estrella, pero sin haber andado un paso.

¿Cuánta diferencia hubo en la suerte de los Magos que siguieron la estrella, y la de aquéllos que se contentaron con verla y con admirarla? Estos viven errados, y mueren infieles; aquéllos cococen á Cristo, merecen ser sus primeros discípulos, y gozan despues de la muerte la bienaventuranza eterna. ¡Ah, que todo pendia de haber dado oidos á aquella voz interior, y de haber partido al instante! Cobardía, irresolucion, interes vil, respetos humanos, amor propio: ¡ó cuántas veces sois el orígen fatal de una infelicidad eterna, de una funestísima suerte!

¿Cuántos de nuestra misma edad, de nuestra misma condicion, de nuestro mismo estado fueron mas fieles á la gracia que nosotros? Tuvieron la misma educacion, el mismo genio, las mismas luces que nosotros. Unos dexaron el mundo por servir á Dios únicamente; ótros abrazaron el partido de servir á Dios, quedándose dentro del mundo; entablaron una vida exemplar, cristiana, arreglada, constante; y por su virtud se hicieron respetar aun de los mismos disolutos. ¿Y yo? Entregado á mis pasiones, abandonado á mis apetitos, víctima de mis remordimientos, soy el oprobio, el desprecio de las gentes. Y despues de todo esto, ¿cuál será el fin de mi vida, cuál será mi suerte eterna? ¡Ah! ¡y quién comprendiera de cuán inestimable precio son las menudas gracias! Y sin embargo, ¿cuántas veces las hice inútiles yo? ¡O, y cuánto importa no resistir á la gracia! ¡cuánto se interesa en seguir aquellos piadosos movimientos, aquellas santas inspiraciones,

que con tanta frecuencia llaman á la puerta del corazon! Desengañémonos, que nuestra condenacion eterna siempre es obra de la resistencia á la gracia. ¡Qué dolor, qué rabia por toda la eternidad la de haber sido nosotros mismos los artífices de nuestra desgracia eterna!

Señor, no os enojeis, no os retireis de mí por mis contínuas infidelidades. Efecto es de vuestra divina gracia el vivo arrepentimiento que ya siento. Aumentad esta gracia, que en vuestra misericordia espero no ha de hallar mas resistencia, y que ya no me ha de solicitar en vano como hasta aquí.

JACULATORIAS.

Surgam, et ibo ad Patrem meum. Luc. cap. 14.

Despertaré en fin de este profundo letargo: levantaréme, y volaré á vos, Dios mio, que sois mi padre.

Vocabis me, et ego respondebo tibi. Job, cap. 14.

Todavía, Señor, me habeis de llamar vos por vuestra divina gracia, y ciertamente no me haré sordo á élla: Yo responderé.

PROPOSITOS.

Has de tener por una gracia especial todas las reflexîones que has leido, y las que por ti mismo hubieres adelantado sobre los profanos divertimientos del Carnaval. Triste de ti si te resistieres á élla. Ea, ya estas en el tiempo crítico; quizá depende tu conversion y tu salud eterna de la resolucion que vas á tomar. Resuélvete desde este instante á desterrarte de los espectáculos, del bayle, de esas concurrencias tan poco cristianas; á ponerte un inviolable entredicho de todas esas diversiones, que solo dexan un amargo arrepentimiento. Escribe este propósito, fírmale y renuévale todos los dias en el sacrificio de la misa, hazle con espíritu de verdadera penitencia, para reparar en algun modo, por medio de esta pública reforma, todos tus desórdenes pasados, todos tus escándalos, todos tus excesos.

2 Ten previstas todas las solicitaciones, todas las tentaciones, todas las zumbas que tendrás que despreciar por un motivo tan justo. Preven al enemigo, declarándote tú

el primero sobre la conducta que resueltamente has de seguir; nada desarma tanto á los mordaces como esta generosa prevencion. Da prontamente cuenta á tu confesor ó director de esa resolucion que has tomado, y entabla con su consejo las medidas que parecieren mas proporcionadas para no inutilizar esta gracia; mira que es de mucha consecuencia. ¡Qué consuelo tan dulce, qué gozo tan exquisito experimentarás el primer dia de Cuaresma, si desde hoy hicieres con seguridad lo que Dios pide de ti.

DIA DOCE.

San Benito Biscop, confesor.

San Benito, llamado Biscop del apellido de su familia, fue ingles de nacion, y de aquella parte septentrional de Inglaterra, que se dice Northumberland. Nació al mundo por los años de nuestra redencion de 628. Su casa era una de las mas ilustres y de las mas antiguas de Inglaterra. Fue su educacion en la córte; pero no se tiñó ni de sus máxîmas, ni de su espíritu. Previnole el Señor con sus dulces bendiciones, y le concedió un corazon tan nacido para la virtud, una inclinacion tan derecha y un juicio tan sólido, que no fueron capaces de hacerle prevaricar todos los artificios de que el mundo se valió para engañarle. Túvose gran cuidado de hacerle aprender los exercicios y habilidades militares, en las que salió muy diestro, ayudado de los talentos naturales que poseía por éllas, y de la grande aplicacion con que se dedicó á su estudio.

Manejó las armas con reputacion. Su valentía, su intrepidéz, y el ser siempre el primero en los peligros le hicieron muy distinguido en el exército. Creóle oficial el rey Oxwin; y para darle alguna prueba de lo satisfecho que estaba de sus buenos servicios, le gratificó con una bella posesion al acabar la primera campaña. Señalábase Benito entre los soldados por su valor, y entre los cortesanos por su política, por su afabilidad y por sus ad-

mirables prendas naturales; pero muy especialmente por su piedad y por su singular prudencia. Estimado del príncipe, honrado de los grandes y amado de todos, parece que habia de avanzarse á largos pasos en la gloriosa carrera que habia emprendido, lisonjeándole el mundo con las mas brillantes esperanzas; cuando la consideracion de una fortuna mas sólida, y de una felicidad mas llena y mas digna de un corazon verdaderamente grande le hizo renunciar todo cuanto le prometian sus fundadas esperanzas. Herido del amor de los bienes eternos, y deseoso de no servir á otro amo que á solo Dios, dexó la corte, renunció los empleos, apartóse de sus parientes, y huyó de su pais en la flor de su juventud, á los veinte y cinco años de edad, y emprendió por devocion el viage de Roma. Correspondió fielmente á todos los impulsos de su piedad. A vista de aquellos santos lugares, bañados con la sangre de los apóstoles y tantos mártires, y enriquecidos con el tesoro de sus sagradas reliquias, se inflamó nuevamente el fervor y el zelo de nuestro Benito. Redoblóse su fe hallándose en el centro de la religion; y reverenciando aquella santa ciudad, que habia sido teatro á las victorias de tantos gloriosos mártires, ardia su corazon con el deseo del martirio. Pero como no tenia otra regla para gobernar su voluntad que la voluntad divina, entendió que ésta era de que se restituyese á su pais: y así lo hizo, aun con ideas muy diferentes que las de su familia. No pudieron persuadirle á que volviese á dexarse ver en la corte; y se dedicó enteramente á exercicios de virtud y al estudio de la sagrada Escritura. En esto empleó los cinco años que estuvo en Inglaterra, donde su eminente santidad hacía ahora mas ruido, y le grangeó mayor reputacion que la que cinco ó seis años antes habia merecido por las hazañas de su valor. Despues que se halló bien instruido en las letras sagradas, y en todo lo que toca á la religion, acordándose de las singulares gracias que Dios le habia comunicado en Roma, se halló movido á emprender segunda vez esta devota peregrinacion. Quiso acompañarle en élla el príncipe Alfrido, hijo del rey Oxwin, cuyas inclinaciones piadosas, en todo semejantes á las de nuestro Santo, le habian hecho contraer con él una es-

trecha amistad. Partieron juntos; y todo el tiempo que se detuvieron en Roma, fue un continuado exercicio de las mas heróycas virtudes, que al fin le mereció la gracia de dexar enteramente al mundo para no pensar mas que en Dios. Escogió el orden de san Benito, que entonces florecia con todo el vigor de su primitivo espíritu, y se retiró al célebre monasterio de Lerins, junto á las costas de Provenza.

Apénas vistió Benito la cogulla cuando fue uno de los mas fervorosos y mas perfectos monges del monasterio. Presto sirvió el novicio de modelo á los mas ancianos; su fervor, su devocion, su mortificacion y su humildad eran admiradas como prodigios de todos los religiosos. Acabado el tiempo del noviciado, y hecha la profesion, se halló precisado á volver á Roma tercera vez. Partió de Lerins con dolor universal de todos los monges; pero tenia en esto sus designios la divina Providencia, queriendo Dios que Benito conduxese á Inglaterra el espíritu de la religion que habia bebido en el monasterio de Lerins, y que fuese restaurador de la disciplina monástica en aquel reyno. Con efecto, aunque deseaba mucho pasar toda su vida en aquella cabeza del orbe cristiano, donde todo cuanto miraba contribuia á nutrir mas su fervor y á encender mas su zelo; apenas llegó cuando le mandó el Papa Vitaliano que volviese á Inglaterra en compañía de san Adrian y de Teodoro, arzobispo de Contúrbel.

Conociendo entonces nuestro Santo la vocacion á que el Señor le destinaba, y viendo claramente estar designado por la divina Providencia para trabajar en la conversion de sus paisanos, luego que entró en Inglaterra buscó un monasterio donde retirarse. Encontróle presto en el de san Agustin de Contúrbel, del cual fue nombrado abad; y se conoció fácilmente el gran poder que tiene la virtud sobre los corazones cuando se da á conocer desde la primera silla. Halló Benito relaxado el monasterio, y trató desde luego de reformarle, no con sus palabras, sino con sus exemplos. Presto conoció, que tienen mayor eficacia las obras que las palabras. Su piedad, su dulzura y su observancia regular hicieron observante al monasterio. Supo ganar los corazones, cuidando de no en-

agenar los ánimos; y en menos de dos meses, se vió reflorecer en el monasterio de san Agustin la disciplina religiosa.

Cuarta vez le obligaron á volver á Roma varios negocios de la Iglesia de Inglaterra; y al retirarse á su patria, traxo consigo de aquella santa ciudad varios libros espirituales, y algunos Rituales concernientes al culto divino, sabiendo aprovecharse admirablemente de únos y de ótros. Vióse en precision de partir á Northumberland, dexando el cuidado del monasterio de san Agustin á cargo de su discípulo san Adrian. Luego experimentó su pais los efectos del celo y de la santidad de Benito. Fundó el monasterio de Wermouth en la diócesis de Durham por la liberalidad del rey Egfrido, sucesor de Oxwin. Allí fue donde introduxo el uso de las vidrieras históricas ó de las historias pintadas en las vidrieras, con otros muchos ornamentos de las iglesias de Inglaterra, valiéndose de artífices que hizo venir de Francia. Gustaba sumamente de que el Oficio divino se celebrase con magestad; que todo lo que servia al altar fuese precioso, que todo fuese rico, magnífico y exquisito en nuestros templos. Fundó tambien el monasterio de Girwia ó Jarou, á dos leguas del de Hermouth; y habiendo puesto á éste la advocacion de san Pedro, puso al ótro la de san Pablo. Estando tan inmediatas estas dos casas, no se pudo excusar de encargarse del cuidado y del gobierno de entrambas, como si fuese una sola comunidad; y así florecieron mucho en poco tiempo á favor de su prudente y celosa direccion. Hijos fueron de estas dos casas los santos Esterwin, y Geolfrido, y algunos años despues fue tambien contado el venerable Beda en el número de sus mas ilustres hijos.

Volvió á Roma quinta vez para obtener del Papa algunas gracias y privilegios, que juzgó ser convenientes á sus piadosas fundaciones; y para beber en aquel manantial puro del mejor espíritu, como él le llamaba, arroyos de religion que derivar despues en sus discípulos, recorrió los mas célebres monasterios, no solo de Italia, sino tambien de Francia, recogiendo cuidadosamente cuanto observaba en éllos de mayor edificacion y exemplo para introducirlo despues en sus monasterios de Inglaterra. Logrólo con felicidad. Todo lo mas perfecto que tiene

la vida interior, todo lo mas edificativo y mas santo que se encierra en la vida monástica; todo lo mayor y mas elevado que inspira la religion, todo florecia en las comunidades que estaban debaxo de su gobierno. Pero se puede asegurar que aunque nuestro Santo nada omitió de todo lo que podia contribuir á la reformacion interior, y á la perfeccion de sus religiosos, con todo eso su vocacion y su gracia particular consistió en establecer el culto divino exterior con magnificencia, y en solicitarle toda la extension y toda la magestad que se le debe. Tenia un extraordinario celo por el adorno de las iglesias, y por la pompa y magnificencia de las ceremonias eclesiásticas. Celebrábase en todos los monasterios el Oficio divino con una modestia, con una decencia, con una compostura, que verdaderamente hacia honor á nuestra religion, infundiendo respeto y devocion á los pueblos mas groseros y menos dóciles. Apénas habia en Inglaterra por aquel tiempo ni iglesia, ni capilla labrada de piedra; no se conocia el uso de vidrieras en las ventanas. Á todo proveyó nuestro Santo con un celo, con una industria admirable.

Cuando volvió de Roma, traxo consigo arquitectos, vidrieros, pintores, artífices habilísimos; y muy presto enseñó á todos la experiencia cuánto conduce para imprimir un alto concepto de la religion, y para inspirar el fervor á los fieles la solemnidad de las ceremonias, la riqueza de los ornamentos, el socorro de las pinturas devotas y la magestad del culto exterior. Tuvo tambien san Benito el consuelo de enriquecer sus iglesias con muchos cuerpos de santos que traxo de Roma, habiéndoselos regalado los papas en premio de su piedad. Tampoco se olvidó del auxílio de la música y del canto, desconocido hasta entonces en Inglaterra. Prendado el papa Agathon de su celo por el culto divino, envió en su compañía á Juan, abad de san Martin, chantre capiscól ó maestro de capilla de la iglesia de san Pedro en Roma. Por la religiosa industria y por el fervoroso celo de nuestro Santo se introduxo en Inglaterra el canto Gregoriano, y las ceremonias romanas. El mismo compuso un libro, que intituló *Celebracion de las fiestas*. Creció en Inglaterra con la piedad y con la solemnidad del culto el amor, el

celo y la pureza de la religion; siendo uno y otro dichoso fruto de la virtud y del zelo de nuestro Santo. Pero aunque fue tan eminente, tan ilustre esta virtud durante el tiempo de una vida tan pura, tan laboriosa y tan penitente, quiso Dios purificarla y perfeccionarla mas al fin de sus dias, para que habiendo dado tan grandes exemplos de observancia, de mortificacion y de penitencia á todos sus religiosos, los diese él de una paciencia admirable con que sufrió una cruel paralisis, que le sirvió de una durísima cruz por espacio de tres años. Su semblante siempre afable, siempre igual, siempre tranquilo; su íntima union con Dios, y aun su exterior alegría, nunca se mostraron alteradas. En fin, despues de haber recibido con nuevo fervor los postreros sacramentos; despues de haber exhortado á todos sus amados hijos al cumplimiento puntual de sus religiosas y monásticas obligaciones, entregó dulcemente el espíritu en manos de su Criador el dia 12 de enero del año de 703, á los setenta y seis años de su edad; ó, segun algunos historiadores, á los ochenta y seis. Fue enterrado en la iglesia del monasterio de Wermouth, de donde en tiempo de las incursiones de los daneses fueron trasladadas sus reliquias al de Glaston, en el condado de Somerset, y allí se cree que estan aún el dia de hoy con las de san Geolfrido su sucesor.

La misa es de la octava de la Epifanía, y la oracion en honra de san Benito Biscop es la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, sancti Benedicti Abbatis commendet: ut, quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad Benito nos recomiende á vuestra divina Magestad, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 60. de Isaías, y la misma que el dia VI, folio 63.

NOTA.

»San Gerónimo reconoce á Isaías por el mas hábil y

„el mas elocuente de todos los profetas. Sus escritos son „como el compendio de toda la Escritura. Son, dice, un „conjunto de lo mas exquisito, y de lo mas delicado que „puede discurrir el ingenio humano, ni dar á entender „la mas fecunda elocuencia: *Quidquid potest humana lin-* „*gua proferre, et mortalium sensus accipere, isto volu-* „*mine continetur.*

REFLEXIONES.

Las tinieblas cubrirán la tierra, y una obscura noche se apoderará de los pueblos. Menester es estar bien sepultado en una densa obscuridad; menester es que el entendimiento y el juicio estén apoderados de unas espesísimas tinieblas para incurrir en medio del cristianismo en disoluciones y en excesos, que lo serían en medio de los paganos. Porque, ¿con qué otro nombre se podrán apellidar las escandalosas licencias, y las torpes máscaras del Carnaval? Ciertamente entre todos los abusos, entre todos los desórdenes de los cristianos, ningunos hay que mas deban encender la piadosa indignacion, que mas deban excitar el ardiente celo de todo hombre que tenga alguna tintura de religion, que las licencias, que los desahogos de este tiempo; tanto mas, cuanto se tiene el descaro de quererlos autorizar por la costumbre. La religion los condena; la misma razon natural los abomina; y auque este pernicioso abuso fuese tan antiguo como los malos cristianos, no por eso prescribiria contra la ley santa de Dios.

Pocos hay que no conozcan toda la inquietud de estos desórdenes; pero la inclinacion al mal prevalece; el amor de los placeres domina; no se dan oidos á los gritos de la razon; síguese á la muchedumbre, y se aumenta el número de los aturdidos y de los atolondrados. El torrente es muy rápido, y no es posible detenerle; la costumbre rompe los diques y todo lo inunda. De aquí nacen los juegos torpes, las diversiones excesivas, los bayles disolutos.

Y lo mas digno de llorarse con lágrimas de sangre, es que para que los movimientos de la gracia no inquieten la falsa seguridad de la conciencia en medio de tanta disolucion, se hace todo lo posible para sofocarlos, para

reprimirlos, para menospreciarlos, hasta que al fin se haya conseguido esta falsa, esta imaginaria seguridad, en la cual se descansa, se duerme, se amodorra el corazon. A la verdad tarde se llega á esta ceguedad total tan estrechamente ligada con la eterna reprobacion, pero al cabo se llega; y como la voluntad ordinariamente arrastra el entendimiento, se hace estudio de no ver lo que no se quiere executar. Gústase del juego, concúrrese con ansia al bayle, y se considera como enemigo de nuestra quietud todo lo que puede perturbar nuestra pasion. Hácese todo lo posible para persuadirse cada uno que son armas falsas, que son escrúpulos impertinentes los remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada; y al fin se consigue.

Háblase con desprecio de los confesores incómodos, de los predicadores celosos que declaman contra las diversiones de Carnestolendas, que condenan los espectáculos, que prohiben los bayles. Trátaseles de genios apocados, de hombres simples, de teólogos de primera tonsura, de espíritus impertinentes y vanos, que solo aspiran á distinguirse entre los demas por sus austeridades de boca y por sus extravagantes singularidades, queriendo hacerse famoso á costa de las almas crédulas y sencillas.

Si alguna persona virtuosa tiene valor para desaprobar este género de diversiones, ¡ó buen Dios! ¡y qué secreta aversion se concibe contra élla! Ni al mismo Jesucristo se le perdona si alguna vez se citan sus divinas palabras para condenar estos desórdenes. Dificúltanse los oidos á los gritos del evangelio en la escuela de los mundanos. ¿Y qué fuerza harán estas reflexîones á los que las leyeren si fueren de este carácter? ¿Cuántos sentirán en el alma el haberse puesto en parage de haberlas leido ó de haberlas hecho?

El que gusta de permanecer en el engaño, se revela contra su misma razon. Todo error que nutre y lisonjea la pasion, tiene grandes atractivos. Por poca piedad, por casi nada de religion que se tenga, es imposible dexar de condenar los regocijos y las máscaras de Carnestolendas. No se puede ignorar que el evangelio condena el bayle, los espectáculos y las funciones profanas; pero en este punto del moral quiere aturdirse ó atolondrarse el entendimiento, como se atolondra voluntariamente en

otros muchos puntos. El número, la calidad, los dictados, el nombre mismo de los muchos que se engañan como éllos, da una especie de autoridad al error, que le hace mas plausible; y cuando se quiere y se ama el error, no hay que esperar que se confiese como tal.

Decid á aquel caballerete, á quien sus mismos padres hacen ostentacion de sacrificar á la vanidad, y él está tan contento con ser miserable víctima de élla; decid al otro jóven disoluto, en quien el espíritu del mundo y una ociosidad inveterada han extinguido casi totalmente la religion; decid á esa dama jóven tan encaprichada de su aparente hermosura, tan orgullosa, tan sobervia, porque le ha cabido en suerte un poco de mas gracia y de mas ayre; tan entregada, tan embebecida en las alegrías, en las fiestas mundanas, que en ninguna otra cosa toma gusto; decid á todos estos, que segun san Juan Crisóstomo no hay enemigo mas peligroso de la salvacion eterna que esos espectáculos, que esos saraos nocturnos, que esas concurrencias de la ociosidad, que esas profanas diversiones, indignas de un cristiano.

Decidles que el bayle está prohibido, como el escollo ordinario de la inocencia, como el sepulcro donde se entierra el pudor, como el teatro donde se representan las vanidades, como el campo donde triunfan todas las pasiones. Que es un conjunto de todos los peligros, que es un compendio de todas las tentaciones; que todo es principio, todo es veneno, los meneos, los instrumentos, los objetos, las conversaciones, la concurrencia de hombres y mugeres, empeñados como de apuesta en agradarse, en parecerse bien los únos á los ótros; que todo concurre á sofocar la piedad, á alucinar el espíritu, á encantar al corazon; que no hay cosa mas contraria al espíritu del cristianismo. Decidles, decidles todas estas católicas verdades, y vereis con qué indignacion os escuchan, con qué desprecio os oyen; y los mas templados con qué sátiras, con qué apodos, con qué invectivas, con qué burla os reciben. Cómo os tratarán de reformador con *R* grande; del gran teólogo, del gran moralista. Y cómo no os vereis de polvo entre sus murmuraciones, y aun entre sus calumnias.

Así eran menospreciadas en otro tiempo las saluda-

bles advertencias del moral de los santos patriarcas de la ley antigua. Pero cuando se comenzaron á obscurecer aquellos dias claros y serenos; cuando el cielo irritado comenzó á desgajarse en torrentes; cuando el mar enfurecido no reconocia ya términos ni límites; cuando las aguas del diluvio, interrumpiendo los entretenimientos y los gustos, llevaban el espanto con la muerte hasta las cimas de las mas altas montañas; pregunto, ¿se pensaba entónces que las opiniones, que el moral de los patriarcas habia sido excesivamente rígido, que sus declamaciones habian sido espantajos? ¿Creíase entónces que habia condenado injustamente la ociosidad perdurable, la delicadeza insufrible, la profanidad sin límite, los juegos sin término, los desórdenes licenciosos, los entretenimientos mundanos, en una palabra, todo lo que el dia de hoy quieren aprobar esos atolondrados del siglo, y todo lo que enciende la cólera de Dios vivo? ¿Juzgábase que habian excedido en gritar contra aquel torrente de maldades que inundaba el género humano, contra aquellos desórdenes públicos, contra aquellos vicios secretos, que era preciso ahogar en un diluvio?

Ea, ea, que quizá alguna mano invisible introducirá el espanto en medio de esos círculos y de esos bayles; quizá una muerte precipitada, y siempre desprevenida, convertirá en triste luto esa pomposa, esa brillante máquina del mundo; quizá un funesto accidente disipará esas peligrosas concurrencias. Tiempo vendrá, y no tardará, en que esos jóvenes licenciosos, esos corazones disolutos, esos hombres enteramente mundanos, indignados de sus propios descaminos, condenarán con una especie de horror todas esas profanas diversiones. Pero digo, ¿será entónces tiempo?

Tendráse entónces muchísima razon de tratar, de calificar de entretenimientos paganos los regocijos de Carnestolendas. Conoceráse entónces que los ministros del evangelio, sincéros, y nada aduladores, fueron los verdaderamente sábios, los verdaderamente celosos. Haráse entónces justicia á la virtud de los que siguieron el partido seguro, prohibiéndose para siempre todas esas funciones tan poco cristianas. Confesaráse entónces, que las máximas del mundo eran contrarias á la verdadera sa-

biduría, y aun opuestas al buen juicio, á la razon natural. Veráse entónces con la mayor claridad, que esas alegrías profanas no eran mas lícitas, no eran mas permitidas en tiempo de Carnestolendas, que en tiempo de Semana santa. Pero, ¡ó buen Dios! ¡qué amargo es el arrepentimiento cuando es sin fruto y sin remedio! ¡Qué remordimientos, qué turbacion no causa la memoria del bayle y de las diversiones poco cristianas cuando se miran á la luz de la candela y en la hora de la muerte!

Pero no; por lo regular no se espera tan tarde para condenar todos esos desórdenes. La bulla y el tumulto no atolondran enteramente. Hay ciertos intervalos en que la razon y la religion hacen su oficio. Por débiles que sean en un libertino, en un disoluto, no dexan de darle á conocer la malignidad de todo lo que le gusta; no dexan de descubrirle la ponzoña de todo lo que le encanta.

Siempre tuve á los bayles por peligrosos, decia uno de los mas bellos entendimientos de su tiempo, y el cortesano mas culto y mas discreto de su siglo, el conde de Busy Rabutin: *Siempre tuve á los bayles por peligrosos; y esto no lo aprendí solamente por mi razon, enseñómelo tambien mi propia experiencia.* Muy fuertes y muy expresivos son los testimonios de los santos padres en favor de esta verdad; pero creo que en este punto el de un cortesano debe ser de mayor peso. Bien sé que algunos dicen son para ellos menos peligrosos los bayles y los saraos que otras concurrencias. Con todo eso, los que comunmente asisten á ese género de funciones son de tal temperamento, que con gran trabajo resisten á la tentacion cuando los acomete en el retiro de sus cuartos; ¿pues cómo la resistirán en una sala, donde las hermosuras que embelesan, las luces que resplandecen, los violines que deleytan, los meneos del bayle que irritan, son capaces de encender á un anacoreta? Los viejos, que quizá son los únicos que pudieran asistir á esas funciones sin riesgo de la conciencia, se harian risibles si asistiesen; los mozos, en quienes no parece mal que asistan, no lo pueden hacer sin gran peligro. Pues mi dictámen es, que el que quiere parecer y ser cristiano no debe concurrir al bayle; y que los confesores cumplirán con su obligacion si

exîgieren de sus penitentes que se abstengan para siempre de semejantes funciones.

La misa es la misma que en el dia de la Epifanía, y tambien el evangelio, del cap. 2. de san Mateo.

MEDITACION.

De los efectos de la gracia.

PUNTO PRIMERO.

Considera tres efectos visibles de la gracia en el vige de los Magos. Parten al punto sin reparar en trabajos ni en dificultades; prosiguen su camino, aunque el astro se les oculta; vuélvense por otro sin hacer caso de un rey falaz y cruel. ¡O, y qué importantes lecciones nos da este solo misterio!

Luego que se forma la generosa resolucion de servir á Dios, salen al encuentro mil dificultades. No siempre son reales y verdaderas, sino aparentes; con todo eso no pocas veces hacen el mismo efecto que si fueran efectivas. ¡Qué cobardía es el desmayar, el desalentarse! ¿Acaso hemos de marchar solos? ¿acaso hemos de contar únicamente con nuestras fuerzas? ¿Ignoramos por ventura, que la gracia deriva toda su virtud de la sangre y de los meritos de nuestro Señor Jesucristo, y que nunca puede faltarnos esta gracia? ¡Grande error dudar ponerse en camino, logrando tan buena guia! Cuando me siento mas flaco, decia el Apóstol, entónces verdaderamente estoy mas fuerte; porque cuento mas sobre la divina gracia. Si la virtud cristiana fuera únicamente obra nuestra, tendríamos mil razones para desalentarnos; pero con el auxîlio de la divina gracia, ¿qué genio tan indómito, qué costumbre tan inveterada, qué inclinacion tan violenta, qué enemigo tan fiero, tan formidable, no podrá ser rendido, no podrá ser sujetado, sirviendo de gloriosa materia á una completa victoria? Por lo mismo que somos la misma flaqueza, somos mas fuertes. ¡Qué confusion, qué dolor para aquellos corazones tímidos, para aquellas almas cobardes, á las cuales todo las desanima, todo las detiene, cuando vean que con el auxîlio de la divina gracia eran capaz de todo!

Tierna era santa Inés, pobre era san Isidro, rey era san Luis. ¿Por ventura nos cuesta el cielo mas caro á nosotros que á los santos mártires? ¡Qué austeridad en los desiertos! ¡qué sacrificios en todos los estados! ¡qué inocencia en medio del mundo! ¡qué multitud de santos en todas las religiones! ¡que prodigios de santidad en toda la Iglesia! Hombres flacos eran como nosotros; pero fueron mas fieles á la gracia que nosotros.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que solamente las ánimas pusilánimes se desalientan cuando la estrella se oculta. El que solo es devoto cuando siente las dulces impresiones de la gracia, señal de que sirve á Dios por interes, y no por amor. Si el principal móvil de la virtid es la devocion sensible, no hay que esperar que dure la virtud por mucho tiempo.

Alegra sin duda la vista de la estrella; pero aunque ésta se esconda ó se retire, no por eso dexan los Magos de continuar su camino. A la verdad no estará escondida por largo tiempo. ¡Qué desgraciados hubieran sido los Magos si cuando se les ocultó la estrella se hubieran vuelto atrás! Perseverémos constantes en los caminos de Dios, que la estrella volverá á dexarse ver cuando sea necesario. Ordinariamente se encubre en el tumulto del mundo. Menester es que con diferentes pruebas se debilite el amor propio, el cual se fomenta, se nutre con los gustos de la devocion sensible.

Gran motivo tenian los Magos pàra volver por el mismo camino en virtud de las instancias que los hizo el rey Herodes; pero la gracia siempre nos mueve á volver por camino diferente. El que no muda de camino, no se convierte.

Muchos se contentan con ir á ver al niño recien nacido, y á ofrecer sus obsequios á María; pero todo se reduce á cumplimientos y á buenas palabras. ¿Cuantas veces nos portamos de esta manera con el mismo Jesucristo? Presentámonos á él en la misa, en la comunion. ¿Y á qué se reducen nuestras oraciones? A palabras, y no mas. ¿Hay muchos que al venir de confesar y de comulgar vuelvan por otro camino? Cuando los exercicios

espirituales, cuando la frecuencia de sacramentos, cuando la misma devocion no nos hace mejores; mala señal, mala señal.

No permitais, Señor, que haga yo inútilmente estas reflexîones. Demasiado he abusado hasta aquí de vuestra gracia; bendito seais para siempre por la que ahora me haceis. Resuelto estoy á mudar de camino, mudando de vida. Haced que sea fruto de esta meditacion mi conversion verdadera.

JACULATORIAS.

Vias tuas, Domine, demonstra mihi: et semitas tuas edoce me. Salm. 24.

Mostradme, Señor, tus sendas y tus caminos, que de hoy en mas no quiero seguir ótros.

Converte nos, Domine, et convertemur, innova dies. Tren. 5.

Convertirnos, Señor, y quedarémos verdaderamente convertidos. Haced por vuestra misericordia que yo entable una nueva vida.

PROPOSITOS.

Hoy has de lograr el dulce consuelo de experimentar en tu conducta los efectos de la gracia. ¿Eres colérico, impaciente, poco recogido? ¿Estan acostumbrados tus ojos á andar derramados por la iglesia, esparciéndose indiferentemente por todos los objetos? ¿Distráeste voluntariamente en la oracion y en la misa? ¿Gastas mucho tiempo en componerte, y te dexas llevar con exceso del vano deseo de parecer bien? ¿No tienes algo que corregir, que reprenderte sobre esa vida inutil, regalada y ociosa? ¿Tratas con dureza, ó con poca piedad á los pobres? ¿Corresponden tus limosnas á tus rentas? ¿Trabajas en domar tus pasiones; ¿Domínate el amor propio? Ea, determina alguno de estos defectos, y aplícate á corregirlos hoy. Seguramente puedes contar con la gracia; ojalá que con igual seguridad pudieras contar con tu correspondencia.

2 Una vez al dia trae á la memoria los propósitos, el proyecto de conversion que habrás hecho en otras ocasiones. Hazte presente aquel plan, aquel método de vida que

alguna vez sería fruto de alguna confesion general, de algunos exercicios; y exâmina si le has desmentido, si te has desviado de él. Renueva todos aquellos propósitos y ese método, imponiéndote alguna penitencia por cada vez que faltares. Tambien es práctica muy útil determinar antes de la confesion, y aun antes que se acabe la meditacion, el fruto particular que se desea sacar de élla. ¡Buen Dios, de cuántas industrias se valen los mundanos para adelantar sus intereses temporales! ¡Y será posible que solo en el negocio de nuestra salvacion hemos de ser estúpidos y descuidados!

DIA TRECE.

San Hilario, obispo y confesor.

San Hilario, uno de los mayores ornamentos del órden episcopal, uno de los mas brillantes astros de la Iglesia Galicana, á quien san Gerónimo y san Agustin apellidan el gloriosísimo defensor de la Fe, y el doctor insigne de la Iglesia. Este hombre verdaderamente grande nació en Poitiers ácia el fin del tercer siglo, ó al principio del cuarto. Su casa era de las mas distinguidas de toda aquella provincia, aunque tenia la desgracia de estar envuelta en las tinieblas del gentilismo, en el cual fué tambien criado Hilario. Su educacion, no obstante haber sido pagana, fué correspondiente á un niño de distincion. Aplicáronle con tiempo al estudio de las ciencias profanas; y el niño Hilario hizo tan rápidos progresos, así en las bellas letras, como en la filosofia, que desde luego se persuadieron todos á que habia de ser con el tiempo uno de los sabios mas eminentes de su siglo. Con efecto lo fué; pero no debió la eminencia de su sabiduría á las ciencias profanas.

Tenia Hilario un juicio demasiadamente sólido y una comprension demasiadamente perspicaz y penetrativa para vivir pagado y satisfecho de las supersticiones y ridi-

culeces del gentilismo. Bastaríale su sola razon natural con las luces de la filosofía para conocer los groseros errores y los enormes absurdos de la idolatría; pero aunque el entendimiento puede descubrir todo esto con la luz de la razon, con todo eso la conversion del corazon siempre es obra de la gracia. Comenzó ésta insensiblemene á iluminarle el espíritu, y á correr el velo á la ridiculez y á la impiedad de todas aquellas divinidades quiméricas que entretenian y engañaban miserablemente al pueblo. Al resplandor de esta divina luz conoció muy presto Hilario que habia un Sér supremo, soberano y eterno, principio y fin de todos los entes criados, quien únicamente podia hacer la suma felicidad y bienaventuranza del hombre. Hallábase todo embebido en estas reflexîones cuando por especial disposicion de la divina Providencia le vinieron á las manos los libros de Moyses y de los Profetas. Leyólos con ansia y con gusto; pero la leccion del evangelio acabó de descubrirle la verdad y la santidad de nuestra religion; y el Padre de las misericordias, que queria hacer de Hilario otro vaso de eleccion, le inspiró el deseo eficaz de abrazarla y de seguirla.

Iluminado con estas vivas luces, renunció sin dificultad el paganismo, mas filosófico que gentílico, que habia profesado, porque nunca fué capaz de incurrir en los absurdos de los paganos; y desde que rayó en él la luz de la razon, conoció que no se hallaba la verdad en el partido de la idolatría. Recibió el bautismo con un gozo inexplicable, como él mismo lo asegura; y fué tan abundante la gracia de esta regeneracion, que desde el principio se sintió tan lleno del espíritu de Dios como los cristianos mas perfectos. Desde luego miró con tédio y con horror todo lo que habia aprendido en los libros de los paganos. No hallaba gusto sino en el estudio de los sagrados; cualquiera otra lectura le parecia insípida y fastidiosa. Como el Señor le destinaba para que fuese una de las mas grandes lumbreras de la Iglesia, le dió una inteligencia tan clara de la sagrada Escritura y de las verdades mas sublimes de la religion, que apenas recibió las aguas del bautismo, comenzó á portarse, no ya como neófito, sino como maestro consumado en la fe, y como padre de la Iglesia de Jesucristo. Era todavía secular, y parecia

poseer con anticipacion la gracia del sacerdocio, como se explica Fortunato.

A la especulacion de la teología dogmática añadió la práctica del moral cristiano. Su devocion era la mas tierna, su porte el mas exemplar. Estaba casado con una dama de singular mérito, que siguiendo en todo las piadosas inclinaciones de su virtuoso marido, servia de exemplo y de modelo á todas las de su sexô y de su estado. Tenian por fruto de este matrimonio á una hija, llamada Abra, la cual se supo aprovechar tan bien de los exemplos domésticos que tenia siempre á la vista, y de la cristiana educacion de sus padres, que mereció ser honrada como santa, y como tal celebra su fiesta la iglesia de Poitiers.

Creciendo cada dia mas la virtud de nuestro Santo, convino con su muger en vivir de allí adelante como si fueran hermanos. No se hablaba de otra cosa en toda la provincia que de la pureza de sus costumbres, admirando todos la modestia, el celo y la caridad de Hilario. En fin, su raro mérito y su extraordinaria piedad le grangearon tanta estimacion, no solo del pueblo, sino tambien del clero, que habiendo muerto el obispo de Poitiers, todos los fieles de aquella Iglesia pusieron los ojos en él; y sin dar oidos ni á su repugnancia, ni á su humildad, le escogieron de consentimiento universal por su pastor y maestro. Separado de su muger con recíproco consentimiento, se vió precisado á consentir en su eleccion, y fué consagrado obispo.

No ignoraba Hilario los formidables cargos del estado episcopal; pero lleno de confianza en aquel Señor que se los habia echado á cuestas, esperando de su piedad todas las luces y fuerzas necesarias para cumplir fielmente con su ministerio, se aplicó á conservar el sagrado depósito de la fe, que se le habia confiado, y á defender su pureza contra la corrupcion de las heregías. Habia penetrado el arrianismo hasta las Gálias despues de haber desolado toda la Iglesia de Oriente. Engañado el emperador Constancio, hijo del gran Constantino, de los artificios de su muger, princesa arriana, se declaró protector del arrianismo con tanto empeño, que por defenderle persiguió á la Iglesia cuelmente, desterró á los

prelados mas celosos y exemplares; y en fin, fué azote de los católicos. Encendido san Hilario en un celo ardiente y generoso por la fe de Jesucristo, no contento con mantener á sus ovejas, apartándolas con el saludable pasto de la divina palabra por medio de sus continuos sermones, no cesaba de declararse contra el error; y era ya tenido por uno de los enemigos mas formidables del arrianismo. La mayor parte de los prelados de las Gálias celebró y se declaró á favor de su generosidad, mirándole no solo como á hermano, sino como á caudillo del partido católico; y unidos con él, obraron de concierto en defensa de la fe, y en prevenir antídotos en los pueblos contra el veneno de la heregía. Pero turbó esta santa liga de los pastores Saturnino, obispo de Arlés, gran fautor del arrianismo, hombre de ingenio travieso y de costumbres estragadas. Orgulloso con el favor que le hacia el Emperador arriano, comenzó á exercitar una especie de tiranía con los demas obispos, hermanos suyos. Valióse de amenazas y de violencias para atraerlos á su parcialidad, y armó contra los que no se dexaban persuadir de sus artificios el poder de los magistrados y de los ministros del Emperador, que por la mayor parte estaban inficionados del arrianismo como él. Diósele poco á san Hilario del crédito de Saturnino; y viendo que no perdonaba á medio alguno para intimidar á los católicos, se separó de su comunion y de la de todos sus parciales con los otros prelados católicos de los Gálias. Quiso despicarse Saturnino de este que reputaba desayre de su dignidad y de su carácter. Ligóse con algunos obispos hereges, y protegido con la autoridad del Emperador, convocó un concilio en Beziers, en el cual se cree que él mismo presidió, y llamó á él á san Hilario con otros muchos prelados católicos de la provincia.

Concurrió al concilio nuestro Santo; y animado con aquel ardiente generoso zelo que hace siempre el carácter de los verdaderos prelados, se declaró intrépidamente por delator de los obispos arrianos, denunciándolos ante los católicos. Obligóse á probar su impiedad, á convencer sus errores, á producir testigos de sus heregías, á descubrir la malignidad de su secta. Demostró que se corrompia el evangelio, que se arruinaba la fe, y que

á la sombra de una falsa y engañosa confesion de Jesucristo, se introducia en la Iglesia la mas horrible blasfemia. Mas la violencia que reynaba en una junta gobernada por los enemigos de la fe católica, no le permitió libertad para representar todos estos puntos con la claridad, con la extension y con el método que requeria la materia. Cuanto mas insistia en que le prestasen atencion, mas se empeñaban en negársela los enemigos de la verdad. Temian verse confundidos, y echaron por el atajo de no escucharle. Hallándose árbitros del poder en aquel conciliábulo, Saturnino y los demas obispos arrianos depusieron á nuestro Santo; y abusando del crédito que tenian con el emperador Constancio, que á la sazon se hallaba en Milan, dispusieron que fuese desterrado á Frigia en compañía de Rhódano, obispo de Tolosa.

Recibió Hilario la sentencia ú el órden del Emperador con un gozo muy parecido al que sentian los Apóstoles, y los Mártires cuando se les ofrecia ocasion de padecer en defensa de la causa de Jesucristo. Triunfante y orgulloso Saturnino, viendo desterrado al azote de los hereges, creyó que no se atreverian á tratarle como tal los demas obispos católicos de las Gálias intimidados por este destierro; pero le engañó su vanidad. No hubo siquiera uno de aquellos generosos prelados que quisiese admitirle en su comunion, permaneciendo constantes en la fe y en la comunion de san Hilario. Partió éste sin dilacion á su destierro, y allí le tenia prevenidos la Providencia nuevos triunfos.

Animado con la confianza de la causa que defendia, escribió al Emperador una carta muy respetuosa y muy atenta, justificándose plenamente de las negras calumnias que sus enemigos le imputaban. Escribió tambien ótra, pero mucho mas eficaz y mas enérgica á los obispos de las Gálias, con quienes conservó siempre una correspondencia tan seguida y tan estrecha, como si estuviera en medio de éllos. Con sus cartas desarmó el artificio de los arrianos, y fueron de gran socorro á los obispos que no tenian tanto zelo, ni eran tan generosos como Hilario.

Apénas llegó al lugar de su destierro cuando se sintió penetrado de un vivísimo dolor al ver el lastimoso estado en que se hallaban las iglesias de toda el Asia. Ni la

Frigia ni las otras de las provincias comarcanas tenian apenas mas que el nombre de iglesias de Jesucristo. Solo habian quedado en éllas unas débiles señales, unas imperceptibles reliquias de la religion católica. No se oian mas que escándalos, cismas, perfidias, nuevos errores, que brotaban y se multiplicaban cada dia. Protegido el arrianismo con todo el poder del Emperador, de tal manera habia desolado la viña del Señor, que asegura nuestro Santo no haber encontrado mas que tres obispos que no fuesen total y descubiertamente arrianos; los demas vivian tan lastimosamente descaminados, que Dios apénas era conocido por los prelados de las diez provincias de Asia, como él mismo se explica y se lamenta.

En este teatro, pues, fué donde mas brilló y mas gloriosos frutos produxo la sabiduría, el zelo y la prudencia de Hilario. Animado siempre con el espíritu de Jesucristo, combatió á los enemigos de la fe con un ardor tan vigoroso, y al mismo tiempo tan prudente, que no pudieron cogerle prenda. Conociendo el genio falaz y artificioso de los hereges en sus diversas confesiones de fe, á cual mas capciosa, volvió á tomar la pluma en defensa de la causa del Hijo de Dios; y exponiendo á los ojos de todo el mundo el veneno del error, ilustró con tanta claridad todos los puntos controvertidos; hizo tan patente la verdad de la fe católica, y lo hizo de una manera tan plausible, que debiera espirar el monstruo de la heregía si el genio de esta hidra fuera reducible. Compuso por el mismo tiempo otras varias excelentes obras, y entre éllas el admirable tratado *de los Sínodos*; y trabajó tan gloriosamente en servicio de la Iglesia, que pudiera parecer no haber sido enviado de un pais tan remoto mas que para restablecer el reyno de Jesucristo, y resucitar la religion verdadera.

Celebrábanse por entonces dos famosos concilios en el imperio con la autoridad del Emperador, en los cuales la multitud y la variedad de las confesiones de fe que presentaron los arrianos, destruia la augusta simplicidad y unidad de la religion cristiana, como lo notó juiciosamente un gentil. Estaba convocado el primer concilio en Rímini, ciudad de Italia, para los

obispos de Occidente: el segundo en Seleucia de Isauria para los del Oriente; ambos enemigos de la verdad católica. Como el órden del Emperador para que concurriesen los prelados era general, el gobernador obligó á san Hilario á que asistiese al de Oriente, y aun le proveyó de carruage para la jornada. En élla le salió al encuentro cierta doncellita gentil, llamada Florencia, que habia dias tenia ardientes deseos de conocer al siervo de Dios por las grandes cosas que de él publicaba la fama; y le pidió su bendicion. Recibióla el Santo con agrado; instruyóla, catequizóla, y la bautizó juntamente con su padre y su familia.

Luego que llegó á Seleucia, fue recibido de aquellos prelados con testimonios de veneracion. Justificó plenamente á los obispos de las Gálias, á quienes los arrianos, fecundos siempre en calumnias, habian desacreditado como sospechosos de sabelianismo. Declamó despues contra los enemigos de la divinidad de Jesucristo, acriminó su impiedad, confundió á los parciales del error, y al fin hizo triunfar la verdad. Atónita la heregía á vista de aquel héroe de la religion, se turbó sobremanera. Prosiguió confusion y desórden el que habia comenzado concilio. Encendidos únos contra ótros los arrianos y los semiarrianos, se maltrataron recíprocamente con tanto furor, que al fin se rompió el concilio, y apelando al Emperador, corrieron á Constantinopla. Los diputados del conciliábulo de Rímini llegaron á la corte pocos dias despues, y se juntaron al partido de los anómeos. Viendo nuestro Santo que la parcialidad de los hereges iba á prevalecer, se presentó al Emperador con generosidad y con respeto; y despues de exponerle en pocas palabras los motivos que le habian impelido á tomarse la libertad de presentarle tambien su memorial, le pidió una conferencia pública, en la cual, á presencia de su Magestad le fuese permitido disputar con los arrianos. Mostróse Constancio muy inclinado á concedérsela; pero conociendo los hereges los superiores talentos de nuestro Santo, y no atreviéndose á medir sus armas con las de Hilario en presencia de testigos y de árbitros, discurrieron un expediente singular para salir de aquel pantano. Persuadieron al Emperador que le volviese á enviar

á su iglesia, pintándosele como á un hombre inquieto y sedicioso que con su presencia turbaba todo el Oriente.

Esta nueva especie de destierro era tan grata, como gloriosa á nuestro Santo, viéndose desterrado á su misma amada iglesia por aquellos mismos que tan inicuamente le habian arrojado de élla; pero como en el corazon de Hilario no prevalecia otro afecto que el de los intereses de Jesucristo, comprendiendo con la mayor penetracion los artificios de sus enemigos, soltó las riendas á su celo, viendo la malignidad con que era oprimida la religion. Declaróse, pues, abiertamente, y con una grandeza de alma verdaderamente extraordinaria contra un príncipe, que con el especioso nombre de cristiano echaba por tierra el fundamento del cristianismo, siendo enemigos de la divinidad de Jesucristo. Inspiróle esta libertad el deseo del martirio, y el dolor de ver las iglesias del Oriente presa infeliz de los hereges; pero al fin fue preciso obedecer, y el generoso defensor de la fe tomó el camino de Poitiers, siendo recibido en todas partes como un glorioso defensor de Jesucristo, que volvia cargado de laureles, triunfante de la heregía. Salióle al encuentro san Martin, aquel que fue despues tan famoso en toda Francia, y que á la sazon estaba haciendo vida solitaria y penitente en una isla de las costas de la Liguria. Sabiendo que Hilario pasaba por aquellas cercanías, dexó la soledad, y quiso acompañarle hasta Roma; desde allí le siguió á Poitiers, donde se hizo su discípulo.

Ya se dexa discurrir con qué alegría, con qué triunfo, con qué veneracion sería recibido de sus ovejas aquel glorioso confesor de Jesucristo. Tambien Dios quiso honrar la feliz vuelta de nuestro Santo con algunos milagros, que dieron mayor nombre á la reputacion de su eminente santidad. Viéndose, pues, restablecido en su silla, no se contentó con hacer que refloreciese en su diócesi la disciplina eclesiástica, la piedad y la pureza de las costumbres, visitándola toda personalmente. Extendióse su celo á las provincias vecinas, inficionadas del arrianismo, y persiguió la heregía hasta sus mismas trincheras. Vuelto despues á su iglesia, la gobernó en paz el resto de su vida, que solo fue de cinco ó de seis años des-

de que se restituyó del destierro. Logró el consuelo de ver morir con olor de santidad á la única hija que habia tenido en su matrimonio antes de ser obispo, y la iglesia de Poitiers celebra la fiesta de esta santa Vírgen el dia 13 de diciembre. En fin, despues de haber seguido con tanta gloria su penosa carrera, acabó con una muerte preciosa en los ojos del Señor el dia 13 de enero del año 368, á los catorce años de su obispado, y sesenta y siete de su edad.

Dexónos san Hilario muchas obras excelentes, que son muy estimadas y aplaudidas de todos los santos padres. Doce libros de la Trinidad, que comenzó el año de 356, y los acabó en su destierro. El tratado de los sínodos, que compuso tambien en el mismo destierro el año de 359. Tres escritos al emperador Constancio contra los arrianos. Cuando volvió del Ásia compuso un tratado contra Ursacio y Valente, obispos arrianos, del cual solo nos han quedado algunos fragmentos: ótro contra Aurencio, tambien arriano, obispo de Milán. Tenemos sus Comentarios sobre san Mateo, y una parte de los que escribió sobre los salmos. Es tambien autor de algunos himnos, y no falta quien le atribuya el *Gloria in excelsis*, y el himno que comienza: *Pange lingua gloriosi prælium certaminis.*

Desde el año inmediato á su muerte se comenzó á celebrar su fiesta en la Iglesia Galicana, y se trasladó al dia 14 de enero, por concurrir en el dia 13 la octava de la Epifanía. Conserváronse siempre sus reliquias en Poitiers, donde eran reverenciadas de los fieles; hasta el año de 1562 en que fueron quemadas por la impiedad de los hugonotes.

La misa es de la octava de la Epifanía, y la oracion es la siguiente.

Deus, cujus Unigenitus in substantia nostræ carnis apparuit; præsta, quæsumus, ut per eum quem similem nobis foris agnovimus, intùs reformari merea-

O Dios, cuyo unigénito Hijo se dexó ver en la tierra vestido de la substancia de nuestra carne mortal; concédenos que merezcamos reformarnos en nuestro interior por

mur: Qui tecum vivit et regnat...

aquel que vimos en lo exterior parecido á nosotros; el cual vive y reyna contigo...

La epístola es del cap. 60. del profeta Isaías, y la misma que el dia VI, fólio 63.

NOTA.

„En la epístola, que es de Isaías, habla este profeta „con tanta claridad del misterio de la Adoracion, y en lo „restante de su profecía trata tan individualmente de los „demas misterios de la vida y muerte de Jesucristo, que „mas parece historia de lo pasado, que profecía de lo fu„turo. Señálase la muerte de Isaías el año 681 antes de „Cristo; y por esta cuenta es menester darle 130 años de „edad.

REFLEXIONES.

No solamente en la ley nueva sino tambien en la ley antigua el dia octavo de una fiesta era tan solemne como la fiesta misma. Segun el estilo, y aun el idioma de la Iglesia, se puede decir que la octava es una especie de fiesta continuada por espacio de ocho dias; y con la misma razon se puede añadir que la solemnidad de las octavas es de derecho y de institucion divina.

Ordenando Dios á Moyses la celebracion de las principales fiestas, le dixo: „Estas son las fiestas del Señor, que „serán santas, y las debeis celebrar cada una en su tiempo.

„El catorce del primer mes ácia la noche es la Pascua „del Señor. Celebraréis el primer dia, como el mas so„lemne y el mas santo: en este dia no trabajaréis en „ninguna obra servil; pero ofreceréis por espacio de sie„te dias un holocausto al Señor; el dia séptimo será mas „solemne y mas santo que los ótros, y en este dia tam„poco os ocuparéis en ninguna obra servil:" era lo mismo que decir, que en el dia de la octava no sería lícito trabajar, ni mas ni menos como en el dia de la fiesta. Tambien mandó Dios á su pueblo, que en el mes de septiembre celebrase con octava la fiesta de los Tabernáculos, que los griegos llaman *Scenopegia*, porque en éllas se for-

maban unas tiendas de campaña cubiertas de ramas de árboles. »Celebraráse la fiesta de los Tabernáculos, dixo »Dios á Moyses por espacio de siete dias; el primero y »el octavo serán muy célebres y muy santos, y no haréis »obra servil en estos dias." En el capítulo octavo del segundo libro del Paralipómenon se lee que Salomon celebró la dedicacion del Templo por siete dias continuados, y que el octavo fue un dia celebérrimo.

Asegura san Agustin que el número de ocho es muy misterioso en la sagrada Escritura, y que comprende en sí una idea de perfeccion. Pues así como Dios mandó en la ley antigua que las fiestas mas solemnes se celebrasen por espacio de siete dias, sin comprender el principal de la fiesta, y que el octavo fuese como dia de descanso y de reposo; así tambien la Iglesia, gobernada por el mismo espíritu, y siguiendo la misma idea, dispone que sean celebradas con octavas las principales festividades.

Una de las octavas mas antiguas en la Iglesia es la de la Epifanía. En tiempo de Carlo Magno el dia de la octava era fiesta de precepto, como consta de la Recopilacion de los Capitulares, hecha por el abad Anseguise en el reynado de Ludovico Pio. El emperador Teodosio el Junior tuvo tanta devocion al dia de la octava de los Reyes, que extendió hasta él inclusivamente las vacaciones de los tribunales, como se observaba aun el dia de hoy en muchas provincias de la Cristiandad. Consta que en el siglo decimotercio la octava de la Epifanía era de las fiestas de tercera clase; es decir, de aquellas en que habia obligacion de oir misa, y despues de élla se podia trabajar.

La epístola de este dia es la misma que en el de la Epifanía, y se saca del capítulo 60 de Isaías, en que el profeta exhorta á Jerusalen á que se levante muy de mañana para ver la luz del nuevo dia que amanece para élla. Esto es, como exponen san Agustin y san Cirilo, á que salga de las tinieblas de la ignorancia y del error, y abra los ojos á la luz de la fe que Jesucristo, sol de Justicia, la concede, siendo figurada por la estrella que sirvió de guia á los Magos.

Muchos intérpretes son de sentir que esta profecía

se dirige, no á la Jerusalen antigua, sino á la nueva, que es la santa Iglesia católica, la cual se habia de componer de muchos gentiles convertidos á la fe, cuyas primicias fueron los Magos.

Levántate, pues, ó tú nueva Jerusalen; brilla en este dia con un nuevo resplandor, vestida de los rayos del sol, que acaba de nacer, y va extendiendo las luces de la fe por todo el Universo, derramando al mismo tiempo las benignas influencias de su gracia, y los tesoros de sus misericordias por toda la redondez de la tierra.

Las tinieblas del error y aquella densa obscura noche del paganismo serán disipadas por el mismo Señor, que á manera de este brillante planeta amanecerá sobre ti, y te investirá de luz con el resplandor de su gloria y de su misericordia. A favor de esta divina antorcha marcharán las naciones por el camino de la salvacion, abrazando la fe; y apénas se descubrirá este celestial astro, cuando verás á los reyes concurrir apresurados á rendirle vasallage.

Extiende la vista por los dilatados espacios que pudieres, prosigue el Profeta, y hallarás que no hay parte, no hay pais, no hay rincon del mundo donde no alcancen los rayos luminosos de esta luz.

Aunque los griegos y los romanos sean tan enemigos de la fe; aunque esté tan desviada de la verdadera religion tanta multitud de pueblos bárbaros, todos se rinden á la ley de Jesucristo. No hay religion que no sea fecunda en héroes del cristianismo.

En estos afortunados lugares, tan enemigos hasta aquí del Salvador, encontrarás dignísimos hijos suyos. Los desiertos mas horribles se poblarán de santísimos solitarios; ¿y cuantas doncellas tiernas, cuantas purísimas vírgenes alimentarás en tu seno? Verás con tus mismos ojos estas maravillas, y entónces saltarás de gozo y de alegría.

Llenaráse de pasmo tu corazon cuando veas concurrir á ti á bandadas todos estos pueblos que habitan las dilatadas costas del mar y las islas mas remotas; cuando veas á esas naciones orgullosas, á esos pueblos dominantes, que rinden su cerviz al yugo del evangelio.

Veráste como inundada de la multitud de camellos y de dromedarios, que vendrán de Madian y de Epha; esto

es, de la Arábia feliz, á la cual dieron su nombre Madian, hijo de Abraham, y de Cethura y Epha, hijo de Madian, llamándose tambien Sabá.

Es muy verisímil que solamente se hace mencion de estos animales de carga para significar en figura los tesoros espirituales con que habia de ser enriquecida la santa Iglesia. Por eso añade el Profeta, que todos vendrán de Sabá, provincia de la Arábia feliz, á ofrecer incienso y oro, géneros y riquezas de que abunda aquella region. Esto se cumplió á la letra por los Magos, y en sentido alegórico se cumple cada dia por los verdaderos y fervorosos cristianos.

En todos tiempos ha sido solemnísimo este dia en la Iglesia católica. Antiguamente parece que el objeto principal de la fiesta, que en él se celebra, era el bautismo de Cristo. Hoy no se hace mencion de este misterio sino en el evangelio. Los griegos llamaban á este dia *la octava de las manifestaciones del Salvador*.

El evangelio es del cap. 2. de san Juan.

In illo tempore: Vidit Joannes Jesum venientem ad se, et ait: Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi. Hic est, de quo dixi: Post me venit vir, qui ante me factus est: quia prior me erat, et ego nesciebam eum, sed ut manifestêtur in Israel, propterea veni ego in aqua baptizans. Et testimonium perhibuit Joannes, dicens: Quia vidi Spiritum descendentem quasi columbam de cœlo, et mansit super eum. Et ego nesciebam eum, sed qui misit me baptizare in aqua, ille mihi dixit: Super quem videris Spiritum descendentem, et manentem super eum, hic est, qui baptizat in Spiritu Sancto. Et ego vidi: et testimonium perhibui quia hic est Filius Dei.

En aquel tiempo, vió Juan á Jesus que venia ácia él, y dixo: He aquí aquel Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, Éste es el mismo de quien yo dixe: despues de mí viene un hombre, que ha sido hecho antes de mí: porque era primero que yo. Y yo no le conocia; mas para que sea manifestado á Israel, por eso he venido yo bautizando con agua. Y Juan dió testimonio, diciendo: He visto al Espíritu que baxaba del cielo en forma de paloma, y reposaba sobre él. Y yo no le conocia; pero el que me envió á bautizar con agua, éste mismo me dixo: Aquél sobre quien vieres que baxa el Espíritu, y reposa sobre él, esè es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo lo ví, y dí testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

MEDITACION.

De la divinidad de Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

Considera con cuántas demostraciones sensibles se manifestó la divinidad de Jesucristo. Mira atentamente la série de maravillas que se obraron en su favor y en su nombre.

Antes de nacer envió profetas que anunciasen su venida. Estos profetas dieron individuales noticias de su Precursor, de la tribu de donde habia de descender, del lugar de su nacimiento, del mérito y de la cualidad de su madre, de las circunstancias de su vida, y de las ignominias de su muerte. Llegado el término de las profecías, todo se cumplió como se habia vaticinado. Ni se puede recurrir á que estas profecías se forjaron ó se fingieron despues, porque sus mayores enemigos eran los depositarios de éllas muchos siglos antes de su nacimiento. Nace Cristo en la obscuridad de un establo, y los ángeles anuncian su nacimiento á los pastores. Los reyes forasteros, alumbrados exteriormente por un astro, é interiormente iluminados por una inspiracion secreta, acuden á adorarle. No podia tener parte en esta adoracion ninguna razon humana. Viene Jesucristo á mezclarse entre los pecadores á la orilla del Jordan; y el Bautista, aquel hombre tan extraordinario y tan santo, asegura haberle revelado Dios que aquel era el Mesías verdadero. Ni Cristo habia hecho hasta entónces milagros, ni Juan habia visto jamas á Cristo. ¡Que autoridad no tiene un testimonio tan grande!

Pasemos á la multitud de los milagros. Ninguno hay que no lleve consigo el carácter de la omnipotencia de Dios. Manda á las tempestades y á los mares, á toda la naturaleza y á la misma muerte. ¿Con qué puntualidad es obedecido? No hay cosa mas estampada que su divinidad en todos sus milagros. Su vida es tan santa, que él mismo desafia á sus enemigos que le convenzan de un solo pecado. Pues este hombre tan santo dice de sí mismo que es Dios, y se hace en todo igual y substancial á Dios: ¿puede haber testimonio mas concluyente?

Pronostíca hasta las circunstancias mas menudas de su muerte, y hace visibles en los profetas todas las menudencias y todo el misterio de élla. Asegura que resucitará al tercero dia, dando por prueba de su divinidad á la misma resurreccion. ¡Qué no hicieron sus enemigos para desacreditarle, y para que fuese tenido por un impostor! Pero á pesar de todas sus maliciosas precauciones resucita Cristo. Considera bien si puede haber prueba mas convincente de su divinidad.

Escoge para predicar su doctrina á los hombres mas viles, mas groseros, mas ignorantes del mundo; y aquellos hombres simples, aquellos idiotas hacen en su nombre mayores milagros que él. No hay cosa mas superior al entendimiento humano que su religion; no hay cosa mas contraria á los sentidos que su moral. Y con este sistema doce pobres pescadores convierten á la fe á todo el Universo, y hacen que Jesucristo crucificado sea adorado por toda la tierra. Este solo prodigio es mayor que todos los demas. Dile al discurso, al entendimiento humano, que te dé una prueba, un carácter mas visible, mas demostrativo de su divinidad.

Para siempre seais bendito, adorado y amado de todas las criaturas, ¡ó Dios de mi alma! que así os dignásteis manifestaros á nosotros de una manera tan sensible. Pero ¡qué dolor es el mio, mi Dios y mi Señor, de haberos conocido y amado tan poco hasta este dia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que cuanto es mas visible la divinidad de Jesucristo, tanto mas culpables somos nosotros en nuestra falta de sumision, de reconocimiento y de respeto.

Ciertamente es una insigne locura no creer lo que la fe nos enseña; pero no es menos impiedad creer lo que nos enseña la fe, y vivir contra lo mismo que creemos.

Ya no nos habla Dios entre relámpagos, truenos y centellas; tampoco nos habla ya por la voz de los profetas. En estos novísimos tiempos, dice el Apóstol, nos habla por la boca de su mismo Hijo Jesucristo. ¿Pero creemos bien que es el mismo Hijo de Dios el que nos habla? Nuestra obediencia á sus preceptos, nuestras cos-

tumbres, nuestra conducta ha de responder de nuestra fe.

Es el evangelio palabra pura de Dios; no hay mandamiento que no sea un decreto, no hay máxîma que no sea un oráculo. Esta palabra de Dios, este evangelio debe ser la única regla de nuestra conducta. ¿Se conforman con esta pauta nuestras costumbres?

Si Baal es vuestro dios, dice el Profeta, ¿qué haceis? ¿en qué os deteneis? Adoradle, seguidle, observad escrupulosamente sus máxîmas. Pero si no reconoceis otro soberano dueño que á Jesucristo, ¿verdaderamente qué delito mayor que servirle con tanto disgusto, ofenderle con tanta facilidad, ponerse en su presencia con tan poco respeto, y obedecerle con tanta repugnancia?

¡O qué reprensiones tan sangrientas me están ahora dando mi razon y mi fe! Yo os reconocia por mi Dios y por mi Señor, ¡ó dulce Jesus mio! ¿pues cómo he podido ser tan ciego, tan ingrato, tan indócil? En este momento cesa mi indocilidad, ¡ó mi divino Salvador! No solamente sereis el Dios de mi espíritu por una fe especulativa y estéril; de hoy en adelante convencerán mis acciones que sois verdaderamente el Dios de mi corazon.

JACULATORIAS.

Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum. Salmo 72.

Vos sois el Dios de mi corazon, y eternamente sereis mi tesoro, y mi rica herencia.

Nos credimus, et cognovimus, quia tu es Christus Filius Dei vivi. Joan. 6.

Hemos creido, y hemos reconocido que Vos sois Cristo, Hijo de Dios vivo.

PROPOSITOS.

Imponte desde este dia una ley inviolable de estar en la iglesia, y de ponerte en presencia de Jesucristo con un profundo respeto, con una singular modestia. Para esto forma una eficaz resolucion de no mirar jamas en la iglesia á persona alguna por pura curiosidad ó ligereza, ni mucho menos de hablar en élla, no siendo cosa muy ne-

cesaria; y de estar siempre en una postura tan respetosa, que visiblemente dé á conocer tu religion y tu fe.

2 Es muy loable y muy provechosa la costumbre de leer todos los dias algun capítulo del Testamento nuevo; pero es menester leerle como palabra de Jesucristo; es decir, con veneracion, con espíritu cristiano, y con las disposiciones necesarias para que esta divina palabra no sea estéril. Muchos grandes santos leían siempre de rodillas la sagrada Escritura; y á la verdad nunca puede sobrar el respeto para leer la palabra de Dios. Es grande impiedad servirse de élla irreligiosamente en las conversaciones, y aplicarla á materias profanas, ó en sentido irrisorio. Léela siempre con espíritu humilde, con intencion pura y con motivo cristiano, y nunca la leerás sin provecho. Acuérdate que es aquel mismo grano, que si cae en buena tierra, da ciento por uno; si cae junto al camino, le pisan los pasageros y le comen las aves; si cae en terreno pedregoso, se seca y se esteriliza; si cae entre espinas se sufoca. El mismo Jesucristo fue quien explicó de esta manera esta parábola, para enseñarnos que su divina palabra de suyo siempre tiene mucha virtud, y que el fruto de este grano celestial depende de la disposicion con que se recibe.

DIA CATORCE.

Del sacrosanto nombre de Jesus.

Aunque en el misterio de la Circuncision se comprende tambien la solemnidad del dulcísimo nombre de Jesus, la Iglesia ha concedido á muchas religiones, y á no pocas iglesias particulares, que puedan celebrar fiesta singular de este santísimo nombre el dia siguiente á la octava de la Epifanía, que corresponde al dia catorce de enero.

La veneracion que todos los fieles profesan á un nombre, que, segun el Apóstol, debe siempre ser pronunciado con el mas profundo respeto, pide como de justicia es-

te culto. Hasta los mismos ingleses, que despues de su lastimoso cisma abolieron la mayor parte de las fiestas de la Iglesia romana, conservan aún el dia de hoy en su Kalendario la del dulcísimo nombre de Jesus.

Nombre verdaderamente divino, que solo Dios pudo imponer al Salvador del mundo: nombre venerable, que hace doblar la rodilla, y humillarse á toda la grandeza de la tierra: nombre sacrosanto, que estremece al infierno, y pone en fuga á los demonios: nombre omnipotente, en cuya virtud se han obrado los mayores y mas auténticos milagros: nombre salutífero, de quien reciben, por decir así, toda su eficacia los sacramentos de la nueva ley: nombre, que todo lo puede con Dios, pues solo por su respeto oye benigno, y despacha benéfico nuestras oraciones: nombre glorioso, conducido por el celo de los apóstoles á todos los gentiles, á todos los reyes de la tierra: nombre augusto, por cuya confesion los santos mártires se gloriaron y se complacieron en sufrir los mas crueles tormentos: nombre en fin incomparable, pues no hay otro debaxo del cielo en cuya virtud podamos ser salvos: *Nec enim aliud nomen est sub cœlo, in quo nos oporteat salvos fieri.*

„Con razon, dice san Bernardo (*a*), se llama el dulcí„simo nombre de Jesus *óleo saludable*; porque verdade„ramente es óleo que alumbra cuando la caridad le en„ciende; óleo que nutre cuando el corazon le gusta; óleo „que sana cuando la devocion le aplica. Todo alimento „del alma, que no esté embebido en este óleo, es seco; „toda comida espiritual, que carezca de este condimento, „es insípida.

„No hallo gusto en los libros, sino encuentro en éllos „el nombre de Jesus. Me fastidian las conversaciones, si „el nombre de Jesus no se repite en éllas con frecuencia. „Este nombre es miel para mi boca. No hay sonido mas „armonioso á mis oidos; ¿ni qué cosa puede haber mas „dulce para el corazon?

„¿Estás triste? pues traslada el nombre de Jesus des„de el corazon á los labios, y verás que presto las nubes „se disipan, vuelve la serenidad, se descubre el bello dia.

(*a*) *Serm. 15. sup. Cant.*

»¿Te inducen á la desesperacion los remordimientos de tu »conciencia, y te estremece la espantosa vista de tus »enormes pecados? Ea, pronuncia el dulcísimo nombre »de Jesus, y verás como revive la confianza, y el tenta»dor se pone en vergonzosa fuga. A solo el nombre de Je»sus se desarma todo el infierno junto. Él es el que hace »derramar en la oracion lágrimas tan dulces: él es el que »infunde tanto aliento en los mayores peligros.

»¿Quién invocó jamas este adorable nombre, que no »fuese prontamente socorrido? ¿quién se vió nunca com»batido de las pasiones mas violentas, ó atacado de sus »mas furiosos enemigos, que invocando este dulcísimo »nombre, no hubiese conseguido una completa victoria?

»Nombre de valor en los combates; nombre de luz en »los peligros; nombre de consuelo en los trabajos; nom»bre de salud á la hora de la muerte para todos los que »le tienen grabado en el corazon.

¡Qué veneracion tuvieron los santos á este augusto nombre! San Ignacio mártir decia de sí mismo, que le llevaba impreso en el alma. San Bernardo no acertaba á hablar de otra cosa en sus conversaciones, y era esta la materia mas frecuente de sus elogios. A san Ignacio, fundador de la Compañía, le pareció no podia dexar á sus hijos otro nombre que los hiciese concebir mas alta idea de la sublime perfeccion en que los empeñaba su estado y su sagrado ministerio, que el de distinguirse con el nombre de *Compañía de Jesus*. Por eso esta religion celebra el dia de hoy la fiesta de este dulcísimo nombre, así como lo hacen tambien otras iglesias y familias religiosas, y en la misma conformidad que lo practíca toda la Iglesia de España.

¿Qué nombre mas respetable á los ángeles, mas formidable al infierno, mas venerable á los hombres, que el sagrado nombre de Jesus? Él es el nombre augusto, dicen los padres de la Iglesia, porque no hay cosa mas gloriosa para Dios, que ser Salvador de los hombres, y aun por eso compró este nombre á tanta costa, haciendo aún mucho mas de lo que basta para merecer esta gloria. Él es un nombre que inspira alegría y confianza; porque al mismo paso que es un soberano remedio para todas las calamidades de esta vida, es tambien una hermosa prenda de la felicidad eterna.

¿Qué significa el nombre de Jesus, dice san Agustin, sino Salvador? Pues sálvame tú, ó buen Jesus, aunque no sea mas que por corresponder á lo que me promete tu nombre: *Quid est Jesus, nisi Salvator? Ergo, Jesu, propter temetipsum salva me: fac mihi secundùm nomen tuum.* El sagrado nombre de Jesus, añade el mismo Santo, es nombre delicioso, nombre dulce, nombre que inspira una amorosa confianza, nombre que asegura y que alienta al pecador: *Jesus est nomen dulce, nomen delectabile, nomen confortans peccatorem, et nomen bonæ spei.* ¡O buen Dios! (exclama el mismo Padre) si yo por mi desgracia perdí el derecho de salvarme, tú por tu misericordia conservas el título para no perderme. ¡*O bone Domine! Si admisi undè me damnare potes, tu non amisisti undè salvare soles.* En su mismo nombre, dice san Gregorio Niseno, lleva consigo Jesucristo la prenda mas segura de su misericordia: *Misericordiæ pignus nomine portat.* El nombre de Jesus, dice san Juan Crisóstomo, es un nombre donde están contenidos todos los bienes: *Nomen continens omne bonum.* Nombre, añade Orígenes, que acredita la omnipotencia del que se distingue por él: *Nomen Jesu, nomen omnipotentis.* Bendito sea para siempre este sagrado nombre, que aplaca la ira de Dios, nos libra de su maldicion y atemoriza á los mismos demonios: *Hoc nomen Domini sit benedictum in secula, quod iram avertit, quod maledictum abstulit, quod dæmones terruit.* Hombres mortales, dice san Ambrosio, en este santo nombre teneis con que calmar vuestra turbacion, con que remediar vuestros males, con que socorrer vuestras necesidades, con que alentar vuestra fe, con que encender vuestra caridad, con que alimentar vuestra esperanza. Si temeis la muerte, él es la vida; si mirais al cielo, él es el camino; si os abrasa el ardor de la calentura, él es la salud; si teneis hambre, él es sustento; si os oprime el trabajo, él es descanso; si combatis generosamente, él es corona. No, dice san Bernardo, no es este, dulce Jesus mio, un nombre vacío, un nombre aéreo, una vana sombra de nombre como el de ótros que le han precedido; es nombre que da todo el lleno á su significado: *Non enim adinstàr priorum meus iste Jesus nomen vacuum, aut inane portat: non est in eo magni nominis umbra, sed veritas.* Este sa-

grado nombre, añade en otra parte, le traxo el ángel, pero no le impuso; porque siendo Salvador por su misma naturaleza, desde la eternidad tenia tambien este nombre. Ea, pues, nombre innato, no impuesto por algun hombre, ni por algun ángel: *Vocatum est nomen ejus: vocatum planè, non impositum; nempè hoc ei nomen ab æterno; à natura propria habet ut Salvator sit. Innatum est ei hoc nomen, non inditum ab humana, angelicave creatura.* En fin, no hay remedio mas eficaz para apagar el fuego de la ira, para abatir la inflamacion del orgullo, para extinguir el incendio de la lascivia, para mitigar la sed de la codicia, que invocar el dulce nombre de Jesus, que tenerle incesantemente en la boca, y conservarle grabado en el corazon: *Nihil ita iræ impetum cohibet, superbiæ tumorem sanat, extinguit libidinis flammam, sitim temperat avaritiæ, quam invocatio nominis Jesu.* Serm. 2. de Circumcis.

Por lo mucho que vos os humillásteis, exclama un gran siervo de Dios, por lo mucho que padecísteis, ¡ó divino Salvador mio! vuestro Padre celestial os dió un nombre superior á todo nombre. Quiso que os llamáseis Jesus, y que al eco de este nombre todos doblen la rodilla en el cielo, en la tierra, y en los abismos. ¡O Espíritu divino! sin cuya asistencia nadie puede decir, *Señor Jesus*, elevad mis sentidos, animad las potencias de mi alma, dadme á penetrar el misterio de este gran nombre; haced que yo guste su dulzura, que le pronuncie con frecuencia, que nunca le pronuncie sin amor, que siempre le pronuncie con confianza y con respeto, y que reciba siempre los efectos de la gracia que puede y debe producir en mí. Toda vuestra vida quisísteis llevar este santo nombre, amable Jesus mio; en vuestra muerte quisísteis que públicamente se fixase sobre vuestra divina cabeza; y cuando estais sentado en el cielo á la diestra de vuestro Padre celestial, os gloríais de llamaros con este nombre; y de decir, como dixísteis á vuestro Apóstol: *Ego sum Jesus*, Yo soy Jesus. Si es tanta gloria para Vos el ser Salvador mio; ¿qué gloria será para mí el que vos os gloríeis de serlo? Haced, Señor, que yo desee tan ardientemente salvarme, como deseais Vos ser mi Salvador efectivamente. Haced que desee yo con tanta ansia veros

y amaros en el cielo, como deseais Vos verme y coronarme en él. Hasta aquí he deseado que Vos fuéseis Salvador mio, á fin de conseguir la salvacion eterna, que Vos me habeis merecido; de hoy en adelante deseo esta misma salvacion solo porque Vos tengais la gloria de haberme salvado; y así, Dios mio, yo la deseo, y yo os la pido por Vos y por mí: *A solis ortu usque ad occasum laudabile nomen Domini.* Sí, mi Dios; vuestro santísimo nombre merece ser alabado por todas las criaturas que hay desde el Oriente hasta el Ocaso. Por siempre sea bendito este nombre adorable, ahora y en los siglos de los siglos: *Sit nomen Domini benedictum ex hoc nunc, et usque in seculum.*

La misa de este dia es del santo nombre de Jesus, y la oracion es la siguiente.

Deus, qui Unigenitum tuum constituisti humani generis Salvatorem, et Jesum vocari jussisti; concede propitius, ut cujus sanctum nomen veneramur in terris, ejus quoque aspectu perfruamur in cœlis: Per eumdem Dominum nostrum...

O Dios, que hicísteis Salvador del género humano á vuestro unigénito Hijo, y mandásteis que se llamase Jesus; concedednos por vuestra bondad infinita, que así como honramos su santo nombre en la tierra, así tambien gocemos de su presencia en el cielo: Por el mismo Jesucristo nuestro Señor...

La epístola es del cap. 4. de los Hechos apostólicos.

In diebus illis: Petrus repletus Spiritus sancto dixit ad eos: Principes populi, et seniores, audite: Si nos hodiè dijudicamur in benefacto hominis infirmi, in quo iste salvus factus est, notum sit omnibus vobis, et omni plebi Israël: quia in nomine Domini nostri Jesu Christi Nazareni, quem vos crucifixistis, quem Deus suscitavit à mortuis, in hoc iste astat coram vobis sanus.

En aquellos dias: Pedro, lleno del Espíritu santo, dixo: Príncipes del pueblo, y ancianos, oid: Si hoy se nos pide razon en juicio del bien que habemos hecho á este hombre enfermo, y de cómo ha sanado, sea notorio á todos vosotros y á todo el pueblo de Israël, que en el nombre de nuestro Señor Jesucristo Nazareno, á quien vosotros crucificásteis, á quien Dios resucitó de entre los muertos, ha

Hic est lapis, qui reprobatus est à vobis ædificantibus, qui factus est in caput anguli: et non est in alio aliquo salus. Nec enim alium nomen est sub cœlo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.

sanado este hombre que está delante de vosotros. Éste es aquella piedra que vosotros desecchásteis edificando, y que se ha puesto por cabeza del ángulo. Y no hay salud en otro alguno; porque ningun otro nombre se ha dado á los hombres debaxo del cielo, en cuya virtud podamos ser salvos.

NOTA.

»El libro de los Hechos apostólicos, como ya queda »prevenido en otra parte, es la historia de las acciones »de los apóstoles, y de los primeros discípulos de Cris»to, escrita por san Lucas desde la Ascension del Salva»dor hasta que llegó san Pablo á Roma.

REFLEXIONES.

¡Qué valor, qué intrépidez, qué elocuencia en un pobre hombre, en un hombre rústico y grosero, que dos dias antes no sabia hablar cuatro palabras, y tan cobarde, que negó, y renegó á Jesucristo sin otro impulso que la despreciable amenaza de una vil esclava! Tanto como esto puede el Espíritu santo; tanto como esto hace la gracia en un corazon verdaderamente convertido; tanto como esto produce en un alma el amor de Jesucristo. Mírase con desprecio el desagrado del mundo, y los respetos humanos; no se tiene vergüenza de cumplir cada cual con su deber cuando no se tiene vergüenza de seguir el evangelio. A la verdad, este no fué celo impetuoso, un celo indiscreto; fue un valor juicioso y cristiano; fue una intrépidez prudente y moderada, pero eficaz y animosa. No se ignora que una leccion dada sin tiempo, ofende mas que intruye; una advertencia fuera de razon, irrita mas que enseña. Pero hoy, que con el motivo de la milagrosa curacion de un enfermo jurídicamente se nos pregunta, dice san Pedro; yo te enseñaré, pueblo ciego, cuál es el divino poder de ese Jesus Nazareno que has crucificado. El celo ha de ser ardiente, generoso, intrépido; pero prudente. Todo lo echa á perder si se mezcla la pasion. Para ser eficaz solo ha de ser animado de la gracia de Jesucristo.

¡Pero con qué destreza se aprovecha de la ocasion para enseñar á todo el pueblo la verdad de la religion cristiana! ¡con qué santa animosidad, y qué á tiempo le reprende su delito! ¡Cuánto bien se haria en en el mundo, si se miráran con celo y con cariño los intereses de Jesucristo, y si no se tuviera vergüenza de su evangelio! Hay mucha cobardía para seguir el camino de la virtud; por que hay poco valor para mantenerle despues por medio del buen exemplo.

No hay otro nombre debaxo del cielo, en cuya virtud podamos salvarnos. ¿Pues cómo no colocarémos toda nuestra confianza en este santo nombre? Ninguna cosa desmaya tanto la confianza, como los secretos remordimientos de un corazon ingrato y cobarde. Ámase con mucha tibieza á Jesucristo; tiénese poca fidelidad en la obediencia á su ley; de aquí nace aquella confianza tímida, dudosa y poco firme. Es el nombre de Jesus un manantial perenne de dulzuras y de consuelos á quien vive segun las máxîmas del evangelio, y no quiere reconocer ni otro maestro, ni otro dueño que á solo Jesucristo.

El evangelio es del cap. 2. de san Lucas.

In illo tempore: Postquàm consummâti sunt dies octo, ut circumcideretur puer: vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab Angelo priusquam in utero conciperetur.

En aquel tiempo: Despues de cumplidos los ocho dias para circuncidar al niño, pusiéronle el nombre de Jesus, como le habia llamado el ángel antes de ser concebido en el vientre.

MEDITACION.

De la confianza que debemos tener en Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todo cuanto hay nos persuade á tener una entera confianza en Jesucristo. El fin por el cual el Verbo divino se hizo hombre, la vida y la muerte de este hombre Dios, sus palabras, sus acciones, todos son

motivos de confianza á una alma, que verdaderamente tiene fe.

La bondad, el poder, la voluntad de hacer bien, son poderosas razones de confianza. Pues imagina siquiera una, que no se halle eminentemente en Jesucristo. Su poder es infinito; su bondad sin término; el deseo de hacernos bien, de hacernos enteramente felices es sin límite.

Él mismo nos tiene declarado que solo vino al mundo para salvar á los pecadores. No se ha visto jamás maestro mas dulce, padre mas amoroso. Diríase que bastaba ser uno infeliz para hacerse acreedor á sus cariños: *Venid á mí los que estais atribulados, que yo os consolaré.* ¡O mi Dios, y qué convite tan eficaz para empeñar toda nuestra confianza!

¿Qué significa la parábola del pastor, que dexando las noventa y nueve ovejas corre ansioso tras aquella sola que se ha descaminado, y se la echa á cuestas sobre sus mismos hombros para escusarla el trabajo de seguirle por su pie?

¿Qué significa la del hijo pródigo, que logra un padre de entrañas tan amorosas, que le sale al encuentro, y lejos de tratarle con severidad, le restituye en todos sus derechos, y celebra una fiesta para solemnizar su reconocimiento?

¿Qué indulgencia con la muger adúltera, y qué bondad con el discípulo incrédulo? Tomas, ¿tú dices que no quieres creer mientras no metas los dedos en la llaga de mi costado? pues yo quiero que metas toda la mano. Quéjase amorosamente á sus discípulos de que nada le pedian, contando por nada los inmensos beneficios de que los habia colmado. ¡Con qué liberalidad se esmeraba en socorrer las necesidades de todos cuantos le seguian! ¡qué milagros no obraba en su favor! ¡con qué dulzura, con qué afabilidad, con qué ternura trataba y recibia á cuantos le buscaban!

¡O dulce Jesus mio, qué mas pruebas puedo desear de tu bondad para poner en tí toda mi confianza! Y en medio de una confianza tan grande, ¿cómo será posible que continúe en ofenderte y en amarte tan poco?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay medio que Cristo no practicase para despertar nuestra esperanza y para alentar nuestra fe. Los misterios de su vida, las particularidades de su pasion, las circunstancias de su muerte todo es nuevo motivo á nuestra confianza. Aun él mismo quiere que esta virtud consoladora sea una de las cualidades indispensables que deben acompañar á nuestras oraciones, una condicion necesaria, sin la cual declara que no serán oidas. Hasta el número y la gravedad de los pecados pueden hacerse lugar en la economía y en el motivo de nuestra confianza: *Propitiaberis peccato meo; multum est enim.*

¡Pero qué fondo de confianza no podemos hacer sobre la presencia real de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía! Acabóse la obra de la redencion; mas no se apuró el manantial inagotable de sus ternuras y de sus finezas. Todas sus delicias son estar siempre con nosotros. Y despues de esto ¿buscarémos otros motivos para colocar en él toda nuestra confianza?

¡O mi Dios, y cuánta verdad es que mi poca confianza prueba con evidencia mi poca fe! ¿Pues por qué he de extrañar yo el verme cercado de tantos trabajos; el que sean poco oidas mis oraciones, y el que viva tanto tiempo en tanta necesidad? Saldré, saldré de esta miseria por vuestra misericordia, ¡ó Señor mio! ¡ó Salvador mio! ¡ó amoroso Padre mio! Toda mi confianza la pondré en Vos; y fuera de Vos, ¿en quien podré yo colocarla? Aunque sea tan indigno de vuestra gracia; aunque me presente tan lleno de culpas á vuestros divinos ojos, vuestro dulce, vuestro sagrado nombre me alienta y me asegura. Pecador soy, yo lo confieso; pero vos, mi Jesus, vos sois mi Salvador, vos sois mi Dios.

JACULATORIAS.

In te, Domine, speravi, non confundar in æternum. Salm. 30.

Toda mi confianza la he puesto en Jesucristo; seguro estoy de que jamas me engañará mi confianza.

Propter nomen tuum, Domine, propitiaberis peccato meo. Salm. 24.

Tengo, Dios mio, la dulce confianza de que por vuestro santísimo nombre me habeis de perdonar mis pecados.

PROPOSITOS.

Profesa toda la vida una ternísima devocion al dulce nombre de Jesus; tenle frecuentemente en la boca para invocarle y para bendecirle; pero mucho mas en el corazon para amarle. Imponte una inviolable ley de no invocarle jamas sin el mas profundo respeto. Á lo menos es indecencia, por no decir una especie de impiedad, ervirse á cada paso de este santísimo nombre como se pudiera usar de cualquier nombre profano. Ten presente que á la invocacion de este divino nombre, como dice el Apóstol, todas las criaturas deben hincar la rodilla, y que no se puede pronunciar con el debido respeto á menos que sea por un movimiento particular del Espíritu santo.

2 Haz todos los dias á Maytines comemoracion del dulce nombre de Jesus; y ten una gran confianza en este suavísimo nombre. Hazte á la piadosa costumbre de invocarle muchas veces en vida, para que lo pronuncies con confianza á la hora de la muerte. Aquella breve oracion que hizo el ciego de Jericó, debe ser familiar á todo cristiano en todos los peligros, en las diferentes necesidades de la vida, y sobre todo cuando urgen las tentaciones: *Jesu, fili David, miserere mei*: Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí; ó la jaculatoria de san Agustin: *Jesu, esto mihi Jesus, et salva me*: Jesus, sed para mí Jesus, y salvadme. San Pablo tenia tanta devocion con este santo nombre, que se ven llenas de él todas sus epístolas. San Ignacio mártir, discípulo de san Juan, le tenia contínuamente en la boca. San Bernardino le llevaba siempre grabado en una tabla. San Francisco de Sales daba principio á todas sus cartas con estas palabras: *Viva Jesus*; este era su favorecido nombre, y á cada paso le repetia en todas sus conversaciones. Muchas personas devotas añaden al santo nombre de Jesus el dulce nombre de María. Quien se acostumbráre á pronunciarlos

en vida, los invocará con mayor facilidad y con mayor confianza á la hora de la muerte. Tambien es una devocion muy loable invocar este santo nombre al tiempo de despertar por la mañana, antes de dormirse por la noche, y en ciertos accidentes repentinos que suceden. Algunos grandes santos le pronunciaban luego que oian tronar. En todo y por todo nuestra confianza debe estar colocada en el dulcísimo nombre de Jesus.

DIA QUINCE.

San Pablo, primer ermitaño.

San Pablo, á quien venera la Iglesia como á modelo de la vida solitaria, por ser el primer ermitaño de quien habla la historia, nació en la inferior Tebáida ácia el año de 228.

Sus padres, que por sus grandes conveniencias podian no perdonar á gasto alguno para la buena educacion de su hijo, le aplicaron con el mayor desvelo al estudio de las bellas letras; y nada omitieron de cuanto podia contribuir al cultivo de su excelente índole y talentos. La vivacidad y la penetracion de su genio le facilitaron hacer en poco tiempo maravillosos progresos. Instruyóse en las lenguas griega y egipcia; pero cuanto mas adelante caminaba el santo mancebo en las ciencias humanas, mas le iluminaba el Espíritu santo en los conocimientos divinos, y mayor penetracion lograba en los misterios de la religion. Desde edad de catorce años era todo su estudio en la doctrina de Jesucristo, y no tomaba gusto en otra ciencia que en la que enseña el camino de la salvacion eterna. Á los quince quedó huérfano de padre y madre; y como solo tenia una hermana, que ya estaba casada, le dexaron heredero de todos sus bienes.

Estaba Pablo muy convencido de la nada de todos los bienes de la tierra, y le sobraba mucho desengaño para que le debiesen el menor apego los que poseía. Ofrecióle bella ocasion de dar una gran prueba de este desasimien-

to la cruel persecucion que el emperador Décio excitó por aquel tiempo contra los cristianos.

Los horribles estragos que esta violenta tempestad hacia en Egipto y en la Tebáida pusieron en precision á muchos fieles de refugiarse á los desiertos hasta que se pasase la tormenta. Nuestro Santo se retiró á una casa de campo muy apartada, donde comenzó á gustar las dulzuras de la soledad, y aquel placer que experimenta el alma en el retiro cuando se ocupa únicamente en su Dios.

Hallándose con tan buenas disposiciones, tuvo noticia de que su cuñado maquinaba delatarle á los tiranos por la codicia de aprovecharse de sus bienes. Resolvió prevenir una determinacion tan bárbara; y abandonándolo todo, se retiró á unas montañas incultas y muy distantes, siendo de edad de 22 años.

Su primer ánimo fue solo hacer tiempo en aquel sitio á que pasase la tempestad de la persecucion; pero eran muy diferentes los designios de la divina Providencia. Aquel Señor, que le habia destinado para abrir á tantas almas grandes un nuevo camino de perfeccion, le infundió tan ardiente deseo de sepultarse para siempre en aquella espantosa soledad, y de ocuparse únicamente en la contemplacion de las verdades eternas, que desde luego formó la heróyca resolucion de pasar en élla todos los dias de su vida.

Lleno de una generosa confianza en la bondad del mismo Señor, por cuyo amor lo habia dexado todo, comenzó á penetrar poco á poco por aquel vasto desierto, venciendo el espanto natural y el natural sobresalto que á los principios le causaba la vista de tantas especies de brutos y de fieras.

Así marchaba como á la ventura y sin objeto, volviendo los ojos ácia todas partes, cuando al pie de una montaña advirtió una cueva, cuya entrada estaba cerrada con una piedra. Picóle la curiosidad de ver lo que habia dentro, y separando la piedra, halló una especie de salon, á quien servian como de techo las dilatadas y entretexidas ramas de una antigua palma, á cuyo pie brotaba una hermosa fuente de agua muy cristalina, que formando un apacible arroyuelo, á pocos pasos se perdia en la misma

tierra. Descubríanse bastantes señales de que en la parte exterior de la montaña habian habitado antiguamente algunos ocultos fabricantes de moneda, porque se veian todavía algunas chozas con yunques, martillos, moldes y cuños; lo que daba á entender que debió ser aquella alguna fábrica de moneda falsa en tiempo de Marco Antonio y de la reyna Cleopátra.

Cuando se vió Pablo en lugar tan retirado de todo humano comercio se sintió mucho mas encendido en el amor á la soledad; y mirando aquella cueva como habitacion que le tenia destinada la divina Providencia, se determinó á sepultarse en élla para todos los dias de su vida.

Desde aquel punto no tuvo otra ocupacion que dedicarse á la contemplacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas, gastando en oracion los dias y las noches. La palma de la gruta con sus hojas y con sus dátiles le daba con que cubrirse y con que alimentarse hasta los 53 años de su edad. Desde allí adelante, queriendo Dios dar á entender el especial cuidado que tiene su amorosa providencia de los que por su amor lo dexan todo, dispuso que un cuervo le traxese cada dia medio pan como al santo profeta Elías: milagro que se continuó hasta el dia de su muerte.

Hallábase Pablo en los ciento y trece años de su edad, habiendo pasado noventa en aquel género de vida, cuando queriendo el Señor descubrir á todo el mundo cristiano aquel tesoro escondido, permitió que á san Antonio, que á la sazon tenia noventa años, y habia muchos que vivia en otro desierto, le asaltase el vano deseo de saber si habria en aquellos desiertos otro solitario que hubiese vivido en éllos por tanto tiempo, y que profesase una vida tan perfecta como la suya. La noche siguiente tuvo un sueño, en que Dios le dió á entender que con efecto habia en aquellas soledades un ermitaño mas antiguo y mas santo que él.

Apenas amaneció el otro dia cuando Antonio se puso en camino, sin que le embarazase el peso de los años; y entregándose á la direccion de la divina Providencia, anduvo sin cesar, y sin saber adonde iba. Ácia el medio dia se encontró con una especie de monstruo, que al principio le causó algun miedo, porque tenia la figura

como de hombre y de caballo. Pero poniendo toda la confianza en Dios, y hecha la señal de la cruz, preguntó al monstruo con intrepidez si sabia donde habitaba el siervo de Dios: san Gerónimo, que refiere este hecho, dice, que habiéndole mostrado el lugar aquel animal con su mano derecha, el bruto se entró corriendo por la aspereza, y Antonio prosiguió su camino. A la mañana del dia siguiente encontró otros muchos monstruos de figuras horribles y espantosas, que quizá serian espectros ó ilusiones con que el demonio pretenderia atemorizarle para hacerle volver atrás; pero el Santo sin hacer caso caminó adelante.

En fin, despues de haber pasado toda la noche en oracion, apénas amaneció el tercero dia, cuando vió una loba al pie de una montaña que baxaba á beber al arroyo. Siguióla, y llegó á la cueva; entró en élla no obstante su obscuridad, y mirando ácia todas partes, descubrió una luz á corta distancia; aceleró el paso, y al ruido que hizo en el cascajo acudió Pablo á cerrar la puerta con el pasador. Corrió Antonio, y hallándose como burlado, se postró al umbral de la puerta, conjurando al siervo de Dios con ruegos y con lágrimas que le abriese. Bien sabes, le decia, quien soy yo; no ignoras el principal motivo de mi viage; ya sé que no soy digno de verte, pero estoy resuelto á no apartarme de aquí sin haberte visto. A tu puerta moriré, y á lo menos tendrás el trabajo de enterrar mi cuerpo muerto.

Al oir estas palabras se enterneció Pablo, y abriendo la puerta, le dixo sonriéndose: ¿Quién pide gracias con amenazas? Y si vienes á morir aquí, ¿de qué te espantas que no quiera abrirte? Y abrazándose los dos con gran ternura, se saludaron por sus nombres. Despues de rendir gracias á Dios, y de haber hecho oracion, se sentaron; y volviéndose Pablo á Antonio, le dixo: Ves aquí al que has buscado con tanto trabajo; no ves mas que un cuerpo consumido con la vejez, que en breve se convertirá en polvo. Pero dime, ¿qué es lo que pasa en el mundo? ¿Se fabrican todavía casas nuevas y suntuosos palacios en las ciudades antiguas? ¿Quién reyna en la tierra? ¿Hay todavía hombres insensatos y ciegos que adoren los demonios, y vivan en las tinieblas de la idolatría?

Respondió Antonio á todas estas preguntas; y estando los dos santos entreteniéndose en dulce conversacion, vieron venir al cuervo con un pan en el pico, y volando blandamente le puso entre los dos. Admirado de la bondad del Señor, le dixo san Pablo: sesenta años ha que este cuervo me trae cada dia medio pan; pero hoy Jesucristo por tu respeto, y para que comamos los dos, ha doblado la racion. Dieron gracias á Dios; y hecha oracion, se sentaron á comer junto á la fuente.

El dia siguiente, luego que amaneció, dixo Pablo á san Antonio que ya se acercaba su muerte, y que Dios le habia enviado para que diese sepultura á su cuerpo. Al oir Antonio estas palabras comenzó á deshacerse en lágrimas, y pidió á Pablo que á lo menos le alcanzase de Dios la gracia de que muriese con él. No debes anteponer tu conveniencia á la gloria de Dios, respondió Pablo, y tus discípulos todavía tienen necesidad de tus exemplos. Pero yo tengo una gracia que pedirte, y es que vayas y me traigas el manto del obispo Atanasio para amortajar con él mi cuerpo. San Gerónimo dice, que este solo fue un cariñoso pretexto para que Antonio se ausentase, y no padeciese el dolor de verle morir; si ya no fue quererle significar que deseaba morir en la fe y en la comunion de san Atanasio.

Admirado Antonio de oirle hablar del manto de Atanasio, no se atrevió á replicarle, y besándole dulcemente los ojos y las manos, que regó con sus lágrimas, se puso luego en camino, y al cabo de dos dias llegó desalentado á su monasterio.

Preguntáronle dos de sus discípulos dónde habia estado tanto tiempo, y Antonio exclamó: Pobre de mí que soy indigno del nombre de solitario. Vi á Elías, ví á Juan en el desierto, y he visto á Pablo en el paraíso. Y sin hablarles mas palabra tomó el manto de Atanasio, y volviéndose á poner en camino, comenzó á andar con grande priesa, sin detenerse un momento.

El dia siguiente por la mañana apénas habia caminado como tres horas, cuando vió subir al cielo el alma de Pablo toda llena de resplandor en medio de los ángeles, de los apóstoles y de los profetas. Enterneciόle sobre manera esta vision, y deshaciéndose en lágrimas, postrado el

semblante con la tierra comenzó á gritar: Amado padre mio, ¿por qué me has dexado así? ¿Es posible que tan tarde te conocí para perderte tan presto? Levantándose despues con nuevo aliento, prosiguió su camino; llega á la cueva, entra en élla, y encuentra el cuerpo de Pablo arrodillado, la cabeza erguida, y las manos levantadas al cielo. Al principio creyó que estaba vivo, y que estaba en oracion; pero como no le oyese suspirar segun lo tenia de costumbre, corrió para abrazarle, y halló que estaba muerto. Entonces regándole con sus lágrimas, amortajó el santo cuerpo con el manto, sacóle fuera de la cueva, y comenzó á cantar los himnos y los salmos que acostumbra la santa Iglesia.

Estaba muy afligido sin saber cómo habia de cavar la tierra para darle sepultura, cuando vió venir ácia sí dos leones que salian de lo interior del desierto. Tuvo miedo al principio, pero animóse despues con la confianza en Dios. Llegaron los leones donde estaba el santo cuerpo, postráronse á sus pies, y dando rugidos lastimeros, comenzaron á abrir la tierra con las garras y las uñas. Cuando hicieron una hoya competente se acercaron á san Antonio, y le alhagaron blandamente, como si le pidiesen su bendicion. Levantó el Santo los ojos al cielo, y dixo: Señor, dadles á estos animales lo que les conviene, y haciéndoles señal con la mano para que se fuesen, los despidió. Enterró despues el santo cuerpo, y heredó la túnica de Pablo que él mismo habia texido de las hojas de la palma, la cual, vuelto al monasterio, vistió despues toda la vida en los dias mas solemnes.

Dicen algunos que san Antonio edificó un monasterio y una iglesia en el mismo lugar que habia enterrado á san Pablo. El emperador Comneno hizo trasladar sus reliquias á Constantinopla. Cuando los latinos se apoderaron de esta ciudad, el cuerpo de san Pablo fue transportado á Venecia el año de 1240, y el de 1381 Luis I, rey de Ungría, le obtuvo del senado, y le hizo trasladar con grande solemnidad á Buda, donde le colocó en la iglesia de san Lorenzo. Venérase en Roma la cabeza de san Pablo, y en el monasterio de Cluni alguna de sus reliquias.

La misa es en honor de este gran Santo, y la oracion es la que se sigue.

Deus, qui nos beati Pauli Confessoris tui annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos llenas de alegría con la fiesta de tu confesor el bienaventurado san Pablo: concédenos por tu bondad la gracia de imitar en la tierra las acciones de aquel, cuyo nacimiento en el cielo celebramos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3. de san Pablo á los filipenses.

Fratres: Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu Christi Domini mei: propter quod omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam, et inveniar in illo non habens meam justitiam, quæ ex lege est, sed illam, quæ ex fide est Christi Jesu, quæ ex Deo est justitia in fide ad cognoscendum illum, et virtutem resurrectionis ejus, et societatem passionum illius: configuratus morti ejus: si quo modo occurram ad resurrectionem, quæ est ex mortuis: non quod jam acceperim, ut jam perfectus sim: sequor autem si quomodo comprehendam in quo et comprehensus sum à Christo Jesu.

Hermanos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya por pérdida, por amor de Cristo. Antes bien juzgo que todas las cosas son pérdida en comparacion de la alta ciencia de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he renunciado todas las cosas, y las tengo por estiercol, para ganar á Cristo, y ser hallado en él, no teniendo aquella propia justicia que viene de la ley, sino aquella justicia que nace de la fe en Jesucristo, aquella justicia que viene de Dios por la fe; para conocer á Jesucristo, y el poder de su resurreccion, y la participacion de sus tormentos, copiando en mí la imagen de su muerte, á fin de llegar de cualquîer modo que sea á la resurreccion de los muertos. No porque ya lo haya conseguido, ó sea ya perfecto; sino que camino para llegar de algun modo adonde me ha destinado Jesucristo cuándo me tomó para sí.

NOTA.

»Cuando san Pablo escribió esta epístola, se hallaba en »Roma como preso. Los filipenses, esto es, los cristianos »de la ciudad de Filipo, que en otras ocasiones le habian »dado pruebas de su devocion y de su afecto, no se olvi- »daron de hacer lo mismo en la presente. Enviáronle á su »obispo Epafrodito con limosna para su asistencia, y cuan- »do el Obispo se volvió á su iglesia, el Apóstol le entregó »esta carta para los filipenses, en la cual los exhorta á que »observen perpetuamente con toda fidelidad la ley que los »predicó, y á estar siempre unidos con Jesucristo en su »cruz. Fue escrita esta carta ácia el año de Cristo de 61.

REFLEXIONES.

Así piensa, así habla san Pablo de todo lo que agrada, de todo lo que deslumbra en el mundo, de todo lo que lisonjea, de todo lo que nutre el amor propio, el orgullo y la concupiscencia. ¿Pensamos nosotros como pensaba el Apóstol? Pues en verdad que no profesamos otra religion; que todos hablan las mismas lecciones, y que todos tenemos un mismo maestro. ¿Hallaránse el dia de hoy muchos cristianos que tengan por cosa de humo todo lo que en el mundo brilla? ¿Encontraránse muchos que reputen por desgracia ser poderosos, ser ricos? Sin embargo de eso san Pablo lo reputó como tal.

Ciertamente, cuando se llega á conocer de veras á Jesucristo no se puede mirar sin desprecio todo lo que se estima en el mundo. Cuando se mira fixamente al sol parecen tinieblas los objetos mas brillantes. ¿Qué solidez, qué descanso se puede hallar en unos bienes vacíos y fugaces? ¿Qué realidad se puede encontrar en esos honores que solo consisten en la idea vana y extravagante de los hombres? Solo en los tesoros de mi religion encuentro yo un descanso pleno, una abundancia, una felicidad pura y perfecta. Solo Jesucristo puede hacer nuestra felicidad; mas para eso es menester hallarse en Jesucristo, solamente se halla el hombre en él por la fe, y con la gracia. Inutilmente se busca en otra parte la paz del alma, porque solo en Jesucristo se hallará.

Muchos hay que renunciándolo todo, nada dan, porque todavía su corazon se queda pegado á todo. Nunca fue del gusto de Dios una renuncia imperfecta ú ociosa. No basta renunciarlo todo por Jesucristo; es menester tener parte en su Pasion, es menester hacer visible la imagen de su muerte por medio de una vida crucificada; es menester trabajar cada dia en ser mas santo y mas perfecto, no perdiendo jamas de vista á Jesucristo enclavado en una cruz.

Prosigo mi camino, dice el Apóstol, *para llegar al término.* Por el mismo camino corremos todos, ¿lograrémos todos el mismo término? Un Apóstol grande, un hombre lleno de merecimientos, consumido en trabajos por Jesucristo, un vaso de eleccion no cree haber ganado el premio despues de tantas victorias; antes bien aplica toda su atencion á olvidar el camino que ha andado, para no pensar mas que en el que resta por andar; y nosotros que nada hemos hecho, que quizá estamos ya al fin de la carrera nos mantenemos ociosos, y vivimos con grande tranquilidad. ¿Cuál será nuestro término? Ello ácia él caminamos, ¿pero nuestro término será nuestra recompensa? ¿Abanzámonos ácia el premio cuando nos vamos abanzando ácia la eternidad? ¡O buen Dios! ¡y qué temible es nuestra falsa tranquilidad!

El evangelio es del cap. 11. de san Mateo.

In illo tempore: respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine cæli et terræ: quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi filius, et cui voluerit filius revelare. Venite ad me omnes qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum,

En aquel tiempo respondió Jesus, y dixo: Glorifícote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y

et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazon: y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera.

MEDITACION.

No hay en la tierra felicidad verdadera, sino en el servicio de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que solamente fuimos criados para conocer, para amar y para servir á Dios. Luego no podemos ser felices sino sirviendo al mismo Dios. Cualquiera otra felicidad es quimérica, y el que la busca fuera de Dios camina errado ó iluso.

Cristo dice que *su yugo es suave*, y que *su carga es ligera*; el mundo piensa y dice todo lo contrario. ¿Cuál de los dos se engaña? ¿A quién debemos creer? Jesucristo lo dixo, es verdad; ¿pero nuestra solicitud y nuestros deseos prueban acaso que damos crédito á este oráculo?

Para ser felices es menester hacer paces con nuestros deseos, que ningun bien criado nos altere. Es menester que el corazon esté contento, y fuera de Dios no puede dexar de estar inquieto. Fatígase, cánsase, desgástase el alma en el servicio del mundo. No hay estado sin trabajos, no hay dia sin muchas nieblas, no hay empleo que no sea una carga. Desengañémonos, que todo disgusta, todo cansa; solo es dulce y ligero el yugo del Señor. Mi razon misma no acierta á decirme lo contrario; ¿y todavía dudo, todavía delibero, ó mi Dios, si tengo de serviros?

En el servicio del mundo todo es duro, todo es sin fruto; no hay alegría que no nazca rodeada de mil espinas; todo punza. ¿Qué dia de calma se descubre jamás en este mar borrascoso? Todos son escollos; ¿y cuántos se ven tristes naufragios? ¿Cuánto dan que padecer las pasiones agenas, y cuánto hacen tambien sufrir las pasiones propias?

En el servicio de Dios estas tiranas estan por lo menos

encadenadas; todos los caminos estan llanos; el cielo se registra siempre sereno. Y ciertamente cuando la conciencia está en paz, ¡qué mas dulce calma! ¡Ah Señor! ¡Y cuánta verdad es que estos misterios estan ocultos á los sabios, á los prudentes del mundo, y que solamente á los humildes se revelan estos secretos! ¿De quién dependerá que yo no lo conozca? Dadme gracia, Señor, para que haga la experiencia. Pronto estoy á sacrificarlo todo, á executarlo todo para gustar unas verdades tan dulces, tan llenas de consuelo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay pocas verdades prácticas mejor probadas, ni mas concluyentemente convencidas que ésta.

¿Qué mundano hay que esté contento del dueño á quien sirve? ¿Cuántas quejas se oyen cada dia de lo mucho que se padece en el servicio del mundo? Al contrario, no hay santo que no esté contento, que no esté lleno de gozo en el servicio de Dios. ¿Se ha encontrado acaso alguno que se haya quejado de lo mucho que se padece en este servicio, de lo poco que se recompensa, y de que Dios no es buen amo? *Non sunt condignæ passiones hujus temporis*: Ninguna proporcion hay entre nuestros trabajos y el premio que nos espera.

La soledad, la penitencia, las cruces son tesoros ocultos á los sabios del mundo; ¡pero qué manantial mas abundante de dulzura, de paz y de consuelos interiores para las almas justas! Su modestia, su circunspeccion, su igualdad de ánimo son imágenes muy vivas de la tranquilidad del alma y de la alegría del corazon. ¡Cuándo llegará el dia de que el deseo de mi propia felicidad me conduzca á este divino manantial!

San Pablo, primer ermitaño, pasa noventa años en la soledad mas espantosa, desconocido de los hombres, y únicamente ocupado en la contemplacion de su Dios. ¿Quejóse san Pablo del dueño á quien sirvió? ¿O acaso es digno de compasion el mismo san Pablo? Ignoró enteramente lo que pasaba en el mundo. ¿Cuántos mundanos, cuántos grandes del siglo envidiarán ahora esta santa ignorancia?

Pregunto: ¿ochenta años vividos en el servicio del

mundo causarán en la hora de la muerte tanto consuelo? ¿No se seguirá á éllos algun remordimiento? ¿Serán el objeto de la admiracion y de la veneracion de todos los fieles en todos los siglos? Mas ha de seis mil años que se está demostrando esta verdad por la fe, por la razon y por la experiencia, y todavía no se quiere creer. ¿Pues qué hay que admirar que haya tantos infelices?

No quiero yo aumentar el número de los desdichados. Convencido estoy, Señor, de que solo en vuestro servicio puede encontrarse la verdadera felicidad. Así no quiero otro señor ni otro amo; de hoy en adelante todo mi gusto, todo mi placer será serviros.

JACULATORIAS.

Quam magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

¡O Señor, y cuánta dulzura haceis gustar á los que os sirven y os temen!

Melior est dies una in atriis tuis super millia. Salm. 83.

Un solo dia pasado en el servicio de Dios es mejor que mil años entre los gustos del mundo.

PROPOSITOS.

Imponte una ley de hablar siempre de la devocion con el mayor respeto, con términos que muestren el aprecio con que la miras; habla siempre de élla como del origen de nuestra verdadera felicidad. Nuestro comun enemigo, y el enemigo de Jesucristo es el que introduxo la opinion de que cuesta mucho ser devoto, que el servir á Dios es cosa dura, que hay muchos monstruos que vencer en este camino, que no se da paso en él sin sudor y sin violencia. Esta gerigonza de moda, que es tan comun en el siglo que corre, desalienta á muchas almas tímidas, mantiene á los disolutos en sus desórdenes, es injuriosa al soberano Dueño á quien todos servimos, y es mas perniciosa de lo que comunmente se piensa. Un san Pablo en el desierto, un san Luis en el trono, tantos millares de santos y santas de todos estados y condiciones hablan de la devocion muy

de otra manera que los desenvueltos, y que las mugeres del mundo. ¿A quiénes habrémos de creer? Dices que tú nunca experimentaste esa dulzura, ó á lo menos esa facilidad en la práctica de la virtud. Y dime, ¿qué has hecho para merecerlo? Está todavía ese paladar muy saboreado con el largo uso de los insípidos, de los insulsos placeres del mundo. ¿Aún estás enfermo, ó por lo menos estás convaleciente; y ya quieres tomar gusto á las dulces alegrías del cielo? Sirve á Dios con fervor y con perseverancia, y le servirás con placer.

2. Ama y practíca el recogimiento interior. Sin él toda devocion es superficial. Huye el tumulto y la disipacion de los sentidos; entrégate al retiro, que el ayre del mundo es siempre contagioso á la salvacion; á lo menos nunca te expongas á él sino por el servicio de Dios; y aun entonces el mismo Dios nos obliga al recogimiento interior como á un preservativo necesario. Da principio con la resolucion de evitar cuanto puedas los concursos grandes; mortifica tu curiosidad en punto de novedades, y de querer saber lo que pasa en el lugar. Esta corta mortificacion no es de poca consecuencia para lograr el recogimiento.

DIA DIEZ Y SEIS.

San Marcelo papa y mártir.

San Marcelo papa y mártir, cuya memoria celebra hoy la santa Iglesia, nació en Roma ácia la mitad del tercer siglo. Como ya florecia en aquella ciudad la religion cristiana, á pesar de las persecuciones horribles de los emperadores paganos, tuvo Marcelo la felicidad de ser criado y educado en el seno de la santa Iglesia. Abrazó el estado eclesiástico; y san Marcelino, que ocupaba entonces la silla de san Pedro, conociendo su extraordinario mérito y su eminente virtud, le hizo presbítero de la iglesia de Roma.

Por este tiempo, habiendo sido creados emperadores

Diocleciano y Maxîmiano, movieron aquella cruel persecucion contra los cristianos, que fue la novena desde el imperio de Nerón, la que hizo derramar tanta sangre de mártires, y llenó de luto á toda la Iglesia. Habiendo sido coronado del martirio san Marcelino el año de 304, vacó la silla de san Pedro cerca de tres años. El furor de la persecucion no dexaba libertad á los cristianos para juntarse, y para proceder á la eleccion del nuevo Papa; pero habiéndose mitigado un poco por la renuncia que hicieron del imperio Diocleciano y Maxîmiano, fue elegido papa san Marcelo, siendo el 31 despues de san Pedro el año de 307.

Apenas se vió elevado á esta suprema dignidad, cuando se aplicó á restablecer la disciplina que con las turbaciones precedentes se habia al parecer alterado un poco, y se dedicó á reparar las pérdidas que podia haber padecido la Iglesia durante tan larga y tan cruel persecucion.

Diocleciano y Maxîmiano habian renunciado el imperio en favor de Galerio y de Constancio, padre del gran Costantino. Pero habiendo éste muerto en York, y hallándose á la sazon en Roma Maxencio, hijo del viejo Maxîmiano, creyó que podia ser esta ocasion muy oportuna para hacerse emperador; y con efecto tomó el título de tal. Como los cristianos eran ya poderosos en Roma, afectó hacerse cristiano para atraerlos á su partido, para lisonjear al pueblo romano. Con esto cesó la persecucion, y por algunos meses gozaron de paz los fieles.

Procuró san Marcelo aprovechar este intervalo de tranquilidad para establecer algunas constituciones saludables, y para remediar algunos abusos que se habian introducido.

Instituyó en Roma veinte y cinco títulos ó parroquias para bautizar á los que se convirtiesen á la fe, para recibir á penitencia á los pecadores, y para sepultar con mayor decencia los cuerpos de los santos mártires, en que habia habido mucho descuido, y procuró con el mayor desvelo recoger las santas reliquias.

Ya san Evaristo, sexto sucesor de san Pedro, habia señalado á los presbíteros los barrios, ó los cuarteles de

la ciudad que habian de estar á su cargo. San Higinio cincuenta y cinco años despues habia aumentado el número, y san Marcelo lo determinó al número fixo de veinte y cinco parroquias. Administrábanse en éllas los sacramentos, distribuíase á los fieles la palabra de Dios, y se celebraban los divinos misterios. Desde entonces se comenzó á llamar presbítero cardenal al presbítero principal que tenia á su cargo las parroquias, como que era el quicio sobre el cual se movia el cuidado espiritual de la parroquia; y esto es lo que hoy dia significa el título de estas iglesias que tiene cada cardenal.

El celo de la disciplina eclesiástica irritó los ánimos, y ocasionó al santo Pontífice crecidas mortificaciones. La mayor parte de los que habian flaqueado en la última persecucion, querian ser reconciliados con la Iglesia, casi sin recibir ninguna penitencia. Muchos de los que por su ministerio debian reconciliarlos, les concedian la absolucion con demasiada facilidad, y acusaban el rigor del Santo como importuno y excesivo. Esta diversidad de pareceres causó inquietud y division. Y Maxencio, que despues de la victoria conseguida contra Severo ya no contemplaba á los cristianos, tomó de aquí ocasion para renovar la persecucion contra la Iglesia.

Mandó venir delante de sí á san Marcelo, y quiso obligarle á renunciar la fe, y á sacrificar á los ídolos. La resolucion y la constancia del santo Pontífice le asombraron. Empleó todos los artificios que pudo para derribarle; dulzura, severidad, promesas, amenazas, suplicios; pero todo fue inutil. Hízole despedazar con crueles azotes, y por una especie refinada de crueldad le condenó á servir en las caballerizas públicas, pareciéndole que para un sumo pontífice de los cristianos no sería la muerte suplicio tan duro, como obligarle á pasar sus dias en un exercicio tan penoso y tan despreciable.

Pero el santo Papa nunca pareció tan grande como cuando se vió hecho mozo de caballos por amor de Jesucristo. Privado de todo socorro humano en un lugar tan indigno, peor alimentado que las mismas bestias de carga que tenia á su cuidado, cubierto de unos asquerosos andrajos, y reducido á dormir sobre la desnuda tierra, cien veces al dia daba gracias al Señor por la merced que le ha-

cia, teniéndose por dichoso en imitar de alguna manera su pasion y sus desprecios.

Los fieles concurrian de todas partes para admirar á su santo Pastor, y él los animaba con sus discursos, los cautivaba con su dulzura, y los instruia con sus palabras y con sus exemplos.

Nueve meses habia vivido san Marcelo en aquel estado tan indigno de su persona, cuando los principales del clero romano hallaron medio de libertarle. Sacáronle una noche, y le conduxeron á casa de una santa viuda llamada Lucina, que habiendo sido exemplo de señoras cristianas en quince años que vivió con su marido, habia diez y nueve que era modelo de todas las virtudes en el estado de viuda.

Recibió Lucina en su casa al santo Pontífice con una suma alegría; y como los fieles de todas partes concurriesen secretamente á élla, suplicó á san Marcelo que la consagrase en iglesia. Dióla el Santo este gusto, y despues se llamó san Marcelo, y hoy es título de cardenal.

Apenas fue consagrada esta nueva iglesia cuando los cristianos acudian á élla en tropas todos los dias. El santo Pontífice celebraba los divinos misterios, repartia á los fieles la palabra de Dios, y pasaba las noches en oracion y en vigilias. No duró mucho esta calma, porque se excitó luego una nueva tormenta que todo lo puso en confusion, y causó grandes estragos.

Noticioso Maxencio de lo que pasaba, entró en una furiosa cólera contra los cristianos. Dudó por algun breve rato si quitaria la vida á san Marcelo; pero juzgó que sería mas riguroso castigo para los cristianos el convertir esta nueva iglesia en nuevas caballerizas públicas, y el condenar al santo Pontífice á que pasase sus dias en la última miseria cuidando de las bestias mas viles; lo que al instante se puso en execucion.

La honra de padecer por amor de Jesucristo colmaba á san Marcelo de alegría; pero el dolor de ver profanado aquel sagrado lugar le servia de intolerable suplicio. Mas era menester sufrir este tormento, y todo su consuelo era regar con sus fervorosas lágrimas un lugar que quisiera poder purificar con la efusion de su sangre.

Aunque el santo Pastor estaba tan maltratado, no por

eso olvidaba sus ovejas. Tiénese por cierto que en este mismo tiempo, y en medio de sus trabajos escribió dos epístolas, una dirigida á los obispos de la provincia de Antioquía exhortándolos á conservar con cuidado y con fidelidad el depósito de la fe que habian recibido de san Pedro, y de los otros apóstoles, no sufriendo jamas que alguna doctrina extraña se mezclase ni se entremetiese en alterar su pureza. La otra epístola se dirigia al tirano Maxencio, á quien representa el daño que hace á su alma en perseguir la religion cristiana, que habia dado muestras de abrazar, y le exhorta á abrir los ojos á la verdad, renunciando el culto de los ídolos.

Poco tiempo despues, consumido de trabajos y de miserias nuestro Santo por amor de Jesucristo, acabó su martirio ácia el fin del año de 309. Hallóse su cuerpo cubierto de un cilicio, y retirándole de aquel lugar inmundo, fue enterrado en el cementerio de Priscila, donde se conservó hasta el tiempo de san Martin papa, en el que parte de sus reliquias fueron trasladadas á Flandes, y colocadas en el monasterio de Haumond, cerca de Maubeuge; otra parte en Cluni, y las restantes se conservan el dia de hoy en Roma en la iglesia de san Marcelo.

La misa es en honor del Santo, y la oracion es la que se sigue.

Preces populi tui, quæsumus, Domine, clementer exaudi, ut beati Marcelli, Martyris tui atque Pontificis meritis adjuvemur, cujus passione lætamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que os digneis de oir misericordiosamente las oraciones de vuestro pueblo, para que seamos ayudados por los merecimientos del bienaventurado pontífice Marcelo, vuestro mártir, de cuya pasion nos alegramos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la 2. á los corintios del apóstol san Pablo, capit. 1.

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earundem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambieu nosotros consolar á los que estan en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para nuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes en las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Jesucristo nuestro Señor.

NOTA.

»Hallábase en Macedonia san Pablo, cuando Tito vi»no á buscarle, y le refirió lo bien que habian recibi»do los corintios la carta que les habia escrito, y el »grande fruto que habia hecho con élla, asegurándole »que se habia recogido mucha limosna para los cristia»nos de Judea. Esto le obligó á escribirles esta segun»da carta, en la cual, despues de perdonar al incestuo»so, como éllos se lo habian suplicado, los exhorta á »que se guarden de los falsos apóstoles, que procura»ban desacreditarle en el espíritu de la gente sencilla y

„simple, con el fin de destruir la fe de Jesucristo que él „los habia predicado. Escribióse esta segunda carta el „año 57 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

El Padre de las misericordias, el Dios de todo consuelo es nuestro padre. ¡Y con todo eso hay hombres miserables entre los cristianos! Esta parece paradoxa, y con efecto lo es. Hay miserias, hay trabajos, hay adversidades en la tierra, es verdad; las cruces, las espinas nacen, digámoslo así, debaxo de nuestros pies; vivimos en la region de las lágrimas. Pero si el Dios de todo consuelo se obliga á consolarnos en todas las tribulaciones de la vida, ¿quién puede tener lástima de nosotros? ¿Ignorará por ventura el modo de consolarnos? ¿Faltarále el poder? ¿O se podrá recelar que se olvide de su palabra? A los ojos de tal padre, ¿qué cosa nos puede faltar, ni de qué tenemos que temer? ¿Puede un cristiano no vivir consolado en sus trabajos? Las dulzuras espirituáles inundan á torrentes las almas de los fieles. Pero es menester ser verdaderamente fieles para gustar estas dulzuras.

Fue infeliz, fue desgraciado el hijo pródigo, es verdad; pero lo fue cuando estaba fuera de la casa de su padre. Perecia de hambre; pero era cuando se hallaba en pais extraño. Vióse reducido á la última miseria; pero fue despues de haberse abandonado á los mayores desórdenes. Vuelve de sus desvaríos, y al instante olvida sus miserias. No puede ser miserable el que tiene por padre al Dios de toda consolacion; pero es menester no degenerar, es menester vivir como hijo de tal padre, es menester que un padre tan bueno nos reconozca por sus hijos.

Cuanta mas parte tuviéremos en la pasion de Jesucristo, dice el Apóstol, mas parte tendrémos en los consuelos que nos vendrán por el mismo Jesucristo. Muchos quieren seguir al Salvador sin tener parte en sus tormentos; ¿pues qué mucho que no la tengan en sus consuelos? Para tener parte en los dolores de Jesucristo es menester que Jesucristo la tenga en los nuestros; quiero decir, es menester sufrirlos segun el espíritu, y por amor de Jesucristo. Los dichosos del siglo son objetos de envi-

dia á los que tienen fe. El mismo padecer sin consuelo es grande dulzura cuando se padece por satisfacer á la divina justicia por tanto número de pecados, y por imitar y seguir á Jesucristo que tanto padeció por nosotros. Una alma justa en su misma confianza y en su mismo amor de Dios encuentra un fondo de dulzura y de consuelo que jamas se agota.

El evangelio es del cap. 16. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: Qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundum opera ejus.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

De la importancia de la salvacion eterna.

PUNTO PRIMERO.

Considera si tienes algun otro negocio de mayor importancia, si le tienes de tanta consecuencia, ó si puedes tener jamas negocio que interese tanto como el de tu salvacion.

No se trata ahora de perder ó ganar un pleyto en que se atraviese toda tu hacienda. Tampoco se trata de ser ó no ser feliz por toda la vida. A la verdad este sería un punto de grande interes para ti; pero no sería de una conse-

cuencia infinita. Ser en todo desgraciado, padecer trabajos hasta la muerte, en realidad no sería poca desdicha; pero al cabo podria tener algun remedio. Mas ahora se trata de una felicidad ó de una infelicidad eterna. Trátase de poseer á Dios eternamente en la dichosa estancia de los bienaventurados; ó de ser precipitado en los infiernos, condenado sin remedio á las llamas eternas. De esto se trata cuando se habla del gran negocio de la salvacion. Pregunto: ¿es de alguna consecuencia, y merece nuestra aplicacion este importante negocio?

Al fin el hombre muere. ¡Ah! ¿y de qué le servirá en la hora de la muerte haber sido rico, poderoso, feliz, segun la idea de los hombres del mundo? El hombre muere; y con la muerte todo se pierde, todo se dexa. La vida mas feliz y mas larga en aquella hora parece un sueño. El hombre muere; y en la muerte nobleza, dignidades, honores, todo desaparece; todos son títulos vanos. ¿Y qué comenzaré yo á ser despues de la muerte? Si soy santo, esta sola cualidad me indemniza con ventajas de la pérdida de todos los demas bienes. Pero si me condeno, si el infierno va á ser desde aquel punto mi eterna habitacion, ¿quién me consolará en la desgracia de mi triste suerte? ¿quién me indemnizará de tan grande pérdida? ¿de una pérdida que es obra de mis manos, de una pérdida sin remedio y sin consuelo?

¡Y despues de esto se piensa en el negocio de la salvacion tan á sangre fria! ¡Y se dexa pasar un dia entero sin pensar en este negocio! ¿Y quizá harémos nosotros mismos estas reflexîones, sin ser por eso mas cuerdos?

¡O Dios, y cómo lloro yo mi error y mi ceguedad! La mayor parte de mis dias se han pasado, y acaso no he dado principio á trabajar en este negocio. ¿Pero qué mereceré si dilato un solo dia el trabajar en él?

PUNTO SEGUNDO.

Considera de qué servirá en el estado presente á los condenados haber tenido grandes rentas, haber disfrutado grandes títulos, y haber poseido estados muy opulentos? ¿Qué equivalente puede tener el haberse perdido para siempre? Yo he perdido el cielo, yo he perdido á Dios;

luego todo se ha perdido para mí, y se ha perdido todo sin remedio.

¡Ah! ¡y cuánto ganaron tantos millones de mártires que perdieron la vida por amor de Jesucristo! Un suplicio de algunos momentos, y á lo mas de algunos dias; pero aun cuando se hubieran pasado muchos años en los mayores tormentos, las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion con la gloria futura. ¿Puede nunca parecer muy costosa, puede comprarse muy cara la felicidad que consiste en la posesion del mismo Dios? ¡Ah Señor, y qué prudentes fueron aquellos santos, aquellas personas penitentes y mortificadas que lo sacrificaron todo para asegurar su salvacion! Grande á lo del mundo; hombre dichoso á lo del siglo, ¿tus máxîmas y tu conducta tocante al negocio de tu salvacion te acreditan de prudente?

Papa era san Marcelo, y despues de haber padecido un penoso destierro y muchos tormentos por la fe de Jesucristo, fue condenado á pasar los dias de su vida en un establo hediondo. ¿Pero ha soñado alguno en tener lástima de su suerte? Encuentra la gloria del martirio en aquella asquerosa prision. ¡Ah! ¡que el perder la vida por Dios es hallarla con ventajas! ¡Qué poca atencion merece su mas sólido, su verdadero interes á aquellas almas delicadas y mundanas que pasan su vida en los deleytes!

El rico avariento es sepultado en el infierno; el mendígo, el leproso Lázaro pasa desde el hospital á la gloria. Que uno sea pobre, desconocido, despreciado, si se salvó, hizo su fortuna. La salvacion lo suple todo; y sin la salvacion, la mas alta fortuna es nada.

¡Divino Salvador mio, mucho te he costado yo para que me dexes perder! Confieso con un vivo dolor que lo tengo bien merecido, y que mi pérdida será acaso inevitable si desde este mismo punto no trabajo en el negocio de mi salvacion mejor que lo que he trabajado hasta aquí. Pero esto es hecho, Señor; tomado está mi partido. Desde este momento será mi salvacion el objeto de todos mis cuidados, de todos mis deseos, de toda mi aplicacion. Este es mi único negocio: no quiero aplicarme á ótro de hoy en adelante; porque hablando propiamente, tampoco tengo otro negocio que mas me importe; y

así este solo ha de llevar todos mis desvelos. *Porro unum est necessarium.*

JACULATORIAS.

Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur. Matth. 16.

¿De qué me aprovechará ganar todo el mundo, si yo me pierdo?

Quam dabit homo commutationem pro anima sua? Matth. 16.

¿Qué equivalente puede haber que valga la salvacion de mi alma?

PROPOSITOS.

Renueva cada dia al levantarte de la cama esta jaculatoria, y cuando vas á emplearte en lo que corresponde á tu ministerio, cuando comienzas alguna accion, cuando das principio á alguna obra, repite muchas veces: *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?* ¿De qué me servirá todo esto si no trabajo para mi salvacion? Este es un exercicio utilísimo, y muy conveniente á todo género de personas.

2. Imponte una ley inviolable de practicar cada mes un dia de retiro. No es mas que un solo dia; ¿y quién podrá racionalmente negarse á dedicar un dia cada mes al importante negocio de la salvacion, cuando él solo está pidiendo de justicia que se dedique á él toda la vida? ¿Hállase tanto lugar para los negocios temporales, para las diversiones, para los amigos, y solo ha de faltar tiempo para trabajar en la salvacion del alma? Casi toda la vida se pasa en ajustar cuentas, en exâminar libros, en adelantar caudales, en percibir intereses. ¿Pues será mucho emplear un dia cada mes en repasar las cuentas que debemos dar á Dios; en exâminar el estado de nuestra conciencia, el uso de los talentos que hemos recibido, y en discurrir arbitrios para reparar las pérdidas espirituales que se han hecho? Puédese decir sin temeridad, que de este importante exercicio pende la perseverancia y la salvacion de muchos.

☞ DIA DIEZ Y SEIS.

San Fulgencio, obispo y confesor.

San Fulgencio, hermano de san Leandro, de san Isidoro y de santa Florentina, nació en Cartagena por los años del Señor de 564, gobernando la Iglesia san Juan III, y reynando en España Athanagildo. Su padre se llamó Severiano: el nombre de su madre no está averiguado, pues el de Turtura, que le dan algunos, parece ser el nombre, no de la madre de san Fulgencio, sino el de la abadesa que gobernaba el monasterio é instruia santamente á la virgen Florentina. Eran gente noble y principal, descendientes de los romanos; y al lustre de la sangre juntaban el de una piedad tan acendrada, como manifiesta la educacion de sus hijos, y el destierro que padecieron en tiempo de Leovigildo, perseguidor de los católicos, y protector de los arrianos. Crióse Fulgencio entre los trabajos y adversidades de un cruel destierro; pero como en éllas habia su madre abierto mas los ojos para conocer que nada hay en el mundo digno de precio sino la virtud, la cual permanece cuando se pierde la fortuna, inspiró en el tierno corazon de su hijo las sublimes ideas de piedad y de religion que los trabajos la habian enseñado

Siendo todavía muy joven pasaron sus padres á mejor vida, quedando el Santo baxo la tutela y direccion de su hermano Leandro, quien cultivó su talento, procurando se instruyese en todo género de letras humanas y sagradas, en lo que salió muy aprovechado. Era Fulgencio de un natural docil y capaz de todo, de un genio vivo y penetrante; y sobre todo, de una bondad tan amable, que admitia con facilidad los sabios documentos de su hermano. Este llegó á formar tal concepto de su virtud, de su integridad y de su despejo para cualquier género de negocios, que hallándose en Sevilla, y considerando que aún se podrian poner en buen órden los bienes de fortuna de

que les habia privado el destierro, le envió á Cartagena solo, y encargado de negocios dificiles, atendidas las circunstancias del tiempo borrascoso. Como Fulgencio era joven, y de docil condicion, temió su hermano que podria ser facilmente seducido de otros jóvenes, que entre los desórdenes de la revolucion y de las armas no podian menos de respirar un ayre pestilente. Siempre teme lo peor el que ama mucho; y así lo manifestó san Leandro escribiendo á su hermana Florentina. ¡*Triste de mí*, decia, *triste de mí*! *que he enviado inconsideradamente á Cartagena á nuestro hermano Fulgencio, cuyos peligros me tienen con un continuo sobresalto*. Pero la virtud de nuestro Santo desvaneció los temores de su hermano mayor, saliendo vencedora de los peligros temidos justamente.

Volvió Fulgencio á Sevilla, y continuó de nuevo las instrucciones de Leandro, copiando en sí fielmente los afectos de su corazon, y bebiendo su espíritu. Este era un espíritu de abnegacion, de pobreza, de humildad y de retiro, como lo manifestó entrándose en un monasterio, y aunque Fulgencio no le siguió en la determinacion, no fue por falta de voluntad propia, sino por hacer la de su su hermano mayor, y por conocer que la verdadera virtud no es privativa de los claustros, ni está reñida con los que de veras la buscan entre los inevitables tráfagos del mundo. Cuidaba no obstante de no internarse en éllos mas de lo que permitia su obligacion y necesarias conexîones, dedicando á Dios y al estudio los trozos mas preciosos de su vida. En cualquiera parte encuentran á Dios los que le buscan con deseos sencillos de encontrarle; en cualquiera parte labra su santificacion y su mérito el que dando oidos solamente á las voces del evangelio, le sigue por norte, le imita como á modelo, y le obedece como á ley y regla constante que asegura el acierto y la santidad de las acciones. Experimentóse así en nuestro Santo, á quien ni las contradicciones del mundo, ni la persecucion, ni lo calamitoso del tiempo para los fieles verdaderos pudo servir de impedimento en sus loables propósitos y religiosos exercicios. Consolaba á los afligidos, socorria á los necesitados, instruia á los ignorantes y sostenia á los flacos: animado siempre del espíritu y valor que da la caridad verdadera contra el

vil temor que inspira el amor propio, y aun la virtud fingida.

Crecia por momentos su fama siguiendo los pasos de su virtud, y entre los católicos se respetaba su mérito como uno de los mas sobresalientes en piedad, literatura y fortaleza de ánimo, tan necesaria en un tiempo en que la verdad tenia contra sí declarado por enemigo al poder. Este comun y bien formado concepto hizo que vacando la silla de Ecija le eligiesen por su obispo, y de hecho fue consagrado antes del año de 610. Luego que se sentó en la silla Astigitana comenzo á esparcir rayos de luz y de doctrina á manera de una luciente antorcha puesta sobre el candelero. Dedicóse primeramente á desterrar los abusos que se habian introducido en la disciplina eclesiástica; y como conocia que el primer móvil de las acciones del pueblo es la conducta de los eclesiásticos, velaba incesantemente sobre sus costumbres, reformando sus extravíos, corrigiendo sus yerros, y castigando con misericordia los excesos imprescindibles de una naturaleza frágil y corrompida. Poco hubiera esto aprovechado sin el exemplo y la práctica de lo mismo que enseñaba y persuadia; porque cuando un prelado contradice con sus costumbres á las leyes, es muy dificultoso que sea obedecido, y mucho mas que los inferiores no conciban en sus transgresiones otros tantos salvoconductos para dispensarse de la ley, ó para traspasarla. Pero cuando el superior es justo é irreprensible, su mismo exemplo predica, persuade y corrige en el secreto de los corazones de sus súbditos. Nada creia Fulgencio que le era permitido, que no pudiese ser de exemplo y de provecho positivo á sus ovejas. Recreaciones de ánimo estrepitosas, empleos diferentes del tiempo, muestras exteriores de fausto y de poder que suelen adoptarse con pretextos especiosos de utilidad comun, jamas pudieron lograr en Fulgencio otro concepto que el de verdaderos delitos.

Un pastor, un obispo que piensa con esta exactitud, es facil de conocer cuánto amaria á sus súbditos, y de cuántas ventajas lograrian éstos baxo de su direccion. Los pobres tenian en Fulgencio un dispensador fiel de su patrimonio; las viudas, los huérfanos, los pupilos no echa-

ban menos á sus protectores, sus padres y sus esposos; nuestro Santo cuidaba de todos como si no tuviera que cuidar mas que de solo uno; pero los empleos de la caridad no disminuian un punto el celo y vigilancia que debia á todas las geraquías de su diócesis, ni á su propia santificacion. Esta la promovia con continua oracion, con ayunos, vigilias y mortificaciones, celando al mismo tiempo el honor de la casa de Dios, y velando sobre la mas arreglada disciplina. Habíase introducido en su obispado la corruptela de ordenar de diáconos á los casados con mugeres viudas, lo cual era contra todo derecho, y en conocido agravio de la severa disciplina que observaba inviolablemente la Iglesia de España. San Fulgencio procuró cortar de raiz este abuso, y gobernando á la sazon su hermano san Isidoro la Bética, solicitó que se tuviese un concilio, que fue el segundo de Sevilla, en el año de 619, año séptimo del reynado de Sisebuto. En este concilio se determinó que eran ilícitas las órdenes conferidas á sugetos que hubiesen estado casados con viudas, y debian ser privados del exercicio de sus ministerios, sin que pudiesen ser promovidos al diaconado, como se dice en su cánon cuarto.

No se limitó á esto solo el celo de Fulgencio; los derechos de la silla que ocupaba los miraba como una de las primeras obligaciones de su cargo; y aunque el temor de tener que dar á Dios cuenta de todas sus ovejas le hacia desear la reduccion de su número, el haber de ser igualmente responsable del justo órden y arregladas gerarquías en que Jesucristo y sus apóstoles habian distribuido la Iglesia, le movieron á deducir en el concilio la contienda que se habia suscitado entre el Santo y Honorio, obispo de Córdoba. Este pretendia que cierta parroquia pertenecia á la ciudad Celticense, y de consiguiente á su obispado; y san Fulgencio era de opinion contraria, juzgando que la parroquia controvertida era jurisdiccion de la ciudad Reginense, y por tanto sujeta á la silla Astigitana. Decretó el concilio en el cánon II. que se nombrasen por ambas partes sugetos hábiles que demarcasen los límites antiguos, y se adjudicase la parroquia á aquel obispo, dentro de cuyo término fuese señalada; pero que si hecha la demarcacion quedase ambíguo el caso, de-

bia tocar al de la posesion tricenal. En este cánon y en todo lo demas del concilio se ve la integridad y sabiduría de los ilustres padres que le formaban, entre los cuales no fue el menor san Fulgencio.

Ya habia dado el Santo mucho antes pruebas convincentes de su rectitud en el acto de firmar el decreto del rey Gundemaro cuando vino á Toledo á asistir á la exaltacion de este príncipe al trono. Y así no hay virtud de las que forman un prelado que no se admirase en su persona, y le hiciese aclamar santo y perfecto. Dícese que escribió muchos libros expositivos de la sagrada Escritura, y ótros para la instruccion del pueblo: su santidad y la sabiduría que es natural recibiese de su hermano san Leandro, hacen creible esto y mucho mas; pero hasta ahora no ha sido Dios servido de darnos el consuelo de desvanecer las dudas que sobre este punto dexó escritas un erudito agustiniano con tan sólidos fundamentos, que solo un dichoso hallazgo de sus escritos entre tantos que yacen sepultados en los archivos por una desidia vergonzosa, podrá aclarar y convencer la opinion desde el siglo XIII. recibida. Lo que no tiene duda es, que deseoso san Fulgencio de que tuviesen los eclesiásticos toda la instruccion necesaria de las cosas pertenecientes á la Iglesia, pidió á su hermano san Isidoro, que en aquel tiempo vivia con grande fama de sabio, que escribiese sobre el origen de las cosas pertenecientes á los oficios eclesiásticos. El santo Doctor, accediendo á la súplica de san Fulgencio, escribió dos libros sobre este asunto, que son dos pruebas de su profunda doctrina, y un ornamento de nuestra madre la Iglesia. Dedicólos á san Fulgencio, y en el fin de éllos le pide que ruegue á Dios por él, bien seguro de la eficacia de sus oraciones.

Contento el Santo con haber desterrado de su diócesis los abusos, y reformado la disciplina, viendo propagada por todas partes la instruccion y la general reforma de costumbres, pensó en dedicarse con mas tranquilidad á otros objetos, que aunque igualmente acreedores á los cuidados del pastor que los ya dichos, no habian excitado su solicitud por estar resguardados de la corrupcion con su mismo retiro. Estos eran los monasterios de religiosas, que con la direccion de su hermana habian subido á un

número prodigioso, contándose mas de mil vírgenes sagradas, sujetas al magisterio y obediencia de santa Florentina, aunque en diferentes monasterios. San Fulgencio los miraba como depósitos de la santidad y de la inocencia, y venturosas mansiones en donde el Esposo celestial goza completamente sus inefables delicias. Visitábalos el Santo, exhortando con sus fervorosos consejos é instrucciones á la perseverancia y al espiritual aprovechamiento en todas las virtudes. Como á un mismo tiempo se hallaba el Santo obispo en Écija, y su hermana abadesa en la misma ciudad, concurrian la obligacion pastoral y el natural afecto de hermano á hacer mas vivos sus regulares esfuerzos por la observancia, reformacion y aumentos espirituales de todos los monasterios. Jamas se vieron mas florecientes aquellos vergeles de Jesucristo, ni mas fecundos en virtudes: jamas habia respirado la virginidad mas copiosamente el suave olor que enamora á los cielos, y hace á los hombres igualarse con los ángeles.

La pureza virginal se simboliza en una delicada y bella rosa, que tanto dura su hermosura, en cuanto la cercan y defienden las espinas, y en cuanto no se permite tocar de mano grosera y villana. Toda la naturaleza concurre para hermosearla y hacerla reyna de las flores: la tierra la suministra los xugos mas aromáticos; el cielo los colores mas vivos y deliciosos; y aun el mismo encogimiento que manifiestan sus hojas al salpicarlas la aurora con su rocío, aumenta su precio y su valor. Todos los demas estados de la Iglesia los reputaba Fulgencio como cercados de árboles fructíferos, capaces de defenderse por sí de los ímpetus de cualquiera uracan, sin embargo de ser dignos de la mas vigilante custodia; pero los monasterios de vírgenes llevaban su atencion como sagrarios dignos de guardarse con el decoro y reverencia que si fuesen sacramentos instituidos por Jesucristo, como escribia san Ignacio á su sucesor en la silla de Antioquía. A proporcion de estas ideas era su esmero, su cuidado, su vigilancia, las máximas que las sugeria, y la provision de ministros que velasen en su educacion, en su consuelo y en su custodia. Así se vieron florecer y aumentarse diariamente aquellos depósitos de santidad con grandes

ventajas de la religion y mérito de nuestro Santo, que fomentaba por su parte las intenciones de su hermana con todo el vigor que puede un obispo exâcto, celoso, amable y justiciero.

El peso continuo de una carga que no llevaba á medias, sino sobre sus hombros, iba poco á poco debilitando sus fuerzas y su salud; pero por eso no dexaba de suplir con su espíritu lo que faltaba á las fuerzas corporales. Predicaba incesantemente, siendo sus palabras fuego vivo que encendia los pechos mas helados, y espada de dos filos que dividia el espíritu, y transformaba los corazones. Sentia sin embargo que se le iba acercando aquel dia feliz en que libre de los lazos de la mortalidad habia de reynar con Cristo. Este pensamiento estimulaba su fervor para emplearse con mas continuacion y ahinco en los exercicios de piedad, que habian sido el objeto de su vida y de su desinteres. Multiplicó las limosnas, aumentó sus oraciones, avivó la predicacion, y parecia querer excederse á sí misma aquella alma grande, cuando presagiaba tan de cerca la corona que á sus merecimientos estaba reservada por el justo Juez. De la continuacion en predicar, de las penitencias y trabajos padecidos en el gobierno de su grey, le resultó tal debilidad y falta de fuerzas, que aconteció algunas veces quedarse desmayado y como amortecido en el acto mismo de dar el pasto espiritual á sus ovejas. Estos accidentes y deliquios le traxeron finalmente la muerte, de que eran precursores, y el Santo dió su espíritu al Criador con aquella tranquilidad y dulzura que causa el testimonio de la buena conciencia, por los años del Señor de 626.

Su muerte fue llorada universalmente de todos, como la de un benéfico y amoroso padre, y al tiempo que las copiosas lágrimas publicaban el verdadero sentimiento, se consolaban los corazones afligidos con la dulce satisfaccion de aclamarle santo. Desde el punto que murió fue venerado por tal, y esta sola noticia que ha llegado fielmente hasta nosotros basta para recompensar las muchas que se han perdido, y cuya falta ha sido ocasion de escribir mil cosas de este santo Prelado sin fundamentos tan sólidos como pudiera desearse.

El cuerpo de san Fulgencio fue sepultado en Écija, en donde se conservó con la mayor veneracion hasta la entrada de los moros en España. La fama de santidad y el culto que tenia se convence en el hecho de haber trasladado sus reliquias en aquella ocasion funesta. Los cristianos luego que se veian amenazados del terrible azote, cuidaban principalmente salvar los tesoros de su piedad. El perder sus haciendas, sus hogares, el patrio suelo, todo lo miraban con indiferencia respecto de las sagradas reliquias de los santos, é imágenes de Jesus y de María. Hacian sus fugas cargados con tan preciosos tesoros; y cuando volvian los ojos llorosos á mirar la patria que abandonaban, les servia de consuelo la certeza de que no quedaban aquellos despojos sagrados expuestos á la profanacion de los bárbaros vencedores. Con esta piedad y esperanza de mejor fortuna llevaron el cuerpo de san Fulgencio á las montañas de Guadalupe, donde le escondieron junto al nacimiento del rio de este nombre, y cerca de la villa de Berzocana. Reynando despues don Alfonso el XII. fue Dios servido de manifestar este tesoro, que fue colocado en la dicha villa, en donde se mantuvo con mucha veneracion de los pueblos circunvecinos. Cartagena, deseosa de poseer alguna parte de las reliquias de san Fulgencio y de su santa hermana, imploró la piedad y el poder del señor don Felipe II., por cuyo mandado se sacaron cuatro huesos de Berzocana, y dexando dos en el real monasterio del Escorial, llevaron otros dos los canónigos comisionados á la iglesia de Cartagena, en donde se veneran con tanta devocion de los fieles, como merece la santidad de un tan gran Obispo, y y de una Vírgen sábia que conservó siempre la lámpara encendida con el aceyte de las buenas obras. Sucedió esta última traslacion en el año del Señor de 1593.

La misa es en honor del Santo, y la oracion es la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Fulgentii Confessoris tui atque Pontificis solemnitate deferimus: et qui ti-

Oye, Señor, las súplicas que te hacemos en la festividad de tu confesor y pontífice san Fulgencio; y pues te servió dignamente,

bi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum...

líbranos de todos los pecados en atencion á sus merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 7. de san Pablo á los hebreos.

Fratres: Et alii quidem plures facti sunt sacerdotes, idcirco quod morte prohiberentur permanere. Hic autem eo quod maneat in æternum, sempiternum habet sacerdotium. Unde et salvare in perpetuum potest accedentes per semeptisum ad Deum: semper vivens ad interpellandum pro nobis. Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus à peccatoribus et excelsior cœlis factus: Qui non habet necessitatem quotidie, quemadmodum sacerdotes, et prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi: hoc enim fecit semel seipsum offerendo.

Hermanos: Se hicieron muchos sacerdotes (en la ley) porque la muerte los impedia el permanecer. Pero Jesucristo como permanece eternamente, tiene un sacerdocio tambien eterno. Por eso puede salvar perpetuamente á los que por medio suyo se llegan á Dios; y está siempre vivo para interceder por nosotros. Porque era conveniente que tuviésemos un pontífice como éste, santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores, y mas elevado que los cielos; que no tiene necesidad, como los otros sacerdotes, de ofrecer todos los dias sacrificios, primero por sus propios pecados, y despues por los del pueblo. Porque esto lo hizo una vez Jesucristo nuestro Señor ofreciéndose á sí mismo.

REFLEXIONES.

Jesucristo, como permanece eternamente, posee tambien un eterno sacerdocio. Solo para negociarte la salud exercitó Jesucristo el ministerio de su sacerdocio. En calidad de sacerdote te enseña, y es tambien tu modelo. Él es tu primer maestro en materia de religion. Hasta que vino al mundo Jesucristo no se habia visto un doctor perfecto, cuyas doctrinas no se resintiesen de la flaqueza é incertidumbre de las luces humanas. Los mayores sabios habian llegado á conocer ciertas verdades; pero como las mezclaban por otra parte con errores y delirios los mas groseros, daban bien á conocer que ignoraban otras mu-

chas. Quisieron prescribir reglas de conducta, é irritaron las pasiones cuando pensaban reprimirlas. Todos se contrariaban mútuamente en sus ideas y principios: prueba incontestable de su comun ignorancia; pues la verdad nunca admite divisiones ni partido. Jesucristo reune en su persona una sublimidad de luces, una extension de conocimientos y una claridad en sus discursos, que no se habia visto jamas. Libre de los perjuicios de la pasion establece principios sólidos, y prescribe reglas invariables y seguras, propias para todos en todos los estados y situaciones de la vida. Jesucristo nos enseña las mas grandes, las mas altas verdades: el sér divino, su verdad, sus perfecciones, su trinidad, y la igualdad de las tres personas en poder y en eternidad. Nos enseña á conocer á su Padre, y el culto que le debemos. Se manifiesta á sí mismo, y nos hace palpable la necesidad que teníamos de su venida. Por su doctrina conocemos todos nuestros males, su origen, nuestra natural impotencia para sanar de éllos, y la fuente única de donde debe venirnos el remedio. Hubo filósofos que condenaron la usurpacion de lo ageno, la violencia y la ira contra los demas hombres; ¿pero qué filósofo habia condenado el orgullo, el amor propio, el ódio, y aun la venganza contra un enemigo hasta que vino Jesucristo? ¿Quién sino Jesucristo pudo enseñar al hombre á temer los honores, á despreciar los elogios, á tener por bienes los tormentos, y á tener por un crimen un solo deseo, un pensamiento contrario á la inocencia? Sin embargo, habrá muy pocos que no esten íntimamente persuadidos de la sublimidad de esta doctrina; ¿pero son muchos los que la practican?

Si Jesucristo no hubiera hecho mas que proponerla, sin haberla sostenido con su exemplo, esto sería mostrarnos el camino sin andarle, pero no nos le hubiera dexado tan suave. Este es el escollo en que han tropezado todos los principales sectarios. Doctores sublimes en sus palabras, é infieles prevaricadores en sus obras: muy elevados en sus discursos, y abatidos en sus acciones: panegiristas perpétuos de la sabiduría, y enemigos declarados de la sólida virtud. Exâmínese por el contrario la conducta de Jesucristo, y se verá una concordia admirable entre sus máxîmas y sus operaciones. Desprecia las ri-

quezas, rehusa los honores, se separa del mundo, renuncia á los placeres, desea los tormentos, se compadece de los pecadores, se sujeta á los soberanos, obedece á su Padre: oracion, celo santo, humildad, templanza, todo esto se manifiesta exâctamente en el curso de su vida. Fácilmente se reconocen todas estas virtudes en la conducta de Jesucristo; pero aunque no las practicó sino para darnos exemplo, y cumplir la voluntad de su Eterno Padre que nos le envió por maestro, ¿son tantos los que le imitan, como los que se precian de ser y llamarse sus discípulos?

El evangelio es del cap. 5. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet altra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potes civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est. Nolite putare quonian veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec traseat cœlum et terra, jota unum, aut unus apex non præteribit á lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit: hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus disípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debaxo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que estan en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñáre así á los hombres, será reputado el menor en el reyno de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñáre, será llamado grande en el reyno de los cielos.

MEDITACION.

De la falta de correspondencia á las inspiraciones divinas.

PUNTO PRIMERO.

Considera que apenas hay hombre que no corra ansioso tras los honores, las riquezas y conveniencias que se le ofrecen en el mundo, siendo así que á poco que reflexîone sobre éllas, no puede menos de conocer su vanidad é insubsistencia. Cualquiera que pretende una dignidad, un empleo, un puesto honorífico, sabe con evidencia que lo ha de perder algun dia, así como ve que lo han perdido aquellos que lo obtuvieron anteriormente. Sin embargo de este conocimiento se pone tanta atencion, y son tales las diligencias que se hacen para conseguirlo, como si de ello pendiese enteramente la eterna felicidad. No sucede así con los bienes que nos ofrece Dios por medio de sus santas inspiraciones: éstos son inmutables, han de durar para siempre, estamos seguros de no perderlos mientras libremente no queramos despojarnos de éllos: no nos cuesta el lograrlos mas que el desearlos y pedirlos; y con todo necesita Dios llamar, rogar, convidar, solicitar y golpear á las puertas de nuestro corazon para que los recibamos, como si en ello le hiciésemos un gran servicio. ¡Qué locura!

¿Dudarás acaso de la sincéra voluntad con que Dios quiere tu salvacion? ¡Ah! El mismo Dios se explica en este punto con palabras tan terminantes y tan claras, que no admiten la menor duda. No quiero la muerte del pecador, te dice, sino que se convierta y viva. Es imposible que te salves, sin creer que Dios quiere salvarte. Dios te manda esperarlo todo de su misericordia, y no es otra cosa esperar en él, que esperar su gloria y la bienaventuranza que te tiene preparada. De manera, que mientras vives, nunca debes creer formalmente que

eres del número de los réprobos. Esto sería renunciar á la esperanza que Dios te manda poner en él; y por consiguiente sería el delito mas horrendo, ó por mejor decir, el colmo de todos éllos. ¿Para qué, pues, te mandaria Dios que esperases en él, si sabiendo mejor que tú mismo toda tu flaqueza, no te proporcionase los medios de alcanzar lo que te manda esperar? ¿Cuántas veces al oir ó leer las admirables virtudes de los santos te has encendido en una santa envidia de imitarlos, esperando participar algun dia del premio que éllos gozan? ¿cuántas veces en lo mas grave de una enfermedad te has disgustado de la vida, y has llegado á conocer por experiencia propia la vanidad de todo lo terreno? Todos los infortunios, todas las desgracias, ó tuyas ó agenas, son otros tantos golpes con que Dios llama á las puertas de tu corazon para convencer tu entendimiento, y persuadirte que solo debes apetecer los bienes que se poseen sin susto, y se gozan para siempre. Los exemplos que adviertes en los virtuosos y verdaderos devotos, los sermones, los libros de piedad, y en una palabra, todo cuanto bueno han practicado los justos, son otras tantas voces con que te llama Dios para que le sigas y correspondas á sus designios. Pon despues los ojos en el inmenso amor con que Jesucristo quiso merecerte todos los auxîlios necesarios y superabundantes para tu salud: el infinito precio de su sangre derramada por ti; y esto con tanto amor, con tanta liberalidad como si no hubiera cosa de mas valor en los cielos ni en la tierra que tú. ¿Puedes imaginarte un hombre que se interese tanto por el bien de otro, como se interesa por ti tu Redentor y tu Dios? Causa admiracion que creyéndose y experimentándose cada dia los innumerables beneficios con que Dios nos llama á sí, no corramos apresurados á unirnos con él, y á hacerle el único objeto de nuestros deseos y placeres.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para corresponder á las inspiraciones con que Dios te llama, es indispensable que te persuadas firmemente á que Dios quiere salvarte. Sin esta persuasion cierta caerias infaliblemente en el exceso de

aquellos de quienes habla el Apóstol, que renunciando á toda esperanza se abandonan á la corrupcion de sus deseos. En efecto, desde que llegues á dudar de la voluntad de Dios en órden á tu salud, la tuya se hace tambien incierta y dudosa. Todo tu fervor y zelo se apaga y se amortigua: ya no hay penitencia, ya no hay buenas obras, porque no sabes si esto puede ó no contribuir á tu salud. Desde entonces resucitan todas tus pasiones, y el pecado mas horrendo nada tiene que te espante. Ninguna fuerza te harán las verdades mas terribles de la religion para corregirte: los juicios de un Dios, sus venganzas, el infierno mismo no hará impresion alguna sobre ti: puedes decir, ¿y qué sé yo si evitaré este infierno cuando no sé que Dios quiera salvarme? Te acordarás de la gloria del cielo, de la felicidad de los santos, y de sus recompensas eternas; y dirás, qué sé yo si esta gloria se ha hecho para mí; ¿pues no tengo pruebas de que Dios quiere salvarme? Lo mismo podrás decir de la muerte de Jesucristo, de sus méritos y del precio infinito de su sangre; y con tan funestas disposiciones te verás precisado á abandonarte á tus caprichos, y á seguir ciegamente tu buen ó mal destino. ¿Y puede haber estado mas infeliz y mas parecido al infierno en esta vida?

Por el contrario, cuando puedes contar seguramente con los designios de la bondad de Dios para salvarte: cuando reflexîonas que tu Dios te amó desde la eternidad; que te ama ahora, y que atiende á todas tus necesidades; que te mira con la mayor ternura, que te da sus brazos, te llama, te busca, te previene, te manifiesta todos sus caminos, y te ofrece sínceramente todos los medios de salvarte, ¿no sientes dentro de ti mismo un ánimo, un vigor fuerte para emprenderlo todo, para executarlo todo por su amor? ¿Podrás entonces dexar de amar á un Dios, que te ha amado desde el principio, que te ama todavía, y quiere amarte para siempre? Redoblarás entonces tus esfuerzos, porque sabes que no han de ser infructuosos; aumentarás tus virtudes y tus merecimientos, porque sabes que sirves á un Señor que todo te lo ha de premiar con abundancia. Regularmente ama el hombre cuando conoce bien que es amado. Si llegas á

conocer hasta qué punto te ama Dios, tú le amarás á proporcion: si le amas, cumples con toda su ley santa; y si la cumples, tienes infaliblemente asegurada tu salud eterna.

Sin embargo, has de advertir que te manda el Apóstol que obres tu salud con miedo y con temor. Es verdad; pero debes temblar de ti mismo: debes desconfiar, no de Dios, sino de ti mismo: debes temer, no las disposiciones de Dios, sino las tuyas. Dios es la misma bondad; y si le experimentas severo é irritado contra ti, es porque tú le pones las armas en las manos; porque te dexas vencer de las pasiones, porque fomentas dentro de ti mismo esa rebelion contínua que hace la carne contra el espíritu, porque quieres conciliar á Dios con Belial, por eso te falta muchas veces la fuerza necesaria para resistir y vencer. Debes portarte contigo mismo como con un enemigo que tuvieras siempre á tu lado, y que no pensase jamas sino en los medios de perderte. ¡Con cuánto recelo vivirias! ¡qué diligencias no harias para precaverte! Pues no creas que conservarás largo tiempo la gracia, mientras no aprendas á aborrecerte, y combatir contra ti mismo. Por eso te dice Jesucristo, que el que aborrece su propia alma en esta vida, la salvará para la eterna. ¡O mi Dios! ¿será posible que empeñándoos por mi bien, como si en esto consistiese vuestra gloria, haya de ser yo tan ingrato que no vaya tras Vos y siga vuestras pisadas? No permitais, Señor, que yo me haga sordo á vuestras divinas voces. Suene vuestra voz en mis oidos, y llenad mi alma de vuestra fortaleza, para que jamas resista á vuestros llamamientos.

JACULATORIAS.

Ecce ego, quia vocasti me. I. Reg. 3.
Vedme aquí, Señor; pues me habeis llamado.

Doce me facere voluntatem tuam: quia Deus meus es tu. Salm. 126.
Enseñadme, Señor, á hacer vuestra voluntad; porque sois mi Dios.

PROPOSITOS.

Dios te pide una voluntad pronta y dispuesta para que en cualquier tiempo que te llame estés resuelto á seguirle. Cuando los cuidados y los negocios del siglo tienen ocupada toda tu atencion, no es facil que oigas las dulces y suaves inspiraciones de la gracia. Sería necesaria una voz tan poderosa como la que derribó á Sáulo para que la oyeses; pero no obra sino raras veces de este modo la divina gracia. Aquella fuerza irresistible con que triunfa á veces de toda la repugnancia que le opone un corazon enteramente corrompido, es un prodigio extraordinario que no entra en el plan de la ordinaria economía de la gracia. Es necesario que el corazon esté en silencio, y desembarazado del tumulto de las pasiones, para que pueda percibir la suave voz que le llama, pero sin estrépito y sin ruido. Los buenos deseos, los santos pensamientos y los exemplos de virtud que vieres en tus próximos te servirán de estímulo para caminar á la perfeccion, con tal que no los sofoques, cediendo á inclinaciones contrarias, ó haciéndote del partido de los mundanos, que por no verse confundidos con los buenos exemplos, los atribuyen á ficcion ó hipocresía. Pon gran cuidado y resuélvete desde ahora á no desechar cualquiera pensamiento que te parezca santo y á propósito para mejorarte en la virtud. Por no corresponder á las primeras inspiraciones de la gracia suele Dios privarnos de otras mas eficaces y mayores. No esperes que Dios haga milagros extraordinarios para convertirte: eso sería temeridad conocida. Infinitas veces te llama por secretas é interiores inspiraciones, por medio de sus ministros, por los buenos libros, por las desgracias que ves y oyes cada dia, y aun por los innumerables beneficios que te hace. ¿Y no será locura extremada querer que entre en ti la gracia cerrándola las puertas por donde debia tener su entrada? Si has de dar estrecha cuenta del daño que causares con tu mal exemplo, tambien te la han de pedir del poco fruto que recojas del bueno.

2 Debes pedir á Dios que te ilumine para conocer y hacer lo que mas fuere de su agrado. Es este un exercicio

tan útil como necesario. Acostúmbrate á repetir con frecuencia aquella peticion cotidiana: hágase tu voluntad así en la tierra, como en el cielo. Pero díla de corazon, y no por costumbre. La voluntad de Dios es la que has de consultar en todas tus empresas; pero muchas veces nos ciega la pasion, y quiere que tengamos por inspiracion del cielo lo que no es sino efecto de nuestro amor propio. Un contratiempo, una desgracia que veamos en nuestro próximo, una ruina en su fortuna, una muerte inopinada, ó cualquier otro accidente, solemos atribuirlo á su falta de conducta, á su poca prudencia; y nos parece que en iguales circunstancias nosotros hubieramos procedido con mas juicio y cordura. Pero no advertimos que todos estos contratiempos, á que tambien estamos expuestos, son otros tantos avisos con que Dios quiere reprendernos de nosotros mismos, y hacernos conocer la vanidad de las cosas de la tierra, para que solo suspiremos por el cielo. ¡Cuántas veces en medio de una grave enfermedad habrás hecho mil propósitos de mudar de vida, persuadido de que éste era un aviso de Dios para corregirte! ¿Y dónde está ahora el fruto de tan buenas intenciones? ¿Eres por ventura mas humilde, mas sufrido, mas mortificado? Y si una y otra vez te has hecho sordo á tantas voces, ¿sabes si Dios volverá á llamarte para que puedas convertirte?

DIA DIEZ Y SIETE.

San Antonio Abad.

El gran san Antonio, á quien venera la Iglesia como patriarca de todos los cenovitas; esto es, de los religiosos que viven en comunidad debaxo de una misma regla y en un mismo convento, nació al mundo el año de 251. Era natural de Cómo, lugar pequeño cerca de Heracléa en la superior Egipto. Sus padres fueron cristianos, muy ricos y muy distinguidos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad. Dedicáronse á la buena educacion de su

hijo, como á una de sus primeras obligaciones, tomándola con tanto empeño, que no le permitian tratar con persona alguna, sino con los de su familia, pareciéndoles importaba menos que no saliese tan instruido en las buenas letras, que el que aprendiese á ser menos inocente en las costumbres.

Los grandes principios de la religion que le inspiraron, y las bellas lecciones que le dieron, lograron todo el efecto que se podia desear. Su modestia y su respeto en las iglesias, su frecuencia en la oracion, la grande atencion con que leía el evangelio, su docilidad, la dulzura y la suavidad de su genio, su tierna devocion en aquella primera edad, fueron presagios de la eminente santidad á que habia de llegar despues.

Habiendo muerto sus padres, cuando Antonio contaba solo veinte años de edad, se halló heredero de una rica herencia, y con el cuidado de una hermana de pocos años. Yendo un dia á la iglesia, como lo tenia de costumbre, iba considerando por el camino cómo los apóstoles lo habian dexado todo por amor de Jesucristo, y aquel desasimiento con que los primeros fieles vendian sus bienes y distribuian el precio entre los pobres. Ocupado en estos pensamientos, entró en la iglesia á tiempo que se leía aquel lugar del evangelio en que Jesucristo dice á un rico: *Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes, y hallarás un tesoro en el cielo.* Movido Antonio de esta lectura, no dudó que era inspiracion de Dios la que le hablaba. Apénas salió de la iglesia, cuando poniendo en depósito seguro el dote de su hermana, añadiendo lo que le pareció conveniente de su mismo patrimonio, se reservó para sí una porcion muy moderada; y vendiendo el resto de sus bienes, en la misma hora repartió el precio entre los pobres.

Pocos dias despues volvió á la iglesia, y habiendo oido cantar aquel otro lugar del evangelio, en que el Señor previene á sus discípulos, que no tengan cuidado de lo que han de comer el dia siguiente, le pareció que la reserva que habia hecho era falta de confianza en Dios; y arrepintiéndose de ello, al punto repartió tambien entre los pobres los pocos bienes que se habia reservado, puso á su hermana en compañía de unas doncellas virtuosas,

que la criaron con mucha piedad; y dexando su casa, se retiró á un sitio no muy distante del lugar, porque todavía no se habia introducido la costumbre de que los solitarios viviesen muy separados de las poblaciones, ó solos en los desiertos.

Escogió por guia y por maestro en la nueva carrera que comenzaba á un santo viejo que desde su juventud se habia retirado á la soledad. Admiraron al maestro los progresos del discípulo. No sabia estar ocioso: empleaba en el oficio manual, ó en el trabajo de manos, el tiempo que no ocupaba en la oracion. Su humildad, su modestia, su dulzura, su devocion, su igualdad de ánimo le hicieron tan amable á todos los solitarios, que comunmente le llamaban *el amado de Dios*.

Envidioso el demonio de los progresos que hacia, movió todas sus máquinas para disgustarle de la vida que habia emprendido. Púsole delante de los ojos los grandes bienes que habia abandonado, la flor de su juventud, la debilidad de su temperamento, los peligros de su hermana, la nobleza de su sangre, los horrores del desierto, las molestias y riesgos de una larga soledad. Viendo frustrados todos sus artificios, le atacó por otro camino: puso en exercicio todas las armas de la sensualidad, insultos de la imaginacion, torpezas del pensamiento, rebeldías de la carne, pero Antonio resistió con valor á todos estos ataques; y para cobrar nuevas fuerzas con que hacer frente á enemigo tan peligroso y tan porfiado, redobló los rigores de su penitencia, y consiguió una completa victoria.

Desde entonces no comia mas que una vez al dia, despues de puesto el sol; y no pocas veces pasaba tres dias enteros sin probar bocado. Su alimento era un poco de pan y sal, su bebida un poco de agua, su cama una estera, su sueño casi ninguno, porque pasaba en oracion la mayor parte de la noche.

Al paso que crecian sus austeridades se aumentaba tambien su fervor. Deseando negarse á toda comunicacion humana, se fue á encerrar en una sepultura distante de la ciudad, cuya puerta solo se franqueaba á un amigo suyo, que de tiempo en tiempo le traia algunos panes; pero allí mismo le supo hallar el demonio. Queriendo Dios probar la virtud y la paciencia de

su fiel siervo, y confundir á un mismo tiempo al espíritu de las tinieblas con la malignidad de aquel mancebo, héroe de la religion, permitió que el demonio le atormentase tan cruelmente y de tantas maneras, que despues de haberle maltratado un dia con desapiadados golpes, le dexó tendido en el suelo casi sin señal de vida. El amigo del Santo le halló en este estado el dia siguiente, y le conduxo á la iglesia de una aldea vecina, donde le tuvieron por muerto. Ácia la media noche volvió en sí, tan léjos de acobardarse, que suplicó á su amigo le restituyese á su sepultura con tantas instancias que no se pudo resistir.

Esta resolucion tan generosa confundió de tal manera al enemigo comun, que no teniendo mas licencia para maltratarle con golpes, empleó toda su rabia en atemorizarle con temerosos ahullidos, con gritos horribles, con visiones espantosas y con fantasmas extraordinarias. Parecia que todo el ayre estaba lleno de animales de extraña figura y de bestias feroces que iban á despedazarle. Pero Antonio, colocada en Dios toda su confianza, se burlaba de tanto esfuerzo ridículo. "Muy "flacos y muy cobardes debeis de ser (decia burlándose "á los espíritus malignos) cuando sois tantos contra un "hombrecillo solo; pero un hombrecillo que toda su fuer"za la tiene afianzada en la gracia del Salvador. Si te"neis poder para hacerme mal, aquí estoy; no es me"nester tanto ruido. En vano pretendeis conmover y "arruinar el duro techo de esta sepultura, porque el Señor "es mi ayuda, y yo me burlaré de todos mis enemigos." Dixo, y haciendo la señal de la cruz, como refiere san Atanasio, puso en vergonzosa fuga á todos los demonios. Entonces, levantando los ojos al cielo, descubrió un hermoso rayo de luz, que se desprendia ácia él; y haciéndole sentir el Señor los dulces efectos de su amorosa presencia: *¿Adónde estábais, amado Jesus mio*, exclamó el Santo, *adónde estábais durante el tiempo de esta tempestad*? Y oyó una voz que le respondía: *Contigo estaba, hijo mio Antonio, mirando tu pelea, y siendo testigo de tu valor; y pues has sido tan fiel, Yo te prometo mi singular proteccion, y tú quedarás siempre vencedor de todos tus enemigos.*

Levantóse Antonio para rendir gracias á Dios; y sintiéndose con mas fuerzas que nunca, partió desde la mañana siguiente á lo mas interior del desierto, adonde le destinaba la divina Providencia para ser padre y modelo de tantos santos solitarios. Era á la sazon de solos treinta y cinco años. Pasó el rio Nilo cerca de Heracléa, y reparando que sobre una montaña se descubrian las ruinas de un edificio antiguo, escogió aquel sitio para su habitacion. Allí se mantuvo veinte años haciendo vida de ángel á pesar de los artificios y de los esfuerzos que hizo el espíritu de las tinieblas para inquietarle.

Quisiera vivir oculto y desconocido en el mundo, pero no lo pudo conseguir; porque no obstante las diligencias que practicó para lograrlo, sus amigos antiguos le buscaron, y al cabo le vinieron á encontrar en su montaña. Resistióse al principio á recibirlos; pero finalmente fue necesario ceder á su perseverancia. Salió Antonio de su gruta como de un santuario donde el Señor le habia llenado de su espíritu. No le hallaron inmutado sus amigos, aunque por espacio de treinta y cinco años se habia entregado á todos los rigores de la mas austéra penitencia. Tenia el semblante tan sereno y tan hermoso como en sus primeros años, el ánimo tan tranquilo, el trato tan afable, el genio tan apacible, y todas sus modales tan gratas como siempre.

Aunque todo su consuelo y todas sus delicias eran la oracion, la contemplacion y el retiro, jamas dió la menor señal de repugnancia de verse rodeado de tanta gente, ni manifestó la mas leve vanidad ó complacencia de verse tan admirado, ni se hizo rogar para responder á cuantas preguntas le hacian. Abrasado su corazon en el fuego del amor divino, comunicó luego sus incendios á los corazones de todos los que le escuchaban. Hablólos con tanta elocuencia, con tanta energía sobre las verdades de la religion, sobre la nada de los bienes caducos, sobre los falsos atractivos de los deleytes, sobre los horrores de la muerte, sobre la brevedad de la vida, que mas de doscientas personas se resolvieron á abandonarlo todo, y á quedarse con él en aquella soledad para atender únicamente al negocio de su eterna salvacion. Pudo mas con Antonio el celo de las almas que el amor al

retiro. Edificáronse muchas celdas cerca de la suya, y no pudo el Santo negarse á enseñar y á dirigir aquellos nuevos discípulos por el camino del cielo, en el cual estaba tan instruido.

Extendióse la fama de san Antonio por África, Italia y Francia, y casi por todo el mundo el gran poder que Dios le habia concedido sobre los demonios, el don de profecía y de milagros, y concurrieron á él de todas partes innumerables discípulos. Halláronse bien presto poblados aquellos vastos desiertos; edificáronse muchos monasterios, y en menos de diez años se contaron en éllos muchos millares de solitarios.

Creciendo todos los dias aquella religiosa república, se vió Antonio obligado á dedicar toda la atencion á su gobierno. Unas veces los instruía á todos en comun, ótras en particular. Desengañáos, hermanos, les repetia con frecuencia, que para hacer progresos en la vida espiritual es menester hacernos cuenta que cada dia comenzamos. Por mucho que se trabaje por Dios, no hay proporcion entre el premio y el trabajo. Si quereis vencer al demonio, amad á Cristo; orad mucho, mortificaos mucho, y sed humildes. El espíritu de las tinieblas teme á las almas puras. Nada le confunde tanto como la desconfianza de sí, y la confianza en Dios.

Pero no solo habia destinado Dios á nuestro Santo para instruir á los solitarios; tambien le tenia escogido para confundir á los gentiles y á los hereges, y para alentar á los fieles en el rigor de las mayores persecuciones.

Llegando á noticia de Antonio que eran conducidos á Alexandría muchos confesores de Cristo para quitarlos la vida con los mas crueles tormentos, y temiendo que algunos flaqueasen en la fe á vista de los suplicios, partió al punto del desierto para asistirlos en las prisiones. Pretendieron estorbarlo los tiranos, mandando pena de la vida que se retirasen todos los solitarios; pero despreciando Antonio la suya, no abandonó á aquellos generosos confesores hasta que consumaron el sacrificio, y no dependió de él que no le hubiese tocado la misma dichosa suerte.

Crecia en nuestro Santo el amor al retiro en medio de los tumultuosos exercicios de la caridad; y apénas estu-

bo de vuelta en el desierto cuando resolvió buscar otra soledad mas apartada. Llegáronlo á entender sus discípulos, y siempre se lo embarazaron con varias piadosas artes. A esto se añadió, que las grandes necesidades de la Iglesia no le permitieron gozar largo tiempo la quietud de su celda. Obligáronle los obispos á volver á Alexandría, donde fue recibido con extraordinarios honores, no solo de los católicos, sino tambien de los hereges, y hasta de los mismos paganos que admiraban tanto su virtud como sus milagros. En el poco tiempo que se detuvo en aquella ciudad convirtió á muchos gentiles y confundió á los filósofos con la fuerza de sus argumentos.

Vuelto Antonio al monasterio, tuvo una inspiracion para que fuese á buscar á san Pablo en lo mas interior del desierto. La vista, la conversacion y la muerte de aquel grande ermitaño encendieron mas su celo y su fervor. Otra vez tuvo necesidad de volver á Alexandría para hacer que la religion triunfase en aquella populosa ciudad. Quedó desarmada la heregía Arriana á vista de aquel ilustre anciano, á quien el puro amor de la verdad habia sacado de su amado desierto á los ciento y cuatro años de su edad para combatir contra los enemigos de la divinidad de Jesucristo, y para trabajar en restituir la paz á la Iglesia.

Sábese que Constantino el Grande y sus hijos escribieron al Santo cartas muy afectuosas, como á su padre espiritual, mostrando gran deseo de recibir sus respuestas. Respondió á éllas Antonio; pero cuando llegó á entender que los hereges, abusando de la sinceridad y de la poca instruccion de los emperadores en puntos de religion, pretendian engañarlos, no esperó á que le escribiesen. Él mismo se anticipó, y sabiendo que el emperador Constantino se habia dexado prevenir por los arrianos contra san Atanasio, le escribió con tanta viveza y con tan religioso encendimiento, que mostró bien así la pureza, como la generosidad de su celo, incapaz de andarse en contemplaciones con los hereges, ni con los que fuesen sospechosos en la fe. Él mismo le hizo escribir aquella carta tan ardiente á Gregorio, obispo arriano, que habiendo usurpado tiránicamente la iglesia de Alexandría, habia sido causa de que fuese expelido de élla su legítimo pastor.

En fin, abrasado este gran Santo en el amor de Jesucrísto; encendido en una indecible ternura con la santísima vírgen María, de quien era devotísimo; adornado del don de profecía y de milagros, siendo la veneracion de las córtes, y de casi todas las naciones del Universo, el azote de los hereges, el terror de los demonios, el ornamento de la Iglesia, la maravilla del mundo, el asombro de su siglo, á los ciento y cinco años de su edad, habiendo pasado ochenta y cinco en los exercicios de la mas rigurosa penitencia, despues de haberse despedido tiernamente de sus amados discípulos, recibiendo de éllos los últimos abrazos, extendió sus pies; y dexando ver en su venerable semblante una extraordinaria alegría, á vista de los espíritus celestiales, que estaban presentes para ser testigos de su último aliento, entregó el alma á su Criador el dia 17 de enero del año 356 que se contaba el noveno del imperio de Constancio. Sus discípulos executaron religiosamente las órdenes que les dexó en su última voluntad, ó especie de testamento. Mandó que entregasen á san Atanasio una de sus túnicas, y el manto con que murió; otra túnica la dexó á san Serapion, obispo de Thumis, y ordenó que enterrasen su cuerpo en secreto sin descubrir jamas á nadie el lugar de su sepultura. Con efecto estuvo oculto por algun tiempo; pero luego fue celebrada en toda la Iglesia la memoria de este Santo, especialmente en Oriente, donde desde luego se comenzó á solemnizar su fiesta con la mayor celebridad.

Cerca de doscientos años despues fue descubierto el santo cuerpo. Hízose con gran pompa su traslacion á Alexandría, y despues á Constantinopla cuando los sarracenos se apoderaron de Egipto. Ultimamente ácia el fin del décimo siglo, habiendo hecho el viage de la Tierra santa un caballero de Viena en el Delfinado, muy devoto de san Antonio, pasó á Constantinopla, y obtuvo del Emperador aquellas preciosas reliquias, que traxo consigo á Francia. Dió principio á la célebre iglesia de la Abadía en una heredad suya, llamada la Mota, en la diócesis de Viena, que despues tuvo el nombre de san Antonio. El año de 1089 hizo grandes estragos en toda la Francia una enfermedad llamada Fuego sacro; y experimentándose que era eficacísimo remedio contra élla la in-

vocacion de nuestro Santo, se comenzó á llamar el fuego de san Anton. Desde entonces fue prodigioso el concurso del pueblo á adorar las santas reliquias; lo que fue ocasion de que se fundase una nueva religion de canónigos Regulares de san Agustin, con el título de san Antonio Abad, que se ha hecho célebre en toda la Europa por su vida arreglada y por su caridad inalterable.

La oracion de la misa es la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Antonii Abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendable la intercesion del bienaventurado Antonio Abad, para conseguir por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 45. del libro de la Sabiduría.

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo; y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios y le introduxo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

NOTA.

»Ya se ha hablado del libro del Eclesiástico, cuyo »autor fue Jesus, hijo de Sirach. Habiendo leido con gran»de atencion la ley y los profetas, compuso Jesus este »libro, cuyos pensamientos y palabras todas son del Es-

„píritu santo, puesto que la Iglesia le reconoce por uno „de los libros sagrados y canónicos. Muy comunmente „se llamó libro de la Sabiduría, y tiene gran semejanza „con los libros de Salomon. El capítulo 45 de donde se „sacó la epístola de la misa correspondiente á este dia, „contiene un elogio de Moyses, que la Iglesia aplica con „razon y con propiedad á los santos abades.

REFLEXIONES.

De qué sirve ser amado de los hombres al que no lo fuere de Dios. ¿Y qué podrá contra nosotros el ódio y la malicia de todos los hombres, con tal que Dios nos ame? Toda nuestra felicidad, toda nuestra dicha consiste en ser amigos de Dios.

¡Qué extravagantes, y qué injustos suelen ser los hombres en sus amistades! ¡Cuánto suele costar el darles gusto! No siempre ganan su corazon los de prendas mas sobresalientes, los de mayor mérito. Lleno está el mundo de preferencias en el amor, inicuas y nada racionales. Muchas veces habrás trabajado, sudado, gastado tu hacienda y tu salud en servicio de un grande sin que te lo haya agradecido. Los hombres solo se aman á sí mismos. ¿Caíste en gracia de alguno? Poco ó nada es menester para perderla; y por leve que sea el motivo de la desgracia, siempre se sigue á élla la tibieza, y despues la frialdad.

¿Qué amistad hay en el mundo sincéra y pura? No hay otro nudo para estrecharla que el interes ó la pasion. Si aquél se muda, si ésta se templa ó irrita, acabóse la amistad. Ningun amigo hay que no esté en vísperas de dexar de serlo. La mas fuerte amistad entre los hombres puede poco, y pende de casi nada.

No es así en la amistad de Dios. Es sincéra, desinteresada, benéfica. Amaráme Dios en viendo que yo le amo. Solo con querer darle gusto, se le doy; y no puedo desagradarle sino con el pecado. Toda mi felicidad y toda mi gloria es su amistad; y toda mi suma desgracia será perderla.

Hablando con propiedad, no hay otra gloria verdadera que la de los santos. La gloria del mundo es humo, y no es mas. Aquellos hombres que en el mundo adquirie-

ron grande gloria, que por ella se llamaron hombres grandes, si no fueron santos, si no se salvaron, ¿qué es lo que ahora les resta de esta gloria? Desengañémonos, que nada es mas digno de nuestro respeto, de nuestra estimacion que la santidad. Ella ennoblece á las personas mas viles. Un pobre pastor, si es santo, merece y recibe las adoraciones de los mayores monarcas, mientras los príncipes mas poderosos de la tierra están sepultados en un eterno olvido despues de su muerte. Y si no fueron santos, ¿qué elogios merecen? ¿de quién podrán esperar veneracion y cultos?

Todos amamos tanto la gloria: ¿pues cuándo la buscarémos en su verdadera fuente? Ciertamente no hay que pensar encontrarla sino en la conformidad de nuestras costumbres con los preceptos de la ley. No hay otro modelo que la vida de los santos; no hay otra regla que el evangelio. ¡Qué error! ¡qué locura! pretender que las máximas del mundo tengan parte en la regla de las costumbres.

El evangelio es del cap. 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret, perfodi domum

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos. Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor, cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los halláre velando. En verdad os digo, que se ceñirá y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los halláre así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su

suam, et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no penseis, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

De la incertidumbre de la hora de la muerte.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todos estamos ciertos que hemos de morir; pero todos ignoramos cuál será la hora de nuestra muerte. Lo único que sabemos ciertamente es, que podemos morir en cualquier hora; que este dia puede ser el último de mi vida, y que la hora presente puede ser la hora de mi muerte. Persuadido á esta verdad infalible, ¿en qué fundamos nuestra seguridad? Creer, y no temer; temer, y no velar, ¿qué puede ser sino impiedad ó locura? Que á todas horas puede llegar el Juez supremo para decidir de nuestra suerte eterna; ¡y no están las cuentas prevenidas! Seguramente no es tiempo de disponerlas cuando llegue la hora de darlas. Despertar cuando el amo llama á la puerta, ya es fuera de tiempo; era menester estar en vela; era menester estar ya prevenido para partir; era menester tener encendidas las lámparas cuando llegase el Esposo. No es entonces tiempo de ir á buscar el aceyte, ni tampoco basta tener provision de óleo si está apagada la lámpara. Menester es estar siempre en estado de gracia, velar sin cesar; porque á no ser así, corremos evidente peligro de ser sorprendidos.

¿Cuántos años ha que yo me hallo en esta dichosa disposicion? ¿Podrá Dios venir cuando fuere servido; en la segunda, en la tercera vigilia, como en la primera? ¿Hallaráme prevenido para comparecer en su presencia con fundada confianza? ¡Ah, dónde estaria yo ahora si el Señor hubiera ya venido! Mi Dios, ¡en qué error, en qué peligro he vivido hasta aquí! Nunca me halló el mundo dormido para sus negocios; ¿pero cuándo me halló Dios despierto para el mio?

¡O gran Dios, y en qué se pasa toda la vida! Gimo, me estremezco solo de acordarme de mi modorra, de mi fatal letargo. Mas pues vos, Señor, me despertais de él, por vuestra divina gracia haced que en adelante tenga siempre tan presente vuestra venida, que jamas me coja desprevenido.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué gran dicha es la de aquellos fieles siervos que cuando viene el Señor los encuentra velando; ¡qué alegría tambien para el Salvador del mundo el coger en éllos el fruto de sus trabajos y de su sangre, el poder derramar sobre sus almas el torrente de sus bendiciones, admitiéndolos al festin, y haciéndolos participantes de su gloria!

Pero, ¡y qué gozo para los mismos siervos fieles el no haberse dexado arrastrar de los falsos atractivos con que el mundo embriaga á sus secuaces! ¡qué placer el no haberse dormido como tantos otros que se dexaron vencer de la modorra!

El Señor siempre viene antes de lo que se piensa. ¡Qué alegría la de haber estado en vela continuamente; la de no haber perdido de vista ni un punto el importante negocio de la salvacion; la de haber tenido presente dia y noche el pensamiento de la muerte; la de haber perseverado en una vida inocente y rica de buenas obras!

Pon los ojos en san Antonio en el último momento de su vida. Ochenta y cinco años habia que aquel siervo fiel estaba velando en el desierto para esperar la venida del Señor. A los veinte años de su edad habia dexado el mundo, y habia conservado su inocencia con el continuo exercicio de una penitencia rigurosa. O! ¡y con qué gozo vió que se acercaba ya el momento decisivo de su eterna felicidad! El mismo consolaba á los que lloraban porque le perdian. Muere con tanto consuelo, que la alegría que inundaba su alma, no cabiendo en élla, rebosa ácia afuera, y se comunica al semblante de su cuerpo moribundo. ¡Qué diferencia, buen Dios, qué diferencia entre Antonio al espirar, y todos esos aparentes dichosos del mundo cuando mueren! O! ¡cuántos duermen, por decirlo así, toda la vida! ¡Pero qué cosa tan terrible es no despertar hasta la hora de la muerte!

Dulcísimo Jesus mio, preservadme de esta desgracia. No, Señor; no habeis dilatado tanto tiempo vuestra venida sino para darme lugar á que me disponga, á que me prevenga para recibiros. Bendita sea eternamente vuestra piedad, Padre de las misericordias. No, no abusaré ya mas de esta singularísima gracia; desde hoy en adelante quiero vivir como siervo que en todas las horas os aguarda.

JACULATORIAS.

Stulte, hac nocte animam tuam repetunt à te: quæ autem parasti, cujùs erunt? Luc. 12.

¡Gran locura el no pensar en la muerte! Esta noche, este dia puede ser el último de mi vida: y todo lo que con tanto afan he amontonado ¿de quién será despues?

Vigilate, quia nescitis diem, neque horam. Matth. 25.

Velad todos los dias, velad todas las horas; porque no sabeis ni la hora ni el dia en que habeis de morir; y podeis morir en este mismo dia y en esta misma hora.

PROPOSITOS.

Ademas de la importante práctica de un dia de retiro cada mes, que es utilísima para prevenir las funestas consecuencias de una muerte repentina, una vez cada semana tendrás la meditacion sobre el exercicio de la muerte. No emprendas cosa alguna de consideracion, no hagas viage, ni te entregues á alguna diversion por honesta, por decente que sea, sin decirte á ti mismo lo que el profeta Isaías dixo á aquel otro rey de Judá (*a*): *Dispone domui tuæ, quia morieris tu.* Mi fin se acerca; ¿tengo prevenidas todas las cosas? A toda priesa voy corriendo ácia la sepultura; desde ayer acá estoy mas cerca de élla veinte y cuatro horas. El Señor no está lejos. Y aun puede ser que en esta misma hora me esté diciendo el corazon: Pon en órden los negocios de tu conciencia, porque presto morirás.

2. Siempre que recibas los sacramentos, no dexes de hacerlo como si fuera la última vez que los habias de recibir. Una confesion como si fuera la última, y una co-

(a) *Isai.* 38.

munion como si fuese el viático, no pueden dexar de ser muy eficaces. En tomando todas estas precauciones, no hay riesgo de que el Señor nos coja desprevenidos. Este es uno de los exercicios piadosos mas importantes. Ten presente que es artículo de fe que nos hemos de morir en la hora que menos lo pensemos (*a*): *Qua hora non putatis.* No limites únicamente al uso de los sacramentos un exercicio tan útil. Nada emprendas durante la vida, que no lo mires como lo mirarias en la hora de la muerte; eleccion de estado, negocios de importancia, comercios, cargos, pleytos; quien no se quisiere engañar, todo lo ha de mirar como si estuviera para morir. En vida se miran las cosas á mala luz; para verlas como son, es menester considerarlas á la luz de la candela.

DIA DIEZ Y OCHO.

La cátedra de san Pedro en Roma.

Habiendo querido Dios que aquella misma Roma que por espacio de tantos siglos habia sido la maestra del error, el centro de la superstición y el asiento del paganismo, fuese despues la maestra de la verdad, la silla de la fe, la cabeza de la religion y la madre comun de todas las iglesias; era conveniente que todos los fieles celebrasen la época de esta felicidad, y que cada año se solemnizase el nacimiento de aquella primera iglesia del mundo, ó por mejor decir, el dia en que se estableció la fe de la Iglesia universal en Roma, como en el centro de su unidad. Este es propiamente el espíritu de la presente festividad tan antigua en toda la Iglesia.

Es, pues, la fiesta de la cátedra de san Pedro en Roma el aniversario ó la memoria de aquel afortunado dia en que san Pedro, despues de haber fundado la iglesia de Antioquía, vino á establecer su silla en la capital del

(a) *Luc.* 12.

Universo, convirtiéndola en cabeza de todo el orbe cristiano. Sucedió esto cerca del año 48 de Jesucristo, ácia el fin del segundo emperador Claudio, y cuando comenzaba el imperio de Neron. Veinte y cinco años regentó san Pedro esta cátedra romana, y coronó en la misma ciudad sus apostólicos trabajos con un glorioso martirio.

Pero no solo celebraba en este dia la Iglesia la memoria del establecimiento de la silla apostólica en la ciudad de Roma, sino que al parecer comprende tambien en la misma festividad aquella gloriosa confesion que hizo san Pedro de la divinidad de Jesucristo, y el nombramiento que despues de esta solemne confesion hizo Cristo de san Pedro para vicario suyo en la tierra, cabeza visible y piedra fundamental de su Iglesia, perpetuándolo en él y en todos sus sucesores. Por eso sin duda cuando se celebraban en un mismo dia las dos cátedras de Antioquía y de Roma, como se observó por algun tiempo, se contentaba la Iglesia con querer solemnizar el obispado de san Pedro en general; y en este sentido el autor de la carta que se atribuye á san Agustin, dice que se celebra en este dia la cátedra de san Pedro, porque en él fue cuando el Apóstol ascendió al trono del pontificado. Llamaron, dice, nuestros padres á la solemnidad de este dia la cátedra de san Pedro, porque se asegura que en este mismo dia el Príncipe de los apóstoles tomó posesion de la silla episcopal: *Ideo quod primus Apostolorum Petrus hodie Episcopatus cathedram suscepisse referatur.*

Sin duda que por este mismo motivo, á exemplo de la fiesta anual de la dedicacion de las iglesias, se obligaba á los sumos pontífices, y aun tambien á los prelados inferiores, á que celebrasen cada año el dia de su consagracion.

San Leon papa en el sermon que hizo en honor del Príncipe de los apóstoles, dice ser muy conveniente que aquella misma ciudad, que era cabeza de todo el mundo, fuese tambien el centro de la religion, para que colocada en élla la luz de la verdad, criada para alumbrar y para salvar al mundo todo, se difundiese mas eficazmente á todas partes del Universo. Y añade, que el Príncipe de los apóstoles, despues de haber conducido la luz de la fe en

toda Judea, despues de haber fundado la iglesia en Antioquía, y predicado en Galacia, Capadocia, Asia y Bithinia vino á colocar su silla en Roma, y levantó sobre el capitolio el trofeo de la cruz de Jesucristo.

El segundo concilio Turonense, que se celebró el año de 567, habla de esta fiesta como tan antigua, que ya se habian introducido en élla algunos abusos, á los cuales era menester poner remedio.

¡Qué profanidad! ¡qué escándalo! esclaman los padres del concilio. ¡Es posible que entre los mismos fieles se hallen personas tan ciegas que en el dia en que se celebra la cátedra de san Pedro, dexándose llevar de una ridícula superstición, ofrezcan viandas á los muertos, y apenas vuelven á sus casas despues de haber asistido al santo sacrificio de la misa, se entregan á los errores y á las supersticiones de los gentiles; y lo que todavía causa mas horror, despues de haberse alimentado con el precioso cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, manchan sus almas con los manjares que estan dedicados al demonio! Pero oigamos las mismas palabras con que se explica el concilio, porque son muy notables: *Sunt etiam qui in festivitate cathedræ domini Petri apostoli cibos mortuis offerunt; et post missas redeuntes ad domos proprias, ad gentilium revertuntur errores; et post corpus Domini sacratas dæmoni escas accipiunt.*

Ya por aquel tiempo se celebraba esta fiesta; asistíase á la misa, comulgábase en élla. ¡Pero qué impiedad dexarse despues arrastrar de las ceremonias supersticiosas y paganas! ¡Buen Dios, y qué campo tan fecundo de provechosas reflexîones para los hereges que se burlan de la misa, y que niegan la real presencia del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía! ¡Pero qué copioso manantial de no menos importantes reflexîones para muchos malos católicos, que despues de haber celebrado ó asistido á los mas sacrosantos misterios pasan inmediatamente á las obras mas profanas; desde el templo al teatro, desde la comunion á los banquetes, desde el sermon á las conversaciones mundanas, al juego, al bayle y á otros entretenimientos indignos de cristianos!

Muchas iglesias particulares celebraban esta fiesta en dias diferentes; algunas confundian las dos cátedras de

Antioquía y de Roma. Para remediar uno y otro inconveniente, el papa Paulo IV. fixó la fiesta de la cátedra romana al dia 18 de enero por una bula que expidió en 13 del mismo mes el año de 1558. En élla dice que no pretende introducir alguna fiesta nueva, pues no hace mas que restablecer ó confirmar una solemnidad que ya se celebraba en la Iglesia desde los primeros siglos, señalando para élla el dia 18 de enero, como lo practicaban los padres mas antiguos de la misma Iglesia.

Consérvase todavía en Roma la misma cátedra donde se sentaba san Pedro, grosera por el arte y pobrísima por la materia; pero preciosísima para la veneracion de los fieles, que deben mirar con la mayor estimacion y respeto todo lo que sirvió al Príncipe de los apóstoles.

La oracion de la misa es la que se sigue.

Deus, qui beato Petro Apostolo tuo, collatis clavibus regni cœlestis, ligandi atque solvendi Pontificium tradidisti: concede, ut intercessionis ejus auxilio à peccatorum nostrorum nexibus liberemur: Qui vivis et regnas...

O Dios, que con las llaves del cielo concediste á tu apóstol el bienaventurado san Pedro la autoridad pontifical de atar y desatar: concédenos que por su intercesion nos veamos libres de las ataduras de nuestros pecados: Que vives y reynas...

La epístola es la primera del mismo apóstol san Pedro.

Petrus Apostolus Jesu Christi, electis advenis dispersionis Ponti, Galatiæ, Capadociæ, Asiæ, et Bithyniæ, secundum præscientiam Dei Patris in sanctificationem Spiritus, in obedientiam, et aspersionem sanguinis Jesu Christi: gratia vobis, et pax multiplicetur. Benedictus Deus, et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam, per resurrectionem Jesu Christi ex mortuis, in hæreditatem incor-

Pedro, apóstol de Jesucristo, á los que habitaban dispersos en el Ponto, en Galacia, en Capadocia, en Asia y en Bithinia, escogidos segun la presciencia de Dios al Padre, para la santificacion del espíritu, para obedecer y ser bañados con la sangre de Jesucristo: la gracia y la paz os sea multiplicada. Bendito sea Dios, y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia nos reengendró por la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos, para una esperanza viva, para

ruptibilem, et incontaminatam, et immarcescibilem, conservatam in cœlis in vobis, qui in virtute Dei custodimini per fidem in salutem, paratam revelari in tempore novissimo. In quo exultabitis, modicum nunc, si oportet contristari in variis tentationibus: ut probatio vestræ fidei multo pretiosior auro (quod per ignem probatur) inveniatur in laudem, et gloriam, et honorem, in revelatione Jesu Christi Domini nostri.

una herencia que no puede corromperse, contaminarse ni marchitarse, reservada en el cielo para vosotros, que por la virtud de Dios sois guardados por la fe, para la salvacion que se ha de manifestar en el último tiempo. En lo cual debeis alegraros, aunque ahora sea conveniente que os contristeis algun tanto por las varias tentaciones: para que la prueba de vuestra fe, mucho mas preciosa que el oro, que es probado en el fuego, se halle digna de alabanza, de gloria y de honor cuando se manifieste Jesucristo nuestro Señor.

NOTA.

»Hallándose san Pedro en Roma por los años de 45, »escribió su primera epístola á los fieles convertidos entre »los judíos, que estaban dispersos por el Ponto, Galacía, »Capadocia, Ásia y Bithinia, donde el mismo Santo ha»bia fundado muchas iglesias. De esta epístola se saca la »de la misa del dia.

REFLEXIONES.

Los santos no aciertan á desear otros bienes que los eternos, ni otras bendiciones que las celestiales. Como tienen tan conocida la vanidad y la nada de los bienes de la tierra, los reputan por objeto indigno de sus deseos. La paz del corazon se reserva únicamente para los verdaderos fieles; los mundanos estan agitados de muchas pasiones, y no pueden gozarla. Por mas que afecten y quieran persuadir que tienen paz, *no hay paz en el corazon del impío*, dice el Señor. ¡Pero qué abundancia de bienes sobrenaturales, qué afluencia de consuelos interiores no se desprenden sobre el corazon puro que goza de esta celestial paz!

La diversidad de las naciones no se comunica al corazon ni al espíritu de los verdaderos fieles. Para éllos to-

das las naciones son una misma. Que sean del Ponto ó de Bithinia, de Capadocia ó del Ásia, una es la fe que los alumbra, uno el espíritu que los anima, una la esperanza que los consuela, una la caridad que los estrecha: *Cor unum, et anima una.* Donde hay diversidad de opiniones, hay desunion en los ánimos, y se altera la caridad. El espíritu de Dios es espíritu de paz.

Siendo reengendrados por la sangre de Jesucristo, ¡cuál debe ser la pureza de nuestras costumbres, la integridad de nuestros deseos, la santidad de nuestra vida! Y siendo reengendrados por una viva esperanza, *in spem vivam*, ¿cómo no suspirarémos por aquella rica herencia que no está sujeta á alterarse ni á corromperse?

Siendo destinados para moradores del cielo, ¿cómo es posible que nos agrade la tierra? La memoria de nuestra celestial patria no puede componerse con mirar con ojos enxutos y serenos el lugar de nuestro destierro. Sentados á la orilla del rio de Babilonia, de necesidad hemos de derramar torrentes de lágrimas acordándonos de nuestra amada Sion. Así hablan los santos; ¿pero hablan tambien así los hombres del mundo? Las adversidades, los trabajos de esta vida hacen saltar de alegría á los que únicamente viven para la ótra. ¡Qué proporcion hay entre lo que se puede padecer aquí por Dios, y la recompensa de lo que se padece, que no es menos que la posesion del mismo Dios! Cierto estoy, dice el Apóstol, que las aflicciones del tiempo presente no tienen comparacion con la gloria futura que resplandecerá en nosotros. Creemos este oráculo, ¿y comprendemos todo lo que significa?

El evangelio es del cap. 16. de san Mateo.

In illo tempore: Venit Jesus in partes Cæsareæ Philippi: et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii vero Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis?

En aquel tiempo vino Jesus á tierra de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y éllos dixeron: Unos que es Juan el Bautista, ótros que Elías, ótros que Jeremías, ó alguno de los profetas. Díxoles Jesus: ¿Y vosotros quién decis que soy? Respondiendo Si-

Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Bar-Jona: quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cœlis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclessiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni cœlorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis.

mon Pedro, dixo: Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesus, le dixo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra élla. Y te daré las llaves del reyno de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos.

MEDITACION.

De la confesion de la fe.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no basta creer; es menester que cada uno haga pública y solemne profesion de lo que cree. Cristo no gustó de discípulos tímidos y mudos. Esta cobardía costó muy caro á san Pedro. ¡Desventurado de aquel que se avergüenza del evangelio.! Créese con el corazon para llegar á la justicia; y se confiesa con la boca para merecer la salvacion.

Siempre que no se vive arreglado á lo que se cree, hay temor, hay cobardía en declarar la religion que se profesa. No todos se hallan en ocasiones precisas de confesar la fe con la boca; pero ninguno puede dispensarse de confesarla con las costumbres. Si las obras desmienten la fe, no resta mas que una fantasma de católico. Si no hay mas que una fe puramente especulativa, esa tambien la tienen los demonios.

Bien puede uno confesar á Jesucristo, y no seguir sus máxîmas; ¿pero podrá ser verdadero fiel no siguiendo las

máxîmas de Jesucristo? Si yo estoy persuadido á que Jesucristo es el Hijo de Dios vivo; á que Jesucristo es mi Dios, ¿podre avergonzarme de ser reconocido por discípulo suyo? Y cuando se defiere tanto á los respetos humanos en perjuicio del evangelio, ¿se conoce verdaderamente á Jesucristo?

Hay obligacion de confesar la fe en presencia de los tiranos, á pesar de las amenazas y de los suplicios. Aquellos que se avergüenzan de que los tengan por devotos, ¿tendrian valor para hacer esta confesion? Cosa extraña, ¡no se querria morir con una fe titubeante, y se vive por lo comun con una fe muerta! Cuando se exâminan de cerca nuestras costumbres, ¿se podrá formar por éllas una grande idea de nuestra fe?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay una fe de pura razon natural, que no se levanta sobre los sentidos, y consiguientemente, que no es capaz de constituir un fiel verdadero. Lleno está el mundo de esta especie de fe; pero sus luces son muy naturales y muy débiles para que puedan elevarse hasta la divinidad.

¿Quién dice por ahí el mundo que es el Hijo del hombre? preguntaba Cristo á sus discípulos. La respuesta que le dieron descubre el carácter de la fe de los mundanos. Unos, discurriendo por su modo de vida y por su doctrina, creian qne era Juan Bautista resucitado; ótros, reflexionando únicamente sobre sus milagros, se persuadian que era Elías ó alguno de sus profetas. Cuando no hay mas fe que la de una buena razon natural, no se adelanta mucho con élla.

La fe es una luz sobrenatural, y solamente los que estan iluminados de élla exclaman con san Pedro: *Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.* Exâminemos de qué naturaleza es la nuestra. Es la fe en cierta manera la medida del amor. Si amamos poco, vanamente nos lisonjearémos de que creemos mucho.

Una fe viva no está largo tiempo sin recompensa. *Bienaventurado eres, Simon, hijo de Jonás, porque no te lo reveló la carne y la sangre.* El Padre celestial es el que

comunica esta luz sobrenatural con abundancia; ¿pero hará mucha impresion en una alma arrastrada de los apetitos de la carne; en un corazon esclavo de las pasiones y en un espíritu mandado por los sentidos? La confesion que hizo san Pedro le mereció la augusta cualidad de vicario de Jesucristo. Nuestra poca fe nos hace siervos inútiles. Tengamos una fe viva y generosa, y harémos milagros con élla.

Confieso, Salvador mio Jesucristo, que vos sois mi Salvador y mi Dios. De aquí adelante será mi conducta la fiadora de mi fe. Poco os he amado; mal os he servido, porque hasta aquí solo he tenido una fe lánguida. Dadme una fe llena y generosa, y aumentad cada dia esta mi fe.

JACULATORIAS.

Tu es Christus, filius Dei vivi. Matth. 16.

Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo.

Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes. Joann. 6.

¿A quién, Señor, acudirémos si vos solo sois el que teneis palabras de vida eterna?

PROPOSITOS.

El Credo es la confesion de la fe. La costumbre de rezarle sin atencion y sin devocion es causa de que se diga sin fruto y sin mérito. A lo mas parece una oracion que se reza, y no una profesion de fe que se hace. Resuélvete desde hoy á no rezar jamas este compendio de los artículos de la fe, que no sea acompañándole con una confesion interior de lo que crees. Con el mismo espíritu debes ponerte en pie al evangelio de la misa. No tengas esto por una ceremonia indiferente. Es una profesion de fe muda, pero pública, con la cual se declara que se reconocen aquellas divinas palabras como regla de nuestra fe y de nuestras costumbres. No solo en los cadahalsos y en presencia de los tiranos hay obligacion de hacer pública profesion de nuestra fe; tambien es menester que nuestras máxîmas y nuestras costumbres digan claramente la religion que profesamos.

2. Es una devocion solidísima el exercitarse en actos

de fe antes de la comunion; siempre que nos hallamos en algun peligro, al principio de todas las oraciones, y especialmente cuando se comulga por modo de viático; teniendo frecuentemente en la boca estas palabras del evangelio: *Credo, Dómine, adjuva incredulitatem meam.* Yo creo, Señor, yo creo; pero ayudad mi fe, y fortificadla con vuestra divina gracia.

DIA DIEZ Y NUEVE.

San Canuto, rey de Dinamarca, y mártir.

San Canuto IV., hijo de Suenon Estrice, rey de Dinamarca, y nieto del otro Canuto que sujetó la Inglaterra, fue un gran rey, y fue un gran santo. Nació ácia la mitad del siglo undécimo. El rey su padre tuvo gran cuidado de confiar su educacion á sabios maestros y á prudentes gobernadores, que se aprovecharon ventajosamente de las nobles prendas de que le habia dotado la naturaleza, y de las ricas disposiciones para la virtud que habia recibido de la gracia, y se dexaron reconocer casi desde la cuna.

Correspondió perfectamente el niño Canuto á los desvelos de su educacion. Dentro de poco tiempo se halló perfeccionado en los exercicios de espíritu y de cuerpo que correspondian á su real nacimiento. Pudiérase decir que para Canuto no hubo puericia ni infancia. Todos sus entretenimientos eran serios, y las diversiones ordinarias de aquella edad no hicieron la mas mínima impresion en su corazon, que desde luego mostró haber nacido para cosas grandes. Pero lo que es mas singular, ya desde aquella tierna edad se distinguia mas por la piedad y por el celo de la religion, que por las otras excelentes cualidades que le adornaban.

Su valor se dexó admirar desde la primera ocasion en que se pudo conocer. Apenas tenia fuerzas de montar á caballo, y ya se le tuvo por capaz de que mandase un

exército. Descubrió luego los grandes talentos que habia recibido del cielo para hacerse lugar en el número de los conquistadores. Ganó tantas victorias como dió batallas; y hacia las conquistas en menos tiempo que era menester para hacer las prevenciones. Purgó el mar de los piratas que infestaban las costas; venció los estones que cometian excesos y latrocinios; y domó á la provincia de Sembia, que despues de esta conquista quedó agregada al reyno de Dinamarca.

Hallábase Canuto en el mayor auge de estimacion y de poder cuando murió el rey su padre. Era entonces electiva la corona de Dinamarca, y nadie dudaba que debia ser preferido á Heroldo su hermano mayor. Sus méritos autorizaban la voz del pueblo; pero los grandes temieron á su valor y á su vida irreprensible, pareciéndoles que gozarian de mayor libertad y de mayor reposo, eligiendo un rey floxo y estúpido. Nombraron á Heroldo, y Canuto recibió este desayre como héroe verdaderamente cristiano. Estuvo tan lejos de vengarse, ni de dar oidos á las tropas que le persuadian al desagravio, que antes bien solo se valió de éllas, de su autoridad y de sus fuerzas contra los enemigos de la patria; y el rey su hermano no tuvo vasallo mas obediente ni mas rendido. Pero el cielo tomó de su cuenta premiar luego su virtud. Murió Heroldo á los dos años de su reynado, y Canuto ascendió al trono con aplauso general de la nacion.

Fue su primer cuidado, despues de su coronacion, purgar el reyno de los desórdenes y de los vicios que se habian introducido en él, presumiendo de costumbre á favor de la posesion de largos años; y se aplicó á solicitar el mayor lustre de la religion, así por sus leyes, como por sus exemplos. Créese que por este tiempo le escribió el papa Gregorio VII. aquellas dos bellas cartas en que le exhorta á imitar las virtudes de su padre, á llevar adelante el celo que le animaba por la religion y por la Iglesia, y á desterrar de su reyno la bárbara costumbre de atribuir únicamente á los pecados de los clérigos las calamidades públicas, ocasionadas así de las enfermedades, como de la inteperie ó del desórden de los temporales.

Habiendo sabido que se habian rebelado las nacio-

nes incultas y feroces que habitaban en la frontera del reyno ácia la parte del Norte, marchó luego á domarlas; buscólas en sus mismas cavernas, y dexólas reunidas para siempre á la corona de Dinamarca. Terminóse esta guerra ventajosamente para el Estado, y gloriosamente para la Iglesia. Ninguna conquista añadia á su corona, que no se la aumentase tambien á la religion. Habiendo sujetado enteramente las provincias de Curlandia, de Samogicia y de Estonia, hizo ver que era piedad lo que parecia ambicion; y que las habia rendido, menos por dominar él en éllas, que por sujetarlas al imperio de Jesucristo, enviando luego celosos misioneros que trabajaron con feliz suceso en la conversion de aquellos gentiles.

Al volver de esta gloriosa expedicion casó con la princesa Adela, hija de Roberto, conde de Flandes, en quien tuvo á Cárlos el Bueno, digno heredero de sus virtudes, pues mereció ser tambien contado en el catálogo de los santos.

No teniendo ya enemigos que domar, dedicó toda su aplicacion á hacer felices á los vasallos. La reforma de las costumbres, la correccion de los abusos, la integridad de la justicia, el restablecimiento de la disciplina eclesiástica, enormemente relaxada por la licencia de los grandes; en una palabra, la felicidad pública fue el único objeto de todas sus prudentísimas y santísimas leyes. Persuadido á que el bien del Estado pende en gran parte de la prudencia de los gobernadores y de la integridad de los magistrados, hizo empeño de no colocar en estos empleos sino á sugetos de conocido mérito. En su palacio estaba cerrada la puerta á toda intercesion que no fuese la del mérito y de la virtud; y porque la mayor parte de aquellos pueblos rústicos y groseros estaban poco acostumbrados á rendir á los obispos el respeto y la veneracion que se les debia, ordenó por una declaracion expresa que en adelante precederia á los duques, y ocuparian en el Estado el lugar que corresponde á los príncipes. Eximió al clero de la jurisdiccion secular; y permitió á los jueces eclesiásticos que castigasen con multas á los que delinquiesen en materia de religion, adjudicándoles el conocimiento de este género de causas.

Reedificó muchas iglesias arruinadas, y las enriqueció con su liberalidad. Fundó nuevos hospitales, agotando muchas veces su tesoro por aliviar á los pobres. El gran número de monasterios que edificó acreditan su estimacion y su veneracion al estado religioso. En todas las partes de su reyno se veian monumentos de su piedad. Un dia se despojó de todas las insignias de la dignidad real, y arrojándolas á los pies de Cristo crucificado, declaró altamente ser su voluntad que la religion reynase con el mayor lustre en todo el reyno de Dinamarca.

Su corona real, que era de gran precio, se la regaló á la iglesia de Roschlit, diciendo que lo mas precioso del mundo se debia emplear en adorno de los lugares consagrados á la magestad de Dios, y no en fomentar la avaricia y la vanidad de los príncipes.

Pero al mismo tiempo que su ardiente celo en dilatar y en hacer florecer la religion por todo su reyno le podian merecer el renombre de Apóstol de Dinamarca, su extraordinaria piedad, sus penitencias y su vida exemplarísima le hacian respetar como modelo de perfeccion en toda la Iglesia.

No puede admirarse ni ponderarse bastantemente el amor que profesaba á Jesucristo en el sacramento augusto de la Eucaristía. Pasaba horas enteras delante del altar bañado en lágrimas. Su devocion á la santísima Vírgen era tiernísima; y quiso que todas sus festividades se celebrasen en todo su reyno con la mayor solemnidad.

Ocupaba en oracion todo el tiempo que le dexaban libre los negocios del Estado. Ayunaba muchos dias en la semana con el mayor rigor; usaba frecuentemente de un áspero cilicio; y en fin, apenas habia mortificacion ó penitencia que no practicase. En una palabra, la Iglesia asegura en las lecciones de su oficio que nada omitia el piadosísimo Monarca de todo aquello que en poco tiempo pudiese conducirle á la mas elevada santidad.

Pero lo que tenia mas impreso en su celosísimo corazon era el empeño de que reynase la religion en el de todos sus vasallos. Con este santo fin quiso obligarlos á que pagasen los diezmos á la Iglesia: para conseguirlo habia hecho varias tentativas, todas inútiles. Creyó que se

le ofrecia una ocasion muy oportuna; y lo fue sin duda para lograr él la corona del martirio.

Quiso empeñarse en una guerra que le parecia justa, creyendo que no debia negar á la Inglaterra el socorro de las tropas auxîliares que le pedia. Con este intento juntó un cuerpo de tropas, y mandó equipar una buena escuadra; pero su hermano Olao, que afectaba en público aprobar su resolucion, en secreto le vendia, haciendo espaldas para que la gente desertase, y para que el exército se deshiciese. El santo Rey, que nunca perdia de vista la mayor gloria de Dios y el servicio de la Iglesia, creyó que esta era bella ocasion para establecer el derecho de los diezmos. Convocó córtes, y propuso á los estados ó que pagasen á la Iglesia este piadoso tributo, ó le contribuyesen á él una excesiva cantidad, en que los multó en castigo de su delito y de la desercion de las tropas. Los daneses, persuadidos y enconados por los enemigos de la Iglesia y del santo Rey, escogieron antes pagar la multa, aunque tan excesiva, que sujetarse á los diezmos, aunque tan moderados; pero este consentimiento fue principio de una declarada rebelion. Conociéndola Canuto, dió providencia para que la reyna y los príncipes sus hijos se pasasen á Flandes, y él tomó la determinacion de retirarse á Fionta en la provincia de Seland, donde principalmente consistian las pocas fuerzas que le habian quedado; pero uno de sus primeros oficiales, llamado Blacon, le disuadió artificiosamente de este intento. Mantenia este traidor inteligencias secretas con los rebeldes, y entretenia al santo Rey con engañosas esperanzas de reducir los sediciosos á su deber, cuando Canuto, que á la sazon se hallaba en la iglesia asistiendo al santo sacrificio de la misa, se vió de repente sitiado en élla. Persuadióse desde luego á que no guardarian el respeto que debian á su rey los que se le perdian á su Dios en el mismo templo. Hincóse de rodillas junto al altar, y ofreciéndose al Señor como una inocente víctima, le dixo: Yo os ofrezco, Dios mio, este poco de vida que me resta. Muero, Señor, por defender la causa de vuestra Iglesia; dignáos de recibir con agrado mi pobre sacrificio, y haced que algun dia se arrepientan mis pueblos de su pecado para que vos se lo perdoneis, así como yo los perdono de to-

do corazon la muerte que me van á dar. Diciendo estas últimas palabras, fue traspasado su cuerpo con las flechas que le disparaban de todas partes. Así murió san Canuto en un sábado 10 de julio de 1087. Al punto manifestó Dios la santidad y la gloria de su fiel siervo con gran número de milagros. En aquel mismo año fue castigada toda la Dinamarca con una hambre espantosa, y con una enfermedad extraordinria, para la cual no se descubria otro remedio que la invocacion del santo Rey. Finalmente el papa Clemente X., movido de los muchos milagros que obraba Dios cada dia por la intercesion de su siervo san Canuto, ordenó que se celebrase el Oficio en honra de este santo mártir el dia 19 de enero en toda la Iglesia universal

La oracion de la misa es la que se sigue.

Deus, qui ad illustrandam Ecclesiam tuam, beatum Canutum, Danorum regem, Martyrii palma, et gloriosis miraculis decorare dignatus es; concede propitius, ut sicut ipse Dominicæ passionis imitator fuit, ita nos per ejus vestigia gradientes, ad gaudia sempiterna pervenire mereamur: Per eundem Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que para ilustrar á tu Iglesia te dignaste honrar con la palma del martirio, y con gloriosos milagros al bienaventurado Canuto, rey de Dinamarca; concédenos por tu bondad, que así como él fue imitador de la pasion de Jesucristo, así nosotros imitando al mismo Santo, merezcamos llegar á la eterna felicidad, de que él goza: Por el mismo Señor nuestro...

La epístola es del cap. 10. de la Sabiduría.

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret,

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reyno de Dios. Dióle la ciencia de los santos; enriqueciόle en sus trabajos, y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo rico. Le libró de los enemigos y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor, y conociese que

et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fue vendido; sino le libró de los pecadores, y baxó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

NOTA.

»Intitúlase el libro de la Sabiduría este libro de don»de se sacó la epístola de la misa. Compúsole Salomon, y »contiene preceptos muy morales, y máxîmas muy santas. »Por eso le llama san Agustin el *libro de la Sabiduría »cristiana.* Desde el capítulo 10 hasta el fin muestra el au»tor el maravilloso modo con que la divina Sabiduría con»duxo á los santos patriarcas desde Adan hasta Moyses. »Todo cuanto en él se lee hace admirar la providencia del »Señor.

REFLEXIONES.

Camínase con seguridad cuando el Señor es quien nos guia: de nosotros pende únicamente el lograr á este divino conductor. Sea puro nuestro corazon, sean rectas nuestras intenciones y tambien lo serán nuestros caminos. Si no seguimos al Señor, y si solamente nos buscamos á nosotros mismos, ¿qué maravilla es que andemos descaminados?

La ciencia de los santos es una ciencia práctica. Es menester saber lo que es menester obrar; y es menester obrar lo que se sabe es menester. Saber la ley de Dios con una ciencia seca, estéril y puramente especulativa, es saberla como la saben los demonios, y ese género de ciencia no es la ciencia de los santos.

Los trabajos que padecen las almas santas siempre las llenan de honor; y no es éste el único fruto que sacan de sus trabajos. Ninguno hay que no rinda ciento por uno; y

y todo entra en provecho al que padece por Dios. No solo premia todo lo que se hace por él, sino todo lo que se desea hacer. Admite el deseo, como pudiera el efecto. ¡O qué buen dueño tenemos en nuestro amoroso Dios! Recompensa lo que se quiere hacer como si ya estuviera hecho. Solo con desear agradarle, ya se le agrada.

Búrlese el mundano de las almas justas, haga chacota de su simplicidad, de su rectitud y de su vida arreglada; en vano se cansa, que la virtud siempre ha de ser respetable. Este es un reconocimiento que hasta los mas relaxados le han de tributar.

Aunque todo el Universo conspire contra el que es verdaderamente virtuoso no le podrá dañar. No gusta Dios de siervos cobardes, que éstos poco durarán en su servicio; quiere siervos generosos y fieles. Él mismo los empeña en el combate; pero siempre para hacerlos conseguir mas gloriosa victoria. Nunca son vencidos sino los que no son fieles. ¡O qué bello espectáculo es el de la innumerable multitud de tantos invictos mártires! ¿Qué pudo la malicia de los hombres, qué pudo todo el infierno junto armado contra los santos? En los calabozos hallaron la libertad, sobre los cadahalsos encontraron las coronas, la muerte les franqueó la vida, y en la ignominia se hallaron con gloria eterna. Así recompensa Dios á los que le sirven. ¿Cuándo nos resolverémos nosotros á servirle?

El evangelio es del cap. 16. *de san Mateo, y el mismo que el dia XVI, folio* 193.

MEDITACION.

Que el cristiano debe vivir una vida mortificada.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no es posible ser perfecto cristiano sin ser mortificado, sin renunciarse á sí mismo; y no es posible salvarse sin ser cristiano. Una vida delicada y regalona, nunca fue vida cristiana. La cruz, la mortificacion y la penitencia son los rasgos mas propios, mas expresivos del retrato de un cristiano.

¿Cómo es posible seguir á Jesucristo sin llevar su cruz, y sin llevarla todos los dias? ¿cómo es posible caminar por las huellas que nos dexó estampadas sin renunciarse á sí mismo? ¿cómo es posible tener parte en su gloria sin tenerla en su pasion?

Vivirá el mundo en sus alegrías y en sus placeres; pero vosotros, dice el Salvador, debeis ignorar los placeres y las alegrías del mundo. ¿Con quién habla Jesucristo? ¿Habla por ventura con los mundanos, con aquellos que se entregan á la glotonería y á las diversiones? ¿No se dirige á mí este divino oráculo? ¿Qué autoridad superior ha derogado esta ley? Y si este precepto obliga indispensablemente á todos los cristianos; si esta ley subsiste en todo su vigor, ¿qué será de aquellas personas tan inmortificadas, tan enemigas de la cruz, tan sensuales? ¿qué será tambien de mi? ¿Acaso tengo yo dos caminos para ir al cielo? ¿acaso hay dos evangelios para mí? ¿Nuestras costumbres son semejantes á las costumbres de los santos? Y en medio de una diferencia tan enorme, en medio de un descamino tan visible, ¡se vive sin susto, se divierte con placer y se está con tranquilidad!

Cuando Jesucristo aseguró que el que no llevaba su cruz, el que no se mortificaba todos los dias no podia ser su discípulo, ya sabía muy bien que el tiempo que precede á la Cuaresma es tiempo de Carnaval; esto es, un tiempo de diversiones, un tiempo de disolucion, un tiempo de desórden ¿Pues por qué no se exceptuó este tiempo? ¿por qué no privilegió estos dias? Pero digámoslo mejor: ¿Qué impiedad, qué espíritu de irreligion ha introducido dias de libertad, dias de disolucion en la vida del cristiano?

¡Mi Dios, á cuántos harán gemir en algun dia estos misterios de iniquidad, estos estilos escandalosos, estas reliquias que nos dexaron las máxîmas del paganismo! Pues vos os habeis dignado de descubrirme su enorme deformidad, haced, Señor, que las mire con todo el horror que mi religion me inspira; y no permitais que mi conducta desmienta lo que siento y lo que creo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera si estas palabras de Jesucristo: *Abrazarse con la cruz, llevarla todos los dias, hacerse violencia, renunciarse á sí mismo, pasar toda la vida en el llanto y en la penitencia, so pena de no entrar jamas en el cielo, de no ser conocido por su discípulo*; considera, digo, si todo esto puede admitir alguna interpretacion benigna; si puede autorizar la vida ociosa, delicada y sensual de las gentes del mundo. ¿Acaso no lo dixo bien claro Jesucristo? ¿Pues qué piensas tú? ¿y qué pensarás en la hora de la muerte? ¿Pero será entonces tiempo de comenzar á descubrir y á penetrar el verdadero sentido de estos divinos oráculos?

Compon estas ideas de inocencia, de modestia, de perfeccion cristiana, compónlas con las alegrías del tiempo de Carnaval. Compon estas máxîmas de Jesucristo con los juegos, con los bayles, con las comilonas, con las licencias profanas de este tiempo.

Rey era san Canuto, y no creyó que por serlo estaba dispensado de las máxîmas de Jesucristo. Tan mortificada, tan penitente fue su vida en la elevacion del trono como pudiera ser la de un anacoreta en la obscuridad del desierto. Los ayunos y la maceracion del cuerpo se acabaron cuando se acabó la vida. ¿Si pensaria el Santo que hacia demasiado en lo que hacia? ¿Y si habrá alguno tan atrevido que le tenga por imprudente en lo que hizo? Caminó por el camino por donde fue Jesucristo. ¿Por ventura se nos ha descubierto á los demas otro sendero? Ciertamente no nos atreverémos á decir que vamos por donde fueron los santos. ¡Pues qué error, qué locura es pensar arribar al mismo término por caminos tan opuestos! ¿Cuándo discurrirémos en punto de religion y en el negocio de nuestra salvacion eterna como discurrimos en todos los demas negocios?

Desde este instante, Dios mio, desde este instante, penetrado de tan terribles verdades, siento un vivísimo dolor de haber vivido descaminado por tanto tiempo: sí, divino Salvador mio; sí, persuadido estoy á que es menester evitar estas fiestas mundanas, estas falsas alegrías. Convengo en que la vida del cristiano debe ser una

vida de mortificacion y de cruz. Bien sé que ni mis ideas ni mis errores mudarán jamas este sistema. Ni yo quiero seguir otro, confiado en vuestra divina gracia, y esperándolo todo de vuestra infinita bondad.

JACULATORIAS.

Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis. Ad Gal. 5.

Los que son de Jesucristo, ¿cómo pueden vivir sin crucificar su carne con todas sus pasiones y con todos sus desordenados deseos?

Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis. Ad Rom. 8.

No hay proporcion entre todo lo que podemos padecer por Jesucristo en este mundo, y la gloria que nos espera en el ótro.

PROPOSITOS.

Resuélvete á comenzar este mismo dia una vida verdaderamente cristiana; esto es, mortificada, reputando la mortificacion como virtud propia de los escogidos de Dios, y abrazarla como virtud propia tuya, de todos los dias y de toda la vida; pero no te contentes con una idea general. Determina en especie, y en particular las cosas en que has de mortificarte, y no salgas de la oracion presente sin haber hecho al Señor algun sacrificio, como de no concurrir á tal conversacion, de abstenerte de tal y de tal diversion, de no jugar hasta despues de Pascua; y en fin de que no se te pase dia alguno sin exercitarte en algunos actos de mortificacion. Sobre todo te has de determinar á aprovecharte en adelante de todas aquellas mortificaciones involuntarias, y no prevenidas, con que el Señor tiene gran cuidado de salpicar todos los gustos de esta vida; las que siempre se deben aceptar con alegría y con reconocimiento, ó á lo menos con una perfecta resignacion en su divina voluntad.

2 Hay algunas mortificaciones que son de precepto, las cuales consisten en privarse de todo lo que es peca-

do, ó puede ser ocasion de pecar, por mas gusto y complacencia que se tenga en éllo; espectáculos profanos, objetos provocativos, lugares sospechosos, leccion de libros empozoñados, &c. Hay otras mortificaciones que son de consejo, pero sin las cuales no se pueden guardar las de precepto. Estas son indispensables, aquéllas son necesarias: pocos hay que no se condenen por falta de mortificacion. Otras mortificaciones hay desconocidas, á la verdad, á las almas imperfectas y tibias; pero de las cuales hacen gran caudal las que son verdaderamente espirituales. Un dicho agudo que viene á propósito y se calla; un gusto ligero de que uno se priva; una gana de mirar que se mortifica; una curiosidad que se vence; una postura incómoda que se mantiene; todo esto ofrece mil ocasiones de mortificarnos, y puede servir de materia á innumerables sacrificios, pequeños al parecer, pero de gran mérito en la realidad. Quien ama á Dios, en todo tiempo y en todo lugar encuentra cien ocasiones de darle pruebas de su amor. Las mortificaciones pequeñas no siempre son las menos meritorias; y se puede en cierta manera decir que se encierra en éllas el arte de hacerse santo.

DIA VEINTE.

San Fabian y san Sebastian, mártires.

San Sebastian, á quien se dió el renombre de defensor de la Iglesia por las maravillas que obró en defensa de la fe, nació de padres originarios de Milan, aunque establecidos en Narbona, ciudad del Lengüedoc. Criáronle con gran cuidado en la religion cristiana y en la piedad. Su dulzura, su prudencia, su apacible genio, su generosidad y otras cien bellas prendas que le adornaban, como dice san Ambrosio, le dieron presto á conocer en la corte de los emperadores. Hízose mucho lugar en élla, y en poco tiempo fue uno de los favorecidos del emperador Diocleciano, que le nombró por capitan de la primera compañía de sus guardias.

Aunque Sebastian se abrasaba en un encendido deseo del martirio, le pareció que debia de moderar su ardor conservándole como escondido debaxo del trage de soldado, porque al mismo tiempo que su empleo le hacia tan distinguido en la córte, le ofrecia tambien muchas ocasiones de hacer grandes servicios á la Iglesia, socorriendo y alentando á los cristianos que eran perseguidos. En esto empleaba su autoridad y sus bienes, sin perdonar á trabajo ni á fatigas.

Animaba con sus exhortaciones y socorria con sus limosnas á los gloriosos confesores de Cristo, de los cuales estaban llenas las cárceles y los calabozos. Mantuvo á muchos que titubeaban en los tormentos, y fortaleció á no pocos que desmayaban á vista de los suplicios. Era el apóstol de los confesores y de los mártires; y si parecia que en cierta manera desperdiciaba las vidas de los innumerables que envió al cielo delante de sí, seguramente no fue por perdonar á la suya. Tan léjos estaba de pretender reservarla, que cada dia la exponia. La muerte de cada mártir de los que Sebastian alentaba, acompañándolos hasta el cadahalso, era un nuevo sacrificio que hacia de su propia vida. Cada instante la renunciaba porque los demas no renunciasen la fe de Jesucristo.

Fueron presos por la fe dos hermanos y caballeros romanos llamados Marco y Marceliano. Despues de haber vencido gloriosamente la tortura iban á ser degollados, cuando su padre Tranquilino y su madre Márcia, ambos gentiles, acompañados de las mugeres y de los hijos de los confesores de Cristo, se echaron á los pies del juez Cromácio, y con sus ruegos y lágrimas obtuvieron de él que se difiriese la execucion de la sentencia por espacio de treinta dias.

En este intermedio no perdonaron á súplicas, á caricias, á alhagos, á gemidos, en fin, á todos los medios que puede inspirar el amor y la ternura para mover á un corazon blando y generoso, haciendo tanta impresion en los de Marco y Marceliano, que casi vencidos con la fuerza de tan contínua y tan terrible batería, comenzaban á mostrarse sensibles á las lágrimas. Advirtiólo san Sebastian, que los visitaba con frecuencia, y llegó

tan á tiempo su socorro, bendiciendo Dios el gran talento de persuadir de que le habia dotado, que no solo sostuvo aquellos ánimos, que ya comenzaban á flaquear, sino que en aquellos pocos dias convirtió á la fe de Jesucristo á Nicóstrato, oficial de Cromácio, á Claudio, alcayde de la cárcel, á sesenta y cuatro presos, y lo que es mas admirable, al padre, á la madre, á los hijos y á las mugeres de Marceliano y de Marco.

A la verdad, tan asombrosas conversiones no se podian hacer sin muchos y grandes milagros. En el mismo tiempo que san Sebastian estaba animando á los dos santos confesores en casa de Nicóstrato, donde los habian como depositado con fianzas, se dexó ver en la sala una brillante luz que llenó á los circunstantes de admiracion y de alegría. En medio de élla se apareció el Señor, acompañado de siete ángeles; y acercándose á Sebastian, le dió ósculo de paz, prometiéndole que siempre estaria con él. Así refiere san Ambrosio esta maravilla.

Zoé, muger de Nicóstrato, que estaba muda mucho tiempo habia, recobró el uso de la lengua haciendo san Sebastian la señal de la cruz sobre su boca. Todos aquellos neófitos, que padecian alguna enfermedad ó indisposicion corporal, recibieron la salud del cuerpo al mismo tiempo que por el bautismo cobraban la del alma.

Pero el mayor de todos los prodigios fue la conversion de Cromácio, vicario del prefecto. Mandó llamar á Tranquilino para saber si sus hijos se habian dexado persuadir de sus lágrimas; pero quedó admirado cuando supo que el mismo Tranquilino se habia hecho cristiano. Mis hijos, respondió Tranquilino, son dichosos, y yo tambien lo soy desde que Dios me abrió los ojos del alma para conocer la verdad y la santidad de la religion cristiana, fuera de la cual no hay salvacion. Con que tú tambien al cabo de tus años, le interrumpió Cromácio, te has vuelto loco. No, señor, le respondió el santo anciano; antes bien nunca tuve entendimiento ni juicio hasta que logré la dicha de ser cristiano; porque no hay mayor locura que preferir, como yo lo habia hecho hasta aquí, y como tú lo estas haciendo el dia de

hoy, el error á la verdad, y la muerte eterna á una vida de pocas horas. ¿Y te atreverás, le preguntó Cromácio, á probarme concluyentemente la verdad de la religion cristiana? Y cómo que me atreveré, respondió el nuevo apóstol, con tal que quieras prestar oidos dóciles y humildes á lo que Sebastian y yo te dixéremos. No duró mucho la conversacion, porque á pocas palabras quedó Cromácio convencido y convertido. Siguióse á la conversion de Cromácio la de toda su familia, y cuatrocientos esclavos recibieron el bautismo, y fueron puestos en libertad.

Pero enfureciéndose cada dia mas en Roma la persecucion, se tuvo por conveniente que Cromácio, despues de haber renunciado el empleo que tenia, se retirase á la campaña, donde era su casa el asilo de los fieles perseguidos. Todos los cristianos persuadian á san Sebastian que tambien se retirase á élla; pero este héroe de la fe les pidió con tales instancias que le permitiesen quedarse en Roma para animar y socorrer á los muchos fieles que estaban en las cárceles, y supo proponer al santo papa Cayo tales razones, que éste le dixo: *Quédate en buena hora, hijo mio, en el campo de batalla; y en trage de oficial del Emperador sé glorioso defensor de la Iglesia de Jesucristo.*

Presto se conoció cuán necesaria era su presencia para el socorro y para el aliento de los santos mártires. La primera que recibió la corona del martirio fue Zoé; siguióla poco despues Tranquilino. Nicóstrato, su hermano Castor, Claudio el alcayde de la cárcel, Sinforiano su hijo, y su hermano Victorino, despues de haber sufrido muchos tormentos, fueron conducidos á Ostia y precipitados en el mar. Tiburcio, hijo de Cromácio, fue degollado; Castúlo, oficial del Emperador, y celosísimo cristiano, fue enterrado vivo. Marco y Marceliano, amarrados á un tronco, fueron cubiertos de saetas.

Despues que estas gloriosas víctimas, preciosos frutos del celo de san Sebastian, fueron inmoladas á Dios vivo, parecia tiempo que el héroe de Jesucristo consumase en fin su sacrificio. Un infeliz apóstata de la religion fue el que dió parte á Fabian, sucesor de Cro-

mácio, que era Sebastian el que convertia á los gentiles, y el que mantenia en la fe á los cristianos. No se atrevió Fabian á mandarle arrestar por el elevado empleo que ocupaba en palacio hasta darle parte al Emperador, informándole de la religion y del celo ardiente del primer capitan de sus guardias.

Asombrado Diocleciano de lo que oía, mandó luego llamar á Sebastian, y con las expresiones mas sentidas le acriminó su ingratitud, sobre todo por haber intentado irritar la cólera de los dioses contra el Emperador y contra el imperio, introduciendo hasta en su mismo palacio una religion (como él la llamaba) tan perniciosa al Estado.

Respondió Sebastian con el mayor respeto que á su modo de entender no podia hacer servicio mas importante al Emperador y al imperio, que adorar á un solo Dios verdadero; y que estaba tan distante de faltar á su deber por el culto que rendia á Jesucristo, que antes bien nada podia ser tan ventajoso al Príncipe y al Estado como tener vasallos fieles, que menospreciando á los dioses falsos, hiciesen oracion incesantemente al soberano Arbitro y Criador del Universo por la salud del Emperador y del imperio.

Irritado el Emperador con esta generosa respuesta, mandó al instante, sin esperar á otra forma ó figura de proceso, que Sebastian fuese amarrado á un tronco, y que fuese asaeteado por los mismos soldados de la guardia. Executóse al punto sin remision esta cruel sentencia, y fue cubierto el glorioso confesor de Cristo de una espesa lluvia de saetas. La noche siguiente fue á buscar el santo cuerpo para darle sepultura una devota muger, llamada Irene, viuda del santo mártir Castúlo, y quedó gozosamente admirada y sorprendida hallándole todavía vivo. Hízole llevar secretamente á su casa donde dentro de poco tiempo sanó perfectamente de todas sus heridas. Instábanle los fieles para que se retirase; pero Sebastian, léjos de rendirse á sus solicitaciones, fue á buscar á Diocleciano; y esperándole sobre una escalera, que llamaban el mirador de Eliogábalo: *Es posible, Señor*, le dixo con valor y con respeto, *que eternamente os habeis de dexar engañar de los*

artificios y de las calumnias que perpetuamente se estan inventando contra los pobres cristianos? Tan léjos están, gran Príncipe, de ser enemigos del Estado, que no teneis otros vasallos mas fieles, y que á solas sus oraciones sois deudor de todas vuestras prosperidades.

Atónito el Emperador al ver y al oir hablar á un hombre que ya tenia por muerto: ¿*Eres tú*, le preguntó, *aquel mismo Sebastian á quien yo mandé quitar la vida, condenándole á que fuese asaeteado?* *Sí, señor*, respondió el Santo, *el mismo Sebastian soy; y mi señor Jesucristo me conservó la misma vida para que en presencia de todo este pueblo viniese ahora á dar un público testimonio de la impiedad y de la injusticia que cometeis persiguiendo con tanto furor á los cristianos.*

Enfurecido Diocleciano mandó que le llevasen al circo, y que allí fuese públicamente apaleado hasta que espirase. Así se executó; y con este cruel suplicio pasó su alma á recibir en el cielo la corona del martirio el dia 20 de enero ácia el año de 288.

Queriendo los paganos impedir que se diese sepultura al cuerpo del santo Mártir, le arrojaron en un lugar inmundo, pero no les valió su precaucion; porque el santo cuerpo quedó pendiente de un garfio, y el mismo san Sebastian se apareció aquella noche á una señora de mucha virtud, llamada Lucina, y la mandó que sacase su cuerpo y le enterrase en el cementerio subterráneo, llamado las Catacumbas, á los pies de los apóstoles san Pedro y san Pablo.

El mismo dia celebra la Iglesia la fiesta de san Fabian papa y mártir. Era romano y sucedió al papa san Antero el año de 236. Su eleccion fue maravillosa. Habíase juntado el clero y el pueblo para nombrar sucesor á san Antero; y como estuviesen muy divididos los votos, se vió baxar de lo alto una paloma que derechamente fue á descansar sobre la cabeza de Fabian. Al punto comenzaron á clamar todos los fieles que Fabian habia de ser su obispo: por mas que él se resistió diciendo era indigno de tan alta dignidad, fue colocado en la silla episcopal, y consagrado por sumo Pontífice en aquellos dificiles y calamitosos tiempos de la cruel persecucion de Maxîmino.

Mostró bien este santo Papa su teson y su vigilancia en conservar la pureza de la fe y la santidad de la religion cristiana por el modo con que castigó á Privato obispo de Lambisa en África, convencido de heregía y de vida escandalosa. Los que son de opinion que el emperador Filipo y su hijo fueron cristianos, afirman que recibieron el bautismo de mano de san Fabian. Estableció siete subdiáconos, repartidos en los siete cuarteles ó barrios de Roma, para escribir las Actas de los mártires. Créese que al celo de este santo Papa debe la Iglesia de Francia aquella apostólica mision de tantos santos obispos como vinieron á plantar la fe de Jesucristo en nuestras provincias. En fin, habiendo sucedido á Filipo el emperador Décio, y dado principio á su gobierno por una cruel persecucion contra los cristianos, logró san Fabian la dicha de hallarse á la frente de los que combatian en defensa de la fe, que él mismo confirmaba con sus palabras y con sus exemplos; recibiendo la corona del martirio el dia 20 de enero del año 250, despues de haber gobernado la Iglesia trece años y ocho dias.

La oracion de la misa es la que sigue.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus: et quia pondus propriæ actionis gravat, beatorum Martyrum tuorum Fabiani, et Sebastiani intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, ó Dios todo poderoso, á nuestra flaqueza; y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, alívianos de él por la gloriosa intercesion de los bienaventurados mártires Fabian y Sebastian: Por nuestro Señor Jesucristo que contigo vive y reyna...

La epístola es del cap. 11. *de la que escribió san Pablo á los hebreos.*

Fratres: Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, ex-

Hermanos: Los santos por la fe vencieron los reynos, obraron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas

tinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum: acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos: alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper, et vincula, et carceres: lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt, circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti: quibus dignus non erat mundus, in solitudinibus errantes, in montibus, et speluncis, et in cavernis terræ. Et hi omnes testimonio fidei probati inventi sunt: in Christo Jesu Domino nostro.

de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los exércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron estendidos en potros, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y ademas cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo, anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos: hombres que no los merecia el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

»Escribió san Pablo esta epístola cuando estaba en »Roma por el año 62 de Jesucristo. No expresa en élla »su nombre, ni el título de Apóstol, como en las ótras, »á lo que se cree por no inquietar á los judíos que to»davía le miraban con algun desvío. En élla da una su»blime idea de la grandeza de Jesucristo, y enseña que »la verdadera justicia no nace de la ley, sino del mismo »Cristo que nos la comunica por la fe.

REFLEXIONES.

Quisiéranse ver milagros para creer, ¿pero qué mayor milagro que ver ha creido todo el universo? El entendimiento se amotina contra las verdades de la fe; la voluntad se resuelve contra el moral del evangelio; todos los príncipes, todas las naciones, todos los reynos

se coligan, se arman para destruir, para aniquilar nuestra religion, para que no quede en el mundo ni una centella de la fe. Y esta fe sujeta á los pueblos, triunfa de los reyes; y los santos por la fe vencieron y convirtieron á los reynos. ¡Qué maravilla mas grande! ¡pero que con esta misma fe no pueda yo vencer una sola de mis pasiones! ¡que no pueda corregir uno solo de mis defectos! ¡que ésta misma fe no me convierta á mí! No es este menor prodigio, ni dexa de serlo porque sea tan frecuente. El no creer se tiene por la mas insigne, por la mas culpable de todas las locuras; ¿y el no obrar conforme se cree, dexará de ser la mas necia, la mas culpable de todas las extravagancias?

Afirma san Pablo que el mundo no es digno de los santos; que no hay en él cosa que sea digna de éllos. Tiene sobradísima razon para afirmarlo: sus honras son muy vanas, sus placeres muy amargos y muy cortos, muy vacíos sus bienes. Estos grandes héroes del cristianismo son acreedores á una gloria mas sólida, á unos bienes mas preciosos y mas reales, á unos placeres mas exquisitos, mas puros, de mas larga duracion. El mismo Dios ha de ser el premio, la recompensa de sus escogidos. Y con todo eso estos mismos escogidos de Dios, de que el mundo no es merecedor, ¿son despreciados, son perseguidos por el mismo mundo? Sí: mira el mundo con lástima, con una especie de compasion á aquéllos de quienes él no es digno. Si esta no es locura, si esta no es insensatez, ¿qué cosa lo será? *Nos insensati.* ¿Pero de qué sirve conocer á la hora de la muerte que uno fue prudente? ¿De qué sirve conocerlo en una hora en que ya no puede serlo el que antes lo fue?

El evangelio es del cap. 6. de san Lucas.

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languo-

En aquel tiempo: baxando Jesus del monte se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalen y del pais marítimo de Tyro y de Sidon que habian venido á oirle, y á ser curados de

ribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei: Beati, qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati, qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tamquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate: ecce enim merces vestra multa est in cœlo.

sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud y curaba á todos. Y él, levantando los ojos ácia sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reyno de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque sereis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reireis. Sereis Bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozáos en aquel dia, y alegráos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

Cuánto se oponen las máxîmas de Cristo á las máxîmas del mundo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa tan contraria ni tan opuesta á las máxîmas de Cristo como las máxîmas del mundo, y que es insigne locura el pretender concordarlas.

El mundo coloca toda su felicidad en la alegría y en la abundancia. ¿Qué otra idea se forma de un hombre dichoso á lo del mundo? Al contrario: Jesucristo dice que la pobreza mas miserable se debe preferir á la abundancia mas deliciosa; afirma que el título de pobres nos da derecho al reyno de los cielos; asegura que aquella hartura, que es como herencia, ó como la legítima de los bienaventurados, es fruto de la necesidad que se padece en esta vida. No señala al parecer otra causa del torrente de alegría que inunda á los escogidos, sino los torrentes de lágrimas que derramaron en este valle de éllas: *Bien-*

aventurados los que lloran, porque éllos serán consolados. El mundo ciertamente no se acomoda con esta máxîma; ¿ pero dexará por eso de ser una de las principales máxîmas de Jesucristo, aunque el mundo no se acomode con élla?

El espíritu del mundo quiere que se haga empeño, ó se haga como una especie de mérito de parecer bien en todas las concurrencias. A este fin se adorna, se viste, se prepara, se mendigan gracias, se inventan artificios, se reprime el genio, se disimulan pesadumbres, se hace todo á todos, y se representan diferentes personages. Y cuando despues de todo no se ha dado en el punto de agradar al mundo, ¡ qué dolor, qué sentimiento!

Todo esto lo reprueba Jesucristo. Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrecieren por amor de mí. El mundo os enseña que para ser dichosos en él, es menester agradarle; y yo os digo, que solamente lo seréis cuando por amor de mí le desagradáreis á él. No es posible darle gusto á él, sin darme disgusto á mí. Ahora escoged entre estos dos partidos. ¡ Ah mi Dios! ¿ Y se hallan muchos que siquiera deliberen? El mundo se lleva casi siempre la preferencia. ¡ Y qué poco se apresuran á no agradar mas que á Dios!

¡ O qué motivo tan justo de indignacion contra mí mismo! ¡ qué copioso manantial de remordimientos producen en mí estas reflexîones, ó dulce Jesus mio! ¿ Cómo he podido seguir al mundo, haciendo profesion de creeros á vos? Tened, Señor, alguna atencion á mi dolor y á mi arrepentimiento, que son efectos de vuestra divina gracia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué oposicion mas visible ni mas descubierta que la que se halla entre el espíritu del mundo y el espíritu de Cristo.

En el mundo se tiene por digno de compasion el que es pobre. ¡ Qué afrenta el ser maltratado! ¡ qué infamia ser la fábula de los mundanos, y el objeto de sus desprecios, de sus zumbas ó de sus chacotas! ¡ qué mortificacion el ser excluido de las funciones de gusto, ó no ser

convidado á las visitas de diversion! Pero escuchémos cómo se explica en este particular Jesucristo.

Seréis bienaventurados, hijos mios, cuando no seais del gusto de las gentes del mundo: seréis dichosos cuando vuestra modestia, vuestra regularidad y vuestro recogimiento sea el asunto de sus zumbas y de sus insulsas gracias: seréis felices cuando los que viven segun el espíritu del mundo, os miren con compasion, cuando oigan vuestro nombre con horror, cuando huyan de vuestra compañía, y no quieran admitiros en la suya, cuando os carguen de oprobios. Regocijáos entonces, mostrad vuestro gozo y alegría, y tenéos por los mas dichosos, por los mas bien librados del mundo. En buena fe: ¿Estos oráculos de Cristo hablan con todos los cristianos? ¿los hemos creido hasta aquí, y creemos ahora mismo que son verdaderos oráculos de Jesucristo?

¿Serán bien recibidas estas máxîmas en estas fiestas del Carnaval, y entre esas gentes que estan embriagadas en las máxîmas del mundo? Y por lo menos ¿serán del gusto de aquéllos que tienen una vida un poco mas arreglada? Pues compongamos estas opiniones prácticas con la idea que tenemos de nuestra religion.

San Sebastian era caballero; habíale hecho capitan de sus guardias el Emperador, era su favorecido; pero al mismo tiempo era cristiano, y como tal nunca se tuvo por mas dichoso que cuando se vió desposeido de sus bienes, privado de sus empleos, amarrado á un tronco, y cubierto de saetas por amor de Jesucristo. Estos son los sentimientos de los santos, ¿y nuestra conducta corresponde á estas sus máxîmas? De buena fe: al ver como se portaron los santos, y cómo procedemos nosotros, ¿se creerá que somos todos de una misma religion? Pero siendo nuestro proceder tan distinto, ¿tendrémos fundamento para esperar la misma recompensa?

No permitais, Señor, que estas reflexîones que por vuestra misericordia hago hoy para convertirme, sirvan algun dia para mi mayor condenacion. Vuestras máxîmas son santas, son verdaderas; y yo os prometo no seguir otras jamas. De hoy en adelante serán la regla de mi conducta, así como son el objeto de mi fe.

JACULATORIAS.

Si quid patimini propter justitiam, beati. Petri 3.
Seréis bienaventurados, si padeceis alguna cosa por la justicia.

Quæ autem conventio Christi ad Belial::: Aut quæ societas lucis ad tenebras? 2. ad corinth. 6.
¿Qué semejanza hay entre Cristo y Belial? ¿ó qué union puede haber entre la luz y las tinieblas?

PROPOSITOS.

No te contentes con condenar las máxîmas del mundo, pues ya se sabe que el entendimiento se convierte antes que la voluntad. Imponte una ley, no solo de no defenderlas jamas en las conversaciones, sino de renunciarlas verdaderamente en la práctica. Para esto haz un firme propósito de no asistir á aquellas concurrencias ó funciones de donde está para siempre desterrado el espíritu del cristianismo; de no concurrir jamas al bayle ni á los espectáculos; y cuando la necesidad ó la atencion indispensable te precisen á dexarte ver en semejantes funciones ó fiestas, que sea siempre mostrándote cristiano en éllas.

2 Mira las adversidades de la vida y las desazones que trae consigo el comercio del mundo: míralas, digo, con aquellos ojos con que Cristo quiere que se miren; y nunca las mires á otra luz ni debaxo de otros colores falsos. ¿Eres contradecido, despreciado, maltratado? pues nunca se te cayga de la boca este oráculo: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis*: Ninguna proporcion tienen las aflicciones de esta vida con la gloria que nos espera en la ótra; ó aquellas hermosas palabras del apóstol san Pedro: *Si quid patimini propter justitiam, beati*: Bienaventurados los que padecen algo por amor del Señor.

Tambien es un exercicio muy agradable á los ojos de Dios repetir alguna breve oracion ó jaculatoria, aunque no sea mas que un *Gloria Patri...* en accion de gracias siempre que nos sucede algun contratiempo, algun trabajillo, alguna cosa que nos humille. En los reveses

R 2

de la fortuna, en un suceso desgraciado, en la pérdida del pleyto, en el despojo del cargo, en una humillacion que no se esperaba, decir con el Profeta: *Bonum mihi, Domine, quia humiliasti me*: Señor, me tengo por muy dichoso, porque me habeis mortificado, porque me habeis afligido, porque me habeis humillado. Este es el espíritu del cristianismo, y el verdadero cristiano no debe tener otro lenguage ni otros sentimientos en punto de trabajos y de desprecios. Pocos hay que conozcan el precio y el mérito de este tesoro. No hay camino mas seguro ni mas breve para el cielo. Quizá tampoco hay medio mas eficaz para ser santo.

DIA VEINTE Y UNO.

Santa Inés, vírgen y mártir.

Santa Inés, admirada de todo el mundo, como dice san Gerónimo, y tan celebrada en toda la universal Iglesia, nació en Roma ácia el fin del tercero siglo de padres nobles, ricos y virtuosos. Los grandes dones que desde luego descubrieron en su hija, contribuyeron no poco á aumentar el desvelo con que se aplicaron á cuidar de su educacion. Criáronla en un grande amor á la religion cristiana, y desde sus mas tiernos años formó Inés una idea cabal del estado feliz de la virginidad.

Las instrucciones de sus padres solo sirvieron de fomentar las impresiones de la gracia. El Espíritu santo habia producido en aquel tierno corazon unos sentimientos tan nobles y tan cristianos, que á los diez años de su edad parecia haber llegado á una consumada y eminente perfeccion. Amó á Dios, dice san Ambrosio, desde que pudo conocerle, y se puede decir que le conoció desde que nació. Las diversiones de la niñez eran únicamente los exercicios de la devocion mas tierna. Fué niña en los años, pero no en las inclinaciones ni en los sentimientos. Su rara hermosura añadia

nuevos realces á su modestia. Era extraordinaria su piedad, y la extrema ternura con que á amó á la Reyna de las vírgenes casi desde la cuna, la inspiró un amor y una estimacion tan grande de la virginidad, que apénas tenia uso de razon cuando se resolvió á no admitir nunca otro esposo que á solo Jesucristo. No tenia mas que trece años cuando su hermosura y su raro mérito hacian gran ruido en la córte.

Vióla un dia por accidente Procópio, hijo de Sinfronio, gobernador de Roma, y quedó tan ciegamente enamorado de élla, que resolvió tomarla por esposa. Informado el padre de la calidad y de las grandes prendas de la doncella, aprobó mucho el pensamiento de su hijo; pero era menester el consentimiento de Inés. El primer paso que dió Procópio fue enviarla un rico regalo, declarándola al mismo tiempo el fin de sus honestos deseos; pero el desayre que le hizo en no recibirle, y el desprecio con que se le volvió, no produxeron otro efecto que el de aumentar su pasion. Sirvióse de cuantos artificios pudo, y de cuantos medios discurrió para conquistarla: ruegos, promesas, amenazas, todo lo empleó, pero todo inútilmente. El último recurso de que se valió fue buscar modo para hablarla él mismo, no dudando que al cabo se rendiria á sus ternuras y á sus solicitaciones; pero todo cuanto pudo sugerirle una pasion ciega, vehemente y persuasiva solo sirvió para desengañarle de la ineficacia de sus mayores esfuerzos; porque animada Inés de un espíritu y de una firmeza muy superior á sus años, le dixo con resolucion: *Apártate de mí, aguijon del pecado, tentador importuno, y ministro del padre de las tinieblas. No te canses en aspirar á la mano de una doncella que ya está prometida á un Esposo immortal, único dueño del Universo, y que solo dispensa sus favores á las vírgenes puras y castas.*

Una resolucion tan magestuosa y una respuesta tan desengañada, como poco prevenida, llenó á Procópio de desesperacion. Exâltada furiosamente su pasion, se dexó poseer de una cruel melancolía. El padre, que le amaba con extremo, resolvió valerse de su autoridad para lograr el beneplácito de los padres y el consen-

timiento de la hija. Llamóla á su casa; y habiéndola recibido con toda la atencion que correspondia á su calidad y á su mérito: No ignorarás, la dixo, el fin para que te he llamado. Mi hijo desea apasionadamente ser dichoso, mereciendo tu mano; tu nobleza y la noticia que tengo de todas tus bellas prendas, me hacen aprobar gustoso su acertada eleccion: paréceme que tampoco tú podrás aspirar á mejor partido; y no me persuado que serás tan enemiga de ti misma, que no abraces al instante esta proposicion.

Inés, á quien el cielo habia dotado de una prudencia y de una discrecion superior á sus pocos años, respondió con singular modestia, pero con igual resolucion, que conocia bien la grande honra y la mucha merced que se la hacia en pensar en élla; pero que ya tenia escogido esposo mucho mas noble y mas rico que Procópio: que á la verdad las riquezas de tal esposo no eran de este mundo; pero por lo mismo eran mucho mas preciosas; y que la virginidad, que élla estimaba mas que todas las coronas del universo, era la única dote que su esposo la pedia. Quedó confuso el gobernador mostrando no entender quién era aquel esposo de quien Inés le hablaba. Un caballero, que se hallaba presente, le dixo: Señor, esta doncella es cristiana, y desde su niñez está criada en las extravagancias de esta secta; con que no dudeis que ese divino esposo de quien habla, es el Dios de los cristianos.

Entónces, mudando el gobernador de tono y de modales: Ya veo ahora, la dixo, qué es lo que te tiene trastornada la razon y alucinado el espíritu. Déxate, hija mia, de esas ideas frívolas de virginidad; déxate de esos supersticiosos fantasmones con que esa secta llena las cabezas de todos los que la siguen. Sean nuestros dioses desde hoy en adelante el único objeto de tus cultos; sean sus máxîmas la regla de tus dictámenes y de tus operaciones. No hagas ostentacion de la ceguedad: formete en casa el buen dia, y tiende los brazos á la fortuna que te los alarga, brindándote con una elevacion de tanta honra para ti. Reflexîona bien lo que desprecias; y hazte cargo de que si lo abrazas, ocuparás un lugar tan distinguido en la cabeza del universo, posee-

rás grandes riquezas, serás una de las primeras señoras del mundo, y harás dichosa á toda tu casa. Por lo demas, añadió en tono imperioso y severo: Solo tienes veinte y cuatro horas de termino para tomar tu partido: escoge ser la primera dama de Roma, ó espirar infamemente en los mas crueles tormentos.

"Señor, le replicó santa Inés, no he menester tanto »tiempo para determinarme, porque mi partido ya está »tomado; desde luego os declaro que no admitiré ja»mas á otro esposo que á Jesucristo; así como nunca »reconoceré á otro Dios, que al soberano Criador de »cielo y tierra. Y me admiro tengais valor para pro»poner á una persona de razon que adore á unos dio»ses de palo y de piedra. No penseis espantarme con »la amenaza de los mayores suplicios; porque si reco»nozco en mí alguna ambicion, es únicamente la de »añadir la corona de mártyr á la de vírgen. Niña soy »y soy flaca; pero confio en la gracia de mi Señor »Jesucristo que me dará fuerzas para morir por su »amor."

Atónito quedó el gobernador al oir una respuesta tan animosa; pero volviendo de su primer asombro, quiso hacer la última tentativa. Como la Santa mostraba tanto amor á la virginidad, le pareció que nada la intimidaria tanto como amenazarla con que haria fuese violada su entereza; y así la dixo: Escoge una de dos: ó casarte con Procópio, ó ser deshonrada en el lugar infame de las malas mugeres antes de espirar en los tormentos.

"Tengo colocada toda mi confianza en mi divino es»poso Jesucristo, respondió la Santa. Él es poderoso »para librarme de tus violencias, y él es tan celoso »de la pureza de sus esposas, que no permitirá las qui»ten un tesoro que dimana de él, y que está debaxo »de su custodia. Vuestros dioses hediondos y malva»dos os inspiran semejantes infamias; pero el Dios de »la pureza, á quien yo sirvo, sabrá libertarme de vues»tros impíos intentos."

Espumando Sinfronio de cólera y de furor, mandó que al instante la cargasen de cadenas. Al punto traxeron los ministros una multitud de argollas, grillos y es-

posas, que con el ruido y con la vista hacian estremecer; pero Inés no mudó ni de color, ni de semblante, ni de lenguage en presencia de los verdugos y de los instrumentos. Mantúvose serena en medio de aquel funesto aparato; y oprimida con el peso de las cadenas, estaba libre, porque no se habian hecho aquellos hierros para un cuerpecillo tan pequeño. Enternecíanse todos, sin poder contener las lágrimas hasta los mismos paganos; pero Inés no podia disimular su alegría, agobiada debaxo de las prisiones.

Lleváronla como arrastrando al templo para que ofreciese sacrificio á los ídolos; pero esto solo sirvió para que confesase mas públicamente á Jesucristo en presencia de mayor concurso. Moviéronla por fuerza la mano; mas élla hizo la señal de la cruz, levantando, por decirlo así, este trofeo sobre los mismos altares de los demonios.

Confuso el gobernador con la constancia de aquella doncellita, sin darse por vencido se hizo mas furioso. Creyendo, y con razon, que el lugar infame de las mugeres perdidas la causaria mas horror que la misma muerte, la hizo conducir á él; pero un ángel la defendió, y desprendiéndose de lo alto una celestial luz, convirtió aquel hediondo lugar en oratorio, santificado con las oraciones y con los votos de la santa Vírgen.

Solo Procópio, mas osado que los demas, se atrevió á entrar con resolucion de profanarle; pero al instante cayó muerto á los pies de la Santa. Llenó de consternacion á todos un caso tan espantoso. Traspasado de dolor el Prefecto con la muerte de su hijo, mudó las bravatas en súplicas y en ruegos, y pidió á Inés que resucitase á Procópio. Apénas levánto los ojos y las manos al cielo cuando volvió á la vida el infeliz y ya dichoso mancebo, porque volvió publicando en alta voz que todos los dioses de los gentiles eran vanos y quiméricos, y que no habia otro verdadero Dios sino el que adoraban los cristianos.

Como habia sido tan interesado el gobernador en aquel evidente milagro, no pudo menos de mostrarse favorable á santa Inés; pero los sacerdotes de los ídolos que habian concurrido á la voz de aquella maravilla, conmovieron

tanto al pueblo contra la santa Vírgen, tratándola de hechicera, de maga y de sacrílega, que el gobernador, temiendo una sedicion si la libraba, y no atreviéndose á condenar á muerte á la que habia dado á su hijo la vida, tomó el partido de retirarse, y cometer la causa á Aspasio su teniente. Intimidado éste con los gritos del pueblo, que clamaba contra Inés como contra una maga y hechicera, dió sentencia de que fuese quemada viva.

Previénese la hoguera, llénase el pueblo de espectacion, y arde en una furiosa impaciencia de ver reducida á ceniza aquella dichosa víctima; pero el fuego la respetó reverente. Divididas las llamas en dos partes, la dexaron intacta en medio del brasero como se conservaron ilesos los tres mancebos hebreos en el horno de Babilonia; pero arremolinadas despues las mismas llamas por uno y otro lado, abrasaron á muchos de los circunstantes que hacian el oficio de verdugos.

En fin, obstinándose siempre los sacerdotes y el pueblo en atribuir aquellas maravillas á industria y artificio del demonio, y temiendo el teniente algun alboroto, mandó que un verdugo la degollase en el mismo lugar donde habia de ser quemada. Impaciente entonces la Santa con el ánsia de unirse siempre en el cielo con su divino Esposo, le suplicó que se dignase en fin de consumar su sacrificio; y volviéndose al verdugo que se iba acercando á élla con una especie de temblor y miedo reverencial, le alentó á que cumpliese con su oficio, diciéndole con valor: "Date priesa á destruir este cuer„po, que no ha tenido la desgracia de agradar á otros „ojos que á los de mi divino esposo Jesucristo, el cual „fue siempre el único dueño de mi corazon. No temas dar„me una muerte que comienza á ser para mí el principio de „una vida eterna; y levantando amorosamente los ojos „ácia al cielo: Recibid, Señor, exclamó, á esta alma que „que tanto os costó, y á la cual amais vos tanto." Al acabar de decir estas palabras, el verdugo con mano trémula la pasó la espada por el pecho, y al instante espiró. De esta manera, dice san Gerónimo, Inés, haciéndose superior á la natural flaqueza de su edad y de su sexô, consiguió dos victorias del enemigo de Jesucristo; y consagrando por el martirio del honor de la vir-

ginidad, mereció en el cielo una duplicada corona.

No pudo estorbar todo el furor de los paganos que el cuerpo de la Santa fuese enterrado como con una especie de triunfo. Los muchos milagros que desde luego se comenzaron á obrar en su sepultura aumentaron la devocion de los fieles, y desde entónces se hizo célebre el nombre de santa Inés en todo el orbe cristiano. No contentándose la Iglesia con solemnizar una fiesta en honra de la Santa, hace dos veces memoria de élla. El dia 21 celebra su pasion y su gloriosa muerte en la tierra, y el 28 solemniza su nacimiento en el cielo. El concurso á su sepulcro fue siempre muy numeroso, no solamente de los fieles, sino tambien de los mismos paganos, que se mezclaban con éllos para entrar á la parte en los milagrosos favores de la Santa. Edificóse en el mismo lugar una magnífica iglesia con el título de santa Inés desde el tiempo del Grande Constantino; y en esta iglesia de santa Inés se bendicen todos los años dos corderitos vivos, de cuya lana se forma el *palio* que los papas envian á los arzobispos.

La oracion de la misa es la que sigue.

Omnipotens sempiterne Deus, qui infirma mundi eligis, ut fortia quæque confundas; concede propitius, ut qui Beatæ Agnetis virginis et martyris tuæ solemnia colimus, ejus apud te patrocinia sentiamus: Per Dominum nostrum...

Todo poderoso y sempiterno Dios, que escoges lo mas flaco del mundo para confundir á lo mas fuerte; concédenos por tu clemencia, que los que hoy celebramos la fiesta de la bienaventurada vírgen y mártir santa Inés, experimentemos cuán poderosa es su intercesion para contigo: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 51. del libro de la Sabiduría.

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo: quoniam adjutor, et protector factus est mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ ini-

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector; glorificaré tu nombre, y porque libraste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la len-

quæ, et á labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium, factus est mihi adjutor. Et liberasti me secundum multitudinem misericordiæ nominis tui á rugientibus præparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me: á pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum æstuâta: de altitudine ventris inferi, et á lingua coinquinata, et á verbo mendacii, á rege iniquo, et á lingua injusta: laudabit usque ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

gua injusta, y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no senti el calor de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura, y de las palabras de mentira, de un rey injusto y de las lenguas maldicientes: mi alma alabará hasta la muerte al Señor; porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en ti, y los salvas de las manos de las gentes.

NOTA.

»Los griegos llaman al libro de donde se saca la epís»tola de este dia *la Sabiduría de Jesus, hijo de Sirach*, »y los latinos le dan el nombre del *Eclesiástico*; esto es, »como ya se ha dicho, *libro que predica*. Este es uno de »los últimos libros del Testamento antiguo, y se compuso »cerca de 285 años antes de la venida de Cristo. En el ca»pítulo que la Iglesia aplica á las vírgenes y mártires, Je»sus hijo de Sirach da gracias á Dios porque le libró de gran»dísimos peligros.

REFLEXIONES.

¿De cuántos peligros nos ha librado el Señor? ¿cuántas gracias le hemos rendido por estos beneficios? ¿cuántas le rendimos el dia de hoy?

Retrocedamos con la consideracion á los primeros años de nuestra edad; á aquellos dias inmediatos á los primeros en que comenzamos á vivir. ¡Cuántos invisibles socorros en mil peligros presentes! ¡qué secreta providencia

en cien reencuentros! Si pudiéramos traer á la memoria toda la historia de nuestra infancia y de la edad mas abanzada; si fuéramos capaces de desenvolver toda la interior economía, descubriríamos sin duda cien pequeños milagros obrados en nuestro favor. ¿Y quién se acuerda de dar gracias al Señor y de mostrarle su reconocimiento? Algun dia conocerémos de qué consecuencia fueron todos esos beneficios cuando conozcamos el daño que nos hizo nuestra ingratitud á éllos. ¿Será ya tiempo de dar gracias á Dios por tantos favores?

Grande lo es sin duda la proteccion del Señor en los peligros de la vida; ¿pero será menor la que explica con tanta frecuencia librándonos de los del alma? ¡O, y con cuánta razon podemos exclamar con el Sabio: *Librásteme, Señor, segun la multitud de tu misericordia, de los leones rugientes, que cercándome por todas partes, procuraban devorarme!* Si Dios es nuestro defensor y nuestro protector, ¿quién nos podrá dañar? Una gran confianza en Dios cuando es sostenida por una grande inocencia, ó á lo menos por una penitencia constante y por un deseo sincéro de no negar nada á Dios, es una poderosa, es una fuerte trinchera. El Sabio tenia poco mas ó menos los mismos enemigos que nosotros, la misma violencia de pasiones, los mismos falsos amigos, las mismas injusticias de parte de los concurrentes, la misma malignidad de los envidiosos, los mismos artificios de los disimulados, todos falaces, todos temibles, las mismas mordeduras de los calumniadores, la misma mala fe, la misma crueldad, las mismas injusticias. En medio de todos estos peligros, rodeado de todos estos enemigos, está seguro á la sombra de la proteccion divina. No son hoy mas frecuentes las tempestades que lo eran entonces, ni son las adversidades mas abundantes. Los escollos son los mismos; el brazo del Señor no se ha encogido; su misericordia no se ha dilatado; ¿pues de dónde nace que no experimentemos la misma proteccion? ¿No será quizá porque nosotros no nos gobernamos por los mismos principios? Sirvamos á Dios con fidelidad, coloquemos en él toda nuestra confianza, vivamos como los santos; y como éllos bendecirémos al Señor, porque nos ha librado de las aflicciones que iban á oprimirnos, de

las llamas que nos cercaban, y del mismo infierno que nos estaba esperando con la boca abierta. Sirvamos á Dios con fervor; adorémosle en espíritu y en verdad; amémosle sin reserva, sin tibieza; y entonces todas nuestras acciones, todos nuestros sentimientos, y aun nuestras mismas inclinaciones alabarán á Dios hasta la muerte.

La epistola es del cap. 25. de san Mateo.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ accipientes lampades suas, exierunt obviàm sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Mediâ autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exîte obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines ille, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro; quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite nobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico nobis, nescio vos. Vigilâte ita-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reyno de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de éllas eran necias, y cinco prudendentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceyte; pero las prudentes tomaron aceyte en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabezear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entónces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dixeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceyte, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin llegan tambien las demas vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no

que, quia nescìtis diem, neque horam.

os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

De la verdadera sabiduría.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la verdadera sabiduría consiste en hacerse santo; cualquiera otra ciencia ó cualquiera otra habilidad no merece el nombre de esta virtud. Todos esos hombres grandes, cuya memoria hace tanto ruido en el mundo, y cuyo nombre brilla tanto en la historia, si se condenaron, fueron sabios de perspectiva. Celébre en buena hora el mundo sus ideas, sus pensamientos, sus enfáticas, y muchas veces sus aéreas locuciones, pero desengáñese que la sabiduría verdadera, propiamente hablando, no es ótra que la ciencia de la salvacion.

¿No habla en este sentido el Sabio cuando dice que el número de los necios es infinito, y que hay pocos que posean esta verdadera sabiduría? Toda nuestra prudencia, todo nuestro ingenio se reduce á apacentarnos de quimeras, y toda la vida se pasa en edificar sobre arena movediza obras que el menor movimiento, el mas ligero soplo las reduce á nada.

¿Será sabiduría, será prudencia el trabajar para los ótros? Y un cuarto de hora despues de la muerte, ¿de qué servirán los bienes que se juntaron con tanta fatiga? ¿Será sabiduría, será prudencia el tener las lámparas encendidas, pero sin advertir que se va acabando el aceyte? ¿Y será tiempo de hacer la provision cuando se está de partida para la eternidad?

¿Será sabiduría, será prudencia abandónar el único negocio para el cual estamos en este mundo, y solo darse priesa, afanarse mucho cuando no se está para hacer nada? Y con todo eso esta es la conducta ordinaria de los que en el mundo pasan por hombres sabios, por hombres de conducta. ¡Qué locura, pensar en todo, dar providencia á todo, tomar justas medidas pa-

ra todo excepto para la salvacion! El infierno está lleno de estos sabios de mogiganga: *Utinam saperent, ac novissima præviderent.*

¡Ah Señor! ¿Y no aumentaria yo el número de éllos si vos no me hubiéreis conservado la vida hasta hoy? ¿Pero qué no mereceré si desde luego no me hago sabio verdaderamente?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es mucha necedad no pensar mas que en una fortuna imaginaria, que eternamente la hemos de mirar como tal; que sabemos nada tiene de permanente, nada de sólido; que ni tampoco está en nuestra mano, y apenas se dexa ver cuando desaparece; al mismo tiempo que nada hacemos por una fortuna eterna, estando persuadidos á que nuestra condenacion será obra precisamente nuestra ¡Cosa extraña! Aquello que ha de ser materia eterna de nuestro dolor y de nuestro arrepentimiento, eso es lo que ocupa todo nuestro corazon, y ese es el objeto de todas nuestras atenciones.

Las vírgenes necias no por eso dexaban de ser vírgenes; y si fueron condenadas, no lo fueron por el desórden de su vida. Tampoco fueron negligentes en todas sus obligaciones; pensaban alguna vez en que el esposo habia de venir. Figura vivísima de aquellas almas insensibles y perezosas, que nunca miran mas que á una parte de la ley, y que no ignoran del todo su religion. Siempre con algunos deseos de romper aquel lazo, de corregir aquel natural, de domar aquella pasion, de ser mas regulares, mas devotas: siempre ocupadas en vanos proyectos de conversion, pero siempre las mismas. Presto se duerme enteramente el que está medio soñando. A la llegada del esposo, cuando llama á la puerta, todos despiertan, el fervoroso y el tibio; pero dichoso aquél que tiene hecha con tiempo su provision. ¿Mas será tiempo de hacerla cuando ya es preciso presentarse delante del juez? ¿Y no es locura esperar ser prudente, ser sabio de repente el que toda la vida dió la prueba mas visible de una insigne necedad? Los hijos del siglo son muy hábiles en proporcionar los medios pa-

ra conseguir sus fines, aun cuando el fin que se proponen los conduzca á su perdicion. ¿Y será posible que solo en materia de la salvacion eterna han de ser estúpidos y zurdos?

¡Ah, y qué prudente fue la tierna doncellita santa Inés! A la edad de trece años desprecia generosamente por amor de Jesucristo hermosura, juventud, nobleza, tesoros, grande fortuna, y la vida misma. Persuadida de las verdades de la religion, juzgó que no debia tomar otro partido. Fue prudente, fue sábia. ¿Cuándo me harán fuerza estas reflexîones? ¿cuándo me moverá este bello exemplo?

Señor, aunque estoy persuadido, aunque estoy convencido de lo que debo hacer, nada puedo sin vuestra divina gracia. Yo os la pido, ¡ó dulce Jesus mio! resuelto á dar principio desde este mismo momento al estudio de la sabiduría cristiana, que consiste en trabajar eficazmente y sin tardanza en el negocio de mi eterna salvacion.

JACULATORIAS.

Da mihi, Domine, sedium tuarum assistricem sapientiam. Sapient. 9.

Dame, Señor, aquella verdadera sabiduría que desciende de vos; aquélla que os hace perpétua compañía en vuestro trono.

Plenitudo sapientiæ est timere Deum. Eccl. 1.

Toda la sabiduría consiste en temer y en servir á Dios.

PROPOSITOS.

Forma un concepto cabal de la verdadera sabiduría; y está plenamente convencido á que solo son verdaderamente sábios los que saben salvarse. Para esto de aquí adelanno te has de gobernar por otro principio; y cuando te hayas de empeñar en alguna cosa; cuando hayas de emprender algun negocio sério; cuando hayas de parecer hombre prudente en el mundo, nunca dexes de preguntarte á tí mismo: Y bien, ¿qué parte tiene en esto mi salvacion? ¿qué interesa la religion en esta empresa, en este negocio, en este empeño?

2 El hombre prudente siempre toma medidas seguras

para llegar á su fin. Guárdate bien de forjarte una conciencia falsa en negocio de tanta consecuencia. Huye con horror de todo libro sospechoso: el veneno cuanto es mas sutil, es mas mortal; y el mas disimulado es el mas digno de temerse. Aunque el licor sea dulce, aunque sea muy grato al paladar, aunque le apetezcan y le alaben innumerables gentes, si tiene veneno es pernicioso. Haz un firme propósito de no leer jamas libro condenado: si no descubres sus errores, por lo mismo serán quizá mas malignos. Le tiene condenado el papa; ¿pues qué insolencia, que impiedad será no rendirse á un órden superior tan legítimo? Aunque tengas licencia, aunque tengas privilegio para leer libros prohibidos, no por eso será su doctrina mas sana ni mas santa: libraráste del pecado y del castigo; ¿pero te librarás del peligro? ¡Cosa extraña! A la menor sospecha que se tenga de peste ó de contagio quedan desiertas las ciudades mas pobladas. El oráculo de la verdad declara que una obra está emponzoñada, y no se quiere creer que haya tal ponzoña. Retírate cuidadosamente de toda persona sospechosa en la doctrina; y sobre todo huye de todo director, de todo confesor laxô, contemplativo y nímiamente indulgente. Cuando se trata del negocio de la salvacion no sobran precauciones ni medidas, ni se puede decir sin temeridad que se toma un camino demasiadamente estrecho.

☞ DIA VEINTE Y UNO.

San Fructuoso, obispo de Tarragona, mártir.

La nobilísima y antigua ciudad de Tarragona, capital de toda la España citerior, y silla de los presidentes romanos, fue la patria dichosa de san Fructuoso y de sus diáconos Augurio y Eulogio. Sin embargo de haber llegado hasta nuestros tiempos las actas auténticas de este santo y esclarecido Obispo, no sabemos quiénes fueron sus venturosos padres.

No sabemos á punto fixo en qué año regaló Dios á su Iglesia con este don precioso; pero atendiendo á las actas de su martirio, y á que el gran padre san Agustin le llama *anciano trémulo* al tiempo de padecerle, debió nacer san Fructuoso ácia el fin del siglo segundo. Su natural docil y las felices inclinaciones con que estaba adornado su corazon, junto con un genio superior y comprensivo, hicieron á Fructuoso tan sabio, tan honesto y tan religioso, que solo los años obstaban para respetar en él un anciano justo y venerable. No son los años los que labran los méritos de los hombres: en poco tiempo, dice el Espíritu santo, llega el justo á reunir en sí los merecimientos que suelen producir muchos siglos. Joven era Fructuoso, y ya tenia adquirido todo el conocimiento de la falsedad y apariencia del mundo, que bastó para que despreciando sus mayores esperanzas, pensase en dedicarse á Dios en el ministerio del altar. Segrególe el Espíritu santo como vaso de eleccion, para que su predicacion y su exemplo fuesen muro fuerte donde se apoyase la casa de Dios en un tiempo en que el furor del infierno estaba empeñado en destruirla.

Disfrutaba pues la catedral de Tarragona en Fructuoso un ministro fiel y prudente, y un sacerdote santo, exemplar y edificativo cuando aconteció verse privada de pastor. El clero y el pueblo pensaron luego en dar un digno prelado á la Iglesia, y para esto inquirian y comparaban entre sí á los mas beneméritos, que eran por lo comun los mas escondidos y retirados. No se escuchaban las voces de la ambicion, no tenia lugar en los pechos de los electores el privado interes; los artificios, los empeños, la simonía, los pactos indecorosos no se empleaban en conseguir una dignidad de trabajo, de mortificacion, de desvelo continuo, y á que por lo regular se seguia una muerte horrible. La caridad, el celo, la sabiduría eran las señas que distinguian á los candidatos, y y que mal grado suyo los sacaban de su humilde retiro para colocarlos encima del monte santo. Estas mismas virtudes hicieron una piadosa traicion á Fructuoso, obligándole á aceptar el cargo de pastor que por su respeto puso el clero y el pueblo sobre sus hombros.

Era amado universalmente antes de ascender á la dig-

nidad episcopal; pero hecho obispo se derramó con tal ímpetu el torrente de su caridad y beneficencia, que hasta los mismos gentiles sentian copiosamente sus efectos, y le profesaban un amor sencillo. La verdadera caridad ni tiene límites, ni conoce respetos particulares, ni hace aceptacion de personas. Todo lo abraza, todo lo disimula, á todos manifiesta sus entrañas de piedad, y se hace amar de todos, así como no excluye de sus beneficios á ninguno. Cuantas virtudes requiere san Pablo para constituir un obispo perfecto, otras tantas se admiraban en Fructuoso. Era fiel dispensador de los misterios de Dios, inocente, humilde, manso, sóbrio, prudente, desinteresado, hospital, benigno, justo, santo, capaz de exhortar con doctrina sana á los tibios, y de contener con su sabiduría á los soberbios. El celo santo abrasaba su corazon, y las llamas encendian igual fuego en únos, y abrasaban y consumian los excesos y desórdenes en ótros. Gozaba en fin Tarragona el mas completo prelado que podian apetecer sus deseos, y el espíritu de Jesucristo vivificaba los corazones de todos en aquellos felices dias.

A esto se llega la santa compañía de Augurio y Eulogio, diáconos, que asistian de continuo á su prelado para ayudarle en los exercicios de su ministerio. El haber sido elegidos por Fructuoso entre los demas del clero en un tiempo de persecucion en que los mas íntimos de los obispos eran tambien los preferidos para los tormentos y la muerte, es una prueba convincente de su viva fe y de la santa vida que los hizo acreedores á la preferencia. A la verdad, constándoles de la suerte del español san Lorenzo, que habia sido quemado vivo dos años antes por ser el confidente del santo papa Sixto II., no podrian alimentar esperanzas ambiciosas con su proteccion y confidencia; y sola la caridad y la gloria de Dios, junto con un deseo vivo de padecer por su amor y por su fe, debian ser los motivos de sus eclesiásticos ministerios. Unas intenciones tan puras tuvieron el premio debido á los principios que las causaban, y los que merecieron ser compañeros de su prelado en los trabajos del obispado, tambien fueron dignos de acompañarle en el heróyco vencimiento, y en la corona con que un ilustre martirio vemos que despues los recompensa.

Habia venido por este tiempo á Tarragona un presidente imperial llamado Emiliano. Su eleccion misma es el testimonio mas fiel de su crueldad y del odio que alimentaba su pecho contra el nombre de Cristo. Valeriano, aquel emperador insaciable de sangre, que no contento con ser desmesuradamente ambicioso, era finalmente cruel y carnicero; aquel exemplar infeliz de la fortuna, ó por mejor decir aquel ruidoso escarmiento que presentó á los ojos de todo el mundo la divina justicia, permitiendo que fuese vencido por el hijo de Artaxerxes I., traido en una jaula de hierro para servir de escavel á su orgulloso vencedor, y desollado finalmente, y echado en sal en justa venganza de los horrores que habia executado con los cristianos: este Emperador desventurado eligió á Emiliano como fautor suyo, y capaz de sustituir en España á la inhumanidad y á la fiereza de su señor. Apenas llegó á Tarragona quiso dar pruebas de que su eleccion habia sido acertada; y meditando con infernal astucia que el primer golpe debia descargar sobre la cabeza para que los miembros quedasen lánguidos y amortecidos, determinó prender á san Fructuoso y á sus diáconos con ánimo de comenzar por éllos el exterminio, y para que herido el pastor fuese mas facil hacer presa en las ovejas desamparadas.

Mandó arrestar en la misma casa del obispo á san Fructuoso y á sus dos compañeros Augurio y Eulogio, hasta que en el dia 16 de enero del año de 259, en que eran cónsules Emiliano y Baso, dia de domingo, dió órden á sus soldados beneficiarios Aurelio, Festucio, Elio, Polencio, Donato y Máxîmo de que los traxesen á su presencia para dar principio en dia de la mayor veneracion de los cristianos á la inicua obra que tenia proyectada. Fueron los soldados á casa de san Fructuoso; y sintiéndolos venir el Santo, fue tal la alegre conmocion de su espíritu, que salió á recibirlos á la puerta casi descalzo, sin mas que unas sandalias en los pies. Intimáronle la órden que traian, diciendo: *El presidente manda que vengas á su presencia juntamente con tus diáconos.* A lo cual respondió el santo Obispo: *Vamos al instante, y si lo permitis me calzaré antes. Cálza-*

te á tu gusto, respondieron los soldados; y habiéndolo hecho, fue conducido á la casa del presidente juntamente con sus dos inseparables compañeros. Por el pronto mandó que los llevasen á la carcel pública donde fuesen bien asegurados. Como Fructuoso era el caudillo que debia esforzar á sus soldados para que no desmayasen en la terrible batalla que tenian inminente, en el mismo camino de la carcel iba alentando á sus diáconos, proponiéndolos la dignidad y precio de la fe, y el amor que debian á aquel que por su redencion habia sacrificado su vida muriendo ignominiosamente en una cruz. *Hijos mios*, *decia*, *seguidme*, *no os aparteis de mí. Ahora mas que nunca necesita vuestro corazon del valor y de la constancia. La serpiente infernal prepara á los ministros de Dios terribles penas*; *pero para que la muerte no os amedrente ni intimide*, *fixad vuestros ojos en la palma que nos ofrece la victoria. La carcel misma*, *cuando se padece por motivo tan glorioso*, *es escalon para subir al cielo*, *y nos reconciliará eternamente con Dios en bienaventuranza eterna.*

Entre coloquios tan sublimes llegaron á la carcel, en donde quedaron los tres santos con mas ánimo para padecer, que crueldad tenia el tirano para atormentarlos. Allí oraban incesantemente, considerando la dignacion de Dios que los habia escogido para adornarlos con tan preciosa corona. Los fervorosos cristianos, noticiosos de la prision de su obispo y de sus diáconos, vinieron presurosos, y consolándolos con amorosas razones, oraban con éllos y los pedian parte en sus merecimientos y sus ardientes oraciones. En corazones menos cimentados en la esperanza de una resurreccion gloriosa pudieran hallar lugar el temor y la zozobra á vista de una muerte tan cercana; pero Fructuoso miraba con los ojos de la fe el término de su vida, y no descubria en él otra cosa que el principio de una felicidad eterna. En este concepto sus anhelos eran hacerse mas acreedor á las benignas miradas del Juez de vivos y muertos, ante cuya presencia esperaba presentarse muy presto para verse coronado; y al dia siguiente de su prision bautizó en la carcel misma á un catecúmeno, llamado Rogaciano, para que se verificase que el grano no solamente muerto, si-

no aun antes de morir producia dulces frutos para Jesucristo.

Seis dias estuvieron en la prision, hasta que al viernes siguiente por la mañana, estando el presidente sentado en su tribunal, mandó que fuesen traidos á su presencia el obispo Fructuoso con sus dos compañeros Augurio y Eulogio. Fueron traidos y presentados, y así que los vió el presidente, dixo al Obispo: ¿Has oido lo que tienen mandado los emperadores? A lo que respondió Fructuoso: *No sé lo que tienen mandado; lo que sé decirte es que yo soy cristiano.* Lo que los emperadores han mandado, dixo el presidente, es que todos adoren á los dioses. A lo que dixo el Santo: *Yo adoro á un solo Dios, que es el que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto en éllos exíste. ¿Sabes que hay dioses?* replicó el presidente. *No lo sé*, respondió el Santo. *Ya lo sabrás despues*, dixo Emiliano. Conociendo el Santo la perversa intencion con que lo decia, y que en aquel acto mismo habia resuelto su muerte, levantó el corazon á Dios, y comenzó á darle gracias é implorar su soberana asistencia. Entretanto, vuelto el astuto presidente ácia Augurio, hizo una exclamacion, diciendo: ¡*Quiénes han de ser obedecidos, temidos y adorados si no se reverencian los dioses, y se adoran las estátuas de los emperadores*! *Augurio, no des crédito ni te dexes seducir de las palabras de Fructuoso.* Pero el bendito Diácono, que tenia arraigada en su corazon la doctrina de su Maestro y su Obispo, estaba tan lejos de negarla, como ansioso de dar su vida por su calificacion y testimonio, contestó al juez con valor sobrenatural, diciendo: *Yo solamente adoro á Dios omnipotente.* ¿*Y tú, Eulogio*, preguntó el juez, *adoras tambien á tu obispo Fructuoso*? ¡Rara astucia para coger en el lazo al inocente! suponer que el seguir la doctrina verdadera del que animosamente la confesaba era un crimen de idolatría. Pero el santo diácono Eulogio hizo una distincion precisa de ambas cosas, diciendo: *Yo no adoro de manera ninguna á mi Obispo; pero al mismo tiempo confieso que adoro al mismo Dios que él adora.* Conoció el inicuo juez que eran ociosas las diligencias que empleaba para pervertir á alguno de éllos, y resuelto á condenarlos en vista de su firmeza, preguntó á san Fructuoso: ¿Eres obispo? *Lo soy*, respondió el Santo: y como Emiliano sa-

bia que iba á dar contra los tres sentencia de muerte, y que se habia de executar al punto, dixo sonriéndose y haciendo burla de la respuesta: *Lo fuiste*. En efecto, mandó que los tres santos fuesen quemados vivos.

Los soldados sacaron presurosos las tres víctimas para llevarlas al anfiteatro en donde estaba preparada la hoguera. Apenas salieron del pretorio y se presentaron en público cuando una conmocion universal se apoderó de los corazones de todos. La amabilidad y dulces prendas del santo Obispo excitaron el dolor y la compasion, no solo en los cristianos, sino en los mismos idólatras, que conocian en medio de su supersticion que no merecia tan cruel muerte su rectitud y su beneficencia. Los cristianos mas ilustrados y de mas viva esperanza mezclaban con sus lágrimas una santa alegría por la gloria inefable de que ya le juzgaban poseedor segun la cercanía de la victoria. Hubo entre éllos muchos que instigados del amor confeccionaron vino para confortarles, y hacer menos sensibles las agonías postrimeras; pero al ofrecerlos los vasos dió san Fructuoso aquella famosa respuesta que manifestó la severidad con que observó toda su vida la disciplina de la Iglesia, y que dió materia despues con lo demas al grande Agustino para formar sólidas y vivas instrucciones á su pueblo en un sermon que es el 273 de los Santos. *Ayunamos*, dixo el santo Obispo, *y no es todavía hora de comer ni de beber*. En medio de la escasez y horrores de una cárcel habian guardado solemnemente, como dicen sus actas, la estacion del miércoles anterior, y el dia de su martirio la observaban del mismo modo, y con tanto rigor, que porque era la hora cuarta no quisieron admitir aquel leve refrigerio estando tan cercanos á finalizar la vida. El justo observa escrupulosamente las leyes, sin que pueda servirle de pretexto para dispensarse de éllas ni la condescendencia y juicio de los demas, ni aun la misma muerte.

Iba san Fructuoso lleno de gozo y de seguridad al suplicio, deseoso de acabar la estacion con los mártires y profetas en el paraiso que Dios tiene prometido á los que de veras le aman, y la presura con que caminaban al fuego, daba claro indicio del superior y mas vivo que interiormente le abrasaba. Llegaron al anfiteatro, y pidién-

dole con lágrimas en los ojos un lector suyo, por nombre Augustal, que le permitiese descalzarle, respondió el santo Obispo; *Déxalo, hijo, que yo me descalzaré animoso, contento, y cierto de las divinas promesas.* Descalzóse el Santo, y entonces se llegó á él otro cristiano, llamado Feliz, y tomándole la mano derecha le pidió encarecidamente que se acordase de él en aquel sacrificio que iba hacer á Dios de sí mismo, y cuando estuviese gozando del premio eterno debido á su victoria. El Santo con voz clara, que oyeron todos los circunstantes, le respondió: *Lo que conviene es que tenga presente en mi memoria á toda la Iglesia católica extendida desde el Oriente al Occidente*: respuesta divina que enseñó la economía y justa direccion que debe hacerse de las oraciones, y de que se valió san Agustin en el sermon dicho para intimar la unidad de la Iglesia, diciendo en boca del santo Mártir: *Si quieres que ore y pida por ti, no te separes de aquel místico cuerpo de aquella Iglesia católica por quien oro.*

Ya estaba el Santo á la puerta del anfiteatro; sus ojos habian advertido la pira sobre que su cuerpo habia de ser quemado en grato holocausto al Dios de las alturas. El Espiritu santo movió entonces su corazon y sus labios para decir á los fieles una profética sentencia, que contenia el mayor consuelo que en aquellas tristes circunstancias podia darlos. La persecucion estaba declarada, la fiereza y la crueldad unidas eran el espíritu del juez inicuo que la promovia: veian con sus ojos los tormentos que estaban destinados á la confesion constante de Jesucristo; y muerto el pastor se contemplaban desamparados y faltos de la celestial doctrina, de sus palabras y su exemplo, capaces de sostener los corazones mas cobardes y mas tibios. El dolor, la tristeza, la consternacion y el desamparo se veian pintados en los semblantes melancólicos y llorosos de los fieles. San Fructuoso lo veia todo y lo sentia todo; y queriendo asegurarlos y consolarlos á un mismo tiempo, fortaleciendo su voz, y rigiendo su lengua el Espíritu divino, prorumpió clara y distintamente en estas palabras llenas de consolacion: *Hijos mios muy amados, estad ciertos de que ya de aquí adelante no os ha de faltar pastor, ni menos podrá faltaros la caridad del Señor y su promesa, tanto ahora como en lo futuro: Es-*

tos tormentos que veis es cosa ligera y transitoria, que á lo mas podrán durar una hora. Dicho esto con palabras de mucho amor, instruccion y ternura, consoló á sus dolientes ovejas, y caminaron al fuego. Puestos encima de la pira los ataron las manos, y aseguraron á tres palos gruesos que estaban en medio; y dexándolos así, se baxaron los crueles ministros y echaron á arder la leña, que en muy poco tiempo se incendió toda, convirtiéndose en altas y voraces llamas.

Un espectáculo tan horroroso tenia á todos los espectadores en una profunda suspension de ánimo, indicando con el silencio aquel miedo y consternacion que impone á los mas inocentes corazones la presencia del suplicio y la execucion irresistible de la sentencia que da la justicia ó injusticia sostenida del poder. Los alaridos, los lamentos, las quejas y demas señales con que se hace conocer el dolor de los pacientes en tan funestas circunstancias se convirtieron en una serenidad y gozo, que afrentaban á los mismos ministros de la crueldad. Todos veian arder la hoguera y abrasarse las víctimas sin notar la menor contorsion ni otro movimiento indicante de pena; prueba de que el Espíritu santo andaba entre las llamas confortando á sus soldados, como lo hizo en los tres venturosos mancebos en el horno de Babilonia. Pero la admiracion fue suma cuando habiéndose ya quemado los cordeles con que tenian los santos las manos atadas, vieron todos que desasiéndose de los palos que los tenian sujetos, no cayeron amortiguados en la hoguera, ni dieron señal alguna de que les fuesen sensibles los tormentos. Todos tres unánimemente y movidos de un mismo espíritu se ponen de rodillas, y extendiendo sus brazos en forma de cruz, perseveraron entre las llamas orando con alegría, seguros de la vida gloriosa que tenian tan inmediata. El fuego de la caridad que abrasaba sus corazones era mucho mas superior al que quemaba sus cuerpos, y los refrigeraba con mas poder que el que tenia el fuego material para quemar. Cuantos fieles estaban presentes concibieron en vista de una accion tan portentosa los deseos mas vivos de ser participantes de aquel divino espíritu, que daba fortaleza para despreciar con tanta valentía los tormentos y la muerte mas horrorosa. Al paso que en los cristianos se

advertia el consuelo, la satisfaccion y la animosidad, se veian pintados en los semblantes de los fieros ministros la desesperacion y la rabia, viéndose confundidos con los mismos medios que habian elegido para infundir terror.

Al fin, quiso Dios permitir á la voracidad del fuego que consumase la victoria para adornar las heróicas frentes de sus siervos con las coronas de gloria imarcescible que los tenia preparadas; y en la misma postura de cruz alcanzaron un triunfo semejante al que el Rey de los mártires consiguió en una cruz en medio de la tierra. Sus almas purificadas como el oro en el crisol salieron de entre las llamas puras y resplandecientes para subir á ser inmortal adorno de la celestial Jerusalen: y el benignísimo Dios, que en medio de los triunfos alegres que consiguen sus justos, tiene presentes á los mas obstinados pecadores para ofrecerlos los tesoros de su misericordia, quiso que al tiempo que subian las almas de los tres vencedores á recibir el premio de su martirio, fuesen vistas de Babilon y Migdonio, cristianos, y criados de la hija del pretor. Sorprendidos de la vision portentosa, avisaron á su ama para que fuese testigo de la divina maravilla y de la gloria que habian conseguido Fructuoso, Augurio y Eulogio en premio de sus tormentos. Llamaron tambien al presidente con el mismo fin; pero como la virginidad es tan amada del cielo como odiada de la obstinacion y desconfianza, logró la hija por ser vírgen, como dice Prudencio, el distinguido favor de ver gloriosos á los mártires, de que se hizo indigno su padre por la ceguedad en sus errores.

Insultaba éste á sus criados y á su hija, burlándose de sus dichos, y negando que sus visiones pudiesen ser efecto de otra cosa que la debilidad de sus cabezas; mas para castigar su presuncion y glorificar á sus santos, hizo Dios que se le apareciesen vestidos de unas estolas hermosísimas y resplandecientes que indicaban en su claridad y belleza la firmeza y certidumbre de las promesas divinas. Reprendiéronle ademas con la mayor aspereza su crueldad, haciéndole ver cuán falsamente estaba persuadido á que el haberlos mandado quemar fuese un mal verdadero, puesto que veia con sus ojos la grande gloria de que gozaban aquellos mismos á quienes habia abrasado sus cuerpos; pero Emiliano quedó tan duro y obcecado despues de la

terrible reprension como lo estaba primero, fruto ordinario que produce la muchedumbre de delitos, y castigo el mas severo con que la divina Justicia acostumbra vengar sus ultrages.

La falta de su pastor produxo en los fieles una suma tristeza, no porque tuviesen lastima de Fructuoso, á quien firmemente creian glorioso y triunfante en los cielos, sino porque se acordaban de sus virtudes, de su doctrina y del amor paternal con que los habia apacentado. Sus pechos anhelantes deseaban tener alguna reliquia de los sagrados despojos para sostener con élla los encendidos afectos de su corazon. Las tinieblas de la noche dieron facilidad para calmar sus deseos. Llenos de fe, de amor y de solicitud piadosa concurrieron al anfiteatro prevenidos con vino generoso para apagar el fuego, y refrescar los huesos de los mártires que pudiesen hallar medio quemados. Cada cual se apresura á recoger el precioso tesoro: únos se vuelven contentos á sus casas cargados con alguna reliquia marcada de las señales del triunfo; y los menos afortunados recogen las cenizas, ciertos de que en éllas se contenia parte de lo que apetecia su corazon y veneraba su fe. La piedad cristiana siempre dispensó las veneraciones debidas á las reliquias de los santos, haciendo entre el Señor y los siervos la justa distincion que corresponde á sus personas, y dando al culto la distribucion ordenada que enseña la Iglesia y el evangelio. Si la ignorancia ó la supersticion confunde ciegamente las respectivas adoraciones, no será porque los primeros cristianos no dexasen abundantes exemplos de que solo Dios debe adorarse por sí mismo, por su dignidad y su grandeza; y por su amor y respeto aquellos héroes que fueron dignos de sus eternas recompensas. Las acciones de mayor edificacion deben estar sujetas á la voluntad divina, y no siempre es conforme á las ocultas disposiciones de la Providencia todo lo que sugiere la piedad. Queria Dios que los que habian vivido juntos y habian padecido juntos por su nombre no se separasen aun despues de muertos; y así aquella misma noche se apareció san Fructuoso á los cristianos que habian recogido las reliquias, y con semblante benigno los amonestó que las juntasen todas, y las colocasen en un solo lugar. Viéronse sus corazones combatidos de afectos contrarios, y quisieran conser-

varse en la posesion de su tesoro, y quisieran obedecer á su pastor. Al fin prevaleció esto último; y juntándose los fieles por la mañana en la iglesia mayor, cada úno restituyó lo que habia recogido, y puesto en una arca de mármol lo colocaron debaxo del altar mayor, cantando mil alabanzas por lo maravilloso que en sus santos se habia mostrado.

Aquí permanecieron las sagradas reliquias por muchos siglos con grande veneracion de los fieles, que recibian continuos favores de la dignacion divina por la intercesion de los santos. Las iglesias de España los celebraron por tales desde luego, leyendo sus actas, que son de la mayor veneracion y autenticidad, en los divinos oficios. Y en la Iglesia de África vemos que en tiempo del padre san Agustin era el dia de san Fructuoso dia solemne, en que el mismo santo Doctor predicó un sermon en su elogio despues de haberse leido las actas de su martirio. Permaneció Tarragona con la gloria de poseer las reliquias de su santo Obispo todo el tiempo del reynado de los godos, hasta que en la desolacion universal de los sarracenos quedó saqueada, quemada y totalmente destruida. Dios entonces, celoso del honor de sus siervos, cuidó de que por ministerio de un san Justino y otros varones piadosos á quienes guió un ángel, fuesen trasladadas las preciosas reliquias á la ribera de Génova, y colocadas en una montaña quince millas de la ciudad entre ésta y Porto-fino. Despues edificaron allí los fieles un monasterio, que dieron al órden de san Benito para que cuidasen de su veneracion y custodia, mostrándose continuamente en repetidos prodigios la proteccion que san Fructuoso les dispensaba. Vióse ésta con mayor solemnidad en el año de 986 en que la emperatriz Adelagia, muger del emperador Oton III., hizo al monasterio una donacion cuantiosa en reconocimiento de que el Todopoderoso habia libertado de un naufragio á su hijo Cárlos por la intercesion de san Fructuoso, á quien en medio del peligro se habia encomendado. Así manifiesta el Santo su proteccion y patrocinio con los que debidamente le invocan en sus necesidades, y así manifiesta Dios la complacencia que tiene en que sean honrados y venerados los que por su amor y por su fe desprecian la muerte, y abrazan con heroismo los tormentos.

La misa es en honor de los santos Mártires, y la oracion es la que se sigue.

Deus, qui beatum Fructuosum, et ejus Diaconos Augurium, et Eulogium per ignem probatos martyrio decorasti; concede nobis famulis tuis, ut ipsorum intercessione, flamma divini amoris succensi, cum illis pariter coronemur in cœlis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que honraste con la corona del martirio al bienaventurado Fructuoso, y á sus diáconos Augurio y Eulogio, probándolos por el fuego: concédenos á tus siervos, que encendidos en la llama del divino amor por su intercesion, seamos tambien con éllos coronados en los cielos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3. de la Sabiduría.

Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et æstimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est: In paucis vexati, in multis bene disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit eos dignos se. Tamquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tamquam scintillæ in arundineto discurrent: Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnavit Dominus illorum in perpetuum.

Las almas de los justos estan en la mano de Dios, y no llegará á éllos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero éllos estan en paz: y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido ligeros males, recibirán grandes bienes; porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones y dominarán á los pueblos, y su Señor reynará eternamente.

REFLEXIONES.

Los justos han sido y serán siempre perseguidos en el mundo. Lo fue Jesucristo que es la misma justicia; y no dexó á sus discípulos otra herencia que cruces, tormentos y persecuciones. Si á mí me persiguieron, sabed que tambien á vosotros han de perseguiros. Aunque este oráculo no fuese verdad eterna, nos lo acredita sobradamente la experiencia de todos los siglos. Lo mismo es renunciar uno al mundo y dedicarse al servicio de Dios, que levantarse contra él por todas partes mil persecuciones y molestias. A no decirlo el evangelio, no se pudiera creer que llegase á tanto el ódio y el encono de los mundanos contra la virtud, que los padres se levantasen contra los hijos, las hermanas contra los hermanos, y hasta la muger contra su propio marido. Aun si esto sucediese por una voluntad maliciosa y declarada, por una venganza conocida, por un ódio envenenado y mortal, que no pudiese disculparse aun en la conciencia mas estragada, no sería esto una cosa de que no fuese capaz la corrupcion del hombre; pero seguir á un justo, calumniarle y quitarle hasta la misma vida, y pensar que en ello se hace á Dios un grande obsequio, no parece que pueda suceder en racionales. Con todo, es una verdad divina, es una verdad de hecho, y ha sido la suerte de muchos mártires.

¿Mas de dónde nace esta persecucion continua contra el justo? ¿Un justo es por ventura un asesino, un ladron ó un declarado enemigo de la tranquilidad pública? ¿Es acaso mal ciudadado, mal vasallo, mal padre de familias, mal juez, mal ministro ó mal soldado? No por cierto; ninguno mejor que el justo puede desempeñar exâctamente tan sagradas obligaciones. El hombre mas perverso busca cuando lo necesita un abogado justo, un amigo justo, un juez justo, y quiere que sean justos todos aquellos con quienes tiene alguna relacion ó dependencia. Ninguno busca para sí un criado que le robe, un amo que le usurpe, un amigo que le engañe, una muger que le pierda. ¿Qué mas? Aun en los mismos muebles de que nos servimos buscamos siempre la bondad. Un caballo, un vestido, una casa, un coche, todo ha de ser bueno, y si no no lo queremos. Pero

esta misma bondad que tanto se apetece y se busca en el hombre es perseguida de muerte cuando llega á descubrirse. ¿Y no es este un misterio incomprensible? ¿Por qué Cain quitó la vida á Abel? porque las obras de éste eran justas. Fuerte contradicion: no podia temer Cain que Abel quisiese quitarle la vida, y esta seguridad le ofende y le da en rostro. ¡Cuántos imitadores tiene Cain en medio del cristianismo!

El evangelio es del cap. 21. de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis prælia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum hæc fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terræmotus magni erunt per loca, et pestilentiæ, et fames, terroresque de cœlo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in sinagogas, et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte aficiet ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discipulos: Cuando oyéreis las guerras y sediciones no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces les decia: Se levantará una nacion contra otra nacion, y un reyno contra otro reyno, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad pues en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y sereis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

De la divina gracia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que sea la que fuere tu condicion, y la diversidad de obstáculos que halles en ti mismo, y la dificultad de vencerlos, nunca podrás quejarte con razon de que te falta la gracia necesaria para superarlos. Por vivas y dominantes que sean tus pasiones, por grande que sea tu flaqueza siempre tienes una gracia bastante poderosa para vencer á toda suerte de enemigos que se opongan á tu salvacion. La gracia no es particular á ningun estado con preferencia de otro: es un socorro sobrenatural y divino con que Dios nos hace querer el bien y executarlo: es una inspiracion santa que ilustra el espíritu, mueve el corazon, y nos hace amar nuestro sumo bien: ya es un remordimiento que inquieta y perturba la conciencia; ya es un pesar que aflige al alma, ya es un temor que la amedrenta; ya es una dulce esperanza que la anima y la consuela. ¿Y en qué estado, en qué condicion ó fortuna puedes hallarte que no sientas muchas veces varios afectos de esta gracia? El hombre mas estragado en sus costumbres no puede menos de pensar alguna vez en los horrores que trae consigo una vida licenciosa. ¿Quién es el que alguna vez no tiembla al acordarse de su futuro destino? En cualquiera situacion que puedas imaginarte llevas siempre dentro de ti mismo un rígido y severo censor de todas tus acciones y pensamientos mundanos, y un apologista perpétuo de la virtud que has abandonado. No puedes aunque quieras hacerte sordo á una voz interior que continuamente reprende tus excesos, ó aplaude tus buenas obras. ¿Y no son todos estos unos efectos de la gracia que te dirigen y te excitan á obrar tu eterna salud, si quieres corresponder á estas santas inspiraciones? Si no te salvas, pues, en tu estado, no te quejes de Dios que te escasea sus gracias; quéjate sí de tu poca fidelidad á sus mercedes. La gracia del Señor ha formado y forma cada dia santos en todas las condiciones y estados.

Es muy cierto que en cada condicion se hallan estorbos

particulares para la virtud; pero tambien lo es que cada condicion tiene sus particulares gracias. Sería injusto Dios si colocándote en este estado á que te destinó su providencia, no te hubiese dado al mismo tiempo las gracias necesarias para desempeñarle y santificarte en él. Por eso llamaba san Pablo á la gracia del Señor *multiforme*; esto es, que tiene diferentes formas y diversos auxîlios con que socorrerte en todas ocasiones. En los inagotables tesoros de la misericordia divina hay gracias de sacerdocio, de magistratura, de persona pública y de hombre privado. Solo te pide que entres en los designios de Dios, y te revistas del espíritu de celo que exîje el úno, del espíritu de equidad que es necesario en el ótro; de la sumision y paciencia que convienen á un estado inferior; y de la condescendencia y dulzura que deben templar al que domina. Esta es la gracia particular que debes esperar y pedir para tu estado.

Si sabes corresponder á esta gracia, crecerá cada dia tu piedad, aun en medio de aquellas ocupaciones que al parecer debian disiparla. ¿Son penosas tus obligaciones? pues ya tienes en éllas un modo fácil de hacer penitencia y satisfacer por tus culpas: ¿son honoríficas? glorifica á aquel á quien se debe todo honor: ¿son peligrosas para tu salvacion? pues humíllate y pide á Dios con mas instancia te socorra: ¿tienes autoridad sobre ótros? pues reprime el vicio, protege la inocencia y haz respetar la religion. ¿Y no son medios todos éstos para santificarte si sabes usar bien de éllos? Las mismas violencias que tienes que hacer contra tu humor, contra tu inclinacion á expensas de tu descanso y comodidad para cumplir con tus obligaciones, son otras tantas ocasiones de aumentar tu virtud en medio del mundo donde te ha puesto la Providencia.

Verdad es que el retiro ha formado muchos santos; pero si en el siglo quieres vivir como un santo, correspondiendo á las gracias que tienes preparadas, podrás sí envidiar la quietud y sosiego del solitario; pero éste podrá tambien envidiar justamente tu mayor ánimo y tu mayor mérito y firmeza en medio de los mayores peligros.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay obstáculo tan grande para la divina gracia que no pueda élla vencerle y aun convertirle en un medio eficaz para tu salud eterna. Puedes ciertamente quejarte de tu natural inconstancia, de tu conocida fragilidad, de la violencia de tus pasiones y de cuantos peligros por todas partes te combaten: puedes alegar una inclinacion fuerte ácia lo malo, y una oposicion contínua á todo lo bueno, que son los dos polos sobre que ruedan todas tus operaciones. No se puede negar que esta es una situacion muy capaz de amedrentarte y acobardarte enteramente para que no entres como debes por el camino de la virtud: mas no obstante, ésta es tu situacion, la mia y la de todos los hombres: y si no tuviésemos otro recurso que nuestras propias fuerzas, debiéramos desesperar absolutamente de la salvacion, y de nada nos hubiera aprovechado el mérito infinito de un hombre Dios. Pero si á pesar de todos tus delitos, de toda tu corrupcion y fragilidad puedes prometerte una gracia muy superior á todos tus crímenes, á tus pasiones y á toda esa flaqueza, por deplorable que te parezca el estado de tu salvacion, ¿no será verdad que tienes siempre un socorro abundantísimo para negociarla, y que si no la consigues, á nadie podrás culpar sino á ti mismo? No es otro este socorro que la gracia de Jesucristo, ¿y quién te impide que lo logres y lo conserves todo el tiempo que quisieres? ¿Es Dios por ventura tan avaro de sus bienes que haya de despojarte de éllos despues de habertélos franqueado con una liberalidad inmensa, si tú no los desprecias libremente? Dios, como dice san Agustin, á ninguno desampara sin que antes se le abandone.

Dirás acaso que no tienes ánimo para resolverte á causa de tu mucha flaqueza y de las miserias y fragilidades que cada dia experimentas; ¿mas no sabes que el pensar así es hacer tu salvacion dependiente solo de tus fuerzas? ¿no sabes que injurias atrozmente á la gracia cuando dices que te faltan las fuerzas para cumplir lo que te inspira? Jesucristo te declara que nada es imposible para Dios de cuanto parece imposible á los hom-

bres. San Pablo te dice, todo lo puedes con la gracia. ¿A quién hemos de creer? Eres débil, es verdad; pero si has experimeniado tu flaqueza en el vicio, ¿la has experimentado para la virtud? ¿has probado tus fuerzas para librarte del yugo del demonio? Quieres suponerte muy débil para no empeñarte á luchar contra tus inclinaciones. Pues qué, ¿por débil que seas no deberás hacer algun esfuerzo para conseguir tu salvacion? Piensas en satisfacer una pasion, y la misma dificultad es el mas poderoso aliciente para éllo; y cuando se te habla de tu salud eterna, el menor obstáculo se te hace insuperable. Solo exágeras tu debilidad para disculpar tu flaqueza. Quisieras vivir en una torpe indolencia, y que de repente y sin algun trabajo tuyo se consumase la obra de tu salud: quisieras que estando dormido como san Pedro se rompiesen las cadenas con que estás sujeto al pecado, y que una mano invisible te hiciese pasar de la esclavitud en que gimes á la libertad de los hijos de Dios.

Dí, sí, que eres flaco, débil y miserable; pero dilo con espíritu de compuncion, de humildad y de oracion. Así lo dixeron y debieron decirlo todos los santos; mas no por eso creyeron que debian dexar de trabajar incesantemente en la obra de su salud. No contaria hoy la Iglesia entre sus hijos á los mártires si éstos no hubieran contado sino con sus fuerzas para serlo. ¿Qué cosa mas horrible que la muerte acompañada de hogueras, garfios, ruedas, horcas y cuchillos? ¿Téndrias tú valor, no solo para presentarte intrépido á morir en medio de los mas crueles suplicios, sino para burlarte de éllos, para alegrarte padeciéndolos, y entonar himnos de alabanza á vista de los horrores de la muerte? ¿Y eran por ventura de otra naturaleza que tú, mil débiles ancianos, mil tiernas y delicadas doncellas, que dieron generalmente la vida en defensa de las mismas verdades que te precias de creer? La gracia de Jesucristo es la que ha obrado tantas maravillas: ésta no te faltaria si procurases pedirla y cultivarla con iguales disposiciones.

¡Mi buen Dios, de cuántas gracias vuestras me he privado por mi poca resolucion y mucha cobardía en serviros! ¡qué prógresos no pudiera yo haber hecho en el camino de mi salvacion si hubiera confiado mas en vuestro

auxîlio y desconfiado menos de mis fuerzas! Dueño dulcísimo de mi alma; pues la habeis redimido para que fuese vuestra eternamente, dadme una gracia poderosa, eficaz, omnipotente, que triunfe de toda mi tibieza y me llene de la fuerza de vuestro espíritu.

JACULATORIAS.

Inclina cor meum, Deus, in testimonia tua. Salm. 118.

Inclinad, Señor, por vuestra gracia mi corazon á la observancia de vuestros mandamientos.

Spiritus adjuvat infirmitatem nostram. Actor. 8.

El espíritu del Señor es el que fortalece nuestra debilidad.

PROPOSITOS.

No hay hombre que no sienta y experimente cada dia mil efectos de su natural miseria, y que no reconozca en sí mismo un fondo de debilidad que le hace dependiente de los demas. A pesar del natural orgullo que quisiera elevarle sobre todos, tiene que sujetarse y pedir auxîlio aun á los que por su condicion ó estado le son muy inferiores. Los mismos monarcas son tambien esclavos en este punto. Solo un cristiano es, por decirlo así, todopoderoso, porque todo lo puede en aquel, y con aquel le conforta.

¡Qué grandeza, qué excelencia la de un verdadero cristiano! Reflexîona cada dia esta sublime verdad, y responde con élla á cuantos obstáculos y dificultades quieran oponerte el mundo, el demonio y la carne. ¿Soy débil? ¿tengo que luchar conmigo mismo, hacerme una contínua violencia, aborrecer lo que mas amo y crucificarme con Jesucristo? pues todo lo puedo con su gracia: ¿tengo que andar una larga y penosa carrera, muchas pasiones que vencer, muchos pecados que expiar, muchos lazos que romper, muchas virtudes que practicar, y prescribirme mil precauciones y cuidados? pues todo lo puedo con la gracia: la gracia me ayudará, me enseñará y me dará fuezas para todo. Por grandes que sean mis pecados, aunque la conciencia me presente el abismo abierto debaxo de mis pies; aun cuando me viese esclavo de todas las pasiones y asaltado de todas las tentaciones, yo obraré con valor, combatiré con denuedo y perseveraré hasta el fin.

2 Reflexîona tambien atentamente que aunque la gracia te obligue á hacer contínuos esfuerzos contra ti mismo, trae consigo una fuente de consuelos contínuos, mucha fortaleza y uncion de lo alto con que todo te lo allana, te lo hace facil y dulce: que aunque te prohibe los placeres profanos, te ofrece ótros sin comparacion mas suaves, y que te harán insípidos los del mundo: que aunque algunas veces te obligará á derramar copiosas lágrimas, éstas sabe enxugarlas la mano consoladora de tu Dios. La gracia combatirá todas tus pasiones, pero te dará una quietud y un contento que no te sabrán ofrecer todas las pasiones. Si alguna vez trastorna tus proyectos y te priva de tus prosperidades temporales, te dará tambien una paz de corazon que excede infinitamente á todas las felicidades del siglo. Resuélvete, pues, á seguirla, á abrazarla y á no perderla jamas. Gusta y ve: experimenta siquiera cuán bueno y cuán suave es el Señor; y si te fuere mal en su servicio, si no halláres ser ciertas todas estas ventajas, entónces puedes ver si toda la felicidad del mundo y todos los placeres imaginables llenan el vacío de tu corazon.

DIA VEINTE Y DOS.

San Vicente y san Anastasio, mártires.

Fue san Vicente uno de los mas ilustres mártires de la Iglesia de España, en quien se hizo mas visible cuánto puede la gracia de Jesucristo. Nació en Huesca de una de las mejores y mas distinguidas casas del pais. Desde niño le entregaron sus padres al gobierno y á la direccion de Valerio, obispo de Zaragoza, que le crió en toda piedad, haciéndole instruir, así en los misterios como en las obligaciones de la religion, sin olvidar el estudio de las letras humanas. En poco tiempo aprovechó mucho Vicente; y viendo el santo Prelado los progresos que hacia en todo, le ordenó diácono de su iglesia, encargándole el ministerio de la predicacion, que no podia

exercitar el santo Obispo por razon de su abanzada edad. Desempeñóle Vicente con dignidad y con feliz suceso; porque predicando tanto con las obras como con las palabras, no solo enseñaba y fortalecia á los fieles, sino que tambien convertia á la fe á mucho número de gentiles.

Ácia fin del año de 803, que fue el principio de la persecucion que los emperadores Diocleciano y Maxîmiano movieron en España, queriendo Daciano, gobernador de la provincia de Tarragona, á cuya jurisdiccion pertenecia Zaragoza y Valencia, señalar su celo y su actividad en que fuesen obedeciendo los decretos de los Emperadores, mandó prender á Valerio y á Vicente, dando órden para que fuesen conducidos á Valencia cargados de cadenas, con la esperanza de que se desalentarian con las fatigas y con los malos tratamientos que habia encargado se les hiciesen en el camino, y le adquiririan la gloria de haber vencido á los dos mayores héroes cristianos que se conocian á la sazon en la Nacion española. Pero quedó no poco admirado cuando los vió en su presencia tan frescos y tan robustos, como si nada hubieran padecido, á pesar de las diligencias que se habian hecho para matarlos de hambre en tan prolixo y tan penoso viage.

Parecióle á Daciano que para persuadir á unos hombres de aquel carácter tendrian mas fuerza los buenos términos que la severidad y las amenazas. Con esta idea, dirigiendo primero la palabra á Valerio, le presentó que su abanzada edad estaba pidiendo de justicia algun descanso, y sus muchos achaques una vejez dulce y tranquila, que úno y ótro lo hallaria obedeciendo á las órdenes justas de los Emperadores. Y volviéndose despues á Vicente, le dixo con afectada blandura: "Tú, hijo mio, »estoy seguro que no degenerarás de la nobleza de tu san»gre. Tienes talentos y eres noble; con que espero te »harás acreedor á las honras que la generosidad de los »Emperadores se dignará dispensarte. Eres jóven, eres »galan, eres generoso, eres discreto; y puedes esperar los »grandes favores con que te brinda la fortuna, la cual se »te presenta colmada de gracias y de dichas. Para me»recerlas no has menester mas diligencias que no aban»donar la religion de tus padres. Ven, hijo mio, ríndet

„á lo que ordenan los Emperadores, y no te expongas „por una necia obstinacion á una muerte anticipada y „afrentosa."

El santo viejo Valerio padecia alguna dificultad en la lengua, y no podia explicarse con bastante expedicion; por lo que órdenó á Vicente que respondiese por los dos. Tomando éste la palabra, habló á Daciano con valerosa intrepidez, declarándole el baxo concepto que hacian de los demonios, transformados en dioses del imperio, y añadió: "No creas que las amenazas de la muerte nos han „de acobardar, ni las despreciables honras de la vida „pueden movernos á faltar á nuestra obligacion; porque „has de tener entendido que no hay cosa tan estimable „ni tan dichosa en el mundo que se acerque de mil le„guas al consuelo y á la honra de morir por Jesu„cristo."

Ofendido Daciano de la generosa libertad del santo Diácono se contentó con desterrar á Valerio, y descargó toda su cólera sobre san Vicente. Dió órden á los verdugos para que empleasen los tormentos mas crueles, y para que inventasen tambien los mas terribles que pudiesen discurrir, á fin de vengar á los dioses del desprecio que se les habia hecho; y fueron executados sus órdenes con la mayor exâctitud y con la mayor puntualidad.

Tiéndenle al punto sobre la catasta, aplícanle los cordeles, y comienzan á tirarle los pies y las manos, jugando el artificio de aquella horrible máquina con tanta violencia, que luego se le oyó el ruido, y se percibió la dislocacion de todos los huesos; de suerte que apénas se mantenian los miembros unidos al cuerpo sino por medio de los nervios. Viendo el tirano que el Santo se reia de aquel tormento, mandó que le rasgasen las espaldas con uñas ó garfios acerados, lo que se executó de un modo tan cruel, que se le descubrieron las costillas hasta el espinazo. Esperaba Daciano que el santo Mártir lanzaria por lo menos algun suspiro ó dexaria correr alguna lágrima; pero queriendo el Señor dar á entender á los hombres que sabe muy bien cuando quiere endulzar las penas y los trabajos que se padecen por su amor, hizo que el Santo sufriese este segundo suplicio con tanta constancia y con tanta alegría, como habia sufrido el primero.

Quedó atónito el tirano al ver aquella asombrosa tranquilidad del santo Mártir en medio de los mas vivos dolores; pero cuando le oyó hacer como burla y chacota de la crueldad de los verdugos, y que á él mismo le desafiaba que le hiciese sufrir todo lo que se le antojase, espumaba de cólera, teniéndolo por especie de insulto. Y sabiendo que las llagas en dexándose enfriar son mas dolorosas si se vuelven á abrir, ordenó que fuese despedazado de nuevo, lo que se hizo con tanta crueldad, que arrancándole crecidos pedazos de carne, dexaban ver patentes las entrañas. Corrian arroyos de sangre por todas partes, y solo se miraba un esqueleto que vivia en fuerza de milagro. Comprendió bien el tirano que en aquella constancia se ocultaba alguna cosa sobrenatural, y que nunca podria vencer una fuerza tan superior á la suya. Mandó que cesasen los tormentos; pero sin querer manifestarse vencido, le ordenó que á lo menos le entregase los libros sagrados para arrojarlos al fuego, ofreciéndole la vida si le obedecia en esto.

Vicente con modo grato, pero santamente intrépido, respondió al juez que el fuego con que amenazaba á los libros estaria mejor empleado en el mismo Santo para acabar su sacrificio en las llamas; y tambien me veo obligado á prevenirte, añadió el invicto Mártir, que algun dia arderás tú por toda la eternidad en las del infierno si no renuncias el culto de los falsos dioses.

Apurado todo el sufrimiento de Daciano al oir tan no esperada respuesta, y no pudiendo contener la indignacion en el pecho, mandó que al instante le extendiesen en una cama de hierro ardiendo, aplicándole por todo el cuerpo láminas ó planchas encendidas.

Renovóse la alegría de Vicente á vista del nuevo tormento que le esperaba. Todo su gusto era pasar de un suplicio á otro, del ecúleo ó del potro, á las parrillas, las cuales se componian de unas barras atravesadas, no de plano, sino de esquina, abiertas en forma de sierra y salpicadas á trechos de puas agudas á manera de rallo. Su elevacion era de una cuarta escasa, y se colocaban sobre carbones encendidos que estaban contínuamente avivando los verdugos. Llenábanse todos de horror al ver aquel cuerpo medio desollado, amarrado con cadenas á la parrilla, cu-

bierto de planchas ardiendo por la parte superior, mientras por la inferior le derretia el brasero. La grasa que el santo cuerpo destilaba añadia mucha fuerza á la violencia del fuego, y como si aquel conjunto de tormentos no bastasen á causarle un dolor agudísimo y cruel, cuidaban los verdugos de avivársele, llenándole de sal las llagas y las heridas.

Permanecia Vicente inmoble, los ojos fixos en el cielo y el semblante risueño, adorando y bendiciendo sin cesar al Señor en aquella postura de inmolacion y de víctima. Pero como la mano del Todopoderoso se descubria tan visiblemente en la alegría y en la constancia del santo Mártir, no podia permanecer expuesto por mucho tiempo á los ojos del público un espectáculo que tanto desacreditaba el culto de los ídolos. Todos admiraban la fuerza prodigiosa del paciente, y hasta los mismos gentiles clamaban que aquello no podia ser sin gran milagro; de suerte que se vió precisado Daciano á mandar retirar al invicto diácono. Encerráronle en un obscuro calabozo, donde le tendieron para descansar sobre pedazos de hierro, con severa prohibicion de que no se le diese el menor alimento, ni el mas ligero alivio; pero el Señor tuvo providencia de su siervo, porque de repente baxó una celestial luz que despidió las tinieblas del calabozo, y al mismo tiempo derramó Dios en el alma de aquel héroe una divina dulzura, un consuelo de superior órden que le inundó de alegría. Hallóse de repente restituido á su antigua robustez y mejorado en su natural hermosura, exhalando de su cuerpo un suavísimo olor, que llenaba de fragancias aquel lugar hediondo. Baxaron á hacerle compañía escuadrones de espíritus angélicos, y se dexaron percibir los celestiales cánticos con que entonaban alabanzas al Señor, de manera que aquella horrorosa prision se convirtió en paraiso de delicias.

La fragancia, la música y el resplandor llenaron de admiracion á los guardas; pero quedaron atónitos cuando vieron á Vicente sin la mas leve señal de los tormentos pasados, y convertidos en rosas los pedazos de hierro de que estaba sembrado el calabozo. No era fácil resistir á tanto tropel de prodigios. Convirtiéronse á Cristo el alcayde con los guardas; y llegando á noticia de Da-

ciano lo que pasaba, tomó (fuese desesperacion ó despique) una resolucion bien extraña. Manda que al punto saquen al Santo del calabozo; ordena que le acuesten en la cama mas blanda y mas regalada que se pueda disponer, y da providencia para que se le cuide, sin perdonar á regalo ni á remedio. Publícase en toda la ciudad este decreto; acuden los fieles en tropas á la carcel; conducen al Santo como en triunfo por las calles; pero Vicente apénas entró en el regalado lecho que se le tenia prevenido cuando, como si fuera aquél el mayor de los tormentos, espiró, y voló su alma al cielo á recibir la corona y el premio de su victoria; sucediendo esto el dia 22 de enero del año 304 ó de 305.

Rabioso y fuera de sí Daciano al verse vencido y confundido por aquel héroe cristiano, mandó que fuese arrastrado su cadaver, y que sacándole al campo, le arrojasen en un barranco donde sirviese de pasto á las aves y á las fieras; pero envió Dios un cuervo de grandeza extraordinaria que le hizo centinela y le defendió de los demas animales. Ordenó el tirano que le echasen en alta mar, porque no le diesen culto, y careciese de ese consuelo la devocion de los fieles; pero el Señor, que se burla de todos los artificios de la humana prudencia, conduxo á la orilla al santo cuerpo; y acudiendo los cristianos, le enterraron secretamente fuera de las murallas de Valencia en el mismo lugar donde hoy es venerado en una magnífica iglesia.

El año de 542 sitió y tomó á Zaragoza Childeberto, rey de Francia, con cuyo motivo traxo consigo la estola que habia servido al santo diácono y se la entregó á san Germán, obispo de París. Consérvase esta preciosa reliquia en la iglesia de san German, que antiguamente se llamaba de san Vicente.

El mismo dia celebra la Iglesia la fiesta de san Anastasio mártir. Fue persa de nacion; y antes de su bautismo se llamaba Magundat. Sirvió algun tiempo en las tropas del rey Cósroas, y despues de la toma de Jerusalen, cuando se llevaba la cruz de Cristo á Ctesifon quiso saber qué motivo tenian los cristianos para hacer tanta estimacion de dos maderos que habian servido para ajusticiar á un hombre. Informado de todo, y bien

instruido en la religion cristiana, recibió el bautismo y vivió algun tiempo en el monasterio de san Atanasio, cuyo nombre tomó. Siete años empleó en los exercicios mas humildes y mas perfectos de la vida monástica. Movido de un ardiente deseo de derramar su sangre por amor de Jesucristo, pidió, y obtuvo licencia para pasar á Cesaréa. Supo que ciertos soldados de la guarnicion hacian algunos maleficios: reprendiólos, y echaron mano de él. Confesó que era cristiano, y sufrió con heróyca constancia azotes, palos y todas las incomodidades de una rigurosa prision. Confortóle el Señor con una aparicion de mucho consuelo; y en fin coronó su santa vida con el martirio, habiendo sido ahorcado por la confesion de la fe el dia 22 del enero de año 628.

La oracion de la misa es la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris: ut qui ex iniquitate nostra reos nos esse cognoscimus, beatorum martyrum tuorum Vicentii, et Anastasii intercessione liberemur: Per Dominum...

Atiende, Señor, á nuestras humildes súplicas, para que pues nos reconocemos reos por nuestra maldad, seamos librados de nuestras culpas por la intercesion de vuestros bienaventurados mártires Vicente y Anastasio: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 3. *de la Sabiduría, y la misma que el dia anterior, folio* 285.

NOTA.

„Ya llevamos dicho que el libro de la Sabiduría de „donde se sacó esta epístola, fue compuesto por Salomon. „Habla el Sabio en este capítulo de la esperanza de los „justos y del cuidado que Dios tiene de éllos. Dice que „su alma está en la mano de Dios; y esto es lo que les „hace mantenerse inmobles en medio de todos los acae„cimientos de esta vida; esto es lo que comunicó tanto „valor y tanta fortaleza á los mártires: Si el mismo Dios „es su fortaleza, ¿quién los podrá vencer? Es de grandí„simo consuelo todo lo que se dice en este capítulo.

REFLEXIONES.

¡O qué bien está el que está en manos de Dios! Nadie está en las manos de Dios que no esté en su corazon. ¡Qué estancia tan dichosa! Pues esta es la de los justos. ¡Gran Dios, qué lugar hay en el mundo mas digno de una ambicion noble y bien nacida! Ora amanece la tempestad, ora intime estragos y terrores el vaporoso estruendo de los truenos, el justo está al abrigo; su alma está en las manos de Dios; ¿qué tiene que temer?

Es la muerte un tormento que asusta á los mas resueltos, que á los mas intrépidos los estremece; pero como la muerte de los justos siempre es preciosa en los ojos del Señor, la ven venir no solo sin susto, pero con alegría, porque no la miran como suplicio sino como premio; los llena de dulzura, de consuelo y de confianza.

Su muerte en la apariencia es como la de los demas, término fatal de todas las cosas; pero es en la apariencia, y á los ojos de los insensatos; que los prudentes y los sabios juzgan muy de otra manera de la muerte de los justos. Si salen de este mundo, es porque se les levanta el destierro; si se apartan de nosotros, es para entrar triunfantes en la gloria. ¡O qué gozo el de no haberse descaminado! ¿Qué consuelo mas dulce ni mas exquisito que el que se experimenta cuando se llega al término dichosamente? Los santos sufrieron tormentos á los ojos de los hombres; parecieron afligidos y humillados; fueron maltratados y perseguidos; pero á los ojos de los hombres, y no mas; todo lo áspero, todo lo duro de sus cruces estaba en la corteza; que por lo demas, en medio de los mayores trabajos lograban una esperanza llena de inmortalidad. ¿Qué proporcion hay entre lo que padecieron y lo que ahora gozan? Dichoso aquél que no cede á las pruebas que de él se hacen. No gusta Dios de siervos cobardes y pusilánimes. ¡Felices aquéllos á quienes el Señor encuentra dignos de sí!

¡Mas ó, y qué diferencia hay entre la muerte de los justos y la de los que se llaman dichosos á lo del mundo! La felicidad de éstos se desvanece en su postrera hora. Grandeza, riquezas, honores, placeres, todo se sepulta con éllos; pero al contrario, la última hora de los ótros,

es la primera de una eternidad de delicias. Sus nombres son colocados en los fastos de los santos; su memoria está llena de bendicion; se honran y se veneran hasta sus mismas cenizas; y aquellos hombres viles á los ojos del mundo brillarán por toda la eternidad como astros en el firmamento; reynarán sobre todos los pueblos, y juzgarán á todas las naciones. ¡Qué objeto mas digno de la ambicion de un corazon cristiano!

El evangelio es del cap. 21. de san Lucas, y el mismo que el dia anterior, folio 287.

MEDITACION.

Que no hay en la tierra otro verdadero mal sino el pecado.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en la tierra otro verdadero mal sino aquel que él solo nos priva del verdadero bien y del principio de todos los bienes. Tal es el pecado.

Mírese por donde se mirare, el pecado siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga, eternamente será el pecado objeto de su ódio y de su indignacion, y eternamente será materia de nuestro arrepentimiento; ¿pues cómo lo puede ser ahora de nuestros deseos y de nuestra complacencia?

Todos los que llamamos males en el mundo, en tanto lo son, en cuanto son consecuencias del pecado. El pecado fue el que inundó la tierra de tantas desdichas; él es el que tiene encendido el fuego del infierno; el pecado es el que hace infelices á los que lo son; la tranquilidad y la alegría solo reynan donde reyna la inocencia. Siendo Dios un bien infinito, y siendo todo bien, por sí mismo no puede comunicar otra cosa. Solo el pecado es quien causa todo el mal, privándonos de este bien. ¿Y es ésta la idea que se tiene del pecado? ¿Pero dexará de ser menos mal, ó dexará de ser menos pecado, porque se tenga de él otra idea diferente?

Esas concurrencias de la diversion, de donde está siempre desterrada la inocencia; esos desahogos del Carnaval, que si no siempre son pecado, son sumamente pe-

ligrosos siempre; esos espectáculos, esas alegrías profanas, orígen fatal de tanto desórden, ¿prueban por ventura que se tiene al pecado grande horror? ¿Y aún las personas que se abstienen de esos desórdenes viven siempre muy inocentes? ¡Ah! que, por decirlo así, nos familiarizamos con el pecado; ¿pero nos familiarizarémos igualmente con los tormentos que le corresponden?

¡O, Señor, y qué poco que he conocido al pecado; pero cómo le conozco, y cómo le detesto ahora! Aumentad mi dolor, y perdonad mis maldades.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es error dar el nombre de males á lo que puede contribuir á nuestra felicidad; y que á excepcion del pecado, todo puede ser útil á una alma fervorosa.

Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza, hasta la misma muerte, todo puede servirnos para ser dichosos; porque todo puede conducir para que seamos santos.

Pocos santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecuciones, á las adversidades, á los trabajos, algun grado por lo menos de su elevacion en el cielo. ¿Qué no debieron los mártires á los suplicios? Vuestros parientes, vuestros amigos, dice el Salvador, os perseguirán, mas no por eso sereis menos dichosos; porque toda la malicia y toda la rabia de los tiranos no podrá arrancaros un solo cabello de la cabeza. Quien está en gracia de Dios, el que es querido de Dios, ¿qué tiene que temer? Grande error reputar el ódio del mundo como mal, cuando todo el ódio del mundo es porque se quiere amar y servir á Dios. ¿Cuántos favores, cuántos ventajosos partidos ofreció el mundo á san Vicente para pervertirle? ¿qué crueles tormentos no padeció, porque despreció sus engañosas promesas? ¿con qué valor se burló este insigne Santo así de los tormentos como de los alhagos del tirano? Antes bien los mayores alhagos fueron para él los mas intolerables tormentos. Perdió la vida por no perder la amistad de Dios. ¿Cuándo ha de llegar el tiempo de que nosotros pensemos de la misma manera? ¿cuándo hemos de discurrir sobre los mismos principios? ¿Tiénese el dia de hoy al pecado por el mayor

mal de todos los males? ¿tiénenle siquiera por mal aquéllos y aquéllas que hacen vanidad de cometerle? Llámanse males una pérdida de intereses, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que suelen ser principio de mil bendiciones, segun los amorosos designios de la divina Providencia. ¿Pero se considera al pecado como gran mal cuando se discurre que puede ser medio conducente para hacer fortuna?

¡En qué ceguedad he vivido yo hasta aquí, Dios mio! Perdonadme, Señor, y oid benigno mi humilde súplica. Haced que padezca todos los tormentos, hacedme sufrir todos los males de esta vida ántes que cometer jamas un solo pecado.

JACULATORIAS.

Væ vobis, viri impii, qui dereliquistis legem Domini. Eccl. 41.

¡Ay de vosotros, hombres impíos, que abandonásteis la ley de vuestro Dios y Señor!

Horrendum est incidere in manus Dei viventis. Ad hebr. 10.

Terrible cosa es caer en las manos de Dios vivo.

PROPOSITOS.

Concibe tan grande horror al pecado que estés dispuesto á perder los bienes, la salud y la misma vida ántes que perder la gracia. Muy digno de lástima serás si te hallas en otra disposicion; pero porque son inútiles y de nada sirven las mejores máximas si no se reducen á práctica, siempre que á ti ó á otro suceda alguna desgracia, algun contratiempo, algun trabajo, toma la santa costumbre de decirte á ti mismo: No hay otro mal que el pecado; consolémonos, que esta pérdida de los bienes de fortuna, de la salud ó de la honra se puede convertir en grande provecho mio. Líbrame, Señor, de todo pecado; que no temo otro mal alguno.

2 Toma ocasion de todos los contratiempos de esta vida para decir á tus hijos, á tus amigos, á tus domésticos que en este mundo no hay mas que un solo mal, hablando propiamente; el cual mal es el pecado. Sea éste tu mas

frecuente refran, tu adagio favorecido. Repítelo sin cesar á tus hijos, dítelo á ti mismo cien veces al dia; y no te perdones ni las mas leves mentiras oficiosas ni las restricciones mentales, que son verdaderamente mentiras disfrazadas, ni las mas ligeras impaciencias. Todo lo que pueda alterar la caridad, por poco que sea, debe ser prohibido para ti. Ser demasiadamente indulgente consigo mismo, y poquísimo con los demas, suele ser ocasion de muchas faltas: todo lo que puede agraviar de alguna manera al próximo, todo lo que tenga sombra de pecado debe causarte horror. La imagen sola de un monstruo espantoso atemoriza. Repite con frecuencia aquellas bellas palabras: *Malo mori, quam fœdare animam meam*: mas quiero morir, que manchar jamas mi alma. No te contentes con tener horror al pecado solamente: el mismo has de tener á todas las ocasiones de pecar, de las cuales has de huir como del mismo pecado. No se aborrece el pecado cuando no se aborrece la ocasion.

DIA VEINTE Y TRES.

San Raymundo de Peñafort.

Nació san Raymundo de Peñafort el año de 1175 en el castillo de este nombre, en el Principado de Cataluña, siendo sus padres señores del mismo castillo, y aliados de los reyes de Aragon. Criáronle con el cuidado correspondiente; y habiéndole aplicado al estudio de las ciencias naturales, como estaba dotado de un excelente ingenio, hizo en poco tiempo tantos progresos, que enseñó públicamente filosofía en Barcelona con tanto aplauso, como feliz suceso. Aplicóse despues al estudio de las leyes; y para perfeccionarse en éllas pasó á la universidad de Bolonia, donde luego se hizo admirar; y recibiendo el grado de doctor en ámbos derechos, habiendo vacado una cátedra de maestro, fue provisto en élla con general aceptacion.

Causaba admiracion su ingenio, pero mayor su desinteres y su vida exemplar; porque no quiso admitir la

renta que le señaló la ciudad, sino para repartirla entre los pobres, no teniendo en sus estudios otros fines que puramente el de la caridad.

Al volver de Roma don Berenguel, obispo de Barcelona, pasó por Bolonia para ver á Raymundo, su diocesano, de quien oia hablar en toda Italia con tanto elogio y con tanta estimacion. Conoció luego que un sugeto de aquel mérito podia ser de suma utilidad á su iglesia. Proveyó en él un canonicato, y despues una de las primeras prebendas de la catedral. Esta se aprovechó bien de lo mucho que acababa de perder la universidad de Bolonia. Desde luego se dexaron admirar el extraordinario mérito y la no menos extraordinaria piedad de Raymundo. Su caridad con los pobres, su amor al retiro, su asistencia al coro, su recogimiento interior y su modestia hicieron impresion en los ánimos y en los corazones, de manera que en poco tiempo se reconoció visiblemente la reforma del cabildo.

Profesó siempre una tierna devocion á la santísima Vírgen, animada de un deseo ardiente de extender su culto, y de inspirar la misma piedad en los corazones de todos. Reparando que la fiesta de la Anunciacion se celebraba con poca solemnidad en Barcelona, obtuvo que se hiciese el oficio con mayor celebridad; y dexó una fundacion para que fuese esta fiesta una de las mas solemnes.

Solo pensaba Raymundo en santificarse cada dia mas y mas por medio de los exercicios de devocion y de penitencia, cuando se sintió llamado á estado mas perfecto. Valióse Dios para su vocacion del escrúpulo que se le excitó por haber quitado á un pariente suyo la que tenia de entrar en la religion de santo Domingo con el pretexto de que toda novedad es sospechosa. Tomó el hábito de la misma religion en Barcelona el dia de Viernes santo del año de 1222, cerca de ocho meses despues de haber muerto el santo Fundador y Patriarca.

Con el nuevo estado renovó extrañamente su fervor. Ningun novicio le hizo ventajas en correr apresurado por el camino de perfeccion; ninguno le excedió en los esmeros de una humildad profunda, ni en la exâctitud de la regular observancia.

Muy á los principios de su noviciado pidió con instancia á los superiores que le diesen una severa penitencia por las vanas complacencias que habia tenido cuando oía los aplausos con que celebraba el mundo su magisterio. Consintió en ello el provincial, y le mandó que en penitencia compusiese una suma de moral, y es la que corre hoy con nombre de la suma de Raymundo, siendo la primera que salió á luz en esta materia.

La generosidad con que un hombre tan distinguido por su nacimiento, por su ingenio y por su dignidad, tan admirable por su virtud, tan respetable por sus raros talentos y por su sabiduría habia dexado el mundo para vivir humilde y desconocido en el estado religioso, le hizo mucho mas célebre por todo el universo, y de todas partes concurrian á consultarle como á oráculo.

Escogióle Dios para contribuir mas que ningun otro á la fundacion de una nueva órden, célebre en la Iglesia católica por su instituto de redencion de cautivos, con el título de nuestra señora de la Merced. Una maravillosa vision que en una misma noche tuvieron Jayme, rey de Aragon, san Pedro Nolasco y nuestro Raymundo unió el celo de todos tres para promover este sagrado instituto. San Pedro Nolasco fue el fundador, el rey de Aragon el apoyo, y Raymundo fue como el alma de esta grande empresa que tuvo despues tan asombrosos sucesos.

Por este tiempo vino á España á predicar la Cruzada contra los moros el cardenal Juan de Abbevilla, obispo de Sabina y legado de la santa Sede. Parecióle al cardenal que no desempeñaria bien su legacía si san Raymundo, tan poderoso en obras como en palabras, no le ayudaba con sus consejos y con su santo celo. Predicó la Cruzada con tanto espíritu y con tanta felicidad, que el legado le atribuia principalmente, y con mucha razon, las grandes ventajas que las armas cristianas consiguieron de los infieles. Vuelto á Roma el cardenal dixo tantas maravillas de san Raymundo, que el papa Gregorio IX. le llamó para que asistiese cerca de su persona: hízole su capellan, escogióle por su confesor, y le nombró por penitenciario mayor de la santa iglesia de Roma. Despues que experi-

mentó su rara capacidad, le mandó copilar todas las decretales ó constituciones pontificias de sus predecesores con los decretos de los concilios. Esta coleccion de las decretales en cinco libros, hecha por san Raymundo, es la mas autorizada y la mas generalmente recibida en todas las universidades.

Ni las grandes ocupaciones, ni los continuos estudios alteraron nunca su piedad, ni mucho menos se dispensó por eso en los exercicios de la vida religiosa. Instóle el papa para que aceptase el arzobispado de Tarragona y otras dignidades eclesiásticas con que le brindó, pero todo fue en vano; porque fue tan invencible su resistencia como su humildad. Y habiendo juzgado los médicos que le convenia restituirse á Cataluña para reparar la salud, se volvió á su convento de Barcelona como un frayle particular, sin beneficio, sin título, sin pension, considerándose en todo como el menor de sus hermanos.

La enfermedad que le obligó á retirarse de Roma se la habian causado sus excesivas penitencias; pero apenas recobró la salud, cuando volvió á éllas con mayor fervor. Comia una sola vez al dia; todas las noches tomaba una áspera disciplina; eran extraordinarias sus vigilias, su oracion contínua, su mortificacion severa, pero únicamente para él; porque para los demas era suavísimo, siendo la dulzura de Jesucristo el modelo de la suya. Sin dexarse llevar de indignas ó cobardes complacencias, sabia perfectamente el arte de ganar los pecadores sin dar cuartel al pecado.

Gozaba Raymundo tranquilamente el dulce sosiego de la vida privada, retirado en su convento de Barcelona, cuando en el año de 1238, muy contra su voluntad, fue electo general de toda la órden en lugar de Luis Jordan que habia sucedido á santo Domingo. Cualquiera otro corazon menos humilde que el de Raymundo pudiera dexarse lisonjear de un empleo de tanta distincion; y no faltarian razones al amor propio para juzgar conveniente á la mayor gloria de Dios y al mayor bien de la religion el mantenerse en él; pero eran muy despejadas las luces, muy sólidos y muy espirituales los dictámenes de Raymundo para que le hiciesen fuerza estos pretextos, desviándose de su fin, que era aspirar á la mayor perfeccion.

Despues que visitó á pie todas las provincias de la órden, renovando en los corazones de sus súbditos el primitivo fervor, renunció el generalato.

Mas no por eso logró tampoco esta segunda vez por mucho tiempo el descanso del retiro y de la vida particular. Los papas Celestino IV., Inocencio IV., Alexandro, Urbano y Clemente descargaron en él gran parte del peso de sus cuidados y de las penosas fatigas de la santa Sede. A tantas ocupaciones importantes se añadieron las que le encomendaba el rey de Aragon, que le habia escogido por su confesor, y frecuentemente le empleaba en diferentes legacías. Bendixo Dios tan extraordinariamente el celo de su fiel siervo dándole tanta gracia para la conversion de los moros y de los judíos esparcidos en toda España por aquel tiempo, que en pocos meses convirtió mas de diez mil.

Tenia el Rey una entera confianza en su confesor, y le hizo venir á Mallorca, donde á la sazon se hallaba la corte. Allí se continuó la conversion de los judíos y de los moros; pero habiendo llegado á entender que habia en la corte cierta dama con quien se sospechaba que el Rey tenia algun ilícito comercio, tomó la libertad de representarle con respeto, y de suplicarle con instancia que se sirviese separarla. Como vió que proseguia el escándalo, y que aquel Monarca le iba entreteniendo con vanas palabras, creyó que estaba obligado á pedir licencia para retirarse; y habiéndosela negado, él se la tomó.

Fue al puerto para embarcarse; pero se le dixo que habia órden del Rey para que, pena de la vida, ninguno le pasase. Entonces lleno el Santo de una gran confianza en el Señor hizo la señal de la cruz, extendió su capa sobre el agua, tomó el báculo en la mano, montó en aquella embarcacion de nueva especie, tomó la mitad de la capa, atóla al mango del báculo haciendo mástil de éste y vela de aquélla, y á favor de un viento fresco que se levantó hizo en menos de seis horas el viage de cincuenta y tres leguas que hay desde Mallorca á Barcelona. Al llegar á su convento se le abrieron por sí mismas las puertas que estaban cerradas; hallóse sin la mas leve señal de humedad la capa que le habia servido de embarcacion y de vela, y el miedo que tuvo el compañero de fiarse de

aquel navío acreditó tambien la verdad del hecho y de la maravilla.

Como fueron innumerables los testigos de milagro tan estupendo, presto se extendió la fama por todas partes. Creció la estimacion y la veneracion que se tenia del Santo; el Rey se dió por entendido, al instante echó de sí aquella cortesana, y se volvió á entregar con mayor confianza en manos de su santo director.

Vivió todavía algunos años san Raymundo dedicado á continuos y penosos exercicios de la caridad. Ni sus viages, ni los trabajos de las misiones, ni sus molestos achaques le estorbaban el celebrar cada dia el santo sacrificio de la misa. Hacíalo con tanta devocion, con tanta ternura, que comunmente se decia que no habia convertido á menos pecadores su modestia en el altar, que su fervor en el púlpito. Suplicó á santo Tomas de Aquino que escribiese contra los infieles; y á las instancias de Raymundo debemos lo que el santo Doctor dexó escrito en la Suma contra los gentiles. En fin, consumido de trabajos y colmado de merecimientos murió en Barcelona tan santamente como habia vivido el año de 1275, á los noventa y nueve y cuatro meses de su edad. En su enfermedad le visitaron los reyes de Castilla y de Aragon, y honraron su entierro con su asistencia, juntamente con los príncipes y princesas de las dos casas reales, los prelados y señores de las dos córtes, acompañados de la nobleza y del pueblo de la ciudad. Trescientos veinte y seis años despues de su muerte el papa Clemente VIII. movido de la devocion de los reyes y de los pueblos, y de un gran número de milagros, le canonizó solemnemente el dia 2 de abril del año de 1601.

La oracion de la misa es la que sigue.

Deus, qui beatum Raymundum Pœnitentiæ Sacramenti insignem Ministrum elegisti, et per maris undas mirabiliter traduxisti; concede, ut ejus intercessione dignos pœnitentiæ fructus facere, et ad æternæ salutis portum per-

O Dios, que escogiste al bienaventurado Raymundo para que fuese insigne ministro del sacramento de la Penitencia, y con singular maravilla le hiciste pasar por las ondas del mar; concédenos por su intercesion que hagamos frutos

venire valeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

dignos de penitencia, y que arribemos felizmente al puerto de la salvacion eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31. de la Sabiduría.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus; facere mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et eleëmosynas illius enarrabit omnis Ecclesia Sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro y fue hallado perfecto tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes estan seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

»Jesus, hijo de Sirach, autor de este libro tan instructivo y tan moral, hace aquí elogio del rico que teniendo en nada los bienes perecederos, únicamente procura agradar á Dios y adquirir un tesoro de merecimientos en el cielo, conservando su corazon puro y desprendido de los bienes de la tierra que suelen servir de tanta ocasion al pecado.

REFLEXIONES.

Segun el Sabio, tan dificultoso es encontrar un hombre que no corra tras el dinero, como hallar un hombre sin tacha. El interes en todas partes domina: dichoso aquel que verdaderamente se halláre exênto de esta pension; porque en realidad no será para él empeño muy árduo conservarse en la inocencia. Es muy rara la virtud que esté á prueba de interes. Así como la justicia contiene en sí todas las virtudes, así la avaricia contiene todos los vicios.

¡Qué vanidad tan ridícula tenerse por mas que los

ótros, porque posee mas bienes que éllos! El dinero por sí solo no da mérito. Un libertino lleno de oro es un libertino que brilla; mas no por eso es menos libertino. El mérito le da la virtud, y la virtud no se compra con dinero.

Feliz aquel que no coloca la esperanza en las riquezas, y que conociendo su insubstancialidad, no se dexa deslumbrar del falso resplandor que descubren. Feliz el que considerándose como administrador de sus bienes, solo se sirve de sus tesoros para comprar el cielo con limosna. *Quis est hic*? exclama el Sabio. ¿Quién es este? y le alabarémos como un prodigio, porque su vida es una série de maravillas: *Fecit enim mirabilia*. Su virtud es virtud á toda prueba. ¡Qué de lazos! ¡qué de peligros no rodean á un hombre rico! Casi todo es tentacion para él: la abundancia estorba mas para la salvacion que la pobreza. Conservar el corazon puro, libre, desinteresado en medio de los tesoros, es el áspice de la perfeccion, es un milagro; por eso se recompensa con una eterna gloria. Tanta verdad es que las riquezas solo son útiles á los que las desprecian, y que rarísima vez se las ama inocentemente.

La facilidad que tienen los grandes y los poderosos para quebrantar los mandamientos es el mayor elogio de los que los guardan en medio de las grandezas y de la abundancia. La regularidad, la vida exemplar de un hombre opulento añade especial lustre á la virtud, y hace honor á la religion. Los tesoros de los avarientos se desvanecen; las mas elevadas fortunas se hunden; las herencias de los justos son únicamente las que se burlan de la inconstancia de los tiempos porque el Señor las conserva.

El evangelio es del cap. 12. *de S. Lucas, y el mismo que el dia XVII, fólio* 223.

MEDITACION.

De la vigilancia cristiana.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguna cosa se nos ordena mas expresamente en el evangelio, ninguna es mas indispensable; pero ninguna es menos observada que el velar sin cesar.

Vivimos todos en medio de un pais enemigo; la vida del hombre es una contínua guerra, todo es peligro, todo es tentacion. Los sentidos caminan de acuerdo, y tienen inteligencia con el enemigo; las pasiones no pierden ocasion de amotinarse; la razon en materia de costumbres á cada paso se engaña; nuestro mismo corazon nos hace traycion; y con todo eso en medio de tantos peligros vivimos con la mayor seguridad sin desconfiar en nada. ¿Pues de qué nos admiramos si tantos perecen miserablemente?

El ayre del mundo es contagioso, y nos exponemos á él sin preservativo. El enemigo de la salvacion, semejante á un leon furioso, anda rugiendo al rededor de nosotros buscando coyuntura para despedazarnos, sin que sus rugidos nos hagan despertar de nuestro letargo. Caminamos con los ojos cerrados por medio del precipicio; exponémonos á mil combates sin precaucion y sin armas. ¡Y nos admiramos de que tantos se condenen! Mas nos debiéramos admirar si con tan poca vigilancia se salvaran muchos.

No hay que buscar fuera de nosotros mismos las pruebas de esta verdad. ¿Desvelámonos por ventura mucho en el negocio importante de nuestra salvacion? ¿Hasta dónde llega en este punto nuestra vigilancia? ¿Tenemos bien conocidas las fuerzas y los artificios de nuestro enemigo? ¿Estamos prontos á resistirle? ¿Sabemos bien los medios para vencerle? Estos y no otros son los efectos de la vigilancia cristiana. ¿Aquellas almas cobardes y descuidadas, aquellos cristianos floxos y adormecidos experimentan en sí estos preciosos efectos? ¿Reyna la vigilancia cristiana en esas concurrencias de la profanidad, en esos bayles, en esos saraos, en esos juegos, en esas fiestas del mundo? ¡Y luego extrañarémos que sea tan limitado el número de los escogidos!

¡Dichoso, Señor, el siervo á quien halláreis velando; y desdichado de mí si me encontráreis durmiendo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la vigilancia cristiana debe estar acompañada de la oracion. Esta consigue los auxîlios del cielo que necesitamos para combatir; y la vigilancia nos constituye en estado de podernos aprovechar ventajosamente de estos auxîlios. *Velad y orad*, dice el Señor, *para que no caygais en la tentacion.* Orar sin velar es presumir de la gracia lisonjeándose de vencer sin combatir, y sin estar continuamente alerta contra el enemigo. Velar sin orar es presumir temerariamente de las propias fuerzas, exponiéndose al peligro con igual temeridad. Toda la vida del cristiano es una continua guerra; la vigilancia y la oracion deben ser el exercicio de todos los dias. ¿Y nos hemos ocupado hasta aquí todos los dias en este exercicio?

¿Qué es lo que pobló los desiertos de tanto solitario ilustre? La obligacion que tiene todo cristiano de velar y de orar incesantemente. ¿Aquellas grandes almas, aquellos héroes del cristianismo tenian por ventura otras pasiones que domar, otros riesgos de que huir, otros enemigos que vencer? ¡Ah, que la mayor parte de éllos tenian cien veces menos que combatir que nosotros! Y con todo, ¡cuánta fue su aplicacion, qué continuo su cuidado en orar y velar! ¿Y cuánto es el nuestro? Éllos vivian en el desierto, nosotros en medio de un mundo corrompido y tentador, expuestos á mil golpes, y estamos en él sin defensa. ¡O qué diferencia de conducta! ¡Pues qué unas almas inocentes, de todas edades, de todos sexôs, de todos estados, cerradas en una estrecha celda, siempre con las armas en la mano, siempre en centinela dia y noche temen ser sorprendidas; y unos hombres por la mayor parte ya derribados, estremadamente flacos, pasan tranquilamente los dias entregados á todo género de diversiones, á discrecion de un enemigo sagaz y artificioso que perpetuamente nos rodea para perdernos! Compongamos esta seguridad con la vigilancia de los santos.

San Raymundo renunció al mundo con todas las prelacías y dignidades del estado religioso para entregarse á

una vida privada, para ser siempre siervo atento y vigilante. No contento con haber velado toda la vida en el negocio de la salvacion renueva la vigilancia en los últimos treinta y cinco años que vivió. Bienaventurados los siervos á quienes cuando viniere el Señor los encontrare velando. Bienaventurados los que estuvieren despiertos en la segunda y en la tercera vigilia. Si hubiera venido el Señor, ¿me hubiera encontrado de esta manera?

Eternamente seais bendito, Padre de las misericordias, porque no habeis querido cogerme desprevenido. ¿Pero qué castigo mereceré si despues de esta meditacion me cogiéreis de repente en la hora en que viniéreis? No, mi Dios; espero que no me ha de suceder esta desgracia. Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á orar y á velar con tanto cuidado lo que me restare de vida, que no me cojais sin prevencion y de repente.

JACULATORIAS.

Oculi mei semper ad Dominum: quoniam ipse evellet de laqueo pedes meos. Salm. 24.

Siempre fixaré los ojos en el Señor esperando que me librará de los lazos de mis enemigos.

Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem. Matth. 26.

Velad y orad para no caer en la tentacion.

PROPOSITOS.

Ten siempre en tu cuarto algun excitativo que te despierte la memoria de estar siempre velando, y de vivir prevenido contra un enemigo que nunca se duerme; la imagen de un Crucifixo, la de la muerte, alguna sentencia sacada de la sagrada Escritura, singularmente ésta: Velad y orad, porque vendrá el Hijo del hombre cuando menos lo penseis: *Vigilate et orate, quia qua hora non putatis Filius hominis veniet.* Exâmina si estás enredado en alguna ocasion peligrosa; y no se pase el dia sin apartarte de élla, sin desviar de ti cuanto te pueda servir de embarazo para salvarte. Desconfia de todo, aun de tus mismos propósitos, hasta que veas los efectos.

2. Fuera de estos devotos medios, pequeños en su enti-

dad, pero realmente de grandísimo socorro, no dexes de observar cuidadosamente los siguientes: Un dia de retiro cada mes, sin que en esto haya jamas falta; una confesion general todos los años, ó al fin de éllos, ó el dia en que los cumples. Ten un Crucifixo destinado para que te auxîlien con él en la hora de la muerte; dispon tu testamento; y caso de tenerle ya dispuesto, si hubiere que mudar, hazlo en el mismo dia. Si hay alguna restitucion que hacer, ó algun daño que reparar, guárdate bien de dexarlo al cuidado de tus herederos; executa por ti mismo uno y otro sin dilacion. ¿Qué motivo hay para creer que los otros serán mas activos ni mas exâctos en cumplir con nuestras obligaciones que nosotros mismos? Luego que te sientas indispuesto llama al confesor, y confiésate como para morir, aunque no haya sombra de peligro. Finalmente, en dando el relox ten la piadosa costumbre de rezar el *Ave María*, diciendo con santa Teresa: *Ya tengo una hora menos de vida, y ya estoy mas cerca de la eternidad.* Portémonos como aquellos que estan amenazados de ladrones. ¡Qué vigilancia! ¡qué cuidado! ¡qué precaucion! El mismo Jesucristo nos enseña este medio: gran dolor tendrémos si no nos aprovechamos de él.



☞ DIA VEINTE Y TRES.

San Ildefonso, arzobispo de Toledo.

Uno de los varones mas ilustres en letras y santidad que tuvo España en su verdadero siglo de oro, cuando florecieron los Isidoros, los Heladios, los Justos y los Eugenios, fue san Ildefonso, arzobispo de Toledo. Su nacimiento y aun su concepcion fueron fruto de la piedad y dádivas con que quiso Dios premiar en esta vida las limosnas y oraciones que le habian merecido. Sus padres Esteban y Lucía, gente noble y poderosa, vivian afligidos, no habiéndoles dado el cielo en algunos años que llevaban de casados quien perpetuase su estirpe, y heredase con su hacienda su piedad. Importunaban por tanto con rue-

gos, vigilias, oraciones y limosnas la misericordia divina; y Lucía, que tenia singularísima devocion á la madre de Dios, la ponia por intercesora con una viva confianza de alcanzar lo que pretendia. Dios, que tiene dada palabra de oir los ruegos humildes, y de consolar al justo en su afliccion, oyó las súplicas de sus siervos, dándoles el deseado fruto de bendicion que con tanto fervor le habian pedido. Nació, pues, Ildefonso cerca del año del Señor de 608, reynando á la sazon Witerico, y presidiendo Aurasio en la silla de Toledo, patria de nuestro Santo.

Los años de su niñez fueron un cierto indicio de que Dios le destinaba para uno de los mayores héroes de su Iglesia. La docilidad con que oia á sus maestros, la obediencia que profesaba á sus padres, el respeto que tenia á los mayores, junto con una particular dulzura que hacia amables todas sus acciones, constituyeron un niño verdaderamente inocente. A esto se llegaba el esmero con que sus padres procuraban educarle, como que le miraban como el depósito de su sangre y de su nobleza. Su madre particularmente no perdia ocasion de inspirar en su tierno corazon un amor y devocion sólida á la Madre de Dios; y apenas tenia Ildefonso dos años cuando ya le habia hecho aprender el Ave María, que repetia el santo Niño con frecuencia, manifestando la dulzura que sentia en su alma. Creció Ildefonso, y juntamente con él la piedad, las inclinaciodes santas, las esperanzas que habian concebido sus padres de su virtud y grandeza. Y para asegurarlas mejor, le entregaron á san Eugenio, que aún no era arzobispo ni se habia retirado á Zaragoza, quien como maestro suyo no solo le enseñaba las ciencias que ilustran el entendimiento, sino las que forman el corazon del hombre y le dirigen al supremo Sér.

Viendo san Eugenio los rápidos progresos que hacia Ildefonso, y considerándole capaz de mucha mayor instruccion que la que él podia darle, le envió á Sevilla con recomendacion particular para san Isidoro, cuyos escritos y santidad eran á la sazon dos lumbreras que iluminaban á toda España, y aun vertian resplandor fuera de sus recintos. Aprovechóse nuestro joven de tan buena ocasion, adelantando en su instruccion cuanto se podia esperar de su talento y del sabio maestro que le cultivaba; pero al mismo

tiempo no echaba en olvido que la ciencia sin la virtud hincha y ensoberbece, como dice san Pablo; y así era admirado de su preceptor y de sus condiscípulos como un exemplar cristiano al mismo tiempo que su ingenio, su aplicacion y su aprovechamiento le hacian respetar mas como maestro que como discípulo.

Siendo el Santo de veinte y cuatro años, esto es, en el año de 632, volvió de Sevilla á Toledo, y se presentó á sus padres y á san Eugenio con mas conocimientos; pero con mas desengaños del mundo. Éste le prometia sus mas lisonjeros bienes atendido su nacimiento, sus riquezas, sus prendas naturales y adquiridas, y la proteccion de los que actualmente podian ensalzarle; pero él por el contrario pensaba en despreciarlo todo, poniendo en execucion los deseos que desde niño habia tenido de entrarse en un monasterio. Se cuenta que faltando de su casa, y presumiendo su padre que habia ido á hacerse monge, salió con alguna gente armada á detenerle en el camino, y aun á sacarle por fuerza del monasterio caso que estuviese ya en él: que Ildefonso advirtió esto, y se escondió en el cóncabo de una peña dando tiempo á que pasase su padre de vuelta del monasterio, persuadido ya á que se habia engañado: que luego prosiguió su camino y recibió el hábito de mano del abad; pero estando el monasterio Agaliense en el arrabal de Toledo como unos ciento y cincuenta pasos distante de la iglesia Pretoriense, entre Poniente y Norte segun creen algunos, no es facil concebir dónde pudiese haber peñascales, sotos ni otros sitios cerrados é incultos donde sucedió este milagro.

Como quiera que fuese, nuestro Santo tomó el hábito de monge con tanto gusto suyo como amargura de su padre, que apenas lo supo creyó haberse perdido los timbres de su casa y las esperanzas de su posteridad; pero al fin, reducido á mejor consejo por las discretas y religiosas reflexîones de su muger, quedó sosegado, y san Ildefonso quieto y pacífico en el retiro de su amado monasterio, en donde permaneció desde antes del año de 633, en que siendo ya monge, fue ordenado de diácono por san Eladio, hasta fin del 657 en que fue sacado contra su voluntad del retiro para apacentar las ovejas del rebaño de

Jesucristo. En este largo tiempo tuvo su espíritu cuanto podia desear para emplearse enteramente en lo que le deleytaba, que eran las virtudes cristianas. Su mortificacion, su silencio, su caridad, su contínua oracion y su asistencia á los exercicios mas humildes le hicieron reconocer fácilmente por un monge perfecto, capaz de servir de exemplar á los demas en el oficio de abad que habia vacado, y así de nada sirvió su resistencia para que los monges dexasen de poner sobre sus hombros el cuidado del monasterio y la direccion de sus almas.

Siendo abad cumplió perfectamente con las dificultosas obligaciones de prelado, manifestándose afable con los humildes, compasivo con los flacos, piadoso con los miserables, con los tristes consolador, justo con los delincuentes y padre caritativo con todos. Cuidaba del adelantamiento de su espíritu y de su monasterio, sin omitir por eso el estudio de los libros sagrados, que le hacian mirar como uno de los mas aventajados doctores de la Iglesia, y otros estudios útiles y provechosos como el de la música, en que era extremado. Este estudio le proporcionó el desahogo de su tierna devocion á la Reyna de los ángeles, componiendo varias antífonas en su alabanza con una música armoniosa, que suspendia con su dulzura, y encendia el corazon en los santos afectos con que habia sido concebida; con la cual música compuso tambien dos misas á san Cosme y san Damian, titulares de su monasterio Agaliense. Por este tiempo murieron sus virtuosos padres, y el Santo amante de la virginidad, que conservó toda su vida, á proporcion del amor que le encendia ácia la Vírgen de las vírgenes, empleó su grueso patrimonio en fundar y dotar un convento de monjas en un lugar cercano llamado Deibio, cuya situacion cierta se ignora.

De cada dia iban creciendo á proporcion los méritos de Ildefonso y su fama, la cual se hizo mayor con la asistencia á los concilios octavo y nono de Toledo en que manifestó su sólida piedad y portentosa sabiduría. A él se le atribuye comunmente el cánon primero del concilio X. Toledano, en que se instituye en la Iglesia de España la fiesta de la Expectacion; y atendiendo á que este concilio se tuvo en el año octavo de Recesvinto, un año

antes que fuese hecho metropolitano san Ildefonso, y á su devocion particularísima á la Reyna de los ángeles, no carece de fundamento tan piadosa persuasion; sin embargo de que se convence mejor su piedad con los hechos ciertos que llenaron de admiracion á los fieles despues de hecho obispo. Esto sucedió en el año del Señor de 657 á principios del mes de diciembre, habiendo pasado á mejor vida su predecesor y maestro san Eugenio á 13 de noviembre del mismo año.

Solo Ildefonso pudiera haber enxugado las lágrimas justamente vertidas por san Eugenio, y llenar el vacío que con la falta de éste habia de experimentar la Iglesia de España. Esta se hallaba bien instruida de las sobresalientes prendas que adornaban á Ildefonso, y que le hacian el mas acreedor á la prelacía de cuantos florecian en la península; y así le eligió por metropolitano de Toledo con tanta aceptacion y aplauso de todos, como dolor y amargura de parte del Santo que se hallaba bien con su amada soledad. Resistió cuanto pudo, tanto que fue necesario que el Rey le obligase con alguna violencia para que se determinase á sentar en la primera silla; pero persuadido á que Dios le llamaba á aquel honor, hubo de condescender con la voluntad divina, y tomar sobre sí tan formidable carga.

Consagrado metropolitano de Toledo, comenzó á esparcir rayos de luz como un sol brillante en medio de su carrera, ó como la luna en su mayor llenura. Misericordioso con los pobres los socorria con abundantes limosnas, sin que hubiese viuda, huérfano ó desamparado que no hallase en él un padre benéfico. Sus ojos se dirigian á todas partes: en donde quiera que encontraba el mérito le premiaba, y con la misma igualdad corregia ó castigaba donde quiera que hallase los delitos. Era agudo en las disputas, y tan elegante y copiosa su manera de decir, que parecia que Dios hablaba por su boca, segun asegura san Julian en su vida, y Cixila, varon insigne en santidad y letras, que tambien fue cronista suyo. Mostróse bien esto, porque habiendo pasado á España de la Galia gótica unos hereges, que siguiendo la doctrina de Helvidio negaban la virginidad perpetua de María, san Ildefonso los confutó escribiendo un libro maravilloso de este

argumento, y los obligó á salir de España. Agradóse tanto la Madre de Dios de este servicio, que estando el Santo en fervorosa oracion, se le apareció la piadosa Vírgen con el libro en la mano, y se dignó de dar gracias á su siervo por el valor, celo y sabiduría con que habia defendido su virginidad.

A este celestial favor que el Santo habia recibido en secreto, se siguió otro sumamente público: concurrieron al templo de santa Leocadia á celebrar su dia el rey, la clerecía é inmensa multitud del pueblo; y estando san Ildefonso orando inmediato al sepulcro de la Santa, que entonces se ignoraba, he aquí que repentinamente se levanta por virtud superior una losa del pavimento que dificultosamente podrian moverla treinta jóvenes robustos. Sucesivamente sale del sepulcro la Santa, cubierta de un delgadísimo y cándido velo, y llegándose á Ildefonso, le abrazó y dixo en alta y clara voz: *Por la vida de Ildefonso vive mi Señora.* El pueblo se conmueve todo absorto de admiracion y de alegría: todo era dar á Dios gracias y bendiciones; y el clero entonaba *alleluias*, repitiendo el cántico que el santo Prelado habia compuesto para la solemnidad de la vírgen María, y de que usa hoy toda la Iglesia. Tenia san Ildefonso asido el velo de la santa Vírgen, y clamaba con ansia que le diesen con que poder cortarle un pedazo para memoria de milagro tan portentoso. Recesvinto que lo advirtió, alargó un cañavete que traia á la cintura, con el cual cortó san Ildefonso una porcion del velo que tenia asido, custodiando despues la reliquia y el cuchillo en una caxa de plata. Desapareció la Santa, y celebraron su solemnidad con el fervor, alegría y devocion que es facil concebir despues de haber recibido favores de tan superior órden.

Con estos regalos celestiales se encendia mas y mas el corazon de Ildefonso en el amor de Dios de que estaba abrasado, y en el obsequio de su Madre santísima, cuyo honor con tanto empeño habia defendido. Multiplicaba las limosnas, los ayunos, las vigilias y todas las obras de piedad. Estudiaba y predicaba incesantemente, con especialidad en las festividades de la Vírgen; y deseando que sus ovejas se dispusiesen con el mayor fervor para celebrar la nueva solemnidad establecida por sugestion suya en

el concilio X, mandó que se celebrasen tres dias de letanías con ayuno antes de la fiesta de la Expectacion, la cual en el concilio dicho se llama fiesta de la Encarnacion del divino Verbo. Executóse así, y la piadosísima Vírgen agradada y complacida sumamente de los obsequios de su siervo quiso dar nuevas pruebas de la ternura con que le amaba, haciéndole un regalo de los tesoros celestiales de su Hijo, que fue al mismo tiempo un testimonio auténtico de la santidad y superiores méritos de san Ildefonso. Ya habian precedido los tres dias de letanías y ayuno para la solemnidad de la Vírgen; el Santo encendido en su amor y en su servicio habia previamente dispuesto que se leyese en su oficio el libro de la purísima Virginidad, escrito en estilo simónico, propio para el canto eclesiástico, y compuesto de testimonios del viejo y nuevo testamento. Habia acabado en aquellos dias una misa que se debia cantar en aquella solemnidad, cumpliendo de este modo la prevencion del concilio, que disponia se celebrase la nueva festividad con el mas solemne rito y magnificencia religiosa que fuese posible.

Yendo, pues, el Santo acompañado de mucha gente que le precedia con hachas encendidas á cantar los maytines de media noche, llegaron todos á la Iglesia; abrieron las puertas los que precedian con las hachas, y vieron tal golpe de luz extraordinaria y divina, que no pudiendo sufrir con ojos mortales el excesivo y desusado resplandor, se quedaron medios muertos; cayéronseles de las manos las luces, y absortos, atónitos y sorprendidos solo tuvieron espíritu para huir, dexando á san Ildefonso solo. Entró el Santo en la iglesia, y aunque la luz celestial que iluminaba no dexó de llevarle la atencion, con todo eso se dirigió adonde acostumbraba, y puesto de rodillas comenzó á hacer oracion. Suspendióle la celestial armonía con que los espíritus angélicos entonaban cánticos á su Reyna, y volviendo los ojos ácia la silla donde acostumbraba sentarse y predicar, vió sentada en élla á la madre de Dios María santísima, cercada de resplandecientes y purísimos coros de vírgenes, quienes con infinita multitud de ángeles alababan á su Señora. Quedóse el Santo suspenso, clavados sus ojos en la Madre de Dios, la cual con semblante benigno y amoroso le dixo estas palabras: *Ven acá,*

buen siervo de Dios, recibe de mi mano este pequeño don que te traygo de los tesoros de mi Hijo, que es justo tengas un vestido sagrado y bendito en los cielos, para que uses de él solamente en mi dia. Y sabe que por haber tenido siempre los ojos de la fe fixos en mi servicio, y haber inspirado dulcemente en los corazones de los fieles mis alabanzas, no solo te adornarás en esta vida con este precioso vestido de la Iglesia, sino que en la vida eterna te regalaré con otras dádivas en compañía de otros siervos de mi Hijo; lo cual dicho desapareció la piadosa Reyna juntamente con la luz, los ángeles y vírgenes que la habian acompañado, dexando al Santo absorto y abnegado en la delicia incomprensible de tan divinos favores.

Los que habian acompañado á san Ildefonso volvieron solícitos de saber qué cosa le habia pasado en aquella celestial vision; y le hallaron orando y dando á Dios humildes gracias por su dignacion y la de su Madre santísima. Vieron tambien la casulla celestial; y divulgado por toda la ciudad el milagro, concurrió al dia siguiente infinita multitud de pueblo á la iglesia, celebrando los oficios divinos con tanta devocion y tan copiosas lágrimas de ternura, que parecian los fieles mas ángeles que hombres. En la iglesia de Toledo se conserva todavía una piedra en donde es tradicion puso sus virginales plantas la Reyna soberana, la cual adora todo cristiano como preciosa reliquia. La casulla fue custodiada en el sagrario de Toledo hasta la perdicion de España, que se trasladó con otras preciosas reliquias á la catedral de Oviedo, en donde permanece. Se refieren muchos milagros de esta preciosa vestidura, entre éllos, que habiéndosela querido poner Sisberto, prelado de Toledo, acabó mal; pues en el concilio XVI. de Toledo fue depuesto de su dignidad en pena de su soberbia, que le conduxo al exêcrable delito de rebelion contra su monarca.

Despues de la descension de la vírgen María vivió san Ildefonso poco tiempo, empleándole con mas ahinco en el cumplimiento de su oficio pastoral, y en el exercicio de todas las virtudes que le habian hecho digno de los favores divinos que quedan referidos. Su contemplacion era tan continua y tan intensa, que á élla mas que á otra cosa se debe atribuir su preciosa muerte, que sucedió á 23 de ene-

ro del año del Señor de 667, y 18 del reynado de Recesvinto, habiendo gobernado la iglesia de Toledo nueve años y casi dos meses. Su sagrado cuerpo fue sepultado en la iglesia de santa Leocadia á los pies de su predecesor san Eugenio; pero al presente se venera en Zamora, adonde fue trasladado con motivo de la irrupcion de los sarracenos. Fue de estatura gentil, y de una varonil hermosura, que le hacia amable aun por el semblante: á esto se llegaba un modesto y venerable aspecto que causaba reverencia, una dulzura de genio y de costumbres que encantaba, y una suavidad en el trato, junta con una contínua alegría, que robaba los corazones de todos, tanto en el estado seglar y de monge, como en el de obispo.

Escribió muchas obras; bien que no todas quedaron concluidas, por causa de que se lo impidieron varias ocupaciones y molestias, como dice san Julian en su vida; sin embargo, las que andan impresas dan un testimonio de su profunda humildad, de su amor y ternura á la vírgen María, de su vasta erudicion sagrada y profana, y del gusto y celo con que reformaba y promovia la disciplina eclesiástica: por todo lo cual mereció justamente ser apellidado en vida nuevo Crisóstomo, oráculo del cielo, luz de doctores, y otros títulos que muestran el aprecio en que fue siempre tenido, y con cuánta razon le regaló la Vírgen soberana visitándole en persona, y asegurándole de otros mas dulces y apetecibles regalos que al presente goza en las mansiones eternas.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui per gloriosissimam Filii tui Matrem beatum Ildephonsum confessorem tuum atque pontificem, misso de thesauris cœlestibus munere decorasti: concede propitius; ut per ejus preces et merita munera capiamus æterna: Per eumdem Dominum nostrum...

O Dios, que por medio de la Madre gloriosísima de tu Hijo honraste al bienaventurado Ildefonso tu confesor y pontífice, enviándole un don precioso de los tesoros celestiales, concédenos benigno que por su intercesion y merecimientos consigamos los dones eternos: Por el mismo Jesucristo nuestro Señor..

La epístola es del capítulo 4. de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos, et mortuos per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, insta opportune, importune: argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac Evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reyno, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo: que reprendas, supliques y amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes à sus deseos que les alhaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Se templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demas tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no quieran sufrir la doctrina sana. Quizá se pensará que está muy lejos de nosotros este tiempo desgraciado de que habla el Apóstol; mas para creerlo así era necesario ver que fuese generalmente bien recibida la sana doctrina. ¿Qué se piensa de un predicador cuando en desempeño de su sagrado ministerio combate las supersticiones, los abusos, las falsas devociones que reynan en el pueblo, pero que ceden en beneficio de algunos particulares que tienen inte-

res en sostenerlas? Se dice que esto es destruir la piedad, que es alterar la creencia del pueblo; que á éste se le debe dexar en su buena fe, como si la piedad cristiana debiera apoyarse en fábulas y mentiras injuriosas por todos respetos á la misma religion que las detesta. ¿Es mejor recibida la sana doctrina del que hace ver los evidentes peligros que ocasionan á la conciencia los teatros, los espectáculos sangrientos, ciertos bayles y algunas concurrencias de donde no puede menos de salir manchada la inocencia? ¿Se verian tan frecuentados estos lugares de disolucion si se viese bien recibida entre los cristianos la sana doctrina? No parece sino que el ser uno católico cristiano no consiste mas que en saber el símbolo y lo que se debe creer, y descuidar totalmente de lo que se debe practicar. Ya se ve: el símbolo no está en guerra con las pasiones, y se quisiera que el decálogo se convirtiese en artículos de pura creencia. Dígase á una de esas personas mundanas que la Vírgen santísima no es madre de Dios: se irritará, se enfurecerá, y dirá que perderá la vida en defensa de lo contrario; pero dígasela que debe mortificarse y llevar la cruz de Jesucristo, se la verá disculparse, santificarse, y asegurar que en nada halla peligro; ¿y es esto algo mas que una ligera sombra de cristianismo?

El evangelio es del cap. 5. *de san Mateo, y el mismo que el dia XVI. fólio* 207.

MEDITACION.

De los daños que causa el luxo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por mas que se declame y se haga patente á los ojos de cualquiera hombre de mediano juicio la necedad de sostener un luxo, que arruina las casas y familias, es tan fuerte la preocupacion á favor suyo, que llega á tenerse por virtud entre sus apasionados. Nada importa que la santa escritura, los padres y doctores la abominen: de nada sirve que la razon y la experiencia se reunan para hacer palpables sus estragos. El luxo, quién

lo creyera, tiene apologistas entre los cristianos que han hecho solemne renuncia de las galas y vanidades del siglo: el luxo, se dice, es el alma del comercio, es el nervio de los estados, es el que da ocupacion á una infinidad de artesanos, que moririan sin él á manos de la indigencia: el luxo, se dice, es el azote la holgazanería, el destructor de la avaricia, el padre de las artes y el apoyo de la felicidad de las repúblicas. Pero bien exâminadas ¿tienen alguna fuerza estas exâgeradas ponderaciones? ¿pueden hacer otra cosa que seducir á los incautos y á los que no se paran en reflexîonar las cosas como son en sí mismas? Los imperios mas florecientes del mundo comenzaron todos por la frugalidad, y se arruinaron por el luxo: los persas, los asirios, los griegos y los romanos no tuvieron otro origen ni otro principio de su fatal decadencia, como lo acreditan sus historias: nunca está mas debil un reyno que cuando mas brilla en él un luxo desmedido; y si esto es evidente respecto á una nacion entera, ¿qué sucederá con las particulares familias? ¿Cuántas quiebras ruidosas no padecen los mas sanos caudales? ¿cuántos enlaces ventajosos no impide el luxo cada dia? ¿qué trastornos, qué inquietudes, qué disgustos, qué disensiones eternas no fomenta el luxo en muchas casas y familias? ¿De cuántas injusticias, de cuántas infamias no es la causa? ¿de qué artificios no debe valerse el que tiene que aparentar una ostentacion que le arruina interiormente?

Pero el luxo fomenta una multitud de manos que vivirian en la ociosidad. Bellamente: no se puede negar que es un bien imponderable que se dé ocupacion á los ociosos, que se exerciten los talentos útiles, y que se fomenten las artes; ¿pero no hay su mas y su menos en esta ocupacion de manos y talentos? ¿Qué utilidad nos traen tantos artífices del luxo y de la vanidad, tantos talentos inútiles y aun nocivos, que no tienen otro objeto que las nuevas invenciones con que cada dia disipan los caudales mas lucidos? ¿Son realmente necesarios esos innumerables ministros de la vanidad, que únicamente se emplean en llenar de polvo y de inmundicia los cabellos, adornándolos y rizándolos contra el precepto del Apóstol, y en dar una enorme magnitud á unas cabezas tan pequeñas como vanas? Serian útiles ciertamente, si como las adornan

en lo físico, las compusieran en lo moral. ¿Y es tambien necesaria esa multitud inmensa de sirvientes, que no tienen otro empleo que dar ostentacion á los señores; viviendo sin embargo en un ocio eterno y vergonzoso? ¿Son por ventura indispensables para nuestra felicidad esas personas que se emplean en las fútiles vagatelas, fruslerías y necedades que nos presenta el inconstante sistema de la moda?

Mas se fomenta el comercio, y subsisten los artesanos: así se dice; pero ábranse los libros de los comerciantes, y se verán llenos de cuantiosos créditos contra esas mismas personas que aparentan en el público el luxo mas brillante; se verá la mayor miseria cubierta con una ostentacion magnífica y pomposa. Y no cobrando el comerciante el importe de sus géneros, ¿podrá subsistir largo tiempo su comercio? Se da de trabajar al artesano; ¿pero cuántos de estos infelices suspiran largo tiempo por sus jornales, carecen del fruto de sus sudores con que debieran alimentar á su familia, y padecen entretanto no solo el horror de la miseria, sino insultos y desprecios de parte de sus deudores? ¿Y es esta toda la utilidad y ventajas que el luxo nos proporciona? ¿Y habrémos de ser tan ciegos que no conozcamos nuestra ruina cuando se nos entra por los ojos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay vicio mas ridículo que la vanidad en el luxo, ni que mas pueda hacer reir á cualquiera hombre sensato. Aun los mas apasionados por el luxo se quejan amargamente de la dura precision en que los pone para haber de mantenerle, aunque sea á costa de la mayor economía y del ayuno mas riguroso en sus casas. Se quejan del excesivo precio á que deben pagar esos muebles de vanidad, que hoy lucen y mañana se desprecian. Ponderan que ha subido tanto de punto la vanidad, que se ven precisados á que sus mugeres é hijas lleven hoy en la cabeza lo que en otros tiempos sería el dote de una princesa ó de una reyna: se lamentan de que no pueden colocar á una hija á causa de los excesivos gastos que ha introducido la moda; y si no la colocan, sienten el desvelo

é inquietudes que les causa el custodiarla. Así hablan los mismos esclavos del luxo, aquellos hombres en cuyas manos está el librarse enteramente de tan tirana esclavitud, si tuviesen siquiera una hora de juicio. ¿No sería un loco el que pudiendo con solo querer librarse de una enfermedad, se obstinase en padecerla, y se quejase de sus males? ¿no sería mas digno de risa que de lástima? Pues esto es lo que sucede á los luxosos: todos se quejan, todos pueden solo con que quieran librarse de tan molestos sinsabores, y con todo ninguno se resuelve á romper esta cadena que á todos enlaza.

No es menos risible la locura de los que dicen serles necesaria la ostentacion y el luxo para distinguirse de los inferiores y de las gentes de otra clase. Y llega á tanto el desatino, que creerian arriesgar su honor si no se presentasen con el mismo tren y magnificencia que los demas de su esfera y condicion: sublime idea por cierto la que se tiene del mérito y del honor; á poco tiempo que se reflexîone se conoce claramente que el honor no tiene enemigo mas poderoso ni temible que el mismo luxo con que quiere conservarse. Quiere una señora mantener entre sus iguales el mismo luxo que éllas; saben muy bien éstas lo que pasa por sí mismas para sostenerle; la economía, los ayunos forzados que les cuesta en su casa el brillar en las concurrencias: saben tambien á cuánto ascienden sus rentas; y por estos principios, en que no pueden equivocarse, cuando ven que ótra les compite ó las excede en galas, y sin tener una igual ó mayor renta, es muy natural la consecuencia que ó el mercader le dará sus géneros de valde, ó que se valdrá de alguna industria que éllas no conocen. ¿Y cuánto no interesa esto su honor? ¿Y serán muy temerarios los juicios á que se da lugar con una conducta semejante?

Quiere una señora distinguirse de la plebe con un vestido magnífico y costoso; ¿pero no se sabe demasiado que ciertas prendas naturales reunidas á la disolucion mas infame suelen equivocar todas las clases? ¿Quién podrá distinguir una de esas viles criaturas de la señora mas encumbrada solo por el exterior? Debiera, pues, ésta vestirse de estrellas y coronarse de luceros para distinguirse de las ótras; ¿pero tienen juicio, tienen sentido comun unas

personas que hacen consistir su honor en cuatro cintas, en cuatro vagatelas que se compran en cualquiera tienda por unos pocos doblones? ¿Mas qué se dirá de mí si no me presento con los mismos atavíos que las señoras de mi esfera? Se dirá que tienes juicio, que no eres tan loca como las demas, que usas de tu razon, que fundas tu mérito en tus operaciones, que no quieres ser vil esclava de los caprichos de la moda, que crees que el vestido no puede darte un mérito verdadero, que te sabes contentar con una decencia cristiana y digna de que la imitasen los demas. Esto es lo que se dirá, y así pensará todo hombre sensato. Es verdad que no juzgará del mismo modo esa turba de adoradores sacrílegos que te adula, que celebra tus prendas y elogia el bello gusto de tus adornos; ¿pero eres tan inocente que no adviertas adonde se dirigen esos fingidos elogios? Saben muy bien esos jóvenes á quienes procuras agradar, que á proporcion que es mayor tu artificio en adornarte, es menor el que tienen que emplear para seducirte. Esos mismos que elogian tus gracias y belleza no son los que te buscarán para esposa. Saben que una muger apasionada por el luxo no es una fortaleza inconquistable á las balas de oro y plata: que el honor es una débil barrera en este caso; y aun cuando pudieses resistir á sus ataques, ¿quedaria por eso tu honor ileso entre sus lenguas?

Desengáñate, pues, y cree firmemente que la virtud, la honestidad y la decencia son las prendas mas brillantes, y las que hacen el verdadero adorno de una señora cristiana. Todo cristiano renuncia solemnemente en el bautismo las galas, pompas y vanidades del siglo. Pregunta, pues, á una de esas personas del mundo ¿qué es lo que ha renunciado en el bautismo? y no sabrá qué responderte. ¡Cosa extraña! Jamas pensó san Ildefonso en los vanos adornos que tanto se estiman en el mundo; y mereció que la misma Reyna del Universo le honrase enviándole de los cielos un adorno preciosísimo.

¡Cuándo haré, Dios mio, el aprecio que debo del verdadero mérito, de la santa libertad de hijo vuestro que me mereció mi Redentor, y despreciaré altamente estas ilusiones de vanidad con qne el mundo me deslumbra! ¡cuándo lograré revestirme de la estola de justicia que

haga á mi alma vistosa y agradable á vuestros ojos, y me desnudaré del hombre viejo que todo es corrupcion y vanidad!

JACULATORIAS.

Averte oculos meos, ne videant vanitatem. Salm. 118.
Apartad, Señor, mis ojos de la vanidad del mundo.

Tu scis quod abominer signum superbiæ, et gloriæ meæ, quod est super caput meum. Esth. 14.
Sabeis, Señor, que abomino esta señal de soberbia y de vanidad que llevo sobre mi cabeza.

PROPOSITOS.

La soberbia, la avaricia y otras semejantes pasiones son unos vicios que naturalmente aborrecemos en los demas, pero que con dificultad los conocemos dentro de nosotros. Se hacen las mas fuertes invectivas contra la sed insaciable de un avaro; pero apenas hay quien se confiese herido de esta lepra. Lo mismo sucede con el luxo: por poca reflexîon que se haga se conocen con evidencia los daños que causa al estado, á las familias y á la religion; pero son muy pocos los que se quejan de esta enfermedad. Se ven infinitas personas en quienes no puede menos de condenarse un luxo exôrbitante, y que escandaliza no solo en las calles y paseos, sino al pie de los santos altares: se las ve llegar tambien, y con frecuencia, á presentarse al juicio del sacerdote, y sin duda se creerá que van á manifestar esta lepra. Esperas los siete dias que prescribe la ley para abrirse de nuevo el juicio, y observas que no solo continúa la lepra, sino que va creciendo por momentos. Esperas no obstante otros siete dias, y no ves que los leprosos se presenten con vestidos descosidos, con la cabeza desnuda, con el rostro cubierto, y llamándose á voces contaminadores é inmundos; ni que se separen de la multitud conforme á la sentencia de la ley. Es decir, esas mismas personas frecuentan los sacramentos, hacen una vida al parecer cristiana, no se las ve que minoren el luxo, lo que es una prueba decisiva de que ó no le tienen por malo, ó que no le condena el sacerdote. A tanto como

esto llega la ceguedad en que puede precipitarte ese vicio detestable. El exemplo de los demas tiene tambien una fuerza poderosa para que creamos permitido lo que vemos universalmente practicado; pero debes tener muy presente que no te ha de juzgar Dios por lo que hicieren ó pensaren los demas, sino por tu propia conciencia. No te servirá de disculpa el mal exemplo: Dios te manda que lo evites, y esto no debe ser la regla de tu conducta.

2. Hazte una ley inviolable de cercenar algo cada dia de aquellos gastos que te parezcan menos precisos, y vete reduciendo poco á poco á una moderacion y frugalidad cristiana. No te se prohibe un porte decente y honesto conforme á tu calidad; ¿pero tendrás conciencia para dexar el vestido decente que hoy usas por comprarte ótro, sin mas necesidad que el ser de moda? ¿No es mucho mas preciso el socorro de los pobres á quienes faltan úno y ótro? Sueles hacerte un vestido en tu cumpleaños, en tus dias ó en los de tu muger ó hijos, sin mas necesidad que esta ocurrencia; ¿y no sería una moda muy cristiana y digna de que se extendiese en todas partes que vistieses á algun pobre en tales dias? Sueles tambien en dichas ocasiones dar una mesa espléndida á tus conocidos y parientes que no lo necesitan, y que tal vez murmuran de tu profusion, ó se quejan de tu escasez; ¿y no sería mejor que te acompañasen varios pobres, que quedarian satisfechos y los tendrias siempre agracecidos? Estas razones te parecen bien, y aun te convencen, ¿pero tendrás resolucion para ponerlas en práctica?

DIA VEINTE Y CUATRO.

San Timotéo, obispo de Éfeso, y mártir.

San Timotéo, á quien san Pablo en muchas de sus cartas llama su discípulo carísimo, su amado hijo y su her-

mano, fue natural de Listris en Licaonia, provincia del Ásia menor. Su padre era gentil y su madre judía; llamábase ésta Eurice, y habia abrazado la religion católica, como tambien Lois, abuela de Timoteo, en el primer viage que hicieron á Listris san Pablo y san Bernabé. Así Lois como Eurice se distinguian mucho entre los cristianos por su celo y por su piedad. El mismo apóstol san Pablo da testimonio de su fe en la segunda epístola á Timoteo, cuando dice: *Teniendo presente aquella fe, que es en ti tan verdadera, y fue tan constante en tu abuela Lois y en tu madre Eurice.* Estas dos santas mugeres criaron cuidadosamente en la fe y en la piedad á Timoteo, aplicándole tambien al estudio de las letras sagradas, en que se empleó desde su niñez; y se adelantó tanto en éllas, que cuando el Apóstol volvió la segunda vez á Listris en compañía de Silas, encontró á Timoteo hombre ya formado en la virtud, y le escogió por compañero de sus peregrinaciones y de sus trabajos en la predicacion del evangelio. Ante todas cosas hizo que se circuncidase; no porque creyese que la circuncision de la carne era necesaria ni conducente para la salvacion, sino para habilitarle para predicar la fe á los innumerables judíos que habia en aquella provincia; los cuales sin esta circunstancia nunca le darian oidos y huirian de él, teniéndole por infiel como hombre incircunciso. Desde este tiempo, aunque Timoteo era joven, le miró siempre san Pablo como compañero de su apostolado, coadjutor y hermano suyo.

La estimacion que de él hacia y la ternura con que le amaba se conocen bien en los diferentes elogios con que le nombra en sus cartas. Escribiendo á los corintios, les dice: *Ahí os envio á mi amado hijo Timoteo, que es fiel en la obra del Señor.* Y en el título de la epístola que dirige á los fieles de la ciudad de Filipos le iguala consigo mismo, diciendo: *Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo á todos los santos que estan en Filipos.* Lo mismo repite en la epístola á los tesalonicenses: *Os hemos enviado á Timoteo, hermano nuestro, y ministro de Dios en el evangelio de Jesucristo.* Y otra vez á los de Filipos: *Muy presto espero enviaros á Timoteo, porque no tengo otra persona de mayor satisfaccion mia, ni que mas cordialmen-*

te se interese por vosotros, puesto que todos buscan su interes y no el de Jesucristo. Por vuestra propia experiencia conoceréis qué hombre es. Él me ha ayudado en el ministerio del evangelio como pudiera ayudar un buen hijo á su padre. Finalmente, escribiendo á los colosenses comienza de esta manera: *Pablo apóstol de Jesucristo, por órden de Dios, y Timoteo su hermano.* El grande amor que profesaba á Timoteo un apóstol tan iluminado y tan lleno del amor de Cristo como san Pablo acredita bien cuán amado era de Dios aquel á quien él estimaba y amaba tanto.

El primer viage que hizo san Timoteo en compañía de san Pablo fue á la provincia de Macedonia en el Ásia, donde tuvo mucha parte en las conversiones que allí obró el Señor por medio de su Apóstol. Siguióle á todas las ciudades de aquella provincia hasta Beréa, donde le dexó con Silas, teniéndole por muy á propósito para trabajar en aquella nueva viña del Señor, y para confirmar á los fieles en la fe. Hallándose san Pablo en Atenas, llamó á Timoteo para que le ayudase en aquella mision; pero teniendo noticia de que eran maltratados los cristianos de Tesalónica, envió allá á su querido discípulo para asegurarlos, para fortalecerlos, y para prevenirlos contra la persecucion que ya amenaba á la Iglesia.

Volvió despues san Timoteo á buscar á san Pablo á la ciudad de Corinto, y le acompañó en todos los viages que hizo á Jerusalen, Grecia, Ásia, Macedonia, Acaya y Palestina hasta Roma; repartiendo, por decirlo así, con este grande Apóstol los trabajos que padecia por Jesucristo, como inseparable compañero de sus apostólicas fatigas.

Pero si tuvo tanta parte en éstas, no tuvo menos en sas conquistas. Vuelto á Roma el Apóstol, le envió á visitar diferentes iglesias particulares, en las cuales hizo inmensos bienes por la gloria de Jesucristo. Volvió á Filipos, donde fue preso por la fe. Alegróse tanto de padecer en defensa de la verdad, que tenia por singulares favores del cielo los ásperos tratamientos que le hacian. Puesto en libertad el generoso Confesor del evangelio, pasó inmediatamente á Roma á buscar al apóstol san Pa-

blo, con quien hizo otra jornada al Oriente; y los dos se dividieron en Éfeso por algun tiempo. Viendo el Apóstol la necesidad que tenia aquella iglesia de un obispo particular, le consagró obispo de élla; y aunque amaba tanto á aquel querido hijo suyo, se separó de él cuando la gloria de Dios lo pedia así. Comunicóle el órden episcopal por la imposicion de las manos; y estando para partir á Macedonia, le mandó que se quedase en Éfeso como su primer obispo.

Antes de partir le encomendó san Pablo que se opusiese con vigor á la mala doctrina que sembraban algunas personas; que arreglase sus oraciones públicas, y que velase sobre la vida de todos los fieles.

Fue muy sensible á entrambos esta separacion; solo pudo resolverlos á élla la obligacion de preferir los intereses de la Iglesia universal á su particular complacencia. No pudo san Pablo estar mucho tiempo sin escribir á su querido Timotéo; y por el estilo de la carta se conoce la singular ternura que conservaba siempre á un discípulo tan amado. Enséñale en élla las principales obligaciones del obispo, y las prendas que deben acompañar á los que hubieren de ser escogidos para el ministerio sagrado. Exhórtale á reprimir los falsos doctores que con hipócritas apariencias, con palabras dulces y afectadas, con voces artificiosas y nuevas introducian doctrinas peligrosas, y corrompian las costumbres. Muéstrale los deberes de todos los cristianos en general, sin distincion de estados ó condiciones. Quiero, decia, que á todos se les haga familiar la oracion, y que sepan hacerla á Dios en todo lugar y tiempo; que las mugeres vistan modestamente, adornándose con el pudor y con la modestia mas que con los galones, con las pedrerías y con las telas; que los ricos no sean orgullosos, ni coloquen su esperanza en las riquezas vanas y perecederas, sino en la bondad de Dios que nos da los bienes en abundancia; que sean ricos en buenas obras, explicándolas en limosnas y en liberalidades. Finalmente exhorta al mismo Timotéo á que sea exemplo de los demas fieles, sirviéndoles de modelo la regularidad de su vida y la pureza de sus costumbres. Con todo esto le aconseja que modere sus excesivas penitencias, y le ordena que beba un poco de vino por

su grande flaqueza de estómago, y por los molestos achaques que padecia.

Volviendo san Pablo de Oriente, pasó por Éfeso para ver á su querido discípulo, y cuando llegó á Roma le escribió otra segunda epístola. *No te avergüences*, le decia, *de dar testimonio de nuestro Señor, y de mí que estoy en prisiones por su amor.* Anímale despues á que esté firme en las contradicciones y las persecuciones de los falsos doctores, y de los falsos hermanos: *Conserva*, le dice, *con cuidado el depósito de la fe y de la sana doctrina que aprendiste de mí. Predica, reprende, corrige, ruega en toda paciencia; llena con diligencia tu ministerio, y no desmayes por las contradicciones. Vendrá tiempo en que el prurito de oir novedades hará que cada uno busque maestros que le hablen á su paladar y á su deseo. Habrá hombres llenos de amor propio y atestados de vicios, que con apariencia de piedad, ó con un exterior aparato de virtud, serán enemigos de la religion.* De este número son los que se insinúan en las casas para dogmatizar y para introducir el error, valiéndose de mugeres cargadas de pecados, y agitadas de diferentes pasiones para dar crédito á su perversa doctrina.

No solo fue discípulo de san Pablo san Timotéo, sino que en cierta manera se puede decir que tambien lo fue de san Juan; porque habiéndose retirado á Éfeso este amado discípulo de Cristo, gobernando desde allí todas las iglesias del Ásia, no amó menos que san Pablo á nuestro santo obispo, dándole una especie de inspeccion general sobre las mismas iglesias que el Evangelista gobernaba. Tiénese por cierto que fue san Timotéo aquel ángel de la iglesia de Éfeso, con quien habla en su Apocalípsi el mismo Evangelista, alabándole mucho por el horror con que miraba á los hereges, por el celo con que trabajaba en la viña del Señor, y por los muchos trabajos que habia padecido promoviendo su mayor gloria. Despues le exhorta á renovar el fervor, así como san Pablo le habia exhortado en su carta que renovase la gracia que habia recibido al tiempo de ordenarse por la imposicion de las manos.

Despues del destierro de san Juan duró poco tiempo san Timotéo en la silla episcopal de Éfeso; porque se

ofreció presto ocasion de explicar su ardiente celo con el motivo de una de las fiestas de los gentiles, llamada Catagogía. Prendiéronle, arrastráronle por la ciudad, y le cargaron de pedradas y de golpes con unas grandes mazas. Sus discípulos le retiraron medio muerto, y le conduxeron á un monte vecino, donde consumó su martirio el año 97 del nacimiento de Cristo.

La oracion de la misa es la que se sigue.

Infirmitatem nostram respice omnipotens Deus: et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Timothei martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, ó Dios todopoderoso, á nuestra flaqueza; y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, alívianos de él por la gloriosa intercesion de tu bienaventurado mártir Timoteo: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 6. de la primera del apóstol san Pablo á Timoteo.

Charissime: Sectare justitiam, pietatem, fidem, charitatem, patientiam, mansuetudinem. Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam æternam, in qua vocatus es, et confessus bonam confessionem coram multis testibus. Præcipio tibi coram Deo, qui vivificat omnia, et Christo Jesu, qui testimonium reddidit sub Pontio Pilato, bonam confessionem: ut serves mandatum sine macula irreprehensibile usque in adventum Domini nostri Jesu Christi, quem suis temporibus ostendet beatus et solus potens, Rex regum, et Dominus dominantium: qui solus habet immortalitatem, et lucem inhabitat inaccessibilem: quem nullus ho-

Carísimo: Sigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre. Pelea en el santo combate de la fe; asegúrate la vida eterna para que has sido llamado, habiendo hecho tan buena confesion de la fe en presencia de muchos testigos. Te mando en presencia de Dios, que vivifica todas las cosas, y de Jesucristo, que dió tan glorioso testimonio de la verdad baxo Poncio Pilato, que guardes mis mandamientos puros irreprensibles hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo, la que en su tiempo manifestará el bienaventurado y solo poderoso Rey de reyes y Señor de señores, que solo posee la inmortalidad, que habita una luz inaccesible: al cual

minum vidit, sed nec videre potest: cui honor, et imperium sempiternum. Amen.

no ha visto hombre alguno, ni aun le puede ver; y á quien se debe el honor, y el imperio eterno. Amen.

NOTA.

»Habiendo dexado san Pablo en Éfeso á su discípulo »Timoteo, que fue el primer obispo de aquella ciudad, »pasó el Apóstol á Macedonia, donde estuvo algun tiem- »po en la ciudad de Filipos; y desde allí escribió su »primera carta á Timoteo ácia el año 64 del nacimiento »de Cristo. Explícase en esta carta el verdadero carácter »de un perfecto obispo; por lo que dice san Agustin, que »los prelados debieran leerla continuamente.

REFLEXIONES.

Gobiérnate siempre por la justicia, por la piedad, por la fe, por la caridad, por la paciencia, por la dulzura. Estas virtudes andan siempre juntas: quien tiene piedad, quien tiene caridad, las tendrá todas.

¿Puede haber en el mundo otro objeto que sea mas acreedor á todas nuestras atenciones, á todos nuestros cuidados? Y con todo eso cualquiera otro objeto nos ocupa mas. No siempre son las mejor desempeñadas las obligaciones de la religion; ni suele ser el amor de la virtud la pasion mas viva que tenemos. Un falso oropel nos deslumbra; una apariencia de fortuna nos encanta. Corremos sin saber adónde; nos fatigamos, nos afanamos tras unos bienes, cuya fugacidad se llora y cuya vanidad se palpa. Aquellas mismas quimeras, contra las cuales declamamos tanto, esas suelen ser nuestros ídolos. Una plaza, un empleo, un beneficio, una honra imaginaria, que solo subsiste en nuestra fantasía, que no tiene otro sér real sino los trabajos que cuesta el conseguirla, y el dolor de haber servido de burla ú de juguete á su insubsistencia; esto es á lo que se aplica toda la atencion, á esto se consagran los desvelos, á esto se sacrifican los bienes, la salud, la salvacion. ¡O eterno Dios, y cuándo tendremos juicio! ¡Cosa extraña! que solo desbarremos en nuestros verdaderos intereses.

Trata de asegurar la vida eterna, para la cual fuiste criado. El tiempo de esta vida solamente se nos dió pa-

ra hacer esta fortuna; y esta fortuna solamente se puede fabricar mientras dura el tiempo. ¿Hay por ventura otra fortuna que hacer? El fruto del buen uso del tiempo es una dicha eterna.

¿Qué testimonio hemos dado de nuestra fé? ¿y delante de quién hemos dado este testimonio? ¿Es acaso delante de los hijos y de los domésticos, á quienes tan poco se les edifica, y tanto se les escandaliza? ¿es por ventura en esas concurrencias del mundo, donde se tiene vergüenza de parecer cristianos? ¿es quizá en el comercio de la vida civil, donde reyna tan poca rectitud, y de donde está desterrada la buena fé? ¿es en el templo santo de Dios, donde se está con tan poco respeto, y con tan ninguna devocion? ¿Pues dónde, en qué parte damos este público testimonio de nuestra fe y de nuestra piedad?

Exhorta el Apóstol á su discípulo que trabaje sin cesar en el negocio grande de su salvacion, y que trabaje hasta la muerte, sin lo cual no se hace este grande, este importante negocio. ¿Cuántas reflexîones pueden hacer aquellas personas que comienzan tan tarde á trabajar en él, y se cansan tan presto, faltando á la perseverancia?

El evangelio es del cap. 14. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non priùs sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquàm posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, di-

En aquel tiempo dixo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su muger, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los

centes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversùs alium regem, non sedens priùs cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhac illo longe agente, legationem mittens rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿que rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envia embaxadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

De la renuncia de todo lo que se ama por amor de Jesucristo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el evangelio no anuncia otra cosa sino humildad, mortificacion, penitencia; nada predica sino abnegacion, renuncia de todo cuanto mas se ama en el mundo; hasta decirnos que si no nos aborrecemos aun á nosotros mismos, no podemos ser discípulos de Cristo. ¿Qué nos parece de esto? Segun esta idea, ¿tendrá Cristo el dia de hoy muchos discípulos en el mundo?

¿Qué cosa mas loable ni mas justa que amar al proximo? El mismo Dios nos lo manda con precepto formal y expreso. Con todo eso, cuando se atraviesan los intereses de Dios, es menester renunciar la carne, la sangre, y aun á sí mismo, so pena de renunciar á Dios. El que viniere á mí (esta expresion comprende todos los estados, todas las condiciones de las personas cristianas) el que viniere á mí, dice Cristo, y no aborreciere al padre, á la madre, y hasta á su misma persona, no puede ser mi discípulo. No puede ser cosa mas positiva ni mas clara. No necesita de explicacion el oráculo; ¿pero este moral es muy de nuestro gusto? ¿se practíca mucho el dia de hoy esta cristiana filosofía?

¿Ceden siempre á las obligaciones de la religion los

intereses de la familia? ¿no se da oidos jamas á los clamores de la carne y de la sangre en perjuicio de la conciencia? En los negocios, en las diversiones, en los proyectos para adelantarse, para hacer fortuna, ¿se consulta siempre á solo Dios, y á solo Dios se le oye, sin que concurran otros respetos? Ciertamente nos merece Dios bien poco, si no nos merece todo nuestro corazon. ¡Qué impiedad colocar al ídolo de Dagon en el mismo templo! ¡O mi Dios, y qué mal se compone lo que obramos con lo que creemos! Creemos vuestras palabras; pero nada menos hacemos que lo que éllas nos intiman. Nuestras obras desmienten visiblemente nuestra fe.

No permitais, Señor, que esta confesion sirva solo para hacerme mas delincuente. Vos me asegurais que debo aborrecerme á mí mismo si quiero ser vuestro discípulo. Sí, Señor, yo quiero serlo; y desde hoy en adelante será mi vida la prueba mas concluyente de mi sincéra voluntad.

PUNTO SEGUNDO.

Considera en qué grosero, en qué pernicioso error incurriria una persona que oyendo estas palabras del Salvador: *El que viniere á mí, y no aborreciere al padre, á la madre, y aun á su misma persona, no puede ser mi discípulo*, se persuadiese que podia ser verdadero discípulo de Cristo, sin tener este ódio santo, este ódio evangélico, amándose únicamente á sí mismo, no dando lugar en su corazon á otro objeto que á su ambicion, á sus gustos, á sus propios intereses. Ea, pues, suspendamos por un momento nuestras antiguas preocupaciones. Vaya á un lado por un instante la autoridad de nuestro amor propio. ¿No somos nosotros los que incurrimos en este error? ¿hacemos por ventura otra cosa? ¿queremos acaso mas que aquello mismo que estamos condenando?

¡Ah, que estamos de tal manera enamorados de nosotros mismos, llenos de nosotros mismos, esclavos de nosotros mismos, que somos, por decirlo así, ídolos de nosotros mismos, quemándonos incienso, ofreciéndonos votos, sacrificándonos víctimas; siendo la primera que se sacrifica nuestra propia salvacion y los intereses de Dios!

Si se coteja nuestra conducta con la de los santos

mártires, ¿quién no dirá que tuvieron otro evangelio? Digámoslo mejor: el evangelio es el mismo; y por lo mismo que lo es, no puede haber mayor extravagancia que lisonjearnos de ser discípulos de un mismo Maestro, y de seguir la misma doctrina cuando las costumbres son tan diferentes. Si paso los dias en las diversiones y en los entretenimientos; si solo ando tras lo que lisonjea los sentidos y alhaga la concupiscencia; si fomento las pasiones, y me dexo arrastrar de éllas; si toda mi ocupacion es satisfacer el amor propio; ¿podré decir que sirvo á un mismo Señor, y que obedezco á una misma ley que los santos mártires? ¿Y qué razon tendré para esperar la misma recompensa? Una muger que vive entre la delicadeza y entre el regalo, ¿logrará la misma bienaventuranza que santa Inés? Un hombre que solo ama sus gustos y sus placeres, ¿podrá racionalmente esperar la misma gloria que san Timoteo?

Vos, Señor, me mandais que me aborrezca. ¿Y con efecto tengo yo mayor enemigo de mi verdadero bien, que á mí mismo? ¿Pues qué ódio mas justo? ¿No es amarme verdaderamente el aborrecerme de esta manera? Dadme, Señor, este santo ódio de la carne y sangre; este ódio saludable de mí mismo. No permitais olvide jamas que no es digno de Vos aquel que ama á otra cosa que á Vos.

JACULATORIAS.

Sponsus sanguinum tu mihi es. Exod. 4.

Señor, no podré amaros ni serviros, si no me abrazo, si no me desposo con vuestra cruz, si no me aborrezco por amaros á Vos solo.

Quid mihi est in cœlo? et á te quid volui super terram? Salm. 72.

Ni en el cielo ni en la tierra ame yo otra cosa que á Vos, Dios de mi alma.

PROPOSITOS.

Comienza desde este dia á amar á Dios con un amor de preferencia, en fuerza del cual le asegures el primer lugar en tu corazon, de manera que para mantenerle en él, estés dispuesto á sacrificar bienes, gustos, amigos, parientes y

hasta tu misma vida. Para esto toma una firme resolucion de no querer, de no emprender cosa alguna sin consultar primero á Dios, y sin arreglarte en todo á lo que conocieres ser conforme á su voluntad. No te fies de tu sola razon, porque el amor propio ciega. Jamas te resuelvas á hacer cosa de monta sin el parecer de un prudente y celoso director.

2 Exâmina si te dexas llevar con exceso del amor de tu familia y de tus intereses temporales. Suele haber ciertas predilecciones, ciertas preferencias de amor entre los mismos hijos, queriendo á únos mas que á ótros; las cuales llenan las casas de celos y de inquietudes. No son menos odiosas ni menos perniciosas en las comunidades las amistades particulares. Todas esas distinciones, todas esas preferencias son efectos del amor propio. Tengamos sí amor á nuestros parientes y á nosotros mismos; pero sea un amor bien ordenado. No seamos esclavos de la pasion, y entonces no cometerémos injusticias. Dios debe estar á la frente de todo, que ese es el lugar que le corresponde. Ahoga tambien al mismo tiempo cierta sensibilidad excesiva; corrige cierto refinamiento de delicadeza y de blandura, que muestra bien el demasiado amor que te tienes á ti mismo. Es el amor propio un enemigo sagaz y doméstico; tanto mas digno de temerse, cuanto menos se desconfia de él. Cuando nos lisonjea, entonces nos vende; camina siempre de acuerdo con las pasiones, y sin cesar arma lazos á nuestra salvacion. Toma desde hoy la generosa resolucion de no contemplarle, de combatirle y de vencerle. En todo se introduce, en todo se insinúa; no hay que perdonarle en cualquiera parte en que se hallare. Foméntase con nuestras convenienzuelas, con nuestras comodidades; y así corta con resolucion lo que no fuese absolutamente necesario para vivir. La mortificacion le debilita; pues determina desde luego las que has de practicar. Es el suplicio del amor propio la mortificacion de los sentidos; prívate de todos esos gustos, que solo sirven de hacerle mas orgulloso. No hay cosa mas contraria á la verdadera devocion que el amor propio; y con todo eso no suele estar muy reñido con muchos que hacen profesion de élla. Declárale desde luego una perpétua guerra.

DIA VEINTE Y CINCO.

La conversion de san Pablo.

Son tan grandes los beneficios que ha recibido la Iglesia de la poderosa mano de Dios por el ministerio del apóstol san Pablo, que en señal de su agradecimiento quiso celebrar con particular culto la memoria de su conversion, la cual fue como época famosa de todas sus maravillas, habiéndose seguido tambien á élla la conversion de los gentiles. Estableció, pues, una fiesta particular para dar gracias á Dios por la conversion de este Apóstol, por su divina vocacion, y por su especial mision á la conversion de la gentilidad. Estos tres señalados favores que hizo Cristo á san Pablo en el instante de su conversion, forman como el objeto principal de esta festividad. Y á la verdad, si entre el pueblo judáico se celebraba solemnemente la memoria aniversaria de aquellas victorias señaladas, que habian sido especialmente ventajosas al Estado; ¿qué victoria hubo jamas, que fuese tan ventajosa á la Iglesia, de la cual hubiese sacado tanto fruto, ni que la hubiese sujetado tantos pueblos como la que Cristo consiguió del perseguidor mas furioso de los fieles; por cuyo medio, del mayor enemigo suyo hizo el mayor defensor de su ley, un vaso de eleccion, el doctor de las gentes, y en fin uno de sus mayores apóstoles?

Sáulo, que despues tomó el nombre de Pablo, era de nacion judío, de la tribu de Benjamin, y habia nacido en Tarso, metrópoli de Cilicia. Profesaba su padre la secta de los fariseos; esto es, de aquellos judíos que hacian profesion de ser los mas exâctos observadores de la ley, y de seguir el moral mas rígido y mas severo. Por su nacimiento era ciudadano romano, por ser éste uno de los privilegios de la ciudad de Tarso, que era *Municipio* de Roma (título mas noble que el de *Colonia*), en atencion á que en las guerras civiles se habia siempre declarado por Julio César, y despues por Augusto, hasta tomar el nombre de Julópolis. Pasó los primeros años de su puericia en Tarso,

donde estudió las ciencias griegas, que se enseñaban en aquella ciudad, de la misma manera que en Alexandría y en Atenas. Como tenia Sáulo ingenio conocido, y naturalmente era inclinado al estudio, le enviaron sus padres á Jerusalen, donde aprendió en la escuela de Gamaliel, célebre doctor de la ley, y fue instruido por él con la mayor exâctitud en todo lo que pertenecia á la religion, costumbres y ceremonias de los judíos.

Aprovechóse bien de sus estudios; los que le inflamaron tanto en el celo de la observancia de la ley, que en poco tiempo se mostró, no solo de costumbres irreprensibles, sino uno de los mas ardientes y mas obstinados defensores de la secta farisáica.

Dicho se estaba que un celo tan encendido por las ceremonias de sus padres, no podia menos de hacerle enemigo irreconciliable de la religion cristiana; y así se declaró luego por tal. Tiénese por cierto que fue uno de los judíos de Cilicia que se levantaron contra san Esteban, y que disputaron con él. A lo menos es indubitable que fue de los que con mas ardor clamaron por su muerte; y que no teniendo bastantes fuerzas para apedrearle, por sus pocos años, quiso tener el gusto de guardar las capas de los que lo hacian para apedrearle, como dice san Agustin, por las manos de todos.

La sangre de este primer Mártir irritó mas la cólera y encendió mas la rabia de los judíos. Excitaron una horrible persecucion contra la iglesia de Jerusalen, pero ninguno se mostró mas ardiente que Sáulo en la ánsia de destruirla. Animábale contra los cristianos un celo que parecia furor. Viéndose aplaudido y autorizado por los de su nacion, no guardaba términos ni medidas. Entrábase por las casas; sacaba de éllas á todos los que sospechaba ser discípulos de Cristo; metíalos en las cárceles, y los hacia cargar de prisiones y cadenas.

Crecia su rabia contra los fieles al paso que experimentaba el buen suceso de su persecucion. Obtuvo sin dificultad ámplia comision del pontífice Caifás para hacer exâcta pesquisa de todos los cristianos, con facultad de castigarlos. Ibase á todas los sinagogas, hacia apalear y azotar cruelmente á cuantos creían en Jesucristo, y ponia en execucion cuantos medios alcanzaban, promesas, amena-

zas, tormentos, para hacerlos blasfemar de su santo nombre.

Habiéndose extendido la fama de esta terrible persecucion, era mirado Sáulo como un furioso perseguidor de los cristianos, como enemigo jurado de Jesucristo, y como el azote de sus fieles siervos; de manera, que solo el nombre de Sáulo aterraba á los que creían en él.

Parecian cortos los límites de Judea, de Galilea y de toda la Palestina para contener el celo, ó por mejor decir, la furia de este rabioso perseguidor. Lleno siempre de amenazas, alentaba sangre, y respiraba muertes al oir solo el nombre de cristiano.

Teniendo noticia que cada dia se aumentaba el número de los discípulos de Cristo en Damasco, ciudad célebre á la otra parte del monte Líbano, pidió al sumo Pontífice cartas para aquellas sinagogas, con autoridad de prender cuantos cristianos hallase, y de llevarlos á Jerusalen donde podrian ser castigados con mayor libertad, resuelto á exterminar él solo aquella tierna y recien nacida religion.

Hallábase ya á dos ó tres leguas de la ciudad cuando á la misma hora del medio dia vió baxar del cielo una gran luz mas resplandeciente que el mismo sol, la cual le rodeó á él y á todos los que le acompañaban. Al punto cayeron todos en tierra atónitos y deslumbrados, y Sáulo oyó una voz, que le dixo en hebréo: *Sáulo, Sáulo, ¿por qué me persigues? En vano tiras coces contra el aguijon.* Entonces preguntó Sáulo mas aturdido: *Señor, ¿quién sois Vos?* Y le respondió el Salvador: *Yo soy Jesus, á quien tú persigues.* Fuera de sí Sáulo al oir esta respuesta, replicó temblando de turbacion y de miedo: *Señor, ¿qué quereis que haga?* Mandóle el Salvador que se levantase; y aunque le remitió á ótro para que supiese de él lo que era voluntad suya que hiciese, no por eso dexó de darle allí mismo una idea general y confusa de lo que habia de padecer. "Levántate, le dixo, y estate en pie, porque »Yo me he dexado ver de ti para hacerte ministro y tes»tigo de las cosas que has visto, y de otras que te mani»festaré. Saquéte de las manos de este pueblo y de las »naciones, á las cuales te envio ahora, para que abriéndo»las los ojos, pasen de las tinieblas á la luz, y del imperio »de Satanás al de Dios, y para que reciban la remision de

„sus pecados y la herencia de los santos por medio de la fe „que hace creer en mí."

Mientras pasaba todo esto, los que iban en compañía de Sáulo, levantados ya de la tierra, estaban en pie atónitos y suspensos. Oían una voz, pero no veían al que hablaba. Habiéndose tambien levantado Sáulo, aunque tenia los ojos abiertos, nada veía. Fue menester guiarle de la mano para conducirle á Damasco. Metiéronle en casa de cierto vecino, que se llamaba Judas, donde estuvo tres dias ciego sin comer ni beber.

Vivia á la sazon en Damasco un discípulo de Cristo, nombrado Ananías, hombre de gran piedad, y venerado por su virtud hasta de los mismos judíos. Apareciósele el Señor en una vision, y le mandó que fuese á la calle Derecha, y que buscase en élla á cierto hombre llamado Sáulo, natural de Tarso, á quien hallaría en oracion. Espantado Ananías al eco del nombre de Sáulo, replicó aturdido: *¡Cómo, Señor, si he oido decir á muchas personas que ese hombre ha hecho grandes males á vuestros santos en Jerusalen! Aún ahora trae amplísimo poder de los príncipes de los sacerdotes para meter en la carcel á los que invocan vuestro santo nombre. No importa*, le respondió el Señor, *vé adonde te mando; ese hombre ya es un vaso de eleccion, escogido por mí para que predique mi nombre delante de las naciones, delante de los reyes de la tierra, y delante de los judíos de Israel. Así, ya le tengo mostrado y prevenido lo mucho que ha de padecer por mi amor.*

Al mismo tiempo que el Salvador estaba declarando esto á Ananías, estaba Sáulo viendo en espíritu que un hombre llamado Ananías entraba en su cuarto, y ponia las manos sobre él para que recobrase la vista.

Obedeció Ananías á Dios sin dilacion, lleno de fe y de confianza: fué á buscar á Sáulo en el lugar donde se le habia señalado; y poniendo las manos sobre él, le dixo: *Sáulo hermano, el Señor Jesus, que se te apareció en el camino por donde venias, me ha enviado aquí para que te restituya la vista, y para que seas lleno del Espíritu santo.* Al mismo tiempo se le cayeron de los ojos como unas escamas, y comenzó á ver con toda claridad. Levantóse lleno de alegría, de admiracion, y de los mas vivos sentimientos de gratitud y de amor; y habiéndole declarado

Ananías lo que el Señor le habia dado á entender tocante á su devocion, y de aquello en que debia emplearse, le bautizó, y el Espíritu santo le llenó de sus celestiales dones. Despues de haber dado ambos gracias á Dios, tomó Sáulo alimento, recobró las fuerzas, y se quedó algunos dias con los fieles que estaban en Damasco. Créese que tendria entonces cerca de treinta y seis años de edad. Antes que saliese de Damasco predicó en la sinagoga, que Jesus, á quien él habia perseguido, era el Mesías verdadero, hijo eterno de Dios vivo. Es fácil concebir con cuánta admiracion le oirian todos aquellos que pocos dias antes le habian visto perseguir tan furiosamente á la religion cristiana, y sabian que solo habia venido á Damasco para meter en prisiones á todos los que la profesaban.

Muchos siglos ha que se fixó la fiesta de la conversion de san Pablo al dia 25 de enero, en el cual se hacia antes conmemoracion particular del mismo Apóstol con el motivo de una traslacion de sus reliquias á Roma.

En Francia se celebraba ya la fiesta de la conversion de san Pablo en el octavo siglo; y el papa Inocencio III. ordenó que se enseñase á los fieles la devocion particular que debian tener con este dia. Desde entonces se celebró por fiesta de precepto en la mayor parte de las iglesias de Occidente, y así se conservó en Francia hasta el año de 1524, en que se publicó el decreto de reformacion de fiestas, dispuesto por Esteban Poncher, arzobispo de Sens. Sin embargo, aun el dia de hoy se celebra de precepto en muchos obispados, así de Francia, como de los Paises Baxos; y se observa que no obstante el cisma y revolucion de la iglesia Anglicana, se mantiene esta fiesta en Inglaterra, donde fue generalmente establecida en tiempo de Inocencio III.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la que se sigue.

Deus, qui universum mundum beati Pauli Apostoli prædicatione docuisti; da nobis, quæsumus, ut qui ejus hodie Conversionem colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que enseñaste á todo el mundo por medio de la predicacion del apóstol S. Pablo; concédenos la gracia de que así como hoy honramos su Conversion, así tambien caminemos á ti, siguiendo su exemplo: Por nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del cap. 9. de los Hechos Apostólicos.

In diebus illis: Saulus adhuc epirans minarum et cædis in discipulos Domini, accessit ad principem Sacerdotum, et petit ab eo epistolas in Damascum ad synagogas; ut si quos invenisset hujus viæ viros, ac mulieres, vinctos perduceret in Jerusalem. Et cum iter faceret, contigit ut appropinquaret Damasco: et subito circumfulsit eum lux de cœlo. Et cadens in terram, audivit vocem dicentem sibi: Saule, Saule, quid me persequeris? Qui dixit: Quis es, Domine? Et ille: Ego sum Jesus, quem tu persequeris: durum est tibi contra stimulum calcitrare: et tremens, ac estupens, dixit: Domine, quid me vis facere? Et Dominus ad eum: Surge, et ingredere civitatem, et ibi dicetur tibi quid te oporteat facere. Viri autem illi, qui comitabantur cum eo, stabant stupefacti, audientes quidem vocem, neminem autem videntes. Surrexit autem Saulus de terra, apertisque oculis nihil videbat. Ad manus autem illum trahentes, introduxerunt Damascum. Et erat ibi tribus diebus non videns et non manducavit, neque bibit: Erat autem quidam discipulus Damasci, nomine Ananias: et dixit ad illum in visu Dominus: Anania. At ille ait: Ecce ego, Domine. Et Dominus ad eum: Surge, et vade in vicum qui vocatur Rectus: et quære in domo Judæ Saulum nomine Tarsensem: ecce enim

En aquellos dias: Sáulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, fue al príncipe de los sacerdotes, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, para traer presos á Jerusalen á cuantos hombres y mugeres encontrase de esta secta. Y cuando iba de camino, sucedió que llegando cerca de Damasco, repentinamente le rodeó una luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decia: Sáulo, Sáulo, ¿por qué me persigues? Y dixo: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dixo: Yo soy Jesus, á quien tú persigues. Dura cosa es para ti cocear contra el aguijon. Y temblando y pasmado, dixo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le respondió: Levántate, y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que debes hacer. Mas los hombres que caminaban con él, estaban atónitos, porque oían la voz, y á nadie veían. Levantóse, pues, Sáulo del suelo, y teniendo abiertos los ojos, nada veía; y llevándole de la mano, le entraron en Damasco; y estuvo tres dias y tres noches sin ver, y no comia ni bebia. Estaba, pues, en Damasco un discípulo llamado Ananías, al cual dixo el Señor en una vision: Ananías: y él respondió: Aquí estoy, Señor: y el Señor le dixo: Levántate, y vé á la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas á uno llamado Sáulo, que es de Tarso, y está allí en oracion. (Y vió Sáulo en vision á

orat. (Et vidit virum Ananiam nomine, introeuntem, et imponentem sibi manus ut visum recipiat.) Respondit autem Ananias: Domine, audivi à multis de viro hoc, quanta mala fecerit sanctis tuis in Jerusalem: et hic habet potestatem à principibus sacerdotum alligandi omnes, qui invocant nomen tuum. Dixit autem ad eum Dominus: Vade, quoniam vas electionis est mihi iste, ut portet nomen meum coram gentibus, et regibus, et filius Israel. Ego enim ostendam illi quanta opòrteat eum pro nomine meo pati. Et abiit Ananias, et introivit in domum: et imponens ei manus, dixit: Saule frater, Dominus misit me Jesus, qui apparuit tibi in via, quâ veniebas, ut videas, et implearis Spiritu sancto. Et confestim ceciderunt ab oculis ejus tanquam squamæ, et visum recepit: et surgens baptizatus est. Et cum accepisset cibum, confortatus est. Fuit autem cum discipulis, qui erant Damasci, per dies aliquot. Et continuo in synagogis prædicabat Jesum, quoniam hic est Filius Dei. Stupebant autem omnes, qui audiebant, et dicebant: Nonne hic est, qui expugnabat in Jerusalem, eos, qui invocabant nomen istud: et huc ad hoc venit ut vinctos illos duceret ad principes sacerdotum? Saulus autem multò magis convalescebat et confundebat Judæos, qui habitabant Damasci, affirmans, quoniam hic est Christus.

un hombre llamada Ananías, que entraba, y le imponia las manos para que recobrase la vista.) Y Ananías respondió: Señór, he oido á muchos los graves males que este hombre ha hecho á tus santos en Jerusalen. Y aquí tiene facultad de los príncipes de los sacerdotes para prender á todos los que invocan tu nombre. Y el Señor le dixo: Vé, porque este hombre es un vaso que he elegido para que lleve mi nombre delante de las gentes, de los reyes, y de los hijos de Israel. Porque yo le manifestaré cuanto debe padecer por mi nombre. Partió pues Ananías, y entró en la casa; é imponiéndole las manos, le dixo: Hermano Sáulo, el Señor Jesus, que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista, y seas lleno del Espíritu santo. Y al punto cayeron de sus ojos como unas escamas, y recobró la vista; y levantándose, fue bautizado. Y tomando alimento, se restableció, y estuvo algunos dias con los discipulos que habia en Damasco. Y al punto comenzó á predicar en las sinagogas á Jesus, que era el hijo de Dios. Pero todos los que le oían se pasmaban, y decian: ¿Por ventura no es éste el que perseguia en Jerusalen á los que invocaban este nombre, y ha venido aquí para llevarlos presos á los príncipes de los sacerdotes? Mas Sáulo se hacia mas fuerte, y confundia á ios judíos que habitaban en Damasco, probándoles que Jesus era el Cristo.

NOTA.

»Ya hemos hablado antes del libro de los Hechos de »los Apóstoles; y así solamente se añade aquí, que este li»bro, que contiene la historia de la Iglesia recien nacida, »representa en particular los hechos maravillosos de aqué»llos que mas contribuyeron á establecerla. Aquí se ve el »cumplimiento de las promesas de Jesucristo, la victoria »de la fe sobre la gentilidad, y el triunfo de la Iglesia. Fi»nalmente, en ninguna otra parte se hallan pruebas mas »visibles de la verdad de nuestra religion.

REFLEXIONES.

¡Qué ardiente, qué impetuoso, qué digno de temer es un celo falso, un celo postizo! Hace en la viña del Señor el mismo destrozo que aquellas raposas de que habla la Escritura; y va introduciendo el fuego por todas las mieses. Como esta furiosa pasion se cubre siempre con el especioso pretexto de la mayor gloria de Dios, no hay cosa capaz de vencerla, ni aun de moderarla. El celo puro y santo es vivo, pero es dulce, pero es dócil; el falso celo siempre es amargo, siempre caprichudo, y no da cuartel á la razon.

A la verdad, en este particular apenas hay lugar á la ignorancia invencible; á poca reflexîon que se haga, se descubre todo el error: reyna en él demasiado la pasion, para estar muy encubierta. Solo con que se considere el verdadero motivo de esa aspereza, de esos desprecios, de esas picantes aversiones, está descubierto todo el veneno. Al verdadero celo le anima siempre una verdadera caridad, que nunca respira la pérdida del próximo, sino el deseo de su mayor bien; tan lejos está de triunfar en sus desgracias, que antes se compadece y se contrista en todas sus aflicciones. No hay cosa mas moderada, ni mas apacible, ni mas compasiva que el verdaderco celo; su perpetuo y su divino exemplar es la conducta que observó Jesucristo con los mayores pecadores. Al contrario, el falso celo, como en suma no es mas que una vehemente pasion mal disfrazada, siempre es turbulento, siempre inquieto, siempre maligno, siempre lleno de sal y de hiel. Su fuego no purifica, pero abrasa; lleno de

industrias, de calumnias y de dureza, coloca toda su virtud en la malignidad y en el artificio. En conclusion, no es celo, que es espíritu de parcialidad y de empeño.

Este era el falso celo de Sáulo. No respiraba mas que amenazas, muertes y estragos: todo lo queria trastornar, todo lo queria perder; y en nada menos pensaba que en convencer, y en convertir.

Pide cartas de recomendacion para las sinagogas de Damasco. ¿Será acaso para que le ayuden á sacar dulcemente á sus hermanos del engaño y del error en que los consideraba metidos? Ni por pienso. Pídelas para sepultarlos á todos en profundos calabozos, para cargarlos de cadenas. Todo celo falso es duro y desabrido. Sírvele de pretexto la religion; pero el móvil principal que le rige, el verdadero motivo que le anima, es el espíritu de indignacion y de encono. ¡Mas ó, y qué dificil es curar una enfermedad que está arraigada en el corazon y en el entendimiento!

Para convertir á Sáulo fue menester cegarle. La luz de sus ojos solamente le servia para que viese menos. Si habia de ver con claridad, era menester que desconfiase, que renunciase su propia luz. Mil preocupaciones siniestras alimentaban su pasion, su orgullo la encendia. Preciso era extinguir todo este fuego; y para esto fue necesario un milagro. Hubo de baxar del cielo una nueva claridad, que derribase en tierra aquel espíritu orgulloso. Nunca se acompañó con el falso celo la virtud de la humildad. Fue menester mudar aquel corazon maligno y duro; hacer dócil aquel ánimo impetuoso y fiero. ¡O cuántos milagros son menester para curar un celo falso! Ilustre prueba es de esto la conversion de Sáulo. *Señor, ¿qué quereis que haga?* ¡O qué diferencia de dictámenes y diversidad de lenguage! Vaya Sáulo á saber de Ananías lo que debe creer, y lo que debe obrar. Siempre nos habla, siempre nos instruye Dios por el oráculo de la Iglesia. ¿Cuánto va del celo de Sáulo al celo de Pablo? Aquél solo respira muertes: éste solo alienta la salvacion de todos los hombres, á exemplo de Jesucristo.

El evangelio es del cap. 19. de san Matéo.

In illo tempore dixit Petrus ad Jesus: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos, qui secuti estis me, in regeneratione cum sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israël. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam eternam possidebit.

En aquel tiempo dixo Pedro á Jesus: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio pues, recibirémos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dexare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre, ó madre, ó á su muger ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De las señales ciertas de una conversion verdadera.

PUNTO PRIMERO.

Considera que muchas veces se cree ser conversion lo que que no es mas que un proyecto, una idea de convertirse. Muchos son los que se engañan en esto. La obediencia pronta á la voz de Dios, la mudanza de costumbres, de máximas y de conducta; esta es la única prueba de haberse convertido de veras. ¿Experimento yo en mí mismo esta genuina prueba?

En Sáulo, aquel fiero enemigo del nombre cristiano, puedes ver el modelo de una conversion perfecta. Al primer rayo de la gracia, por decirlo así, á sola la voz de Dios, álla va Sáulo por tierra, y exclama fuera de sí: *Señor*, ¿*qué quereis que haga*? Así habla el que está verdaderamente convertido. Desaparecen de nuestros ojos mil brillanteces falsas; piérdense de vista muchos objetos que nos deslumbran; dícese á Dios desde luego:

Señor, ¿qué quereis que haga? ó, *haced lo que quisiéris de mí.*

El primer paso es el retiro. Búscase un Ananías; esto es, un director seguro, bien instruido en los caminos de Dios. Ya no hacen fuerza los respetos humanos: si ántes se persiguió á Jesucristo, ya se hace pública profesion de ser su discípulo, y de parecer tal en todas ocasiones. Ni la tentacion, ni el empeño, ni las persecuciones, ni las adversidades, ni las pruebas, ni las cruces, nada inmuta á un corazon verdaderamente convertido; todo sirve para purificarle mas, para hacerle mas puro y mas fiel. ¿Parécense á este modelo las conversiones de muchos que se ven en estos tiempos? ¿La mia es de este carácter? Por solas estas señales se conoce una conversion verdadera.

¡Qué error imaginar que se ha convertido solo porque se conoce y se confiesa la necesidad que hay de convertirse! Entre el pensamiento de convertirse, y la conversion efectiva hay un dilatado espacio de camino, hay grandísima distancia. ¡O qué cosa tan triste es morir solo con el deseo de convertirse!

No permitais, Señor, que me suceda esta desdicha. Resuelto estoy, con la asistencia de vuestra divina gracia, á probar el deseo de convertirme con mi misma conversion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera con qué prontitud lo dexan todo los apóstoles por seguir á Jesucristo en el instante en que los llama. *Ecce.* En aquel punto, en aquel momento. Es poco sincéra la conversion menos pronta: en materia de conversion toda tardanza es sumamente peligrosa; el dilatarlo un punto es tanto como no querer hacerlo. Ni aun ir á rendir los últimos obsequios á un padre difunto se permite á un mancebo que dice quiere seguir á Cristo; ¿pues qué se dirá de los que no quieren convertirse hasta que hayan redondeado bien todos sus negocios, hasta que se acabe esta comision, hasta que vuelva de tal viage, hasta que dexe este empleo, hasta que mude de estado? ¡O Dios, y con cuánta razon os burlais de estas vanísimas monerías, de estos fantásticos trampantojos!

Reliquimus omnia: todo lo hemos dexado. Otra prueba que caracteriza la conversion verdadera. Quien dice *todo*, nada exceptúa. Mas que solo esté preso con un alfiler el corazon humano, ya no es corazon libre. Conversion con reserva, no es conversion, que es superchería. Todos los amalecitas han de ser sacrificados desde el rey hasta el esclavo mas vil. ¡O qué compasion ver tantas excepciones, tantas limitaciones frívolas en tantas imperfectas conversiones! Siempre se ha de reservar alguna cosa; pero desengáñate, que si no te retiras de todos los objetos, si no huyes de todas las ocasiones, si no rompes todos los lazos, ciertamente no te has convertido.

Pero no basta dexarlo todo por Jesucristo, es necesario seguirle: *Secuti sumus te*. Otra prueba de la conversion verdadera; con la circunstancia de que á esta precisa condicion se promete únicamente el premio: *¿Quid igitur dabis nobis præmii?* Y para seguir á Cristo no basta haber dexado el pecado; es menester practicar todas las virtudes cristianas. Conversion ociosa, conversion poco activa, no es mas que una fantasma, un espantajo de conversion. ¿Cuánto tiempo ha que estoy haciendo vanos propósitos de conversion; pero no me convierto? A la verdad, desprendíme ya de algunos lazos; ¿pero me he desprendido de todos? ¿Puedo decir con verdad que sigo á Cristo? ¿Pues en qué título fundo la esperanza de la recompensa? ¡O qué locura, vivir con tanto atolondramiento en punto tan delicado y en materia de tanta consecuencia!

Reconozco, Dios mio, y confieso con el mas vivo dolor de mi corazon, que hasta ahora no me he convertido por mas que vos me habeis solicitado tanto para que me convirtiese; pero al presente, que por vuestra gracia estoy sincéramente resuelto á mi conversion, quiero desde luego daros pruebas verdaderas de que es efectiva y sincéra, siendo fiel en serviros, fervoroso en amaros, regular y exácto en todo lo que sea obedeceros.

JACULATORIAS.

Loquere, Domine, quia audit servus tuus. 1. Reg. 3.
Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.

Domine, ¿*quid me vis facere*? Actor. 9.
Señor, ¿qué quereis que haga?

PROPOSITOS.

Al principio del año formaste un plan de vida, y el dia siguiente renovaste el propósito de convertirte sin dilacion. Vuelve á leer lo que entonces escribiste con los propósitos que se señalaron en el tercero dia del año, y sin andarte entreteniendo mas en vanos deseos, ni engañándote con vanas ideas, tómate cuenta á ti mismo; y si hallares que desde entonces acá en nada te has reformado, pregúntate ¿en que pararon aquellos grandes proyectos de conversion? y concluye que todos fueron cosa de juego.

2 Considera en particular cuál es tu pasion dominante; porque todos tienen cierta pasion favorecida, á la cual no se le ha de tocar en el pelo de la ropa. Resuélvete desde luego á no dar cuartel, á no hacerla gracia; y para no incurrir en adelante en otra tal ineficacia, imponte por modo de penitencia una limosna ó alguna mortificacion por espacio de quince dias siempre que cayeres en semejante falta. Cuando se quiere de veras una cosa se aplican los medios para conseguirla. Las resoluciones vagas ó ineficaces solo sirven para adormecernos en nuestros desórdenes. Todos los dias meditar y no enmendarse, viene á ser estudiar en ser tibio sin remordimiento. Ninguno hay que no tenga necesidad de convertirse; porque ninguno se hallará que no necesite de alguna reforma. Exâmina hoy si te has enmendado en aquellas faltas de que te acusas en casi todas tus confesiones; si has pagado esos salarios, esas deudas como lo habias prometido; si has hecho esa restitucion que tanto tiempo ha agrava tu conciencia. ¿Eres ya menos colérico, y no tan arrebatado? ¿eres ya mas vigilante en el cuidado de tu familia, y en la educacion de tus hijos? ¿cumples mejor con las obligaciones de tu estado? ¿eres mas fervoroso y mas exâcto en la observancia regular? Si te faltan estas señales de conversion, no te des por convertido; pero comienza desde este dia á convertirte, y determina dos ó tres puntos de enmienda, que sirvan de prueba y acrediten tu reforma.

DIA VEINTE Y SEIS.

San Policarpo, obispo de Esmirna, y mártir.

San Policarpo, discípulo de san Juan Evangelista, obispo de Esmirna, y mártir, nació por los años de Cristo de 70 en tiempo del emperador Vespasiano, y fue convertido á la religion cristiana en su niñez cuando imperaba ya Tito. Hízose no solo querer, sino estimar aun de los mismos apóstoles por la inocencia de sus costumbres, por el fervor de su piedad y por el ardiente celo que mostraba en todo lo que pertenecia á la religion. Tuvo la fortuna de conocer y de conversar con muchos que habian tratado al Salvador cuando vivia en el mundo: fueron sus maestros los apóstoles, y san Juan evangelista tomó especialmente á su cargo el cuidado de enseñarle. En tal escuela, y con las nobles disposiciones que habia recibido del cielo, ¿cuántos progresos haría?

"Policarpo (dice san Ireneo en el libro de las here»gías) no solo fue enseñado por los apóstoles y con»versó con muchos que habian conocido en vida á Jesu»cristo, sino que los mismos apóstoles le eligieron por »obispo de Esmirna en Asia. Yo le alcancé en mis juve»niles años; porque murió muy viejo, y tenia ya mu»chos cuando salió de esta vida por medio de un glorio»sísimo y muy ilustre martirio. Enseñó siempre aque»lla misma doctrina que habia aprendido de los após»toles; la que enseña la Iglesia y la que es únicamente »doctrina verdadera. Todas las iglesias de Asia, y todos »los que hasta ahora han sido sucesores de Policarpo en »la silla episcopal, dan testimonio de que fue inviola»ble predicador de la verdad, mas digno de fe que Va»lentino, Marcion y los demas descaminados, que se »han dexado llevar de la mentira y del error. En tiem»po de Aniceto vino á Roma, convirtió á la fe y re»concilió con la Iglesia de Dios á muchos secuaces de

»los hereges, publicando que la doctrina que él habia »aprendido de los apóstoles era únicamente la que la »Iglesia enseñaba.” Hasta aquí son palabras de san Ireneo.

Como era san Juan el que tenia á su cargo todas las iglesias de Asia, él fue quien le encomendó la iglesia de Esmirna, consagrándole por obispo de élla por medio de la imposicion de las manos, poco tiempo antes que saliese á su destierro de la isla de Pátmos. Tiénese por cierto que los elogios que el santo Evangelista da en su Apocalipsi al ángel, esto es, al obispo de Esmirna, se dirigian á san Policarpo; el único de los siete obispos que fue declarado por irreprensible de boca del mismo Cristo, por estas palabras: *Yo sé que padeces, y que eres muy pobre; con todo eso eres muy rico, porque eres objeto de la murmuracion de aquellos que se llaman judíos, y no lo son, porque componen la sinagoga de Satanás. No temas por lo que te resta de padecer; ves aquí que el demonio va á meter en la carcel á muchos de vosotros, para que todos seais probados, y vuestra tribulacion será de diez dias. Sé fiel hasta la muerte, que yo te daré la corona debida.*

Con efecto, tuvo Policarpo gran necesidad de mucho valor y de mucha paciencia para sufrir las persecuciones que se levantaron contra él, no solo de parte de los paganos, sino tambien de los hereges y de los falsos hermanos, que por largo tiempo exercitaron su virtud y sufrimiento.

Habiendo muerto su amado maestro san Juan, quedó Policarpo privado de un gran socorro y de un dulcísimo consuelo; pero conservó siempre sus máxîmas y su espíritu, tanto que parecia hablaba Juan por boca de Policarpo.

Fue condenado á muerte su grande amigo san Ignacio, obispo de Antioquía, por el emperador Trajano, que se hallaba á la sazon en Siria; y se dió órden de que fuese conducido á Roma, donde habia de ser echado á las fieras por la fe de Jesucristo en el anfiteatro público. Tuvo gran consuelo san Ignacio de pasar por Esmirna y dar un abrazo antes de morir á su amigo Policarpo. Llenóse de gozo cuando vió la iglesia de Esmir-

na tan fervorosa y tan florida, y dió mil gracias á Dios por haberla concedido un pastor tan santo, tan vigilante y tan prudente. Ambos habian sido discípulos del sagrado Evangelista, y desde entonces habian contraido una estrechísima amistad. Antes de llegar á Roma san Ignacio escribió á san Policarpo, á quien no solo tenia por amigo, sino que en cierta manera le trataba como á hijo, por ser mucho mas anciano que él. Con esta licencia le da en la carta unos consejos semejantes á los que san Pablo daba á su discípulo Timotéo. "Cumple »(le dice) con las obligaciones de tu cargo, dando á »él toda la aplicacion de tu cuerpo y de tu espíritu. »Sufre á los demas, como el Señor te sufre á ti. Si todos »te diesen que padecer, padece de todos con caridad, »como lo haces. Pide á Dios la sabiduría aun en mayor »abundancia que la tienes. Vela, puesto que posees un »espíritu que no duerme. Habla á cada uno en parti»cular, segun lo que el Señor te diere á entender. Lleva »en paciencia las flaquezas de ótros como perfecto atleta. »Cuando el trabajo es mayor, tambien es mayor el pro»vecho. El que ames á los buenos, ni dado ni gracias. »Aplícate á ganar á los mas perversos por la dulzura. No »todas las llagas se curan con un mismo remedio. Las »inflamaciones se supuran bañándolas y rociándolas. No »te dexes aturdir de los que parecen dignos de fe y ense»ñan errores. Mantente firme, como se mantiene el yun»que, por mas que le golpeen. Es propio de un grande »atleta ser despedazado y vencer."

Hallándose san Ignacio en Filipos de Macedonia, escribió otra segunda carta á san Policarpo, en toda la cual le habla con la licencia de anciano, con la autoridad de obispo, con la cordialidad de amigo y con el fervor de mártir que estaba ya casi tocando con la mano la corona en el fin de su gloriosa carrera.

San Ireneo, su amigo antiguo y su discípulo ilustre, dice que fue testigo ocular de la santidad de toda su vida, de la gravedad de todas sus operaciones, de la magestad de su semblante y de su porte; de su inmensa caridad y de la maravillosa estimacion que se ganó en el concepto de todos.

Habiendo sido discípulo de san Juan Evangelista, no

es de extrañar se le hubiese pegado un ardientísimo amor á Jesucristo y una devocion muy tierna á la santisima Vírgen María. Se ha hecho la prudente y especial observacion que todas las iglesias que lograron la dicha de tener por obispos á los santos apóstoles ó á sus discípulos, han conservado siempre una devocion muy particular á la madre de Dios y Reyna de los ángeles.

Hállandose ya san Policarpo en los ochenta años de su edad, pasó á Roma para consultar con el papa Aniceto algunos puntos sobre la disciplina eclesiástica; especialmente el que entonces era muy controvertido acerca del dia en que los cristianos habian de celebrar la Pascua. Fue utilísima la mansion que hizo en Roma nuestro Santo para algunos fieles que estaban algo tocados del veneno de las nuevas heregías. Quedó confundido el error con la presencia y con la doctrina de un discípulo tan ilustre de san Juan Evangelista. Encontrando un dia en la calle al heresiarca Marcion, preguntó éste al Santo si le conocia, y Policarpo le respondió: *Sí, ya te conozco; y ya sé que eres el hijo primogénito de Satanas.*

Vuelto al Asia nuestro Obispo, no gozó por mucho tiempo de la paz en que habia dexado á su iglesia al tiempo de partir á Roma. El emperador Marco Aurelio, que habia sucedido á Antonino, teniendo á los cristianos por enemigos de sus dioses, hizo punto de honra y de religion el exterminarlos del mundo. Esto dió lugar á la sexta persecucion, que fue una de las mas crueles; y la iglesia de Esmirna fue uno de los primeros teatros de élla. El procónsul Quadrato dió principio á la persecucion, mandando echar á las fieras doce cristianos traidos de Filadelfia. Era como capitan de esta tropa san Germánico, cuya constancia irritó tanto á los gentiles contra los cristianos, que el pueblo comenzó á clamar por su muerte, pidiendo ante todas la de Policarpo, cuya presencia hacia invencibles á los fieles, inspirándoles el menosprecio de la muerte y de todos los tormentos.

Quiso el Santo mantenerse en la ciudad sin hacer caso de estos clamores, y continuar sin novedad en sus visitas pastorales; pero se vió precisado á ceder á las

ardientes instancias de los cristianos, que le obligaron á retirarse y esconderse en una casa de campo, donde no estuvo muchos dias, y los pocos que estuvo los pasó en contínua oracion dia y noche.

Tres dias antes que le prendiesen tuvo una vision en sueños, pareciéndole que ardia la almohada sobre que reclinaba su cabeza. Luego que despertó juntó á los fieles, y les dixo: Tened por cierto que dentro de pocos dias he de ser quemado vivo: demos por siempre gracias á nuestro dulcísimo Jesus, que me quiere hacer merecedor de la corona del martirio. Al dia siguiente se halló la casa cercada de soldados y de guardas. Hallábase el Santo en oracion en el desvan de la casa; y oyendo el ruido, se ofreció por víctima al Señor, suplicándole se dignase de aceptar el sacrificio de su vida; y lleno de extraordinaria alegría baxó donde estaban los soldados; saludó cortesmente al oficial que los mandaba; declaróle quién era; rogóle que entrase con su gente á descansar un poco; mandó que les dispusiesen de comer, y él se retiró á continuar su oracion.

Quedáron atónitos el oficial y los soldados al ver tanta serenidad, tanta dulzura y tanta mansedumbre; llenándolos tambien de veneracion y de respeto la magestuosa presencia de aquel venerable anciano; pero al fin eran mandados y no podian dexar de cumplir su comision, aunque ya con general dolor de todos. Al amanecer hicieron montar al Santo en un humilde jumento para ir á Esmirna. Poco antes de entrar en la ciudad encontró al corregidor y á su padre Nicétas que iban de paseo; obligáronle á que se metiese en su coche, y comenzaron á persuadirle con las razones mas vivas y mas blandas que pudieron á que se rindiese al Emperador y sacrificase á los dioses. Indignado el santo Obispo de que tuviesen valor para hablarle en aquella materia, les respondió con tanta resolucion y con tanto brio, que le arrojaron violentamente del coche, quedando no poco maltratado del golpe que recibió en la caida.

Al entrar en el anfiteatro oyó una voz del cielo que le decia: *Buen ánimo, Policarpo, y está firme.* Fue luego presentado ante el tribunal del procónsul, que le exhortó mucho á que obedeciese, y considerase que ni

sus años ni su gran debilidad podrian tolerar el rigor de los tormentos á que irremisiblemente le condenaria si al instante no maldecia á Jesucristo. Entonces el Santo viejo, como recogiendo todos los espíritus de su celo, y cobrando un vigor y un tono de voz muy superior á su abanzada edad, le respondió de esta manera: *Ochenta y seis años ha que sirvo á mi Señor Jesucristo; nunca me ha hecho ningun mal, y siempre me ha hecho mucho bien, recibiendo cada dia de su mano nuevos favores; ¿pues cómo quieres que maldiga á aquél que me dió la vida, que es mi Criador, mi Salvador y mi padre, árbitro de mi suerte eterna, que ha de juzgar á todos los hombres, y finalmente mi Dios, á quien debo todo mi amor, todo mi reconocimiento y todo mi respeto.*

Irritado el procónsul con una respuesta que no esperaba, le amenazó que le echaria á las fieras. Confiado en mi Señor Jesucristo, respondió el Santo, no temo ni á las fieras, ni al fuego, ni al acero. Cuando oyó el pueblo estas palabras, comenzó á gritar enfurecido: Pues dice que no teme al fuego, que sea quemado vivo. Diciendo y haciendo, encendieron luego tumultuariamente una hoguera, arrojaron en élla á Policarpo, que con semblante alegre, y los ojos puestos en el cielo, se estaba ofreciendo á Dios en holocausto; pero respetándole las llamas, le rodearon blandamente, y elevándose sobre la cabeza á modo de pabellon, le cubrian sin hacerle daño. Mas irritados los paganos con este prodigio le atravesaron una espada por el cuerpo, y la sangre que derramaba el santo Mártir apagó el fuego. De esta manera acabó su gloriosa carrera Policarpo; y desde entonces celebró toda la Iglesia su ilustre martirio. Venérale la Francia, y le ha venerado siempre por uno de sus apóstoles, por haberle debido á san Ireneo, obispo de Leon, á san Benigno, obispo de Langres, á san Andóco, á san Tirso y san Andéolo, que todos fueron discípulos de nuestro Santo. Sucedió su glorioso martirio cerca del año 160 de nuestro Señor Jesucristo.

La oracion de la misa es la que se sigue.

Deus, qui nos beati Polycarpi martyris tui, atque pontificis annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia collimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu bienaventurado mártir y pontífice Policarpo; concédenos la gracia de que honrando su nacimiento en el cielo, nos regocijemos mereciendo su proteccion en la tierra: Por nuestro Señor Jesucristo.

La epistola es del cap. 3. de la primera del apóstol san Juan.

Charissimi: Omnis qui non est justus, non est ex Deo, et qui non diligit fratrem suum; quoniam hæc est annuntiatio quam audistis ab initio, ut diligatis alterutrum. Non sicut Cain, qui ex maligno erat, et occidit fratrem suum. Et proter quid occidit eum? Quoniam opera ejus maligna erant: fratris autem ejus, justa. Nolite mirari, fratres, si odit vos mundus. Nos scimus quoniam translati sumus de morte ad vitam, quoniam diligimus fratres. Qui non diligit, manet in morte; omnis, qui odit fratrem suum, homicida est. Et scitis quoniam omnis homicida non habet vitam æternam in semetipso manentem. In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit: et non debemus pro fratribus animas ponere.

Carísimos: Todo aquel que no es justo, no es de Dios, como tampoco el que no ama á su hermano. Porque esto es lo que se os ha anunciado y habeis oido desde el principio, que os ameis únos á ótros. No como Cain, que era de espíritu maligno y mató á su hermano, ¿y por qué lo mató? porque sus obras eran malignas, y justas las de su hermano. No os maravilleis, hermanos, si el mundo os aborrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte á la vida, porque amamos á los hermanos. El que no ama, permanece en la muerte. Todo el que aborrece á su hermano es homicida; y vosotros sabeis que ningun homicida tiene en sí mismo la vida eterna. En esto hemos conocido la caridad de Dios: en que dió su vida por nosotros; y nosotros debemos tambien dar la vida por nuestros hermanos.

NOTA.

»Estando san Juan Evangelista en Éfeso, y siendo »de mas de noventa años, escribió casi á un mismo tiem»po su evangelio y las tres epístolas canónicas. El fin

„era refutar á los hereges que negaban la divinidad de „Jesucristo, entre otros Ebion y Cerinto. La primera car-„ta es general, y antiguamente se intitulaba *Parthos*, „porque se dirigia á los de esta provincia; ora sea que „san Juan hubiese predicado en élla el evangelio, como „algunos quieren, ora sea que solo hubiese escrito á los „judíos esparcidos en dicha provincia, como san Pedro „escribió á los del Ponto y de Galacia.

REFLEXIONES.

El que no es justo; no es hijo de Dios. Justo es aquél que vive por la fe, y en quien la fe vive por las obras. No basta creer para ser justo; es menester vivir conforme á lo que se cree. Estos son los que con toda confianza y á boca llena pueden llamar padre á Dios.

¿Qué dignidad mas noble, ni mas respetable, ni de mayor consuelo, que la de ser hijo de Dios? ¿Pero se mira como tal? ¿hacen grande aprecio de élla los que la desacreditan con sus obras? ¿El que consideráre éstas con reflexîon, podrá de éllas inferir que Dios es nuestro padre? ¿Se podrá asegurar en virtud de éllas que somos hijos de Dios?

Para acreditarnos de tales es menester amar á nuestros hermanos. ¿Y reyna entre nosotros la amistad pura y sincéra? Cada cual ama sus intereses, ama su gustos, ámase á sí mismo. ¿Pero adonde está aquel corazon tierno y compasivo de las miserias agenas, aquel corazon benéfico para con los ingratos, aquel corazon generoso, que solo olvida las injurias? Sin embargo, este es el corazon propio de los verdaderos hijos de Dios. ¿Y éste es nuestro propio corazon?

Las dos basas sobre que se funda todo el edificio de la vida cristiana son el amor de Dios y del próxîmo. Quien no ama á su hermano, debe considerarse en estado de muerte. Por el ódio que Cain tuvo al suyo, fue, digámoslo así, el patriarca de los precítos. La envidia degenera luego en ódio; este es el carácter de los corazones viles, de las almas baxas; no mirar jamas con buenos ojos la virtud y la prosperidad de los ótros. Un genio maligno y un corazon envenenado todo lo emponzoñan.

Sabemos que amando á nuestros hermanos pasamos desde la muerte á la vida. Parece que san Juan reduce al amor del próximo toda la obligacion del cristiano; á lo menos quiere que la caridad sea como el carácter y el distintivo de los fieles; ¿pues qué deben esperar aquellos en quienes una emulacion maligna ha extinguido esta caridad; aquéllos que tienen con sus hermanos un corazon frio, un corazon seco; aquéllos que no tienen valor para perdonar una injuria? En vano se aturden ó se atolondran á sí mismos, pareciéndoles que están indiferentes. Sea así; pero la indiferencia no es amor, y el que no ama á su hermano, téngase por muerto; el que le aborrece, repútese por homicida. La señal por donde conocemos la caridad con que Dios nos amó, es que dió su vida por nosotros; si tenemos caridad, debemos tambien exponer la nuestra por nuestros hermanos. Así discurre san Juan sobre la caridad, y por esta regla debemos exâminar hasta dónde alcanza la nuestra.

El evangelio es del capítulo 10. de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum, quod non revelabitur; et occultum, quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure audistis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere, sed potius timere eum, qui potest et animam, et corpus perdere in gehennan. Nonne duo passeres asse væneunt: et unus ex illis non cadet super terram sine patre vestro? Vestri autem capilli capitiis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido, que no venga á descubrise, ni oculto que no llegue á saberse. Lo que os digo á obscuras, decidlo públicamente, y lo que se os dice al oido, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar al alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno al alma y al cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos páxaros por la menor moneda, y ninguno de éllos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temais pues: mucho mas valeis vosotros que muchos páxaros. Cualquiera, pues, que me confesáre delante de los

ego eum coram Patre meo, qui in cœlis est.

hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos.

MEDITACION.

Del infierno.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hay infierno; esto es, un lugar en que todo el poder de Dios junta todos los tormentos para castigar, para hacer padecer á los que mueren en su desgracia, y para hacerlos padecer eternamente.

La ira de todo un Dios irritado enciende un fuego de un ardor, de una vivacidad incomprensible, que no solo abrasa los cuerpos, sino que, por decirlo así, derrite los espíritus. Un condenado está hundido, sepultado, anegado en aquel fuego, inmoble en aquel fuego, penetrado en aquel fuego, no respira ni puede respirar mas que el fuego que le abrasa. En cada instante experimenta nuevo dolor, nuevo tormento, y por un prodigio espantoso de rigor, que es efecto de todo el poder divino, un condenado sufre todos los tormentos juntos en cada uno de los instantes.

Pero por espantosas, por incomprensibles que sean todas estas penas se puede decir que son muy poca cosa en comparacion de aquellos crueles remordimientos, de aquella eterna desesperacion que causa á un condenado la memoria del tiempo pasado y de lo mal que se aprovechó de este tiempo, y de tantas gracias, de tantos auxílios como recibió en él.

La falsa brillantez de los honores de que se dexó deslumbrar, la vanidad, lo vacío de los bienes temporales que le ocuparon el alma, la engañosa apariencia de los deleytes que tanto le encantaron; la vanidad de los objetos que le apartaron de Dios; lo frívolo de los que se llaman respetos humanos, de los cuales se dexó arrastrar, y de la nada de todas las grandezas humanas, son otras tantas furias que despedazan, que martirizan el corazon de un infeliz condenado.

¿Qué por gozar un momento de aquellos amarguísi-

mos deleytes, por satisfacer mi orgullo, por contentar mi vanidad, por dar gusto á mi pasion, me he precipitado en estos hornos eternos? Fantasmones de grandeza, fortuna quimérica, vanísimas ideas de felicidad, mil veces os detesté y nunca dexé de seguiros; apacenteme de vuestras locas esperanzas, y veisme aquí que estoy para siempre condenado. Pude salvarme, ¿y cuánto me solicitó Dios para eso? Nunca me faltó la gracia; pero no quise corresponder á élla. Pensé muchas veces en el infierno, creia todo lo que ahora veo; todo lo que ahora experimento, me estremecia de indignacion y de horror cuando consideraba los muchos que se condenaban, y con todo eso yo soy uno de estos condenados.

A estos mortales remordimientos, á estas penas imaginables añade la consideracion de un Dios soberanamente irritado, de un Salvador convertido en enemigo irreconciliable; de un Dios perdido sin remedio, y perdido por un pecado. Era menester poder comprender qué cosa es Dios, para poder concebir qué cosa es perderle, y perderle sin esperanza de volverle á hallar jamas. Esta sola pérdida es mayor suplicio que todos los suplicios. Considera, si es posible, qué tormento es haber perdido á Dios, y haberle perdido para siempre.

¡Ah, Señor! Piérdalo yo todo desde este mismo instante, bienes, dignidades, salud, honra y la misma vida, antes que os pierda á vos. Mil veces he merecido el infierno; pero válgame vuestra misericordia infinita; en élla coloco toda mi esperanza. No permitais que me condene, dulcísimo Jesus mio.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que las penas del infierno no solamente son universales, excesivas, incomprensibles, sino que son tambien penas eternas; esto es, que por mas espantosas, por mas intolerables que sean las penas que allí se padecen, no hay esperanza, ni de recibir jamas el menor alivio, ni de que se acaben jamas.

¡Qué dolor, qué desesperacion, qué rabia para una alma condenada cuando en aquel abismo de la eternidad, despues de haberse estado abrasando millones de millones de años, vuelva los ojos á esta pequeñísima porcion, á es-

ta imperceptible parte de tiempo que vivió, y apenas la divise al cabo de aquel prodigioso número de siglos como habrán pasado despues de su muerte! Conocerá claramente que por no haberse querido hacer un poco de violencia durante un casi imperceptible espacio de tiempo, arde, se abrasa, sufre de una vez todos los tormentos; y despues de tantos millones de siglos como los está padeciendo, no por eso puede decir que le resta un instante menos que padecer.

Arder en los infiernos tantos años, tantos siglos como instantes se han vivido, es una duracion que causa espanto. ¿Qué será arder tantos millones de siglos como gotas hay en los rios y en el mar? Pues un condenado habrá padecido en aquellas prisiones de fuego toda esta incomprensible extension de tiempo, y no se habrá pasado ni medio cuarto de hora, ni un instante de la eternidad. Los hijos de tus hijos estarán enterrados; habrá arruinado el tiempo las casas que fabricaste; habrá destruido la ciudad en que naciste; habrá trastornado los estados donde te criaste; el fin de los siglos habrá sepultado en sus mismas cenizas á todo el Universo; habránse pasado tambien despues del fin del mundo tantos millones de siglos como duró momentos el mismo mundo, y ni un solo instante habrá pasado de aquella espantosa eternidad. Si te condenaste, te restará tanto que sufrir como el primer momento que caiste en aquellas abrasadoras llamas.

¡O eternidad espantosa! ¡ó incomprensible eternidad! ¿Quién puede creerte, y vivir en pecado ni un instante? ¿quién puede creerte, y dilatar ni un momento su conversion?

Supongamos que un pecador está condenado á arder en el infierno hasta que una hormiga traslade al mar toda la arena que hay en la orilla, viniendo una sola vez de mil en mil años, y conduciendo cada vez un solo grano. ¡Santo Dios! Desde que Cain está en el infierno no hubiera llevado mas que seis ó siete granos este animalillo. ¿Y qué sería si aquel infeliz hubiese de padecer hasta que esta hormiga transportase, no solo toda la arena del mar, sino toda la tierra del mundo; hasta que hubiese desgastado todas las peñas, todas las rocas, todas las montañas de la tierra, no pasando por élla mas que

una vez cada mil años? El juicio se pierde, la imaginacion se confunde en este abismo de tiempo; pues al cabo tiempo habia de llegar en que si te hubieras condenado, podrias decir con verdad, despues de mi muerte, desde que estoy rabiando en medio de este fuego, aquella hormiga hubiera transportado ya toda la arena y toda la tierra del Universo; hubiera ya desgastado todas las montañas, todas las rocas; hubiera ya cavado y penetrado hasta el centro del mismo mundo. Toda esta prodigiosa duracion de tiempo se ha pasado en estos terribles tormentos, y todavía me queda que sufrir una eternidad toda eterna. ¡Hay infierno, hay una desdichada eternidad en este infierno; hay cristianos que lo creen, y hay cristianos que pequen! Hé aquí una cosa tan incomprensible como la misma eternidad.

¡Y qué, Señor! ¿no me habreis dado tiempo para pensar en las penas eternas del infierno sino para aumentar por pura malicia mia el rabioso dolor que tendré de haberme condenado despues de haber pensado en estas eternas penas? ¡Qué furor! ¡qué desesperacion no será algun dia para mí si despues de haber hecho esta meditacion no mudo de vida; si no me aplico á trabajar con el auxîlio de vuestra divina gracia en el negocio de mi salvacion! Desprended, padre Eterno, desprended ácia este miserable pecador un rayo piadoso de vuestros benignos ojos, mirad que todavía estoy teñido con la sangre de mi Señor Jesucristo; y en virtud de esta sangre os pido misericordia; os pido me hagais la gracia de que os ame por todo el tiempo de mi vida y durante toda la eternidad.

JACULATORIAS.

Quis poterit habitare cum igne devorante? quis habitabit cum ardoribus sempiternis? Isai. 33.

¡Ah, Señor! ¿quién podrá habitar en medio del fuego devorador? ¿quién podrá vivir entre las llamas eternas?

Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in æternum parcas.

Señor, aquí abrasa, aquí corta, aquí no perdones, para que allá me perdones.

PROPOSITOS.

Baxa, dice san Bernardo, baxa muchas veces con la consideracion al infierno en vida, para no baxar á él despues de muerto. Cuando se teme un gran mal se piensa en él frecuentemente; este pensamiento sirve para aplicar los medios, y tomar las medidas para precaverse. No pierdas de vista el infierno, dice el Sabio, si no quieres ir por su camino. Es exercicio muy provechoso valerse de todos los trabajos de esta vida, de todo lo que en élla nos aflige ó nos molesta para traer á la memoria las penas del infierno; y aun se puede decir que la memoria de estas penas endulza y suaviza aquellos trabajos. Apriétante dolores vivos, agudos, penetrantes; acuérdate de los que padecen los condenados en el infierno. Vivimos en casas, habitamos en lugares, tenemos empleos que tuvieron muchos de los que ahora estan ardiendo en aquellas llamas eternas. No nos hallarémos en concursos, en convites, en diversiones donde haya mucha gente, en que no podamos decir muy probablemente que algunos de los que allí se hallan, algun dia serán del número de los condenados; que muchos de los que allí se divierten, arderán algun dia en el infierno. No hay disgusto, no hay placer en esta vida que no sea muy oportuno para traernos á la memoria los tormentos de la ótra; tampoco hay remedio mas eficaz para templar, para quitar del todo la gana de estos placeres que aquella memoria. Rebélase la concupiscencia; siéntense los estímulos de la carne; amotínanse las pasiones, imagina que oyes la voz de aquel rico infeliz que grita desde el abismo: *Crucior in hac flamma*: Soy cruelmente atormentado en medio de este fuego. Lleva contigo en la imaginacion esta imagen, y en el oido esta voz á todos tus placeres, á todas tus diversiones; y á buen seguro que presto las perderás el gusto, éllas perderán para ti todo su atractivo. Hallándose un dia extraordinariamente tentado un santo ermitaño, aplicó la punta del dedo á la llama del candil, y como el vivísimo dolor que sintió le obligase á retirarla prontamente: ¡Qué, dixo al tentador, tú me incitas, tú me solicitas á que me entregue á un deleyte ilícito por el cual he de ser condenado al

fuego eterno, cuando no tengo valor ni aun para tocar con la punta del dedo á este fuego usual! ¡O si muchos se sirviesen de semejantes industrias en muchas ocasiones, y cómo serian menos frecuentes las caidas!

2. No hay otra pérdida que sea irreparable sino la pérdida del alma. Ruina de negocios, reveses de fortuna, pérdida de pleytos, naufragios, desgracias; por sensibles, por grandes que parezcan, hablando propiamente todo tiene remedio. Pero si una vez me condeno ¿quién me podrá consolar? ¿qué alivió me resta? ¿qué esperanza, qué recurso me queda? Todo se perdió si pierdo á Dios. ¡O qué pensamiento tan oportuno para nutrir la devocion al mismo tiempo que se fomenta el horror que debes tener al pecado! En tus pérdidas, en tus desgracias, en aquellos importunos temores, en aquellos molestos sobresaltos, que son inseparables de la vida, dite, dite sin cesar á ti mismo: No hay otro mal que el pecado; no hay otra pérdida digna de temerse sino la pérdida de Dios. De la pérdida de los bienes, de la salud, de los empleos me podrán consolar los amigos, el tiempo, y aun la misma muerte puede servirme de consuelo; pero perder á Dios, perderle para siempre, ¡ó qué irreparable pérdida! Así en las prosperidades como en las adversidades de la vida hazte familiar con estas palabras: *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur*? ¿De qué le sirve al hombre ser dueño de todo el mundo, ser el mas poderoso monarca de la tierra si al cabo se condena y se pierde? ¿de qué le sirve ahora á aquel señor, á aquel grande, á aquel rico que se condenó haber vivido con tanta magnificencia, con tanta abundancia, con tantos gustos y regalos? ¿de qué le sirve á aquella muger profana, á aquella dama llena de presuncion y de vanidad haber brillado, haber sobresalido tanto en las funciones del mundo si al presente arde, y arderá por una eternidad en las llamas del infierno? ¿de qué sirven aquellos pomposos dictados, aquellos soberbios palacios, aquel aparato, aquel tren de modas, de vestidos y de galas; de qué sirve todo esto á quien se condenó? ¿Será gran consuelo para aquel padre, para aquella madre que estan en el infierno haber dexado tantos hijos que viven con grandes conveniencias en el mundo, mientras éllos se abrasan en aquellas llamas? Hazte fa-

miliares estas reflexíones, porque hay pocos exercicios que sean mas saludables. Ten siempre en tu sala ó en tu cuarto algun objeto que te acuerde sin cesar la memoria de la muerte ó del infierno.

☞ DIA VEINTE Y SEIS.

Santa Paula, viuda.

Si todos los miembros de mi cuerpo se convirtiesen en lenguas, y cada una de sus partes mas pequeñas fuese capaz de hablar con voz humana, con todo eso nada podria yo decir que fuese proporcionado y digno de las virtudes de la venerable Paula. Así comienza san Gerónimo la vida de esta insigne Matrona, precioso fruto de la sangre con que fecundaron la Iglesia los mártires de los tres primeros siglos, y uno de los mayores espíritus que se produxeron en el cuarto. Su vida, compendiada de la que escribió el santo Doctor para consuelo de Eustoquiò, es como se sigue:

Nació santa Paula en el dia 5 de mayo del año del Señor de 347, siendo cónsules Eusebio y Rufino. Sus padres fueron Rogato y Blesilla, ésta descendiente de los Scipiones y Gracos, gente noble y poderosa, y aquél oriundo de Agamenon, general griego, que destruyó á Troya despues de haberla tenido sitiada diez años. Los timbres, los blasones y las riquezas de esta casa eran correspondientes á la antigüedad y nobleza de su sangre, que no solo en Roma, sino en todas las Grecias era respetada y conocida. Crióse Paula con suma opulencia, regalo y delicadeza; y aunque ni esto, ni la acendrada estirpe de nobles ascendientes es cosa que engrandece á quien lo tiene por fortuna ó casualidad, con todo eso, dice san Gerónimo, en quien sabe renunciarlo y despreciarlo por Jesucristo es cosa grande y digna de las mayores aclamaciones. Siendo de edad competente para el matrimonio, la casaron sus padres con un jóven nobi-

lísimo, llamado Texocio, descendiente de Enéas y de Julio César, por lo que su hija Eustoquio se llamaba tambien Julia. A pesar de la corrupcion de costumbres que habia introducido en Roma la excesiva opulencia, nacida de la conquista de todas las naciones del mundo, Paula se conservó impenetrable al mal exemplo, y su honestidad y pureza eran el iman del casto amor de su esposo, y la materia de las aclamaciones con que la celebraba aquel inmenso pueblo. Todos los estados son susceptibles de la verdadera virtud cuando se quiere dar oidos á las inspiraciones de la gracia; y las riquezas mismas que suelen tener los apocados en el concepto de impedimentos para servir á Dios, son en realidad medios que el mismo Dios proporciona para desahogo de los corazones grandes y caritativos. El de Paula halló en éllas todo esto, pues no solo servian para socorrer á los necesitados, sino para proporcionar como verdadera madre la santa educacion que debia dar á sus hijos.

Dióla cinco el cielo para hacerla gloriosa en su descendencia, y para que no careciese de la dote de fecunda la que brilla en todas las que hacen á una muger recomendable; Bresilla, que quedó viuda á los site meses de casada, y murió de veinte años llena de virtudes y merecimientos: Paulina, casada con Pamaquio, á quien dexó en herencia su patrimonio y su espíritu: Eustoquio, vírgen santísima, joya de inestimable valor con que se adorna la Iglesia: Rufina, que con una muerte temprana llenó de consternacion á su madre; y Texocio, último fruto de sus entrañas, con el cual aplacó el deseo de un varon que afligia á su marido, y puso fin á las lícitas delicias del matrimonio. Pero éste se disolvió llevando Dios á mejor vida á su amado consorte, cuya falta lloró Paula con tan extremo dolor, que estuvo para morir de sentimiento; y por otra parte se convirtió al Señor, libre ya de los lazos y ataduras que en cierta manera aprisionaban su espíritu, con tal fervor, que no parecia sino que habia estado deseando su muerte.

Luego que se vió Paula con toda su libertad, soltó las riendas á la ardiente caridad de que estaba penetrada su alma. Repartió á los pobres casi todas las inmensas riquezas propias de una casa noble y opulentísima. Su com-

pasion y beneficencia no reconocian límites, y el mas desconocido las experimentaba con mayor abundancia á media de su necesidad. ¿Qué pobre no se vistió con su mortaja para caminar al sepulcro? ¿qué enfermo no recibió el sustento de su caritativa mano? Buscábalos con toda diligencia por la ciudad, y creia que su mayor daño consistia en que fuesen curados y mantenidos con dinero de otros. Sus parientes la reprendian porque despojaba á sus hijos del cuantioso patrimonio que debia sustentar su nobleza; pero la Santa, llena de fe, los respondia que no creia poder dexar á sus hijos mayor herencia que la divina misericordia. Estas reconvenciones terrenas y las frecuentes visitas de otras matronas nobles la eran estorbos fastidiosos para caminar á Dios con toda la priesa que anhelaba su espíritu. La misma alteza y esplendor de su gerarquía la causaban tristeza y amargura, y deseaba con vivas ansias huir las alabanzas que la tributaban continuamente ó el agradacimiento ó la lisonja.

Vinieron en esta sazon á Roma, llamados por el Emperador y por san Dámaso para componer ciertas diferencias que turbaban la Iglesia, san Epifanio, obispo de Salamina en Chipre, y Paulino, obispo de Antioquía, varones de mucha autoridad y de acendrada virtud. Al primero le hospedó santa Paula en su misma casa, y á Paulino le preparó ótra á sus expensas donde estuviese con la mayor comodidad y regalo. Ninguna espuela aligera tanto los pasos en el camino de la piedad como una santa compañía. Las virtudes y contínua conversacion con estos admirables varones encendieron de tal manera el pecho de la Santa, que sin acordarse de sus hijos, de su familia, de sus estados ni de cuanto da de sí el mundo, solo pensaba en dexarlo todo, y marcharse sola á imitar en un yermo la vida solitaria de los Antonios y los Pablos. Acabóse de confirmar en este propósito con la inevitable partida de Paulino y Epifanio, á quienes por entonces acompañó en espíritu, puesto que sus circunstancias no la permitian todavía acompañarlos en el efecto.

Entretanto arregló las cosas de su familia y de sus estados; y mandando disponer un baxel, se aprestó para el viage y apartamiento meditado. Llegó el dia alegre y venturoso para la Santa, y triste y desventurado para sus

deudos, para sus amigos y para sus hijos; y venciendo con increible fortaleza cuantos obstáculos la oponian la sangre y la humildad, baxó al puerto para dexar por siempre las prendas mas amadas de su corazon. Seguíanla un hermano suyo, sus parientes y deudos, y lo que es mas, seguíanla sus hijos bañados todos en lágrimas, solicitando con sus lamentos y suspiros detener los pasos de la tierna y sensible Paula, quien amando mas á Dios que á los suyos, entró en el baxel que estaba preparado. Comenzaron á hincharse las velas del navío, y apartarle los remos de las patrias orillas, y comenzaron á sonar mas fuertemente en los oidos de Paula las tristes quejas y amargo llanto de los que dexaba. El niño Texocio levantaba las manos al cielo, y otras veces las dirigia donde estaba su madre: Rufina, que era ya joven casadera, la suplicaba anegada en lágrimas que esperase siquiera hasta presenciar sus cercanas bodas; pero venciendo el amor de Dios al de la naturaleza, caminaba insensible con su hija Eustoquio, mirando con ojos enxutos un apartamiento que no podian menos de llorar aun los mas extraños. Cuantos iban con Paula en el navío miraban con amor las riberas de que se iban alejando: sola esta heróyca muger tenia valor para dirigir su vista á la parte contraria, negándose á mirar lo que no podia ver sin amargura. Nadie amó tanto á sus hijos, á quienes antes de partirse dexó cuanto tenia, desheredándose en la tierra para encontrar mejor patrimonio en el cielo; pero negó á su corazon los sentimientos de madre, ansiosa de que Dios la recibiese por su sierva.

Contenta Paula de verse ya libre de los lazos de la carne y sangre caminaba llena de gozo, alimentando los deseos de su corazon con las esperanzas de darlos prontamente el apetecido cumplimiento. Llegó á la isla Pontia, lugar del destierro que por Jesucristo padeció santa Flavia Domitilla: y al ver las celdillas estrechas en que esta Santa habia sufrido un prolongado martirio, se encendia mas el deseo de llegar á ver Jerusalen y los santos lugares. En Chipre fue detenida diez dias por el santo obispo Epifanio, no para regalarse, como el Santo pretendia viéndola cansada y macilenta de los trabajos de la navegacion, sino para visitar con santa piedad y reve-

rencia los monasterios, á los que repartió limosnas proporcionadas á su pobreza. De allí partió á Seleucia y Antioquía; y aunque san Paulino intentó detenerla, no fueron suficientes ni sus ruegos ni lo frio de la estacion para que dexase de seguir su camino sobre un pobre jumento aquella noble romana, que antes era llevada sobre los hombros de sus eunucos. Llegada á Palestina comenzó á respirar su corazon con la vista de tantos lugares, testigos de las divinas maravillas, y la parecia que iba leyendo las divinas escrituras segun veia los sitios, que la traian á la memoria los varios acontecimientos que en éllas se refieren, hasta que embebida en tan santas observaciones, llegó finalmente á Jerusalen, término deseado de su larga peregrinacion.

El procónsul de Palestina, que sabia la alteza de su linage, la preparó habitacion en el palacio Pretoriense; pero la Santa prefirió una casilla pobre y humilde á las comodidades y soberbios edificios que habia de antemano comenzado á despreciar. Todos sus cuidados y esmeros eran visitar y venerar los lugares consagrados con los misterios de nuestra redencion; y esto con tal fervor y devocion tan tierna y encendida, que solo la podia separar de los primeros la consideracion de los muchos que restaban. Adoró la santa cruz postrada en tierra con tantas lágrimas como si viera con los ojos corporales pendiente de élla á Jesucristo. Habiendo entrado en el sepulcro santo, besaba la piedra que levantó el ángel, y lamia ansiosa el lugar dichoso en que habia yacido muerto el cuerpo del Redentor, saliendo continuamente de su abrasado corazon mil dolorosos suspiros que manifestaban su compasion, y excitaban á toda Jerusalen á imitar sus fervorosos exemplos. Subió al monte Sion en donde la fue mostrada una columna, que sostenia el pórtico de la iglesia teñida con sangre del Salvador cuando fue atado y azotado en casa de Pilato. Vió tambien el lugar en donde descendió el Espíritu santo sobre ciento y veinte creyentes, segun el oráculo de Joél, y con mano caritativa distribuyó limosnas á los pobres, que era el ordinario obsequio con que intentaba dar á entender su amor al soberano Autor de tantos misterios.

Desde allí marchó á Belen, habiendo observado á la

recha del camino el sepulcro de Raquél; y entrando en aquel dichoso albergue en que el buey conoció á su poseedor y el asno el pesebre de su dueño, juraba en mi presencia, dice san Gerónimo, que veia con los ojos de la fe al Redentor recien nacido, envuelto en las mantillas y reclinado en el pesebre llorando; á los Magos que le adoraban, á la estrella que los conducia, á la Madre vírgen, al solícito José, á los pastores admirados, á los inocentes muertos, á Herodes enfurecido, y á José y á María huyendo presurosamente á Egipto para libertar á Jesus de sus furores. El gozo y consolacion que sentia su espíritu hacian arrasar de lágrimas sus ojos, y mezclado el consuelo con el llanto clamaba: Salve, Belen, casa de pan en que nació aquel Pan divino que baxó del cielo: ¡Venturosa yo, miserable pecadora, que he sido digna de besar el pesebre en que lloró mi Señor recien nacido, y orar en la cueva en que la Vírgen purísima parió á su mismo Dios! Este será mi descanso, pues es la patria de mi Señor: aquí habitaré, puesto que mi Redentor la ha elegido. Sin embargo de estos propósitos no dexó lugar consagrado con los pies de Jesus, que no visitase con indecible devocion y consuelo de su alma. El monte Olivete, desde donde el Salvador glorioso subió á su Padre celestial, el sepulcro de Lázaro, la casa de sus hermanas, los sepulcros de los doce patriarcas, Samaria, en donde descansaban Eliséo, Abdías y el Bautista, y en donde tembló consternada á vista de inauditas maravillas, pues se oian rugir los demonios en fuerza de los tormentos, y los hombres mismos ahullaban, ladraban y silvaban como lobos, perros y serpientes; todos los lugares, en fin, dignos de veneracion fueron visitados por santa Paula con increible fe y provecho de su alma.

Pero su corazon no se saciaba con esto; queria ver los templos vivos en que habitaba el espíritu del Señor: las soledades de Egipto llamaban á sus fervorosos deseos para conocer por la experiencia virtudes y austeridades que se hacian increibles en la fama; y así emprendió este viage considerando de paso muchos sitios en que el Dios de Israel habia manifestado sus prodigiosas grandezas á su pueblo. El santo y venerable obispo Isidoro la salió al encuentro rodeado de una muchedumbre de santos monges,

á cuyos pies se postraba llena de devocion y de respeto, admirando y envidiando á un mismo tiempo la santidad de su vida. Registró sus celdas, admiró su pobreza, sorprendióla su austeridad y penitencia, y con ánimo y fortaleza superior á su sexô se quedara en aquella soledad con sus doncellas, si el amor superior que tenia á los santos lugares no hubiera servido de obstáculo. Al fin hubo de dexar aquellos desiertos; y tornándose á Belen, determinó quedarse allí por toda su vida. A este fin hizo edificar varios monasterios, viviendo entretanto en una casa pobre; y acordándose que en aquel mismo lugar no habian encontrado donde hospedarse la vírgen María y José, mandó construir á la orilla del camino varios hospicios donde fuesen los peregrinos alvergados. Todo lo prevee la caridad, y todo lo que previene lo executa sin que puedan impedir las dificultades sus ideas.

¿Qué sería en una Santa que juntaba con una caridad ardentísima todo aquel cúmulo de virtudes que son necesarias para aclamarla perfecta? Su humildad era tan extremada, que el que no la hubiera visto antes, al verla la primera vez la juzgaria una de sus mas ínfimas criadas; pues realmente lo daban á entender así su vestido, su modo de hablar y todas sus costumbres, sin que en los copiosos coros de vírgenes de que andaba siempre rodeada pudiese encontrarse alguna que en la humildad se equivocase con Paula. Jamas se sentó á la mesa con hombre alguno por santo y decorado que fuese despues de la muerte de su marido: jamas hizo uso de los baños á no estar en evidente peligro; jamas quiso acostarse en cama blanda, aun estando con ardentísima calentura, sino sobre la dura tierra, que cubria primero con cilicios y regaba despues con tan copiosas lágrimas, que la juzgarias rea de gravísimos delitos. Amonestábala san Gerónimo que no llorase tanto, porque no perdiese los ojos tan necesarios para la leccion de los sagrados libros, y la Santa respondia: Justo es que sea afeado el rostro que contra la ley de Dios procuré hermosear con afeytes: sea afligido el cuerpo que gozó de tantas delicias; la inmoderada risa justo es que se pague con llanto; los vestidos ricos y delicados con cilicios; y que yo que procuré agradar á mi marido y al mundo, procure ahora

complacer á Jesucristo. A esto se llegaba una castidad angelical, que no solo la hizo en Roma exemplar de matronas castas cuando era seglar, sino que en ningun tiempo pudo la mas venenosa maledicencia encontrar la mas leve mancha en su honestísima conducta.

Clemente y mansa, ni deseaba la conversacion de los poderosos, ni despreciaba á los vanidosos y soberbios. Si veia á un pobre, le sustentaba; si á un rico, le exhortaba á dar limosna: moderada en todo, solo en ser liberal se excedia. Confieso mi yerro, dice san Gerónimo, porque viendo su profusion en dar limosna, llegué á reprenderla proponiéndola varios lugares de la escritura en que se nos enseña la moderacion y la prudencia aun en el modo y distribucion de la limosna; entre éllos aquel del evangelio en que dice el Salvador: El que tuviere dos túnicas dé la una al que no tiene; pero la Santa llena de vergüenza propia de su modestia y su humildad, desataba en pocas palabras todas mis reconvenciones, protestando delante de Dios que todo lo executaba por su amor y santo nombre, y que nada deseaba mas en esta vida que morir tan pobre que tuviese que sustentarse de limosna, sin dexar á su hija un ochavo, ni tener una sábana en que se pudiese amortajar y dar sepultura á su cuerpo. Si yo no tengo, decia, pediré y encontraré muchos que me socorran; pero si me pide un mendígo, y por no darle yo, que puedo socorrerle aun de lo ageno, perece de necesidad, ¿á quién hará Dios cargo de aquella alma? Al fin vió cumplidos sus deseos, muriendo tan pobre, que no dexó á su hija Eustoquio mas herencia que la obligacion de pagar muchas deudas contraidas por dar limosna. No porque la hiciese de manera que pretendiese enriquecer á quien la daba, como acontece á muchos que buscan cebar la vanidad baxo el pretexto de virtud, sino porque aunque la repartia con suma prudencia socorriendo solamente la necesidad, ésta se multiplicaba en proporcion muy superior á las facultades que tenia. El ser tan limosnera no juzgó que fuese un salvo conducto para dispensarse de las demas virtudes, y con singularidad de la mortificacion. Hay personas que dan limosna con abundancia; pero al mismo tiempo conservan su corazon es-

tragado, hecho esclavo de la gula, de la luxuria y de los demas vicios que las acompañan, semejantes á los sepulcros enlucidos y blanqueados por defuera; pero que dentro no encierran mas que huesos de muerto y podredumbre. Paula al contrario, era limosnera; pero tambien era humilde, casta, continente, mortificada, y tan parca en la comida, que de ayunar contraxo muchas veces debilidad y dolencias peligrosas. Solo los dias de fiesta usaba de aceyte en la comida: y quien en esto guardaba tan admirable abstinencia, ¿qué haria con la leche, miel, huevos, peces y otras tales viandas gustosas al paladar, de las cuales llenando algunos el estómago hasta hartarse, tienen valor para juzgarse todavía muy abstinentes?

La verdadera virtud siempre fue perseguida de la envidia, y sus rayos hieren con mas fuerza á los montes mas altos de perfeccion. Vióse esto en Paula; pues tuvo tales persecuciones, que el mismo san Gerónimo llegó á aconsejarla que sería prudencia ceder y volver la espalda al porfiado enemigo yéndose á vivir á otra tierra donde pudiese dedicarse á la virtud en paz tranquila, como lo habian hecho Jacob y David en semejantes circunstancias. Pero la Santa, llena de invicta paciencia, le respondia: Eso estaria bien si el demonio distinguiera de lugares para hacer guerra á los que sirven á Dios; si no precediera él con sagaz astucia á los que huyen de la pelea; y últimamente, si en otra parte pudiera yo hallar mi amada Belen y los demas santos lugares. Yo tengo por mas acertado vencer con mi paciencia el ageno encono, quebrantar con humildad á la soberbia, y al que me hiera una mexilla ofrecerle la otra, segun la doctrina de Jesucristo; y de esta manera creo que venceré el mal con el bien, como aconseja san Pablo, y triunfaré de mis enemigos. El evangelio llama bienaventurados á los que padecen por la justicia: estando seguros en nuestra conciencia de que los males que padecemos no son castigo de los pecados, yo estoy firmemente persuadida á que las aflicciones y persecuciones de este mundo no son otra cosa que ocasiones de mayor premio.

A respuesta tan llena de divina sabiduría no tenia

que reponer el santo Padre, admirando en Paula los efectos mas portentosos de la gracia. Nada la conmovia, nada era capaz de turbar aquella tranquilidad que llegan á adquirirse las almas que se dominan á sí mismas. ¿La injuriaban con palabras descompuestas? pues la Santa callaba, repitiendo en su corazon aquella sentencia de David: Enmudecí y cerré mi boca cuando el pecador se presentó contra mí: y á este tenor siempre estaba armada de sentencias de la escritura para rebatir, sufriendo las adversidades. Llegóse á élla un hombre chismoso y adulador (raza perniciosa al género humano); y fingiendo amor y deseo de su bien, la dixo, como por el demasiado fervor con que se habia entregado á los exercicios de piedad se habia debilitado la cabeza de manera que parecia á todos loca, y que debia con algunos apósitos confortarse el cerebro para tornar otra vez en su acuerdo y juicio. Una piedad menos sólida que la de Paula pudiera haber padecido alguna ruina con tan diabólica propuesta, capaz de intimidar y llenar de desconfianza al mas virtuoso; pero la invicta Matrona le despachó, diciendo con reposada pausa: Que habiendo tenido á Jesucristo por samaritano y endemoniado, no era extraño que la tuviesen á élla por loca y por necia; pero que san Pablo habia padecido lo mismo por su Señor, y sabia que lo mas necio delante de Dios es mas sabio que todos los hombres. Armada con estos y otros infinitos lugares de la escritura como con un escudo impenetrable, caian á sus pies melladas y perdidas cuantas saetas la disparaba la encrudecida y rabiosa envidia, quedando siempre victoriosa, sin mas auxîlio que el de la paciencia cristiana que conservó toda su vida.

Tantas virtudes y tan ardiente caridad no podian caber en el estrecho ámbito de su corazon; á lo menos era preciso que vertiesen fuera del pecho parte de los efectos con que tenian preparada aquella alma santa. Conocia Paula con una piadosa astucia que sembrando carne podria coger espíritu, que dando bienes terrenos la volverian otros celestiales, y que por una cosa pasagera y transitoria se ganaria eternas recompensas. Habia ya experimentado estas plausibles usuras en un monas-

terio de hombres que habia fundado, y cuyo gobierno habia fiado á ellos mismos. Quiso executar lo mismo viendo las muchas doncellas que venian á buscar su direccion, fabricando tres monasterios de vírgenes sagradas en donde ni la nobleza del siglo era estimada, ni despreciada la pobreza; solo se distinguia la virtud. Como el exemplo en el superior tiene mas fuerza que los consejos, procuraba la Santa ser la primera tanto en los exercicios corporales como en los del espíritu. Ninguna hora, ni aun la de la media noche, era incómoda para que dexase de ir con las demas á cantar el salterio, que sabian todas de memoria, con gran inteligencia de las sagradas escrituras sobre que diariamente eran enseñadar para decirlas con fruto. No permitia á las nobles tener en su compañía criadas de sus casas, ni aun hablar siquiera de los regalos y opulencia en que se habian criado: no consentia distincion en los hábitos ni curiosidad afectada, diciendo que el nimio esmero en el vestido es funesto indicio de la suciedad del alma. A ninguna la era lícito usar lienzo sino para enxugarse las manos, ni hablar con hombre alguno, ni tener otra cosa que lo necesario para el preciso vestido y la moderada comida. Si alguna venia tarde al coro la amonestaba con dulzura, ó con rigor, segun lo exígia el genio de la que habia delinquido: si reñian entre sí, las apaciguaba con santas y amorosas palabras; si veia que alguna se afeytaba para parecer mas hermosa, la daba á entender su yerro con el ceño y tristeza que manifestaba en su frente; y á la que se excedia con tanta demasía que alborotaba, suscitaba rencillas, provocaba á las demas y se hacia sorda á las primeras amonestaciones, la separaba de las ótras, y la ponia á comer en sitio distinto para que hiciese el pudor lo que la correccion blanda no habia conseguido.

Con las enfermas era sumamente caritativa, consolándolas, sirviéndolas, y practicando con éllas todos los oficios de madre y de sierva. Dábalas abundantemente cuanto tenia, y procuraba que comiesen carne y regalos para que restaurasen con la mayor facilidad la salud perdida; pero no guardaba igualdad en estas piadosas máxîmas, porque cuanto tenia para con sus mon-

jas de dulzura y de clemencia, otro tanto tenia consigo misma de abstinencia y de rigor, sin que hubiese consejo ni autoridad que pudiesen doblar su constancia. Cayó enferma de mucho peligro; y habiendo salido de él casi milagrosamente, la rogaban los médicos que tomase un poco de vino á las comidas para restaurar mas facilmente las fuerzas, y para evitar una hidropesía que la amenazaba si seguia bebiendo agua. Supliqué yo, dice san Gerónimo, ocultamente al santo obispo Epifanio que la amonestase, y aun compeliese á beber el vino que mandaban los médicos: hízolo el Santo; pero santa Paula, conociendo el artificio, dixo sonriéndose: Esto es cosa de Gerónimo; permaneciendo al mismo tiempo constante en su determinacion. ¿Qué mas? Saliendo el santo Obispo despues de haberla exhortado con grande actividad, le preguntó san Gerónimo ¿qué habia hecho? y san Epifanio respondió: Es tanto lo que he conseguido, que ha faltado muy poco para que no me haya persuadido á mí que no beba vino, siendo ya viejo, y necesitándolo. Tan austéra y rígida era Paula en su virtud de la abstinencia, que aunque la sagrada escritura aconseje que no se tomen cargas superiores á nuestras fuerzas, hay casos en que el fervor y la encendida caridad desvanecen cualquier recelo, y son causa de que apruebe semejantes esfuerzos el mismo Espíritu santo que los inspira, y que da fuerzas para executarlos.

Ademas que la fe viva y firme en el Señor todo lo vence, todo lo puede, todo lo rinde y avasalla; no solo cuanto puede contrastar las fuerzas de la carne, sino aun las batallas del espíritu son otras tantas victorias cuando la fe sobrenatural es la que dispone y reparte las fuerzas. Aun en esta línea tuvo santa Paula un vencimiento portentoso, porque habiendo sido tentada por un perverso herege, tan malicioso y poco sabio como arrogante y atrevido, sobre la resurreccion y sobre la causa por qué un niño sin pecado habia de ser poseido del demonio, oyendo la sana doctrina que la dió san Gerónimo, abominó de tal manera al herege y sus sectarios, que los llamaba públicamente los enemigos de Dios. Facilitábala la consecucion de estos vencimientos la inte-

ligencia y estudio que habia hecho de las sagradas escrituras, siendo su maestro é intérprete el glorioso santo Padre de la Iglesia. Era tal su teson en aprender y descubrir el espíritu que vivifica, que sin embargo de que la deleytaba la historia, sacrificaba este gusto al provecho de conocer los misterios escondidos baxo de la corteza de la letra. A este fin tuvo valor y constancia para estudiar y aprender la lengua hebrea, superando mil dificultades hasta llegar á cantar los salmos con tal propiedad y perfeccion, que no se echaba de ver la nativa lengua latina á que estaba la pronunciacion acostumbrada.

Así llegó á hacerse participante en esta vida de las divinas dulzuras, las cuales embriagan su alma de santo amor hasta conducirla á punto de clamar con san Pablo: Deseo ser desatada de los lazos de la mortalidad, y vivir con Jesucristo. Sus encumbrados merecimientos no podian menos de proporcionarla el fin de sus deseos: cayó, pues, en una peligrosa enfermedad, que desde luego se dexó ver con todos los síntomas de funesta, aunque Paula no la tuvo por tal, segun ardia su corazon en el amor de su Dios. Aumentaba su consolacion y alegría ver la piedad y solicitud con que su hija Eustoquio la servia; fieles señales de que quedaba heredera de su espíritu; que era lo que deseaba. Sentia esta santa Vírgen la muerte y separacion de su madre, y quisiera que sus diligencias y esmero fueran poderosos á detener el alma que estaba ya partida para la otra vida. Ella la administraba las medicinas, la daba por su mano el sustento, la hacia la cama, la aderezaba y acomodaba la ropa, la sostenia la cabeza, y practicaba tantos oficios, que se veia bien estaba persuadida á que todos eran privativamente suyos, y que cualquiera que la quitásen era robarla el mayor merecimiento. ¡Qué suspiros los suyos, qué gemidos, qué lágrimas nacidas del corazon pidiendo al Señor postrada delante del santo pesebre ó que la dexase á su madre, ó que fuese servido de que ámbas fuesen llevadas en un mismo féretro al sepulcro!

Entretanto sintiendo santa Paula por la frialdad de sus miembros que se acercaba su muerte, como si sa-

liera de entre extraños para caminar á su patria, repetia en voz baxa aquellos versos de David: Amé, Señor, la hermosura de tu casa y el lugar donde reside tu gloria: ¡ó qué amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes! Desfallece mi alma de deseo de entrar en sus átrios; porque amo mas estar en el lugar mas ínfimo de la casa de mi Dios, que habitar en los tabernáculos de los pecadores. Dixo esto, y quedóse en silencio, de modo que aunque la hablaban no respondia: llegóse entonces san Gerónimo, y preguntándola ¿Por qué callaba, y si la dolia algo? respondió en lengua griega: Todo está quieto y tranquilo; no siento dolor ni molestia alguna; lo cual dicho enmudeció, y cerró los ojos para siempre; pues aunque se conocia que repetia algunos versos de los salmos, como tenia los dedos en forma de cruz sobre la boca, no se la podia entender. Estaba á su cabecera el obispo de Jerusalen y los de las otras ciudades; san Gerónimo é infinita multitud de sacerdotes y levitas rodeaban el lecho; sin que faltasen los coros de purísimas vírgenes y santos monges que habia instituido. En tan santa compañía, llena de tranquilidad en el espíritu y de hermosa serenidad en el semblante, dió su preciosa alma al Criador para ser coronada eternamente con la gloria debida á sus heróycos merecimientos. Fue su dichoso tránsito á 26 de enero, dia martes, despues de ponerse el sol, en el año del Señor de 404, siendo la sexta vez cónsul Honorio Augusto juntamente con Aristeneto.

Su muerte no fue llorada y gemida como suele acontecer con los del siglo, sino celebrada como preciosa delante del Señor, cantando muchos salmos en diversas lenguas. Fue llevado su venerable cadaver en hombros de obispos á la iglesia de la Cueva del Salvador, ó adonde estaba el pesebre en que nació Jesus: acompañando únos á su entierro con velas de cera y lámparas en las manos, y dirigiendo ótros los coros de los que iban cantando. Apenas se divulgó su muerte por Palestina, no quedó monge, religiosa ni seglar que no se conmoviese, y no juzgase sacrilegio dexar de ofrecer los últimos oficios de piedad á tan noble y santa madre de pobres. Estos venian en tropas llorando su desdicha, co-

mo si á cada uno de éllos se le hubiera muerto su madre verdadera. ¡Disposicion admirable de la divina Providencia! Aquella misma que despreció por Jesucristo la pompa mundana, las grandes concurrencias, la comitiva de criados, los palacios suntuosos, la mesa regalada, el obsequio del mundo y la grandeza del linage y de los cortesanos, esa misma hace Dios que sea celebrada en su muerte con tal conmocion y pompa cual fue pocas veces en el mundo; y eso que murió tan pobre que no dexó á su hija Eustoquio otra herencia que su espíritu y muchas deudas que pagar. Tres dias estuvo su cuerpo expuesto á la veneracion de la inmensa multitud que con lágrimas nacidas de una santa alegría, no se hartaba de mirarle tan hermoso y natural, como si la muerte no tuviera en él dominio. Eustoquio no sabia apartarse de él: le besaba, le abrazaba, y hacia tales extremos de amor, que se manifestaba legítima hija de Paula en la piedad con los suyos. Al fin, cantando salmos en lengua latina, griega y siriaca, fue depositado debaxo de la iglesia junto á la cueva del Señor. San Gerónimo adornó su sepulcro y la puerta de la bóveda con dos epitafios en que cifró la nobleza, las virtudes, los grandes hechos, la preciosa vida y santa muerte de una matrona digna de las alabanzas del mundo y mayor que todos los elogios.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatam Paulam famulam tuam, spretis mundi deliciis, post insignia virtutum incrementa, ibi voluisti nasci cœlo, ubi Unigenitus tuus natus est mundo; concede propitius, ut ejus exemplo terrena cuncta despicientes, cœlestia consequi mereamur: Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum. Qui tecum vivit...

O Dios, que quisiste que tu bienaventurada sierva Paula, habiendo despreciado los deleytes del mundo, y adquirido grandes aumentos de virtud, naciese para el cielo, en donde tu Hijo unigenito nació al mundo; concédenos, que despreciando á imitacion suya todas las cosas terrenas, merezcamos conseguir las celestiales: Por el mismo Jesucristo Señor nuestro.

La epístola es del capítulo 31. de los proverbios.

Mulierem fortem quis inveniet? procul et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Redet ei bonum, et non malum, omnibus diebus vitæ suæ. Quæsivit lanam, et linum, et operata est consilio manuum suarum. Facta est quasi navis institoris, de longe portans panem suum. Et de nocte surrexit, deditque prædam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum: de fructu manuum suarum plantavit vineam. Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus: non extinguetur in nocte lucerna ejus. Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui suæ à frigoribus nivis: omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stragulatam vestem fecit sibi: byssus et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terræ. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit chananæo. Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiæ, et lex clementiæ in lingua ejus. Consideravit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit. Surrexerunt filii ejus, et bea-

¿Quién hallará una muger fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazon de su marido pone en élla su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien, y no con mal todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de lejos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad, y la compró; y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico: su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo ácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras, lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentáre con los senadores de la tierra. Texió lienzo, y lo vendió; y dió un cíngulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de valde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada; tambien su marido, y la elogió. Muchas mu-

tissimam prædicaverunt; vir ejus, et laudavit eam. Multæ filiæ congregaverunt divitias: tu super gressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manum suarum: et laudent eam in portis opera ejus.

geres han amontonado riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donayre, y vana la belleza: la muger que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

REFLEXIONES.

Abrió su boca para recibir la sabiduría. Este es uno de los elogios que hace el Espíritu santo de una muger virtuosa. ¿Cuándo se conocerán bastante los estragos que hace la falta de instruccion en las madres de familia? De éllas pende absolutamente nuestra educacion en los primeros años; y es consumada locura querer que un arbol estéril y sin cultivo dé sazonados frutos. La muger que no ha tenido una educacion cristiana no puede darla á sus hijos. Se piensa comunmente que toda la educacion de una señora está reducida á aquellas labores mugeriles que no pasan de las manos, y no se cuida de formarlas el corazon, como si no fueran racionales. Está todavía muy arraigada en el espíritu de muchas gentes aquella perniciosa y cruel máxîma de que daña gravemente á las mugeres el aprender á escribir y leer, porque se dice que pueden abusar aun de esta cortísima instruccion que se las permitiese. Supuesto este principio, es consiguiente que no puedan educar á sus hijos, y quede reducida toda su obligacion para con éllos al material cuidado de criarlos á sus pechos, como lo hacen las bestias con los suyos, y aun de esta natural obligacion se dispensan infinitas, cosa que no se advierte entre las fieras.

Quiérese suponer por otra parte que la muger tiene un juicio menos sólido que el hombre, un talento mas limitado, una complexion mas débil y un corazon mas sensible para las funestas impresiones del vicio. ¿Y qué son todos estos defectos mugeriles sino otras tantas pruebas de la mayor necesidad que tienen de instruirse? Ya lo dixo el Sabio, y lo acredita la experiencia, que son

vanas y falaces las gracias de la hermosura en que los hombres apasionados y brutales hacen consistir todo el merito de una muger; solo la que teme á Dios es digna de los mayores elogios. Al paso que decayese la belleza, crecerian las prendas del espíritu en una muger sábia y virtuosa, y los años harian que fuese mas apreciable para su consorte y para todos. Querer que una señora sea prudente, constante, caritativa, fiel, económica y enemiga de vanidades, y privarla al mismo tiempo de todos los auxîlios con que los hombres llegan á conseguir despues de mucha observacion y experiencia algunas de estas virtudes, es querer un imposible. ¿Y cuál es la causa de un proceder tan extraño? No ès imposible adivinarla. Una muger ignorante no resiste largo tiempo al artificio de la seduccion y la lisonja. No penetra todo el horror que trae consigo el vicio. El honor es una muralla de barro que cede á los primeros ataques. Como no tiene en qué emplear sus potencias, se distrae con dificultad de las impresiones que la causan las adulaciones importunas. Se persuade facilmente á que no tiene otro destino en el mundo que lucir y agradar á sus adoradores. El exemplo de las demas fortifica esa opinion. No piensa ni habla sino de adornos, modas y otras semejantes vagatelas. Los ataques son contínuos, las pasiones no duermen, la ociosidad y la molicie las avivan, sus ocupaciones ordinarias no embarazan el espíritu, sus tareas no molestan una imaginacion viva y desarreglada; y en medio de tantos peligros y combates ¿es de esperar que la misma flaqueza salga victoriosa? ¡Qué locura!

El evangelio es del capítulo 13. de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro: quem qui invenit homo, abscondit; et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum cœlorum homini negotia-

En aquel tiempo, dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reyno de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reyno de los cielos

tori, quærenti bonas margaritas. Inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione seculi: exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus, et stridor dentium. Intellexistis hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

al comerciante que busca pidras preciosas, y en hallando úna, fue y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reyno de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Por eso todo escriba instruido en el reyno de los cielos, es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

Del poco caso que se hace de instruirse en la religion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que siendo el estudio de la religion el mas útil é importante para la felicidad del hombre, es tambien el mas olvidado, y el que se mira con una total indiferencia. No hay palabra, accion, ni pensamiento en el cristiano que no deba reglarse por los principios de la religion. Todas las artes y ciencias tienen á la verdad sus prerogativas que las hacen respectivamente útiles á la sociedad, y dignas del aprecio de los hombres; pero ni todas son útiles ni necesarias á todos, ni alguna de éllas puede interesarnos tanto como la ciencia de la religion. La excelencia de su objeto, las importantes verdades que nos propone, los sólidos princi-

pios en que estriba, y nuestra felicidad ó perdicion eterna, que pende enteramente de este conocimiento práctico, son las cosas en que debiéramos pensar de continuo, y las que merecen ocupar siempre nuestro espíritu, como las mas propias de una alma racional criada para la eternidad.

Apenas, despues de muchos años de estudio, se perfecciona un hombre en una sola ciencia; pero todos se creen bastante sabios en la ciencia del cristiano con no haber aprendido otra cosa que los primeros elementos. El catecismo que se estudió en la niñez es todo lo que sabe de su religion ese célebre letrado que consumió sus años sobre los libros; ese profundo político que penetra los mas ocultos misterios de los gabinetes; ese hábil astrónomo que calcula y mide paso á paso todos los movimientos de los astros. ¿Y saben mas acaso muchos de los que se tienen por maestros y doctores de la ley? Ninguna otra ciencia tiene una íntima conexîon con todas las acciones de la vida. El médico no obra siempre como médico, ni el físico como físico; pero el cristiano debe obrar y portarse siempre como tal. Nadie fiará un pleyto de importancia á un letrado que no sepa sino los primeros y universales elementos de la jurisprudencia: se exâmina su ciencia, su mucha práctica, su crédito en los tribunales, y se toma el parecer de otros clientes á quienes haya defendido en sus pleytos. Mas en punto de religion cada uno se tiene por bastante sabio, y aun se haria escrúpulo de querer instruirse mas á fondo en las materias de nuestra fe. Se pensaria que era dudar de la certeza de la religion de Jesucristo el reflexîonar sobre su admirable propagacion, sobre los milagros que la comprobaron, sobre los medios que nos ofrece para nuestra salvacion, y sobre el íntimo enlace que tienen unas con otras todas las máxîmas que nos enseña.

¿Qué idea puede formar de la grandeza y bondad de Dios quien jamas ha reflexîonado sobre el órden maravilloso de su adorable providencia, así en las cosas naturales que cada dia tenemos á la vista, como en las sobrenaturales y divinas? ¿qué puede pensar de sí mismo y de su propia impotencia para todo lo bueno el

que no está bien persuadido de las mortales llagas que le causó el primer pecado; de la necesidad de un Redentor, de un médico y de un maestro como Jesucristo? ¿Se tiene bien conocida la eficacia de los sacramentos cuando tan sacrílegamente se profanan, ó cuando se reciben sin otra disposicion que unos débiles preparativos de nuestra parte? ¿se sabe comunmente que el dolor necesario para la confesion no es obra del hombre, y que no puede obtenerse por todos los esfuerzos humanos, y que solo ha de venir de lo alto, y ser un especial favor de la divina gracia? ¿se vieran tantas recaidas en la culpa si se supieran prácticamente las condiciones de una confesion verdadera?

Lo poco que se sabe de la religion es como por hábito, por costumbre; y es mas un efecto de la educacion, que un convencimiento sólido y fundado de nuestro entendimiento. Hacemos profesion de cristianos, porque habemos nacido en el seno del cristianismo; porque las gentes con quienes conversamos y vivimos desde la niñez creen las mismas cosas. Se cree casi del mismo modo que un mahometano ó un herege, que no se obstinan en sus errores y delirios sino por una determinacion ciega y jamas reflexîonada con que han adoptado la enseñanza de sus padres. ¿Y será de algun mérito la fe en quien no reflexîona sobre élla, y aprende sus misterios del mismo modo que el idioma de su pais? No se pretende decir que todo cristiano deba hacer un estudio tan profundo de su religion como un teólogo, que debe defenderla de los ataques de los hereges, infieles y judíos; mas no por eso debe contentarse con saber únicamente lo que ha aprendido en la escuela. Para los niños, como dice san Pablo, será bastante la leche de la doctrina; pero los adultos necesitan de mas sólidos alimentos. Para oponernos á la falsa doctrina de los perversos, que con capa de piedad quieran seducirnos y hacernos sus prosélitos, nos manda san Pablo que estemos dispuestos á dar la vida en defensa de la verdad de nuestra religion santa; y no podemos estarlo cuando apenas queremos instruirnos ligeramente en sus dogmas. ¡Gran Dios, cuánto tengo que temer me

priveis del conocimiento de mi religion por la indiferencia con que la he mirado hasta ahora!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no se puede amar de veras lo que no se tiene bien conocido. Ninguna otra cosa puede temer mas la religion que el no ser bastantemente conocida. Se declama mucho contra los progresos que hace cada dia la irreligion y el libertinage. ¿Y cuál es la causa de éllos sino la ignorancia en que se vive de las excelencias de nuestra religion? Es imposible ser ateista é impío el que sepa y medite aun la historia sola del cristianismo. Cualquiera mediano talento debe convencerse absolutamente de la divinidad del evangelio, de la pureza de sus máxîmas y de que es una obra muy superior á los alcances de todos los sábios juntos. Los grandes talentos que sin preocupacion le han exâminado, aun sin haberse educado en el seno del cristianismo, son una prueba que no dexa que replicar.

No hay camino mas fácil para la irreligion y el ateismo, y aun para todo género de vicios, que la ignorancia de la religion. Exâmínense los progresos que han hecho en muchas naciones, que antes eran católicas, las sectas y heregías de Mahoma, de Lutero, Calvino y demas novadores, y se verá que no han tenido apoyo mas fuerte ni mas oportuno para sus designios que la credulidad de los pueblos, y su ignorancia en los divinos misterios. El pueblo instruido y convencido íntimamente, y por principios de la verdad de su creencia, sería el mayor estorbo que pudiese hallar la incredulidad, y miraria con horror y con desprecio al que intentase seducirle. Aun dentro del mismo cristianismo, pero á la sombra de la comun ignorancia, se han escrito infinitos libros que han corrompido enteramente la sana moral del evangelio. Esta es la llaga mas profunda que tiene que sentir la religion, y que parece casi incurable. La supersticion, el fanatismo, las falsas devociones y ciertas exterioridades de religion, en que se hace consistir la verdadera piedad con desprecio de los mas severos y terminantes preceptos del evangelio, no han tenido otro orígen que la superficial idea

que se tiene de la religion. Cuando no se conoce bien todo el horror y las funestas consecuencias que trae consigo el vicio, se debilita muy mucho el temor de cometerle. Cuando se llega á creer que la religion no nos pide otra cosa que ciertas prácticas exteriores, que en nada se oponen á nuestro amor propio, y no luchan con nuestras inclinaciones, se tiene por un justo el que no es mas que un hipócrita.

Haced, Dios mio, por vuestra misericordia que no pierda jamas de vista unas verdades que os habeis dignado manifestarme, y de las que pende únicamente mi eterna felicidad. Imprimid en mi corazon un amor santo á vuestra ley, para que sea en todas mis operaciones el norte seguro que me guie siempre á amaros y conoceros como debo.

JACULATORIAS.

In justificationibus tuis meditabor; non obliviscar sermones tuos. Salm. 118.

Meditaré siempre vuestros mandamientos, y no los olvidaré jamas.

Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam: et custodiam illam in toto corde meo.

Dadme, Señor, el don de entendimiento para conocer vuestra santa ley, y la observaré de todo corazon.

PROPOSITOS.

Imponte desde hoy la obligacion de leer cada dia algun capítulo del evangelio ó de las santas escrituras. Este es libro que Dios ha dictado para los hombres: ninguno ótro, por bueno que sea, dexa de ser obra del hombre. No puedes pensar que Dios se haya engañado, ni querido engañarte en lo que te dice, como pudieras presumirlo de cualquier hombre. En este libro hallarás el remedio seguro para todas tus dolencias en cualquiera situacion que te hallares. No te aflijas porque no puedas entender por ti mismo muchas cosas; éstas ciertamente no son necesarias para tu salvacion. La santa escritura es para los doctos y para los ignorantes; pero debes leerla con espíritu de humildad, y como si estuvieras oyendo al mismo Dios, que

se dignaba enseñarte. Por grandes y urgentes que sean tus ocupaciones siempre puedes hallar tiempo para esta lectura y meditacion. No tendrás tú tantos negocios como David; y dia y noche rumiaba y meditaba la ley de Dios. Santa Paula, aunque señora tan ilustre, aprendió las lenguas en que estaban escritos los santos libros para entenderlos mejor, y cantar al Señor sus alabanzas. Acaso consumes horas muy preciosas en leer otros libros inútiles ó tal vez perjudiciales.

Ten gran cuidado de instruir á tu familia en los principios de la religion. No porque tus hijos vayan á la escuela pública á aprender el catecismo dexas de tener estrecha obligacion de instruirlos por ti mismo y explicarles con mas extension, segun tus alcances, la historia de la creacion del mundo, los daños que nos causó la primera culpa, la necesidad que tenemos de un Redentor; quién es éste, qué bienes nos traxo con su venida al mundo, qué es lo que nos tiene prometido, y qué es lo que nos manda hacer para conseguirlo. Exâmina el mucho tiempo que empleas en conversacion inútil, y hallarás que debes substituir á élla otra mucho mas útil y necesaria, y cuyos frutos te se harán increibles cuando comiences á lograrlos. Verás mas amor y obediencia en tus hijos, mas fidelidad y respeto en tus criados, mas sumision y modestia en tu consorte, y una paz inalterable en toda tu familia. Será tu casa una pequeña república de verdaderos cristianos, en donde no se conozca ni el nombre de avaricia, de discordia, de celos, chismes, envidias, ni murmuraciones. A ninguno verás ocioso, todos procurarán darte gusto, y el desempeño de sus obligaciones respectivas hará el de las tuyas mucho mas dulce y agradable.

DIA VEINTE Y SIETE.

San Juan Crisóstomo, obispo y confesor.

San Juan, llamado Crisóstomo, que quiere decir *boca de oro*, por su singular elocuencia salió al teatro del mundo en el siglo mas florido de la Iglesia, y fue uno de los principales ornamentos de aquel siglo. Nació por los años de 347, de padres distinguidos por sus empleos y por su nobleza, pero mucho mas señalados por su piedad. Perdió á su padre, que se llamaba Segundo, estando todavía en la cuna. La madre, por nombre Antusa, quedó viuda á los veinte años de su edad; y siguiendo los piadosos impulsos de su inclinacion, se negó á casarse segunda vez, despidiendo una buena boda que se la ofreció, y se dedicó enteramente á la crianza y educacion de su hijo. Buscóle los mejores maestros de aquel tiempo para que le enseñasen las ciencias humanas; y élla tomó á su cargo instruirle desde la niñez en la ciencia mas importante de la salvacion. Estudió retórica, siendo discípulo del célebre Libanio, y en la filosofía lo fue de Andragáto. Hizo en una y otra facultad tantos progresos, que apenas acababa de ser discípulo, cuando fue reputado por uno de los mas hábiles maestros. Pasó á la universidad de Atenas para perfeccionarse en estas ciencias, y allí confundió á los filósofos gentiles, demostrándoles la santidad y la verdad de nuestra religion. Logró convertir á uno de ellos, que se llamaba Antémo, quien pidió el bautismo, y fue despues cristiano exemplar y fervoroso.

Aunque nuestro Santo tenia tan grandes talentos y tan nobles disposiciones para seguir la abogacía, con todo eso era mayor su inclinacion al retiro. En vano se lisonjeaba la fortuna tentándole con las mayores esperanzas; porque el deseo de trabajar únicamente en el negocio importante de su eterna salvacion tuvo para Juan mas atractivo que todo lo demas. Teniendo noticia de su resolucion san Malecio, obispo de Antioquía, hizo juicio

que debia aprovecharse la Iglesia del que no queria que se aprovechase de él el mundo; y llamándole á dicha ciudad, le persuadió se quedase en un santo monasterio que habia en uno de sus arrabales, donde hizo maravillosos progresos en todo género de virtudes.

Habia tres años que Crisóstomo se estaba perfeccionando en los exercicios de la vida religiosa cuando san Melecio fue desterrado la tercera vez por los arrianos. Parecióle que la ausencia del prelado era bella ocasion para satisfacer el deseo que tenia de retirarse á hacer vida solitaria. Comunicó este pensamiento con su grande amigo san Basilio, que habia sido condiscípulo suyo, y no suspiraba menos que él por la soledad. Tuvo noticia Antusa de esta resolucion de su hijo, y no perdonó á lágrimas, á ruegos, ni á razones para disuadirle de élla; pero todo fue en vano, y un caso imprevisto que sucedió fue ocasion de que el Santo mozo se retirase antes de lo que pensaba.

Habiéndose juntado en Antioquía los obispos de Siria para dar pastores á dos iglesias que estaban sin éllos, hicieron juicio que no podian darlas otros mejores que á Crisóstomo y san Basilio. Llegó á entenderlo nuestro Santo, y supo esconderse tan bien, que no fue posible dar con él; y así solo Basilio pudo ser nombrado. Con este motivo se quitó Crisóstomo de dudas ni condescendencias para diferir su resolucion de retirarse á la soledad, y sin mas dilacion abrazó la vida monástica, entregándose á la disciplina de cierto anciano solitario, donde practicó con extraordinario fervor todos los exercicios y toda la mortificacion que llevaba de suyo aquella vida.

Al cabo de cuatro años que vivió en aquel monasterio, pidió licencia para retirarse á mas profunda soledad. Encerróse en una cueva, donde estuvo dos años entregado á la mas rigurosa penitencia. Durante estos seis años de retiro compuso aquellos excelentes libros que escribió del sacerdocio, el admirable tratado de la compuncion y la bella apología de la vida monástica contra ciertos novadores que se declararon enemigos de tan santa profesion.

Las excesivas penitencias con que afligia su cuerpo quebrantaron tanto su salud, que le obligaron los su-

periores á que volviese á Antioquía. Dexóse ver en élla como otro hombre, y fue recibido como un santo. Habia vuelto ya de su destierro el santo obispo Melecio; y por mas que resistió Crisóstomo, le precisó á recibir los órdenes sagrados, pasando cinco años en las funciones del diaconato. Muerto Melecio, le sucedió san Flaviano: y volviendo éste á llamar á nuestro Santo del monasterio donde segunda vez se habia retirado sin dar oidos á las razones que le sugería su humildad y su modestia, le ordenó de presbítero, siendo de edad de 38 años; pero dotado ya entonces de una eminente sabiduría y de una virtud consumada.

Al tiempo que recibió el órden sacerdotal sucedió una maravilla. Dexóse ver; como lo afirma el emperador Leon, una paloma, que volando blandamente mientras el obispo le imponia las manos, fue á reposar sobre la cabeza del nuevo sacerdote. No le sirvió la nueva dignidad de título precisamente honorario. Conociendo Flaviano su eminente virtud, y sus extraordinarios talentos, le mandó que desde luego distribuyese al pueblo el pan de la palabra divina. Fue asombroso el fruto que produxo este santo ministerio. Su elocuencia viva, nerviosa, substancial, llena de uncion y de gracia, reformó desde luego las costumbres de todos los estados. El clero y el pueblo, los grandes y los pequeños todos experimentaron la impresion que hace un santo que predica, y que predica elocuentemente.

En aquella pública consternacion que padeció la ciudad de Antioquía, despues que ultrajó la estatua de Flavila, muger del emperador Teodosio el Grande, se conoció bien cuan poderoso era el Santo en obras y en palabras. No hubo persona afligida que no experimentase los efectos de su ardiente caridad.

Despues que la ciudad se reconcilió con el Emperador, prosiguió el Santo el ministerio de la predicacion con el mismo celo y con la misma dicha que antes. Este fue el tiempo en que compuso, y en que predicó tantas y tan diferentes homilías, tantos y tan nobles panegíricos de los santos mártires, en que escribió tantos y tan bellos tratados espirituales, y en que explicó diversos libros de la sagrada Escritura. No hay santo Padre de la Igle-

sia, en cuyas obras se lean los puntos de moral ó de la doctrina cristiana explicados con tanta claridad y menudencia, ni cuyos escritos sean mas instructivos, mas nerviosos, mas elocuentes, ni mas delicados.

Grangeóse Crisóstomo tanta reputacion, y tanto crédito en los doce primeros años de su ilustre sacerdocio, que habiendo vacado la silla patriarcal de Constantinopla en el de 397 por la muerte del patriarca Nectario, no se halló otro mas digno de sucederle en aquella elevada dignidad. Sabía muy bien el emperador Arcadio que no sería fácil reducirle á que la aceptase si no se echaba mano de la fuerza; y así dió órden al conde Asterio, gobernador de Antioquía, para que se apoderase de él secretamente, y le enviase con buena guardia á Constantinopla, como se executó.

No hay voces para explicar la alegría con que fue recibido en la córte imperial. Salióle al encuentro toda la ciudad; y habiéndose juntado todos los obispos que á la sazon se hallaban en la córte (y no eran pocos) para hacer mas solemne su congregacion, protextó contra élla Teófilo, patriarca de Alexandría, dexándose llevar del maligno espíritu de la emulacion y de la envidia, y siendo el único que se opuso al consentimiento general de todos los demas prelados y á los ardientes deseos de toda aquella Iglesia. Pero habiéndole mostrado Europio, y los demas ministros de la córte los muchos memoriales que se habian presentado contra él á los obispos, y amenazándole que le harian causa, consintió en el nombramiento de Crisóstomo, que fue consagrado por obispo y patriarca de Constantinopla el dia 26 de febrero del año 398.

Apenas se vió este gran Santo en aquella sublime dignidad, cuando atendiendo únicamente al cumplimiento de su obligacion, negando los oidos á todo lo que no eran las voces de su deber, declaró la guerra á todos los vicios; pero lo hizo con tanta prudencia, con tanta dulzura y con tanta destreza, que los mas desordenados cedieron á su celo. Era enemigo de toda cobarde complacencia, incapaz asímismo de toda indigna lisonja; y caminando igualmente distante de los dos extremos de cobardia y de temeridad, nunca dió cuartel al pecado

y siempre miró con ojos compasivos y piadosos al pecador. Su virtud notoria y sobresaliente, superior á los de la mas osada calumnia; su vida exemplar y penitente, su caridad universal é inagotable, su elocuencia, su dulzura y su humildad, dieron á su celo tan prodigiosa eficacia, que á pocos dias de obispo se reformó toda la ciudad de Constantinopla.

Prohibió á los eclesiásticos que tuviesen en sus casas ciertas mugeres que solian mantener con título de beatas ó de sororas; y atendió generalmente á la reformacion de toda la clerecía. Combatió fuertemente contra la avaricia; reformó la profanidad de las mugeres; corrigió la delicadeza y la suntuosidad de las mesas; resucitó la modestia y la sobriedad cristiana; exterminó los juramentos; desterró los espectáculos profanos; reformó los abusos de todos los estados; renovó la disciplina monástica, que se habia relaxado en muchas casas religiosas; y en fin hizo revivir la devocion y el fervor en todos los fieles, de manera que en pocos dias mudó de semblante la gran córte de Constantinopla por el maravilloso celo de su santo Pastor.

No se estrechó su caridad dentro de las murallas de la corte, porque hubo pocas provincias en todo el oriente adonde no se extendiesen los ardores de su incendio.

En la Fenicia destruyó un templo de los gentiles, abolió las reliquias del paganismo, y fundó iglesias y monasterios. Lo mismo hizo en los scitas y en los celtas: exterminó de todo el imperio á los eunomianos, y á los montanistas; declaró cruel guerra á los arrianos, consiguiendo del Emperador que no quedase ni uno solo dentro de la ciudad; y si su pontificado hubiera sido, ó mas largo ó mas tranquilo, se pudiera esperar que librase enteramente de éllos á todo el mundo cristiano.

Cortó todos los gastos inútiles, y con este ahorro aumentó mucho las rentas de los hospitales. Con la frugalidad de su mesa, y con la modestia en todo el tren de su casa tuvo medio para socorrer á muchos miserables, y para sustentar un gran número de pobres. Dilatóse su solicitud y su vigilancia pastoral á todas las iglesias de la Tracia, á las del Asia y del Ponto. Causa admiracion que un hombre solo, extenuado por las

penitencias, y de una salud muy delicada, pudiese á un mismo tiempo dar luz á tantas y tan excelentes obras; gobernar con tanta aplicacion y con tan admirable prudencia una de las mas vastas diócesis de todo el Universo; predicar casi todos los dias, atender á las necesidades espirituales y corporales de tantos pobres, de tantos huérfanos y de tantas viudas; y sobre todo esto aplicar tambien no pequeña parte de su cuidado á veinte y ocho provincias eclesiásticas sujetas al patriarcado de Constantinopla. En medio de tantas y tan graves ocupaciones ningun dia dexó de celebrar el santo sacrificio de la misa; y lo hacia con tanta devocion y con tanta ternura, que siempre derramaba el Señor en su alma mil consuelos celestiales. Solo una vez dexó de comunicárselos, y aun entonces el mismo Dios le dió á entender que no habia sido culpa suya, sino por una falta que habia cometido el diácono que le asistia.

No podian faltar envidiosos á un mérito tan extraordinario y á una virtud tan ilustre. El ardor de su celo y su constante entereza le grangearon muchos enemigos así en la córte, como entre el clero. Principalmente el patriarca de Alexandría Teófilo, hombre ambicioso y de vida poco exemplar, lleno de avaricia, y de genio muy violento, no podia llevar en paciencia las bendiciones que Dios echaba al celo de san Crisóstomo. Los monges de Nitria, á quienes llamaban por otro nombre los frayles grandes, se quejaron de él en el tribunal de nuestro Santo, porque los habia maltratado injustamente; y Teófilo, para eludir la acusacion, resolvió perder á los acusadores y al juez.

Algunos clérigos de Constantinopla, que no podian sufrir la regularidad de vida á que el Santo los precisaba, varios obispos, no de los mas exemplares, diferentes abades, de aquellos que frecuentaban mas la córte que el monasterio, entraron fácilmente en la conspiracion, y mas cuando supieron que la emperatriz Eudoxîa estaba irritada contra el santo Patriarca, porque habia predicado contra los desórdenes, y contra la profanidad de las mugeres. Parecióle á Teófilo que no podia ser la ocasion mas favorable para sus intentos; y habiendo ganado con dinero á los ministros del Emperador,

consiguió licencia para formar una junta de treinta y siete obispos de su parcialidad. Escogió para este conciliábulo la pequeña poblacion de Chesme cerca de Calcedonia, de donde era obispo Cirino, enemigo jurado de nuestro Santo. En él fue luego condenado Crisóstomo sobre diferentes capítulos de acusacion que se forjaron, y contra toda razon y derecho fue depuesto de su silla patriarcal por una injusticia atroz, que llenó de escándalo y de dolor á todos los buenos. Executóse la sentencia con gran secreto en la mitad de la noche para evitar el alboroto del pueblo; pero apenas se habia embarcado el Santo cuando sobrevino un terremoto tan furioso, que atemorizada la Emperatriz á vista de un accidente en que andaba tan visible la venganza del cielo, estimulada de los remordimientos de su conciencia, solicitó incesantemente que luego luego volviese Crisóstomo á Constantinopla, y élla misma le escribió una carta en estos términos: *No crea V. Santidad que yo he sido noticiosa de lo que ha pasado: estoy inocente de vuestra sangre: esta conspiracion la han formado unos hombres perversos y corrompidos. Testigo es Dios de las lágrimas que he derramado, y que le he ofrecido en sacrificio. Tengo muy presente que mis hijos estan bautizados por vuestras manos.* No duró este destierro mas que un dia; porque Crisóstomo volvió á entrar en la ciudad en medio de las aclamaciones públicas, dándose priesa cada uno por ver y por congratularse con su santo Pastor.

Pero esta calma tardó poco en alterarse. Dos meses despues de este suceso predicó el Patriarca con tanta elocuencia y con tanto celo contra los juegos públicos que se hacian delante de una estátua de la Emperatriz, y eran todavía reliquias del gentilismo (las que veinte años despues abolió el emperador Teodosio el joven), que irritada de nuevo aquella Princesa, volvió á llamar á los enemigos del Santo con firme resolucion de perderle enteramente.

Fue fácil conseguir el intento. Ni á Teófilo ni á sus parciales se les habian agotado las calumnias. Sostenidos del poderoso favor de la Emperatriz, se valieron de tales artificios, y de tal manera sitiaron al pobre Emperador, que al cabo de un año lograron que saliese el de-

creto de destierro. Dióse orden al coronel Lucio, que en el concepto comun era tenido por gentil, para que con cuatrocientos hombres pasase á la iglesia á fin de contener el pueblo. Era el dia de Sabado santo, y los soldados cometieron en el templo desórdenes exêcrables: alborotóse la ciudad, concurrieron los vecinos á cercar el palacio patriarcal para embarazar que se hiciese alguna violencia á su santo Pastor; pero éste, que se hallaba dispuesto á dar la vida por sus ovejas, temiendo que no la perdiesen éllas por defenderle á él, se salió secretamente del palacio, presentóse á los ministros imperiales, y fue conducido á Cucusa, ciudad poco considerable de la Armenia, adonde llegó enfermo y muy maltratado por las fatigas del camino. No es facil decir en pocas palabras lo mucho que padeció en este viage. En Cucusa no estuvo ocioso, porque así la ciudad como todo el pais circunvecino experimentó luego los efectos de su celo.

Tampoco el cielo lo estuvo á vista de las violencias que se executaban con el Santo. Cayó sobre la corte de Constantinopla un prodigioso granizo, que causó estragos horrorosos, murió precipitadamente la emperatriz Eudoxîa, y apenas hubo perseguidor de Crisóstomo que no experimentase alguna desgracia. Los cuerdos miraban estos avisos como efectos de la indignacion del cielo; pero nada bastó para que abriese los ojos el patriarca Teófilo. Valióse de mil artificios para engañar al papa Inocencio; mas no le aprovecharon, porque habiendo recibido el Pontífice las cartas de san Crisóstomo, y hallándose bien informado de la injusticia que con él se habia hecho, determinó convocar un concilio general, para que se viese en él su causa; y empeñó al emperador Honorio á fin de que se interesase fuertemente con su hermano el emperador Arcadio, para que se reparase la injusticia que se habia hecho al Patriarca y á la iglesia de Constantinopla.

Asustados los enemigos de Crisóstomo con la resolucion del Pontífice, y estando ciertos de que en el concilio general serian condenados, tomaron la bárbara determinacion de acabar de una vez con el santo Prelado. Las asombrosas conversiones que hacia en su destierro, las contínuas quejas de los buenos, la fama de sus mila-

gros irritaban tanto la cólera de sus émulos, que se dexaron arrastrar de las resoluciones mas violentas. Encarnizados implacablemente en perseguirle, no podian tolerar el sosiego y la estimacion que por su eminente virtud se habia grangeado en Cucusa; y no pararon hasta conseguir del Emperador que fuese trasplantado á otra parte.

Enviáronle de pronto á Arabísa, haciéndole padecer mortales fatigas en el camino. Como vieron que no habian podido lograr que éstas le acabasen en la Armenia, dispusieron que fuese desterrado al espantoso destierro de Pitias, ú de Pitiones. El intento era hacerle morir á fuerza de padecer: consiguiéronlo finalmente; porque lo largo y lo penoso del camino, los malos tratamientos que le hacian de propósito los que le llevaban, y en fin tantos trabajos y fatigas le debilitaron las fuerzas de manera que se vieron precisados á hacer alto, y á meterle en una iglesia, donde se veneraba el sepulcro de san Basilio, para que allí descansase. Aquella noche se le apareció el Santo, y le anunció que el dia siguiente pondria fin á sus penosos trabajos, y se verian juntos en la gloria. En virtud de esta vision, luego que amaneció rogó el Santo á sus guardias que le dexasen allí hasta medio dia; lo que no fue concedido. Partieron de la iglesia; pero apenas habian caminado legua y media cuando el Patriarca se sintió tan desfallecido que fue preciso desandar lo andado, y volverle al mismo templo. Luego que se vió en él hizo que le mudasen de trage: pidió un vestido blanco; y hallándose todavía en ayunas, recibió la sagrada Eucaristía: hizo un poco de oracion; y concluyéndola con aquellas palabras, que le eran muy familiares, *Dios sea bendito por todo*, al decir *Amen* entregó su bendito espíritu en manos del Criador el dia 14 de septiembre del año 407, cerca de los sesenta de su edad, y el noveno de su pontificado.

Publicóse luego milagrosamente la noticia de su muerte, y concurrió innumerable multitud de gentes de todas partes. Hiciéronle un entierro que mas parecia triunfo, y desde luego comenzaron todos á honrarle como á mártir, y á invocarle como á santo. Treinta y un años despues de su dichoso transito el emperador Teodosio el me-

nor, hijo y sucesor de Arcadio, hizo trasladar el santo cuerpo á Constantinopla con tanta pompa y con tanta magnificencia, que pudieran quedar deslucidos los mayores triunfos de los emperadores romanos. Salióle á recibir toda la corte; el Bósforo estaba cubierto de embarcaciones, y la multitud de hachas parecia competir con las estrellas. Apenas descubrió el Emperador las sagradas reliquias, cuando se postró delante de éllas, y pidió perdon al Santo en nombre de sus padres de lo mal que le habian tratado. Depositáronse despues con extraordinaria solemnidad en la iglesia de los santos Apóstoles, y se hizo esta traslacion el año 438 á los 27 de enero, en cuyo dia celebra la Iglesia su fiesta.

La oracion de la misa es la que sigue.

Ecclesiam tuam, quæsumus, Domine, gratia cœlestis amplificet quam beati Joannis Chrysostomi confessoris tui atque pontificis, illustrare voluisti gloriosis meritis, et doctrinis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicamoste, Señor, que la gracia celestial dilate cada dia mas la santa Iglesia, que te dignaste ilustrar con los gloriosos merecimientos, y con la doctrina del bienaventurado Juan Crisóstomo tu confesor y pontífice: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 4. de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, y es la misma que el dia XXIII, folio 324.

NOTA.

»Escribió san Pablo esta epístola á su querido discí»pulo Timoteo desde la cárcel de Roma cuando estaba en »vísperas de ser martirizado; y en élla habla de su muer»te con bastante claridad. Por eso san Juan Crisósto»mo llama á esta epístola el testamento del Apóstol. Ex»hórtale viva y patéticamente á cumplir con las obliga»ciones de obispo y de doctor, mostrando siempre aquel »celo que debe animar á un confesor de Jesucristo. En»cárgale que nunca olvide la doctrina que le enseñó, y que »se oponga valerosamente á los enemigos de la verdad; que »resista á los que introduxeren la relaxacion, desvián»dose de la doctrina y moral del evangelio. Escribióse

„esta epístola el año 65 de nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Es propio del buen celo aprovecharse de todo para la salvacion de las almas, y no acobardarse por nada. Cuanto son mayores los obstáculos, es mas ardiente y mas vivo. Hacer buenas obras, y no padecer contradicciones, no puede ser. La paciencia es la virtud de profesion de todos los hombres apostólicos. Para convertir las almas se necesita fervor y caridad; pero no se necesita menos prudencia, menos mortificacion, menos dulzura, ni menos humildad. Aquellos celos amargos, tumultuarios, impacientes, turban las conciencias, irritan los espíritus, avinagran los corazones, pero nunca los convierten.

Por nombre de *adveniniento de Jesucristo* se entiende lo mucho que el Salvador hizo por la redencion de las almas; y por nombre de *su reyno* se debe entender el gran premio que tiene preparado á los que no contentos con guardar la ley, se aplican á enseñarla á los demas. Ambos son motivos poderosos para devorar cuantos trabajos puede padecer el celo apostólico en el ministerio de la salvacion de las almas.

Ni hay que acobardarse por el poco fruto que se saca. El verdadero celo nunca es infructuoso. Si no aprovecháre al pecador, aprovechará al predicador. *Insta oportuna é importunamente.* Tarde ó temprano, pocas veces dexa de ser eficaz el celo verdadero. Sembremos el grano, y no nos aflijamos porque fructifique ni dexe de fructificar. El celo puro solo busca la gloria de Dios, y no la suya. Hay terrenos duros donde el grano necesita mas tiempo para prender y para brotar; es menester humedad y caridad, y con eso brotará el grano que se juzgaba perdido. Un buen consejo, la palabra de Dios predicada con celo y con mocion, un aviso, una advertencia hecha en sazon fructificarán á su tiempo: no todas las estaciones del año son igualmente fecundas. En el otoño se ven cubiertos de frutos aquellos árboles que en el invierno solo parecen buenos para el fuego. Gran daño hace un celo impetuoso, impaciente, que desespera del fruto tardío, y abandona el cultivo del terreno. Es menester sembrar con dolor para coger con alegría.

Vendrá tiempo, dice el Apostol, *en que los hombres no podrán llevar en paciencia la doctrina sana y buena.* ¿No habrá llegado ya este tiempo por nuestra desgracia? ¿no estamos ya en un tiempo en que los hombres, llevados de una vana curiosidad, ú de un espíritu de relaxacion mal encubierto, andan buscando maestros sobre maestros hasta encontrar con alguno que les hable al paladar de sus deseos? Desdichado el enfermo que no busca quien le cure sino quien le lisonjeé. Acab no podia ver al profeta Miqueas porque siempre le pronosticaba cosas tristes. Solicítanse confesores cómodos, francos y contemplativos; húyese de un director rígido y exâcto, como si nuestra religion, que no admite mas que una fe, pudiera admitir dos doctrinas. Cuatrocientos profetas prometen á Acab una completa victoria (*a*); y Miqueas incurre en la desgracia del rey porque le pronostica su ruina; dase la batalla, y queda Acab muerto en el campo. Esto es lo que ganan aquellos que buscan teólogos que los adulen. El carácter de la doctrina verdadera es la mortificacion de las pasiones. Convengo en que esta doctrina no es muy del gusto del mundo; ¿pero por eso dexará de ser doctrina de Jesucristo? Y sobre todo, ¿qué se va á ganar en seguir y en gustar las máxîmas del mundo? Camínase á la perdicion por un contento fugaz y pasagero: *Gustavi paululum mellis*, dice Jonatás, *et ecce morior* (*b*). Este es el fruto de esas lisonjeras direcciones, que intentan componer la vida cristiana con la vida inmortificada.

¿Qué cosa mas digna de compasion, que negar muy de intento los oidos á las voces de la verdad, por concederlos á los artificios de las fábulas? Y qué otra cosa hacen todos los que están fuera del gremio de la santa Iglesia católica romana? Aquellos que no se rinden á las decisiones pontificias, pronunciadas por el oráculo infalible de la Iglesia, únicamente por dexarse gobernar de su capricho, ¿hacen mas que huir de la verdad á letra vista, prefiriendo su dictámen al del mismo Jesucristo, manifestado al mundo por la voz de su vicario? ¿Y que diremos de esta dureza? que igualmente na-

(*a*) 3. *Reg.* 22. (*b*) 1. *Reg.* 14.

ce de un corazon relaxado, que de un entendimiento alucinado y presumido. Estos son los dos manantiales de donde siempre se deriva todo orgullo. El que obra mal, huye de la luz; y el que ama el error, cierra los oidos al oráculo de la verdad.

El tiempo de mi muerte, dice el Apóstol, *cerca está.* Los santos nunca pierden de vista la sepultura; ni tampoco hay pensamiento mas saludable. ¡O qué consuelo poder decir al fin de su vida: *Peleé con valor*; *acabé felizmente mi carrera*! ¡Ah, que la carrera todos la acaban; pero desdichado de aquel que no la acabare bien!

El evangelio es del cap. 5. *de san Mateo, y el mismo que el dia XVI. fol.* 207.

MEDITACION.

Del buen exemplo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el buen exemplo no es una virtud de puro consejo, es de obligacion y de precepto. *Luzca vuestra luz delante de los hombres*, dice Cristo, *para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre celestial, que está en el cielo.* Indispensablemente estamos obligados á ser exemplares desde que somos cristianos. Todos tienen derecho á nuestro buen exemplo, y es especie de injusticia privar de él á nuestros hermanos. La ley que profesamos, las verdades que creemos, el premio que esperamos, son los títulos en que se funda este derecho.

Nuestras conversaciones deben ser documentos, y nuestras operaciones modelos. Pocas faltas puede cometer un cristiano que no sean una especie de escándalo. ¡Qué terrible cuenta darán á Dios aquellos cristianos imperfectos, aquellas almas relaxadas, cuyas costumbres son tan corrompidas!

Todos somos buen olor de Jesucristo; ¿pues cuál debe ser la pureza de nuestras obras, para que exhalen una celestial fragancia? Todos somos luz del mundo; ¿pues cuál debe ser el resplandor, la claridad de nuestras costumbres?

Todos somos sal en la tierra: luego nuestras acciones y nuestras palabras deben ser eficaz preservativo contra la corrupcion. Y siendo esto así, ¿nos contentarémos con una devocion insulsa, insípida y sin gusto?

La vida de los cristianos debe ser vida de santos, porque en el cristianismo no hay dos religiones, ni dos reglas de costumbres. Desengañémonos, que una vida que no es exemplar, no es cristiana. En cualquiera estado que se viva, se debe el buen exemplo al público y á los hermanos.

¡Mi Dios, cuánto tengo que acusarme en este punto! ¡y qué terrible cuenta tengo que daros! pues vuestra infinita misericordia me ha hecho conocer mis descaminos, dadme gracia y dadme tiempo para enderezarlos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuánto aprovecha, cuánto alienta á los demas el buen exemplo. No hay atajo mas breve, no hay medio mas eficaz, no hay elocuencia mas persuasiva para reformar las costumbres agenas, que la edificacion de las propias..

¡Qué bienes no produce en la corte y en toda una monarquía la exemplar piedad de los Grandes! ¡qué fervor no encienden en una comunidad los buenos exemplos de un superior! ¡qué inclinaciones tan perversas podrán resistir á las costumbres piadosas y devotas de un padre, de una madre de familias! El genio mas indómito, el corazon mas mal inclinado, las pasiones mas violentas, todo cede á una modestia, á una piedad constante, que guarda consecuencia, que nada se desmiente: el buen exemplo domestíca los naturales mas feroces. Quéjanse los padres de las malas inclinaciones de los hijos; ¿y no tendrán los hijos corazon para quejarse de los malos exemplos de los padres?

¿Qué fuerza no tiene en el corazon de una doncella la modestia, la devocion, la piedad edificativa de una madre que perpétuamente tiene delante de los ojos? Hagamos juicio de esto por los fatales efectos que cada dia produce el mal exemplo. Son los buenos exemplos unas correcciones mudas, pero vivas, pero picantes de los desórdenes que cometen los imperfectos. Ninguna cosa cubre de tanta vergüenza, de tanta confusion á los

súbditos ; ninguna reprende con mayor viveza su tibio proceder , que el buen exemplo de aquellos que los gobiernan. En cierto modo se puede decir que el exemplo todo lo suple.

Pero si por nuestra desgracia nos faltan buenos exemplos en los que tenemos delante, acudamos por éllos á las vidas de los santos. No hay vida de santo alguno que no sea un rico tesoro de buenos exemplos.

¡Qué renunciacion mas perfecta de la carne y sangre, que la que nos enseñó con su exemplo san Juan Crisóstomo! ¡qué humildad entre las mayores honras! Arrojado de su silla patriarcal, dos veces desterrado; ¡qué constancia en la persecucion! ¡qué alegría en las adversidades! ¡qué modelo de perfeccion cristiana en toda su vida! La vida de los santos es toda exemplar; ¿lo es tambien la nuestra? ¿podrá servir de modelo? ¿serán santos los que siguieren nuestro exemplo? Estas reflexîones se hacen, éllas son muy verdaderas; ¿es posible que se puedan hacer tan á sangre fria?

Mi dolor, Señor, mi dolor declara bien el sentimiento con que yo las hago; espero con el auxîlio de vuestra divina gracia, que mi porte declarará tambien el fruto que han producido en mí. Hasta ahora no he dado mas que malos exemplos; desde hoy en adelante comenzaré á reparar el daño que he hecho con mis escándalos ¡O mi Dios, y cuándo podré decir con vuestro Apóstol: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi*: Imitadme á mí, como yo imito á Jesucristo!

JACULATORIAS.

Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini. Salm. 118.

Bienaventurados los que están en el camino de la inocencia, y andan fielmente en la ley del Señor.

Bonum æmulamini in bono semper. Ad Galat. 4.

Tened una santa emulacion de todo lo bueno, con recta intencion de hacer siempre bien.

PROPOSITOS.

En este mismo dia has de escoger media hora, ó por lo menos un cuarto de hora, para exâminar con la mayor serenidad si en todo y por todo das buen exemplo á tus hijos, á tus criados, á tus súbditos, á tus inferiores, á tus iguales. ¿Son de edificacion todas tus conversaciones? ¿tu porte, tu modo de hablar, tu modo de vestir, tu modo de andar es todo exemplar, es todo cristiano? ¿das exemplo en las concurrencias, en las funciones, en los convites y en todas las lícitas diversiones? ¿sirves de mucha edificacion á los que te ven en la calle, en casa, ó en la iglesia? No te contentes con un exâmen precipitado y superficial. Júzgate á tí mismo como juez recto, imparcial, desinteresado, y sentencia en justicia si los que viven contigo serán muy perfectos solo con que imiten y sigan tus exemplos. Toma despues tus resoluciones y tus medidas, y no se pase el dia sin que todo esté reformado y arreglado.

2 Desde hoy en adelante siempre que fueres á hacer alguna cosa, hazla con el pensamiento y con el deseo de dar en élla buen exemplo; preséntate en la iglesia con mayor modestia, con mayor respeto que hasta aquí. Acude con puntualidad á aquellas acciones á que te llama la obligacion ó el estado. Cuando hablas, cuando te empleas en algo, haz reflexîon á que entonces estás destinado para dar exemplo. Reza el rosario de comunidad con toda la familia, procura que le sirva de modelo tu devocion interior y exterior. No dexes de visitar á los pobres en el hospital, y da hoy todos los buenos exemplos que puedas al público, á los inferiores y á los iguales. Siempre que por la noche exâmines la conciencia, tómate cuenta de si en aquel dia has servido de edificacion ó de ruina. Es esta una obligacion de que muchos cuidan poco; pero es una obligacion que algun dia nos dará bastante pena.

DIA VEINTE Y OCHO.

La conmemoracion de los fieles difuntos.

Es santo y saludable pensamiento, se dice en el segundo libro de los Macabeos, *el rogar á Dios por los difuntos, para que sean libres y absueltos de sus pecados.* Es pensamiento santo, porque tienen por principio á la fe, y por principal motivo á la caridad. Es pensamiento saludable, no solo para aquellas afligidas almas por quienes se aplican los sufragios de los fieles, sino tambien para los mismos que practican esta grande obra de caridad, y hacen tan importante servicio á las ánimas benditas; las cuales despues que algun dia se ven libres de sus penas y tormentos, nunca podrán olvidar lo que debieron á sus piadosos bienhechores.

Por eso la Iglesia católica ha tenido siempre tan impresa en su corazon esta misericordiosísima obra, que destina por lo menos un dia cada mes para ofrecer el santo sacrificio de la misa por estas benditas ánimas. Siguiendo este mismo espíritu de nuestra benignísima madre, nos ha parecido escoger tambien un dia de cada mes en estos exercicios de piedad de todo el año para hacer conmemoracion de los fieles difuntos.

No se ha de creer que esta sea una devocion nuevamente inventada. Desde que nació la santa Iglesia tuvo la caritativa costumbre de rogar á Dios por todos aquellos hijos suyos que lograron la dicha de morir dentro de su gremio y en su comunion. Estas oraciones tenian dos respectos: eran sufragios por aquellos que tenian necesidad de éllos; y eran acciones de gracias por los que habian conseguido una muerte preciosa en los ojos del Señor, especialmente por aquellos héroes cristianos que habian coronado su vida con la palma del martirio. Tertuliano hace mencion de estas dos especies de conmemoraciones en aquella parte de sus obras, donde trata individualmente de las antiguas tradiciones de la Iglesia. *Pro natalitiis annua die facimus*: cada año cele-

bramos en el dia de la muerte de los mártires el de su triunfo, y el de su mejor nacimiento á la gloria. (*a*) *Ex majorum traditione, quo defunctis annua die facimus*: y siguiendo la tradicion de nuestros antepasados, tambien hacemos cada año memoria de los fieles difuntos, ofreciendo por éllos el divino sacrificio.

Esta es una obligacion que nunca ha dispensado la santa Iglesia á sus hijos; y aunque la sagrada Escritura no hiciera memoria de élla, como la hace en el libro de los Macabeos, bastaria, dice san Agustin, la autoridad de sola la Iglesia para obligarnos á rogar á Dios por los difuntos, y á ofrecer por éllos sacrificios y sufragios: (*a*) *In Machabæorum libris legimus oblatum pro mortuis sacrificium: sed et si nusquam in Scripturis veteribus omnino legeretur, non parva est Ecclesiæ universæ, quæ in hac consuetudine claret, auctoritas; ubi in precibus sacerdotis, quæ Domino Deo ad ejus altare funduntur, locum suum habet etiam commendatio mortuorum.*

No es, pues, dudable, dice en otro lugar el mismo Santo, que no sean muy útiles á los difuntos las oraciones, los sacrificios y las limosnas que se ofrecen por éllos: (*b*) *Neque negandum est, defunctorum animas pietate suorum viventium relevari, cum pro illis sacrificium mediatoris offertur, vel eleëmosynæ in Ecclesia fiunt.* Pero porque entre los difuntos, añade Agustino, hay únos que ya están gozando de Dios en la patria celestial, y éstos no necesitan de nuestras oraciones; hay ótros que murieron en pecado, y á éstos de nada les sirven; y hay finalmente no pocos á quienes pueden aprovechar, porque aunque murieron en gracia; ó no hicieron bastante penitencia por los pecados que cometieron, ó cuando hubiesen evitado todo pecado mortal, no por eso dexaron de tener sus faltillas y sus imperfecciones, que son naturalmente inevitables en la humana miseria; y no pudiendo la Iglesia discernir entre únos y entre ótros, ofrece generalmente por todos: (*d*) *Non existimemus ad mortuos pervenire, nisi quod pro eis, sive altaris, sive orationum, sive eleëmosynarum sacrificii solemniter sup-*

(*a*) *Lib. de Coron. milit.* (*b*) *Lib. de Cura pro mort. cap.* 1. (*c*) *Enchirid.* 105. (*d*) *Lib. de Cura pro mort. cap. ult.*

plicamus, quamvis non pro quibus fiunt omnibus prosint: sed iis tantum, quibus dum vivunt, comparatur ut prosint. Sed quia non discernibus qui sint, oportet pro regeneratis omnibus facere, ut nullus prætermittatur eorum, quos hæc beneficia possint, et debeant pervenire. Estas misas, oraciones y buenas obras, dice san Agustin, no siempre las acepta Dios por aquellos por quienes se aplican, sino por aquellos que mientras vivieron se hicieron dignos de esta gracia por la práctica de las virtudes cristianas, y singularmente por su caridad con los difuntos.

Y ciertamente debe excitar mucho nuestra compasion el lastimoso estado en que se hallan las ánimas del purgatorio. Ellas son unas almas justas que padecen tormentos indecibles. Abrásalas un fuego devorador, encendido no menos que por la justicia de todo un Dios, cuya actividad en cierta manera es proporcionada á esta divina justicia. Son unas almas predestinadas que están padeciendo mucho mas de lo que puede comprender el humano pensamiento, ni es capaz de concebir la mas viva imaginacion. No hay con qué comparar las penas del purgatorio, sino que sea con las del infierno. Los mas de los doctores afirman que en substancia son las mismas, y que solo se diferencian en la duracion y en el modo de padecerlas. Se te desharian de compasion las entrañas si vieras en aquel estado á un desconocido, á tu mayor enemigo. Y con todo no es enemigo tuyo, no es conocido; es tu padre, es tu madre, es tu amigo, es tu hermano, es tù marido, es tu muger quien está ardiendo en aquellas voraces llamas, quien está padeciendo aquellos horribles tormentos; y quizá los está padeciendo por el excesivo amor que te profesó, por el ansia de dexarte muchos bienes, por el anhelo de que vivieses tú con grandes conveniencias. ¿Y es posible que no nos han de mover á lástima? ¿que hemos de mostrarnos insensibles á sus gemidos, á sus clamores, á sus penetrantes ayes cuando por ventura toda la ocasion de sus tormentos fue el habernos amado con exceso?

Aquellas afligidas almas no pueden satisfacer por sí mismas á la divina justicia, sino que sea pagando la deuda con el último rigor; pero tú puedes satisfacer por

éllas á poquísima costa tuya. Éllas por sí no pueden merecer gracia, por mas que clamen, ni por mas que padezcan, porque ya no están en estado de merecer; pero tú puedes merecérsela á éllas. Una misa, una limosna, una visita de altares, una mortificacion, la menor buena obra que ofrezcas á Dios por éllas para su alivio, para su refrigerio; todo esto á ti te cuesta muy poco, y á éllas las vale mucho. ¿Tendrás valor, tendrás corazon para negárselo? Cada dia haces mas por un extraño, ¿y no querrás hacer esto poquito por un padre, por una madre, por un amigo?

Y no creas que el alivio que solicitares á aquellas ánimas benditas sea poco provechoso para ti. Ten entendido que toda la caridad que tuvieres con éllas, la tienes tambien contigo mismo. Sabiendo éllas bien que deben á tus oraciones el haberse ido á gozar cuanto antes de la gloria, ¿se olvidarán acaso de ti cuando esten bien informadas de todas tus necesidades, cuando sean tan poderosas con Dios, y cuando su caridad sea mas pura y mas perfecta?

Fuera de que ¿no te has de ver tú algun dia en el mismo estado que éllas? ¿Piensas morir tan santo, tan puro, tan perfecto, haber hecho tanta penitencia por tus culpas, que no tengas que satisfacer en la otra vida? ¿y que lo mismo será espirar, que ser trasladado á la dichosa mansion de los bienaventurados? ¡Ah, que son poquísimos los justos que se libran de pasar por el purgatorio! ¿Pues qué consuelo será tener en el cielo amigos, y amigos que nos ven en las mismas penas de donde nosotros los sacamos á éllos? Siendo poderosos para aliviarnos en tan grande necesidad por el crédito y por el valimiento que tendrán con Dios, ¿cómo es verisímil que se hagan sordos á nuestros gemidos? ¿cómo se han de mostrar insensibles á nuestros tormentos? Y aquel gran Dios de las misericordias, que sabe muy bien la caridad que tuvimos con las ánimas del purgatorio, ¿dexará de aplicarnos las buenas obras de nuestros parientes, de nuestros amigos, y las oraciones de la Iglesia? Y mas cuando tantas veces nos asegura en el evangelio, que la misericordia se reserva para aquellos que la hacen, y que con la medida con que midiéremos, con esa serémos me-

didos. Confesemos, pues, que ninguno puede ser duro con las ánimas del purgatorio, que no lo sea consigo mismo; y que fuera del motivo de la caridad cristiana es interes y provecho propio nuestro el hacer muchos sufragios por los difuntos.

Esta es una de las prácticas mas antiguas, y de las costumbres mas constantes de la Iglesia. Hay pocas semanas en que en los dias de feria no aplique algunos sufragios por éllos; en las mas de las religiones algo antiguas siempre que se reza de feria, ordinariamente se reza tambien el oficio de difuntos. Por una devocion tan provechosa, y por una obra de tanta caridad hemos escogido para la conmemoracion de los difuntos este dia, el único que hay en todo el mes de alguna fiesta particular. *Entiendese en Francia, que en España se reza hoy de san Julian obispo de Cuenca, doble de segunda clase, porque la conmemoracion que se hace de santa Inés, no embaraza que se pueda celebrar la misa de difuntos, especialmente si cayere en lunes este dia.*

La misa es la cuotidiana de difuntos, y la oracion la siguiente.

Fidelium Deus omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis, et regnas...

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles; conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de ti: Que vives y reynas...

La epístola es del capítulo 14. del Apocalipsi.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant á laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor: Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

»Ya queda dicho que el Apocalípsi es el libro donde se »contienen las misteriosas visiones que san Juan tuvo en »la isla de Pathmos, adonde fue desterrado por la fe. »El capítulo 14 de donde se saca esta epístola habla del »juicio final y de la bienaventuranza eterna de todos »los predestinados.

REFLEXIONES.

Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Y ciertamente, ¿sin esta bienaventuranza de qué sirven todas las demas? Morir en el Señor es morir predestinado, es morir en su gracia, es morir como murieron los santos; es entrar en el gozo del Señor para nunca salir de él, es tomar posesion del mismo Dios.

Toda la vida se nos da únicamente para disponernos á lograr una tal muerte; ¿pero nos ocupamos mucho en esta disposicion durante la vida? ¿De qué le sirve al hombre haber vivido con las mayores conveniencias, con la mayor brillantéz? ¿de qué le sirve haber poseido riquisimos tesoros, haber ganado á todo el mundo si al cabo se pierde? ¿y qué equivalente podrá encontrar de su alma? ¡Ah, dichoso aquel que muere en el Señor! entonces ya no hay riesgos que evitar, ya no hay enemigos que temer, ya no hay trabajos, no hay desgracia que recelar.

Entonces cada cual hizo ya su fortuna, sin susto de reveses, sin miedo de competidores, sin recelo de envidiosos. Ya se llegó dichosamente al puerto, donde no se temen ni vientos, ni piratas, ni tempestades. Dolores, tristezas, enfermedades, inquietudes, pesadumbres, sobresaltos, todo está para siempre desterrado de la mansion feliz de los bienaventurados. No se da entrada en aquella santa ciudad á cosa alguna que melancolice. Una alegría pura y llena; una paz, una calma inalterable; una gloria real y superabundante, eso es lo que reyna en aquella dichosa patria; en cuya posesion se entra por medio de esta preciosa muerte. ¡Y es posible que mientras se vive, se trabaje ni se piense en alguna otra fortuna!

La muerte santa es fruto de una santa vida. Cueste en buena hora lo que costare el vivir cristianamente; sea dolorosa y amarga la mortificacion y penitencia; súfrase, padézcase infinito en violentarse; sean los trabajos grandes, prolongados, contínuos; ¿nò habrá lugar para descansar de éllos en toda una eternidad? ¿y no nos indemnizará, no nos recompensará abundantemente de todas nuestras fatigas este eterno descanso? Comprende, si puedes, la gran desdicha que es morir, y no morir en el Señor.

El evangelio es del capítulo 6. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis Judæorum: Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dixo Jesus á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he baxado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendreis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

La muerte es dulce para los buenos, y terrible para los malos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es cosa tan natural que una buena vida tenga por fin una buena muerte, y que una vida desreglada pare en una muerte funesta, como lo es que un

arbol bueno produzca frutos buenos, y un arbol malo produzca frutos malos. La muerte es eco de la vida, esto es, que corresponde perfectamente á élla; ó por decirlo de otra manera, aquéllo que fuere el hombre en la vida, èso será en la muerte.

¿No sería grande extravagancia esperar que aquél que nunca supo hablar, mientras vivió, otra lengua que la de su pais, hable en la hora de la muerte una lengua extrangera? Toda la vida se ha hecho profesion de mundano, de libertino y de irreligioso; y se espera morir como cristiano: ¿será ésta por ventura menor extravagancia?

Si tal vez sucede que algun pecador logre buena muerte, ¿no será una especie de milagro? ¿no le tienen por tal hasta los hombres mas relaxados? ¡Y qué consuelo, Dios mio, el no poderse uno salvar sino que sea por milagro! Los disolutos no deben contar sobre este género de milagros para conseguir su salvacion, mas que lo que pueden contar los enfermos sobre las curaciones milagrosas para lograr la salud.

Es necesario morir: ¡terrible sentencia! pero ya está pronunciada, y es irrevocable. Es necesario morir. ¡O qué palabra tan espantosa para un hombre que jamas ha pensado en la muerte, que toda la vida ha tenido horror de pensar en élla; y que solo el acordarse de élla le servia de intolerable suplicio! ¡Qué turbacion, qué desórden no causan en el alma de un pecador los crueles remordimientos que brotan al oir esta palabra! porque entonces es cuando se siente todo su amargor, cuando se penetra todo su sentido.

Es necesario morir; es decir, es necesario dexar los bienes, la casa, los empleos, los amigos; es necesario despedirse para siempre de todos los gustos de esta vida; y es necesario ir á comparecer ante el tribunal de Dios para darle cuenta de los deseos y de las acciones. ¿Cuántas cosas se han de dexar? ¿cuántas se han de llorar? ¿cuántas se han de disponer? ¿cuántas se han de recelar? Y para todo esto no resta mas que un momento de tiempo. El proceso ya está formado; y dentro de nuestra misma conciencia están las pruebas perentorias de todos los hechos. Dios irritado está á punto de pro-

nunciar la sentencia, y de vengarse por sí mismo de todos los insultos El mismo pecado, sí, el mismo pecado que antes tenia tantos atractivos, ya es un monstruo que se levanta contra el pecador: *Peccatum meum contra me.* ¡O muerte de los pecadores, y qué funesta eres! La memoria de lo pasado espanta; la vista de lo presente consume; el temor de lo futuro desespera. ¡O muerte de los pecadores! ¡Terrible muerte! ¡Muerte cuel! Tú sola equivales á un infierno.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué gozo, qué consuelo causa la noticia de haberse ganado un pleyto de importancia; de haberse levantado la sentencia de un largo y penoso destierro; de haberse conseguido una victoria completa que asegura una corona; pues todo esto se halla, todo se siente, todo se experimenta en la muerte de los justos, y cien veces mas que todo esto. Con élla se pone fin á un tristísimo destierro; con élla se rompe una perpétua cadena de males; con élla espira una contínua vicisitud ó alternativa de escollos, de temores, de peligros; con élla se ciega para siempre jamas un manantial perenne de inquietudes, de sustos, de sobresaltos; con élla comienza una felicidad pura, llena, superabundante, eterna, interminable.

Las almas de los justos están en las manos de Dios, y el tormento de la muerte no los afligirá. Si Dios nos tiene en sus manos; si Dios nos lleva en éllas, ¿de qué podemos temer? Lo que hace terrible la muerte es la vista de un Dios airado; y solo el mismo Dios la puede hacer dulce. Siempre muere contento el que muere como santo.

Cuando no se ama la vida, se dexa sin dolor; cuando se piensa que el morir es principio de una vida eterna, se muere con placer. El que ha amado y ama á Dios ¿podrá temer mucho el caer en sus manos; y mas estando cierto de que si le ama, tambien es tiernamente correspondio del mismo Dios?

No nos da Jesucristo su precioso cuerpo y su preciosa sangre solamente para alimentarnos; dánosle tambien para hacernos vivir eternamente; y el principio

de esta vida eterna es la muerte temporal.

¡Cuánto consuela á una alma justa la memoria de lo pasado! ¡cuánto la alegra la vista de lo presente! ¡cuánto la alienta la esperanza de lo futuro! La esperanza, digo, de las misericordias del Señor, que está para recibir; de la eterna bienaventuranza, que ya está para gozar. La muerte de los justos es como un preludio de la gloria eterna.

A la verdad, el alma mas santa tiene justo motivo para temer á vista de sus pecados; pero tambien la alienta maravillosamente la vista del Crucifixo. Las oraciones de la Iglesia, la intercesion de los santos, y sobre todo la de la Reyna de los mismos santos, la vista misma de Jesucristo inspira á los justos en aquel postrer momento una confianza tan grande en la misericordia divina, que ni la tentacion la derriba, ni la turbacion la ofusca, ni el horror natural de la muerte es capaz de hacerlos titubear.

¡O buen Dios, qué diferencia tan grande entre la muerte de los justos y la muerte de los impíos! Pero la opcion entre estas dos muertes es menester hacerla en vida.

¡Cosa extraña! Todos alabamos mucho á los santos, todos veneramos mucho á los santos; ¿pues por qué no imitarémos sus exemplos? ¿Estaré yo muy satisfecho, Dios mio, solo por haberme contentado con venerarlos, con alabarlos, sin haberme aplicado jamas al empeño de seguirlos? ¿Y los mismos santos hubieran sido santos si se hubieran contentado con vivir como yo vivo?

No permitais, Señor, que estas reflexíones me sirvan de nueva materia de dolor en aquella última hora; y que cuando yo estoy pidiendo por aquellas almas que están padeciendo penas tan terribles por faltas tan ligeras, dexe de hacer esta penitencia saludable; que aunque tan corta, puede por vuestra misericordia librarme de tan crueles tormentos.

JACULATORIAS.

Beati qui in Domino moriuntur. Apoc. 14.
Bienaventurados aquéllos que mueren en el Señor.

Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia. Num. 23.

Tenga yo, Señor, la dicha de morir como mueren los justos, y sea mi fin semejante al suyo.

PROPOSITOS.

Exâmina cómo has cumplido hasta ahora con la obligacion que tienes á las ánimas del purgatorio. En él tendrás padres, amigos y parientes; todos los fieles que se hallan en aquellas penas son hermanos tuyos: ¿qué has hecho para aliviarlos? Medios no te faltan. Aquel padre que te crió con tanto desvelo, aquella madre que te amó con tanta ternura, y que quizá ahora están padeciendo únicamente por lo demasiado que te amaron; esos están ardiendo despues de su muerte en aquellas abrasadoras llamas, y ahora imploran tu socorro. Aquellos mismos que te dexaron tan crecidos bienes, aquellos amigos que te hicieron servicios tan importantes, todas aquellas almas atormentadas y afligidas, muchas de éllas profundamente abandonadas y olvidadas de todo el mundo, todas claman, todas gritan, todas levantan las manos y los ojos ácia ti, diciéndote enternecidas: *Miseremini mei saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me*: Vosotros que cuando vivíamos os mostrásteis tan amigos nuestros; vosotros que ahora nos podeis hacer tanto bien á poquísima costa vuestra, compadeceos de nosotras, tened misericordia de nosotras. Exâmina, pues, en este dia qué has hecho por aquellas benditas ánimas. Qué oraciones, qué limosnas, qué buenas obras, cuántas misas has mandado decir por su alivio. ¿Has cumplido con los legados pios que dexaron éllas, y cuyo cumplimiento tienes á tu cargo? ¿has restituido todo lo que debe tu herencia? ¡O cuantas almas están penando en el purgatorio por la dureza, y por la avaricia de sus hijos y herederos! ¡Qué crueldad! ¡qué pecado! No dexes pasar este dia sin cumplir con una obligacion tan estrecha y tan importante.

2 Imponte una como ley de que no se te pase dia alguno sin hacer particular oracion por las ánimas del purgatorio, aunque no sea mas que rezar el *De profun-*

dis... Si puedes, manda decir hoy un misa; y si no, óyela á lo menos por las mismas benditas ánimas. Todas las buenas obras que hoy hicieres, todas las limosnas que dieres, sean por su alivio. Es devocion muy loable acabar el rosario y las demas devociones, ó el oficio divino, los que tienen obligacion de rezarle, con alguna oracion por los difuntos. La caridad que se tiene con aquellas dichosas encarceladas, es medio eficacísimo para morir con la muerte de los justos. Apenas se encontrará pueblo alguno donde no esté concedida cada mes alguna indulgencia por los difuntos; nunca dexes de hacer cuanto puedas para ganarlas esta indulgencia. El celo que tuvieres por aquellas almas afligidas, siempre te servirá á ti de grandísimo provecho. Algun dia tendrás tú necesidad de los sufragios de los fieles; pues usa ahora de la mayor caridad con las ánimas del purgatorio, si quieres que Dios te aplique entonces las oraciones y las buenas obras que ofrecieren ótros por éllas. ¡Y qué felicidad, qué consuelo será el tuyo si tienes la dicha de librar, de aliviar, aunque no sea mas que á úna de estas benditas animas! ¡Qué no podrás esperar de élla luego que se vea gozando de la presencia de Dios en el cielo! Da todos los dias, si puedes, una limosna por las ánimas del purgatorio, y reza una vez cada mes el oficio de Difuntos.

NOTA. En este dia celebra la iglesia de España á san Julian, obispo de Cuenca; cuya vida se halla colocada en el dia 5 de septiembre, en el que se celebra su translacion.

☞ DIA VEINTE Y OCHO.

San Valerio, obispo de Zaragoza.

La antigua, noble y deliciosa ciudad de Zaragoza, fertilísima entre todas las de la provincia Tarraconense, y la mas famosa por los monumentos de piedad que en élla se conservan, fue la patria de san Valerio. Sin embargo de haber tenido esta ciudad la ventura de que los mismos

que desolaron otras muchas tuvieron respeto á su grandeza al tiempo de conquistarla, ha sido desafortunada en las pérdidas que ha padecido, pereciendo sus archivos en repetidos incendios. Por esta causa son muy escasas las noticias que han llegado á nuestros tiempos de los héroes de la religion cristiana, en que fue gloriosa y fecunda sobre las demas ciudades de España en los primitivos siglos de la Iglesia. Ignórase absolutamente toda la série de sus prelados hasta san Valerio, siendo éste el primer obispo de quien con seguridad se puede hablar, aunque con el dolor de sernos desconocidas las particularidades de su preciosa vida, hasta que junto con san Vicente fue preso en tiempo de la persecucion de Diocleciano y Maxîmiano. No obstante, de las Actas de este invicto mártir de Jesucristo, de lo que escribió el famoso Cesaragustano Prudencio, y de otras memorias auténticas, se deduce con seguridad lo siguiente.

Antes de la mitad del siglo tercero enriqueció Dios á la Iglesia con el nacimiento de san Valerio, en quien la preparaba un ministro digno, cual requiere la acertada y fiel dispensacion de la sangre del Crucificado. Se ignoran los nombres de sus padres; pero se sabe por Prudencio que eran nobilísimos, de la casa ilustre y consular de los Valerios, una de las familias mas esclarecidas que tenia entonces Zaragoza, y de la cual habian salido, antes de nuestro Santo, varones muy exemplares, y de la mas alta dignidad en la Iglesia. No ha faltado quien le hiciese griego de nacion, diciendo que san Sixto II. le traxo á España cuando vino al concilio de Toledo, y que al pasar por Zaragoza, viéndola sin obispo, dexó á san Valerio en su silla; pero los manifiestos errores que contienen estas palabras, hacen la noticia tan apócrifa como verdadera la contraria. Crióse el Santo con una educacion correspondiente á su esclarecido nacimiento, y en la piedad que se derivaba de sus antepasados. Estudió letras sagradas y profanas, en que se aventajó sobremanera, mayormente adornando su espíritu con la sumision y con la desconfianza de las propias luces, sin cuyo requisito las mas veces degenera la humana sabiduría en aquel género de cien-

cia altiva que condena san Pablo. Veía toda Zaragoza no solamente los crecidos provechos que habia sacado de sus estudios, sino lo que es mas digno de llevar la atencion, que Valerio en medio de una edad floreciente, y por lo comun peligrosa, en medio de las proporciones que le ofrecia la nobleza de su familia para las diversiones y aun disoluciones de la juventud, se conservaba inocente, y con un método de vida que servia á un mismo tiempo á la santificacion y al aprovechamiento de los demas.

A proporcion que se le aumentaban los años, iban tambien creciendo en él los merecimientos; de modo, que llegaron á ser conocidos de todos, y á ser premiados de cuantos eran conocidos. Antes de que la ambicion clavase su ferino diente en lo sagrado, era la justicia quien repartia las dignidades y los oficios, y el mas poderoso medio para obtenerlos era la aptitud para éllos, y la virtud sólida con que se hubiesen merecido. Por estos escalones subió san Valerio á la cumbre del obispado; y aunque ignoramos sus hechos mientras vivió en los grados inferiores, se puede discurrir cómo serviria á la Iglesia y al pueblo, quien por aclamacion de todos fue puesto en la silla episcopal en un tiempo de turbacion en que el pastor y el rebaño eran perseguidos por los enemigos de Jesucristo. Fue su consagracion cerca de los años del Señor de 290, con tanto sentimiento suyo, como gusto y complacencia del clero, que en él se prometia un obispo perfecto.

Acreditó la verdad que no habia sido errado su dictamen, ni mal apoyadas sus esperanzas, porque sentado Valerio en la silla episcopal, comenzó á derramar luces de divina sabiduría, y á esparcir por todas partes los efectos de su celestial beneficencia. Era misericordioso y caritativo con los pobres: el huérfano, el pupilo, la viuda desamparada, tenian en su obispo padre, tutor, esposo y todo su amparo. Cuidaba de lo temporal como si no tuviera otro empleo, y al mismo tiempo eran las almas de sus súbditos las que le costaban mayor cuidado. Para este efecto las proporcionaba dignos ministros que las dirigiesen, enseñasen y con-

firmasen en la sana doctrina, con un celo fervoroso y encendido que le abrasaba el corazon, con una integridad que despreciaba todos respetos humanos, y con una caridad que nada temia mas que desagradar á Jesucristo. Era Valerio el complemento de las esperanzas de su pueblo, y tal que no pudieran haber deseado un obispo tan cabal y perfecto, excediendo el conjunto de sus prendas y virtudes á las miras y deseos que al tiempo de elegirle se habian prefijado.

Como conocia que uno de los principales medios, ó acaso el único, para promover, conservar y afirmar el verdadero espíritu del evangelio, pende de la buena eleccion de obreros y ministros que le cultiven, tuvo siempre gran cuidado de exâminar la vocacion de los que se dedicaban al santuario; y antes de adjudicarlos para siempre á tan santo ministerio, estaba bien seguro de que su conducta habia de ser de edificacion y exemplo á los fieles. Estos de cualquier grado, dignidad, oficio y estado que sean, tienen las mismas obligaciones y las mismas leyes que los eclesiásticos, porque todos profesan una misma religion, que es la de Jesucristo; pero los que sirven al altar, por la alteza de su ministerio deben aspirar á mayor perfeccion, y servir de exemplo y regla por donde los demas conduzcan sus acciones; pero si por desgracia no llenan su ministerio, y en vez de servir de edificacion sirven de escándalo, faltarán á su obligacion, haciéndose reos de la sangre de Jesucristo; pero nunca podrán servir de escusa á las transgresiones de los pueblos. La fatal preocupacion que sobre este punto ha reynado siempre en las gentes del siglo, hacia mas vigilante á san Valerio, y sola la eleccion de san Vicente que ha llegado á nuestra noticia, puede servir de testimonio de su cuidado é integridad.

Este santo Mártir, celebrado por su fortaleza y por las terribles circunstancias de su martirio en toda la Iglesia desde sus primeros siglos, es el dichoso fruto por donde podemos venir en conocimiento del arbol precioso que le produxo. Engendróle en el espíritu san Valerio, enseñándole las ciencias sagradas y el santo temor de Dios con que le iba disponiendo y labrando cual piedra preciosa que habia de servir de ornamento á la celes-

tial Jerusalen. Viéndole tan aprovechado y digno de servir en el mas alto ministerio á la santa Iglesia, le ordenó de diácono, y le constituyó, segun la disciplina antigua, por su cooperador y compañero en los santos exercicios, en que siempre á los obispos acompañaban uno ó mas diáconos. Ademas de esto, le encargó uno de los oficios privativos suyos, que era la dispensacion de la divina palabra. Era san Valerio sumamente anciano, y con los años, trabajos, penitencias y desvelos contínuos en el cumplimiento de su cargo, se le habia aumentado cierto impedimento para hablar, que tenia en la lengua, al paso que habia crecido el deseo de que sus ovejas recibiesen en mayor copia el pasto de la divina palabra. Como san Vicente era capaz de desempeñar á satisfaccion el ministerio, y le empeñaba á emplearse en él con todas sus fuerzas el celo de su obispo, resultó un fruto copioso á proporcion de la caridad y vigilancia pastoral de quien le promovia. Jamas se vió tan floreciente Zaragoza; jamas fueron sus costumbres tan arregladas al evangelio; jamas se vió éste observado con mas pureza, ni respetadas con mayor sumision las leyes y disciplina eclesiástica. Pudo en este tiempo feliz preciarse Zaragoza de que su distrito, comprendido en él todo el obispado, era el teatro donde se veia en todo su esplendor, magestad y pureza la religion de Jesucristo; donde mas alumnos crió el espíritu de mortificacion y desprecio del mundo, y donde se produxeron mayores testigos que con su sangre manifestaron la verdad del evangelio.

El cuidado de sus ovejas no disminuia un punto el resto de sus obligaciones. Todos los obispos debian atender á que estaban sentados en la silla del imperio Diocleciano y Maxîmiano, y que aunque el fuego de la persecucion solia amortiguarse, tenia sobrado cebo en los infernales pechos de los Emperadores, para arder despues con mas vigor y voracidad. Debian por tanto conferenciar entre sí los obispos, y asegurar los medios mas conducentes para sostener al pueblo en la firmeza de la fe que habia profesado, sin que bastasen tormentos ni promesas para contrastarla. A este fin se juntó un concilio, que fue el primero de España, en la ciudad de

Eliberi, hoy Granada, á que asistió san Valerio, y firmó en sexto lugar, precediendo en mucho tiempo al famoso obispo de Córdoba Osio, que firmó en el undécimo. En él se entablaron canónes muy oportunos para confundir y poner en ódio á la idolatría, y robustecer y dar ánimo á los que habian recibido el bautismo.

Contento san Valerio con el auxîlio que se le acababa de proporcionar para la mayor santificacion de sus ovejas, se volvió á Zaragoza á continuar los desvelos de su cargo pastoral. Exercitábase en éllos con su diácono Vicente, exhôrtando á los remisos, aterrando á los soberbios, fortaleciendo á los flacos, y haciéndose todo para todos, á fin de ganarlos á todos para el Señor. Con singularidad procuraba inspirar en sus corazones la virtud de la fortaleza, proponiendo el precio de la fe y las coronas inmarcesibles que tiene Dios ofrecidas á quienes delante de los hombres le confiesan. No duró mucho la tranquilidad; y se vió bien en breve cuan oportunamente preparaba á sus fieles para la batalla que el enemigo comun les presentaba.

Llegó en este tiempo á Zaragoza el presidente Daciano, á quien en el año anterior de 303 habian enviado á España Diocleciano y Maxîmiano por ministro de sus crueldades y executor de la horrible y sangrienta persecucion que habian movido contra el nombre de Cristo. Informado de que el obispo Valerio y su diácono Vicente eran las cabezas y caudillos que sostenian la religion del Crucificado, predicando incesantemente la verdadera doctrina del evangelio, y contra la supersticiosa y vana adoracion de los ídolos, pensó con astucia infernal que destruido el principio podria mas facilmente derribar y deshacer cuanto por él se sostenia. Mandó inmediatamente que prendiesen á los dos Santos y los traxesen para ser juzgados á su presencia. No eran tan vivos los deseos que tenia el tirano de derramar su sangre como los que encendian los dos fervorosos corazones de verterla valerosamente por la confesion de Jesucristo. Apenas hubieron entendido el decreto cuando éllos mismos con la mayor presteza determinaron ponerle en execucion, alentados de la fe, y gozosos con la dulce esperanza de la victo-

ria que ya veian cercana. La misma consideracion de los duros tormentos que se prometian padecer, los alentaba y comunicaba mayor espíritu para acelerar sus pasos á la casa del Presidente, en donde debian ser juzgados.

Puestos en la presencia de Daciano confiesan con voz intrépida y libre que adoran á Jesucristo, á quien reconocian por verdadero Dios; y abominaron los torpes ídolos que la ciega gentilidad adoraba. Bien quisiera el cruel ministro castigar allí mismo aquella cristiana libertad que en su interior calificaba de temeraria osadía; pero creyendo que con aflicciones y malos tratamientos podria quebrantar sus ánimos y resoluciones, mandó que los cargasen de hierro y los llevasen á Valencia. No contento con esto encargó que los maltratasen en el camino, escaseándoles el sustento necesario para la vida, y que los pusiesen bien asegurados en el calabozo mas hediondo, incómodo y obscuro que en las cárceles hubiese. Los soldados del Presidente executaron su órden; y cargando á los Santos de pesadas cadenas de hierro, los llevaron con la mayor inhumanidad, añadiendo á la vejez y debilidad de san Valerio, y al cansancio y tormentos de las prisiones, los denuestos y mortificaciones que su furia les dictaba. A los tormentos del camino se siguieron los de la carcel, en donde estuvieron mucho tiempo cargados de prisiones, y con la misma escasez de comida que el Presidente habia determinado.

Restituido éste de Zaragoza á Valencia, creyó que enflaquecidos y extenuados los cuerpos de los Santos varones, habrian tambien descaecido las fuerzas de su espíritu. Pensaba por tanto hallarlos mas blandos y accesibles para las propuestas de paz que habia de hacerles, y contaba ya con un exemplo famoso de abjuracion del nombre cristiano, capaz de conmover y trastornar á los mas fuertes, y de proporcionarle una conquista que haria el nombre de Daciano glorioso en el gentilismo. No queria ademas que muriesen obscuramente entre los tormentos, hambre y hediondez del calabozo, sin que pudiesen ser á los demas fieles un escarmiento horroroso; pues en tal caso, decia el inhu-

mano juez, ni con los muertos tendria piedad, y hubiera atormentado ó escarnificado á los cadáveres para infundir terror á los vivos. Manda, pues, que saquen á Valerio y á Vicente de la carcel, y los traigan á su presencia, lo que al punto fue executado.

Esperaba el juez injusto ver delante de sí dos hombres pálidos, extenuados, consumidos; ver sus ojos amortiguados, sus alientos abatidos, y con todas las señales que anuncian una cercana muerte; pero se quedó suspenso y helado cuando contra su esperanza vió que estaban mas lucidos, fuertes y vigorosos que cuando en Zaragoza los habia visto. No alcanzaba que pudiese haber sido efecto milagroso y gracia sobrenatural de aquel Dios igualmente omnipotente y benéfico que adoran los cristianos; y vuelto á sus ministros, ciego de cólera y furor les dixo: *¿Cómo habeis tenido osadía para regalar á estos reos con abundante comida y bebida contra lo que yo he mandado?* Aquietóse algun tanto, para que la furiosa cólera que agitaba su corazon no desautorizase á sus palabras, y con tono mas templado y persuasivo dixo á san Valerio: " ¿Qué es lo que haces, Vale-
»rio? ¿En qué piensas? ¿Juzgas que es suficiente pretex-
»to para desobedecer á los príncipes el apoyo de la va-
»na religion de que te precias? ¿Ignoras que los que nie-
»gan la obediencia á sus decretos tienen en gran peligro
»sus vidas? Los Señores y Emperadores del mundo tie-
»nen mandado que sacrifiqueis á los dioses, sin que
»pretendais profanar un culto antiguo y venerable por
»su dignidad, con las leyes de una religion falsa y des-
»conocida. Vuelve en tí: reflexîona mis amonestacio-
»nes, y ofrece á los dioses incienso, para que viendo
»los demas que su obispo abraza este partido, sigan
»con mas facilidad la religion que te propongo. Y tú,
»Vicente, acuérdate que eres noble, y de que estás en
»medio de las mas lisonjeras proporciones por tu juven-
»tud florida y por la alteza de tu linage. Uno y ótro
»son motivos poderosos que te deben persuadir á dar
»asenso á mis palabras. Finalmente, resolveos: declarad
»únanimemente vuestro último dictamen, para que se-
»gun él sea, recibais, ó premios y galardones, ó tor-
»mentos crueles y los últimos suplicios."

Oido el asunto y capcioso razonamiento del inicuo Daciano, respondió el santo Obispo, que estaban prontos y aparejados á derramar con gusto su sangre en defensa y testimonio de la santa religion que profesaban: que abominaban de todo su corazon los dioses de los gentiles, y que los decretos de los Emperadores no se debian obedecer cuando expresamente eran contrarios á lo que manda Jesucristo. Como san Valerio daba esta respuesta con algun trabajo por el impedimento de su lengua, y el juez instaba con nuevas réplicas y reconvenciones, pidió san Vicente licencia á su obispo para hablar y dar satisfaccion á Daciano. Concediósela el Santo, diciendo: *Tiempo ha, hijo mio muy amado, que con suma satisfaccion y consuelo de mi alma te encargué el santo ministerio de la divina palabra, para que instruyeras á los fieles: de la misma manera te encargo ahora que respondas en defensa de la fe, por cuya causa nos hallamos en este tribunal.* Luego que san Vicente hubo obtenido esta licencia, habló al juez con tanta libertad y constancia, con tal desprecio de los dioses y de los tormentos, que encendido en rabiosa cólera Daciano, dirigió sus miras á hacer en Vicente un exemplar escarmiento; y lleno de enojo, dixo: *Quitad de mi presencia á este obispo, el cual sea al punto desterrado por haber despreciado los imperiales edictos.*

No fue piedad lo que movió al juez á dexar con vida á san Valerio, sino el deseo de que fuese su tormento mayor, siendo mas duradero y prolongado. Le veia en los años mas trabajosos de una vejez achacosa, y hecha mas pesada con los ayunos, penitencias, vigilias y atencion contínua á los oficios de su cargo; y pensó que esto mismo, junto con el destierro, le sería una pena contínua, que estaria sirviendo de escarmiento á los que quisiesen seguir sus pasos. Púsose en execucion la sentencia; y al separarse los dos Santos, úno para ser llevado al ecúleo y el ótro al destierro, fueron tantas las lágrimas de san Valerio, que conocieron los crueles ministros cuánto envidiaba la suerte de Vicente. La caridad hacia hervir su helada sangre en fervientes deseos de derramarla por Jesucristo; pero la Providencia tenia diferentes miras, y san Valerio hubo de conformar-

se con sus consejos inescrutables. Saludáronse amorosísimamente los dos invencibles soldados de Jesucristo: dixéronse palabras de grande edificacion y ternura; y confortándose mútuamente en sus trabajosos destinos, se dixeron el último adios, despidiéndose en este mundo, hasta la patria celestial.

San Valerio fue llevado á cumplir su destierro á un lugarcillo infeliz, llamado Enet, distante una legua de Barbastro en la ribera del rio Cinca, con la mira de que su espíritu estuviese mas atormentado oyendo las crueldades que en su rebaño hacian los ministros de Satanás, y viéndose imposibilitado á suministrarles el pasto de la celestial doctrina; pero el Santo convertia en su propia santificacion todo el cuidado que no podia emplear en el provecho de sus ovejas. Exercitábase en ayunos, penitencias, leccion de los libros sagrados y meditacion contínua de las divinas grandezas. En estos santos exercicios pasaba su preciosa vida, esperando por instantes que el Señor le librase de los lazos de la mortalidad para ir á gozar de sus eternas recompensas. Llegó á su noticia el triunfo que su arcediano Vicente habia alcanzado en Valencia, muriendo en la confesion de la fe entre tormentos horribles que sufrió, no solo con admirable constancia, sino con gozo y alegría: pedia á Dios que fuese servido de darle facultades para edificar una iglesia en honor del santo Mártir, y oyendo tan justas súplicas, le concedió este consuelo. No hay fuerza, no hay consejo contra la fuerza y consejos del Altísimo. En medio de las calamidades de un destierro y de estar el santo Obispo destituido de todos los socorros humanos, hubo piedad y valor en los fieles para proporcionar al santo Prelado los caudales que para una obra costosa y ruidosa al mismo tiempo eran esenciales y necesarios. Con este consuelo se avivaron mas los deseos que tenia de ver coronado en la gloria á quien habia construido un monumento de eterna veneracion en la tierra. Sintió que estaba muy cercano el cumplimiento de sus esperanzas; y habiéndose preparado con todo el fervor de su ardentísima caridad, dexó al mundo para vivir eternamente, gozando el premio de sus trabajos y heróicas virtudes en el cielo.

Sucedió su dichosa muerte en el año del Señor de 315, habiendo vivido en el destierro con invicta paciencia once años. Su cuerpo fue sepultado por los cristianos en el castillo de Estrada, en donde se mantuvo con gran veneracion, obrando Dios contínuamente por la intercesion de su Siervo muchos portentos y maravillas con los que sencilla y devotamente imploraban su patrocinio. En la venida de los sarracenos pereció con la destruccion del castillo de Estrada la memoria de las preciosas reliquias, hasta que el año de 1050 se dignó Dios revelar el lugar donde reposaban al devoto Arnulfo, obispo de Roda, quien trasladó el cuerpo del Santo á su silla, colocándole en la iglesia de san Vicente. Poco despues de la conquista de Zaragoza, sucedida en diciembre de 1118, obtuvo su obispo y cabildo, á fuerza de ruegos y lágrimas, del obispo de Ribagorza Raymundo, que habia venido á felicitarlos, la gracia de que les diese un brazo entero de su santo Prelado. Hízose la translacion con tanta pompa y aparato, y manifestó el pueblo tan extraña alegría, que salian todos sin distincion de clases, edades ni sexôs al camino dando saltos de contento, y haciendo otras demostraciones que llenaron de sorpresa á los mahometanos, no pudiendo ver sin risa que se hiciesen tales fiestas por un hueso de hombre muerto.

Dios, que tiene gran cuidado de honrar á sus siervos, y de manifestar á los infieles con prodigios las verdades de la religion cristiana, quiso cumplir úno y ótro, haciendo que á la presencia de la santa reliquia saliese el demonio del cuerpo de un infeliz energúmeno, á quien atormentaba con horrorosos dolores y contorsiones, que ponian espanto á cuantos le veían. En el año de 1170 vino el rey Don Alonso II. á celebrar la fiesta del nacimiento de Cristo á la iglesia de san Vicente de Roda, y suplicó á su obispo Don Guillen Perez, y al Capítulo, le hiciesen merced de darle la cabeza de san Valerio. Condescendieron gustosos con la devocion del Príncipe, quien entregándola al obispo de Zaragoza, hizo que se trasladase á esta ciudad, donde se venera con suma devocion en la iglesia de la Seo. Otras muchas iglesias se honran con alguna reliquia de este santo Prelado, espe-

cialmente Castelnou, lugar perteneciente al ducado de Hijar, al cual manifestó una particular proteccion cuando vivo, y mucho mas despues que reyna con Dios en los cielos. Los prodigios que han visto sus devotos, y las mercedes señaladas que por su intercesion han recibido de la divina mano, dificultosamente pueden reducirse á número determinado: y solos los preciosos dones con que la casa del excelentísimo señor duque de Hijar ha manifestado su agradecimiento por los favores que ha recibido de este Santo, son una prueba de la largueza con que socorre á sus devotos, y del alto grado de gloria con que Dios ha coronado sus merecimientos.

La misa es en honor del Santo, y la oracion es la siguiente.

Omnipotens sempiterne Deus, qui sacram beati Valerii confessoris tui atque pontificis solemnitatem hodierna die venerari voluisti: nos famulos tuos ab omni culpa liberos esse concede; ut ejus intercessione ad vitam perveniamus æternam: Per Dominum...

O Dios eterno y todopoderoso, que has querido que veneremos hoy la festividad sagrada de tu confesor y pontífice el bienaventurado Valerio; concédenos á tus siervos que seamos libres de toda culpa, para que por su intercesion lleguemos á la vida eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 44. y 45. de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en

oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que exerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

He aquí un sacerdote grande, que mientras vivió fue agradable á su Dios. De nada sirve, segun el lenguage de las santas escrituras, el agradar á los hombres; solo se cuenta en el número de los buenos el que procura agradar á Dios. Si yo pensase en complacer á los hombres, decia el Apóstol, no sería siervo de Jesucristo. El mismo Salvador dice expresamente á sus discípulos que no pueden agradar al mundo, porque no son del mundo; que si lo fueran, el mundo los estimaria: y si este divino oráculo debe verificarse respecto de cualquiera fiel imitador de Jesucristo, mucho mas se debe comprobar en sus ministros. La conducta de éstos debe ser una continua censura de las máxîmas del mundo; deben reprender, argüir, corregir y enmendar todo género de delitos á todas horas, en todas ocasiones; y esto es imposible que pueda grangearse la estîmacion del mismo mundo. La mayor prueba de la virtud de un sacerdote es el no hacer caso de los aplausos y elogios de los mundanos; antes bien debe despreciarlos y huir de éllos, como que son la polilla que roe las buenas obras.

Los mismos medios por donde se busca muchas veces la estimacion del mundo son los que mas desacreditan á los sacerdotes. Aun el seglar mas relaxado entiende bastante de virtud y de moral para censurar en su interior la conducta de un eclesiástico. Cualquiera sabe que todo el que pretende un beneficio ó una dignidad eclesiástica se hace indigno de élla por el mismo hecho de pretenderla: y baxo este principio, ¿qué juicio deberá formar de las baxezas, de las indignas sumisiones y de los infames

artificios con que se solicitan las puestos de la Iglesia? Todos saben que la caridad y el desinteres son las virtudes características de los sacerdotes, y se escandaliza altamente cuando ven que las rentas eclesiásticas tienen un destino muy ageno de su naturaleza é instituto. Todos conocen que el mérito, la virtud y la ciencia deben ser la única y la mayor recomendacion del ministro de la Iglesia; que debe ser el espejo en que se miren los seglares; que deben recurrir á él para pedirle consuelo en sus trabajos, consejo en sus dudas, y doctrina para el régimen de sus conciencias; pero hallan tal vez un sacerdote distraido, ocupado únicamente en los negocios é intereses del siglo, que no sirve sino de gravamen á la Iglesia; que huye del trabajo á que le obliga su ministerio, y que es mas ignorante en la ciencia de la religion que éllos mismos. Por eso se queja amargamente san Gregorio del daño que ocasionan á los fieles aquellos sacerdotes, que habiéndolos destinado Dios para la correccion de los demas, son éllos mismos exemplo de corrupcion; cuando pecan los que debieran contener y refrenar á los pecadores, cuando no buscan el interes de las almas que se les han confiado sino el suyo propio; cuando por verse superiores á los demas se toman la libertad de vivir como se les antoja; por mas que piensen en agradar al mundo, imitando sus modales, manifestando un ayre de vanidad que los equivoca con los mismos mundanos, solo pueden conseguir que el mundo los abomine, y que Dios los aborrezca. Un sacerdote exemplar no puede menos de ser amado de Dios y de los hombres; éstos hacen justicia al mérito de la virtud, aun cuando está en contradiccion con sus relaxaciones y costumbres; pero no pueden llevar en paciencia que se les parezcan los que han hecho profesion de no imitarlos.

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni de-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy lejos de su pais, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno

dit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi, ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fue, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas: y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dixo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he grangeado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

Sobre la limosna.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay remedio mas seguro para nuestra santificacion, y para nuestra justificacion, si somos pecadores, que el que nos ofrece Dios en la limosna. ¿Eres

justo y quieres aumentar la santidad? pues es un excelente medio la limosna; porque todas tus obras son tanto mas agradables al Señor, cuanto son nacidas de una mayor santidad; y se debe convenir en que aquellas obras en que damos á Dios mayor honor y gloria, son tambien las mas propias para santificarnos. ¿Qué es, pues, lo que haces cuando socorres á tu hermano necesitado? Reconoces del modo mas solemne el soberano dominio de tu Dios; y la obediencia que en esto protestas á su suprema autoridad eleva infinitamente el precio de la limosna. Este Dios santo te manda distribuir tus bienes con aquéllos á quienes la Providencia ha querido privar de éllos. Son tan terminantes sus órdenes en este punto, que no admiten réplica ni interpretacion. Bien sea que des limosna por tu natural inclinacion, ó ya tengas que vencer para ello tu codicia, das no obstante á Dios las pruebas mas sensibles de sumision y de respeto; porque ó sacrificas á Dios tus pasiones é intereses, ó bien te haces un santo hábito á respetar sus intenciones y designios, y ofreces en ello al Señor un debido sacrificio de alabanza. Persuadido á que Dios es el árbitro supremo de todos los bienes que de su mano has recibido; que su solo poder y voluntad es el que fecunda ó esteriliza los campos, le reconoces como al primer propietario de tus bienes. Miras entonces al pobre como á un substituto de Dios para el cobro del tributo que le debes, y te miras á ti mismo como dispensador de aquellos bienes que la Providencia puso tu cuidado, testificando juntamente tu propia indigencia á los ojos de tu Dios: y este obsequio es tanto mas grato y sincéro, cuanto es menos violento y mas conforme al designio de Dios en enriquecerte.

Porque ¿qué otro fin pudo proponerse la eterna Sabiduría en llenar á únos de bienes, dexando á ótros sumergidos en la miseria, y confundidos con el polvo de la tierra? No otro que el que dice el Apóstol; á saber, que la abundancia del rico supla la indigencia del pobre. Así se conserva en el mundo aquella mútua dependencia que hace que el rico necesite de los trabajos del pobre, y el pobre halle de que subsistir en los socorros del rico. Esta misma desigualdad es la que conserva el órden, la subordinacion y la dependencia que á cada uno corresponde;

admirable disposicion por cierto de la divina Providencia, cuya equidad y sabiduría hace ver al rico caritativo.

Blasfema un impío de la Providencia, y atribuye al capricho de la fortuna la desigualdad que se observa en la reparticion de los bienes de la tierra. ¿Dónde está, dice, el Dios de estos hombres abandonados é infelices? Si el mismo Dios es el que ha criado al pobre y al poderoso, ¿por qué esta aceptacion de personas? Si él es y se llama Padre de los pobres, ¿por qué los dexa combatir contra su mala fortuna? El pobre mismo maldice tambien la mano divina que le ha formado; se olvida del Dios que le sostiene, y le hace autor de los males que le oprimen. Pero dame un rico caritativo, y éste hará convenir al impío en que hay un Dios que cuida de las necesidades de los que le invocan: un Dios rico en misericordias para todos los los que se llaman sus hijos. Un rico limosnero justificará la providencia en el espíritu de los pobres, mucho mejor que lo pudieran hacer los mas sólidos razonamientos. Nada harás con exhortar á un pobre á la confianza en aquel Dios que no se olvida de las aves del campo, en vano le predicarás que se conforme con las disposiciones divinas; todos tus discursos no harán impresion en su alma grosera mientras se ve morir en el seno de la necesidad y la indigencia. Pero cuando un nuevo Elías multiplica el pan de esa viuda desamparada; cuando el pobre ve que sin pensarlo se halla socorrido, entonces esta inopinada limosna triunfa de su poca fe: entonces tus exhortaciones hallan en él un corazon docil y bien dispuesto, y se ve precisado á confiar en aquel Señor que le socorre. De manera, que con sola esta limosna puedes remediar muchas necesidades. ¿Pero piensan así esos ricos indolentes, á quienes nada basta para satisfacer sus pasiones, y que nada tienen mas olvidado que la miseria de los pobres?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que á pesar de las terribles maldiciones con que Jesucristo nos ha hecho tan temibles las riquezas, se convierten en fuentes inagotables de gracia y de bendicion

para el rico que sabe hacer de éllas el uso que las corresponde. Las riquezas pueden librarte de los escollos en que suele naufragar la salvacion de los poderosos. La irreligion, la indolencia, el ocio, la molicie, la soberbia y la codicia, vicios tan ordinarios, y casi connaturalizados con las riquezas, ya no hallan cabida en el corazon del rico misericordioso. Aquella iniquidad universal que sale del seno de las riquezas, se hace para el rico un medio seguro de felicidad; porque, como dice Dios, todo se hace puro y santo para el que diere liberalmente sus bienes á los pobres. La caridad, que es la que da mérito á todas las virtudes, releva infinitamente el precio de la limosna, y cubre así la multitud de los pecados; porque ¿cómo podrá Dios negar su misericordia al que ve sensible á las miserias de sus semejantes? Aun cuando tuviese armado contra ti el rayo de su ira para perderte, se le arrancaria de las manos la misericordia que exercitas con el pobre.

Si adviertes tambien que el pobre á quien socorres es hermano tuyo, redimido con la misma sangre del Cordero inmaculado, unido con la misma fe y esperanza, hijo de la misma Iglesia y coheredero de la misma gloria, hallarás otros tantos motivos de piedad para compadecerte de su desgracia. Pero mas que todo esto debe determinarte la consideracion de que no es precisamente un hombre á quien socorres; éste pudiera serte ingrato, y pagarte con injurias el beneficio que le haces: es el mismo Jesucristo quien da por recibida en su persona la limosna que das al pobre necesitado. ¿Y podrás dudar de su bondad, ó de su liberalidad para premiarte el bien que le haces en la persona de sus miembros indigentes?

Un vaso de agua que des al pobre, es lo mismo que si lo dieses al mismo Jesucristo que viniese á pedírtelo en persona. Esta es una verdad de fe tan cierta como cualquiera de los artículos de creencia de nuestra religion; pero si se creyese como es debido, ¿se verian tantos pobres, y extremamente necesitados entre los cristianos? ¿habria un cristiano, por duro y cruel que fuese, que se atreviera á negar una limosna al mismo Jesucristo si se la pidiese? No es creible. Con todo, perece de hambre el mismo Jesucristo en la persona de sus pobres.

Aun cuando no te mueva tu propio interes en la limosna, debe moverte la consideracion de los muchos bienes que puedes causar, y de los males que puedes evitar con élla en tus hermanos. Tal vez mantienes en la debida sumision á un hombre, que cansado de arrastrar las tristes cadenas de su infortunio, estaba ya á pique de acabar su vida en la desesperacion mas horrorosa: tal vez conservas en la inocencia una castidad vacilante, que no pudiendo resistir á los duros golpes del hambre, reunidos muchas veces con las mas vivas é importunas solicitaciones, siente á un tiempo mismo el rigor de la miseria, y el riesgo del honor y la conciencia. ¡Cuenta, si puedes, en este caso los pecados que evitarias con sola una limosna! Consuelas acaso á unos miserables, que baxo el peso de los males que los oprimen, no saben si deben llorar mas la privacion de los bienes de fortuna, ó la conservacion de su vida moribunda: á unos miserables, que unidos por los vínculos mas estrechos de la sangre á otros tan infelices como éllos, añaden al dolor de su propio tormento el de ver padecer á aquellos que mas aman. Por cortas que sean tus limosnas, sostienes la confianza del pobre, enxugas sus lágrimas, y derramas en su pecho una felicidad que le anima y le fortalece.

¡Oh, gran Dios, y qué á poca costa me habeis hecho facilísimo el medio de salvarme! Es vuestro sin disputa todo lo que tengo, y me premiais como si hiciese una gran cosa cuando os vuelvo lo que de vos he recibido. Ahora quisiera yo tener riquezas inmensas para ponerlas á ganancia en vuestros pobres. Dadme, mi Dios, esta santa codicia, y apartad de mí la que es origen de todos mis delitos.

JACULATORIAS.

Jucundus homo qui miseretur, et commodat. Salm. III.

¡Qué agradable á Dios es el que tiene misericordia con los pobres!

Beati misericordes; quoniam ipsi misericordiam consequentur. Matth. 5.

Bienaventurados los misericordiosos con los pobres; porque tambien Dios tendrá misericordia de éllos.

PROPOSITOS.

Cuando por un error tan perjudicial como grosero llegues á persuadirte que solo has de dar limosna de lo que te sea absolutamente supérfluo, acabaste de una vez con esta obligacion indispensable. Será preciso entonces que la recibas tú, y la pidas al pobre mas necesitado: serán tantas y tan urgentes las necesidades que te ocurran para decir que nada te sobra, que sola su enumeracion podrá mover á lástima; y no habrá mendígo que pueda contar otras tantas. Juzgarás necesario el mantener un luxo ruinoso, para no desdecir de tus iguales, ó excederlos, si lo permiten tus rentas: tendrás por necesario el aventurar á la suerte en un juego gruesas sumas con que pudieran subsistir muchas familias; tendrás por indispensable adornar y enriquecer esos ídolos del deleyte que merecen tus adoraciones, y este es un fuego que nunca dice basta. Será necesario sujetarte al capricho de la moda, y pagar á precio exhorbitante una vagatela que de nada te sirve, y acaso te incomoda; ¿y hallarás un solo pobre que exágere tanto sus necesidades? No tiene límites la codicia; y si el mundo todo se empeñase en enriquecerte, nunca te sobraria cosa alguna para el pobre. La dureza de los ricos y sus locas profusiones son las que multiplican los pobres en el pueblo; y aunque muchas veces la Providencia se complace en llenar de bienes á los pobres, y privar de éllos á los ricos, ninguno piensa que esto haya de pasar por él: ponen su confianza en los tesoros, y aquélla es tanto mayor, cuanto éstos se aumentan cada dia con lo que se usurpa al necesitado.

2. No dexes de hacer la limosna que pudieres, segun tu estado y condicion; y para que tengas una regla segura que te enseñe cómo debes portarte con el pobre, ponte en lugar suyo, y mira cómo quisieras tú ser tratado por el rico. Así verás facilmente cuántos medios te subministra esta sola diligencia para el socorro de los pobres. Si

yo fuera pobre no necesitaba de tantos platos en mi mesa; pudiera pasar muy bien, y sin indecencia en mi trato, sin estos muebles que he comprado solo por seguir la moda. ¿Cuántas cosas tengo en mi casa que son de puro luxo, de ninguna utilidad, y que si se quiebran ó se rompen me causan un grave sentimiento? ¿Y no estaria mejor empleado todo esto en manos de los pobres? ¿no tendria yo la dulce satisfaccion de haberlos socorrido, y haberme ahorrado un disgusto, que será mucho mayor que el simple placer de poseerlo? ¿Qué utilidad me trae, por exemplo, este grandioso espejo que me costó tantos doblones, y que por un leve acaso puede hacerse mil añicos? ¿No me sería mejor haber empleado su importe en remediar á algunos pobres que hoy y siempre rogarian á Dios por mí, y tendria yo el consuelo de haber hecho una accion tan meritoria, y de que jamas debiera arrepentirme? ¿Pensaré del mismo modo á la hora de mi muerte cuando haya de dexar por fuerza todas mis riquezas?

DIA VEINTE Y NUEVE.

San Francisco de Sales, obispo y confesor.

San Francisco de Sales, ilustrísimo por su nacimiento, como hijo de una de las mas nobles y mas antiguas casas de Saboya, celebérrimo por su piedad y por su celo, apóstol de estos últimos tiempos, uno de los mas bellos ornamentos de la dignidad episcopal, y uno de los mayores santos de la Iglesia, nació en el castillo de Sales del ducado de Saboya el dia 21 de agosto del año 1567.

La condesa su madre, que era de la ilustre casa de Sionas, quiso encargarse por sí misma del cuidado de su primera educacion, y de formarle en la virtud desde sus primeros años. Las buenas disposiciones del hijo hicieron desde luego eficaces los piadosos desvelos de la madre.

En su niñez no gustaba de otros entretenimientos que de aquellas devociones serias que son propias de la edad mas adelantada y mas madura. La compasiva ternura con que miraba á los pobres en una edad tan poco sensible á las miserias agenas fue un presagio de la extraordinaria caridad que habia de tener despues. No se contentaba con repartir entre éllos cuanto le daban á él para sus inocentes juegos, sino que en no teniendo otra cosa que darles, se quitaba algo de su propia comida para socorrerlos.

Los progresos que hizo en las ciencias correspondieron á los que ya habia hecho en la virtud: era de ingenio vivo, sólido, penetrante, claro, y naturalmente culto y despejado; poseia una elocuencia nada comun, y estaba dotado de una memoria feliz. Estos grandes talentos le hicieron despues uno de los mas sabios y de los mas santos prelados de la Iglesia.

Enviáronle sus padres á París al colegio de los padres de la Compañía; fue recibido de éllos con el cariño y con la estimacion que se llevaba tras de sí á cualquiera parte donde fuese. Estudió filosofía y teología, siendo su maestro el sabio padre Maldonado, y aprendió las lenguas hebrea y griega, enseñándoselas el famoso Genebrardo.

Pero aunque se adelantaba mucho en todas estas ciencias, se adelantaba mucho mas en la importantísima de la salvacion. El único descanso que tenia para respirar de las tareas del estudio era entregarse á exercicios de virtud; tanto que ya desde entonces fue menester tirar de la rienda á su fervor.

Considerando los grandes medios que hay en las congregaciones de la santísima Vírgen, erigidas en los colegios de la Compañía, no solo para conservar la inocencia, sino para hacer grandes progresos en la perfeccion, quiso entrar en una de éllas. A poco tiempo le hicieron prefecto de la congregacion, atendiendo á los méritos de su extraordinaria piedad; y no es facil decir el mucho provecho que hicieron sus grandes exemplos en aquella tierna y piadosa juventud. Comulgaba cada ocho dias; tres en la semana traia cilicio, y queriendo consagrarse á Dios mas perfectamente, hizo voto de perpe-

tua castidad delante de una imágen de la santísima Vírgen en la iglesia de san Esteban.

No podia sufrir el enemigo comun tanta inocencia y tanto fervor en un joven de tan tierna edad, y le acometió con una tentacion, que era la mas capaz de trastornarle. Sugirióle con la mayor viveza que en vano se fatigaba, puesto que era del número de los precítos; y que así, hiciese lo que hiciese, infaliblemente se condenaria. El horror del infierno, el considerarse en el infeliz estado de los réprobos, el espanto y la turbacion que esto le causó, le llenó de una melancolía tan profunda, que poco á poco le iba consumiendo; hasta que fixando un dia los ojos en un retrato de la santísima Vírgen, la dixo con extraordinario fervor y ternura: Señora, si es tanta mi desdicha que he de ser condenado, y he de estar en la desgracia de mi Dios despues de mi muerte, á lo menos quiero tener el consuelo de amarle con todo mi corazon por todos los dias de mi vida. Esta oracion tan devota y tan agena de los sentimientos que suele tener una alma réproba, disipó las nubes, confundió al demonio, y restituyó la tranquilidad á su corazon.

Habiendo acabado sus estudios en París, pasó de órden de sus padres á la ciudad de Padua á estudiar en aquella célebre universidad la jurisprudencia, baxo el magisterio del famoso Pancyróla. Escogió luego por director de su conciencia al padre Posevino; y conociendo este insigne Jesuita en aquel joven un corazon segun el corazon de Dios, se aplicó con el mayor empeño á proporcionarle, disponerle y habilitarle para las grandes empresas á que concibió tenia Dios destinada aquella alma verdaderamente grande.

Envidiosos los demas condiscípulos ó contemporáneos suyos de la universal estimacion que se habia adquirido Francisco por su singular virtud, armaron á su pureza un terrible lazo. Con cierto honrado pretexto que fingieron, le llevaron á casa de una dama cortesana, que á los principios se fingió muy virtuosa y muy devota, y le dexaron solo con élla. Lidió algun tiempo contra sus artificios y contra su desenvoltura, y fue tan violento el combate, que al fin no tuvo otro medio para salir del peligro, que tirarla á la cara un tizon que encontró

á mano, y tomar la escalera con precipitada fuga. Hízole mas circunspecto esta victoria; y renunciando desde luego las malas compañías de la gente joven, redobló sus penitencias.

Al volverse á Saboya quiso visitar la santa casa de Loreto, y en aquella celestial capilla recibió tales favores, y experimentó su alma tales consuelos en premio de la ternísima devocion que profesaba á la santísima Vírgen, que nó siendo fácil imaginarlos, lo es mucho menos referirlos. Renovó en élla el voto de perpétua castidad que habia hecho en París, y la resolucion que ya tenia tomada desde Padua de abrazar el estado eclesiástico, como lo executó luego que llegó á Anecy. Vacó por entonces la dignidad de preboste en la iglesia catedral, y fue provisto á élla á pesar de su humilde repugnancia. Ordenado de sacerdote solo pensó en desempeñar con el mayor fervor las obligaciones de su dignidad y de su ministerio.

Era obispo de aquella iglesia Claudio Granier, que amaba tiernamente á Francisco, y le miraba ya como á su sucesor. Mandóle que predicase; y lo hizo con tanto espíritu y con tanta eficacia, que logró por fruto de su primer sermon trescientas conversiones grandes y ruidosas.

No es ponderable el gusto con que le oian, ni el fervor y la eficacia con que predicaba. Era voz comun que no habia obstinacion tan empedernida que pudiese resistir á su devocion en el altar, ni á su elocuencia en el púlpito. Andaba sin cesar de aldea en aldea, y de choza en choza instruyendo á innumerables pobres rústicos é ignorantes que vivian en el cristianismo casi sin conocerle; y sus primeras excursiones apostólicas ganaron tantas almas para Jesucristo, que así el obispo de Génova como el duque de Saboya le hicieron misionero del Chablais, no dudando que habia de ser su apóstol.

Luego que Francisco recibió su mision, marchó á buscar al enemigo, y sin acobardarle estorbos, trabajos ni peligros fue á atacar á la heregía hasta en sus mismas trincheras. A vista de las iglesias arruinadas, de los monasterios asolados y de las cruces echadas por tie-

rra, se derritió su ternura, y se dobló el aliento de su celo. Lleno de aquella santa intrepidez, y de aquella confianza que hacen el carácter de los héroes cristianos, entró por Tonon despreciando generosamente las befas, las irrisiones y los insultos de los protestantes. La paciencia, la modestia y la dulzura fueron únicas armas de que se valió para resistir á los escarnios y á la malignidad de aquel furioso pueblo. Con esta moderacion, y con los exemplos de su vivísima virtud, se fueron domesticando aquellos ánimos feroces y aquellos corazones apóstatas: habla, convence, mueve, óyenle, y se convierten; pónese en conmocion todo el partido protestante, y resuelven los ministros deshacerse de él. Avisado Francisco de sus intentos, no por eso se acobardó; antes bien se mostró mucho mas celoso, y con sola su presencia desarmó á los asesinos que iban á matarle. Cerráronle las posadas, y fuese á dormir al campo: á las violencias sucedieron las calumnias: divulgaron de él que era mago, hechicero y brujo; adelantando que le habian visto en las juntas nocturnas que se dice celebran éstos en el sábado, danzando al rededor del demonio; pero nuestro Santo desarmó á todo el infierno con su confianza en Dios y con su paciencia.

Teniendo noticia el varon de Hermance de las conspiraciones que se fraguaban contra su vida, quiso darle una escolta para su defensa; pero Francisco no la admitió, diciendo que habia entrado en el Chablais como misionero, y como tal se habia de mantener en él. No pocas veces se veia en medio de la ciudad tan solo como si estuviera en el desierto, por las rigurosas penas con que los protestantes habian prohibido acompañarle, recogerle ni escucharle; pero no por eso dexaba de venir todos los dias á Tonon desde Alinges. Ni las lluvias, ni las nieves, ni los yelos, ni los vientos mas furiosos fueron nunca bastantes para estorbarle que se pusiese en camino. Algunas veces le pasaba el frio de manera, que se quedaba casi inmoble, y se veia en peligro de morir; pero nada de esto era capaz de reprimir, ni aun de moderar su celo. Pasaba noches enteras expuesto á la lluvia y al rigor de todos los tem-

porales. Atravesó por un estrecho ponton todo cubierto de yelo por ir á socorrer á unos pobres paisanos recien convertidos que estaban de la otra parte de un arroyo bastante profundo. Ningun peligro le detiene, ningun riesgo le acobarda, todos los devora por la salvacion de aquel obstinado pueblo: de esta manera fueron excesivos sus trabajos; pero tambien fueron inmensas sus conquistas. Volvieron á entrar en el seno de la Iglesia los bayliages de Ger, de Ternier, y de Gaillad; todo el Chablais se convirtió, porque no habia resistencia ni á la fuerza de sus discursos, ni á la virtud de sus exemplos; y por un milagro evidente en que andaba visible el dedo poderoso de Dios, aquel cordero rodeado de lobos, en manifiesto peligro de ser despedazado por éllos, con su prudencia, con su mansedumbre y con su piedad convirtió á los mismos lobos en corderos.

Tuvo varias controversias, ocho ó diez veces ofreció disputar ó conferenciar con los ministros sobre los puntos contestados; pero estuvieron tan lejos de aceptar la conferencia, que buscaron nuevos asesinos para quitarle la vida.

Extendióse por todas las córtes la fama de estas maravillas. Escribióle el papa un breve muy benigno, en que despues de haberse congratulado con él por los felices sucesos que lograba, le daba órden que pasase á Ginebra á disputar con Teodoro Beza. Recibióle aquel famoso apóstata con grande honra; oyóle con gusto; confesóse convencido de de sus razones, hasta derramar lágrimas; pero no se convirtió, porque dilató demasiado el convertirse; y despues de haber dado á nuestro Santo las mas bellas palabras, al cabo murió apóstata en Ginebra.

Habia solos dos ó tres años que predicaba en el Chablais, y todo el Chablais estaba convertido. Volviéronse á levantar las cruces en todo el pais, reedificáronse las iglesias, restablecióse el culto divino, y todo esto era fruto de los trabajos apostólicos de nuestro Francisco. Cuando entró el Santo en Tonon no habia mas que siete católicos en toda la ciudad, y ya pasaban de seis mil los nuevamente convertidos dentro de élla; en los baylia-

ges de Ternier, de Gaillard y de Ger se contaban mas de sesenta y dos mil. Esto hizo decir al célebre cardenal de Perron, que como no le pidiesen mas que convencer á los hugonotes, él se obligaba á hacerlo; pero que si se trataba de convertirlos, era menester enviar por Francisco de Sales.

Ciertamente apenas se puede comprender cómo un hombre solo, y en tan poco tiempo, pudo hacer tantas maravillas, y no rendirse al peso de tantos trabajos. Predicaba muchas veces al dia, daba instrucciones particulares, tenia conferencias públicas, visitaba á los enfermos, buscaba á la gente mas pobre y mas desamparada en sus cabañas y en sus chozas, oia confesiones hasta muy entrada la noche, administraba los sacramentos á los moribundos, asistia á los entierros; en fin, á ningun oficio perdonaba su cuidado, á todo se extendia su celo, y medía su caridad con las necesidades, y no con la calidad de las personas, haciéndose todo á todos para ganarlos á todos.

Tal era san Francisco de Sales cuando el obispo de Génova le deseó y le pidió para su coadjutor. Lo único que hubo que vencer fue la resistencia del Santo; pero al fin le obligaron á obedecer, y se vió precisado á ir á Roma. Recibiόle el papa Clemente VII. como apóstol de Chablais; admiróle como á uno de los prelados mas sabios de su tiempo, y le honró como á uno de los mayores santos que habia entonces en la Iglesia. Asistió el mismo Pontífice á su exámen; y habiendo sido testigo de sus extraordinarios talentos, se levantó de su silla, abrazóle tiernamente, y le dixo estas misteriosas palabras de la sagrada Escritura: *Bebe, hijo mio, de las aguas de tu cisterna y de la fuente de tu corazon. Haz que la abundancia de tus aguas se derrame por todas las plazas públicas, para que todos puedan beber y saciar su sed.* Declaróle despues el Papa por obispo de Nicópolis, coadjutor y sucesor del obispo de Génova.

Apenas volvió Francisco á Saboya, cuando los negocios de la religion le precisaron á pasar á París. Allí fue recibido de Enrique IV. y de toda la corte con aquel respeto y con aquella veneracion que sigue á la virtud, y acompaña siempre á la santidad. La estima-

cion, y la confianza con que el Rey le trató, y los públicos testimonios que dió de élla, fueron ocasion de que le levantasen una calumnia. Pretendieron hacerle sospechoso con el Rey; pero presto se justificó plenamente; y la malignidad de los envidiosos solo sirvió para que creciese el amor, y el concepto que ya tenia aquel Monarca de san Francisco de Sales. Ofrecióle el Rey beneficios, y pensiones; llegó á brindarle con el obispado de París; pero todo lo agradeció cortesanamente, y todo lo renunció con noble desinteres. Esta generosa prenda, su piedad, su dulzura, y sus gratísimas modales encantaron á toda la córte. Predicó delante de élla; ! pero con qué felicidad, con qué suceso! Las maravillosas conversiones que logró fueron fruto de los asombrosos exemplos que dió en todo. Consiguió decreto del Rey para que se volviese á establecer la religion católica en el Bayliage de Ger, cuya solicitud habia sido el principal motivo de su viage á la córte.

Cuando volvia á su Iglesia recibió en el camino la noticia de la muerte de su predecesor. Preparóse para su consagracion con algunos dias de retiro, y en aquella augusta ceremonia recibió con la plenitud del sacerdocio la plenitud del Espíritu de Dios.

El nuevo carácter añadió nuevo lustre á su virtud. Quiso visitar desde luego su obispado, é hizo á pie toda la visita. No hubo choza, ni tan escondida en los valles, ni tan elevada en los riscos, que se huyese á las fervorosas fatigas de su celo. Pasó por medio de la ciudad de Ginebra á cara descubierta, sin esconderse ni disimularse: fue árbitro de todas las diferencias. Con qué prudencia, con qué felicidad manejó los importantísimos negocios que le encomendaron los sumos pontífices. Como ángel de paz ajustó las disensiones que habia entre el archiduque, y el clero del Franco Condado; como legado de la santa Sede reformó las abadías de Talloires, de Abundancia, de Puitdorbe, de santa Catalina, y de Six; como buen pastor apacentó sus ovejas con el pan de la divina palabra, y expuso cien y cien veces su vida por su salvacion, mereciendo mil bendiciones del cielo para toda su diócesis.

Crecia por instantes su fama. Los príncipes se com-

petian unos á otros en darle los mas ilustres testimonios de su alta estimacion. No quiso admitir muchas ricas abadías con que le brindó Enrique IV, y renunció el capelo de cardenal, que le ofreció Leon XI. Paulo V. le mandó que dixese su sentir sobre la famosa controversia de *Auxiliis*. De todas partes le consultaban como á oráculo de su siglo; y lo que parecia increible, si la experiencia no hubiera mostrado lo contrario, una multitud de tantas y tan graves ocupaciones, que las menores bastarian para rendir el celo de los mas infatigables prelados, no le estorbaron predicar mnchas Cuaresmas en Anecy, en Grenoble, en Chamberi, ni retirarse todos los años á exercicios al colegio de la Compañía.

Al mismo tiempo que el santo Obispo comunicaba á todas partes los ardores de su celo, tuvo noticia de que le habian acusado ante su Santidad de menos vigilante en desterrar de su obispado los libros heréticos ú de doctrina sospechosa, suponiendo que eran buscados con solicitud, y leidos con perniciosa curiosidad por los católicos nuevamente convertidos. Y aquel Santo, todo mansedumbre, que hasta entonces no habia manejado mas armas que las de una invicta paciencia para rebatir los golpes de la calumnia, que ciertamente en nada le perdonó, mostró en aquella ocasion por la vivacidad vigorosa con que se justificó, el horror con que miraba tan perniciosa negligencia.

No se contentó Francisco con que su celo fuese inmenso; quiso en cierta manera hacerle eterno, componiendo aquel excelente libro de la *Introduccion á la vida devota*, que él solo, en sentir de los mayores hombres, vale por cuantos libros espirituales se han escrito, habiendo merecido los mas significativos elogios á las naciones, á los monarcas, y á los mismos vicarios de Jesucristo.

Apénas salió á luz esta admirable obra, llevando consigo la reforma general de las costumbres, y de todos los estados, cuando cierto predicador violento, indiscreto y precipitado, comenzó á declarar furiosamente contra élla, calificándola de perniciosa y de relaxada; y llegó á tanto exceso su pasion, que la quemó públicamente en el púlpito.

Contaron al Santo este suceso; y todo su resentimiento se reduxo á decir: *que deseaba tan abrasado en el fuego del amor de Dios el corazon de aquel padre, como su libro lo habia sido en las llamas.*

Pero ninguna empresa fue mas digna de aquella grande alma, ninguna pudo ser mas útil á toda la universal Iglesia, que la fundacion del órden de la Visitacion; una de las mas nobles porciones del rebaño de Jesucristo, y uno de los mas bellos ornamentos de su Iglesia.

El dia seis de junio del año de 1610, en que se celebraba la fiesta de la Santísima Trinidad, la célebre madama Chantal, hija de Monsieur Fremiot, presidente *A Mortier*, ú de gorra negra, en el parlamento de Dijon, juntamente con madamoisela Fabro, hija del primer presidente de Saboya, y con la virtuosa madamoisela de Brechar de Nivernois dieron principio, baxo la direccion de san Francisco de Sales, á este nuevo instituto, que parece encierra en sí lo mas perfecto y lo mas sobresaliente que contienen todos los demas, y florece hoy en la universal Iglesia con tanta edificacion, como admiracion de los fieles. Despues que el santo Fundador confesó y dió la comunion á aquellas sus nuevas hijas, las dió tambien unas reglas llenas de dulzura, discrecion y de prudencia, en las cuales viene á comprenderse como reducida á arte toda la perfeccion cristiana, siendo fruto de una vida dulce, tranquila y nada austéra. Esta religion es aquella grande obra de nuestro Santo, que con tanto esplendor está difundida por todo el Universo, y despues de un siglo conserva todo el fervor de su primitivo espíritu, contándose mas de seis mil y setecientas esposas de Jesucristo, que edifican á la Iglesia con sus exemplos, y son digno objeto de la admiracion de los pueblos con sus religiosas virtudes.

Poco tiempo despues compuso aquel admirable libro de la *Práctica del amor de Dios*, que el papa Alexandro VII. llamaba *libro de oro*; del cual han hecho elevadísimos elogios los mas ilustres prelados. *En la Introducion á la vida devota* (dice el célebre obispo de Venecia el señor Godeau) *Francisco es ángel, que guia los Tobías pequeñuelos por el camino y por la peregrina-*

cion de esta vida: en el tratado del Amor de Dios es un abrasado serafin, que pega fuego al corazon de los perfectos. Este enseña á volar, aquél á caminar por las sendas del evangelio con modo sencillo, pero sólido y seguro, úno da el pan de los fuertes á las almas fuertes, otro nutre con suavísima leche á los que no son capaces de alimento mas robusto.

Otras muchas obras devotas dió á luz san Francisco de Sales, llenas todas de igual solidez, y de aquella divina uncion, que sólo el Espíritu santo es capaz de derramar. Por eso el papa Alexandro VII. en la bula de su canonizacion declara que los saludables escritos de este Santo son hachas brillantes y encendidas, que introducen la luz, y pegan fuego á todos los miembros del cuerpo místico de la Iglesia.

El año de 1622 recibió Francisco órden de su soberano el duque de Saboya para pasar á Aviñon á recibir al príncipe y á la princesa del Piamonte. Desde Aviñon pasó á Leon de Francia, donde á la sazon se hallaba el rey cristianísimo Luis XIII. con toda la córte, de quien recibió singulares honras, y especiales demostraciones de aprecio y de veneracion. Por su parte correspondió tambien con nuevas pruebas de celo y de respeto. Aunque se hallaba con la saluz bastante quebrantada, predicó en la iglesia del colegio de la Compañía, y se dedicó á todo género de ministerios, hallándole pronto cuantos le buscaban para su consuelo y para su alivio en las necesidades espirituales.

El dia de Navidad dió el hábito de la Visitacion á dos doncellas; predicó sobre el misterio del dia, y le pasó todo en tiernas y piadosísimas conferencias con toda la comunidad. Al amanecer del dia de san Juan sintió que se le debilitaba la vista, y se le iban disminuyendo las fuerzas, mas no por eso dexó de celebrar aquel dia. Luego que dió gracias, fue á visitar al duque de Nemurs para interceder por aquellos mismos ministros del ducado de Ginebra, que tanto le habian dado en que merecer, y no se retiró hasta que les consiguió el perdon. Por la noche cayó en una especie de deliquio, que presto se declaró en apoplegía.

Apénas se divulgó en la ciudad su peligro cuando

todos concurrieron á visitarle. Los primeros que llegaron fueron los jesuitas del colegio de san José; y luego que los vió el santo, les dixo con el mayor agrado: *Padres mios, ya ven que en el estado en que me hallo solo tengo necesidad de la misericordia de mi Dios. Implórenla por mí, y para mí, que yo todo lo espero de su bondad. Mucho tiempo ha que tengo hecho al Señor sacrificio de mi vida.* En fin, el dia 28 de diciembre del año de 1622, fiesta de los santos Inocentes, este insigne Prelado, reverenciado de los pueblos, honrado de los príncipes, amado de los vicarios de Jesucristo; y lo que es mas admirable, respetado hasta de los mismos hereges, de quienes era el mayor azote, rindió á Dios su espíritu inocente y puro con aquella misma tranquilidad con que habia vivido. Murió á las ocho de la noche en el cuarto del hortelano de la Visitacion á los cincuenta y seis años de su edad, y á los veinte de su pontificado.

Abrieron el santo cuerpo para embalsamarle, y con esta ocasion se reconoció que aquella grande dulzura, que tanto admiraron todos en Francia, no era natural á su genio; porque se le encontró la hiel endurecida y petrificada, dividida en muchos y muy consistentes pedacillos por la contínua violencia que se habia hecho para reprimir la cólera, á que naturalmente estaba muy sujeto.

Luego que se esparció la noticia de su muerte fue extraordinaria la conmocion y el concurso de todo el pueblo. Condúxose el santo cadaver á Anecy con pompa digna de su mérito, y correspondiente á la celosa veneracion con que todos le miraban. Diósele sepultura en la iglesia del primer convento de la Visitacion; y su corazon, que hoy dia se venera entero engastado entre dos corazones de oro, se quedó en Leon de Francia en el convento de la Visitacion, que está en Belle Cour, y fue fundacion del mismo Santo y de la ilustre madre Chantal el año de 1615, poco tiempo despues que se fundó el de Anecy; disponiendo la divina Providencia que despues de muerto se quedase su corazon con aquellas hijas á quienes habia tenido mas dentro de él cuando vivo.

Hallándose en Leon el rey Luis XIII. el año de 1630, habiendo caido malo, deseó su magestad ver el corazon de san Francisco de Sales: tráxosele su confesor; y habiendo recobrado al punto la salud, contribuyó mucho para que creciese la devocion que ya se tenia al Santo. Agradecido el piadoso Monarca, mandó hacer, en testimonio de su reconocimiento, una urna de oro, donde se reservase aquella preciosa reliquia. Algunos años antes de su canonizacion recibió por medio de élla semejante favor el duque de Mercurio; y su madre la duquesa de Vandoma mandó fabricar otra grande caxa de oro, donde estuviese cerrado todo el relicario.

La oracion de la misa es la que sigue.

Deus, qui ad animarum salutem beatum Franciscum confessorem tuum atque pontificem, omnibus omnia factum esse voluisti; concede propitius, ut charitatis tuæ dulcedine perfusi, ejus dirigentibus monitis, ac suffragantibus meritis, æterna gaudia consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que quisiste que el bienventurado Francisco, tu confesor y pontífice se hiciese todo á todos por la salvacion de las almas; concedenos benignamente, que llenos de la dulzura de tu inmensa caridad, por los consejos y por los merecimientos de este gran Santo consigamos la alegría eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44. *y* 45. *de la Sabiduría, y la misma que el dia XXVIII, folio* 433.

NOTA.

" El capítulo 45 del libro intitulado el *Eclesiástico*, de „que ya hemos hablado, contiene el elogio de Aaron, y „de su sacerdocio prometido á él y á sus descendientes. „Despues habla del castigo de Coré, Datán y Abiron, que „sin vocacion legítima quisieron entremeterse en las funcio„nes del mismo sacerdocio. Describe la magnificencia de los „ornamentos sagrados, cuyas riquezas, dice san Grego„rio, eran figura de las virtudes que deben ser el principal „ornamento de los sacerdotes."

REFLEXIONES.

En cualquiera dignidad que se logre, en cualquiera estado en que se viva, en cualquiera empleo que se ocupe, en tanto es el hombre verdaderamente grande en cuanto agrada á Dios. Su aprobacion es la medida justa de nuestra grandeza; y élla hace, hablando con propiedad, todo nuestro mérito. Sea uno el primero, el mayor hombre del mundo á los ojos de los hombres, ¿de qué le servirá toda esa fugaz fantástica apariencia de gloria, si no lo es á los de Dios?

¡O, y cuánto sirve al Estado, y á la Iglesia un prelado santo, sobre todo en aquellos tiempos en que Dios está justamente irritado con nosotros! Por sus virtudes y por su ministerio es el árbitro, es el mediador que reconcilia á Dios con los hombres.

Hízole el Señor, dice el Sabio, famoso, célebre, estimado de todo el pueblo, porque solo se aplicó, solo trabajó en hacer al pueblo sujeto y rendido á la ley santa de Dios. ¿Queremos trabajar con fruto y con felicidad en la viña del Señor? ¿queremos hacer maravillas? pues portémonos de manera que se pueda decir de nosotros lo que el Sabio decia de Aaron: *No se encontró otro como él que observase la ley del Altísimo.* Los grandes deben dar mayor exemplo, porque á quien se halla en mayor elevacion, se le ve desde mas lejos. Si los que están destinados para celadores de la ley, se dispensan de su observancia; si las obras desmienten las palabras, en vano se predica reforma, porque se cree mas á los ojos que á los oidos. *Cœpit Jesus facere et docere*: antes comenzó Cristo haciendo, que enseñando.

La verdadera grandeza, el mérito verdadero, no consiste en ocupar grandes puestos, en poseer grandes dictados, en conseguir gran nombre, en lograr la gracia del príncipe, sino en gozar de la de Dios: *Invenit gratiam coram oculis Domini.*

Piérdese, arruínase un pobre hombre con gastos locos y excesivos para conseguir estimacion; y solo logra que todos le desprecien. Expende inmensos caudales; ¿y para qué? para que se burlen de él. Desengañémonos, que solo cumpliendo con su obligacion, y sirvien-

do á Dios de veras, se consigue la verdadera gloria; y gloria que no depende, ni de la inconstancia del tiempo, ni del capricho de los hombres. Dios es, y solo Dios es el que hace á los hombres gloriosos hasta con los mismos reyes; toda gloria que no deriva de Dios su estimacion y su lustre, es gloria falsa, es gloria aparente. Solo Dios reparte las coronas de gloria; pero las reparte únicamente entre aquellos fieles siervos suyos, que desempeñaron dignamente las obligaciones de su estado y ministerio. *Beatificavit illum in gloria, dedit illi coronam gloriæ.*

El evangelio es del cap. 25. *de San Mateo, y el mismo que el dia XXVIII, folio* 435.

MEDITACION.

De la dulzura cristiana.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay virtud mas necesaria á un cristiano que la dulzura; porque ó encierra en sí ó á lo menos supone todas las demas virtudes.

La humildad de corazon, que es como la basa de nuestra perfeccion, es inseparable de esta dulce tranquilidad del alma: esta calma sirve de abrigo á la pureza. La dulzura siempre es fruto de una constante mortificacion; así como la paciencia lo es de una dulzura inalterable. Por lo que toca á la liberalidad, se puede decir que es en parte el carácter de esta amabilísima virtud; no hay otra mas benéfica. Y en punto de caridad ¿puede haberla sin dulzura?

¿Pero qué virtud hay mas amable? No hay pasion que no dome; no hay natural tan áspero, tan desabrido, tan feroz, que no le domestique; no hay genio tan agrio, que no le endulce; no hay corazon tan duro, que no le ablande; tan rebelde, que no le rinda; todo lo avasalla, todo lo conquista, todo cede á la dulzura. Gran error es imaginar que la severidad sea siempre el mejor remedio. Mas llagas ha curado el aceyte que el fuego. ¿De dónde nace que se vean tan pocos niños bien disciplinados? ¿de dónde nace que se multipliquen

los vicios, los desórdenes en las comunidades y en las familias? No de otro principio, sino de que, ó se descuida en la correccion, ó si se reprende, es siempre con desabrimiento, con pasion y con encono.

Es la dulzura cristiana hija legítima de la caridad. El celo áspero y amargo siempre es celo falso. No era espíritu de Cristo el que deseaba que baxase fuego del cielo para exterminar los corazones rebeldes. El caritativo samaritano curaba á su pobre enfermo con óleo y con vino. ¡O mi Dios, y que error es pensar que la pasion pueda ser celo verdadero! La malignidad del corazon, el mal humor, la envidia, la emulacion, el genio, y no pocas veces el maldito interés, son los que encienden el fuego que quema, y no purifica. ¡Cuánto es de temer que el celo ardiente sin compasion y sin dulzura sea una pura pasion mal enmascarada! Jesucristo tenia celo; ¿y no tenia dulzura Jesucristo? ¡O qué error el no tener siempre á la vista este divino modelo! Hermanos mios, decia el Apóstol, si alguno de vosotros se dexa engañar, y cae en pecado, vosotros, que sois hombres espirituales, dadle buenos consejos, pero sea con espíritu de dulzura: *In spiritu lenitatis.*

¡Qué quietud, qué paz en las familias! ¡qué dulzura en el comercio de la vida civil! ¡qué copioso fruto en los trabajos apostólicos si reynara en todos esta importante virtud! ¿De dónde nacen las quejas, las disensiones, las enemistades? ¿de dónde nacen aquellas tempestades, que tantas veces se resuelven en piedra y en granizo? ¿de dónde provienen tantos enconos, tantas pesadumbres sino del vicio opuesto á la dulzura?

¡Ah, Señor, y cuántas veces ha pasado por mí esta tristísima experiencia! ¿Será posible que no he de amar en adelante una virtud tan necesaria y tan ventajosa? ¿será posible que despues de unas reflexîones tan concluyentes, no he de trabajar eficazmente con el socorro de vuestra divina gracia en adquirir una virtud tan amable?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la dulzura se puede llamar la virtud predilecta, la virtud favorecida de Jesucristo. No se contentó con enseñarnos esta amable virtud sino que

él mismo se nos propuso como exemplar de ella (*a*): *Discite á me*: aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon. Este es el exemplo que os propongo. A vista de esto ¿qué hay que admirar que la dulzura fuese una virtud tan familiar á todos los discípulos de Cristo? ¿Se podrá dexar de aprender esta importante leccion en tan celestial escuela? Son inseparables la dulzura y la humildad, haciendo una y otra como el carácter de la verdadera devocion.

Busca un santo que no haya tenido este espíritu de dulzura. Siempre que se va á ver algun sugeto que está en reputacion de eminente santidad, se va con la idea de encontrar á un hombre dulce, suave y apacible (*b*).

La Escritura dice (*c*), que Moyses era el hombre mas dulce de todos los mortales (*d*). David parece que solo colocaba su confianza en su dulzura. Bienaventurados los mansos, dice el Salvador del mundo. Todo el evangelio de hoy está respirando un carácter de dulzura, que embelesa. ¿Cuándo ha de llegar el caso de que esta amabilísima virtud, que tanto celebramos, y que tanto nos agrada en los demas, tenga eficaz atractivo para trasladarla á nosotros?

La dulzura fue el carácter y el distintivo de san Francisco de Sales (*e*): *In fide et lenitate sanctum fecit illum*. Como estaba singularmente animado del verdadero espíritu de Jesucristo, no debe causar admiracion que sobresaliese tanto en esta virtud. Y sobresaliendo tanto en élla debe extrañarse mucho menos que hubiese reducido tantos hereges, que hubiese convertido tantos pecadores, y que hubiese hecho tantas maravillas. La dulzura en san Francisco de Sales no fue virtud de temperamento, sino de religion. Necesitó vencerse, reprimirse, mortificarse mucho tiempo para conseguirla. Necesitó domar su natural ardiente, y lograr tantas victorias como le presentó combates. Pero ¡ó buen Dios, y qué delicioso es el fruto de estos sacrificios! ¡qué cosa tan dulce adquirir una virtud que trae consigo tantas ótras!

Por el progreso que se hace en la dulzura cristiana,

(*a*) *Matt.* 11. (*b*) *Num.* 22. (*c*) *Psalm.* 131. (*d*) *Matt.* 5. (*e*) *Eccl.* 45.

se reconoce el que se hace en la virtud. Unas modales llenas de altanería y de desprecio; unos ímpetus de un genio inquieto y enfadoso; unos fuegos de arrebatamiento y de cólera siempre son efecto de una conciencia poco tranquila, y frecuentísimamente de un corazon atestado de pecados.

Pues vos quereis, dulcísimo Jesus mio, que yo aprenda de vos la dulzura y la humildad, dadme vos mismo esta docilidad tan necesaria. Tiempo era ya de que yo la hubiese aprendido desde que vos me enseñásteis tan importante leccion; pero al fin esto es hecho: desde hoy en adelante estoy resuelto á declararme por discípulo vuestro, y quiero que singularmente se conozca en qué escuela estudio por mi humildad y por mi dulzura.

JACULATORIAS.

Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram. Matth. 5.
Bienaventurados los mansos, porque éllos poseerán la tierra.

Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur. Matth. 5.
Bienaventurados los pacíficos, porque éllos serán llamados hijos de Dios.

PROPOSITOS.

Hallándote bien convencido del mérito y de las utilidades de la dulzura cristiana, haz séria reflexîon sobre ti mismo, sobre tu genio, sobre tus vivezas, sobre tus ímpetus, sobre tu conducta; y exâmina si esta amable virtud es tu carácter, ó si por el contrario solamente la conoces por el nombre. Trae á la memoria aquellos impetuosos movimientos de un natural vivo y ardiente; aquella enfadosa taciturnidad, hija de un humor adusto y extravagante; aquellas respuestas secas y desabridas, aquellas modales duras, agrestes y despreciativas, aquellas altanerías insoportables, aquellas palabras avinagradas y llenas de hiel; aquel semblante obscuro, ceñudo y negativo, aquel tono de voz lleno de fiereza y de severidad, en fin aquellos torrentes de injurias, aquellos fuegos, aquellas cóleras, aquellos arrebatamientos, que mu-

chas veces tocan la raya del furor. Exâmínate sin misericordia, y con sinceridad, si estás sujeto á alguno de esos defectos, ó quizá á todos juntos. No te contentes con averiguar y convertir en el hecho; pasa á notar, y aun escribir todo cuanto reprensible hallares en ti sobre este artículo; y despues de haberte acusado amargamente de todo á los pies de tu crucifixo, despues de haberlo detestado todo con dolor vivo, eficaz y perseverante, imponte alguna penitencia por cada vez que cayeres; como dar una limosna considerable en aquel dia, hacer alguna mortificacion tal, que la puedas hacer inmediatamente despues de haber cometido la falta; y da cuenta de todo á tu confesor luego que puedas.

2 Fuera de esta práctica, que es admirable, imponte desde este punto las leyes siguientes. Primera: Tengas el motivo que tuvieres para enfadarte, ó para reprender, nunca lo hagas con términos injuriosos, ni despreciativos. Se puede hablar algunas veces con sequedad y con entereza; pero nunca con cólera. La correccion mas necesaria, la de mayor importancia es inútil, y aun perniciosa, cuando en élla se descubre pasion ó ira. Los que gruñen mas, no por eso son los mejor servidos. Aquellas gritadoras eternas, aquellos amos, aquellos superiores, que no saben mandar sino á gritos, y en tono descompasado, ni son amados ni son temidos. Si quieres ser obedecido, nunca mandes con altivez ni con fiereza. No temas perder tu autoridad por hablar con dulzura, en tono moderado, con modo afable. A los brutos se les doma con el miedo; pero á los hombres, aun á los menos dóciles, aun los mas bárbaros, se les gana por razon, por religion y por amor. Propon firmemente desde este mismo instante conservar siempre un ayre sereno, un semblante risueño, unas modales gratas, urbanas, apacibles con todo el género humano. Nunca hables con enfado, ni en tono áspero, altivo ó impaciente. La costumbre, el genio y tu poca virtud te representarán desde luego como impracticables estos consejos; tus contínuas recaidas te persuadirán que es imposible esta reforma; pero no hay que desalentarse. A pesar de estos ímpetus indeliberados, que previenen á la voluntad y á la razon; á pesar de estos tonos de voz demasia-

damente vivos, de esos primeros movimientos que se escapan á la mayor advertencia; á pesar de esas reincidencias en la cólera, que antes se ha manifestado que se haya prevenido; persevera siempre en tu propósito de corregir las modales, de observar perpétuamente las mas gratas, las mas apacibles, ya sea con los hijos, á quienes la aspereza pocas veces aprovecha; ya sea con los criados ó con los súbditos, á quienes la impaciencia siempre irrita; ya sea con los extraños, que solo se ganan con el buen modo. De hoy en adelante has de renovar este propósito todas las mañanas, ó cuando ofrezcas las obras, ó al fin de la oracion; y cuando por la noche hagas el exâmen de conciencia, nota bien las faltas que hubieres cometido en este particular. Con el socorro de la divina gracia no hay genio, no hay natural, no hay costumbre que pueda resistir á la vigorosa resolucion de una buena voluntad. San Francisco de Sales logró hacerse uno de los hombres mas dulces que se habian conocido en el mundo, sin embargo de que por su naturaleza era colérico, como ya se ha dicho. Segunda: Observa con particular atencion á ciertas personas de virtud sobresaliente; y repara bien que por su dulzura inalterable han hecho muy amable á la virtud. Estudia sus modales, y advierte aquella serenidad constante, aquella afabilidad universal, aquella moderacion, aquella tranquilidad, aquel tono de voz siempre igual, siempre apacible. Te encanta, te echiza el verlos; ¿pues quién te quita imitarlos? El orgullo destierra la dulzura. Sé humilde, sé mortificado; porque nunca se falta á la dulzura sino porque se olvida la mortificacion: resuelve trasladar á ti lo que te agrada en los ótros. Con este importante estudio se endulza el genio mas agrio, y el natural mas desabrido se suaviza. Ten presente que ni ha habido, ni habrá jamas virtud verdaderamente cristiana sin dulzura.

DIA TREINTA.

Santa Martina, vírgen y mártir.

Nació santa Martina en Roma de padres tan distinguidos y tan calificados, que su padre fue tres veces consul; y fue su dichoso nacimiento ácia el principio del segundo siglo. Eran sus padres cristianos; y así criaron á la niña con el mayor cuidado y con la mayor piedad. Desde sus mas tiernos años hizo tantos progresos en la virtud, que fue exemplar, y aun confusion de muchos fieles adultos. Penetrada de las verdades de nuestra religion, y favorecida de dones celestiales, solo se ocupaba en obras de caridad, pasando los dias en oracion y en retiro. Estaba como escondida dentro de su propia virtud; y al paso que iba creciendo en edad, se iba tambien adelantando en virtud.

Imperaba á la sazon Alexandro Severo, que aunque se mostró favorable á los cristianos, no por eso dexó de hacer muchos mártires, entre los cuales fue una nuestra Martina. Es verisímil que la persecucion fuese obra de los ministros del Emperador, y que sin noticia del Príncipe desahogasen éllos el ódio que tenian contra los cristianos, cubriéndose con las leyes del imperio, y con los decretos de los emperadores, que no estaban revocados.

Habiendo llegado á noticia de los magistrados que Martina era cristiana, la mandaron comparecer en nombre del Emperador para que diese razon de la religion que profesaba. Compareció la santa doncella con un semplante tan magestuoso, y con una modestia tan noble y tan cristiana, que los jueces no pudieron menos de mirarla con respeto, y aun con veneracion. Preguntáronla luego si era verdad que fuese cristiana. Tengo la dicha de serlo respondió la Santa con tono firme y con resolucion modesta, y me hacen mucha lástima los que no logran la misma dicha que yo.

¿Es posible, la replicó uno de los jueces, que una doncella de tu distincion, de tu entendimiento, de tu espíritu, tan rica y tan hermosa como tú, haya dado en las fantasías y supersticiones de los cristianos? Dexa de reconocer por Dios á un hombre que por sus delitos fue crucificado, y ven inmediatamente conmigo al templo del grande Apolo á ofrecerle sacrificio. Este dios, á quien profesa singular devocion nuestro emperador Augusto, derramará sobre ti á manos llenas beneficios y favores luego que le rindas aquella veneracion y aquel culto que por tantos títulos le son debidos.

Como no reconozco otro Dios mas que el único á quien adoro, replicó Martina, tampoco debo rendir á ótro ni veneracion ni culto. Mi mayor nobleza, y la prenda mayor de que me precio, es de ser cristiana; teniendo tambien por la mayor de todas las felicidades el derramar toda mi sangre, y ofrecer mi vida en defensa de mi religion. Admírome ciertamente que unos hombres como vosotros, entendidos, discretos y capaces, tengais por dios á una estátua de marmol, ó de bronce, fabricada á golpes de martillo por un artífice que vale mucho mas que élla. Y en fin, para que conozcais por vuestra propia experiencia qué ridículas son estas divinidades quiméricas, á quienes dedicais vuestros cultos, llevadme, si gustais, al templo de vuestro Apolo, y vereis como reduzco en polvo á esa mentida deidad en vuestra misma presencia.

Irritados los jueces al oir una respuesta tan generosa y tan noble, mandaron que fuese conducida al templo de Apolo, para que en él ofreciese sacrificio; y caso de resistirse á obedecer, que sin remision alguna fuese atormentada con los mayores suplicios.

Apenas descubrió la Santa el templo adonde la llevaban, cuando levantando los ojos y las manos al cielo, hizo esta devota oracion: "Dios y Salvador mio, »que sacásteis de la nada á todas las criaturas, y que »todas las reducis á la nada cuando es vuestra voluntad, dignáos de oir la oracion de esta humilde sierva »vuestra, y haced ver á este ciego pueblo, que solo vos mereceis nuestra adoracion y nuestro culto, y que los ídolos

»suyos, que son obra de sus manos, son indignos de la me-»nor veneracion.

Apenas acabó la Santa de pronunciar estas palabras, cuando se sintió un espantoso terremoto, que llenó de terror á todos: una parte del templo se desplomó, y la estátua de Apolo quedó hecha mil pedazos. Oyóse la voz del demonio que residia en aquel ídolo; y dixo en tono formidable: "¡O Martina, sierva del verdadero Dios, tú me arrojas de »mi casa, donde vivia tantos años ha, y es preciso ceder »á la omnipotencia de tu Dios, que va á llenar de calamidades á este imperio!"

Fueron testigos de este suceso la mayor parte de los ministros del Emperador; y temiendo el furor del pueblo, que atribuia los milagros de los cristianos á mágia y encantamiento, mandaron que sin respeto á la calidad ni á la tierna edad de Martina, fuese apaleada con gruesos bastones nudosos, y fuese arañado su rostro con uñas aceradas. Durante este horrible suplicio estaba la santa doncella bendiciendo á nuestro Señor Jesucristo, y dándole gracias por la merced que la hacia de padecer algo por su santo nombre y por su gloria. Consolóla el Señor, y la alentó con una luz celestial, asegurándola que triunfaria de todos sus tormentos. Viendo los verdugos todas estas maravillas, de repente dexaron de atormentarla; y arrojándose á sus pies, declararon altamente que eran cristianos, y suplicaron á la Santa que los alcanzase del Señor la gracia del martirio. Fueron oidos prontamente, porque el juez les mandó cortar á todos las cabezas.

No cabia en sí de gozo santa Martina al ver la victoria que su dulce esposo Jesucristo acababa de conseguir de sus enemigos; y como el tirano la apretase para que ofreciese sacrificio, y no se quisiese exponer á que se executase con élla lo que se acababa de executar con los ótros, le respondió la santa Vírgen con cristiana intrepidez, que los tormentos mas crueles eran para élla favores insignes y placeres exquisitos, y que así en vano se cansaba en tentar su fe y su constancia. Enfurecido el tirano, mandó que la despedazasen de nuevo con gárfios agudos, y que la llevasen arrastrando al templo de Diana, para que á lo menos se hallase

presente al sacrificio de aquella diosa; pero apenas apareció en él la Santa cuando el demonio salió del templo haciendo un espantoso ruido; á que se siguió un rayo, que reduxo á ceniza la estátua de Diana. No pudiendo el tirano sufrir la injuria que hacia á la religion del Emperador aquella tierna doncella, mandó que fuese atormentada con cruelísimos suplicios. Empleóse el hierro y el fuego en martirizar á aquella cristiana heroina, que en medio de los mayores tormentos no cesaba de bendecir y de alabar al Señor; hasta que cansado en fin el tirano, lleno de confusion por verse vencido de una tierna doncellita, la mandó cortar la cabeza; coronando de esta manera con tan glorioso martirio su fe y su virginidad.

Fue siempre célebre en Roma la memoria de esta insigne Santa, en cuyo honor se edificó una capilla en el mismo lugar donde estaba sepultada, al pie del monte Capitolino. Pero lo que aumentó mucho mas la celebridad de su culto, fue la invencion y la traslacion de sus reliquias en el pontificado de Urbano VIII. Hallóse el sagrado cuerpo entre las ruinas de la primitiva iglesia el dia 25 de octubre del año de 1634. Estaba cerrado en una como caxa ó atahud de barro, la cual descansaba sobre una gran piedra, y todo dentro de un nicho, ó de dos estrechas paredes, cubierto de tierra y de cascajo. La cabeza estaba separada en una fuente ó vacía de cobre, toda desgastada y medio roida del orin, y daba indicios de ser cabeza de una doncellita de pocos años. Asistió á esta célebre traslacion el papa Urbano VIII. con gran número de cardenales, y desde entonces creció mucho la devocion con santa Martina, así en Roma, como en toda la cristiandad.

La oracion de la misa es la que sigue.

Deus, qui inter cetera potentiæ tuæ miracula etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti; concede propitius, ut qui beatæ Martinæ, virginis, et martyris tuæ natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur:

O Dios, que entre las otras maravillas de tu poder hiciste tambien victorioso al sexô fragil en los tormentos del martirio; concédenos benigno la gracia de que honrando el nacimiento al cielo de la bienaventurada Martina tu

Per Dominum nostrum Jesum Cristum...

vírgen y martir, logremos caminar á ti, sirviéndonos de guia sus exemplos: Por nuestro S. J. C...

La epístola es del cap. 51. *de la Sabiduría, y la misma que el dia XXI., folio* 266.

NOTA.

„En la vida de santa Ines se dixo que la Iglesia apli„caba á las vírgenes y mártires la accion de gracias que „Jesus, hijo de Sirach, rindió á Dios por los peligros de „que le libró. Estos peligros que describe aquí individual„mente, son imágen alegórica de los que padecieron las „vírgenes y mártires en las persecuciones mas crueles, „de los cuales las sacó con tanta felicidad y tanta gloria „la mano del Todopoderoso, conviniéndolas con admira„ble propiedad todo cuanto se dice en la epístola del dia.

REFLEXIONES.

Sirvamos á Dios con fidelidad; sirvámosle con perseverancia, que su Magestad sabrá sacarnos felizmente de todos los malos pasos. Cuanto mas se multipliquen los enemigos, cuanto mayores sean los peligros; mas debemos contar sobre su proteccion, con tal que no sirvamos á otro dueño, y con tal que estos riesgos y estos enemigos no nazcan precisamente del empeño de querer servir á ótro.

Es la vida una contínua guerra; es menester que se sepa debaxo de qué banderas se sirve, y por cuyos intereses se pelea. Navégase por un mar borrascoso y lleno de escollos; si se pierde de vista el norte, no es posible navegar largo tiempo sin hacer naufragio. Es el mundo un pais enemigo; todo es tentacion, todo está lleno de emboscadas. Es el domicilio de la injusticia, es el solar de la mala fe, la disimulacion es la potencia dominante. Las pasiones, como leones que rugen, no son forasteras, antes están en él avecindadas. Es propiamente region de trabajos y de pesadumbres. No hay rocío del cielo que temple sus ardores, y crecen las espinas con el riego de las lágrimas, que por eso es valle de éllas.

Solamente la multitud de las misericordias del Señor pueden conservarnos en medio del mundo, como conservaron á los tres mancebos hebreos entre las llamas del horno. Solo su misericordia y su brazo omnipotente nos pueden librar de estos leones rugientes, hambrientos siempre, y siempre prontos á despedazarnos. Solo él puede hacernos escapar de los que nos buscan para quitarnos la vida del alma. Sola su mano benéfica puede aliviarnos de las aflicciones que nos sitian; de la violencia del fuego que nos amenaza, de las entrañas del infierno, en que nos quieren precipitar tantos enemigos. ¿Quién es el que estudia en ganar la buena gracia del Señor? ¿quién se mata, quién se aflige por merecer su proteccion? ¿quién se guarda, quién se desvela por no caer en tantos y tan grandes peligros? ¿quién recurre á la oracion sin cesar? Y despues de tanto descuido se extrañará que sean tan pocos los que se salvan. La negligencia con que se vive en el importantísimo negocio de la salvacion; la portentosa seguridad con que se camina en medio de tanto riesgo; las pocas ó ningunas diligencias que se hacen para recobrar la gracia perdida; todo esto acredita, todo convence que la reprobacion es obra de nuestras manos, y que por nuestra desgracia trabajamos tanto en esta infeliz obra, que al cabo salimos con élla. ¡Y mientras tanto vivimos con una tranquilidad que puede parecer modorra! ¿En qué se fundará esta falta de seguridad?

El evangelio es del cap. 25. *de san Mateo, y el mismo que el dia XXI, folio* 269.

MEDITACION.

De la reprobacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera toda la fuerza de aquellas terribles palabras: *Nescio vos*; no os conozco. A la hora de la muerte, en aquel momento crítico y decisivo de nuestra eterna suerte, oir de la boca del Redentor, en quien únicamente teníamos puesta toda nuestra confianza: *De verdad os digo, no os conozco*: ¡y esto sin réplica, y esto sin revoca-

cion! ¿Qué impresion hará en una pobre alma este decreto fulminante?

La circunstancia hace mas vivo el sentimiento y el dolor. Comparece al mismo tiempo igual número de vírgenes, las cuales son muy bien recibidas. No eran algunas vírgenes de region extraña, ni de diferente condicion que la suya; eran las mismas con quienes habian vivido, cuya conducta y cuyos exemplos habian tenido siempre á la vista. ¡O buen Dios, y qué suerte tan diferente! *No sé quién sois, no os conozco.* Así habla, esto dice el mismo Jesucristo. ¡O pereza! ¡ó floxedad! ¡ó falta de prevencion, y qué caro cuestas!

Eran vírgenes, esto es, de vida irreprensible; pero se durmieron, se descuidaron en hacer su provision. Apagáronse las lámparas por falta de aceyte; quisieron acudir por él, pero ya era tarde: llegó el Esposo antes de lo que pensaban; en vano gritan que las abran la puerta; respóndeselas de adentro que no las conocen. Esta es una vivísima imágen de tantas almas que con pretesto de una vida, al parecer bastantemente cristiana, no se reconoce en éllas otro efecto visible que una falta de providencia, una pereza, una floxedad, con que siempre estan dilatando para otro tiempo su total reforma y la resolucion de trabajar con mas celo, con mayor eficacia en el negocio de la salvacion. La vida regalona, ociosa, mundana, sensual y floxa nunca fue vida cristiana. ¡Buen Dios, cuántos y cuántos oirán en la hora de la muerte: *No sé quién sois, no os conozco!* ¿Y no tengo yo motivo para temer ser de este número?

¡Qué desgracia, dulcísimo Jesús mio, la de un alma redimida con vuestra preciosa sangre, que solo se perdió por culpa suya! ¡y qué desesperacion sería la mia, si con los auxîlios que ahora me ofreceis no evitára esta desgracia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la reprobacion es el colmo de todas las desdichas, es el conjunto de todos los males. Todo lo cruel, todo lo desesperado que hay en el mundo, todo se une en un alma reprobada. Tal fue la suerte de las vírgenes necias. ¿Pero somos nosotros mas prudentes que

éllas? No solo no tenemos el aceyte que éllas fueron á buscar, pero ni quizá lámparas donde echarle. Casi toda la vida estamos dormidos cuando se trata del negocio de nuestra salvacion. Vendrá muy presto el esposo, y acaso está ya en camino. ¿Cuántos harán esta meditacion, á quienes el esposo dirá: *No os conozco*? ¡Qué desgracia la de los mundanos si esta venida les coge de repente y como de sorpresa! ¡qué desesperacion la de las personas religiosas si las coge desprevenidas! ¿Acaso nos faltaban medios, y medios muy eficaces para prevenirnos?

Nuestra salvacion siempre es obra de la gracia del Redentor; pero nuestra condenacion siempre es obra nuestra. En nuestra mano está hacer las provisiones á tiempo; á las vírgenes necias no las faltaba con qué comprar el aceyte, solamente las faltó la actividad y vigilancia: el sueño y la ociosidad pudieron mas que sus mayores obligaciones. ¡Mi Dios, y qué retrato tan parecido á innumerables almas que tendrán semejante suerte! ¿y no será quizá retrato de la mia?

Santa Martina lo renunció todo en la flor de su edad. Bodas ventajosas, fortuna brillante, alegría del mundo, pompa vana; todo lo sacrificó. Derramó su sangre y dió su vida por evitar la muerte eterna. Cuando amenaza naufragio todo se arroja en el mar. ¡Cosa extraña! Crece la tempestad, auméntase el peligro; y en vez de aligerar el buque, se le carga mas. Esas pasiones tan cuidadosamente sustentadas, esos festines, esos saraos, esas diversiones de Carnaval, ¿nos aseguran en el puerto? ¿nos apartan de los escollos? ¡O gran Dios, y cuánta verdad es, que nuestra condenacion es obra de nuestras manos!

Resuelto estoy, divino Salvador mio, á todo lo que quisiéreis hacer de mí para evitar esta desgracia. Si fuere menester sacrificar mis bienes, y aun mi vida, desde luego os la sacrifico. Hablo, Señor, con todo el corazon, con toda el alma; y así voy desde luego á daros pruebas de mi sinceridad.

JACULATORIAS.

Ne projicias me à facie tua: et Spiritum sanctum tuum ne auferas à me. Salm. 50.

No me arrojeis, Señor, de vuestra presencia; y no me priveis de la luz de vuestro santo Espíritu.

Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Matth. 16.
¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?

PROPOSITOS.

Siendo, como es, la reprobacion obra de nuestras manos, guardémonos bien de trabajar en élla. Resuélvete eficazmente á huir de todo cuanto pueda precipitarte en esta suma desgracia. El ayre del mundo es contagioso; no te expongas á él sin gran necesidad y sin grandes precauciones. Las casas de conversacion, las del juego, los saraos, los espectáculos; en una palabra, todas las que se llaman diversiones de Carnestolendas, son sumamente peligrosas. ¿Cuántos comenzaron por aquí su infeliz destino? Resuélvete á no parecer jamas en éllas. ¿Pero qué dirán? Dirán que temes la peste, que huyes el peligro, que sigues el partido de los cuerdos, que no quieres perderte, que tienes eficaz deseo de salvarte. ¿Podrán decir otra cosa con razon? Trata de tener juicio; y dime si le tendrás procediendo de otra manera.

2 No se pase el dia sin que pongas en execucion lo que has prometido quizá muchos meses ha, y siempre inútilmente. Si tienes que hacer alguna restitucion ó alguna reconciliacion, hazla sin demora. Si tu confesor te ha aconsejado algunas devociones ó algunos actos de virtud, practícalos luego. Si has hecho propósito de hacer alguna mortificacion, no lo dexes para mañana. Lee hoy mismo en algun libro que te inspire el amor á la penitencia, infundiéndote un santo horror al infierno. Lee el sermon del infierno del padre Bourdalue, que está en el tercer tomo, si es que los tienes, ó en las reflexîones cristianas sobre varios puntos de moral el artículo de la eternidad desgraciada, que se halla en el primer tomo. La devocion ardiente y fervorosa con Cristo Señor nuestro en el sacramento de la Eucaristía y la tierna devocion con la santísima Vírgen son

grandes señales de predestinacion cuando están acompañadas de una vida cristiana. Esfuérzate á tener estas señales; y resuelve desde luego no acostarte nunca sin haber hecho una visita al santísimo Sacramento, y profesar una tierna devocion á la santísima Vírgen.

DIA TREINTA Y UNO.

San Pedro Nolasco, confesor.

San Pedro Nolasco fue frances, de una de las mejores casas de Langüedoc. Nació el año de 1189 en el país de Lauregais, en un lugar del obispado de san Papoul, llamado Mas de Santas Puelas, á una legua de Castel-nau-Darri. Habiendo perdido á su padre siendo de edad de quince años, prosiguió viviendo en compañía de su madre que resuelta ya á no volverse á casar y á dedicarse á Dios únicamente, empleaba en servirle sus bienes, y sus talentos.

Siguió algun tiempo al conde Simon de Monfort, general de la Cruzada contra los albigenses. Despues de la famosa batalla en Muret, en que quedó muerto don Pedro rey de Aragon, compadecido el conde de la desgracia y de la poca edad del niño rey don Jayme, que habia quedado prisionero y no tenia mas que seis ó siete años, creyó no podia hacerle mayor servicio que darle por ayo y por gobernador á Pedro Nolasco. Desempeñó este importante empleo con feliz suceso, y mereció toda la estimacion y toda la confianza del jóven Monarca; de la cual solo se valió para reformar la córte y para ir delante de todos con el buen exemplo.

La devocion de la Reyna de los ángeles, y la caridad con los cristianos cautivos que gemian en la esclavitud de los moros, fueron las dos virtudes características de Nolasco, que no paró hasta vender todos sus bienes para asistir y aliviar á aquellos pobres.

Animóse tanto con el buen suceso que tuvieron las primeras pruebas de esta ardiente caridad, que persua-

dió á muchos caballeros ricos y piadosos se juntasen con él para formar una como congregacion, ó cofradía, que tuviese por fin trabajar en la redencion de los cautivos, baxo del título y proteccion de la santísima Vírgen.

Corrió esta santa congregacion la misma fortuna que todas las obras grandes; las que siempre procura el demonio arruinar, ó á lo menos desacreditar por medio de contradicciones y de murmuraciones. Pero el rey don Jayme, los grandes del reyno, y toda la gente virtuosa y bien intencionada, que estaban palpando las visibles utilidades de aquella insigne obra, hicieron enmudecer á la calumnia, y disiparon la tempestad.

Apenas comenzaba la caritativa congregacion á derramar sobre aquellos infelices los primeros efectos de su celo cuando la santísima Vírgen se apareció á Nolasco el primer dia de agosto, y le declaró sería muy del agrado de su Hijo y suyo que fundase una religion con el título de nuestra Señora de la Merced para la redencion de los cautivos cristianos, prometiéndole su socorro y proteccion. Persuadido Pedro de la voluntad de Dios en fuerza de esta vision, de cuya verdad no le quedó la menor duda, y la Iglesia la autorizó despues celebrándola con fiesta particular, solo deliberó en los medios para la execucion de lo que se le habia mandado. Ante todas cosas, no queriendo moverse á nada sin consultarlo todo con su confesor san Raymundo de Peñafort, fue á buscar al Santo, que habia tenido la misma vision aquella propia noche. Confirmados ambos con la uniformidad de la revelacion, pasaron á palacio á comunicar con el Rey sus intentos, y darle parte de lo sucedido. Pero se hallaron sorprendidos y gustosamente admirados cuando el Rey se adelantó á contarles una vision que habia tenido, y era en todo conforme á la de los dos, sin faltarla circunstancia. Con esto solo se pensó desde luego en disponer todo lo necesario para la fundacion de una religion tan ilustre y tan santa.

El dia de san Lorenzo, el Rey, acompañado de toda su córte, y de los magistrados y ministros de Barcelona, pasó á la catedral intitulada santa Cruz de Jerusalen, donde san Raymundo subió al púlpito y declaró delante de todo el pueblo la revelacion de la madre de Dios

que habian tenido el Rey, Pedro Nolasco y el mismo Raymundo sobre la fundacion de una nueva órden con el título de nuestra Señora de la Merced redencion de cautivos. Despues del ofertorio el rey don Jayme y san Raymundo presentaron á Nolasco á don Berenguer de la Palú, obispo de Barcelona, que le vistió el hábito blanco y el escapulario de la órden, y un poco antes de la comunion, despues de los tres votos religiosos, el nuevo Fundador añadió el cuarto, por el cual se obligan todos los de este sagrado instituto, no solamente á solicitar limosnas para la redencion de los cautivos cristianos, sino tambien á quedarse éllos cautivos en caso necesario cuando no tengan otro modo de rescatar á los demas. Juntamente con el Santo profesaron otros dos caballeros, y el Rey les cedió liberalmente la mayor parte de su palacio de Barcelona para que fundasen en él el primer convento de la órden, queriendo que llevasen en el escapulario el escudo de las armas de Aragon, á las que añadió el Santo, con beneplacito del Rey, las de aquella santa Iglesia catedral.

Derramó el Señor tantas bendiciones sobre la nueva religion, y fueron tantos los sugetos de la primera nobleza que se declararon pretendientes del piadosísimo instituto, que fue preciso hacer segundo convento. Destinóse para éste la iglesia de santa Eulalia; y en poco tiempo tuvo Nolasco el consuelo de ver dilatada su familia por todas las principales ciudades de Aragon y Cataluña.

En medio de estar Pedro muy retirado de los negocios de la córte se vió precisado á pasar á élla para sosegar las inquietudes que causaban en todo el reyno las facciones de don Sancho, primo hermano del Rey, y de don Guillen de Moncada, vizconde de Bearne. Puso en libertad al Rey, á quien los sediciosos tenian como prisionero en el castillo de Zaragoza, y pacificó los alborotos con recíproca satisfaccion de ambas parcialidades.

Cuando se restituyó á Barcelona representó á sus religiosos que para satisfacer la obligacion del cuarto voto, no bastaba hacer algunas redenciones sin salir de los paises sujetos á los príncipes cristianos; y que su

instituto les obligaba á ir personalmente á los dominios de los infieles, y á ofrecerse á quedar éllos por esclavos para librar á los cristianos cautivos. Ofreciéronsele todos para tan heróica expedicion; pero el Santo, escogiendo algunos pocos, se puso á la frente de éllos, y entró en el reyno de Valencia, ocupado á la sazon por los sarracenos, donde léjos de hallar los desprecios y las cadenas que ansiosamente buscaba, solo encontró estimacion y respeto. Libró de las mazmorras á todos los cautivos cristianos; y habiendo hecho un viage á Granada, redimió en las dos expediciones á cuatrocientos esclavos.

No se contentaba el celo de Nolasco con la redencion de los cautivos; adelantábase tambien á la conversion de los infieles, y nunca hacia rescate de cristianos que no convirtiese gran número de moros á la fe de Jesucristo.

El eco de tantas maravillas hizo famosa en toda la Europa la nueva religion de la Merced. Aprobóla la silla Apostólica el año de 1230, y hallándose en Roma por penitenciario mayor el glorioso san Raymundo, que se puede llamar su segundo fundador, hizo que el papa Gregorio IX. la confirmase en el de 1235.

Por este tiempo el rey don Jayme, despues de haber conquistado á Mallorca del poder de los infieles, entró con sus armas victoriosas por los reynos de Valencia y de Murcia. Como este católico Príncipe atribuía los felices sucesos de sus armas menos á sus fuerzas que á las oraciones de Nolasco, en todos los paises que iba conquistando dexaba fundados conventos de la Merced. Concedió á la religion el famoso castillo de Uneza, donde se fundó un convento que en todos tiempos hizo célebre la devocion al milagroso santuario de nuestra Señora del Puche ó del Puí. Cuando se abrian los cimientos de la obra se observó en cuatro sábados consecutivos, que siete brillantes luces, á manera de astros resplandecientes baxaban como del cielo y ocultaban su luz en el mismo lugar donde se abrian los cimientos. Persuadido Nolasco á que algo queria decir este prodigio mandó que se cabase mas y mas hasta que al fin se encontró una campana de extraordinaria grandeza,

debaxo de cuya concavidad se halló una bellísima imágen de nuestra Señora, que recibió el Santo como un precioso don con que Dios queria regalarle y enriquecerle. Colocóla luego en un devoto altar, y los contínuos favores que la Reyna de los ángeles dispensa á todos los que la invocan en aquella santa capilla, acreditan bien que son muy de su especial agrado los cultos que recibe en élla.

El año de 1238 se hizo dueño de Valencia el rey don Jayme, y despues que hizo consagrar la mezquita mayor en iglesia catedral por el arzobispo de Narbona, concedió la segunda mezquita á la religion de la Merced.

Ya no tenia Nolasco cautivos que rescatar en todas las costas de España, porque su caridad habia redimido á cuantos se hallaron en poder de los infieles; y para no descansar en el exercicio de su voto y de su celo, pasó á buscar en Berbería lo que no encontraba en España. Allí sí que pudo satisfacer su ardiente sed de padecer por Jesucristo, si élla no fuera insaciable; porque ademas de las fatigas que padeció, fue metido en una mazmorra, cargado de cadenas, tratado con crueldad; y no pocas veces estuvo en evidente peligro de perder la vida. Pero como vieron los bárbaros que no deseaba otra cosa, y que cuando no pudiese conseguir esta dicha, tenia por la mayor el quedarse cautivo por los cautivos, le enviaron á España con un gran número de éllos.

Luego que volvió á Barcelona hizo cuanto pudo para renunciar el generalato; pero no pudo conseguir el consentimiento de ninguno de sus hijos. Lo mas que logró fue que le nombrasen un vicario, en quien el Santo cedió luego todo lo honorífico del empleo, reservándose para sí únicamente el cuidado de distribuir las limosnas á los peregrinos y á los pasageros. Hallábase cargado de achaques, y extraordinariamente debilitado con sus grandes trabajos; mas no por eso dexó de doblar las penitencias, teniéndose siempre por siervo inútil. Es dificultoso ser mas humilde que lo fue Nolasco. Aunque Dios se habia servido de él para obrar tantas maravillas, él se juzgaba incapaz de hacer cosa de provecho, y solo se valia

de su suprema autoridad para exercitarse en los oficios mas baxos de la casa.

En vano le empeñaba su humildad en vivir desconocido, cuando su reputacion le hacia famoso por todo el mundo. Habiendo venido á la provincia de Langüedoc san Luis rey de Francia, quiso ver un hombre tan Santo, de quien la fama publicaba tantas maravillas. Llamóle, túvole en su córte algunos dias, comunicóle el pensamiento que tenia de ir á conquistar la Tierra Santa, y á librar á tantos cristianos como gemian baxo el pesadísimo yugo de los sarracenos. Ofrecióse Nolasco á acompañarle en aquella sagrada empresa; pero atajó los pasos de su celo una larga enfermedad, efecto de sus penitencias y trabajos, que al cabo le reduxo á la sepultura.

Padeció por espacio de dos años vivísimos dolores, que sufrió sin perder un punto de su ordinaria tranquilidad y acostumbrada dulzura. Cuanto eran aquéllos mas intensos, mayor alegría mostraba por poderlos unir con los que padeció el niño Dios en su nacimiento. Llegó el dia en que la Iglesia le celebra; y viendo Nolasco que con él se llegaba el que Dios habia destinado para premiar su ardiente caridad; despues de recibidos con nuevo fervor los santos sacramentos, y despues de haber protestado á sus hijos que era cosa muy dulce vivir y morir en el servicio de Dios, y en la proteccion de la santísima Vírgen, rindió su espíritu al Señor ácia el anochecer, á los sesenta y nueve años de su edad, y á los cuarenta despues de fundada su religion, que ha dado tantos hombres grandes á todo el mundo cristiano, y está dando el dia de hoy tan heróicos exemplos de caridad á toda la Iglesia. Fue canonizado este gran Santo por el papa Urbano VIII. el año de 1628.

La oracion de la misa es la que sigue.

Deus, qui in tuæ charitatis exemplum ad fidelium redemptionem, sanctum Petrum Nolascum Ecclesiam tuam nova prole fœcundare divinitus docuisti: ipsius nobis intercessione concede, à peccati servitute solutis, in cœlesti patria perpetua li-

O Dios, que á exemplo de tu caridad enseñaste á san Pedro Nolasco que enriqueciese tu Iglesia con la fundacion de una nueva religion para redencion de los cautivos cristianos; concédenos por su intercesion que desprendidos de las cadenas de los pecados

bertate gaudere: Qui vivis, et regnas...

gocemos de una libertad eterna en la patria celestial: Que vives y reynas...

La epistola es del capít. 31. *de la Sabiduría, y la misma que el dia XXIII. folio* 310.

NOTA.

»Contiene este capítulo del Eclesiástico, como ya se »ha dicho, los merecidos elogios del rico que sin dexarse »deslumbrar del aparente oropel de los bienes de la tie- »rra, suspira únicamente por los del cielo. Describe el »Sabio en este lugar las inquietudes de los avarientos y la »maldicion de Dios que cae sobre éllos; alabando al mis- »mo tiempo al rico que se conserva en la inocencia; te- »niendo esto por especie de milagro. Tan extraordinaria »cosa es poseer muchas virtudes cuando se poseen mu- »chos bienes.

REFLEXIONES.

Es la inocencia manantial de consuelos y de felicidades. El pecador nunca está contento, nunca tranquilo. La paz que hace gustar al alma tantas dulzuras; la paz que sosiega, que llena el corazon, siempre es fruto de la buena conciencia. Los sobresaltos, las inquietudes, los temores son cosecha del pecado y herencia del pecador.

Causa admiracion que creyéndose y experimentándose que no hay contento dulce, que no hay alegría pura y sólida sino en la vida inocente, todavía se insista y se haga empeño de buscarla en otra parte.

Los placeres del mundo son fugaces y amargos: Cristo comparó las riquezas á las espinas; los honores no tienen mas ser que la sombra y el humo. ¿Qué ha quedado hoy de aquellos dichosos del siglo, de aquellos que brillaron por el resplandor de sus tesoros mas que por la luz de sus merecimientos? Pasaron como relámpagos, y ni aun memoria ha quedado de sus nombres; su grandeza, su brillantez, su imaginada felicidad todo se enterró con éllos en la sepultura; y si murieron en pecado, ¡qué desdicha, qué lamentable desgracia!

Bienaventurado aquél que fue hallado sin mancha; bienaventurado aquél que no corrió tras el oro, que no colocó su esperanza en sus tesoros; su gloria será eterna. ¡Pero qué gloria!

No hay hombre justo, no hay hombre santo que no pueda ser desenfrenado y tan licencioso como el mas libertino; es mas piadoso y mas circunspecto, porque es mas prudente. *Pudo hacer mal, y no lo hizo.* ¿Y se arrepentirá jamas de no haberle hecho? ¿qué se pierde en servir á Dios? O por mejor decir, ¿qué no se gana en servir á tan grande y tan poderoso dueño? (*a*) *Deum time, et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo:* teme á Dios y guarda sus mandamientos, que en esto consiste toda la dicha del hombre.

El evangelio es del capítulo 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere pusillus grex, quia complacuit patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis: et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reyno. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la humildad.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay virtud mas liberalmente recompensada que la humildad. A los humildes los salvará Dios, dice el Profeta. No tienes que temer, pequeña grey; con vosotros hablo, los que pareceis tan peque-

(*a*) *Eccl.* 12.

ñuelos á vuestros propios ojos, y casi desapareceis á los agenos; porque vuestro Padre, que es el Padre de las misericordias, ha querido escogeros con preferencia á todos los demas, para que pobleis el reyno de los cielos. Para vosotros es este reyno, y ninguno entrará en él que no sea humilde; la soberbia precipitó de aquella córte celestial á los ángeles rebeldes, y la humildad la poblará de espíritus humildes; este es el título como primordial de su posesion. ¡Mi Dios, y qué poco conocida es en el mundo esta verdad!

No hay en él cosa mas rara ni mas escasa que esta virtud; pero tampoco la hay mas importante. Ninguna otra nos enseñó tanto Jesucristo con sus discursos y con sus exemplos: *Discite à me.* No quiso, por decirlo así, que tuviésemos otro maestro de la humildad mas que á él mismo; ni tampoco podia haber quien nos la enseñase con modo mas eficaz. La humildad es la virtud de Cristo y la de todos sus hijos verdaderos. ¿Es acaso tambien la nuestra? No se habla ahora de aquella humildad de entendimiento y de razon, que consiste solo en conocer cada uno la pobreza de sus talentos; este conocimiento le tienen todos los hombres capaces, y solamente los tontos pueden dexar de tenerle: háblase de la humildad cristiana, que es humildad de corazon. Esta no solo abre los ojos del conocimiento propio, no solo enseña el baxo concepto que cada cual debe tener de sí mismo, sino que se alegra de que los demas hagan tambien el mismo baxo concepto de nosotros. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde; para ser humilde es menester complacerse en la humillacion, y este es el fundamento del edificio cristiano. ¿Eslo tambien del nuestro? ¿poseemos esta virtud que tiene al cielo por herencia? ¿entramos en el número de aquella pequeña grey que no tiene por qué temer? Somos á la verdad pequeñuelos; ¿pero somos humildes á los ojos de Dios?

Con todo el corazon deseo serlo, ó divino Maestro mio; y es justo que siga á lo menos vuestro exemplo. Un Dios humilde es verdaderamente un gran remedio para curar mi soberbia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay virtud mas á mano para todo género de gentes que la humildad; ninguno hay que no se encuentre á sí mismo bien pequeño si se mira con ojos sanos. Los empleos, los dictados, el nacimiento, las dignidades tienen en sí algun precio; pero no le comunican. El verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas; el mas grande es el mas humilde; porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazon y poco espíritu. Basta haber pecado, ó poder pecar, para que vivamos siempre humildes. La virtud, la inocencia, el mérito y la misma santidad ofrecen grandes materiales al exercicio de esta virtud. Sean nuestros dictámenes y nuestras máxîmas en este punto la regla por donde debemos juzgar de nuestro verdadero mérito.

Ninguno hay que no pueda, y no deba humillarse. El grande, conociendo su nada; el pequeño, amando su obscuridad y abatimiento. O Dios mio, ¡y qué amable sois! Si hubiérais hecho dependiente de otra virtud nuestra salvacion, muchos quizá se juzgarian excluidos de vuestro reyno; pero ninguno puede excusarse de ser humilde. Considera qué cosa tan facil es ser uno santo, cuando el ser humilde es tan natural. Y pregunto; ¿No es muy familiar una virtud que tenemos tan á mano? ¿De dónde nace aquella delicadeza, aquella sensibilidad tan inquieta, aquella falta de dulzura tan ordinaria, aquella inmortificacion tan viva? ¿de que otro principio provienen casi todas nuestras faltas?

Busca un solo santo que no haya sido humilde. San Pedro Nolasco, siendo de familia nobilísima, se reputa por tan poca cosa, que se obliga con voto solemne á quedarse él mismo por cautivo siempre que fuere necesario para librar á otros del cautiverio. Fue sin duda magnánima esta caridad; pero su cimiento fue el de una humildad profundísima. Observando con reflexîon nuestros sentimientos, ¿quién no dirá que hemos encontrado, que hemos descubierto alguna otra senda para ir al cielo? ¡O gran Dios, qué mayor prueba de que es bien corto el número de los escogidos que el ser tan limitado el número de los humildes!

Deseo, mi Dios, ser de este pequeño número; y por eso os pido con las mayores veras me concedais esta amable virtud. Humilladme, Señor, cuanto fuese vuestro agrado; pero otorgadme la gracia de que sea humilde.

JACULATORIAS.

Vilior fiam plus quàm factus sum: et ero humilis in oculis meis. 2. Reg. 6.

Sí, Señor, cada dia quiero ser mas humilde á mis propios ojos; y por eso deseo ser cada dia mas humillado y mas abatido á los ojos del mundo.

Bonum mihi quia humiliasti me: ut discam justificationes tuas. Salm. 118.

Muy provechoso me ha sido, Señor, el que me hubiéseis humillado; que de esta manera me habeis hecho docil á vuestros preceptos, y rendido á vuestros mandamientos.

PROPOSITOS.

En los otros se estima y se alaba grandemente la virtud de la humildad; pero son pocos los que trabajan eficazmente por poseerla ellos mismos. Si se pudiera ser humilde sin ser humillado; si para serlo bastára el conocer que hay sobra de pecados, falta de virtudes, escasez de méritos, pobreza de talentos; no sería tan rara en el mundo esta virtud. Un poco de entendimiento basta para que cada cual se haga justicia á sí mismo; pero nuestras sentencias en este particular jamas salen del secreto tribunal del entendimiento, y nunca se notifican, ni las consiente el corazon. Sin embargo, ello es cierto que sola la humildad de corazon es virtud cristiana. Para lograrla es menester, á pesar de la repugnancia natural, llevar á bien y aun desear ser humillado. Exâmina cuidadosamente los rodeos, los artificios, los ingeniosos escapes del amor propio para evitar una humillacion. ¡Qué sensibilidad cuando se nos hace el mas vivo menosprecio! ¡qué vivacidad, qué empeño en justificar hasta nuestras mismas faltas! ¡con qué frialdad miramos á los que nos son preferidos! ¡qué indigestion, qué desafecto ácia aquellos que á nuestro modo de entender no nos estiman tanto! Toma una vi-

gorosa resolucion de reprimir todas estas vivacidades, todos esos dictámenes, todos esos ímpetus del orgullo; y por lo menos de no quejarte, de callar cuando se te ofrezcan ciertas pequeñas humillaciones, y de rogar á Dios por todos aquellos de quienes se vale su amorosa providencia para humillarte.

2 Haz hoy una visita á los pobres encarcelados; explica con éllos la liberalidad, usa la misericordia, haciéndoles una buena limosna; y á lo menos ofréceles tus oficios y tu crédito con el juez, tu proteccion y tus buenos consejos. Considera que no son como aquellos vagamundos, cuya presencia importuna viene á inquietar tu devocion hasta en el mismo templo de Dios; son unos infelices, cuya desgracia los imposibilita de irte á buscar á tu casa. Tienen cuanto han menester para excitar tu compasion, menos el poder hacerse presentes á tu vista. No son como aquellos holgazanes que hacen tráfico de su miseria, y negociacion de su necesidad; imposibilitados están de ganar su vida, ni un pedazo de pan para sus hijos, que no pocas veces hallan su temprana muerte en la prision de sus padres. *Acordaos sobre todo de los pobres encarcelados*, escribia san Pablo. Ciertamente, si tuviéramos fe, no hubiera entre los cristianos gente mas feliz que los pobres. Todos nos empeñaríamos á competencia en socorrerlos en sus necesidades, en aliviarlos en sus miserias, sabiendo que cuanto hacemos con éllos lo hacemos á la persona del mismo Jesucristo. Imponte una ley de visitar dos veces por lo menos á los pobres de la cárcel, sin tener asco de sus miserias, ni horror de sus calabozos, acordándote de aquel oráculo de Jesucristo: Yo estaba en la cárcel, y me vinísteis á visitar; porque de verdad os digo, que á mí mismo me visitásteis en aquellos lugares de llanto y de miseria todas las veces que por mi amor visitásteis á los encarcelados: *In carcere eram, et venistis ad me... Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.*

FIN DEL MES DE ENERO.

TABLA

De los títulos que se contienen en este primer tomo.

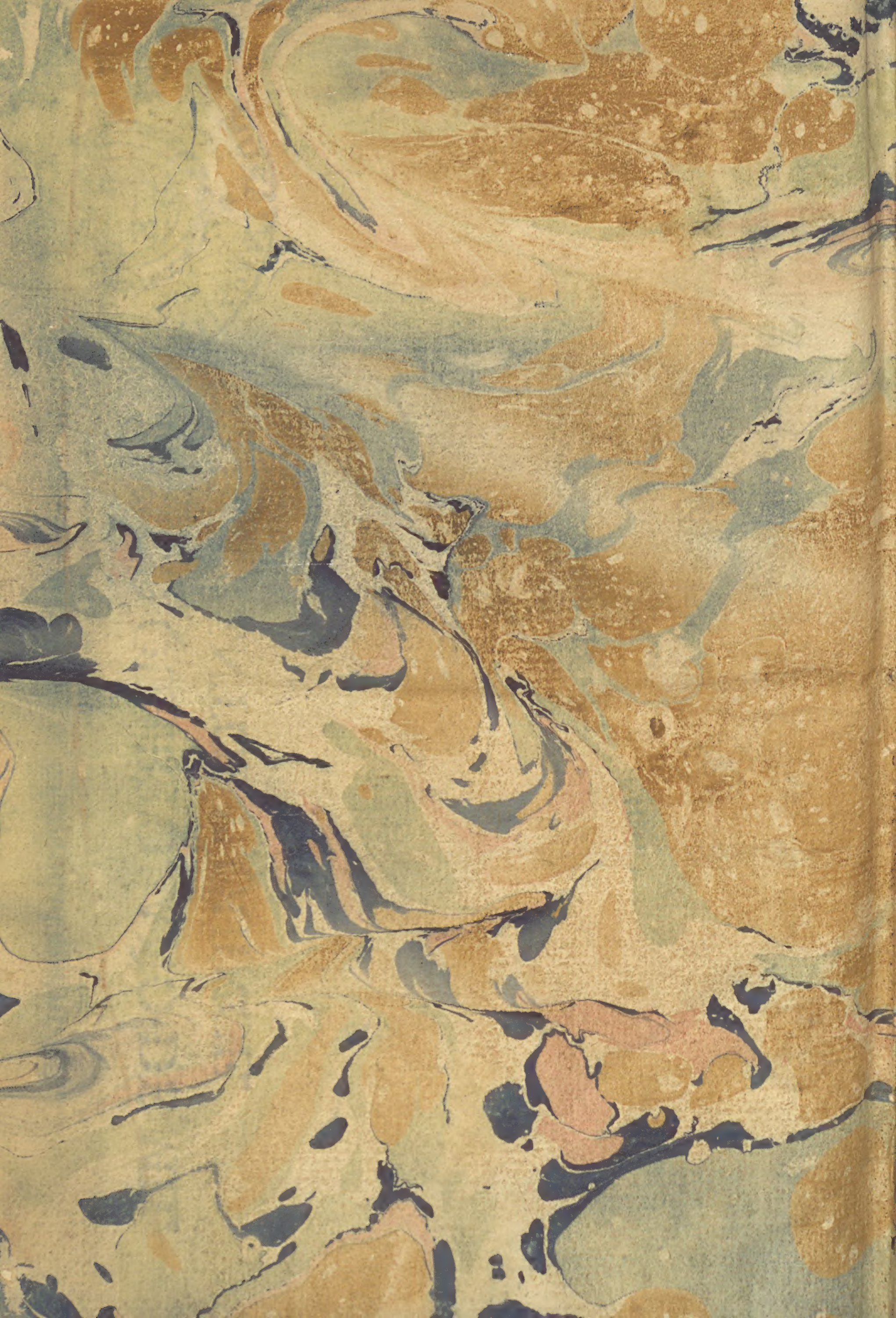
FIN DE LA TABLA.



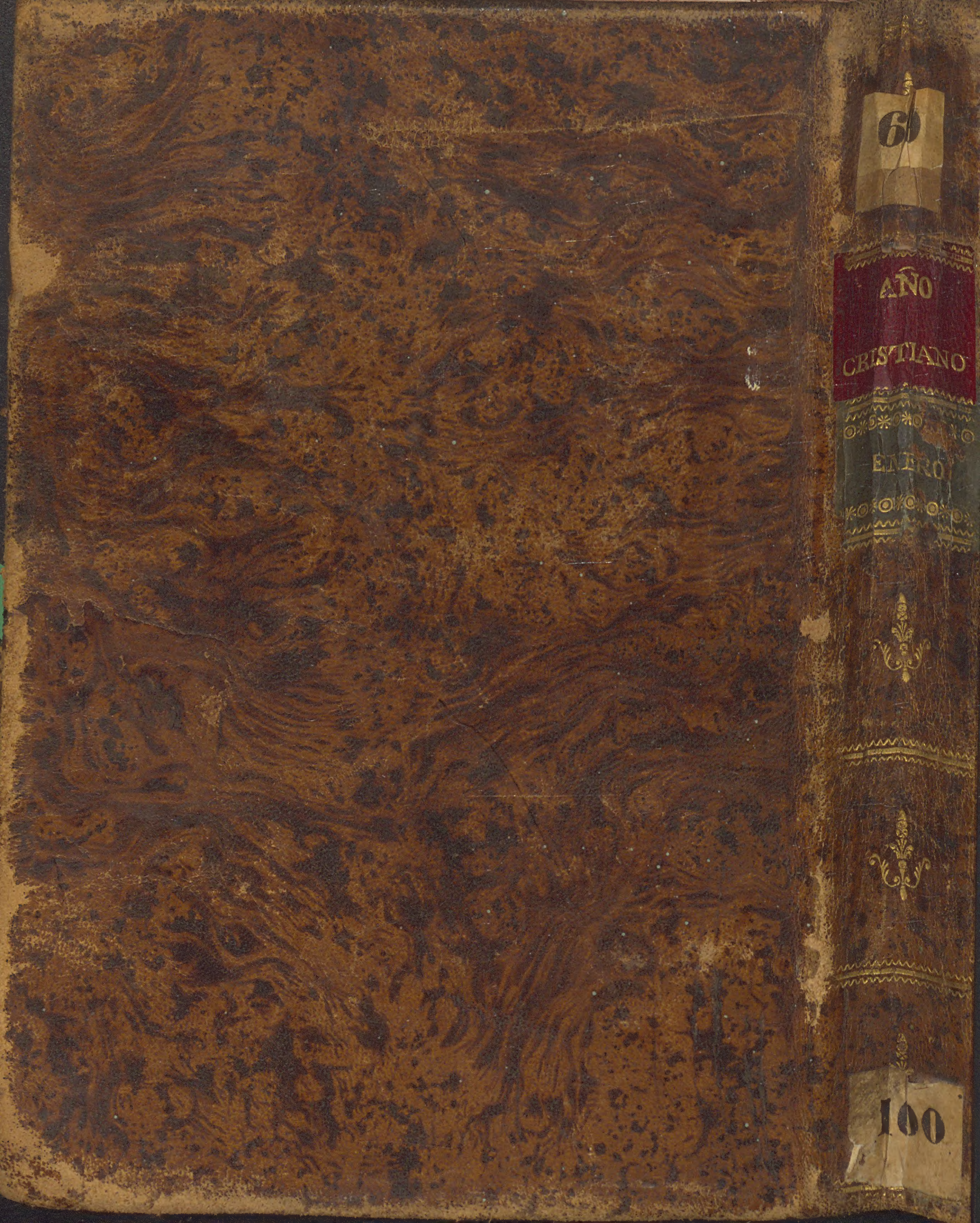
[illegible]

[illegible] pág. 422.
[illegible] y reflexiones, pág. 172.
[illegible]
Propositos, pág. 441.
[illegible] de Sales, pág. [illegible]
[illegible]
[illegible] propositos, pág. 457.
[illegible] y reflexiones, [illegible]
[illegible]
[illegible] conf[illegible]
[illegible]

FIN DE LA TABLA.






6
AÑO
CRISTIANO
ENERO
100


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm